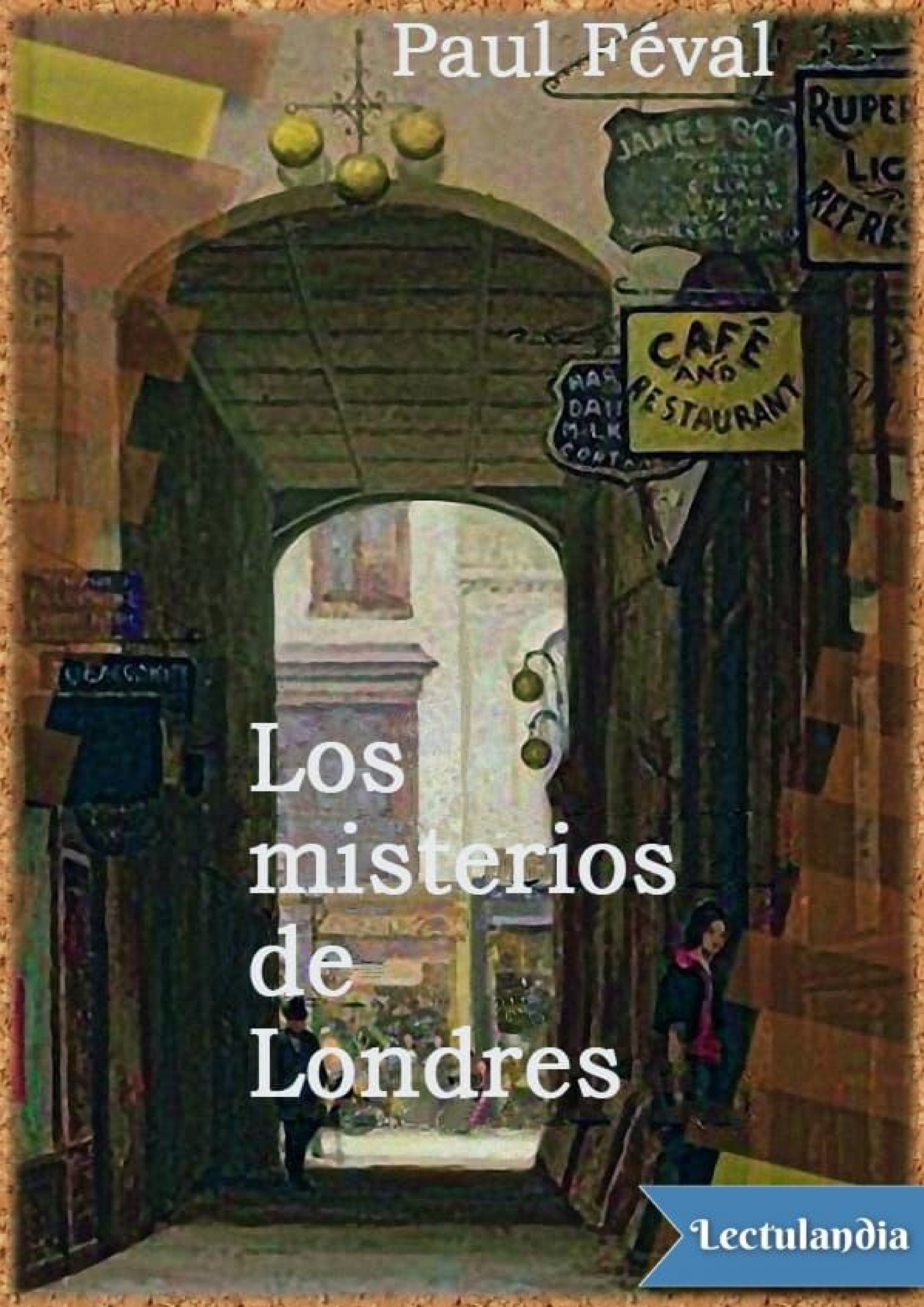

Paul Féval
Los misterios de Londres
Lectulandia
CAFÉ AND

Prodigioso ejemplo de cómo la tradicional novela gótica se amoldó a otros tiempos y trasladó sus esquemas argumentales a escenarios contemporáneos. *Los misterios de Londres* combina en su trama episodios propios del cuento de horror con ingredientes que continúan la clásica historia de aventuras y otros que preludian la moderna novela policíaca. En cualquier caso, la fascinación que provoca en un lector incapaz de soltar sus páginas está asegurada.

Paul Féval

Los misterios de Londres

ePub r1.0
Titivillus 31.03.2022

Título original: *Les Mystères de Londres*
Paul Féval, 1844
Traducción: Gregorio Cantera Chamorro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

El folletín que no muere ni se rinde

Los misterios de Londres es una de las obras capitales para conocer a su autor, Paul Féval, y al folletinismo literario, fenómeno más complejo que el que puede imaginarse dentro de la reviviscencia de lo *camp*[1] y que indudablemente merecerá estudios sociológicos, andando el tiempo, por lo que ayuda a entender a la sociedad que con la lectura de folletines se solazaba en el siglo pasado, en Europa y América, y que determinó unos modos en su tiempo, unas maneras de aventura y un talante altisonantes que puede tenerse como la popularización del romanticismo hasta el último estrato social. Para gustar de los folletines no era preciso sino saber leer, cosa no tan extendida como en la actualidad, tal y como siglos antes el ventero del Quijote leía y se solazaba con los libros de caballerías. Ahora, en que no hace falta sino tener ojos y oídos para los folletines que se escuchan en la radio, que se infiltran en el cine, que hallan camino en la televisión con algún mayor empaque, no hay el menor motivo para mirar desdeñosamente los folletines de la mitad del siglo XIX.

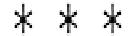
Los leía todo el mundo, unos paladinamente y otros a escondidas, lo mismo que hoy hasta el lucero del alba debe admitir que pasa el rato embebido en los modernos folletines o en las modernas formas del folletín cinematográfico, radiofónico o televisivo, insidiosamente deslizadas en los medios de comunicación popular so capa de técnicas progresivas y quizá con menos valía que los folletines originales. En los tiempos en que Paul Feval era uno de los «grandes» del género, apenas inferior al coloso Dumas, la literatura de consumo popular y la literatura más ambiciosa se concretaban en la misma forma periódica del *feuilleton*[2] y la novela por entregas. Daba lo mismo que se tratase de Balzac que de Dumas, de Dickens que de Sue, de miento y que tanto él como sus compañeros de promoción no habían hecho por la Iglesia y sus ministros, seglares o regulares, todo lo que debían. Los ataques de Sue a la Compañía de Jesús le hicieron pensar que demandaban una réplica en

forma de folletín también y así apareció en 1876 a raíz de su conversión su novela *¡Jesuitas!* que se apoyaba en la propia historia de la milicia ignaciana y que tuvo una gran difusión, ya que un año después se traducía en España. En las obras escritas después de su conversión su actitud apologética fue clara e incluso corrigió algunos pasajes de sus obras anteriores.

El éxito de Feval le llevó a vivir desahogadamente de sus escritos, pero le exigió un trabajo ímprobo que si le proporcionó una larguísima lista de títulos, quebrantó su salud notoriamente. Algunos reveses monetarios le afectaron de manera que su razón acabó resintiéndose teniendo que acabar hospitalizado en un asilo de los hermanos de San Juan de Dios, en donde murió paralítico. Su labor tan prolífica no le llevó a tener una o dos novelas descollantes, sino a diluir sus dotes en una amplia producción. Aunque brilló más como novelista que como autor teatral, fue en el teatro en donde alcanzó su mayor éxito con su obra *El Jorobado* que estrenada en 1863 en colaboración con Victoriano Sardou al parecer (aunque esto se traslució sólo después a través de una polémica en *Le Figaro*) se ha representado miles de veces. Su héroe Lagardère, su famosa venganza contra los asesinos de Nevers, bajo el disfraz de jorobado, espadachín infalible sabedor de una estocada secreta, ha cedido sólo en popularidad a D'Artagnan y sus compañeros. Sin embargo, en su versión narrativa, cinco años antes, no había logrado sino el éxito de todas sus novelas, publicadas por entregas, traducidas a varios idiomas y aparecidas en los principales periódicos de París y provincias.

Su producción desmesurada fue en detrimento de su calidad. Pintó demasiados caracteres para no reducirlos a fórmulas ni los lances se apartaron de los habituales del género. Sin embargo, la personalidad del autor no se sumergía del todo. Cuando Ponson du Terrail interrumpió la publicación de las *Aventuras de Rocambole* después de los tres primeros tomos, Paul Feval continuó con el personaje un tomo más, que se titula *Los caballeros del claro de luna*. Mis recuerdos de muchacho lector de folletines aún notan el cambio de mano y cómo el Rocambole policíaco de Ponson du Terrail tomaba un sesgo romántico en sus aventuras bajo la de Paul Feval. Pero vueltas las aguas a su cauce, el legítimo autor continuó en los tomos siguientes y el sesgo rocambolesco *veritable* se restableció inmediatamente. Esta inflexión romántica es quizás la más acusada de

Feval si se le compara con sus compañeros de la gran promoción de folletinistas franceses entre los que brilla con luz propia.



Londres, los ambientes británicos tenían un prestigio mítico para el folletín y sus cultivadores. En pocas urbes del mundo de entonces podía hallarse una combinación más prometedora que la resultante de su rígida, orgullosa aristocracia y la miseria de Whitechapel o del Wapping junto al río. Inglaterra había sido la gran vencedora de las guerras napoleónicas y la potencia universal creciente de su sociedad y los rasgos de su carácter —puritanismo, excentricidad, orgullo— eran tan novelescos como la pintura de sus paisajes bajo la niebla. El *hansom cab*[3] sustituía con ventaja al clásico vehículo de los folletines franceses, el *fiacre*[4]. Pero además, el Imperio británico naciente tenía en su textura social unos elementos dramáticos de que carecía la centralizada Francia. En el Reino Unido había fieros escoceses irredentos que aún pensaban en sus batallas perdidas y sobre todo, había irlandeses que luchaban por su independencia bajo el yugo inglés, sometidos a un trato miserable, rebeldes sempiternos en las sociedades fenianas y católicos apasionados contra el dominio anglicano. No es de extrañar que tratándose de competir con Sue y sus *Misterios de París* Paul Feval pusiese sus dotes al servicio de aquel ambiente novelesco que estaba ya creado. El núcleo de *Los misterios de Londres* es una vasta conspiración dirigida por un irlandés que ha logrado aglutinar a una serie de sus secuaces en una vasta sociedad secreta de amplio vuelo con ramificaciones en todos los estratos sociales. El misterioso carácter que en la novela aparece como poseedor del título de Marqués de Río-Santo, no se propone ni más ni menos que el ataque y ruina inmediata del Reino Unido y su capital Londres. Y los objetivos se salvan por un pelo, después de mil peripecias. Río-Santo en sus andanzas anteriores no se ha privado siquiera de visitar en Santa Helena a Napoleón Bonaparte no se sabe si para comunicarle sus planes o para recibir el aliento espiritual del viejo Emperador, que tanto combatió y fue combatido de los ingleses.

Este nervio de una trama compleja, barroca, compuesta por muchos personajes, muchas peripecias y muchos planos sucesivos en donde aquéllos y éstos se instalan, ya en el espacio, ya en el tiempo, dan lugar a un folletín colosal, que produce la sensación de un mar narrativo en que los personajes aparecen y desaparecen al compás de las olas novelescas.

Todo es posible en *Los misterios de Londres* y todo ocurre: crímenes, raptos, conspiraciones, duelos, amores. En tan embravecido oleaje, los caracteres se sostienen sólo mediante su invariabilidad y a veces, incluso ésta se tambalea, produciendo cierta titilación de inverosimilitud dentro de la verosimilitud folletinesca, juego que debe aceptarse dentro de una convención (como se aceptan hoy las de la novela policíaca o las de la ciencia-ficción) a lo largo de la complicadísima trama. Se ve que el autor va saliendo adelante conforme escribe y que sus recursos le dejan irse abriendo paso en la manigua narrativa. No es extraño advertir variaciones *sur place* y que los personajes sufren enérgicos golpes de timón que les varían el rumbo. A veces el autor se las arregla —remedio infalible— con enloquecer a conveniencia a un personaje de reacciones difíciles e imprevisibles, como el escocés Angus Mac Farlane. Otras, unos amores que marchan bien, como los de la bella Susannah con el excéntrico segundón Brian de Lancester, acaban súbitamente bajo la revelación de sus lazos familiares, con un acorde demasiado brusco. En fin, ardides son del juego folletinesco a velas desplegadas.

A veces, se producen en el curso de *Los misterios de Londres* cosas inexplicables, que hay que achacar a descuido en las sucesivas versiones y traducciones de la obra en el largo siglo que lleva desde su aparición a la fecha. Por ejemplo, en el capítulo XVII de la segunda *La hija del ahorcado* un personaje dice taxativamente refiriéndose a Susannah, que canta tras una cortina:

—*Milords*, no es ni la Malibran[5], ni la *Patti*[6], ni la Catalani[7]. Es la «Sirena».

La obra de Paul Feval data de 1844, según dijimos. La acción de la obra en su plano actual puede ser datada por el hecho de que la Reina Victoria de Inglaterra, que accede al trono en 1837, aún figura en Windsor como Princesa y sin reinar. Y sin embargo, la *Patti* nace —en Madrid por cierto— en 1843 y aunque cantó precocísima, no parece que los *milords* la conocieran ni la ponderaran antes de nacer. Aun dando por bueno que el folletín no es una obra de erudición jamás y que en los mejores del género saltan gazapos gigantescos, hay algunos tan inexplicables que es absolutamente imposible que pertenezcan a Paul Féval, como el violento anacronismo que señalamos. Sabido es que los folletinistas, que a veces dictaban tres y cuatro folletines a la vez, han resucitado personajes que estaban bien muertos sin acordarse de su óbito precedente y luego explicaban lo sucedido de una manera

fantástica, que acomodaba a los lectores. No había veneno que no hallase un antídoto eficacísimo en su momento ni azar que no acudiese, por remoto y aventurado que fuese, al reclamo del novelista como si fuese un perro fiel.

Luego, el folletín es de generosas proporciones por varias razones. Se ha aducido que al cobrar por línea y páginas los autores apelaban al diálogo cortado, para que el punto y aparte fuese frecuentísimo. Así con un «¡cielos!» o «¡maldición!» cobraban una línea sin más esfuerzo. Así pues, el estilo de folletín es muy suelto y la prosa —aparte sus caracteres internos— se presenta en una forma legible por demás. Pío Baroja, que es uno de los novelistas modernos más legibles, era un gran lector de folletines en su juventud, según nos revela en sus *Memorias* y puede ser que a la impregnación inconsciente de estas lecturas se deba algo de su estilo fluido, de su párrafo breve.

Pero los folletines eran largos porque el autor, una vez que había dado con un filón temático, con unos personajes que prendían en el público, no los abandonaba así como así y cuando las generosas proporciones de una novela se colmaban, estaba dispuesto a continuaciones y segundas partes. El ejemplo de Dumas con *Los tres mosqueteros* o de Ponson du Terrail con *Rocambole* se repetía en todos los casos. Por eso eran tan duros de morir sus personajes, por eso se les acumulaban tantas peripecias, no sólo en el plano actual de la novela sino en la revelación de los sucesos antepasados, génesis próxima o remota de los que vivían los personajes. A los recursos clásicos para que ello sucediese como la anagnorisis, los folletinistas llegaban hasta la resurrección si era preciso. Ya no es que resucitasen personajes por olvido de su deceso (lo que determinó, según cuentan, a Fernández y González a tener unos muñecos que sólo arrojaba a la papelera cuando su muerte era seriamente definitiva y satisfacía conscientemente la economía de la novela) sino que resucitaban tras de haber descrito con pormenor la muerte… aparente. Hasta la horca inglesa, que fue, según parece, una máquina segura de producir cadáveres, pierde su eficacia ante las necesidades o las emociones del folletín; El judío Ismail, ahorcado en Newgate, aparece vivo y sano, tiempo después, en la trama de *Los misterios de Londres*, como si tal cosa.

No estamos muy seguros que *Los misterios de Londres* acaben en su última página. Mejor dicho, puede acabar la novela del modo abrupto, rápido, violento como acaba, pero salvo Río-Santo o Fergus O'Breane (y

aún hay expresíones que dejan nebuloso su fin y así se escribe que «las circunstancias de su muerte» nos dejan una duda muy fuerte, unas veces, y otras nos dejan incrédulos) salvo la asendereada vida del *laird*[8] Mac Farlane, el resto de los personajes de la novela quedan lo suficientemente vivos y en ignoradas situaciones para no pensar que no reaparezcan en tropel si Paul Feval los convoca otra vez. El final de *Los misterios de Londres* es un acorde demasiado cortado y autoriza vivamente esta suposición. Por lo demás, el público se encariñaba tanto con los personajes que acogía complacido todas las reapariciones y reviviscencias, cuando no los exigía de los directores de los periódicos de modo explícito. Recordemos, años más tarde, pero todavía en la onda del folletín, lo que sucedió cuando Connan Doyle decidió matar a Shelock Holmes en la serie del *Strand Magazine*. El clamor del público le hizo resucitar y se impuso al autor. Y por eso cabe decir que si *Los misterios de Londres* acaban, Paul Feval sabía que eran en su mayor parte resucitables para emprender un nuevo periplo folletinesco.



Pero no vamos a insistir más sobre las características del folletín como género de consumo novelesco del siglo XIX. Fue un fenómeno en que el gusto del público determinó unos modos de escribir y de publicar. También se puede sostener que fueron éstos los que determinaron los gustos del público. Una y otra fuerza se fueron potenciando mutuamente en el aprovechamiento general de la onda romántica. Como el tranvía para Edmundo D'Amicis era la *carrozza de tutti* el folletín era el romanticismo *de tutti*. Interesa sólo resumir que hubo folletines buenos y malos, folletinistas buenos y malos. *Los misterios de Londres* figuran entre lo bueno y característico del género y Paul Feval fue uno de los autores más eminentes de él. La lectura del libro lo prueba y nos releva de mayor comentario ante el lector que recorrerá las páginas de *Los misterios de Londres* como las he recorrido yo, a pesar de estar ya un poco de vuelta de la literatura narrativa a estas alturas, hallando en ellas el mismo gusto que me dieron, casi niño aún, con los folletines que me dejaba mi abuela, puerta que entre otras me hizo penetrar en la literatura. Casi medio siglo más tarde, es muy difícil volver a leer un libro o un género y encontrarlo fresco y vivo como entonces. El folletín romántico, entre sus prodigios y secretos, debió hallar el de no envejecer. Feliz él.

Primera parte

Los gentilhombres de la noche

1. En la niebla

Una noche de cierto domingo de noviembre, el buen capitán Paddy O'Chrane se hallaba instalado en una mesa del salón de conversación de la taberna «Las Armas de la Corona», teniendo ante sí un gigantesco vaso de grog. Era un irlandés de seis pies de alto y seis pulgadas de diámetro; vestía un frac azul con botones negros, pantalones de color gamuza, sujetos a unas medias de filoseda y se calzaba con anchos zapatos sin limpiar.

Al otro lado del salón se hallaba sentado un hombre de unos cuarenta años, de aspecto honrado y tranquilo. Iba vestido decentemente, sin pretensiones de elegancia, pero sin ninguna traza de indigencia. Sus ojos, inmóviles y dilatados, tenían la mirada fija de los ojos que no ven. Algunas veces solía frecuentar la taberna, en donde era conocido con el nombre de Tyrrel el Ciego. *Mistress* Burnett, la soberana del lugar, se acercaba de cuando en cuando a decir algunas palabras amables al capitán Paddy, el cual, como podía verse, era un parroquiano de la casa.

Entre las dos puertas se encontraba, de pie, una camarera.

Esta muchacha era admirablemente hermosa. Sus largos cabellos, de un negro azabache, caían en grandes bucles sobre sus hombros medio desnudos. Su talle, magnífico en su contorno, conservaba una gracia latente, pero exquisita, a pesar de su altanero vigor, lo cual se añadía a la orgullosa perfección de su rostro. El tipo judío dominaba en sus rasgos y su cutis no era, en absoluto, el de una inglesa.

Estaba de pie. El reflejo de las lámparas iluminaba la palidez mate de su frente y absorbíase en ella como en un cristal esmerilado.

Era en ella que fijábase incesantemente el ojo sin vista del ciego, el cual, mientras tanto, iba saboreando lentamente y a pequeños sorbos, una copa de aguardiente escarchado.

—¡Susannah! —dijo el capitán Paddy O'Chrane—. Servidme seis peniques de mezcla de *gin* con agua fría, sin azúcar, amor mío. ¡Y con una gota de limón, Susannah!

La hermosa muchacha no se movió.

—¡Que me ahorquen si me ha oído! —refunfuñó el capitán—. Me veré obligado a llamar a *mistress* Burnett. ¡*Mistress* Burnett!

La dueña y soberana de la taberna de «Las Armas de la Corona», entró con paso majestuoso, a la par que discreto. Era una mujer coloradota, rechoncha y se ataviaba con un gorro, cuyo casco de encaje tenía una altura de un par de pies ingleses.

—¡Suky! —gritó *mistress* Burnett con voz chillona.

Un imperceptible temblor agitó el párpado del ciego. La joven no se movió.

—¡Habráse visto! —dijo el capitán—. ¡Apuesto un chelín contra seis peniques que la muchacha no se digna contestar ni al mismo lord mayor en persona!

Mistress Burnett se precipitó hacia Susannah, a la cual sacudió bruscamente el brazo.

—¡Eh!, ¡holgazana, más que holgazana! —le gritó, colérica.

La bella muchacha retrocedió un paso y se puso como la grana. Fue un movimiento de altivez tan repentina, de tan auténtica dignidad, que la tabernera se quedó con la boca abierta, incapaz de pronunciar ni una sola palabra más. El ciego sonrió y se frotó las manos, como si un jocoso pensamiento hubiese atravesado repentinamente su espíritu.

Pero Susannah recobró pronto su actitud de sombría indiferencia. El chispazo de sus bellos ojos negros se apagó. *Mistress* Burnett recuperó su valor.

—¡Mantened a una muerta de hambre! —dijo—. ¡Cobijad a una miserable pordiosera desnuda! En pago, arruinará vuestro negocio, disgustará a vuestra clientela…

—*Mistress* Burnett —interrumpió, desde lejos, el capitán—. Que me lleve el diablo si llego a sospechar que armaría todo este jaleo. Deje ya a la pobre chica, ¡por Dios!, y sírvame mi grog.

La tabernera obedeció. El ciego engulló de un sorbo el resto de su aguardiente escarchado.

—¡Ni por cien libras me perdería esta velada! —murmuró.

Dieron las cinco en el reloj. Los marineros del Támesis que estaban consumiendo en el «*tap*[9]» se agitaron hablando entre dientes y uno de ellos, muchacho robusto de la talla de un Hércules, asomó la cabeza por la puerta del salón. Al verle, el capitán se levantó rápidamente.

—¡Bien, Tumbull, bien!, ¡grandísimo pícaro! —refunfuñó, abrochándose militarmente su ceñido frac azul—. ¡*Mistress* Burnett! ¡Volveré esta misma noche, querida señora, o que el diablo me lleve! Haga preparar mi grog, por favor. Ya lo sabéis: *gin*, por valor de seis peniques, señora, mezclado con agua fría, sin azúcar… ¡y con una chispa de limón!

El capitán tomó su bastón y bajó los escalones de la taberna. Los *watermen*[10] le habían precedido. Todos juntos se dirigieron hacia Lower Thames Street, la única calle importante que les separaba del Támesis.

Paddy se juntó a ellos en un callejón desierto que conduce al Támesis, al final de Bototph Lane. Siguieron por la callejuela en el más profundo silencio y llegaron hasta una escalera en mal estado y fuera de uso, por causa de la proximidad de Custom House Stairs (la escalera de la Aduana). El capitán lanzó una mirada penetrante a su alrededor.

—¿Quién lleva capote esta noche? —preguntó.

Dos hombres salieron de las filas.

—¿Saunie y Patrick? —preguntó el capitán—. ¡Vigilad bien, muchachos, y nosotros, a embarcar!

Saunie y Patrick se quedaron en lo alto de las escaleras, desenvolviendo los gruesos capotes de guardia que llevaban bajo el brazo; después se envolvieron con ellos y se tendieron, inmóviles, en el suelo. Los otros marineros y el capitán Paddy O'Chrane se dividieron igualmente entre tres barcazas de quilla, negras y alargadas, y cuya borda se elevaba muy poco por encima del nivel del agua.

—¡A los remos! —dijo con voz baja Paddy, que gobernaba la nave almirante—. ¡Boguen!

Las tres naves dejaron silenciosamente la orilla, bordeando y franqueándose con mucha dificultad un paso por entre las embarcaciones de todo género que llenan los dos bordes del canal del Támesis. Una niebla densa, casi palpable e impregnada de pesados vapores de hulla, cubría el río como un manto.

Apenas veíase aquí y allá algunas luces rojizas debido a la refracción de la bruma. Casi todas las luces de los barcos anclados, estaban apagadas, únicamente, de cuando en cuando, algún farol olvidado acababa de quemar su mecha negruzca por encima de algún guarda entumecido. Los negocios dormitaban.

Las tres barcazas del almirante Paddy O'Chrane llegaron finalmente al canal central y comenzaron a navegar río arriba.

—¡Hermoso tiempo, Tommy, muchacho, hermoso tiempo, vive Dios! —comentó el capitán, pasando por debajo de uno de los arcos del New London Bridge.

—¡Buen tiempo, capitán! —contestó el robusto Tom Tumbull—, pero la marea va a alcanzar el máximo.

—Y la brisa se levantará al reflujo —añadió uno de los remeros, cuya exuberante gordura ocupaba casi toda la anchura de la barcaza—, hay que darnos prisa. La niebla no durará.

—¡Apresurémonos, Charlie, vamos! —dijo un mozalbete, un píllete muy precoz, el cual respondía al gracioso nombre de Snail (caracol).

—¡Cállate ya, semilla de patíbulo, hijo mío querido! —interrumpió de nuevo el capitán—. ¡Nos encontramos bajo el puente de Blackfriars, en el cual los «policemen» surgen como setas! ¡Charlie, vas a topar, pajarraco! ¡Cía a babor, cía!

Charlie obedeció. El barco salió de la sombra que reinaba bajo el arco y las dos orillas aparecieron, de nuevo.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Tom Tumbull—, ¡tres luces! El trabajo está al máximo; esta noche no serán excesivas las tres barcazas.

Las luces de las cuales hablaba Tom, se distinguían perfectamente a través de la niebla: una de ellas brillaba entre el puente y Whitefriars; la segunda se veía bajo Temple Gardens; la tercera, finalmente, se encontraba en Southwark, a la izquierda de las escaleras de Old Barge House. Las tres lanzaban unos reflejos verdes muy intensos; sin embargo, en medio de las luces de todas clases que brillaban en el exterior o detrás de las ventanas, esas tres luces, necesariamente, debían pasar desapercibidas.

—Debemos separarnos —dijo el capitán—. Por mi parte, me reservo a ese viejo bribón de Gruff, el mejor de mis camaradas y su maldita posada del «Rey Jorge», ¡que Dios bendiga! Para ti, el mesón de los «Hermanos Blancos», Gibby…, para ti, Mitchell, Southwark y el «Hotel de la Jarretera». ¡Ahora, muchachos, a comportarse como buenos cristianos, bellacos!

Una de las barcazas, obedeciendo a esta orden, se dirigió hacia Southwark; la segunda, cortando la corriente del Támesis, en sentido inverso, puso proa hacia la City. La barcaza del capitán continuó río arriba.

Charlie maniobró hábilmente con los remos; Turnbull cogió el timón y la barcaza llegó, sin tropiezo alguno, debajo de Temple Gardens. El lugar

donde se detuvo formaba una especie de puerto, protegido por un saliente de una casa alta construida en parte sobre pilastras y en parte sobre tierra firme.

Esta casa era la que ostentaba el farol con reflejos verdes.

Paddy tocó, a tientas, uno de los enormes postes que sostenían la bóveda y encontró un alambre que acababa en una anilla: llamó. Al cabo de pocos instantes, se oyó un chirrido encima mismo de la barcaza. Diríase la bisagra de un escotillón haciendo accionar unos goznes enmohecidos.

—«*Who's there?*[11]» —pronunció una voz prudentemente contenida.

—*Fellow*, muchacho, *fellow*[12], honrado y dignísimo Gruff —contestó el capitán—. ¡Que Dios me condene sin compasión, si no tengo el gusto de desearos unas buenas noches! ¿Cómo se encuentra vuestra respetable compañera…?

Paddy fue interrumpido por un fuerte sopapo que le acarreó un fardo que se balanceaba al final de una cuerda, el otro extremo de la cual colgaba de la bóveda. Refunfuñando, se apartó rápidamente y sus hombres desataron el bulto, que lanzaron al fondo de la barcaza. La cuerda volvió a subir.

—Huele a almizcle —dijo Tom—. Aquí hay una maleta de caballero, con toda seguridad. Charlie, amarra la válvula antes de que se inunde el fondo.

—La válvula funciona a la perfección, Tomy, pero no me gustaría tomar un baño esta noche —contestó el obeso remero.

Un segundo bulto volvió a balancearse a la altura de un hombre; este bulto corrió la misma suerte que el primero. La cuerda volvió a subir, para bajar de nuevo. Cinco fardos se lanzaron, de esta manera, en la barca.

—¡Buenas noches! —dijo entonces desde arriba una voz con tono brusco.

La cuerda desapareció y cerróse la escotilla.

—¡Rema, Charlie! —ordenó el capitán—. Parece que la niebla va a levantarse… Ahí va la barcaza de Whitefriars. ¡Eeeh!

—Seis fardos, capitán.

—¡Bien!; ¡remad, picaros! Ya percibo la barca del miserable Miguel, nuestro querido compañero. ¡Eeeh!

—Dos pequeños bultos, capitán.

Las tres barcazas empezaron a descender río abajo. La marea todavía les era favorable. Avanzaban rápidamente, y pronto se encontraron bajo los arcos monumentales de London Bridge. La niebla había disminuido en intensidad. El agua del río empezaba a reflejar vagamente las lejanas luces de gas.

—Las cosas se ponen feas —dijo Tumbull—. Estamos iluminados de lleno por las farolas del puente. Deben vemos.

—¡Rema, Charlie, gran marsopla! —ordenó el capitán—. Un par de golpes de remo más y nos escondemos detrás del tres palos de la Compañía. Si Dios quiere, vamos a llegar en seguida a buen puerto, de lo contrario…

La barcaza salió del centro del canal y entró bajo la sombra del tres palos de la Compañía. Charlie cesó de remar. Estaban a cien brazas, aproximadamente, de las gradas donde se había efectuado el embarque. Las otras dos barcazas llegaron e imitaron el ejemplo de la primera: se detuvieron.

—Maúlla, Snail, ¡maldito gato! —dijo el capitán.

En el mismo instante surgió del fondo de la barcaza un maullido agudo y maravillosamente modulado. Unos segundos después, un sordo ladrido se oyó por el lado de la orilla.

—¡Maldición! —gruñó Paddy—. ¡Nos han cerrado el paso! Aunque a decir verdad, ese diablo de Saunie ladra tan bien que no se sabe nunca si es él que da el aviso o es algún perro sarnoso perdido por las calles. Maúlla otra vez, Snail.

El maullido del gato fue imitado por segunda vez. Un segundo ladrido le contestó.

—¡No hay duda! —murmuró Tumbull—; es Saunie. Nos avisa de que la lancha de la policía se encuentra entre nosotros y las escaleras.

—¡Picaros aduaneros! —añadió Paddy—, ¡como si nosotros hiciésemos contrabando! ¡Vamos, bellacos! Cambio de ruta y procurad tomar tierra más arriba del puente. Por suerte está cesando la brisa y la niebla reaparece. ¡A bogar!

Las tres barcas empezaron a moverse al mismo tiempo, pero en el momento en que la barcaza de Paddy salia de la sombra, una masa negra se adelantó por delante del tres palos de la Compañía.

—¡Ah, de la barca! —gritó una voz imperiosa.

—¡Desvía, Tommy! ¡Rema, Charlie! —ordenó, muy bajo, el capitán.

El barco respondió a los esfuerzos combinados de los dos marineros y se lanzó hacia la orilla, pero un pesado anclote se agarró a la borda y detuvo instantáneamente la marcha.

—¡Por el infierno, cortadme eso rápidamente, amiguitos! —dijo el capitán.

Tommy dio un furioso hachazo.

—¡Es una cadena! —murmuró, despechado.

El capitán se caló su sombrero y hundió el bastón en su bolsillo.

—¡Cuidado! —dijo—. ¡Que me ahorquen si tenía ganas de tomar un baño esta noche! Lárgate, Charlie, pesas demasiado. Suelta la amarra, Tommy…, ¡y sálvese quien pueda!

Fue un golpe teatral. El fondo de la barcaza, de repente, se abrió: hombres y fardos cayeron al agua. El anclote de la policía recogió únicamente un casco vacío y agujereado. Las otras dos barcazas, aprovechando la confusión, pudieron llegar hasta el embarcadero, en donde la tripulación de la nave-almirante llegó casi al mismo tiempo que ellas.

—¡El agua está fría —dijo el capitán, subiendo las escaleras—, *fría*, o que el diablo me lleve!

El capitán no había perdido ni su bastón, ni su sombrero. Snail se sacudió como un perro mojado, maulló y se metió debajo del abrigo de Saunie, el cual ladró. Los otros cargaron los fardos a sus espaldas y subieron por las callejuelas del barrio de la Torre, teniendo buen cuidado, esta vez, de no pasar por delante de la Aduana.

El bueno del capitán Paddy O'Chrane se dirigió a su casa para vestirse con otro frac azul y unos pantalones gamuza, de recambio; después de lo cual se fue a la taberna de «Las Armas de la Corona».

En el preciso momento en que entraba en el salón, *mistress* Burnett, loca de rabia, levantaba su mano sobre la pálida mejilla de Susannah. Tyrrel el Ciego oyó, sin duda, el ruido de la bofetada, pues se levantó bruscamente. Su rostro, de ordinario insignificante, expresó, de pronto, una curiosidad sobreexcitada hasta la pasión.

Susannah sintió una sacudida terrible. Sus rasgos lívidos se contrajeron. Una expresión sombría brilló en el fondo de sus ojos.

—¡Eh!, ¡eh! —se dijo el capitán—, ¡apuesto un chelín contra seis peniques a que mi querida amiga va a recibir lo suyo!

Mistress Burnett tuvo el mismo pensamiento y tembló. Pero Susannah, sin decir ni una palabra, atravesó el establecimiento con paso

lento y bajó los peldaños de la taberna. Tyrrel echó una corona encima de la mesa, olvidó pedir el cambio y salió a tientas.

—¡Vaya —dijo el buen Paddy—, mi digna amiga ha escapado de una buena! Respecto a Suki, gracias a este diablo de Tyrrel, tendrá por lo menos donde dormir esta noche… mientras no se rompa la crisma.

Al llegar al final de la escalera, Tyrrel oyó un paso ligero en dirección a Thames Street. Se puso en marcha inmediatamente. El paso de Susannah era firme y golpeaba el suelo a intervalos regulares. No se daba prisa ninguna. Tyrrel la seguía sin vacilar, como si un instinto misterioso iluminase su noche profunda. Ya no andaba a tientas.

Al salir de Lower Thames Street, Susannah entró en el camino angosto que conduce al río. Tyrrel se apresuró y le habló.

—¿A dónde vais, hija mía?

—¡Al Támesis!

Su voz, dulce y grave, participaba de la expresión de su rostro.

—¡Al Támesis! —repitió Tyrrel—. ¿Pensáis, luego, morir?

—Sí —respondió Susannah.

—¿Por qué?

—Porque no tengo esperanza en el futuro, ni asilo para el presente.

—Os daré un asilo, Susannah, y os devolveré la esperanza.

Susannah no se detuvo.

—A menudo ha habido gente que han venido a mí para hablarme de esta manera —dijo—; querían comprarme. Amo a un hombre; no me es posible venderme.

—¿No os daría vergüenza venderos, Susannah?

—¡Vergüenza, no!

—¿Qué os ha enseñado, pues, vuestra madre? —exclamó Tyrrel, estupefacto.

—Nada. Soy hija de una mujer que desertó de mi cuna, y de un judío ahorcado en Newgate, porque había robado.

Luego, animándose, de pronto, añadió con voz vibrante:

—¡Mi padre era muy rico antes de que le ahorcaran! Aprendí a engalanarme, a cantar, a bailar y a hablar las lenguas del continente…

El ojo de Tyrrel brillaba con extraño fulgor.

—¿Y si os devolviesen la vida que llevabais en casa de vuestro padre? —preguntó.

Susannah tuvo un instante de vacilación, luego, desprendiéndose con un brusco movimiento, franqueó la distancia que la separaba del río,

diciendo:

—¡Ha habido tantos que me han hablado así! ¡No! ¡Mi corazón y mi cuerpo le pertenecen a él!

—¡Pero yo no os pido ni vuestro corazón, ni vuestro cuerpo, hija mía! —exclamó Tyrrel—; ¡soy ciego!

Susannah se estaba balanceando ya, en equilibrio, por encima del agua. Retrocedió.

—¡Ciego! —repitió—. Entonces, ¿qué queréis?

—Tu voluntad. Quiero tu voluntad.

Susannah apenas vaciló:

—¿Qué hay que hacer? —murmuró.

Tyrrel sacó de su bolsillo una bolsa repleta. La puso en manos de Susannah.

—Esperar —dijo—. Oye bien lo que te digo: Te compro, no para mí, que soy débil, sino para una asociación terrible y fuerte. Os conozco mejor que no os conocéis vos misma. ¡Silencio respecto a nuestro encuentro! Esta noche os podéis retirar donde queráis.

Le alargó una tarjeta:

—Mañana, a mediodía, llamad a la puerta indicada en esta dirección; la puerta se abrirá, entraréis y daréis órdenes, pues aquella casa será la vuestra. ¡Adiós, Susannah!

2. Una colecta en Temple Church

A la hora en que el capitán Paddy O'Chrane escapaba, gracias a un chapuzón, a la persecución de la lancha de la policía, Stephen Mac-Nab, escocés de nacimiento, médico de profesión, y con veinticuatro años de edad, menos dos meses, cogió a sus primas por el brazo, para acompañarlas a la iglesia del Temple. Las primas de Stephen Mac-Nab iban, de este modo, todos los primeros domingos de mes a Temple Church para oír el sermón del reverendo John Butler y cantar los salmos. La mayor respondía al nombre de Clary y la pequeña al de Anna. Su padre, uno de los jueces de paz del condado de Dumfries, vivía en el castillo de Crewe, cerca de Lochmaben, y se llamaba Angus Mac-Farlane.

Clary y Anna eran las dos más bonitas *misses* que podían verse. Dos hijas de la Escocia meridional, de tipo gracioso y desenvuelto, con una sonrisa encantadora y mirada transparente. Clary tenía el aspecto más orgulloso, la frente más altanera y la sonrisa más melancólica. Anna, por el contrario, tímida y alegre al mismo tiempo, había conservado, de joven, su fisonomía de niña.

La madre de Stephen Mac-Nab, su tía, en casa de la cual las dos jóvenes vivían, era, como ellas, escocesa y piadosa. Su hogar era frecuentado únicamente por algunas damas caritativas, pero poco divertidas y por el reverendo John Butler, el cual se había encariñado con ellas con afecto paternal.

Stephen quería mucho a sus primas, a saber: a Clary con amor o con sentimiento parecido, y a Anna, con amistad, pero estos dos sentimientos no eran lo suficientemente diferentes para que él se diera cuenta de una manera precisa. Clary y Anna se apoyaban una en cada brazo de Stephen. Clary estaba silenciosa y pensativa, a veces sonreía, automáticamente o por complacencia, a las bromas de su primo. Anna escuchaba con toda atención y estaba segura de no haber encontrado jamás un hombre con tanta gracia como Stephen.

A medida que iban aproximándose a la iglesia, Stephen iba perdiendo su alegría. Cinco años de universidad habían disminuido sensiblemente el sentimiento religioso que trajo, también, de Escocia.

—¡Queridas primas —les dijo, de pronto, al salir de Fleet Street para entrar en Inner Temple—, soy un terrible despistado!

—¿Por qué? —preguntó Anna.

Clary no lo había oído.

—Porque he olvidado visitar *a uno* de mis enfermos.

Stephen pronunció estas palabras con cierto énfasis. Este enfermo era su primer cliente.

—Ya le veréis mañana —dijo Anna.

—¿Mañana? ¡Quizá sería demasiado tarde!

Clary miró a Stephen sonriendo.

Estaban llegando a las escaleras de la iglesia. Anna soltó, con gesto enfadado, el brazo de su primo y entró; Clary la siguió: Stephen se quedó en la puerta reflexionando.

«Clary tiene unas distracciones muy raras —pensó—; encuentro que acepta gustosa el sacrificio de mi alta protección… ¿y si entrase?».

A su vez, franqueó el umbral de la iglesia y deslizándose por entre las columnas del coro, se instaló en un lugar, en el cual, sin ser visto, podía observar, a su gusto, a las dos hermanas.

Se habían pronunciado palabras respecto de un matrimonio entre Stephen Mac-Nab y una de sus primas, a su gusto; Stephen tenía, pues, el derecho de observarlas.

Anna, antes de sentarse para escuchar la lectura, dirigió una o dos sonrisas cariñosas a sus compañeras que estaban entre la multitud. Clary no imitó su ejemplo, pero dirigió una mirada indiferente y distraída hacia la columna en la cual se apoyaba Stephen. En el mismo instante tuvo un vivo estremecimiento; su cabeza se inclinó y una súbita palidez invadió los frescos colores de sus mejillas.

«¡Qué torpe soy! —se dijo Stephen—; me ha reconocido».

Y con un movimiento instintivo, se escondió detrás de la columna. Al cabo de irnos pocos segundos, asomó la cabeza con precaución.

Clary seguía en la misma posición. Aunque el sacerdote había empezado ya a pronunciar las primeras palabras del sermón, la muchacha seguía de pie. Una fuerza misteriosa parecía inmovilizar cada uno de sus miembros, y su mirada penetrante y llena de ardor, no se separaba de la columna.

«¡Qué cosa más rara —pensó Stephen—; no la había visto jamás mirar de este modo!».

Luego, cuando hubo repetido por dos veces la misma maniobra, se hizo la siguiente pregunta, que cualquier otro se hubiera hecho desde el primer momento:

«¿Es a mí a quien mira?».

Para asegurarse de ello, dio rápidamente la vuelta a la columna, y se encontró frente a un hombre, apoyado, como lo estaba él hacía pocos instantes, contra la piedra de la columna. Este hombre tenía los ojos cerrados y sus labios se abrían en una vaga sonrisa.

Entonces Stephen sintió una profunda angustia, quizá la primera que experimentaba en su vida. Su conciencia se abrió y le mostró un nombre escrito con caracteres legibles. Clary se le apareció como el objetivo de su vida. No tuvo ya dudas; ni tan sólo un pensamiento para Anna. Amaba a Clary. La frente de Stephen ardía; su corazón latía en su pecho con violentos sobresaltos; sus ojos se enturbiaban y se le empañaban con las lágrimas…

¿Por qué esta revelación tan brusca? Es que para comprender el valor de un tesoro, hay que sentir el temor de perderlo; Stephen se dijo: «¡No era a mí a quien ella miraba!».

Durante irnos minutos quedó anonadado por el golpe. Luego se volvió hacia el desconocido.

Era un hombre de unos treinta años, alto de estatura, elegante y de porte aristocrático. En cuanto a su rostro, ofrecía un notable tipo de belleza: su frente, ancha y sin arrugas, pero atravesada de arriba abajo por una ligera cicatriz casi imperceptible cuando su fisonomía se hallaba inmóvil, quedaba enmarcada por una magnífica cabellera negra. No podían verse sus ojos; pero, bajo sus párpados cerrados, podía adivinarse su poder. Encima de su boca lucía un fino bigote negro, a la española. Apoyado a la columna, en una actitud indolente, parecía estar dormido y vivir, durmiendo, un sueño feliz.

Stephen le estuvo contemplando durante largo rato con despecho. Ni tan sólo podía reprocharle la ligera cicatriz que cortaba su frente; no la veía, a pesar de que en esta parte de la iglesia se disfrutaba de una viva claridad. En efecto, para que esta cicatriz apareciese, blanca y cortante, era necesario de que la frente enrojeciera bajo el esfuerzo de una pasión repentinamente excitada. Pero en aquel momento, la frente del soñador aparecía pálida y lisa.

Se alejó Stephen del bello soñador para observar de modo más cómodo la conducta de Clary en el movimiento que tendría lugar entre los congregantes. Apenas llegó a su nuevo lugar, toda la asistencia se levantó en masa.

Clary lanzó una segunda mirada hacia la famosa columna. Ahora también la mirada fue larga, penetrante y llena de fuego. ¡Cosa rara!, el soñador seguía soñando; no había abierto en absoluto los ojos y estaba ausente de todo. Stephen se sintió profundamente humillado.

—¡Ni tan sólo la ve! —murmuró, estremeciéndose de coraje—, ¡es ella quien ama y no él!, ¡este hombre me ha vencido sin saberlo!

Sin embargo, un suspiro levantó el pecho de Clary, la cual se volvió, a pesar suyo, hacia el altar. El ministro entonó un salmo y un coro de frescas y puras voces pronto ahogó la voz temblorosa del celebrante.

—¡Para nuestros enfermos! —dijo en aquel instante una dulce voz detrás de Stephen.

Volvióse y reconoció a Anna, que sostenía la bolsa de la colecta. Stephen, en su desventura, creyóse en obligación de actuar como un loco: buscó en el bolsillo de su chaleco y, presa de un acceso de prodigalidad incalificable, echó ruidosamente, una después de otra, cuatro medias coronas en la bolsa. Anna le dio las gracias con una graciosa sonrisa.

—¡Para nuestros enfermos! —repitió Anna, deteniéndose delante del soñador.

El desconocido se estremeció y abrió a medias los ojos. A la vista de Anna, retrocedió un paso llevando la mano a su frente, como se hace cuando uno cree verse juguete de una ilusión; después se quedó inmóvil, acariciando a la joven con la mirada. Anna, avergonzada y ruborosa, quiso alejarse; pero el soñador la retuvo con un gesto lleno de gracia y sacando de su bolsillo un elegante billetero, tomó un billete de diez libras que depositó en la bolsa, a la par que se inclinaba profundamente. Stephen cerró convulsivamente los puños:

—¡Diez libras!, ¡y yo diez chelines! —refunfuñó.

El desconocido siguió a Anna con la vista durante un momento, mientras la muchacha seguía su colecta. Cuando se perdió por entre la multitud, el desconocido enderezó su esbelto talle y lanzó una ojeada a su alrededor. Esta ojeada cayó, indiferente y distraída, sobre Stephen, el cual se estremeció, preguntándose:

«¿Dónde he visto yo esta cara?».

Hacía ya rato que había anochecido. La parte del templo en la cual se encontraban los congregantes estaba brillantemente iluminada, mientras que la nave y los laterales desaparecían, sumidos en una completa oscuridad. El guapo desconocido se separó de la columna en la cual se apoyaba y se dirigió lentamente hacia uno de los laterales. Al mismo tiempo que él, se puso en movimiento un hombre mal vestido, de cara patibularia, el cual había abierto mucho los ojos a la vista del billete de banco dado a la muchacha en su colecta.

Stephen se había dado cuenta de todo ello y un rápido pensamiento atravesó su espíritu. Vivía en Londres desde hacía bastante tiempo para saber que lo común de los malhechores hacían un juego del sacrilegio. Creyó adivinar que iba a intentarse un crimen. Cediendo en el acto a un sentimiento de honor, dejó su sitio y se introdujo bajo la sombra de la bóveda, resuelto a prestar, si llegaba el caso, un leal socorro al desconocido.

Éste andaba a pasos lentos, como si buscase, como buen conocedor, precisamente el punto más favorable para oír, velada y perdida en la lejanía, la sagrada música de los salmos.

Ignorando el peligro quizás imaginario y la solicitud real de la cual era objeto, proseguía encantado su paseo. Había llegado a aquel lugar de la nave cubierta por gruesas esteras de esparto. Fueron estas esteras las que, ahogando el ruido de sus pasos, habían hecho perder su rastro a Stephen. El ábside resplandecía frente a él; el crucifijo de mármol blanco parecía irradiar una luz divina. Nuestro desconocido evocaba los recuerdos de los días de su juventud cristiana. Descansaba de las fatigas de una vida posiblemente culpable. Era un hombre hecho de sensaciones, el cual sabía extraer un placer de cada cosa y de cada acontecimiento; un hombre capaz, a la vez, del bien y del mal: generoso por naturaleza, francamente entusiasta de por sí, pero egoísta en ocasiones, frío por cálculo, y de humor de vender todo el universo por un cuarto de hora de placer.

Los congregantes entonaron su último salmo. Nuestro soñador, sintiendo que iban a alejarle la copa de sus labios, no quiso dejar ni una sola gota: sentóse en un banco para mirar y para poder oír mejor.

Fue entonces que su oído percibió un ligero ruido. Era como el roce de un cuerpo contra la estera. El desconocido permaneció inmóvil, pero su espíritu, vuelto rápidamente al terreno de la realidad, examinó fríamente

su situación. Con un movimiento lento, continuo e imperceptible, volvió la cabeza y vio una mole negruzca que avanzaba hacia él, arrastrándose.

«Ese pícaro quiere asesinarme», pensó.

Siguió inmóvil y esperó; al cabo de pocos segundos, el individuo que iba arrastrándose de tal forma, y que resultaba ser el hombre mal vestido, se levantó bruscamente e hizo un salto hacia adelante. Brilló el filo de un cuchillo. El arma, a pesar de ir superiormente dirigida, únicamente clavóse en el respaldo de un banco. El desconocido habíase deslizado prontamente. Cuando el asesino quiso levantarse, sintió que le aferraban la muñeca con una fuerza sorprendente.

—¡Uf! —exclamó dejando escapar un doloroso gemido—, ¡creí que sólo había un puño como éste!

Acercó su rostro al del desconocido. Sus ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad; los dos se reconocieron, también, al mismo tiempo.

—¡Bob Lantem!

—¡Vive Dios! ¡Su Señoría! —exclamó el asesino, cayendo de rodillas —. ¡No os había reconocido!

Su Señoría soltó el brazo de Bob Lantern. Este último juntó sus manos en actitud suplicante.



Este hombre era Bob Lantern.

—Mi buen amo —dijo—, mi buen señor Edward; tenía hambre y la vida es terriblemente cara en Londres…

—¡Silencio! —dijo imperiosamente *mister* Edward—; venid mañana y se os pagará, pero no quiero más golpes como éste, maese Bob, de lo contrario…

Mister Edward se dirigió hacia detrás del coro. Bob le siguió, con las manos en los bolsillos y con actitud de un perro al cual su amor hubiese azotado.

Cansado ya, Stephen volvió al ábside, en donde la congregación se preparaba para la salida. Fue con inexpresable sorpresa que vio regresar al desconocido, seguido por el hombre mal vestido. Una vez pasado el peligro, todas sus ideas de despecho y de odio tomaron la delantera. *Mister* Edward seguía andando con la frente alta y el talle cimbreante, como un hombre libre de toda preocupación. Se tuvo un momento delante de los congregantes e hizo señal a Bob para que se le acercara. Cuando Bob llegó a su lado, inclinóse hacia su oído y le dijo:

—¿Ves aquella hermosa niña, cerca del púlpito?

—¿La de la colecta?

—Exactamente. Vas a seguirla y mañana me darás cuenta de tus pesquisas.

Bob Lantem hizo una señal afirmativa. *Mister* Edward pasó muy cerca de Stephen, sin hacer caso de la mirada colérica qué le lanzó el joven médico. Gary le siguió con la vista hasta la puerta. Apenas hubo salido, Stephen corrió hacia Bob Lantern.

—¿El nombre de este hombre? —le preguntó.

—¿Qué hombre?

—El hombre que os acaba de hablar.

—No sé nada.

Stephen metió sus dedos en el bolsillo y sacó un soberano, que deslizó en la mano de Bob Lantern.

—¡Esto es hablar! —dijo éste último—; ¿quiere saber su nombre?

—¡Sí, pronto!

—No sé nada.

Luego, haciendo una reverencia, añadió:

—¡Que Dios os bendiga!, joven *gentleman*.

Y desapareció.

3. El advenimiento de un león

Aquella misma noche había un baile en Trevor House. Lord James, conde de Trevor, gran señor de cuna y de fortuna, había tenido un brillante papel político algunos años antes. Desde el advenimiento del ministerio «whig», se abstenía, y sus salones eran el punto de reunión de los notables del partido *tory*. Era viudo y vivía con su hermana, *lady* Campbell, la cual generosamente habíase encargado de la educación de *miss* Mary Trevor, hija única del conde.

Lady Campbell había sido una mujer encantadora en 1820. En el año 1832, época en la cual ocurre nuestra historia, había ya perdido una gran parte de su belleza, pero no así el deseo de agradar. Mujer con espíritu y de excelente gusto, reinaba en medio de un círculo escogido, en el cual ella era reina y oráculo. Sus rendidos caballeros eran la flor de los jóvenes más en boga. Hiciera lo que hiciese, no se la respetaba, se la amaba.

Miss Mary Trevor tenía dieciocho años; era muy hermosa, con aquella belleza suave, pero delicada y como eclipsada, cuyo tipo se encuentra reproducido con frecuencia en los cuadros de nuestro Reynolds. Su talle era esbelto y se inclinaba ligeramente hacia delante, pues era muy alta. La transparencia de su cutis se hacía notar especialmente en torno a sus ojos, en donde parecía tomar un reflejo azulado, en medio de su frente y en las sienes, en donde podía percibirse una ligera red de pequeñas venas azules. Su cabellera rubia, de una finura extremada, caía en ligeros bucles a lo largo de sus mejillas. Su sonrisa era la de un niño, pero cuando poníase seria, una temblorosa arruga, ligera y tenue, formada a cada lado de sus labios, daba a su boca una expresión desdeñosa. *Miss* Mary era así por naturaleza; la educación le había proporcionado otros encantos. Sabía hablar y sabía callar; todo lo que hacía lo hacía bien y a propósito.



Miss Mary Trevor.

Miss Mary era hija única. Su padre poseía treinta mil libras esterlinas o setecientos cincuenta mil francos de renta, según el decir de muchos, pero algunos afirmaban que la cifra real sobrepasaba en mucho esta cantidad.

Puede suponerse, pues, que a la heredera de esta fortuna, la cual, pobre, hubiera podido ser amada por ella misma, no le faltaban admiradores. Dos años antes, efectivamente, en tiempos de su presentación en el gran mundo, se había visto rodeada inmediatamente, por una innumerable corte de pretendientes. Ella pareció demostrar su

preferencia hacia un joven de fortuna modesta, pero de origen principesco, hijo menor del difunto lord conde de Fife, que respondía al nombre de Frank Perceval. *Miss* Mary, o, mejor dicho, *lady* Campbell, le hizo distinción y todo el mundo creyó que la batalla había terminado; pero, de pronto, surgió un nuevo campeón que restableció la lucha y que la dominó rotundamente.

Hay que decir, sin embargo, que este campeón era, nada menos, que Río-Santo en persona.

¡El marqués de Río-Santo!, ¡el encantador, el incomparable marqués! ¡Londres y París recuerdan su tren de vida! ¡Europa entera admiró sus magnificencias orientales! el universo, en fin, sabía que gastaba cuatro millones a cada «saison», veinte mil libras esterlinas por mes y, que, a pesar de todo, no era judío Río-Santo llegó de París, en donde durante cuatro o cinco inviernos seguidos había sido el rey de la moda. Llegó, seguido de su séquito de lacayos, de sus cuadras de caballos, de sus jaurías reales y de varias docenas de baronesas que morían soñando por el amor de sus negros cabellos, de su pálida tez y de la mirada de sus fulgurantes ojos azules.

Por regla general, Londres sólo se inmuta por casos extraordinarios. Para poder causar gran impresión en esta ciudad orgullosa, es menester ser audaz, bayadera o, por lo menos, camero con cuatro cuernos. Río-Santo no era nada de todo esto. Era solamente un marqués. Sin embargo, tres días después de su llegada, en todos los pisos de todas las casas de todas las calles de Londres, era objeto de todas las conversaciones. Y, no obstante, nadie podía jactarse de haber visto a este famoso marqués de Río-Santo, del cual todo el mundo hablaba. Pasó en la soledad de su magnífica mansión de Belgrave Square los tres o cuatro primeros días que siguieron a su llegada a Inglaterra.

Un rumor vago empezó a circular en los clubs, generalmente, bien informados. Se decía que el gran marqués era un enviado secreto de una corte extranjera de primer orden. Se aseguraba que su misión era completamente confidencial y de las más importantes. A final de cuentas, nadie podía afirmar el hecho; pero, precisamente, por causa de esto, el hecho se daba como positivo y, por consiguiente, materialmente probado.

También se dijo quien de los *whigs*[13] o de los *tories* tendría su primera visita. Se cruzaron treinta invitaciones, firmadas por los nombres más rimbombantes, de los cuales, el menos importante tenía, detrás de él, un palacio y varios millones. Río-Santo no quiso apresurarse

en la elección. Se dejó desear el tiempo conveniente; después, una noche, después de su primera excursión a Richmund, se hizo conducir a Derby House. *Lady* Ophelia Barnwood, condesa de Derby, era viuda; tenía veinticinco años y pasaba por ser la mujer más encantadora de King's Road, la cual es una calle larga y completamente habitada por mujeres encantadoras.

Cuando anunciaron a Río-Santo, corrió una silenciosa emoción por entre la doble hilera de mujeres que se alineaban en los salones de la condesa de Derby. Río-Santo entró. Encontraron que era un hombre guapo; pero hubo, aquí y allá, algunas pequeñas decepciones, debido a que no iba ataviado con un conjunto lo suficientemente romántico. Por de pronto, se extrañaron de que este marqués, irreprochable, a buen seguro, pero que no tenía nada de especialmente extraordinario, hubiera podido arrebatar durante tres años al conde de Orsay, el cetro de la moda europea; hubieran querido verle lucir una corbata más original, un porte más poético o una mirada más imposible de definir. En resumen, la primera impresión no respondió, en absoluto, a lo que se esperaba. Pero Río-Santo habló. El encanto se operó, tanto más, por cuanto Río-Santo era un espíritu selecto. Su inteligencia, dúctil y fuerte, lo abarcaba todo. Era un hombre grave y era un hombre brillante. Al mismo tiempo quedaron hechizados por el fasto real que desplegó, no como un comerciante enriquecido, sino como un verdadero gran señor. Tanto es así, que, al cabo de pocas semanas, Río-Santo fue, en Londres, lo mismo que había sido un París: el hombre por excelencia, es decir, un rey, un dios.

Hacia la época de su llegada a Inglaterra, unas cuantas nuevas figuras se habían introducido en el gran mundo; todas eran personas de buena casta, que ostentaban nombres que sonaban bien y que llevaban un noble tren de vida. Entre estos recién llegados, citaremos al mayor Borougham, a *sir* Paulus Waterfield, al doctor Muller, al caballero Angelo Bembo.

La primera amante de Río-Santo en Londres fue, según dicen, la condesa de Derby. Hasta entonces, *lady* Ophelia había gozado de la reputación más envidiable para una joven viuda. Era, según el sentimiento general, una mujer de gusto exquisito, de espíritu muy delicado, pero de sequedad de corazón; en resumen, una verdadera coqueta, de las más peligrosas y de las menos atacables. Era, además, una mujer de principios escogidos, pensando alto y bien, devota, justo como se debe ser y llevando sin ningún reproche, el nombre de su difunto marido, uno de los más nobles y hermosos de la rancia monarquía

inglesa. Llegó Río-Santo: la existencia de la condesa se envolvió, de pronto, en un misterio desacostumbrado, que las malas lenguas no tardaron en convertirlo en sospechoso; ella hubiera podido defenderse, es decir, levantando el velo y dar, como en tiempos anteriores, cada hora de su vida a las miradas de las gentes. Pero era cierto; amaba a Río-Santo; le amaba con el amor que seguramente inspiraba este terrible Don Juan: con un amor fogoso, joven, alocado, imprudente…

4. Como el amor viene soñando

Todo el Londres *fashionable* se ocupó durante una semana de la boda de Río-Santo con *lady* Ophelia Bamwood, condesa de Derby. Era una pareja perfecta. Sin embargo, el matrimonio no tuvo lugar. Río-Santo declaró muy alto que había fracasado. Algunos creyeron en esta declaración, otros pensaron que, precisamente, había tenido demasiado éxito.

El marqués llevaba, no obstante, la vida más rigurosamente *fashionable* que se pueda imaginar. Él solo daba despóticamente el tono para todas las cosas. Se citaban sus frases con verdadera gravedad. Cuando, por casualidad, no dejaba escapar sus sentencias, siempre había almas generosas que se creían en el deber de atribuírselas. Hablando de él, se estaba siempre seguro de interesar a las mujeres y algunos seductores distinguidos inventaban, a cuenta de él, unos sabrosos chismes, que intentaban, a guisa de falsas llaves, poner en práctica, a la puerta de todos los *boudoirs*.

Se le achacaban un número tan exorbitante de éxitos, que la cuenta sobrepasaba toda verosimilitud. Pero era discreto.

Un día, encontró a *miss* Mary Trevor y pensó que aquella niña pálida, de rasgos desvaídos, con una belleza como nublada, era un persona muy insignificante. Por segunda vez se encontraron en presencia uno del otro. *Miss* Mary cantó. Su voz dulce, pero sin vuelo, rozó el oído de Río-Santo como un vago ruido. Río-Santo habló. Su órgano vibrante y grave afectó dolorosamente el oído de *miss* Trevor. ¿Por qué? Mary no habría podido decirlo.

Una tercera vez, finalmente, se efectuó el encuentro. Fue en un concierto en los salones de *lady* Ophelia; Río-Santo aquella noche estaba pálido, taciturno y recorría, sin ver, con su mirada vagamente distraída, su alrededor. *Miss* Trevor, sentada cerca de *miss* Diana Stewart, su mejor amiga, en una sala de juego que todavía no había sido invadida por el batallón de jugadores, hablaba bajito. Diana era la prima y había sido la

compañera de infancia de Frank Perceval, a quien un viaje retenía lejos de *miss* Trevor, su novia. Las dos jóvenes, como es de suponer, hablaban de él. Río-Santo, de pie, apoyado contra una columna de medio relieve, cuyo saliente le ocultaba en parte, estaba en situación de oír y no oía. Mary le daba la espalda y no podía verle. Insensiblemente, las dos jóvenes, que al principio hablaban en voz baja, dejaron de retener sus voces, ya que se creían lejos de cualquier indiscreto. Su conversación fue subiendo como un murmullo hasta los oídos de Río-Santo. Al principio no prestó atención y siguió soñando.

Río-Santo soñaba de amor. Veía en el pasado, lejano, quizás, a una niña rubia que levantaba hacia él su mirada de ángel, confiada, tierna, tímida. La orquesta acompañaba una melodía, tejida sobre uno de aquellos motivos sencillos y emocionantes que encuentran en sus brezos los bardos de la verde Irlanda. Se hubiera dicho que aquella melodía tenía una relación directa y real con la jovencita de sus sueños.

Cuando la orquesta cubrió con su último acorde las vibraciones de la voz del cantante, Río-Santo abrió sus ojos; una lágrima se filtró a través de las pestañas de sus párpados medio entornados.

—María —murmuró— ¡mi dulce María!

—¡Pobre Mary! —exclamó en el mismo instante *miss* Diana Stewart. Después, añadió con ligera risa—: ¿Así, le amas mucho?

Al nombre de Mary, Río-Santo había abierto los ojos y su mirada recayó en el gracioso perfil de *miss* Trevor. Ya había visto a *miss* Mary y, no obstante, creyó verla por primera vez. Quizá la delicada y graciosa sonrisa de *miss* Trevor encontró su lugar en el sueño que dominaba a Río-Santo en aquel momento; quizás algún lejano parecido vino en ayuda al nombre de Mary. Por esta razón, o por otras, sintió que su corazón palpitaba y se lanzaba hacia aquella encantadora joven que daba cuerpo, muy a propósito, a su fantasía del momento. La acarició con la mirada como a una próxima presa y, mimado por el éxito, no se preocupó tan sólo de los medios para poder triunfar. *Miss* Trevor vaciló un momento antes de contestar la pregunta de Diana.

—Estoy triste desde su partida y espero su regreso con impaciencia —dijo, al fin.

Río-Santo saboreó lentamente la armonía de esta voz que había desdeñado la víspera. Hizo un movimiento. *Miss* Trevor se volvió y su pálida mejilla se ruborizó, porque adivinó que su respuesta había sido oída.

—¡Ven! —dijo, empujando a su amiga, extrañada, hacia los salones donde tenía lugar el concierto.

—¿Hay alguna serpiente detrás de tu sillón? —preguntó alegremente *miss* Stewart.

—Había un hombre —respondió Mary.

Algunos días después, Río-Santo fue presentado a *lady* Campbell y a lord Trevor. *Lady* Campbell estaba precisamente hecha para apreciar todas las cualidades del bello marqués; se sintió halagada de la iniciativa que él tomó respecto a ella y previo que su importancia mundana iba a aumentar considerablemente. Trevor House, efectivamente, se puso, de pronto, de moda. Todo el mundo estuvo deseoso de ser presentado, y los jóvenes gentilhombres que hemos visto llegar a Londres casi al mismo tiempo que Río-Santo, fueron los primeros en solicitar tal honor. Ciertamente, el mayor Borougham, el doctor Muller, *sir* Paulus Waterfield y el apuesto caballero Angelo Bembo, eran personas que no encontrarían nunca puerta cerrada. Estos cuatro gentilhombres no estaban sin tener entre ellos algún punto de unión superficial y ocasional que se forma tan fácilmente en la sociedad, pero no reinaba, entre ellos, ninguna intimidad aparente. Sin embargo, se hubiera dicho que se habían pasado el santo y seña para resolver, cerca de *lady* Campbell, los asuntos de Río-Santo.

Río-Santo, por otra parte, no tenía en absoluto ninguna necesidad de ayuda. Cuanto más graciosa era una mujer, menos posibilidad ella tenía de poder escapar a la seducción de su espíritu, y, de este modo, *lady* Campbell, respecto a espíritu refinado y selecto, no lo cedía a nadie. Pronto quedó subyugada. Como *lady* Campbell era, de hecho, la cabeza de la casa de su hermano, todo el mundo sufrió, más o menos, la influencia del marqués; todo el mundo, incluyendo, también, a la misma *miss* Trevor.

A pesar de ello, Río-Santo no actuó en absoluto, directamente, sobre *miss* Trevor. Fue *lady* Campbell, inconscientemente, que tomó el cuidado de solicitar el manejable corazón de su hermosa sobrina. Su fervorosa amistad y su admiración eran visibles por todos sus poros. Tanto es así que *miss* Trevor tuvo vergüenza y pesar por el miedo pasado. Empezó a sentir hacia Río-Santo una especie de admiración a la cual se mezclaba todavía un temor indefinido, pero que ya no era repulsión.

Sabía que Río-Santo la amaba. Cuando una mujer sabe esto y que de la aversión va pasando a otro sentimiento que no es indiferencia, se puede apostar, según la creencia general de la mayor parte de los observadores,

que está pronta a amar. Puede decirse que solamente es cuestión de tiempo.

Fue entonces que empezó a correr por todo Londres un rumor extravagante y despojado de toda verosimilitud. Este rumor hizo relinchar el Jockey-Club a plena garganta, y asombrar a todos aquellos que podían pretender al título de *gentleman*, de una parte a otra de la ciudad. Las mujeres lo comentaron en sus chismorreos; los maridos con las amigas íntimas de sus esposas, así como los criados cuchichearon entre ellos.

Se decía que Río-Santo quería casarse.

Casarse como el más común de los mortales, poner un término, romper su cetro, cortar sus espuelas, cambiar su poesía en prosa, poner un gorro de dormir encima de su corona…

Era algo que torpemente se había inventado, era ridículo, ¡imposible! Pero, era cierto. Cuando este rumor se propagó, Río-Santo había pedido la mano de *miss* Mary Trevor.

En contra de su costumbre, hubo de encontrar varios obstáculos, el menor de los cuales no era para despreciar. Primeramente, *lady* Campbell, que era la lealtad en persona, se negó, a pesar de su propio deseo, a prestar ayuda al marqués. El recíproco amor de Frank Perceval y de su sobrina, era obra suya; ella había preparado laboriosamente su unión. Abandonar los intereses de Frank, ausente, hubiera sido una pura traición y *lady* Campbell era incapaz de ello. En segundo lugar, lord James Trevor, anciano gentilhombre, a la vez caballeresco, había dado su palabra a Frank. En tercer lugar, finalmente, *miss* Trevor amaba a ese mismo Frank Perceval, por todo ello, el marqués recibió una negativa triplemente motivada.

Lady Campbell, que se desesperaba, pudo creer, naturalmente, que Mary estaba desolada. Esto no era rigurosamente exacto, pero era posible. Una vez admitido el disgusto de *miss* Trevor, este disgusto podía ser interpretado de diferentes maneras; la elección se admitía: *lady* Campbell eligió. Se dijo que su sobrina amaba; que amaba a Río-Santo y que la negativa sufrida por éste último causaba todo el pesar de la joven.

Se dijo esto varias veces sin llegar a creerlo; luego, al final, acabó creyéndolo. Creyéndolo, tenía, incontestablemente, el derecho de hacer compartir su opinión con alguien más; pero ¿a quién comunicar sus impresiones, si no es a su sobrina querida, a su hija adoptiva?

A la primera explicación, Mary cayó en la cuenta. ¡Pero *lady* Campbell era de tan buena fe y tenía tanta elocuencia! Mary, débil y acostumbrada a no preguntar el fondo de su corazón, acostumbrada, también, a hacer suyas, sin examen, todas las ideas de su tía, se dejó persuadir, a medias.

A partir de entonces, *lady* Campbell, se tranquilizó. Recobró toda su serenidad. Se dijo que, en ciertas circunstancias, no hay que quedarse a mitad de camino y que su obligación era defender los proyectos de Río-Santo lo mejor posible.

Miss Trevor, a decir verdad, vivía entonces en una especie de vértigo perpetuo, lleno de cansancio y de aburrimiento. Río-Santo había producido en ella una rara impresión que no podía definir de ningún modo. *Lady* Campbell llamaba a esto amor; pues, seguramente, debía ser amor.

Sin embargo, la imagen de Frank Perceval permanecía en el fondo de su corazón. Abrumada por la infalibilidad de *lady* Campbell, aconsejada, por otra parte, por la indolente debilidad de su carácter, adormecíase en esta duda casi fantástica. Sufría en silencio, pero sin buscar remedio a ello.

Se admitió a Río-Santo para declarar sus sentimientos a *miss* Mary Trevor, la cual, durante toda la noche siguiente soñó con Frank Perceval.

Hay que decir, también, que este noble joven había escogido un mal momento para viajar. Frank Perceval, acogido por toda la familia Trevor, era el prometido casi oficial de Mary, pero ¡Mary era tan joven! Dentro de un año…, le decían. Frank se preguntaba como podría esperar trescientos sesenta y cinco días, sin morir setecientas treinta veces. Uno de sus amigos le aconsejó que tomara la diligencia y que se fuera a visitar Suiza. Frank se fue a visitar Suiza. Quedóse allí un año, ni más, ni menos, y alquiló unos caballos de posta en Ginebra, de manera que pudiera llegar a Londres, exactamente, el trescientos sesenta y cincoavo día.

No se puede ser más exacto y el azar quiso reservarle una de sus buenas tretas que reserva, a veces, a los amantes del viaje. En el mismo instante en que llegaba a su casa, la sirvienta encargada de la misma, le remitió una carta fechada ocho días antes, en la cual se le invitaba a pasar la velada en casa de lord James Trevor.

Frank tuvo el tiempo justo para hacer su *toilette*. Era la misma noche del trescientos sesenta y cincoavo día, que tenía lugar el baile de Trevor House.

5. El baile

Trevor House, edificio señorial situado en Norfolk Street, levanta, entre reja y jardín, su orgullosa arquitectura de un gran cuerpo con dos alas salientes. Aquella noche, las altas ventanas de la fachada estaban brillantemente iluminadas y los pobres centinelas, encargados de dar guardia a la estatua colosal de Aquiles, erigida en honor del duque de Wellington, debían ver, a través de las ramas desnudas de los árboles, las luces de las lámparas atenuadas por la diáfana pantalla de los cortinajes.

La hora de la llegada al baile acababa de sonar; los salones se iban llenando poco a poco y la orquesta preludia en unos acordes indecisos y tímidos. Especialmente, el salón principal, en el cual se hallaba *lady* Campbell, presentaba un magnífico espectáculo y parecía una cesta a medio llenar, esperando solamente la llegada de unas cuantas flores más.

—Haced el favor de permitirme, señora… —dijo el vizconde de Lantures-Luces, levantando la mano de *lady* Campbell hasta una media pulgada de sus labios, y haciendo el gesto de besar—, señorita, concededme la merced de… ¡Tenéis ahí, y hablo muy en serio, un abanico delicioso!

—Vizconde, esta es la séptima vez que os enamoráis del abanico de mi sobrina.

Lady Campbell dio la mano a *lady* Ophelia Barnwood, condesa de Derby, la cual entraba y Mary besó a Diana Stewart, cuya madre acababa de hacerse anunciar.

—*Sir* Paulus —dijo *lady* Campbell a uno de los recién llegados— ¿nos contará alguna nueva noticia?

—Corre el rumor —respondió *sir* Paulus Waterfield— de que el marqués de Río-Santo está renovando sus carruajes y el mobiliario de su casa.

—¿Habláis en serio? —preguntó el vizconde—; no hace ni t res meses que ha renovado toda su casa.

—El marqués tiene sus razones para ello.

—Una boda —añadió el mayor Borougham—. Es la gran noticia del momento.

Mary perdió la sonrisa que había fijado de manera estable, en sus labios. Tuvo la impresión de que, de repente, su cabeza bullía y sus manos se quedaron heladas. Pensó en Frank Perceval, al cual ya no amaba, puesto que se había convenido así, pero que ocupaba su pensamiento desde la mañana a la noche, rivalizando con Río-Santo; pues Mary había llegado a dar al marqués la mitad de su espíritu, ya que no la mitad de su corazón.

—¡El marqués ha cambiado mucho! —repuso con intención el apuesto caballero Angelo Bembo.

—Está desconocido —añadió el mayor Borougham.

—¿Qué podéis encontrarle, pues, al querido marqués? —preguntó el vizconde de Lantures-Luces.

—Que está enamorado —contestó *sir* Paulus Waterfield.

El doctor Muller aprobó, gravemente, con la cabeza.

—¿Por tres días? —añadió el vizconde poniendo su sombrero clac bajo el brazo izquierdo.

—¡Por toda la vida! —dijo el caballero Angelo Bembo, con una gravedad llena de convicción.

Miss Mary Trevor hizo un gesto de orgullo, y tuvo un estremecimiento de angustia: el orgullo era cosa natural en una hija de Eva y no se hubiera encontrado en todo Londres una sola mujer que no tuviera este sentimiento viendo a Río-Santo rendido a sus pies; la angustia era una vaga protesta del corazón; un semi despertar, un grito ahogado de la conciencia.

Empezaba el baile. El caballero Angelo Bembo tomó la mano de *miss* Trevor para conducirla a las cuadrillas. Se operó un movimiento general en los salones; los grupos desplazados se mezclaron; *lady* Campbell, sin perder a su corte masculina, se encontró rodeada por un círculo de damas. La conversación iba y venía, frívola, maldiciente y espiritual. *Lady* Campbell hacía frases encantadoras y el vizconde de Lantures-Luces, unas exclamaciones deleitosas.

—En verdad, cuando nuestro marqués se halla ausente —dijo *lady* Campbell con una imperceptible guasa— el señor de Lantures-Luces resulta la providencia de nuestras reuniones.

La cuadrilla llegaba a su fin; el caballero Angelo Bembo acompañó a *miss* Trevor a su sitio. Apenas sentada cerca de su tía, que la voz sonora del criado, dominando, de repente, los mil ruidos de la fiesta, anunció en todos los salones, el nombre del Honorable señor Frank Perceval.

Miss Trevor se volvió, más pálida que un mármol, y puso la mano encima de su corazón, que desfallecía. *Lady* Campbell se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja:

—¡Ánimo, hija mía!, la entrevista será penosa… ¡Erais tan joven!, vuestro corazón se equivocó… ¿Por otra parte, quién sabe si Frank mismo no ha cambiado, también?

Frank Perceval fue recibido por lord Trevor con la más franca cordialidad. El anciano lord en persona fue a presentarlo a su hija. Mary recibió a su prometido con una frialdad, tanto más grande porque su corazón, de pronto, despierto, se lanzaba hacia él con más fuerza. La muchacha bajó los ojos bajo la mirada de Frank y no contestó a su cumplido, pronunciado con voz emocionada, más que balbuceando algunas palabras desprovistas de sentido. Frank sintió llegar un cruel temor. Quiso hablar más, pero *lady* Campbell le tocó ligeramente el brazo con su abanico.

—¿Habéis hecho buena viaje? —le preguntó.

Luego, cambiando repentinamente de tono, se inclinó hacia su oído y le deslizó esas palabras:

—¡No, esta noche, Frank, os lo ruego; todos tienen puestos los ojos sobre ella, sobre nosotros!…

Frank no comprendía en absoluto.

—Mañana —prosiguió *lady* Campbell con una voz tan llena de compasión que Frank se dio cuenta, al fin—; mañana ya os explicaré… Consideradme siempre como una amiga, querido Frank… la pobre niña ha resistido mucho… ha sufrido mucho…

—¡Pero, cómo, *milady*! —exclamó Frank—; ¿debo creer?…

—Os lo ruego, señor, esperemos a mañana.

Al mismo tiempo, *lady* Campbell tomó la mano de Frank, que apretó con una sensibilidad no fingida. Frank saludó y se alejó, con la muerte en el corazón.

Mary permaneció inmóvil, anonadada.

—Hija mía —le dijo *lady* Campbell— lo más duro está ya hecho. Ahora, el resto me concierne. ¡Ah!, si no fuera por ti, Mary, evitaría yo esta

embajada. ¡Pobre Frank! ¡Pero se trata de tu felicidad; no ahorraré desvelos, querida hija!

Puso un beso en la frente, fría y húmeda, de *miss* Trevor.

Frank deambulaba por los salones, buscando la manera de rechazar, lejos de él, el doloroso temor que oprimía su pensamiento; él quería esperar, aún. Aquí y allá, sus amigos le detenían para darle un apretón de manos y desearle la bienvenida. Uno de entre ellos, al verle, exclamó:

—¡Os veo muy triste! ¿Estáis ya enterado…?

Frank le interrumpió vivamente:

—¿De qué? —preguntó con ardiente ansiedad.

—¡Pobre muchacho!, pero no hay nada oficial, todavía… son simples rumores…

—¿Qué dicen estos rumores?

—Dicen… a lo mejor mienten… Dicen que *miss* Trevor va a casarse con Río-Santo.

Frank pasó su mano por la frente.

—¿Quién es este Río-Santo? —preguntó.

El amigo le miró estupefacto.

—¿No habéis oído hablar de Río-Santo, Frank? Debéis ser el único, Perceval, pobre amigo.

Frank se quedó solo, aturdido por este nuevo golpe.

—¡Eh! ¡Hola, querido! —gritó una voz de falsete a su oído—. Hace un siglo que no se os ha visto, y ayer yo decía… ¿A quién lo decía?… Tenéis un aspecto triste, querido… Ya comprendo…

—¿Es, pues, cierto? —murmuró Frank.

—Querido, Río-Santo tiene más millones que no tenéis vos centenares de libras de renta…

El vizconde de Lantures-Luces, con esta última frase, dio una pirueta y se fue. Frank andaba sin ver y se tambaleaba como si estuviese ebrio; entonces sintió un brazo de mujer que iba deslizándose debajo del suyo.

—¡*Milord* —le dijo la condesa de Derby— os sentís desgraciado, muy desgraciado!, lo siento… Debéis saber ya…

—Creo saberlo todo, *milady*.

—¿Todo? No, *milord*, no lo sabéis todo. Oídme, yo también sufro; quisiera aliviar vuestra pena y quizás…

Hay un demonio de fatuidad en el fondo del corazón de todo hombre. Frank, a pesar de su abatimiento, comprendió equivocadamente y miró a *lady* Ophelia con aire extrañado.

Esta sonrió con tristeza.

—Quizás pueda daros los medios para combatir a Río-Santo —prosiguió ella—, pues no es posible vencer a Río-Santo con armas ordinarias.

—¡Otra vez Río-Santo! —pensó Frank, el cual sentía que nacía en su corazón un odio furioso y sin límites.

—Venid a verme mañana —prosiguió la condesa de Derby— lo que quiero comunicaros debe decirse en voz baja y a puerta cerrada… y aún quien habla está en peligro, lo mismo que aquel que escucha. Hasta mañana, milord; os espero.

Inclinóse la condesa, graciosa y sonriente como si saliera de una entrevista frívola. Frank no tuvo tanto aplomo. Su desdicha podía leerse en cada uno de sus rasgos. *Miss* Diana Stewart, su prima, le vio y le llamó.

—Sentaos a mi lado, Frank —le dijo—; tengo muchas cosas que contaros. ¡Oh!, ¡ya sabía yo que este golpe os heriría de manera muy cruel!

—Sois su amiga —murmuró Frank, el cual apenas tenía fuerzas para hablar—; debéis conocer el fondo de su corazón… explicadme…

—Está sufriendo tanto como vos, Frank. Ocurre en ella algo que no llego a comprender, pero su corazón no ha cambiado. *Miss* Trevor os sigue amando.

—¿Pero, y este matrimonio?

—Se habla de él; *lady* Campbell lo desea. Mary no se opone.

—¡No se opone! —repitió mecánicamente Frank.

—¡Río-Santo las ha hechizado!

—¡Siempre Río-Santo! Diana, ¿le conocéis, vos?

—Le conozco —respondió *miss* Stewart, la cual bajó los ojos y se ruborizó.

—Enseñádmele… ¡decidme quién es!

—Es un hombre a quien nada, ni nadie, se le resiste —pronunció en voz baja la joven—; un hombre bello, noble, fuerte y al cual los demás hombres se le asemejan de lejos… Desgraciados de sus rivales, Frank.

—¡Desgraciado, él, más bien! —interrumpió Perceval, el cual se levantó en un arrebato de exaltación terrible—. ¡Mostrádmelo, os digo! ¡Ah!, he de verle cara a cara, a ese hombre; yo he de…

La voz monótona y sonora del lacayo interrumpió a Frank, anunciando enfáticamente; ¡Don José María Telles de Alarcón, marqués de Río-Santo!…

Efectivamente, Río-Santo apareció inmediatamente. Iba vestido con un traje severo, de irreprochable elegancia. Tres condecoraciones soberanas brillaban en su pecho.

El anuncio de su nombre levantó un murmullo contenido entre la multitud. Algunas *ladies* se equivocaron en la9 figuras de las cuadrillas; otras olvidaron contestar a cualquier pregunta de su acompañante. Había en la fiesta un elemento más y cada corazón femenino sintió crecer su instinto de coquetería.

Frank miró fija y largamente a su rival, al cual obstruía el estrecho paso que había abierto la multitud. Su primera impresión fue que aquella cara no le era desconocida, pero fue una sensación breve y fugitiva; lo que Frank vio, lo que notó con unos celos apasionados, fue la extraordinaria belleza de Río-Santo. Su odio aumentó con todo el terror que embargaba su alma. En aquellos momentos de desdicha amorosa en los cuales la angustia paralizaba la reflexión, la belleza le apareció como el arma única y soberana: Frank se sintió vencido, abrumado, bajo la hermosura de su rival.

Seguía mirándole y obstruyendo el paso. Río-Santo, en principió, moderó su paso, luego se detuvo en seco, buscando con la vista a *lady* Campbell y a su sobrina. Ni tan solo se había dado cuenta de Frank.

—¡Allí, marqués, allí! —exclamó obsequioso, el vizconde de Lantures-Luces, señalando el ángulo del salón, donde se hallaba sentada *lady* Campbell— las señoras se lamentan de vuestra tardanza. ¡Bien! ¡Perceval, querido, tened la bondad de dejarnos pasar, al marqués y a mí!

Frank no se movió y puso en su mirada, siempre fija en el marqués, la expresión del más provocativo desdén. Río-Santo le miró con ojos serenos y respondió al glacial desafío de Frank con un saludo lleno de cortesía.

—Procuraré tener el honor de ser presentado al Honorable Frank Perceval —dijo con sencillez.

Y antes de que Lantures-Luces tuviese tiempo de empeorar la situación con su obsequiosidad intempestiva, el marqués hizo un imperceptible saludo con la cabeza, al cual respondió un personaje que acababa de entrar y a quien todo el mundo daba paso. Este personaje al cual su elegante traje de ceremonia no podía restar la apariencia burguesa que le había dado la naturaleza, andaba con la cabeza alta y los ojos muy abiertos, sin volverse nunca para evitar un choque o para

saludar a algún conocido. Era Tyrrel, el ciego de la taberna de «Las Armas de la Corona». Pero aquí se le conocía con otro nombre.

Al gesto de Río-Santo, cambió de dirección y vino a plantarse delante de Frank, el cual perdió de vista al marqués.

—¡Apartaos, caballero! —dijo Frank con cólera.

—¡Eh!, ¡eh!, querido —exclamó Lantures-Luces soltando una carcajada— ¿qué hierba habéis pisado esta noche? ¿No iréis a buscar pendencia a *sir* Edmund Mackenzie, que es ciego?

—Os pido perdón —murmuró Frank, quien se mordió los labios.

Río-Santo fue a reunirse con *lady* Campbell y su sobrina. El rincón en donde estaban instaladas se convirtió, de repente, en el centro del baile. Todas las miradas se dirigieron allí y la corte de *lady* Campbell se encontró instantáneamente doblada.

—Mary se ponía triste —dijo *lady* Campbell, mientras Río-Santo besaba la mano de la joven.

—¿Sólo era mi ausencia la causa de la tristeza de *miss* Trevor? — preguntó Río-Santo, sonriendo.

Mary intentó sonreír, pero no pudo.

Aquella noche Río-Santo estuvo más atento, más tierno, más elocuente aún que de ordinario. *Miss* Mary, que una voz interior advertía que debía recordar, se abandonaba, a su pesar, a los hechizos con los cuales la rodeaba aquel hombre, al cual no amaba, y olvidaba a Frank, a quien amaba. Era más que una fascinación, y *miss* Diana Stewart había empleado la palabra justa: Mary estaba hechizada.

Frank estaba de pie, apoyado en una entrada. Se hallaba demasiado lejos para poder oír, pero podía verlo todo. Miraba, poniendo el alma entera en su mirada, interpretando cada gesto, dando a cada movimiento un significado que acuciaba su fiebre y multiplicaba su sufrimiento. Las horas pasaban. Una sola cosa distrajo el obsesionante espionaje de Frank. En el momento en que la conversación del grupo presidido por *lady* Campbell alcanzaba su grado máximo de animación, Río-Santo, acalorado, sin duda, por la vehemencia de la conversación, frunció, un instante, el entrecejo. La luz de un candelabro caía verticalmente sobre su rostro. Frank, que estaba mirándole, tuvo un estremecimiento y se preguntó por segunda vez dónde había visto antes a aquel hombre. Pero los rasgos de Río-Santo recobraron su posición normal y Frank dudó, de nuevo. El recuerdo que acababa de producirse en su memoria se unía a un acontecimiento horroroso; su pensamiento acababa de evocar —

sobre una semejanza real o imaginaria— un tan terrible cuadro, que el mismo odio, o, lo que es peor, los celos, no podían dar lugar a la serena y noble figura de Río-Santo. Frank pensó que se había equivocado. Lo pensó tanto más firmemente, porque hubiera sido locura suponer lo contrario. Una terrible desgracia le había alcanzado, en otro tiempo, en unas circunstancias muy raras. El hombre que tuvo el principal papel en aquel drama horrible, aquel hombre y Río-Santo se parecían como puede parecerse un miserable a un príncipe. Frank rechazó lejos de sí aquella sospecha. Tenía suficientes motivos muy recientes para odiar, sin relacionar su aversión a ultrajes lejanos.

Finalmente, Río-Santo se levantó para cumplir con sus deberes respecto a las damas. Frank, que estaba aguardando este momento con impaciencia, abandonó su sitio y le abordó.

—Caballero —le dijo, con aquella serenidad afectada que el hombre de mundo sabe poner para ocultar sus emociones más profundas— hace un momento habéis manifestado el deseo de serme presentado.

Río-Santo, no le reconoció, al principio. Cuando recordó, le sonrió y le tendió la mano.

—¿Señor Perceval? —dijo—. Efectivamente, tenía grandes deseos de conocer a un hombre del cual *lady* Campbell me ha hablado tan a menudo con un afecto maternal y a quien *miss* Trevor ama como a un hermano muy querido…

Frank cogió la mano de Río-Santo y la apretó fuertemente.

—¿Ha llegado ya el momento en que amáis todo aquello que ella ama? —preguntó con una sonrisa amarga—. Milord, vos tenéis el papel más brillante y yo caigo, a pesar mío, en el del ridículo personaje de amante despreciado que molesta a todo el mundo y que todo el mundo considera con desdén o con compasión. ¡Caballero, yo amo a *miss* Trevor!

Río-Santo no retiró su mano.

—Ya lo sabía —dijo con tono más frío, pero con moderación exquisita —; *lady* Campbell me lo dijo. Yo esperaba… esperábamos que la ausencia…

—¿Por quién habláis, caballero? —interrumpió Frank.

—Hablo por mí, por *lady* Campbell…

—¡Ya basta, caballero, ya basta! —exclamó Frank con voz imperiosa —; ¡os declaro embustero si pronunciáis otro nombre!

—Y también por *miss* Mary Trevor —pronunció lentamente Río-Santo.

Al mismo tiempo retiró su mano y puso un dedo sobre sus labios. Su mirada seguía tranquila; ni un frunce se marcó en su entrecejo.

—Señor Perceval —repuso con dulzura— no creo haber sido yo el primero en esta provocación. Hubiera querido vuestra amistad, pero vos habéis decidido lo contrario; que se haga vuestra voluntad.

Frank enrojeció de satisfacción.

—Hasta mañana, pues, caballero —dijo—; mi voluntad es que uno de los dos muera y doy gracias a Dios por haber encontrado en vos el corazón de un gentilhombre. Hasta mañana.

Río-Santo dio la vuelta por el baile y regresó, sentándose al lado de Mary.

—Os he visto hablar con Frank Perceval —le dijo bajito y con tono de inquietud, *lady* Campbell.

—Es un caballero muy amable —respondió Río-Santo.

6. La hija del ahorcado

La tarjeta que dio Tyrrel el Ciego a la hermosa muchacha de la taberna, Susannah, la noche precedente, a la orilla del Támesis, decía: «Wimpole Street, 9».

A mediodía, Susannah, puntual a la cita, atravesó la verja abierta, subió los peldaños de granito de la escalinata y levantó el picaporte de la puerta número 9 de Wimpole Street. La puerta se abrió en el mismo momento en que el picaporte caía. Un criado con elegante librea la recibió sin decir palabra y la precedió hasta la primera habitación de la planta baja, en donde una camarera estaba sentada y parecía esperar. Al entrar Susannah, la sirvienta se levantó.

—Voy a anunciar *madame* la princesa a *madame* la duquesa —dijo, en francés—. *Madame* la princesa está aquí, en su casa.

—Ya lo sé —respondió Susannah.

Entró en un bello salón, amueblado con lujo. Se dejó caer en un sillón. La camarera salió retrocediendo y haciendo muchas reverencias.

Seguidamente abrióse una puerta, mientras los cortinajes que la ocultaban eran descorridos a lo largo de una barra dorada. En el marco de la puerta apareció una anciana que casi desaparecía en medio de un raudal exuberante de cintas y encajes. En el centro de su cara aparecían dos ojuelos vivos, con una movilidad extraordinaria, penetrantes y curiosos, que brillaban bajo unos párpados agitados por un temblor nervioso.

La propietaria de estos ojos y del resto del cuerpo era una mujercita delgada y frágil, envuelta en una amplia bata acolchada, de seda. Se detuvo en el umbral de la puerta y dirigió su mirada sobre la joven. Esta mirada duró largo tiempo. Era el de una mujer experta y conocedora. Una vez hecho el examen, dejó escapar una sonrisa y un gesto de satisfacción.

—¡Perfectamente! —murmuró—; ¡perfectamente! ¡No hay como un ciego para descubrir mujeres bellas!

Tosió y dejó que se cerrase la puerta. Susannah se volvió lentamente.

—Querida niña —dijo la anciana— soy la duquesa viuda de Gêvres; vos sois la viuda de mi desgraciado sobrino, muerto en la flor de la edad y que jamás olvidaré, el príncipe Philippe de Longueville. Dadme un beso, querida sobrina.

La anciana francesa besó en la frente a Susannah, la cual dejó que la besara.

—Princesa —repuso— recordaréis, espero, el nombre de vuestro esposo, que lloráis desde hace seis meses. Philippe de Longueville, hermosa mía: Philippe de Longueville. ¿Habéis comprendido?

Susannah levantó sus grandes ojos cargados de apatía y miró a su nueva tía:

—Es igual éste que otro —dijo.

—¡Vaya, Susannah! ¡Vaya, hija mía! ¡Un poco más de respeto para el nombre de los descendientes de Dunois! ¡Somos bastardos de sangre real, hermosa!

La anciana francesa declamó esta frase con un énfasis mitad en serio, mitad cómico.

—Princesa —prosiguió la dama, aproximando un sillón en el cual escondió, bruscamente, su pequeña persona— sois mi sobrina; yo soy vuestra tía; debemos querernos mucho. La ley de la naturaleza no quiere bromas a este respecto… ¡Sois, en verdad, la muchacha más hermosa que he encontrado en mi vida desde hace más de sesenta años que estoy en este mundo! A propósito, aquí tenéis vuestras armas, querida sobrina; desde ahora, este sello es vuestro.

Puso en el dedo de Susannah una ancha sortija enriquecida con brillantes, en el centro de la cual estaba grabado el escudo de Francia, con la brisura de Orleans y la barra de los bastardos.

—Hablemos de negocios, ahora —prosiguió—. Primeramente, leed esta carta que os está dirigida.

Susannah tomó la carta, la abrió y la leyó:

«Cuando os separasteis del hombre que os salvó la vida ayer por la noche, os dirigisteis hacia Goodman’s Fields, el barrio de los judíos. Allí, habéis deambulado durante largo tiempo alrededor de las ruinas de una casa derruida…».

—¡La casa de mi padre! —interrumpió Susannah.

«Os habéis hecho conducir a Warren’s Hotel, Regent Street, en donde habéis pasado la noche. Esta mañana, a punta de día habéis salido, a pie; habéis comprado el traje que deberéis cambiar por otro más decente;

después habéis pasado dos horas esperando, en la esquina de Clifford Street, a alguien que no ha venido…».

—¡Que no ha venido! —suspiró tristemente Susannah.

»No obstante, teníais irnos grandes deseos de ver a esa persona —proseguía la carta que parecía responder a la interrupción de Susannah —; ya no hay nada oculto, desde ahora, respecto a vuestras acciones.

»Esperad. ¡Cuándo llegue la orden, debéis estar preparada; cuando hayáis obedecido, silencio!».

No había firma. Susannah tiró la carta y miró a la anciana a la cara.

—Me han seguido —dijo—; ¿para qué? Estas gentes se dicen poderosas; ¿qué me importa? Me amenazan: es una locura amenazar a una mujer a la cual se ha encontrado en el camino de la muerte.

Los ojos penetrantes de *madame*, la duquesa viuda de Gêvres se bajaron bajo la mirada de Susannah, como los cuernos de un caracol se ocultan al contacto de un cuerpo inesperado.

—Dios me perdone, hija mía —dijo con tono sumiso y completamente ausente de la ironía que tenían sus primeras palabras— vais demasiado lejos. Quizá se os haya seguido…, me inclino a creerlo, pero es por pura solicitud. Se dicen poderosos; lo son, hija mía, lo son hasta un grado que vos no podéis sospechar. Respecto a las amenazas, ¡vaya por Dios! ¡No hay amenazas! Vos serviréis para el cumplimiento de un proyecto… de varios proyectos…, ¿qué sé yo? ¡Pero, en cambio, tendréis lujo, tendréis placeres, seréis feliz!…

—¡Feliz! —murmuró la hermosa muchacha, cuya mirada se avivó— ¡él no me ama!

—¿Quién podría no amaros hija?

—¡No me conoce!

—¡Tanto mejor! ¿Sabéis todas las nuevas seducciones que están en vos desde ayer? Ayer, solamente erais bella; hoy, sois rica y sois princesa. Escuchad y creed, Susannah. Lo mismo que vos serviréis a esta potencia misteriosa de la cual hablábamos al instante, igualmente esta potencia os servirá. Lo que deseéis se realizará; aquello que os parecía un sueño hecho de locuras, se convertirá en realidad.

Susannah levantó los ojos al cielo y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡Oh!, lo que yo deseo —prosiguió juntando las manos con irrefrenable pasión—; ¡lo que es mi sueño, es mi amor! ¿Son bastante poderosos para darme su amor?

La francesa sonrió y atrajo hacia ella las dos manos de la joven.

—Lo pueden todo —respondió—. ¿Decidme, el hombre al cual amáis, es, quizá, poderoso y rico?

—Creo que es pobre. A menudo venía a pedir prestado a mi padre, en tiempos en que el oro nadaba en la casa que ahora está derruida, en Goodman’s Fields.

—¿Cómo se llama?

—Brian de Lancester.

—¡Brian de Lancester! —repitió la francesa, la cual no pudo reprimir una mueca de desprecio— ¡el hermano pobre del rico conde de White Manor! ¡Dios mío!, hija mía… ¡Y es por Brian de Lancester, el pobre muchacho, por quien habéis llorado tanto!

Susannah retiró vivamente sus manos.

—Le amo —dijo, levantando su cabeza con el porte de reina que ya le conocemos—; estoy orgullosa de amarle.

—Tenéis razón, hermosa mía —replicó tímidamente la anciana—. Después de todo, el Honorable Brian de Lancester heredera algún día, quizás, White Manor y la pradera. ¿Es a él a quien estabais esperando en la esquina de Clifford Street?

Susannah hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Pobre querida niña! —exclamó la duquesa— pero si hubiese pasado por delante de vos, ni se hubiera dado cuenta; si os hubiera visto, no le hubierais llamado la atención y si le hubierais llamado la atención, ¡estaríais perdida! No abráis tanto vuestros hermosos ojos asombrados, ¡hija mía… perdida, lo repito! ¡Dios mío! ¿Podéis creer que Brian de Lancester, por muy original y alocado que sea (os ruego que me perdonéis) se enamore de las mujeres que pueda encontrar, así, al azar, por las esquinas de las calles?

—¡Es verdad! —murmuró Susannah.

—No es de esta forma que hay que encontrarle, princesa; es en algún espléndido sarao del West End… en Almack… en el Park, detrás de los cristales de vuestro carruaje blasonado.

Susannah se levantó y como si sus ojos se hubiesen despejado de repente, paseó su mirada alrededor del salón. Lo que pudo ver la hizo sonreír alegremente.

—Está bien —dijo—. Han cumplido palabra. Todo esto es casi tan esplendoroso como la casa de Goodman’s Fields, en ruinas ahora, antes

de que mi padre fuera ahorcado… ¡Oh! viviré aquí como en otro tiempo… pintaré bonitas flores, cantaré… después, le veré… ¿Cuándo podré verle?

La anciana dama reflexionó un instante, y cruzando sus manecitas arrugadas sobre sus rodillas, entornó un poco los ojos y dijo finalmente:

—Le veras esta noche.

—¡Esta noche! —exclamó Susannah.

Tendiendo su mano a la francesa le dijo con una expresión de infinita gratitud:

—Gracias; os amaré.

La anciana movió lentamente la cabeza.

—Mi pobre niña, le amáis mucho, le amáis demasiado. Un amor así es peligroso porque excluirá toda prudencia. ¿Seréis capaz de guardar secretos para él?

—No —respondió Susannah— se lo diré todo.

—¡Os perderéis, hija mía!

—¡Qué importa!

—¡Le mataréis!

Susannah frunció el entrecejo.

—No amenazo, niña —respondió la francesa—; conozco, como todo el mundo, el carácter audaz del Honorable Brian de Lancester. Si decís una palabra, comprenderá el resto, adivinará y querrá combatir. Y, combatir contra ellos, es morir.

—Callaré —interrumpió Susanah.

—Lo creo, hija mía, pues debéis saber que hay ojos y oídos abiertos a vuestro alrededor. ¿No es bastante, pues, para un pobre gentilhombre, el amor de la viuda de un príncipe, que tiene veinte años, que es más hermosa que un ángel y que es más rica que una reina?

La francesa llamó. La camarera apareció y, a una orden, trajo lo necesario para escribir.

—Son las tres —murmuró la duquesa viuda, trazando unas palabras en el papel—; tenemos, pues, tres horas, todavía; es más de lo que necesitamos. Mariette, entregue este billete a Joe y que lo lleve corriendo al doctor. Entregad este otro a Dick; es necesario que el mayor lo tenga dentro de media hora. Dad orden, también, para que Ned tenga preparado para las seis y media el carruaje de *madame* la princesa. ¡Pronto! Querida sobrina —prosiguió la duquesa— esta noche hay una representación alemana en el teatro de Covent Garden. ¡Comenzad a prepararos, hermosa mía; iremos a la representación alemana!

—¿Y Brian?
—El Honorable Brian de Lancester estará allá.
—¿Cómo lo sabéis?
—Allí estará, hija mía.

7. Edward & C.º

Un poco más allá de la esquina formada por Finch Lane y Cornhill, había, en aquel tiempo, un callejón estrecho, sin pavimentar, desde el fondo del cual solamente podía apercibirse una estrecha tira de cielo grisoso. Este callejón se extendía a lo largo de uno de los lados de una enorme casa cuadrada, la cual daba, por la otra parte, a Finch Lane, así como también a Cornhill, en donde ostentaba su vasta fachada.

La parte de la planta baja que daba a Cornhill, estaba ocupada por dos bonitas tiendas gemelas. La primera exhibía detrás de los cristales de sus escaparates, un magnífico surtido de joyería; la otra contenía todos los diversos objetos que constituyen la *toilette* de los dos sexos. En el letrero de la joyería, podía leerse el nombre de Falkstone; en la de la modista, el nombre de Bertram.

En Finch Lane se abría, siempre en la misma casa, una tienda de cambio; pero aquí el aspecto era completamente diferente. Durante el día no había tanta claridad, lo que, añadido a la disposición particular de las cortinas y de las rejas interiores, daban a esta oficina de cambio una fisonomía casi misteriosa. Al lado del cambista, había un trapero. Aquí todo era más sombrío, todavía. Se estaba más alejado del «Street» y más cerca del «lane». El trapero encendía sus luces veinte minutos antes que el cambista. El cambista se llamaba *Mister* Walter; el trapero Peter Practice.

Finalmente, en la parte de atrás de la casa, en el estrecho pasaje, actualmente destruido, se abrían ocho o diez ventanas enrejadas, cuyos cristales, pintados con cal, no dejaban penetrar al interior las miradas indiscretas.

Aquí es donde estaban instaladas las oficinas de la casa comercial Edward & C.º.

¿Qué clase de comercio hacía esta casa? Nadie hubiera podido decirlo con precisión, y este misterio preocupaba muchísimo a las tenderas de

Finch Lane y a las importantes comerciantas de Cornhill. Se decía de una manera muy vaga, pero sin saber realmente nada, que Edward & C.º era un almacén de mercancías extranjeras. ¿Qué clase de mercancías? Se veían frecuentemente llegar unos hombres con paquetes; a veces se detenían carros en su puerta. Bultos y paquetes entraban, pero nunca jamás se había visto que volvieran a salir.

La modista y el joyero de Cornhill, el trapero y el cambista de Finch Lane habían ido a establecerse allí los cuatro, al mismo tiempo que, en el callejón sin nombre, se instalaban los despachos de la casa Edward & C.º. De esto haría un año escaso.

De cuando en cuando, todos los meses, aproximadamente, podía verse como se abrían las anchas ventanas del primer piso que daban a Cornhill. Aparecía, entonces, detrás de los sedosos cortinajes, un hermoso y elegantísimo *gentleman*. ¿Quién era aquel *gentleman*? ¿Era el jefe de la casa Edward & C.º?

Una vez, los curiosos del barrio creyeron haber descubierto el enigma. Habían visto una treintena de hombres robustos y pobremente vestidos entrando en la casa Edward & C.º. Estos hombres eran marineros y seguramente iban a pedir trabajo; naturalmente, Edward & C.º eran agentes de colocaciones. ¡Un buen, lucrativo y moral oficio! ¡Excelente razonamiento!

Pero, al cabo de un mes, se vio venir otra vez a los mismos. Al cabo de otro mes, se les volvió a ver. Y otra vez también. No podían ser marineros. ¿Qué serían, pues?

El día siguiente al del baile de Trevor Place era precisamente el día elegido por los pretendidos marineros para visitar los despachos de la casa de comercio Edward & C.º. Hacia las once de la mañana, se les vio llegar como una escuadra y penetrar por la puerta de la casa cuadrada que da al pequeño callejón. Había treinta y seis. Cuando el treinta y seisavo hubo pasado, el lacayo de la librea de color de fuego cerró la puerta a doble llave y luego se retiró.

Entre ellos se encontraba el robusto Tom Turnbull, el cual, a la luz del día, tenía todo el aspecto de un redomado pillo; el grueso Charlie, remero de la nave almirante gobernada la noche anterior por el buen capitán Paddy O'Chrane, Patrick, Saunie el ladrador, Snail el maullador, y los demás… Solamente faltaba allí la persona del buen capitán.

El despacho en donde se encontraban reunidos era una gran habitación dividida en dos por un enrejado de alambre en cuyas mallas

estaba enganchada una tupida cortina de color verde. Este enrejado tenía unas pequeñas ventanas. Encima de una de ellas podía leerse la palabra: «Caja». Nuestros treinta y seis mocetones sabían leer lo suficiente para poder descifrar esta estupenda palabra.

Se habían sentado en silencio en un banco de madera dispuesto como un diván alrededor de la habitación. El último llegado como no encontró sitio en el banco, estaba de pie en el marco de la puerta y pegaba su nariz a los cristales, la transparencia de los cuales se ocultaba bajo una espesa capa de yeso.

Vestía un corto paleto exiguo, una camisa azul, un pantalón de algodón rayado, abierto hasta por encima del tobillo y dejando ver unas medias inmoderadamente zurcidas. Su tocado consistía en un viejo sombrero de fieltro con bordes microscópicos, y se calzaba con zapatos cuyas suelas tenían, por lo menos, dos pulgadas de grueso.

Añadiremos un rasgo que tiene su originalidad: en todas partes, en su pantalón, en su paleto, en su chaleco e incluso en su camisa, tenía bolsillos. Solamente en su paleto podían contarse cinco. El principal, puesto en un sitio en donde la costumbre evita, por regla general, ponerle, bajaba desde la cintura a la altura de medio muslo, por delante, y se encontraba sólidamente forrado de cuero. Los otros bolsillos, vastos y cuidadosamente cosidos, se disimulaban más o menos bien. Este hombre era Bob Lantem, nuestro asesino de Temple Church.

Los treinta y cinco compañeros de Bob Lantem estaban todos allí desde hacía algunos minutos, cuando una voz se elevó de detrás de las cortinas verdes.

—¿Estáis todos ahí? —preguntó.

—Todos estamos aquí, seguro, señor Smith —contestó Tom Turnbull.

Se oyó, detrás de la cortina, el mido estridente y seco del torniquete de una cerradura con combinación.

—¡Qué distraído soy! —dijo en el mismo momento el invisible señor Smith—; he olvidado de procurarme cambio… Nicolás.

Nicolás, el lacayo del traje de color de fuego, entró inmediatamente, por una puerta interior, en el reducto reservado donde se hallaba el señor Smith. Este le puso entre las manos un fajo de billetes de banco.

—¡Necesito moneda! —dijo— ¡inmediatamente!

—¿Habéis oído, vosotros? —dijo Tom Turnbull en voz baja— ¡Ha dicho «moneda»!

Tom Turnbull se levantó. Luego, sin decir palabra, se subió encima del banco para poder ver por encima del enrejado.

—¿Qué diablo haces, Tommy? —preguntó Charlie.

Tommy dio un salto y cayó en medio de sus compañeros y puso un dedo sobre sus labios.

—¡Chitón! —dijo, muy bajo.

Reunió a toda la tropa formando círculo a su alrededor.

—Aquí, a dos pasos de nosotros —dijo— hay una caja de hierro, una caja abierta.

—¿Y qué?…

—En esta caja, no hay dinero…

—¡Tanto peor!

—Ni oro…

—¡Ah! ¡Bah!…

—¡Ni oro! —repitió Turnbull— ¿sabéis por qué no hay oro?

—No, Tommy; tú nos lo dirás.

—¡Es que falta sitio!, es que desde lo más alto hasta el suelo, ¡está llena de billetes!

Todos los ojos brillaron; se elevó un sordo murmullo.

—¡Paciencia!, amigos, ¡paciencia! —dijo *mister* Smith, que creyó que se impacientaban.

Mister Smith estaba sentado delante de su mesa y leía tranquilamente las columnas inmensas y apretadas del diario *Times*. Hubiera podido ser un hombre de buen ver, pero unos enormes anteojos verdes y una visera de dimensiones extraordinarias, ocultaban casi enteramente su rostro.

—Queridos —dijo una voz que todavía no se había oído— ¡hay que ser prudente!

—¡Bob Lantem! —exclamaron todos—, ¿de dónde diablo sales, Bob Lantem?

Bob Lantem había abandonado cautelosamente la posición que ocupaba cerca de la ventana para reunirse al grupo que rodeaba a Tom Turnbull. Todos se volvieron para verle. Hizo una señal con la mano reclamando silencio, guiñó un ojo y dijo muy bajo:

—¡Es muy tentador! —dijo, pasando la lengua por los labios—. Si se pudiera trabajar con tranquilidad… ¿Supongo que el capitán no vendrá…?

—No —respondió Charlie.

—¡Es muy tentador! —repitió Bob, poniéndose a reflexionar.

Se acercó al enrejado, que sacudió con precaución.

—¡Paciencia, amigos, paciencia! —dijo *mister* Smith, que seguía leyendo el diario.

—Es muy fuerte —murmuró Lantem— ¡es muy fuerte!

—¡Fuerte! —repitió Tom Turnbull, encogiéndose de hombros—; oíd, todos, ¿sois o no sois hombres?

—¡Sí, que me ahorquen! —respondió el pequeño Snail.

—¿Qué hay que hacer? —preguntaron.

Tom lanzó su bota maciza contra los soportes de madera que sostenían el enrejado. El enrejado se movió, pero no llegó a caer.

—¿Qué pasa? —gritó *mister* Smith con voz enfurecida.

Tom quería repetir el golpe, pero Bob Lantem le detuvo.

—Haces demasiado ruido —dijo—; hay que arreglarse para dar un solo golpe.

Y sin tomar impulso, sin hacer grandes esfuerzos, aparentemente, golpeó la cerradura del enrejado con un golpe tan violento, con su talón herrado, que la cerradura saltó por los aires. Esto hecho, se puso a un lado dejando a la multitud que entrara en el despacho reservado.

—Solamente he dado un golpe —murmuró con satisfacción—; ¡pero bien dado!

Cuando los treinta y seis asaltantes se lanzaron al recinto reservado. *Mister* Smith, puesto en guardia por el primer golpe de Tom Tumbull, intentaba ponerse a la defensiva. Corrió su mesa entre la puerta y la caja, procurando cerrar ésta, pero no pudo lograrlo. Un faldón de su levita se le enganchó en la junta y convertía en vanos todos sus esfuerzos.

—No se moleste tanto, *mister* Smith —dijo bruscamente Tom Tumbull— el golpe está hecho y si sois amable, podréis también participar del botín.

—¡Antes de tocar esta caja me asesinaréis!

—¡Puede probarse! —respondió fríamente Tom Tumbull.

Unas grandes carcajadas celebraron esta salida.

—¡Puede probarse! ¡Dios me condene! —repitió el pequeño Snail—; ¡puede probarse!

Bob Lantem asomó el cuello por detrás de la puerta y echó una mirada cautelosa y llena de inteligencia, hacia el fondo de la caja.

—¡La cosa es que el golpe promete! —murmuró—, pero a veces esas bromas terminan mal…

El interior del despacho reservado formaba, aproximadamente, la mitad de la habitación. Estaba amueblado como todos los despachos. A la

derecha, se abría una puerta que comunicaba con unos inmensos almacenes de la casa Edward & C.º; a la izquierda, una escalera de caracol subía al primer piso. Nuestros asaltantes no se preocuparon de mirar todos estos detalles. Tenían otra cosa que hacer. Mientras Tom, Charlie y otros separaban la mesa que *mister* Smith había corrido como una defensa delante de la caja, otro, más ágil o con más prisa, saltó encima de la mesa gritando:

—¡Para mí la primera parte!

—¡Bravo, Saunie! —dijeron los otros.

Mister Smith cesó en su esfuerzo por cerrar la caja.

—¡Para ti la primera parte! —repitió, metiendo rápidamente la mano en su pecho, de donde sacó dos pistolas…

Apuntó. Saunie se tambaleó. Sus sesos salpicaron a los asaltantes, los cuales retrocedieron.

—¡Ah! ¿Se trata de eso? —dijo Bob Lantem retrocediendo hasta llegar cerca de la puerta de entrada.

Pero los otros no imitaron su ejemplo. Tom Turnbull y Charlie, lanzándose al mismo tiempo, atropellaron a *mister* Smith. Turnbull buscó su cuchillo para degollarlo.

En aquel instante, ocurrió algo raro. Todos los asaltantes, excepto Turnbull y Charlie, súbitamente presos de un terror pánico, retrocedieron detrás del enrejado, dejando el cadáver de Saunie extendido encima de la mesa.

Al ruido de la pistola, amortiguado por la calle, pero que debió repercutir fuertemente en el interior de la casa cuadrada, un hombre con una máscara negra asomóse desde lo alto de la escalera. Todos le vieron, menos Charlie y Tom, los cuales estaban seriamente ocupados. El enmascarado, dirigiéndose al cajero, le dijo con gran indiferencia:

—¿Por qué todo este jaleo, señor Smith? Necesito reposo. ¡Que hagan silencio!

Turnbull y Charlie, al oír esta voz soltaron presa y levantaron la cabeza; luego retrocedieron varios pasos, temblando de la cabeza a los pies.

—¡Su Señoría! —dijo Tom.

Charlie adoptó una postura suplicante.

—¡Han caído en el garlito! —murmuró Bob Lantem en su rincón—. Siempre pensé que este diablo de escalera debía llevar a alguna parte…

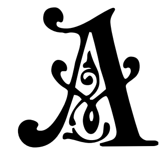
Su Señoría reemprendió, a pasos lentos, el camino por donde había venido. Charlie y Tom se reunieron, acobardados, con sus compañeros. *Mister* Smith se levantó y puso la mesa en su sitio.

—Habrá que sacarme esto de aquí —dijo fríamente, señalando el cadáver de Saunie.

—Sí, señor Smith —respondió respetuosamente Turnbull.

Como si no hubiese ocurrido nada, *mister* Smith abrió el *«Times»* y reemprendió su lectura en el mismo sitio donde fue interrumpida, esperando a que Nicolás trajera cambio.

8. Los dos lados de la calle

l cabo de tres minutos, Snail, a quien no le gustaba estarse quieto, hizo un movimiento; Charlie se incorporó; Tom Turnbull tosió discretamente. El hielo se había roto.

—¡Pobre Saunie! —murmuró Turnbull.

—¡Pobre Saunie! —repitió el pequeño Snail— ¡tan bien como ladraba!

Este pequeño Snail era un extracto de bandido bastante curioso. Parecía tener unos trece años, a lo sumo; pero su cara pálida, marchita, arrugada y amarilla, parecía la de un viejo. Sus rasgos tenían una expresión doble: tan pronto respiraban el embrutecimiento más absoluto, como se iluminaban con un rayo de malicia verdaderamente diabólica.

—¿Por qué *Mister* Smith no nos ha dicho en seguida que Su Señoría estaba arriba? —gruño Charlie, lanzando al cajero una mirada poco benévolo— nos hubiéramos quedado quietos.

—Hubiera podido arreglarse —dijo por lo bajo Bob Lantem— si no se hubiera hecho ruido… En cuanto a Su Señoría, sería muy listo quien pudiese decir por anticipado dónde estará y dónde no estará…

—¿Le conoces, tú, Bob? —interrumpió Tom Tumbull con ardiente curiosidad.

—Queridos, la vida es terriblemente cara y solamente me ocupo de mis pequeños negocios. Así es que no creo que *Mister* Smith haya puesto a Saunie en su lugar. No se puede decir no.

Bob abandonó su rincón y se acercó al cadáver, al cual palpó un momento, como buen experto.

—Era un mozo robusto —dijo, finalmente—. Será un sujeto pasable, allá en la Resurrección pueden dar muy bien una guinea. ¿Quién quiere ayudarme a llevármelo?

—¡Que nadie se mueva! —gritó Turnbull—. Este cuerpo me pertenece.

—¿Por qué, Tom?

—Porque —respondió Turnbull, secándose una lágrima—. ¡Saunie era mi amigo…, por lo menos, que me aproveche de su cuerpo!

En aquel momento, Nicolás, el criado de la librea roja, entró en el despacho. A la vista del cuerpo de Saunie y del enrejado roto, no manifestó ninguna sorpresa. Entregó a *Mister* Smith un pesado saco que éste vació encima de su mesa, la cual en un instante quedó cubierta de oro. *Mister* Smith formó treinta y seis montoncitos de cinco guineas cada uno. Después, tomó de uno de los cajones un cartel en el cual se hallaban inscritos treinta y seis nombres y pasó lista. Cada vez que pronunciaba un nombre, se presentaba un hombre, el cual recibía cinco guineas.

El último montoncito de cinco guineas fue retirado en el momento en que pronunciaba el último nombre de la lista.

—Ahora —dijo *Mister* Smith, mostrando el cadáver de Saunie— sacadme esta basura de aquí y otra vez a comportarse mejor.

—Se necesita un saco, señor Smith —replicó Turnbull— y paja para embalarlo… ¡pobre chico!

Mister Smith llamó a Nicolás, el cual trajo un saco y paja. En un periquete el desgraciado Saunie, convenientemente «embalado», semejó como dos gotas de agua a un bulto de mercancías. En este estado, Tom Turnbull se lo cargó sobre sus robustos hombros.

En el despacho solamente quedaron *Mister* Smith, Nicolás y Bob Lantem.

—¿Qué haces aquí? —dijo *Mister* Smith a éste último.

—Estoy esperando —contestó Bob—. Su Señoría estará muy contento de verme.

—¿Para qué quiere verte Su Señoría?

—A lo mejor, mi buen señor Smith, quiere preguntarme cómo está mi familia. Hay una cosa cierta y es Su Señoría que me está esperando.

—Nicolás —dijo *Mister* Smith— ve a preguntar a Su Señoría si quiere recibir a este pícaro.

—¡Así no! —interrumpió Bob— soy franco, y no me gustan los cumplidos. Preguntadle sencillamente a Su Señoría si quiere charlar un poco con el pobre Bob Lantem.

Un instante después, Bob subía por la escalera de caracol que conducía al primer piso y ponía sus suelas enfangadas encima de la alfombra del lujoso salón.

La última habitación en la cual entró era una especie de gabinete que daba a Corahill. Cerca de una de las ventanas, cuyos tupidos cortinajes

descorridos dejaban penetrar el pálido sol de las mañanas de diciembre, nuestro bello soñador de Temple Church, medio tumbado en un sofá de terciopelo, fumaba una pipa oriental con un largo canuto de ámbar.

—¿Qué quieres? —preguntó a Bob.

Éste inició con sus labios delgados una pobre sonrisa.

—Vengo, si no le importa a Su Señoría, para desearle los buenos días y también por aquel pequeño asuntillo que ya conoce Su Señoría…

Bob guiñó un ojo al pronunciar las últimas palabras.

—No recuerdo nada —respondió *Mister* Edward—. Procura explicarte pronto y claro.

—Lo procuraré, Su Señoría… ¡Pero, cómo! ¿Habéis olvidado, ya, Temple Church y la pequeña limosnera?

—Yo te di un recado —dijo.

—¡Precisamente! Es por eso que tengo el gusto de venir a saludaros. Seguí a la señorita… las señoritas, pues son dos, y una especie de palomino, lo que hacen tres… A propósito, me ha preguntado vuestro nombre.

—¿Quién?

—El palomino. Y me dio un bonito soberano por el trabajo.

—¿Se lo dijiste?

—No dije nada en absoluto, Su Señoría, nada en absoluto. Está bien pagado, ¿no es cierto?

—¿Y dónde vive esta señorita?

—¡Ah!, para ello, Su Señoría, no tendréis ninguna necesidad de tomar ningún «cab» para hacerle una visita. Me dije en seguida: ¡parece hecho a posta! Está ahí mismo, ahí enfrente, al otro lado de la calle.

Edward, con un movimiento instintivo, volvió vivamente la cabeza y siguió el gesto de Bob, que estaba señalando, al otro lado de la calle, las ventanas del segundo piso. Su movimiento fue tan rápido, que el encantador rostro de una joven, que estaba mirando detrás de una cortina levantada, no tuvo tiempo de esconderse. Edward le lanzó una mirada. La joven se ruborizó; sus ojos se cerraron y dejó caer la cortina.

Mister Edward se volvió hacia Bob, le tiró dos soberanos y le despidió con un gesto. Bob besó las monedas de oro como hacen los mendigos con la limosna que reciben.

—¡Que Dios bendiga a Su Señoría! —dijo.

Al retirarse, añadió para sí:

«Cuarenta desgraciados chelines, cuando da billetes de diez libras en las colectas; esto no es justo. ¡A lo mejor, el palomino sería más generoso! Tengo ganas de verle…».

Mister Edward quedó en su sofá; no vio la cortina de la ventana de enfrente que se levantaba de nuevo, ni la hermosa frente de Clary Mac-Farlane asomar por segunda vez la mitad de su curva graciosa. La joven dirigió hacia él una de aquellas miradas prolongadas y penetrantes que Stephen Mac-Nab había encontrado tan raras el día antes por la tarde en Temple Church. Sus ojos acariciaban, ardientes y tristes, el hermoso rostro de Edward y parecía que no podían desprenderse de él.

Clary amaba a Edward; le amaba con un amor exaltado, fomentado por la soledad y la pureza casi claustrales de las costumbres, que en las naturalezas generosas nace del calor propio fermentado en el reposo. Clary y su hermana menor, Anna, habían pasado su infancia en Escocia, en Lochmaben, en donde su padre, *Mister* Mac-Farlane, era el principal magistrado. A la edad en la cual toda jovencita tiene mayor necesidad del cariño y de las enseñanzas de una madre, Clary y Anna perdieron la suya. *Mister* Mac-Farlane las tuvo con él durante dos o tres años. Luego, de repente —Clary entonces era todavía muy joven, pero, sin embargo, lo recordaba vagamente— la conducta de *Mister* Mac-Farlane se rodeó de un misterio inusitado. Unos hombres desconocidos tuvieron acceso a su casa; tuvo con ellos largas y frecuentes conferencias; hizo viajes secretos, de los cuales nadie conoció jamás, ni el objeto, ni el motivo.

Fue entonces que rogó a su hermana, *mistress* Mac-Nab, que por asuntos familiares vivía en Londres, que se encargara de sus dos hijas. Clary, cuando recordaba este acontecimiento, no podía dejar de pensar que su padre deseaba liberarse de la vigilancia infantil, y que tenía unas misteriosas razones para hacerse, de este modo, un vacío a su alrededor.

Cuando hizo esta proposición a la madre de Stephen, ésta era ya viuda, desde hacía poco tiempo, y estaba abrumada bajo el golpe de una terrible catástrofe que le había arrebatado a su esposo. *Mister* Mac-Nab murió asesinado. Acogió a sus sobrinas con dulzura, pero sin gran ardor. Sin embargo, a la larga, fue sintiendo hacia ellas una ternura maternal.

Cada vez que *mister* Mac-Farlane iba a Londres —y hay que decir que sus visitas no eran muy frecuentes— la excelente señora temblaba pensando que su hermano no tuviera el deseo de llevarse con él a sus dos hijas. Era un error temer esto; *mister* Mac-Farlane —el «laird» como le

llamaban— testimoniaba, al ver a sus hijas, una alegría apasionada, pero triste, y no pensaba, en lo más mínimo, en llevárselas con él.

Era un hombre de carácter extraño. El poco tiempo que pasaba en Londres lo dedicaba en idas y venidas hechas con rapidez y que explicaba con la palabra que responde a todo: «negocios», palabra admirable y especialmente inventada para despistar toda tentativa de curiosidad. A cada nuevo viaje, Clary y Anna se daban cuenta con tristeza, del rápido cambio que se operaba en su padre. Se convertía en un anciano antes de tiempo.

Las dos pobres muchachas hubieran querido llevar algún consuelo a aquel dolor oculto; pero *mister* Mac-Farlane no era amigo de preguntas. Clary y Anna, bruscamente rechazadas, se limitaban a apiadarse silenciosamente de su padre.

Stephen Mac-Nab, hacía como su madre. Quería mucho a sus primas. La muerte violenta de su padre, de la cual, por casualidad, había sido testigo, al principio había hecho perturbar sus jóvenes facultades. Pero era, entonces, todavía, un niño y el tiempo volvió a centrar su inteligencia. Pero el recuerdo de su padre muerto y el del asesino se habían grabado con trazos de sangre en su memoria. El asesino, al cual solamente vio un momento, debido a que se le cayó la máscara que cubría su rostro, no se presentaba a su memoria de una forma muy definida; pero quedaba una circunstancia, luminosa y precisa, en el fondo de sus recuerdos: era un hombre alto, robusto y flexible; en el preciso instante en que se le cayó la máscara y quedaron al descubierto sus facciones, estaba golpeando; al golpear, sus negras cejas se fruncían y mostraban, en blanco, sobre su frente enrojecida, la raya temblorosa de una larga cicatriz. Stephen veía esto claramente, lo mismo cuando dormía, en sus sueños.

El día anterior había sido un gran día para Stephen. Había hecho la elección entre las dos primas, que él creía amar, hasta entonces, por un igual; por fin sentía aquella languidez del primer amor que invade el alma menos sospechosa de sensiblería. ¡Además, estaba celoso! Por este motivo, llegó a casa de su madre en un estado de tristeza profunda. Aquella noche estaba invitado a un baile del gran mundo, el baile de lord James Trevor. Un baile de gala es cosa muy atractiva a la edad de Stephen, y, no obstante, al llegar la hora en que debía vestir el frac negro y calzar los escarpines, quedóse enfurruñado en su sillón, frente a la lumbre casi apagada. A las diez, *mistress* Mac-Nab llamó suavemente a su puerta.

—Hijo mío —dijo— ¿no sales?

—Hubiese pagado cada una de aquellas miradas al precio de seis meses de vida —respondió Stephen con calor.

Pensaba en Clary y en aquel detestable desconocido de Temple Church, ¡tan guapo, tan rico, tan desdeñoso!…

—¿No piensas ir al baile? —preguntó la anciana señora.

—¿Para qué? —exclamó Stephen— qué voy a hacer en medio de toda aquella nobleza orgullosa, ¡qué se burlará de mí o que ni me mirará! ¡Detesto a los nobles, madre!

Y añadió para sí:

«¡Estoy seguro de que aquel vanidoso repartidor de billetes de banco es, por lo menos, un conde!».

—¡Ah! Stephen —dijo *mistress* Mac-Nab con tono de reproche— ¡olvidas que tu pobre padre tenía la estimación de todos los gentilhombres de nuestro condado…! ¡Su estima y su amistad! Aquí tienes una carta, no encontrarás ningún placer en leerla…, pues creo que es de un gentilhombre.

—¡De Frank! —exclamó vivamente Stephen, cuya frente se serenó—. ¡Llega hoy! —dijo después de haber leído las primeras líneas—. ¡Ha debido de llegar, ya! ¡Pobre Frank! ¡Él también va a sentirse desgraciado!

—¡El también! —repitió *mistress* Mac-Nab—. ¿Es que te sientes desgraciado, Stephen?

Este se esforzó en sonreír. Le embargaban los celos que le devoraban y la alegría de saber que su mejor amigo, Frank Perceval, estaba de regreso en Londres.

9. El centro de una tela de araña

Stephen no fue al baile de Trevor House.

Al día siguiente, se levantó más tranquilo.

Durante el almuerzo en familia, Clary estuvo distraída y como ensimismada. Inmediatamente después del almuerzo, se escabulló para colocarse detrás de la cortina que, medio levantada, le permitía introducir su mirada en el salón de la casa cuadrada, al otro lado de Comhill. Clary se situaba allí todos los días. Muy a menudo su espera resultaba vana, ya que las apariciones que Edward hacía en sus despachos eran cortas y poco frecuentes. Pero ella no se cansaba. Aquel día encontró lo que buscaba.

Cuando Edward, guiado por el gesto de Bob Lantem, puso los ojos en ella, su corazón fue presa de una emoción dulce y punzante a la vez. Tuvo frío; sus piernas se doblegaron; después, una oleada de sangre ardiente subió por sus venas hasta sus mejillas, que se tiñeron de rojo. Su mamo soltó la cortina.

Allí quedóse durante mucho tiempo, avergonzada, emocionada hasta la aflicción, feliz hasta el entusiasmo, detrás de la frágil pantalla de muselina que la protegía contra la fascinación inicial. Tenía un gran deseo de volver a levantar la cortina, pero sentía remordimiento, también, de haberla levantado, ¿no fue de este modo como, hacía ya varios meses, apercibió a Edward por primera vez?

Al cabo de algunos minutos, aquello que ella hubiese debido prever, lo que quizás estaba deseando, sucedió. El ensueño de *mister* Edward tomó fin y su mirada se volvió, con gesto natural, acariciando la ventana; Clary tuvo el deseo de ocultarse una vez más. Dejó caer la muselina, pero la muselina quedó enganchada; y la joven quedó frente al bello soñador, que la contemplaba apasionadamente.

—¡Clary! —gritó la voz de *mistress* Mac-Nab desde el interior. Clary no la oía.

—¡Clary! —gritó Stephen.

Clary no le oía.

Su cabeza se extraviaba; su corazón se lanzaba hacia Edward. Dos lágrimas temblaron en las pestañas de la joven y cayeron, ardientes, en sus mejillas.

—¡Dios mío, me ama! —murmuró.

Edward, que veía su triunfo, puso sus dedos encima de su boca y tiró un beso a través de la calle.

Ahora Gary se ofendió. Cayó la cortina. En el mismo instante las dos puertas que daban entrada a la habitación de la muchacha se abrieron bruscamente.

—¡Gary! ¡Gary! —gritaron, al mismo tiempo *mistress* Mac-Nab y Stephen, que entraban a la vez.

—¿Hay alguna cosa tan interesante por aquí, para que no hayáis oído la voz de mi madre, ni la mía? —preguntó, en tono severo, Stephen.

La joven balbuceó algo y no supo qué responder. Stephen, que tenía la cabeza llena de sospechas celosas, fue a la ventana e hizo el gesto de levantar la cortina. Gary quiso detenerle, pero Stephen no hizo caso de su ruego y la cortina se deslizó, chirriando, en su barra. Gary, Stephen y *mistress* Mac-Nab, sumergieron, a la vez, sus miradas al exterior. En las ventanas del primer piso de la casa cuadrada, cuyas aberturas mostraban, cerradas, los dobles cortinajes de seda, ya no había nadie.

En el momento en que Gary ocultóse de nuevo detrás de su cortina, Edward abandonó su puesto. Se levantó con el aspecto de un hombre al cual aquel juego empieza a fatigar, y tiró del cordón de una campanilla. Apareció un negro.

—Llama en el gong del salón del centro —dijo.

—¿Cuántos golpes, mi amo?

—Cinco.

Unos instantes después, se oyeron cinco golpes sordos y prolongados que retumbaban en la dirección seguida por el negrito. *Mister* Edward, tomó el mismo camino y salió del gabinete. Penetró en un salón de forma circular, enclavado en el mismo centro de la casa cuadrada. Este salón no tenía ninguna ventana y recibía luz, en esta hora del mediodía, de una lámpara encendida. Por el contrario, tenía seis puertas, cinco de las cuales daban directamente a unas escaleras en espiral. Fue por la sexta por la que *mister* Edward entró.

El salón estaba desierto. Cinco sillas y un sillón se encontraban reunidos alrededor de una gran estufa. *Mister* Edward se dejó caer

indolentemente en el sillón. Casi al mismo tiempo, se abrieron las cinco puertas. Las dos primeras, abiertas en dirección a Comhill, dieron paso a una dama ricamente ataviada y a un caballero de elegante porte. La tercera, que daba al lado de Finch Lane, dio paso a un caballero de aspecto muy decente, vestido como un honesto negociante. Por la cuarta se introdujo un hombrecillo amarillento y delgaducho. La quinta puerta, finalmente, dio paso a *mister* Smith, con sus gafas verdes y su gran visera.

La bella dama llegaba de la suntuosa tienda de trajes de Cornhill, de la cual era dueña y señora, bajo el nombre de *mistress* Bertram. El caballero, *mister* Falkstone, era su vecino, el joyero. El hombre de aspecto honrado tenía la tienda de cambios en Finch Lane. Era *mister* Walter. El cuarto, finalmente, era nada menos que el viejo Peter Practice, antiguo «attorney» (procurador) arruinado, el cual reinaba en la polvorienta y sombría tienda de trapero que seguía a la oficina de cambios, situada, también, en Finch Lane.

Los cinco recién llegados se adelantaron con paso discreto hacia *mister* Edward y le saludaron respetuosamente. Edward dio la mano a *mistress* Bertram e hizo a los demás un gesto de cabeza protector. *Mistress* Bertram se sentó. Los cuatro hombres quedaron de pie hasta que un gesto real de Edward les dio licencia para poder ocupar los asientos.

—¡Vayamos en seguida al grano! —dijo *mister* Edward—. Tengo necesidad de diez mil libras.

—¡Diez mil libras! —repitió Peter Practice.

—¡Diez mil libras! —repitieron a coro el cambista, el joyero *mister* Smith y *mistress* Bertram.

—Para esta noche —añadió fríamente *mister* Edward.

Todas las cabezas se inclinaron a la vez.

—Señor Walter —prosiguió *mister* Edward— ¿podéis preparármelas inmediatamente?

—Sí puedo, señor, pero…

—¿Pero, qué?

—En la moneda que ya sabéis.

—¿No la quiero. Y vos, Falkestone?

—Los negocios languidecen lamentablemente, señor.

—¿Y vos, Fanny? —interrumpió Edward con impaciencia, dirigiéndose a *mistress* Bertram.

—Mi caja está a vuestra disposición, señor —contestó la bella tendera — pero no creo que la cantidad sea suficiente.

—Tomaré lo que haya, Fany. Sois una buena y encantadora muchacha. ¿Y vos, Practice?

—Diré a Su Señoría —contestó el ex attorney— claramente y sin ambages, le diré lo que le ha dicho mi honorable vecino, *mister* Falkestone: los negocios languidecen; languidecen deplorablemente; incluso añadiré que no marchan en absoluto.

Mister Edward reflexionó.

—En cuanto a vos, Smith —dijo después— ya sé lo que tenéis. ¡Pardiez, caballeros! ¡Estáis durmiendo, palabra! ¡Es intolerable! ¿Os dejan sin mercancías, por casualidad? ¿No disfrutáis de una parte razonable? ¿Os molesta la policía? Toda la crema de Londres, ¿no conoce el camino de vuestras tiendas? ¿Y a quién lo debéis todo, por favor? ¿Mercancías, seguridad, moda, soy yo quien os lo da todo y parece que dudáis para darme satisfacción?

—Ya sabéis, señor, que os soy completamente adicta —murmuró *mistress* Bertram.

—Ya lo sé, Fanny; os creo y os doy las gracias. Pero esos caballeros…

—Estamos dispuestos —interrumpió Falkestone.

—¡Ya era hora! —contestó Edward, levantándose—. Cuento con vosotros para esta noche. Adiós, Fanny.

Mistress Bertram salió por la puerta por donde había entrado.

—¿Tenéis que decirme algo, Falkestone? —preguntó Edward.

—¿Vuestro negocio de esta noche…? —preguntó el joyero, sonriendo.

—Como siempre, Kalkestone, como siempre. ¡Éste no nos molestará en mucho tiempo!

—¡Tanto mejor! ¿A quién entregaré mi contingente de fondos?

—Como de costumbre, a *mistress* Bertram.

Falkestone saludó y salió.

—Malas noticias, señor —dijo el cambista Walter, así que estuvo solo con Edward y Smith—, ayer me rehusaron tres de nuestros cheques y empiezan a correr rumores muy poco tranquilizadores en la City.

—¿Qué se dice?

—No se dice nada en concreto, pero todo el mundo desconfía; no se coge ni un desgraciado billete de cinco libras sin darle veinte vueltas en todos los sentidos.

—No tengas miedo, Walter, amigo mío —dijo Edward, sonriendo—, dentro de poco te daré billetes que nadie te rechazará. ¡Bah!

Smith dio la vuelta despacio al salón y entreabrió todas las puertas para ver si no quedaba algún indiscreto escuchando. Una vez comprobado esto, regresó al lado de Edward.

—Amigo Smith —le dijo este último—, hay que ser prudente en adelante y no jugar con la pistola más que en último extremo. Es un arma charlatana y aquí no estamos en nuestras montañas. Dime… ¿el asunto de Prince's Street?

—He ido esta mañana, Paddy empuja a su gigante tanto como puede. Le harta de buey, le satura de *gin* y el gigante trabaja como cuatro hombres robustos no podrían hacerlo; pero se va agotando…

—¡Qué largo es! —dijo Edward con un suspiro de despecho.

—¡Prince's Street tiene cuarenta pies de ancho! —replicó Smith—, y nuestro elefante perfora a veinte pies de profundidad… ¡unos ocho días más y el gigante reventará como un buey, pero el túnel estará hecho!

—¡Que Dios te oiga, mi buen Smith!, entonces tu caja será una verdad. ¡Adiós!

Mister Edward tomó la escalera que conducía a casa del joyero Falkstone; permaneció algunos minutos como para negociar y escoger unas joyas; después entró en un magnífico carruaje tirado por dos caballos, la pareja de los cuales no podría encontrarse en todo Londres —excepto en las caballerizas, sin rival, del marqués de Río-Santo.

Apenas se hubo reclinado sobre los cojines, que el carruaje partió al galope, raudo por las calles, en dirección a los barrios elegantes del West End.

10. Hechos y gestas de Bob Lantern

Al salir de la casa Edward & C.º, Bob Lantem se hizo paso a codazos por la larga y enlodada acera de Cheapside y subió hacia el barrio Saint-Giles. Pronto atravesó el espacio que separa Comhill del fangoso laberinto que lleva el nombre de Saint-Giles, y enfiló por un callejón estrecho y tortuoso, donde se respiraba un aire enrarecido y la niebla se hacía tan densa que apenas podía verse a dos pasos, a pesar de que era mediodía. Empujó una puerta de madera, cuyas planchas carcomidas y polvorientas estaban unidas con unas grapillas de hierro enmohecido.

Bob Lantem no vivía en la planta baja; tampoco vivía en el primer piso; la escalera que tomó fue la de los sótanos. A medida que iba bajando, una atmósfera cálida y pesada iba invadiéndole; unas fétidas miasmas le llenaban el pecho. Bob Lantem dio un gruñido de bienestar y levantó el pestillo de una puerta que daba entrada a una especie de bodega caldeada a treinta grados por una estufa de hierro fundido lleno de carbón incandescente.

—¡Dios me perdone, Templanza —dijo al entrar—, te estás asando como una vieja condenada que eres!

Nadie respondió. La estufa, al rojo blanco, roncaba como un fuelle de herrero.

—¡Templanza! —prosiguió Bob Lantem—. ¡Templanza!, hija de Satanás, ¿quieres contestarme?

Un ronquido humano se mezcló al ronquido de la estufa, y una voz ronca pronunció las palabras siguientes con el pesado tartamudeo del sueño:

—Un vaso más, *mistress* Goose; es buena la ginebra y es el viejo Bob quien paga.

Lantem pegó un salto como un tigre en dirección al lugar del sótano de donde partía la voz. Volvió arrastrando tras de sí un objeto inerte, una especie de bulto macizo y de considerable volumen. Una vez a

proximidad de la estufa, lo soltó. El paquete recayó, completamente inmóvil.

—¡Está borracha como una cuba! —gritó, colérico—. ¡Templanza, bruja maldita! ¡Templanza!

Templanza no se movió.

—¡Dios me condene —exclamó Bob—; no puede quedarse aquí! ¡Quiero estar solo!

Cogió el atizador ardiendo y lo acercó a las narices de Templanza, la cual se estremeció violentamente y se incorporó, intentando levantarse. Era una mujer grande y gruesa de unos cuarenta años, cuya cara sofocada y los ojos enrojecidos acusaban claramente su pasión favorita.

—¡Tengo sed! —dijo con voz ronca dirigiendo su mirada estúpida hacia Bob.

—¡Ah!, ¿de manera que tienes sed? ¡Esponja! Cuando yo me mato trabajando todo el día para ganar unos miserables peniques, tú tienes sed y te emborrachas. ¡Dios me mate, Templanza, algún día, te romperé la cabeza contra la pared!

A pesar de la energía brutal de estas amenazas, había ternura en la voz de Bob. Templanza dio automáticamente la vuelta alrededor de la estufa y se acercó a una mesa en donde había un vaso y una jarra de ginebra, vacíos.

—¡Ni una gota! —gruñó—. ¿Bob, guapo, no tienes en el bolsillo alguna media corona para complacer a tu mujercita?

—¡Debo sacarla de aquí! —murmuró Bob—, ¡si supiera…! Mujer —añadió, en voz alta—, que el diablo me lleve si algo te niego. ¡Toma, ahí van seis peniques; bebe!

—¡Seis peniques! ¡Bob, querido, dame cinco más!

Lantem frunció las cejas hirsutas y levantó el atizador con gesto amenazador. Templanza, a quien la idea de sorber dos o tres vasos de ginebra daba ligereza a sus piernas, se escabulló, y comenzó a subir las escaleras, cantando. Lantem la siguió pausadamente hasta la puerta de la calle, cerrándola tras de ella. Hecho esto, regresó a su reducto, y atrancó cuidadosamente la puerta.

—¡Es posible —murmuró, encendiendo una lámpara con la lumbre de la estufa— que una joya de mujer como ésta, tenga unos gustos de despilfarro semejantes! ¡Cinco pies y seis pulgadas… y qué colores! Podría correrse por todo el barrio Saint-Giles sin encontrar otra igual. Hay muchos lords que la quisieran para *lady*… A propósito de lord, mi

carrera de ayer noche podrá servir para dos fines. El conde es buen conocedor y aquella pequeña limosnera es la niña más bonita…

Lantem se encogió de hombros y se dirigió hacia uno de los rincones de la bodega.

—De manera que —prosiguió— el conde de White Manor morderá el anzuelo como es debido. Uno por el otro, serán unas cincuenta guineas que me valdrá esa paloma metodista… ¡vendrán bien! ¡La vida está muy cara y Templanza se bebería hasta el Támesis!

Palpó una de las piedras de la muralla, la cual cayó, dejando al descubierto un amplio agujero muy profundo. Lantem observó. Ya no hablaba. Un gozo ávido y apasionado hacía brillar sus ojuelos. Puso en el suelo la lámpara encendida y fue a escuchar a la puerta. Después, en dos saltos, volvió a su agujero y metió sus dos manos convulsivamente abiertas.

El rostro de Lantem, iluminado desde el suelo por la lámpara, reflejaba un gozo llegado al paroxismo. Removió el oro suavemente, primero, luego sus dos manos se crisparon; murmuró palabras extrañas; pareció que sus dedos amasaban su tesoro.

Sus brazos desaparecieron hasta el codo.

Cuando estuvo completamente embriagado de la vista y del contacto de su tesoro, sacó de su bolsillo los siete soberanos que había cosechado en la casa comercial Edward & C.º y los envió para que acompañaran el resto.

—¡Pobres amorcitos! —suspiró—, ¡estaban tan calentitos en mi bolsillo! ¡No tengáis miedo, ya vendré a veros y os traeré compañía, si Dios quiere!

Volvió a colocar la piedra y la hundió tan hábilmente, que el ojo más experto no habría podido distinguirla de las demás piedras, sus vecinas.

—Templanza tiene la nariz fina, cuando no está borracha —dijo—, pero está siempre borracha y yo soy más fino que ella. Por otra parte —añadió sacando las barricadas de la puerta—, no es para ella para quien yo trabajo, pobre corazón.

Unos minutos después, Bob Lantem subía el último peldaño de su escalera y volvía a ver la luz del día. Recomenzó la carrera precipitada que ya le hemos visto hacer y rozó las casas con una rapidez de locomotora. Eran, aproximadamente, las dos de la tarde.

Una vez estuvo fuera del barrio Saint-Giles, Bob Lantem se lanzó hacia Oxford Street, y despreciando las aceras, iba salpicando los fiacres, al

correr como un loco por entre el barro. Su carrera le llevó en el centro de Portman Square, ante una gran casa de aspecto opulento, de la cual, según costumbre, una reja protegía la fachada. Bob Lantem puso el pie en el primer peldaño de la escalera.

—¿Qué quiere ese pícaro? —gritó un aprendiz de *jockey*, de un peso de unos quince kilos.

—Mi buen pequeño señor Tulipp —contestó Bob—, vengo a ver a *mister* Paterson, el intendente de milord conde de White Manor.

El aprendiz de *jockey* le reconoció y le precedió en la escalera que conducía a los pisos superiores.

—Esperarás largo rato, poderoso Bob —le dijo riendo—, pues hay mucha gente en la antecámara de *mister* Patterson.

—Qué queréis, mi buen pequeño señor Tulipp —contestó Bob—, si hay que esperar, esperaré.

Tulipp entreabrió la puerta de *mister* Paterson y pronunció el nombre de Lantem. Los pobres diablos que esperaban allí desde varias horas antes, miraron, ávidamente, por la abertura de la puerta con el fin de ver quién era el inoportuno cuya visita duraba más de lo corriente y les cerraba, implacablemente, el paso de la puerta del señor intendente.

—¡Lantem! —repitió *mister* Paterson, sin mirar a Tulipp—. ¡Ah, diablo! ¿Lantem, dices? ¿Quién es Lantem?

—Soy yo, si me permite, Su Honor —respondió Bob, el cual se adelantó.

—¡A la cola, el hombre, a la cola! —pronunciaron, juntos, los granjeros, proveedores y tratantes.

—Me parece que conozco esta voz —murmuró Paterson—. ¡Ah, ya sé! Este Lantem es un pícaro de mérito… ¡Hazlo entrar!

Mister Paterson era un hombre de estatura media, ligeramente obeso, cuyos escasos cabellos, perfectamente descoloridos, encuadraban un rostro insulso. En medio de esta cara, brillaba una nariz carnosa, de color de fuego. Esta nariz era prodigiosa. Al cabo de un minuto, más o menos, levantó los ojos hacia Bob y se encogió de hombros.

—¿Vendes algo? —dijo buscando una broma que no encontró—; algo como… ¡Sí, diablo!, algo que… ¡ya me entiendes, pícaro, pillo redomado!

Bob se echó a reír bonachonamente y respondió:

—El hecho es que vendo algo así.

—Llegas en mal momento; su mercancía está baja, aquí. A milord ya no le apetece.

—Lástima —respondió Bob con frialdad—, lástima para Su Señoría, pues yo, por mi parte, señor Paterson, no guardaré mucho tiempo esta mercancía en el almacén.

—Así, pues, ¿es bonita? —preguntó el intendente.

—¡Un ángel!

Mister Paterson volvió a encogerse de hombros.

—Milord está hastiado, mi pobre Jack Lantem.

—Bon Lantem, si le parece, a Vuestro Honor… ¡Ah! Milord está… no he comprendido…

Lantem hizo una reverencia y tomó el camino de la puerta. En el momento que llegaba a la misma, la voz de Paterson le detuvo.

—¿Qué edad tiene?

—Algo así como diecisiete años… quizá dieciocho. ¡Ah! ¡Vuestro Honor!, es fresca como una cereza; flexible como una rama de sauce; graciosa, gentil, rubia, modesta…

—¡Ta, ta, ta, ta, ta! —interrumpió el intendente—, ¿dónde vive?

—Esto forma parte de lo que vendo.

—Oye, honrado John —dijo Paterson.

—Bob, si place a Vuestro Honor.

—Jack, Bob o John, todo me place, muchacho; pero no me interrumpas… podría intentarse por última vez… Si es tan encantadora como dices. Tanto es así que desde que milord ha cambiado de vida, mi crédito va perdiéndose. ¿Podrás creer que el otro día Su Señoría me pidió explicaciones sobre sus asuntos?

Bob adoptó un aspecto de estupefacción.

—¿Es posible? —preguntó muy serio.

—Es absolutamente cierto. Ya es hora de volverlo a poner en su camino. Veré a esta joven. ¿Qué te hace falta?

Bob volvió hacia la chimenea y puso su codo encima.

—Os diré su nombre, os daré su dirección y me contaréis treinta soberanos de oro —contestó.

—¡Estás loco, digno John! —exclamó el intendente—. ¡Treinta soberanos por una dirección!

—Y un nombre… el nombre y la dirección de la más bonita *miss* de Londres.

—Cualquiera que no fueras tú hubiera podido encontrar a esta joven.

—Londres es grande. Si Vuestro Honor quiere buscar, yo no me opongo.

Mister Paterson reflexionó un momento; luego se levantó sin decir palabra y se dirigió hacia su secreter. Bob le siguió con mirada ávida. El intendente abrió uno de los cajones y contó lentamente treinta soberanos de oro.

Bob cogió el oro y lo hizo desaparecer, como por encanto, en uno de sus grandes bolsillos.

—Anna Mac-Farlane —dijo luego con voz baja, mientras *mister* Paterson escribía bajo su dictado— 32, Cornhill, frente a Finch Lane; dos hermanas, una vieja tía o madre…, un palomino que puede ser hermano o primo.

—¡No me gusta el palomino! —gruñó el intendente.

—Molesta, pero… en caso necesario… me ocupo, también, de esta clase de negocios.

Lantem hizo un gesto atroz, el significado del cual no dejó lugar a dudas. *Mister* Paterson le miró a la cara y se echó a reír.

—¡Debes cosechar millones, digno Jack! —dijo, después de un silencio.

—¡Yo! No tengo ni un penique, aparte estos treinta soberanos que acabo de recibir. Adiós, Vuestro Honor, y ¡gracias! Volveré dentro de quince días por si tenéis necesidad de mí… a menos que el palomino no le moleste mucho.

—Vuelve mañana —dijo Paterson.

Bob hizo una señal afirmativa y salió. Los colonos, los proveedores y los tratantes le miraron pasar con envidia. Cuando hubo salido, la campanilla del intendente sonó y un criado anunció a los pacientes de la antecámara que Su Honor no recibiría hasta el día siguiente.

Bob volvió a tomar el camino de Saint-Giles. Ahora andaba con la cabeza alta y las manos en los bolsillos, como hacen todos los hombres honrados, cuya conciencia está tranquila y que han recibido el pago de un trabajo honorable.

11. Mors ferro nostra mors

El honorable Frank Perceval no tenía títulos. Su hermano mayor, el conde de Fife, había heredado casi toda la fortuna paterna, según la ley inglesa.

Frank vivía de su débil patrimonio y de una parte de la fortuna de su madre, la cual vivía en Escocia con la menor de sus hijas, de doce años de edad. La condesa viuda de Fife amaba a Frank con una especie de pasión. Su carácter, su edad y su figura, le recordaban a la mayor de sus hijas, muerta, desgraciadamente, hacía algunos años. Esta hermana, *miss* Harriett Perceval, y Frank, eran gemelos. Frank vivía en Londres, Dudley House, propiedad de su madre, situada en Castle Street, cerca de Cavendish Square. Tenía un solo criado, aparte de su ama de llaves; no tenía carruajes, ni caballos.

La mañana ya estaba muy avanzada, cuando Stephen Mac-Nab cruzó la puerta de Dudley House. Fue recibido por el anciano criado de Frank.

Jack era un digno, discreto, honrado, fiel y leal servidor. Conocía a Stephen desde que era niño y sabía todo el afecto que Frank le profesaba; por estos motivos, le perdonaba un poco al joven médico que no fuese noble.

—Vuestro Honor dará una alegría a Su Honor —dijo, según costumbre escocesa, prosiguiendo su tarea y con cordialidad respetuosa —. Su Honor hablaba con frecuencia de Vuestro Honor, en nuestros viajes. Su Honor ha salido esta mañana, temprano, pero si Vuestro Honor quiere esperarle, le abriré el gabinete de Su Honor.

Stephen se hizo introducir en el gabinete de Frank. Muchos libros, algunos objetos de arte, dos o tres retratos de familia y un gran escudo con cuarteles, según las armas propias de los Dudley, componían su decoración. Stephen se sentó cerca del fuego.

—No se ha cambiado nada, aquí —dijo, sonriendo—; aquí están nuestros autores preferidos, el retrato de la pobre *miss* Harriett…

Jack descubrió tristemente su frente.

—Aquí está el gran escudo de Perceval —continuó Stephen.

—¿Le gustaría a Vuestro Honor que se lo describiese? —interrumpió el criado.

—Ya me lo describirás otra vez, amigo Jack —dijo Stephen.

—Siempre estaré a las órdenes de Vuestro Honor.

Jack dio esta respuesta, pero en su interior se dijo: «¡Ya se ve que Su Honor no es noble!».

—¿Tu amo se llevó, pues, sus armas? —preguntó Stephen, que quería proseguir la conversación con objeto de no ofender al anciano servidor.

—En efecto Su Honor se llevó sus pistolas de viaje…

—No veo su espada…

—Vuestro Honor se equivoca, si se me está permitido hablar así…

—Su estuche de combate no está en su sitio —prosiguió Stephen.

Jack palideció y tembló.

—Es cierto —balbució—, ¡que Dios se apiade de nosotros!

—¿Qué quieres decir? —exclamó Stephen, levantándose.

—Su Honor ha salido esta mañana, muy temprano —contestó Jack con voz ahogada—; tan de mañana, que yo estaba todavía en la cama… No le he visto… Se ha llevado su espada… su estuche de combate.

—¡Un duelo! —interrumpió Stephen.

Se puso a recorrer a grandes pasos la habitación.

—¡Un duelo! —repitió con gran agitación—, ¡y llegó ayer!, ¡un duelo esta mañana! ¡Qué raro! ¡Frank no ha podido querellarse desde ayer!

—Su Honor no ha visto a nadie y solamente salió para asistir al baile de lord Trevor…

—¡Lord Trevor! —exclamó Stephen, como iluminado por una idea.

Después añadió, abatido:

—¡El marqués de Río-Santo!

Jack mirábale sin comprender.

—¡Su Honor no conoce a este marqués. Vuestro Honor!

—¡Río-Santo! —dijo aún Stephen—. ¡Se habrán encontrado trente a frente! ¡Dónde informarse. Dios mío!… ¿dónde saber?

—¿A dónde ir? —añadió Jack—, por favor, Vuestro Honor, tened compasión de un pobre viejo. No he comprendido en absoluto vuestras palabras, pero empiezo a adivinar. ¡Oh!, si sabéis dónde está mi amo, decídmelo. Correré, aunque sucumba en el camino, intentaré llévarle socorro…

Stephen, cuya inquietud personal aumentaba viendo la desesperación del viejo Jack, se acercó a la ventana y levantó automáticamente el visillo. Un coche salía en aquel momento por la esquina de Regent Street.

—¡Ay! —dijo Jack—. Hay como una fatalidad en esta noble casa. Casi todos los Perceval mueren en duelo, de padres a hijos… ¡y la divisa que encierra su escudo parece una eterna y sangrienta amenaza!

Stephen volvió la cabeza para leer la divisa.

—*Mors ferro nostra mors!* —murmuró—. «¡La muerte por el hierro es nuestra muerte!».

Stephen desvió los ojos.

—*Mors ferro nostra mors!* —repitió lentamente el viejo Jack—. La última vez que oí pronunciar estas palabras latinas fue por boca del padre de Su Honor, el difunto conde de Fife, ¡Dios tenga en su gloria, a Su Señoría! Las pronunciaba acompañando el féretro del mayor de sus hijos, muerto en un combate singular.

Stephen no le oía. El coche se había detenido delante de la escalinata de Dudley House. Dos hombres desconocidos descendieron, los cuales, ayudados por el cochero, levantaron un objeto inerte, extendido en una de las banquetas del fiacre.

—¡Un duelo…, sangre! —fue el grito desgarrador de Stephen.

—¡Chiiiit! —dijo una voz desconocida a la puerta, que se entreabrió —. ¡Por vuestra vida, callaos!

La puerta se cerró. Jack se arrodilló y arrastróse hasta la entrada. Un débil ruido oíase en la habitación contigua. Era como un chirrido de dos pedazos de acero frotados suavemente uno contra otro. Jack se incorporó y pegó su ojo a la cerradura.

Vio en el centro de la habitación el lecho de su amo, que había sacado de la alcoba para tener más claridad. Encima de la cama estaba Perceval tendido, sin movimiento, con los ojos cerrados, el rostro lívido, los miembros relajados como los de un cadáver. Aquí y allá, en el suelo, habían trapos manchados de sangre. Cerca de la ventana estaba Stephen Mac-Nab, sentado, pálido y con la cabeza inclinada, tapándose la cara con las dos manos.

A los dos lados de la cama, dos desconocidos estaban de pie: uno de ellos vestido de negro, con los rasgos marmóreos, impasibles y tristes, sostenía la muñeca de Frank; el otro se había arremangado las mangas. Sus manos, llenas de sangre, sostenían un instrumento largo, de acero, cuya punta desaparecía bajo la camisa del pobre Frank. Este segundo

personaje no era menos impasible que el primero. Era él quien había entreabierto la puerta para ordenar silencio.

El hombre vestido de negro, que era, seguramente, un médico, seguía tomando el pulso a Frank. El otro desconocido, ayudante del primero, según toda apariencia, introducía una sonda, palpaba, reconocía y sacudía la cabeza con incertidumbre. Pronunció algunas palabras que Jack no comprendió. El hombre de negro respondió encogiéndose de hombros, acompañado de una sonrisa extraña.

El ayudante, en aquel momento, retiró la sonda ensangrentada y midió, fríamente, la profundidad de la herida.

Jack no pudo contenerse más. Dio vuelta suavemente a la empuñadura. La puerta se abrió. Los dos desconocidos no se dieron cuenta. Jack podía oír, pero no podía ver.

12. El frasco

Fue el ayudante quien habló primero:

—Un poco más —dijo en voz baja— y la arteria bronquial hubiera sido alcanzada.

Un instante de silencio siguió a estas palabras. Jack, que no oía nada, quiso volver a ver y miró otra vez por la cerradura. El ayudante pasó a su jefe la sonda ensangrentada. Su mano derecha se había introducido bajo su levita. En la otra mano tenía un paquete de hilas.

El ayudante del cirujano, antes de retirar su mano oculta bajo los faldones de su levita, echó una ojeada en dirección a Stephen Mac-Nab, el cual permanecía inmóvil y como insensible. Con una señal de cabeza lo indicó al médico. Éste hizo con su mano pantalla para examinar a Stephen con atención.

—Este joven no ve nada —dijo con voz baja—. Dese prisa, Rowley.

Nuevo silencio. Cuando Jack, cada vez más intrigado, intentó mirar por la cerradura, vio al ayudante sacar de su pecho un pequeño frasco, del cual sacó rápidamente el tapón. Lo aproximó a la hila; pero antes de embeber esta última, echó otro vistazo hacia Stephen. Era una mirada tal, que el corazón de Jack saltó en su pecho.

Stephen no se movió. El doctor hizo un gesto ordenando imperiosamente. Rowley vertió una gota del contenido del frasco encima de la hila.

En aquel mismo instante, Stephen hizo un movimiento. Rowley tembló y palideció. En lugar de aplicar la hila encima de la herida, la hizo caer al suelo y la cubrió con el pie.

La terrible sospecha que iba creciendo desde hacía algunos segundos en el cerebro de Jack, estalló de repente y se hizo certidumbre. Buscó con los ojos un arma y apercibiendo un «dirk[14]» escocés suspendido en la pared, se apoderó de él, empujó la puerta y se lanzó a la habitación, en donde estaba su amo:

—Señor Stephen —gritó—, ¿no veis lo que está ocurriendo aquí?

—¡Silencio! —dijo Rowley, mostrando al herido.

—¡Silencio tú! —contestó Jack—, miserable asesino. ¡Estaba ahí y lo he visto todo!

Instintivamente, Rowley hizo un paso hacia la puerta.

—¿Está loco este hombre? —preguntó el doctor dirigiéndose a Stephen—. Hacedle salir, caballero, o no respondo de la vida del Honorable Frank Perceval.

Stephen se había levantado. Miraba a Jack y a Rowley, que había recuperado su sangre fría.

—¡Cállate, Jack! —dijo, finalmente—, y vos, doctor, en nombre de Dios, acabad la cura, que, mucho me temo, ha durado demasiado.

Jack se puso entre su amo y el doctor.

—Vuestro Honor —dijo con tono firme dirigiéndose a Stephen—, respeto vuestras órdenes porque sois el amigo de Perceval, pero este hombre no tocará más a mi amo.

—Este criado está loco —dijo el médico, fríamente—. Está matando al honorable *gentleman* haciendo retrasar nuestra cura, tan positivamente como si le diera una puñalada con el puñal que tiene en la mano.

Jack tembló de la cabeza a los pies.

—Lo he visto —dijo con voz baja y profunda—, no dudéis de lo que voy a deciros, señor Mac-Nab; lo juro en memoria de mi padre difunto, y no he mentido jamás. Se acaba de intentar un asesinato… aquí… al instante… en vuestra presencia… un asesinato de un hombre agonizante.

Stephen dirigió al doctor Moore una mirada profunda y escrutadora.

—Este criado es el hombre más digno que conozco, señor —dijo—. Sé que el doctor Moore es uno de los más ilustres miembros del Royal College y me inclino ante sus profundos conocimientos y sus preciosas luces… pero este *gentleman* es mi mejor amigo… permitid que os sirva de ayudante en la cura que vais a proseguir: soy licenciado de Oxford, caballero.

Mientras hablaba, Stephen se arremangó rápidamente las mangas.

—¡Vuestro Honor —dijo Jack—, tened cuidado!

Apresuradamente se aproximó al joven y le susurró unas palabras al oído. Mientras hablaba de esta manera, en voz baja, Rowley se agachó lentamente y recogió la hila que estaba debajo de su pie. Después miró al doctor. Éste movió imperceptiblemente los ojos… Rowley comprendió y se escurrió.

—¡Es imposible! —dijo Stephen, contestando a la confidencia del anciano criado.

—¿Imposible? ¡Pues bien!, aunque deba registrar al pícaro hasta su piel, encontraré aquel frasco…

Se volvió hacia Rowley; Stephen le imitó. Fue entonces que se dieron cuenta de su huida.

—¿Lo veis, Vuestro Honor? —exclamó Jack—. ¿Me creéis, ahora?

Stephen fijó su mirada penetrante y severa en el doctor Moore. Éste habíase cruzado de brazos sobre el pecho y permanecía inmóvil, siguiendo toda la escena con mirada tranquila y desdeñosa. Era un hombre de unos cuarenta años, aproximadamente, de alta estatura. Su frente, medio calva, era amplia e inteligente. Su mirada aguda y profunda sabía, llegado el caso, ser digna y firme, pero a veces era cautelosa y pérfidamente escudriñadora, entre las líneas juntas de sus cejas. El doctor Moore era uno de los más recomendables miembros del Royal College. Su fama era inmensa y le situaba por encima de toda sospecha.



El doctor Moore.

—Señor doctor —dijo Stephen, cuya sangre fría innata luchaba victoriosamente contra su indignación—, este digno servidor no está loco. Él lo ha visto; la huida de ese miserable lo dice todo.

—¿Pretendéis acusarme, caballero?

—No perdamos el tiempo en vanas palabras, por favor. Pretendo que operéis inmediatamente la cura de Frank Perceval… inmediatamente, ¿me comprendéis?

—¡Inmediatamente! —repitió *mister* Moore—. Esto parece una orden, caballero.

—Lo es —pronunció Stephen con firmeza.

Las cejas del doctor se fruncieron. Retrocedió un paso. Sus manos se hundieron, instintivamente, en las profundidades de los bolsillos de su levita negra. Toda su persona tomó un aspecto amenazador. Luego, de repente, su frente se serenó, mientras una sonrisa amarga se iniciaba en sus labios.

—Señor licenciado de Oxford —dijo con una alegría forzada—, preparad las vendas y las hilas.

La operación empezó inmediatamente. Fue una cura singular. *Mister* Moore desplegó todos los recursos de práctica quirúrgica que habían contribuido tanto a poner su fama por encima de sus competidores. Operaba rápidamente, con seguridad y ponía una especie de ostentación en no omitir ninguno de los detalles que exigía la clínica en circunstancias semejantes.

Stephen iba ejecutando sus órdenes con minuciosa puntualidad, siguiendo cada uno de sus movimientos con mirada llena de solicitud, por lo cual el doctor intentaba vengarse conservando su sonrisa burlona y amarga.

Detrás de él estaba Jack. El anciano criado no había desechado sus inquietudes. Seguía conservando en su mano el «dirk» y su mirada observaba incesantemente la fisonomía de Stephen.

Una vez hecha la cura, un ligero color volvió a los pálidos labios del herido.

—¡Que Dios os bendiga! —murmuró Jack detrás del doctor Moore—; ¡y que Dios me perdone si me equivoqué al acusaros, señor!

El doctor no se dignó ni contestar, ni tan sólo volverse.

—Este caballero está salvado —dijo a Stephen—. En manos poco hábiles, su herida podría haber sido mortal; pero a esta hora, todas las precauciones humanas posibles se han tomado ya. Respondo de él.

Stephen se inclinó y cogió de su billetero un billete de cinco libras que presentó al doctor. *Mister* Moore rechazó estos honorarios sin afectación.

—Mi misión ha terminado aquí —dijo, tomando su bastón y sus guantes—. Supongo, caballero, que no querréis detenerme por más tiempo, ¿verdad?

—Sois libre, caballero —respondió Stephen.

—Ahora que me proclamáis «libre» —dijo el doctor recalcando esta última palabra—, quiero haceros saber, joven maestro, que lo he sido siempre. En nuestra profesión, ya podréis comprobarlo más tarde,

estamos, a menudo, expuestos a peligrosas emboscadas. La prudencia más elemental exige que no nos dejemos coger de improviso.

El doctor sacó de sus bolsillos las manos, en cada una de las cuales llevaba una pistola.

—Esto son irnos argumentos —prosiguió— que no se enseñan en Oxford, pero que se aprenden en Londres, mi joven maestro. No conozco otros más perentorios. He salvado a este *gentleman* porque me ha dado la gana.

Puso las pistolas en su sitio.

—Y ahora, adiós, mi joven maestro —dijo—. Hoy os habéis creado en mí un enemigo mortal.

Abrió la puerta y se volvió a cerrar detrás del doctor Moore.

—¿Qué hay de cierto? —murmuró Stephen—. ¿Se puede suponer, razonablemente, un asesino? ¿Con qué objeto? Y, sobre todo, ¿siendo el asesino el doctor Moore? ¡Jack!, ¿estás bien seguro de lo que te parece haber visto?

—Seguro como ahora os veo, Vuestro Honor —respondió Jack, levantándose—; el sinvergüenza tenía en la mano el pequeño frasco y en el otro, la hila. A un gesto del doctor, el cual a lo mejor es un buen hombre, el pillo del practicante mojó la hila… el diablo sabe con qué… y la dejó caer al suelo, que cubrió con el pie. ¡Vea!, ¡todavía debe estar por ahí!

Jack dio la vuelta a la cama. Stephen le siguió.

—No —prosiguió el viejo criado—, la hila ha desaparecido, pero se ve todavía la señal.

—¿La señal? —interrumpió Stephen—, ¿dónde?

Jack le enseñó una mancha rojiza, húmeda, del tamaño de un chelín, producida por la presión del pie de Rowley encima de la hila mojada. Stephen se arrodilló rápidamente para examinar la señal. Al agacharse, vio debajo de la cama un frasquito muy pequeño, que cogió rápidamente.

—¡Es éste! ¡Éste es el frasco! —gritó Jack.

Stephen, sin destaparlo, lo acercó a su nariz. Contenía ácido prúsico.

13. Audiencia íntima

Lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby, se despertó al día siguiente del baile de Trevor House, mucho después de mediodía. Hacía frío, a pesar de una gran lumbre que enrojecía, con su luz ardiente, la penumbra de su dormitorio. *Lady* Ophelia, en lugar de levantarse, se acurrucó, temblorosa, en lo más profundo de sus cobertores y quiso volver a dormirse.

Pero llega una hora en que el sueño cansa, en que el contacto con las sábanas pone nervioso; una hora, en fin, en la cual hay que levantarse, actuar y vivir.

Lady Ophelia rechazó las ropas, saltó de la cama y puso sus piececitos en unas zapatillas de satén. Un profundo suspiro se escapó de su pecho.

Era un recuerdo que pasaba.

En otro tiempo, a aquella hora, un golpe discreto habría sido dado en la puerta exterior de Barnwood House. La camarera, entrando, anunciaría que «milord esperaba en el salón». Milord era el hombre amado, el hombre que añoraba, ahora, con amargura; el marqués de Río-Santo.

¡Ay, ay, todo había terminado!

Ophelia estiró el brazo para alcanzar la campanilla. En el mismo instante en que su mano alcanzaba el cordón, se oyó un golpe en la puerta de la calle. Ophelia se incorporó de repente. Sus ojos lanzaron un destello y un rayo de esperanza iluminó, alegremente, su frente.

«¡Si fuese él!», se dijo.

Pero esta esperanza duró poco. Ophelia recordó, de pronto, los acontecimientos de la víspera. Sus rasgos se ensombrecieron nuevamente.

«Es el joven Frank Perceval —pensó—. Viene a la cita que le di para informarle… ¿Le revelaré el terrible secreto, Dios mío?».

Una camarera entreabrió suavemente la puerta.

—¿*Milady* se ha levantado? —preguntó con extrañeza—. Un *gentleman* solicita el honor de presentar sus respetos a *milady* la condesa.

He aquí su tarjeta.

—No es *Mister* Perceval —murmuró Ophelia echando una mirada a la tarjeta, en la cual estaba grabado el nombre de Stephen Mac-Nab—; no le puedo recibir. Jane… ¡Espera! Descorre las cortinas; hay algo escrito detrás de esta tarjeta.

Jane descorrió las cortinas y entró más claridad en la habitación.

—«De parte del Honorable Frank Perceval» —leyó Ophelia—. ¿Qué quiere decir esto? Jane, haz pasar a este *gentleman* al salón y vuelve para vestirme.

Jane regresó y *lady* Ophelia le ordenó que abrochara únicamente su traje y le alisara los cabellos. Y apenas le dio tiempo para cumplir esta orden.

Stephen esperaba en el salón.

—Señora —dijo Stephen—, debéis excusar mi visita. No he tenido el honor de seros presentado, pero cumplo con un deber y vengo a traer un mensaje de Frank Perceval.

La condesa le señaló un asiento.

—¿No ha podido venir personalmente? —preguntó.

—*Milady*, no ha podido venir —contestó Stephen con tristeza—, y para que él no haya podido venir, ha sido necesaria una imposibilidad muy grave…

—¿Qué le ha ocurrido, caballero?

—Frank ha sido herido en duelo, señora. Ha sido herido de gravedad.

—¿Por quién?

—No me ha dicho el nombre de su adversario.

—¿Y no tenéis ninguna sospecha…?

—Algo sé, *milady* —contestó—; las sospechas que tengo valen una certidumbre; pero yo vengo a vos por Frank y he de hacer como él: olvidar este duelo para ocuparme de otra cosa más importante.

—¡Más importante, caballero! —murmuró la condesa, la cual manifestó cierta incomodidad.

—Hace escasamente dos horas que han traído a Frank a Dudley House —prosiguió Stephen Mac-Nab—, desvanecido, herido y agonizante. Un terrible incidente, el cual todavía, ahora, no puedo comprender, ha retrasado los primeros socorros y ha faltado muy poco para que mi desgraciado amigo no muriese, bajo mis ojos, víctima de un asesinato…

—¡Me hacéis temblar, caballero! —dijo la condesa—; ¿asesinar a un herido?

—Un envenenamiento, *milady*.

—¿Y… creéis…, podéis creer que el adversario de *Mister* Perceval…, ¡sería horrible, señor!, haya tenido que ver algo con esta cobarde maquinación?

Stephen no respondió en seguida; esta pregunta no se la había planteado todavía y una vaga sospecha atravesó su mente. Pero no había nada que diera cuerpo a esta sospecha y contestó:

—No puedo creerlo, señora.

Lady Ophelia respiró.

—En todo caso —prosiguió Stephen—, el peligro se ha evitado. Cuando Frank ha recuperado la palabra, hace cosa de media hora, señora, la primera palabra que ha pronunciado ha sido el nombre de una persona querida…

—¿*Miss* Trevor?

Stephen afirmó y prosiguió:

—Y el segundo ha sido vuestro nombre, señora.

El embarazo de la condesa aumentó.

—¡Mi nombre! —dijo—; sí. Creo saber por qué. Ayer, en el baile de Trevor House rogué a *Mister* Frank Perceval… Siento tanto que su herida le impida…

—Me ha enviado en su lugar, señora —dijo Stephen.

—¡Vas, señor! *Mister* Perceval no puede creer que… Lo que tenía que decirle era absolutamente confidencial…

—Soy su mejor amigo.

—No lo dudo, señor, pero no puedo…

—¡Frank sufre, señora, y espera! —interrumpió Stephen.

—Lo siento, caballero… Oíd…

La condesa se detuvo, de pronto, y prestó oído ávidamente. El picaporte de la puerta de la calle había sonado débilmente.

—¡Es él —murmuró—, es él!

Su malestar se convirtió en una febril agitación.

—Caballero —dijo—, esta entrevista debe terminar ahora mismo. Me niego a tomarle como intermediario entre el señor de Perceval y yo. Os ruego que no me juzguéis a la ligera, caballero; pues mis motivos son muy graves, y os pido que no os lo toméis como una ofensa, pues estos motivos no os conciernen en nada.

Stephen se había puesto de pie.

—Creí poder llevar un consuelo al pobre Frank… —empezó a decir Stephen.

—Decidle —exclamó la condesa—, decidle que lo sabrá todo, ¡decídselo!

—¡Milord! —interrumpió la camarera, que entreabrió la puerta del salón.

—No le digáis nada, señor. Ya lo pensaré. Haz pasar a milord al gabinete, Jane. Rogad a *Mister* Perceval que me perdone, señor… decidle que siento muchísimo su accidente y… os ruego que me excuséis por romper de una manera tan brusca esta entrevista.

Stephen saludó fríamente y salió.

La condesa se dejó caer, abrumada, en un sillón.

—¡No!, ¡oh, no! —murmuró—, no puedo revelar este secreto… sería perderle. ¡Inspiradme, Dios mío!

Bajando la escalera, Stephen se cruzó con un hombre, cuyo sombrero con el ala bajada, ocultaba en parte su rostro. Este hombre le miró de reojo y se estremeció ligeramente. Jane introdujo a este hombre inmediatamente después en el salón, anunciando:

—¡*Milady*, milord el marqués!

Río-Santo llevó respetuosamente a sus labios la mano de la condesa y se quedó de pie delante de ella.

—Estáis ofendida —dijo, sonriendo dulcemente— y tenéis razón, señora, pues muy culpable es quien os cause una pena, aunque sea involuntariamente. No obstante, vos sabéis mi secreto, ¡todo mi secreto! ¿Confiarse sin reservas, no es, pues, amar?

—Habéis estado quince días sin verme —murmuró la condesa con lágrimas en los ojos.

—Pero hoy vengo, Ophelia, vengo sin pensar en el peligro; pues sufría demasiado por vuestra ausencia. Creedme, lo siento tanto como vos, más que vos, quizás, añoro aquellos días en que éramos felices sin ningún control. Más que vos maldigo esta fatalidad que me empuja. Nadie puede escapar a su destino, señora. ¡Es necesario que yo alcance mi objetivo o que muera!

Río-Santo se enderezó. Su noble cara tomó una expresión de orgullo indomable. *Lady* Ophelia le contempló algunos: segundos y juntó las manos encima de su pecho.

—¡Oh, os amo! —murmuró—. ¡Dios no tiene piedad! ¡Os amo más que nunca! ¡Os amaré siempre!

Él se sentó encima de un cojín a los pies de la condesa, la cual pasó sus dos manos por entre los bucles brillantes de los hermosos cabellos de Río-Santo.

—¿Es cierto? —murmuró—, ¿no me engañáis? ¡Dios mío!, ¡este amor que me dais; este amor oculto y vergonzoso es la parte que deja mi rival! Pero estoy apegado a él, José-María, lo quiero más que a la vida… ¡más que al honor!

Había amor, ahora, amor verdadero en la mirada de Río-Santo. Había venido para representar una comedia y, como esos actores que se toman en serio un papel aprendido, quedaba bajo el influjo de su ficción apasionada: amaba.

Lady Ophelia saboreaba aquel instante de felicidad y se aferraba a él como si temiera perder aquella ilusión.

—¡Oh, no!, ¡no! —dijo ella, finalmente, cerrando los ojos y sin saber que su pensamiento se escapaba en palabras—. ¿Qué me importa toda esta gente y sus sufrimientos? Me ama. No diré nada… ¡no diré nada!

Río-Santo palideció. Sus cejas se fruncieron, dejando aparecer en medio de su frente enrojecida la larga línea blanca de una cicatriz perpendicular.

Tomó la mano de la condesa y la apretó tan fuerte que la pobre mujer abrió los ojos dejando escapar un grito de dolor.

—¿Qué tenéis, don José? —le preguntó.

—Señora —contestó con voz severa y contenida—. ¡Respondedme, respondedme clara e inmediatamente! ¿Por qué habláis de traición y quién es este hombre que he encontrado en el camino?

14. Un tête-à-tête

L*ady* Ophelia, bruscamente despertada de su sueño, miraba al marqués con terror.

—Estoy esperando, señora —dijo fríamente.

—¿Y qué queréis de mí, milord?

—Habéis hablado de traición, os digo; habéis tenido esta idea, señora; quizás el deseo y acabo de ver a un hombre salir de vuestra casa. Este hombre es el amigo de Frank Perceval.

—Es cierto… venía de su parte.

—¡De su parte! —repitió Río-Santo con amargura—. Os he visto ayer hablar con Perceval, señora; sorprendí entre los dos unas miradas de inteligencia. ¿No sabéis que a mí nada se me escapa y que, aunque mis ojos dormitan o no ven, hay centenares de ojos para velar en mi lugar?

—Ya sé que sois muy poderoso, milord —contestó la condesa levantando su bonita cabeza con una orgullosa tranquilidad—; sois poderoso como el ángel caído. Pero no os temo.

—¿No me teméis? —repitió Río-Santo, cuya voz estalló sordamente, llena de amenazas.

—¡Os amo!, ¡ay!, ¡os amo! —dijo la condesa después de un silencio y con súbita expresión de desesperación.

Una sonrisa triunfante se dibujó durante un segundo en los labios de Río Santo, el cual prosiguió con voz en la que no había ni asomo de cólera:

—Ophelia, debéis perdonarme estos arrebatos por donde se escapa mi secreto sufrimiento. Soy desdichado, ya lo sabéis. Dos pasiones se dividen mi alma y se libran un combate que me mata: mi amor hacia vos… y mi ambición sin límites… este hombre, este Frank Perceval se ha encontrado en mi camino; he procurado apartarme. Por mi honor, *milady*, os aseguro que tuve piedad de este niño, el cual, después de todo, ayer era sólo un obstáculo inocente, pero este niño me ha insultado como un hombre y me he visto precisado a castigarlo…

—¿Sois, pues, vos? —interrumpió la condesa.

—¿Ya estabais instruida? ¡Ah!, *milady*, lo que vos llamáis vuestro amor, a veces tiene todo el aspecto del odio. Queréis vengaros. ¡Soy más desgraciado que vos!

—No, milord, no —contestó la condesa—, no quiero vengarme. El azar, o, más bien, vuestra implacable cólera, me ha hecho dueña de un secreto terrible. No pienso jamás en aquella escena sin estremecerme… y a veces, es cierto, este misterio de sangre pesa sobre mi conciencia.

—¿No os habéis sentido celosa, nunca, *milady*? —preguntó Río-Santo, el cual puso en su voz una expresión insinuadora y tierna.

—Lo estoy, milord.

—¡Pues bien! No comprendéis que en un transporte de celos…

—¡Ni una palabra más! —interrumpió la condesa.

Río-Santo bajó la frente bajo el reproche.

—En estos momentos —prosiguió— vacilo y sufro más. Sé que si detengo mis proyectos sería morir, pero me pregunto si no sería mejor morir con vos, Ophelia, que vivir sin ellos.

—¿Así es que no la amáis? —preguntó la condesa.

—¿Mary? ¡Pobre niña! ¿Quién no la amaría? —dijo Río-Santo, afectando piedad—. Quisiera amarla como se merece, pero entre ella y yo hay vuestra imagen.

—¡Si pudiera creer que me amáis, don José…! —murmuró la condesa con rara expresión.

—¡Podéis creerlo, Ophelia, podéis creerlo! —exclamó el marqués, llevado por una pasión súbita y verdadera—. Si mi objetivo, mi objetivo que me arrastra y me mata, desapareciera algún día…

—¿Volveríais a ser el que fuisteis para mí, don José?

—¿He cambiado, señora? ¿Qué debo decir para que os convenzáis? Volveré a vuestros pies… ¡quién sabe!, curado, a lo mejor, de este mal de ambición que me consume.

—Quizá —respondió la condesa, que se puso a soñar—; ¿y seríais sólo para mí?

—¡Completamente vuestro, Ophelia!

A partir de este momento, la condesa estuvo distraída; un secreto pensamiento, esperanza o temor, parecía absorber su atención.

—Esta noche voy a Covent Garden —dijo, finalmente—. Milord, ¿queréis acompañarme?

—Os acompañaré allí, Ophelia, pero tengo un sitio comprometido en el palco de *lady* Campbell.

—Por pequeño que sea vuestro ofrecimiento, milord, lo acepto. Esperad un momento, por favor.

Llamó. Jane apareció y recibió la orden de preparar la *toilette* de *milady*.

Río-Santo se quedó solo en el salón.

Se dejó caer en un sofá y cayó insensiblemente en uno de aquellos arrobamientos que le eran comunes.

Mientras Río-Santo flotaba entre dos imágenes encantadoras que solicitaban juntas o una tras otra su pensamiento: la de *lady* Ophelia y la de Mary Trevor, la condesa de Derby hacía apresuradamente su *toilette*.

—¡Gracias, Jane! —dijo, finalmente, con un tono que quiere decir textualmente: ¡se acabó!

—¿*Milady* no se dejará peinar?

—No, Jane. ¡Déjame! Espera… dame, por favor, algo para escribir.

—*Milady* no olvida que milord…

Ophelia la interrumpió con gesto de nerviosa impaciencia, y Jane se apresuró a obedecer y salió.

—¡Es menester!, ¡es menester! —murmuraba la condesa mojando la pluma en el tintero—, no me ha dicho que si fracasaba…

Se detuvo y dejó la pluma.

—¡Dios mío! —dijo después de un silencio—, ¡no sé… no sé!

Cogió su cabeza entre sus manos y reflexionó durante un minuto, después cogió, nuevamente, la pluma y trazó rápidamente unas líneas.

—Tomaré su palabra —dijo—, ¡su palabra de gentilhombre! Frank es mi corazón leal. Le haré prometer… ¡Ah!, ¡es necesario! ¡No puedo vivir de esta manera y esta esperanza me vuelve insensata!

Dobló la carta y puso la dirección: «Al Honorable Frank Perceval».

La dejó encima de su tocador y volvió al salón.

—Echarás al correo una carta que encontrarás encima de mi tocador, Jane —le dijo, antes de salir.

Un instante después, el hermoso carruaje de Río-Santo galopaba en dirección a Covent Garden. En el momento en que Río-Santo bajaba frente al peristilo del teatro y ofrecía su mano a la condesa, un hombre le tocó el brazo, deslizó un papel en su mano y desapareció inmediatamente entre la multitud.

Río-Santo, subiendo las escaleras, desplegó el papel y lo leyó de un vistazo: «Lado izquierdo, n.º 3. Princesa de Longueville».

—¡Ocasión única! —murmuró echando una mirada de reojo a la condesa—; la princesa hará como es debido su entrada en sociedad.

15. The Pipe and Pot

Aquella noche, el teatro real de Covent Gorden daba una representación alemana. L09 actores habituales descansaban para ceder su lugar a una compañía de artistas germanos que debían cantar el «Freyschutz», de Cari Weber. Era una obra extranjera ejecutada por extranjeros. La nobleza y la «gentry» podían, pues, ir a admirarla, sin comprometerse demasiado. Desde las cinco y media de la tarde, había un gran gentío por los alrededores del teatro. Las «public houses[15]» vecinas, al iluminarse, dejaban ver su interior lleno de clientes, y los policemen empezaban a mostrar sus cascos de cuero y sus cetros de plomo.

En la parte norte del teatro, en Harte Street, se abre una calle ancha y corta que conduce a Long Acre. A lo largo de las aceras de esta calle, en Long Acre y en Harte Street, se veían numerosos grupos estacionados, cobijándose del derroche de luces que los mecheros de gas lanzaban en gran cantidad. Iban y venían de un grupo a otro, mujeres jóvenes maravillosamente ataviadas, las cuales, después de dos o tres vueltas por la acera, iban a descansar en alguna «public house», sentándose, sin ningún cumplido, encima de las rodillas de algún parroquiano. Allí había cortesanas de trece y de catorce años, mezcladas a las veteranas de la infamia.

Finalmente, delante mismo del teatro, en un pequeño callejón que conduce tortuosamente a Drury Lane, y que los que lo frecuentan denominan cariñosamente Before Lane (Avenida de Delante), aunque no sea ésta su etiqueta oficial, establecía su cuartel general otra clase de rondadores. Éstos iban vestidos de andrajos y la «avenida» completamente oscura donde se cobijaban, estaba en perfecta relación con su sucia y miserable apariencia. Algunas pobres desgraciadas, cuyos atavíos hacían juego con aquellos vagabundos y con la mísera asamblea que allí se ocultaba, se extraviaban, a veces hasta Before Lane, rozando, con la cabeza agachada, las aceras de Bow Street. Allí encontraban

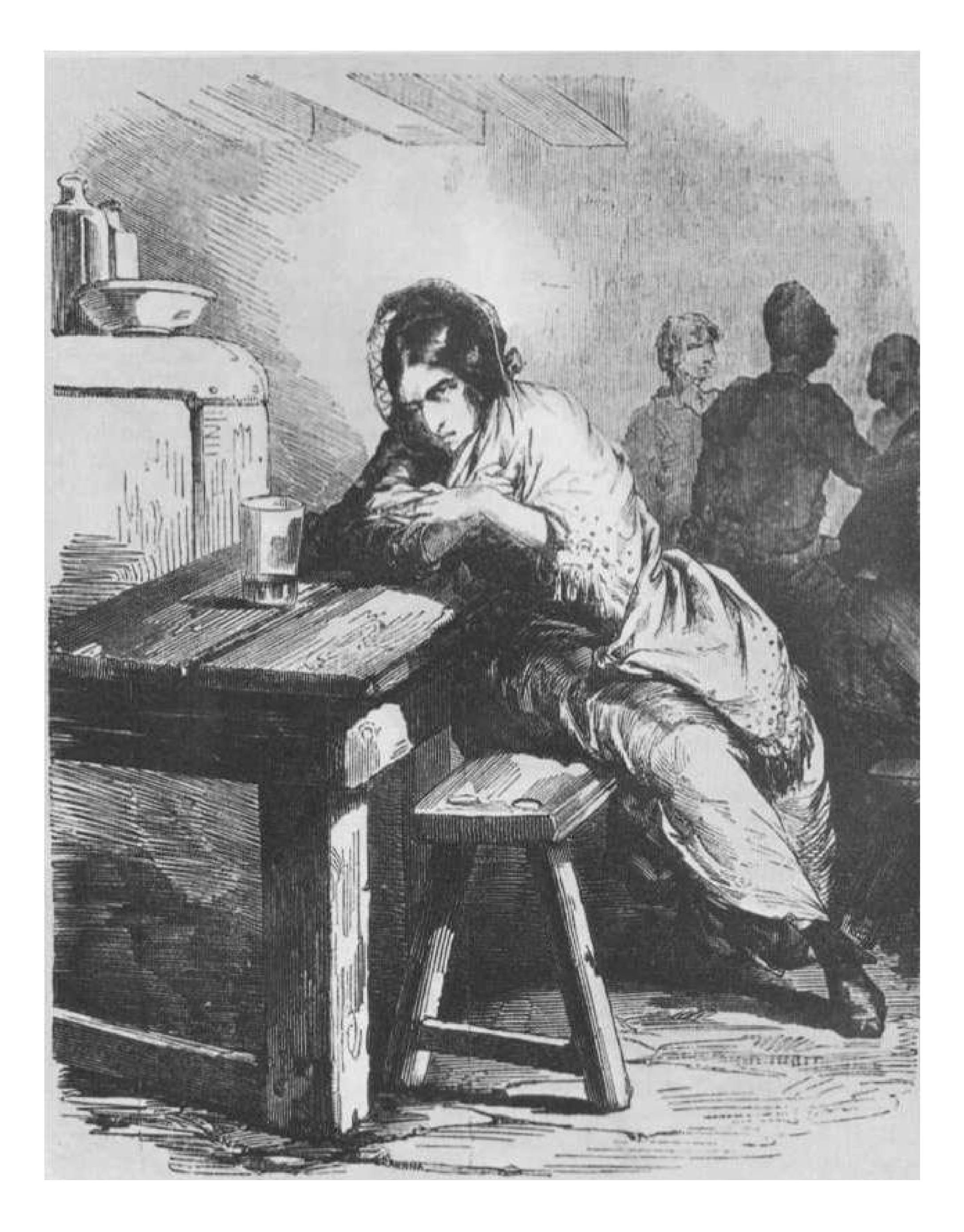
todavía *cabarets*, pues los *cabarets* no faltan en ninguna parte a los alrededores de los teatros de Londres, pero ¡qué cuevas, Dios mío!

Una de estas *public houses*, situada a igual distancia de Bow Street y de Drury Lane, conservaba una especie de apariencia y parecía echar de menos días mejores. En el exterior, en la fachada, colgaba de una barra de hierro oxidada, un trozo de letrero; en el interior, el mostrador soportaba media docena de vasos rajados y si el salón de conversación no tenía cortinajes, poseía, por el contrario, una tapicería entera hecha de telas de araña. En cuanto al «tap», era un montón de escombros provenientes del derribo de un techo, así es que nadie entraba nunca en el *tap*.

Esta taberna, la más bonita de la «avenida», tenía por nombre: «The Pipe and Pot[16]». Estaba solamente ocupada por dos o tres clientes de cara triste, que bebían y fumaban en el salón de conversación. De cuando en cuando, alguna de las pobres desgraciadas de la calle entraba, mostraba a la luz dudosa de un quinqué ahumado su rostro infantil, gastado, marchito, envejecido y volvía a salir para cumplir, en las aceras vecinas, su oficio infame.

—Entrad, Mich, cuñado —dijo desde fuera una vocecita aguda y cascada—, entrad primero. Soy un hombre, ¡qué caray!, y conozco la urbanidad.

Casi en seguida dos parejas atravesaron por delante del mostrador y entraron en el salón. La primera estaba compuesta por una jovencita que podía tener unos trece años, la cual daba el brazo a un hombretón de unos cuarenta años. Esta niña era delgaducha, frágil, de una palidez extremada que disimulaba mal una capa espesa de pintura rosa, groseramente aplicada. Su cuerpo, cuyo crecimiento se detuvo antes de tiempo por excesos de todo género, tenía, en pequeño, las características de una mujer hecha. Su boca se abría convulsivamente para dejar salir los sonidos de una voz cascada y jadeante. La llamaban Loo, la Tísica.



Loo, la Tísica.

Su pareja, que se llamaba Mich, no tenía nada de particular, ni en su presencia, ni en su cara. Era, sencillamente, un vagabundo de Londres, con un gran corpachón desarrollado gracias al buey y a la cerveza, con cabellos rojos y cara colorada. Lo notable no estaba en él, sino en el contraste impresionante que existía entre él y su compañera. Loo, en efecto, se colgaba literalmente de su brazo, al cual su manecita se agarraba como podía.

La segunda pareja era el reverso de la medalla, exactamente, de la anterior. Se componía de una mujerona de aspecto duro, insolente,

desagradable y de un pequeño jovencito. La mujerona iba vestida como los aguadores, es decir, llevaba un sombrero de mujer, una levita masculina y unas gruesas botas bajo sus faldas. Se llamaba Madge, había dejado ya lejos la cuarentena y fumaba una pipa corta de gran capacidad. Su pareja no era otro que Snail, hermano de Loo la Tísica.

La tabernera, Peg Witch, horrible vieja como las hay en los tugurios de Londres, pero en ninguna parte más, llamó en su ayuda a Assy, y se precipitó hacia el compartimiento que los recién llegados acababan de elegir.

—Hola, bruja Peg —dijo el pequeño Snail con todo de *gentleman*—; buenos días, Assy la Pelirroja; saludad a mi mujer Madge y a mi hermana Loo, ¡pardiez! Saludad a mi cuñado Mitch. ¡Y venga ginebra, y cerveza y todo lo que haya en vuestra pocilga, condenadas! ¡Soy yo quien invita!

—Bien, mi pequeño señor Snail —contestó Peg, saludando a toda la pandilla.

—¡No soy pequeño! —gritó, colérico Snail, golpeando la mesa coja con su débil puño—, soy mayor que mi hermana Loo, que es la mujer de Mich… y Mich tiene cinco pies y seis pulgadas… ¡Ginebra, novia de verdugo!

Peg Witch saludó nuevamente, sonrió y fue a buscar las bebidas.

—¿Tienes sed, Loo? —preguntó Snail.

—Siempre tengo sed —contestó Loo—. Dame tabaco, Mitch.

—¿Sabes, Mitch? —prosiguió Snail—, quiero favorecerte, ya que eres el hombre de mi hermana, de la cual me ocupo como si fuera un padre, ya que el nuestro es un pobre diablo de hombre honrado.

—No hables de nuestro padre, Snail —dijo Loo, cuyo rostro se puso serio—; ya sabes que es un buen hombre. Dame tabaco, Mitch.

—¡Bien, Loo, bien! Nuestro padre es lo que es, pero respecto de Mitch, tengo una colocación en mi manga. Mi preciosa Madge, aquí está la ginebra: un vaso a la salud de tu hombre.

Madge se quitó la pipa de la boca.

—¿Mi hombre? —preguntó con voz extrañada.

—¡Qué bonita voz tiene, esta pequeña Madge! —exclamó Snail acariciando la barbilla peluda de la mujer—, parece el fagot de los «Horse Guards». ¡Soy yo tu hombre, bonita! ¡Qué diablo!, ¿es verdad o no?

—¡Es cierto! —dijo Madge, volviendo a ponerse la pipa en la boca.

—¿Y qué colocación quieres darme, pequeño Snail? —preguntó Mich.

—Te rompo los riñones si vuelves a llamarme pequeño Snail, cuñado. ¿Sabes ladrar, Miche?

—¿Ladrar?

—Sí. Yo sé maullar. Oye.

Snail agachó su cabeza debajo de la mesa y acto seguido se oyó un maullido agudo, prolongado, Heno de atroces cadencias cromáticas. La gran Madge se levantó, pues la ilusión fue completa; Mich miró debajo de la mesa con la mejor buena fe de este mundo, lo que dio ocasión a Loo para vaciar el vaso de su amante de un solo trago. Esto no fue todo. Peg Witch y Assy la Pelirroja, corrieron al mostrador, armadas con escobas, para echar fuera el pretendido gato que maullaba de manera tan lastimosa. El triunfo de Snail fue completo.

—¡Ya ves si sé maullar bien, cuñado! —exclamó—. ¿No sabes ladrar tú?

—Esto no es ningún oficio —contestó el mocetón, encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto ganas, Mitch, descargando las gabarras en el puerto?

—Dos chelines, es el precio.

—¡Dos chelines… bien! ¿Y cuánto ganas en tu profesión de buscón?

—Según… no mucho.

—No mucho… —contestó Snail, metiendo la mano en su bolsillo y sacándola llena de las guineas de la casa Edward & C.º—, pues bien, mira lo que yo gano, cuñado, sin contar otras gangas.

—¿Maullando? —dijo Mich, cuyos ojos saltones expresaban una estupefacción completa.

—Maullando, cuñado, maullando como un gato en el mes de enero. Toma, mi pequeña Madge, te doy una guinea… ¡toma!

Madge cogió dos guineas sin dar las gracias.

—¿Y yo? —preguntó Loo.

—Ya te doy bebida. ¿Qué te parece, Mitch?

—Quisiera saber ladrar, Snail.

—Hay que aprender. Ves, Mich, en lugar de pegar a la pobre Loo cuando no te trae cada noche una corona, podrías darle un buen grog bien caliente para su pecho que la mata, ¡pobrecilla!

Había un cierto matiz de sensibilidad auténtica en estas palabras del pequeño Snail, el cual pronto volvió a adoptar su habitual tono fanfarrón.

—Cuando sepas ladrar, cuñado, mi protección te valdrá el empleo de Saunie, el Escocés; ¿ya conocías a Saunie, el primer amante de Loo? Ha

muerto hoy… en accidente.

—¿Muerto? —repitió Loo con voz ronca—. ¡Se ha terminado la ginebra!

—¡Más ginebra, bruja Peg! Mi hermana Loo tiene sed y hay que humedecer su pobre pecho. ¿Has comprendido, Mich?

—Comprendido. Sustituiré al pobre Saunie.

Trajeron más ginebra. Las dos parejas bebieron, fumaron y bebieron más, durante un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo, hubo cierto movimiento en la calle.

—¡Van a abrir! —dijo Snail, levantándose—. ¿Vienes, Mich?

—¡Vamos, Loo! —gritó Mich—. ¡Levántate, gandula! ¡Levanta ya!, ¡y a trabajar!

Loo abrió sus ojos mortecinos, luego los volvió a cerrar y puso su cabeza encima de la mesa.

—¡Tengo fuego aquí dentro! —murmuró apretándose el pobre pecho flaco y jadeante.

—¡Pobre Loo! —dijo Snail con ternura—. Te pago su noche, Mich. Aquí tienes dos chelines. ¡Déjala ahí! ¡Bruja Peg, dale ginebra a la hermosa Madge y a Loo, tanto como quieran… y que el diablo os confunda, bruja Peg!

Snail salió precipitadamente con Mich y subió a paso de carrera Before Lane. Los dos «cuñados» pronto llegaron delante de la fachada de Conven Garden, cuyas puertas se abrían en aquel momento.

16. Inventario de bolsillos

Cuando Snail y Mich, su «cuñado», llegaron delante del teatro, la escena había cambiado completamente de aspecto. Toda la gente de las tabernas, todos los diversos grupo esparcidos antes por Long Acre, Harte Street Rusell y Before Lane, se habían congregado, a la vez, delante de la fachada. Había una multitud ficticia, multitud cuya mitad, apenas, representaba a verdaderos espectadores. La otra mitad se componía de ladrones y agentes de policía, los primeros «trabajando» y los demás, mirando.

En lo más denso de la multitud, se deslizó un hombre. Hubiérase dicho una serpiente en medio de una valla viviente. Sus manos maniobran con una rapidez prodigiosa. ¿Dónde desaparecen, Dios mío, los objetos que se va apropiando? No desprecia nada: echarpes, pañuelos, relojes, pedazos de traje que corta sin que su propietario se dé ni la menor cuenta; todo le parece bueno. Encuentra sitio para todos: sus manos se llenan incesantemente y están siempre vacías, ¡cuidado! Aquí hay un policeman de mal humor que le engancha con las manos en la masa. Nuestro hombre se vuelve y le dirige una amable sonrisa.

—Encantado de verle, señor Handscuffs —le dijo cortésmente—, supongo que *mistress* Handscuffs se encuentra bien y así lo deseo. Hace unos días que le estaba buscando para hacerle un pequeño regalo.

El policeman sonrió a su vez, tendió la mano y recibió un sobre que hizo desaparecer con una habilidad que olía a una legua el antiguo ratero.

—¡Muy buenas noches! —prosiguió nuestro hombre—, y mis sinceros saludos a la señora.

La vida es terriblemente cara y nuestro amigo Bob Lantern no dispone de representaciones alemanas todos los días.

En lo más fuerte de la confusión, ved una cabeza larga y seca que sobrepasa todas las demás cabezas por lo menos en unas cuatro buenas pulgadas; tiene aspecto grave y está sostenida por un cuello de crin y encajada entre dos hombros cubiertos por un frac azul. Esta cabeza

pertenece a nuestro digno amigo, el capitán Paddy O'Chrane. El capitán se toma esta noche unas vacaciones. Va vestido con su mejor traje azul con botones negros; lleva sus pantalones de gamuza amarilla. Está de suerte. De suerte con *mistress* Dorothy Burnett.

—Paciencia querida *mistress* Burnett, paciencia, ¡Dorothy! —iba diciendo el buen capitán—, solamente un cuarto de hora más y ya descansaremos sentados en dos buenas butacas de galería que voy a tomar, Dios me condene, Dorothy, al precio de dos chelines cada butaca.

—¡Oh, Paddy! ¡Oh, señor O'Chrane! —murmuró *mistress* Burnett—, me ahogo. Daría seis peniques para poder tener aire.

—¿De dónde diablos sacáis que falta el aire, Dorothy? —preguntó—. El viento silba en vuestras orejas. ¡Ah, miserable ladrón! ¡Te he cogido!

Estas últimas palabras iban dirigidas a un personaje al cual el capitán acababa de cogerle la mano, metida en su bolsillo. Lo agarraba fuertemente, pero no podía volverse a causa de la presión de la muchedumbre.

—Caballeros, pórtense como verdaderos ingleses —dijo a sus vecinos de detrás—. ¡Por Dios, detened a ese pillo redomado que no conoce su oficio, que el diablo me lleve!

Nadie respondió a esta llamada.

—¡Dorothy! —exclamó el capitán, cuya mano empezaba a desfallecer —, suelte su brazo o que el diablo me lleve, y procure ayudarme a detener a este bandido.

Mistress Burnett intentó volverse y consiguió soplar como una máquina de vapor. Es todo lo que pudo hacer. El ratero, mientras tanto, agotando, por una presión continua, la fuerza del puño de Paddy, consiguió que éste le soltara y huyó. El capitán revolvió vivamente su bolsillo.

—¡El pillo se ha salido con la suya! —gruñó—. Yo sólo conozco a Bob capaz de tener tanta sangre fría. Y yo que tenía que hablar con él. Amor mío, me han robado mi corbata.

—¡Señor O'Chrane, me ahogo! —contestó la tabernera—. ¡Me ahogo!

Llegado a lo alto de la escalinata, el capitán Paddy se enderezó en toda su altura —que no es poco decir— y echó una mirada circular a la multitud por debajo de él. No vio lo que buscaba, pues gruñó sordamente, levantó su cuello de crin y se puso de puntillas.

—¡Es algo muy raro, palabra! —murmuró, dejándose caer pesadamente sobre sus talones—; ¡muy raro, que el diablo me lleve! No

hay ni uno solo de esos perversos bribones en la multitud. ¿Y a quién diablo queréis que me dirija, si no es a esos queridos muchachos?

—Siento ya un poco de aire, señor O'Chrane.

—Bien, Dorothy, muy bien. Yo siento, pues, otra mano dentó de mi bolsillo; pero, por todos los diablos, os aseguro que éste no se me escapará.

Efectivamente, el capitán había agarrado la mano de un segundo ratero y la apretaba hasta descoyuntarla. Detrás de él se oyó un maullido en el cual había dolor e ironía, y casi al mismo tiempo dos dientes agudos e incisivos como de lucio, se hundieron en la carne de su mano.

—¡Snail, abominable gato! —exclamó Paddy haciendo convulsivos esfuerzos para dar la vuelta—. ¡Por el infierno, voy a torcerte el pescuezo si no sueltas mi mano!

—¡Quita allá! ¡Capitán, por el infierno! —contestó Snail después de haber dado un último mordisco—. ¡No os da vergüenza ir al teatro sin corbata! Bajad la cabeza que os diré algo.

—¡Qué reviente si esta maldita víbora no me ha mordido hasta hacerme sangre! —gruñó Paddy, el cual, sin embargo, agachóse—. ¿Qué has de decirme, Snail?

—Capitán, he de deciros… ¡Toma, *mistress* Burnett de «Las Armas de la Corona»! ¡No os aburrís, señor O'Chrane…! Debo deciros… ¡Por Dios! ¡Capitán, qué roja está *mistress* Burnett!

—¡Me ahogo! —dijo automáticamente la pobre tabernera, que otra oleada de gente la había vuelto a su estado de semi asfixia.

—¡Se ahoga, capitán! —repitió Snail—. Hay que dar puñetazos en la espalda a las personas que se ahogan. ¡Ya se sabe!

Y Snail empezó a golpear fuertemente la espalda de la rechoncha tabernera.

—¡Así! —dijo Snail—. La respetable dama va reponiéndose y bebe un vaso de ginebra gratis, por lo menos. En cuanto a vos, capitán —añadió por lo bajo—, debo deciros que hay follón esta noche, ¡con toda seguridad!

—¿Cómo lo sabes, pícaro diestro?

—Lo sé. ¡Ah! ¡Yo sé muchas cosas, capitán, vaya! ¡Y por lo que se refiere al zafarrancho de esta noche, podéis contar con él! Todos los amigos se han ido a hacer el amor y a beber en las *flash-houses*[17] de Drury Lane y de Bow Street. Turnbull bebe como una cuba a la salud del pobre Saunie, que ha muerto. Ha habido convocatoria en grande, capitán,

y me apuesto a Madge contra *mistress* Burnett que esta noche vamos a bailar el verdadero baile de los vagabundos.

—¡Está bien, montón de basura, está bien, querido y encantador hijo mío! —dijo el capitán entre dientes—. Quizá tengas razón y que el diablo me lleve si *mistress* Burnett no estaría mejor en su mostrador que no aquí. En fin, no importa, si hay baile pues, bailaremos. ¿Y a dónde vas tú?

—A la «Pipe and Pot», capitán; si tenéis necesidad de mí, venid. Encontraréis allí a Madge, mi mujer, a mi hermana Loo, a Mich y a otros.

—¡Bien, Snail, que el diablo te lleve, hijo! Vamos, Dorothy, amor mío, vamos a entrar.

Dorothy no pedía otra cosa. Soltó el brazo del capitán y pasó la puerta. Paddy estaba dispuesto a seguirla. En el preciso momento en que iba a entrar, dos manos se pusieron, pesadamente, encima de sus hombros, y una voz desconocida murmuró estas palabras a su oído:

—¡Os prohíbo que os volváis, *Gentleman of the night*!.

Paddy se detuvo y no se movió. La ola humana continuó entrando y le separó de *mistress* Burnett, a la cual, finalmente, perdió de vista.

—¿Conocéis a *lady* Jane B., la amante del duque de York? —preguntó la voz.

—Sí, milord.

—Si va, durante el primer acto, al palco de S.A.R., bajaréis al salón de descanso, inmediatamente después de caer el telón. En el salón, encontraréis a un hombre que se os acercará y pronunciará el santo y seña. Haréis lo que él os diga.

—Sí, milord.

—Si no acude durante el primer acto, esperaréis al segundo; si en el segundo no acude, seguiréis esperando…

—Sí, milord. ¿Y cuál será, por favor, mi trabajo?

Cesaron de apoyarse las manos en las altas espaldas de Paddy.

—¡No me ha contestado! —gruñó Paddy—. Al diablo si no diera un chelín o dos para ver la cara de este misterioso individuo, al cual respeto, como es mi deber. ¡Siempre con secretos! No soy curioso, pero si no supiera que los milords de la noche son lo suficientemente poderosos para hacerme ahorcar, ya encontraría yo el medio para descifrar todo esto.

—¡Paddy! ¡Señor O'Chrane! —gritó una triste voz en el peristilo.

—¡Bien, Dorothy, amor mío, gran cuba de ginebra! —respondió el capitán—. ¡Dios me condene!, cada uno tiene sus asuntos.

Y el buen Paddy entró sin volver la vista hacia atrás para ver al propietario de aquella voz misteriosa que acababa de hablarle al oído.

17. La cola de los carruajes

La multitud había ya entrado. Una lluvia fina y helada empezaba a caer. Delante del teatro quedaron únicamente unos cuantos policías[1]. Los rateros habían regresado hacia los *cabarets*, en donde empezó el tráfico de los objetos robados.

En casi todos los teatros ingleses hay tres entradas completamente distintas. La primera, la del «público», tiene lugar a la hora de la apertura de las taquillas; la segunda se hace media hora después, es cuando la «gentle people» llega en coche; la tercera es la «entrada a mitad de precio», de la cual se hablará más tarde.

Uno de los primeros coches que se pararon delante del peristilo de Covent Garden, fue el de *lady* Campbell. *Miss* Mary y su tía pusieron pie en el suelo sin dificultad y subieron la escalinata.

—¡Avanzad, cochero! Póngase en fila…

—¡Ponte en fila, bellaco! —exclamó desde el interior de otro carruaje una voz chillona y afectada—. ¡Hermosa mía, hablo en serio, ese pícaro es capaz de dejar pasar delante de nosotros ese miserable «cab»!

Cayó el estribo; se abrió la portezuela y el señor vizconde de Lanture-Luces bajó con precaución. Tendió su mano.

—Vizconde, estoy buscando mi frasco —dijo una voz breve y bien timbrada, desde el interior.

—¡Cierto, monada, cierto!

El vizconde saltó, entró en el coche y encontró el frasco. Después de lo cual, volvió a bajar y tendió de nuevo la mano.

—Estoy segura, vizconde —dijo la misma voz—, de que habéis extraviado mi abanico.

El vizconde volvió a subir al estribo y tuvo la suerte de encontrar el abanico que se le reclamaba.

—Vamos, «diva mía» —dijo—, ¡dadme vuestra mano, por favor!

—¡Oh! ¡Algo terrible, vizconde! —exclamó otra vez la misma voz con petulancia—; mi pañuelo ha desaparecido.

Lantures-Luces, con una paciencia admirable entró por tercera vez en el carruaje y puso el pañuelo en las manos de una dama que estaba sentada en el fondo.

—Encantadora —dijo el vizconde, bajando del coche—, ¿vais a hacerme el favor de darme vuestra mano?

—¡Avanzad! —gritó el cochero del «cab», el cual estaba esperando que terminaran todas aquellas ceremonias, para desembarcar a su «clientela».

La clientela, parecía no menos impaciente que su cochero, pues le arrancó el látigo de la mano y aventó un latigazo a los dos caballos del vizconde, latigazo que indicaba un verdadero brazo de deportista. Los dos caballos se lanzaron al galope, y la dama empezó a dar grandes chillidos.

—Caballero, sois brutal —exclamó Lantures-Luces—, os lo digo en serio. ¡Aquí está mi tarjeta, caballero! —Y echó su tarjeta en el «cupé»—. ¡No tengáis miedo, hermosa mía… y hacedme la gracia de darme vuestra bella mano!

Esta vez, la dama otorgó la gracia que le pedía el pequeño francés y puso su enguantada mano en la suya. Un grupo de dandies que se había reunido bajo el peristilo empezó a aplaudir gritando:

—¡Bravo, bravo! ¡La Briotta!

—¡Encantadora! —murmuró Lantures-Luces, aturdido—. ¡Palabra de honor, mi bella! ¡Hablo en serio!

Snail, siempre en acecho, empezó a estirar un cordón de seda que correspondía al binóculo del vizconde. El binóculo salía, a medias, del bolsillo. Lo arrancó de un tirón y luego quiso escabullirse, pero un policeman, con el bastón levantado, le cerró el paso. Al otro lado, el *gentleman* del «cab», se dirigía muy serio hacia Lantures-Luces, sin duda para pedirle explicaciones por su insulto. El policeman, impacientado por las simulaciones de Snail, el cual buscaba paso a derecha y a izquierda, dejó, finalmente, caer su porra de plomo. Snail la evitó maullando; la porra cayó, de lleno, encima del hombre, el *gentleman*.

El *gentleman* retrocedió un paso, abrochó con un movimiento rápido su elegante frac y preparó sus puños a la altura de sus ojos. El policeman tuvo ganas de sostener el choque, pero la linterna de un carruaje iluminó, por casualidad, el rostro de su adversario, y se fue corriendo como alma que lleva el diablo.

—¡Eh! —exclamó Lantures-Luces—, ¡querido Brian de Lancester! ¡Ah!, ¡ah!, ¡vive Dios!, señores, ¿habéis visto algo más chusco? ¡Ese policeman ha huido como un diablo! Querido, quisiera saber boxear como vos para castigar al villano que ha dado un latigazo a mis caballos hace un momento, a riesgo de matar a nuestro ídolo, Briotta, la diva.

—He sido yo —dijo Brian arreglándose las solapas desabrochadas de su frac…

El grupo de dandies festejó mucho la llegada de Brian de Lancester. La Briotta, plantando allí mismo al *gentleman* que la había acompañado, se agarró del brazo del recién llegado, que llegó en un coche de punto, pero que parecía ocupar una posición magnífica y envidiable en la categoría de la elegancia.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, aproximadamente, delgado, pero bien plantado, con una estatura superior a la mediana, con talle fino y ancho de espaldas, algo encorvadas. Sus rasgos, admirablemente modelados, y cuyos contornos parecían tallados, tenían el aspecto frío y acompasado de los ingleses de pura sangre; pero en la mirada grave de sus ojos verdes como el mar, veteados de negro, había una audacia desmedida, que llegaba casi a la insolencia. Brian era lo que se llama en Londres un «eccentric man[18]». Lantures-Luces, Brian y los dandies entraron todos juntos.

Creemos indispensable dar aquí algunos detalles respecto a la posición de nuestros personajes, dentro de la sala. En el primer palco, en el escenario, a la izquierda —lo que se llama aquí palco proscenio— no había nadie. Este palco estaba esperando a S.A.R., el milord duque de York, propietario del mismo; el polco siguiente estaba ocupado por *lady* Campbell y su sobrina; el siguiente tenía el número 3, por la princesa de Longueville y su tía. Al otro lado del teatro, se veía, en el primer palco, a *lady* Ophelia y a Río-Santo; en el segundo, una gran pantalla impedía ver a los personajes que se encontraban allí; el tercero estaba ocupado por unas damas.

En los palcos de enfrente, podríamos reconocer a muy pocas personas. Pero podemos decir en seguida al lector, que este caballero, taciturno, que parece mirar muy atentamente el techo y no prestar atención a nada más, es el lord conde de White Manor, hermano mayor de Brian de Lancester, y amo del honrado *mister* Paterson, el intendente que hace negocios con Bob Lantem.

En el anfiteatro, a la izquierda, bajo el palco del duque de York, había una inmensa bañera, formada por dos palcos, de los cuales habían quitado la separación. En este palco se agitaba el señor vizconde de Lantures-Luces, en medio de los dandies que ya hemos encontrado en el peristilo.

Finalmente, en las galerías superiores, el buen capitán Paddy O'Chrane, erguido y alto, no perdía de vista ni un solo instante, el palco del duque de York. Este palco permanecía desierto y el buen capitán creyó buenamente que el entreacto siguiente transcurriría para él en las dulzuras de una conversación íntima con la tabernera amada. Pero en el momento en que el telón caía, la puerta del palco se abrió con ruido, y *lady* Jane B… hizo su entrada, cubierta de diamantes, bajo las miradas de cien elegantes binóculos dirigidos hacia Su Señoría. Paddy dejó escapar un profundo suspiro.

—Amor mío —dijo—, ¡qué diablo! ¿No os gustaría comer una buena naranja?

—¿Tenéis alguna, señor O'Chrane?

—¡Voy a por ella, o que el diablo me lleve!

Y el capitán salió precipitadamente, dejando a su compañera asombrada de la diligencia tan inesperada.

«Este señor O'Chrane, es un buen hombre —pensó—, pero me hubiera gustado más un vaso de ron».

Paddy bajó directamente al salón de descanso, que no conocía. No había dado tres pasos, cuando un hombre, al cual no había visto nunca, le cerró el paso y le miró de la cabeza a los pies.

—¿El capitán Paddy…? —murmuró el desconocido, después de hecho el examen.

Después tocóle ligeramente el pecho con el dedo, diciendo:

—«*Gentleman of the night*».

Paddy se inclinó respetuosamente. El hombre le cogió llevándole hacia el hueco de una puerta separada. Estuvieron hablando cosa de diez minutos.

—Hay «hombres de la familia» en todos los *cabarets* de los alrededores —dijo el capitán al cabo de un tiempo—, ya os encontraré eso, milord.

—¡Un hombre hábil!

—¡Un anguila!

El desconocido puso un dedo sobre su boca y se retiró. Paddy dejó escapar otro suspiro.

—¡Al diablo si *mistress* Burnett no estaría mejor en su mostrador que no aquí! —murmuró—, pero ¡a quién voy a elegir: a ese miserable pordiosero de Bob, pobre amigo, o al querido niño, el pequeño Snail, inmunda criatura! ¿A cuál de los dos?

18. Un entreacto

A la caída del telón, tuvo lugar un movimiento general en la sala, al mismo tiempo que un murmullo se elevaba por doquier. La platea se puso a hablar; las galerías empezaron una múltiple y ruidosa conversación; los palcos se visitaron.

El palco más ruidoso era, sin ninguna clase de contradicción, la gran bañera en la que estaba Lantures-Luces y los dandies. De este palco salían, a cada instante, exclamaciones que se esforzaban en ser originales y espirituales, chistes verdes y extravagantes apuestas. Lantures-Luces se mezclaba poco en la conversación. Le faltaban dos cosas: la signorina Briotta, que procuraba conquistar y que se le escapaba por cada tangente, y sus impertinentes en forma de tijeras, sus queridos impertinentes, la pérdida de los cuales sentía profundamente.

Río-Santo, que se había trasladado al palco de *lady* Campbell, en donde tenía su sitio, regresó, haciendo sus visitas, al lado de la condesa. Se apoyó en el respaldo de su butaca y paseó sus binóculos con indiferencia, por la sala.

—¡No, no me equivoco! —dijo, de pronto, con alegre asombro—. ¡Aquí está la princesa de Longueville!

—¿Dónde? —preguntó la condesa.

—Allá, señora, al lado de *miss*… al lado de *lady* Campbell. Permitidme que vaya a presentarle mis respetos: la conocí mucho en París.

—¡Qué hermosa es! —dijo, sin darse cuenta, Ophelia.

—Pasaba por ser la mujer más hermosa de todo el faubourg Saint-Germain, que es el lugar del mundo donde se encuentran las más bellas mujeres —contestó Río-Santo, saludando al retirarse.

La condesa le siguió un instante con la vista y volvió su mirada hacia Susannah. Ésta estaba, verdaderamente, bellísima.

Susannah esperaba.

La puerta del palco se abrió y Río-Santo entró. Susannah levantó hacia él una mirada indiferente. No era a él, a quien esperaba. A esta mirada,

Río-Santo respondió con otra, aguda, penetrante y fría. La hermosa muchacha, acostumbrada a no asombrarse por nada, no pudo, sin embargo, sostener la mirada potente y extraña que sondaba, buscaba y revolvía su alma. En el momento en que ella bajaba los ojos, una nube pasó por la frente altanera de Río-Santo. Pareció buscar por entre sus numerosos recuerdos y encontrar, quizás, alguna semejanza lejana.

—Princesa —dijo—, ¿me permitís que os presente mi respetuoso homenaje?

—El marqués de Río-Santo, querida niña —añadió la duquesa de Grèves, a modo de presentación.

Susannah se inclinó y dijo en voz baja:

—Me han dicho muchas cosas, señor. Recuerdo algunas; ya aprenderé otras…

—No os comprendo, señora —interrumpió sonriendo Río-Santo—. He venido para hablar de París. ¿Qué noticias hay de Francia, por favor?

—¡El marqués no sabe nada, ángel mío! —dijo la duquesa al oído de Susannah.

—Creí que era el amo a quien debo servir —balbuceó la joven, ruborizándose.

Río-Santo la contempló durante un minuto.

—Señora —dijo luego a la francesa, a la cual había atraído al fondo del palco—, encontrad inmediatamente un pretexto para alejaros. Es necesario que esta joven esté sola cuando yo vuelva a este palco.

Dicho esto, saludó a Susannah y salió.

La duquesa viuda de Gêvres se sintió algo herida por esta despedida tan brusca, pero disimuló.

—Querida niña —dijo—, hubiera querido poder quedarme a vuestro lado para guiaros y sosteneros, pero me siento enferma y, a mi edad, hay que tener prudencia. Voy a dejaros sola, Susannah; recordad bien mis instrucciones. Obedeced ciegamente a todo hombre (aunque sea un mendigo de la calle) que pronuncie a vuestro oído las palabras que os he dicho. Respecto al marqués, hija mía, ¡no más indiscreciones, os lo suplico…!, ¡el marqués no es de los nuestros!

—Señora —preguntó Susannah—, ¿no podré ver pronto a Brian de Lancester?

La anciana francesa sonrió.

—¡Paciencia, hermosa, paciencia! —contestó—. Le veréis pronto y durante mucho tiempo.

La señora duquesa se envolvió en su capa. Susannah se quedó sola en el palco.

Río-Santo regresó al lado de Ophelia. Se sentó a su lado y abrió la boca para hablar, pero vaciló y pareció buscar sus palabras.

Iba a intentar una gestión audaz. Las mujeres que aman, adivinan. La condesa fue en su socorro.

—¿Queréis decirme algo, milord? —preguntó.

—Sí, *milady* —contestó Río-Santo, cuya incomodidad disminuyó ligeramente por este avance—. Debo pediros un favor: un favor fútil en apariencia, pero que, en otros países, sería la cosa más natural del mundo, pero debido a las costumbres inglesas… Creo, que tardo demasiado en deciros de qué se trata. La princesa de Longueville, la cual me ha ofrecido en París muchas veces su encantadora hospitalidad, se encuentra sola, aquí, con su tía, la duquesa de Gêvres. La señora duquesa se ha visto obligada a retirarse. Os agradecería, *milady*, que me ayudarais a saldar la deuda de cortesía que tengo pendiente con la princesa. Tendría el honor de presentárosla…

—¿Aquí, milord? —interrumpió Ophelia.

—Si me lo permitís, *milady*.

—No, milord; esto no puede hacerse de esta manera. Las conveniencias…

—¡Os negáis! —dijo con reproche Río-Santo.

La condesa se levantó.

—Milord —dijo— dadme vuestro brazo; para saldar como es debido vuestra deuda, es menester que los primeros pasos sean evitados a la extranjera. Me presentaréis a la princesa de Longueville y yo tendré el honor de ofrecerle mi palco, milord.

Unos segundos después, la condesa y Río-Santo entraban en el palco de Susannah. Esta, con gran asombro del marqués, que acababa de verla tímida y cohibida, hizo los honores con una gracia exquisita, sencilla y perfecta. Respondió a la invitación de la condesa como es debido y de manera que se mantuviera la antigua fama de la nobleza de Francia, que ella representaba, y que pasa —con razón o sin ella— por ser la más cortés del mundo.

Si el marqués de Río-Santo tenía un interés muy serio y personal para abrir a Susannah las puertas cerradas del gran mundo británico, seguramente debió felicitarse. El resultado superaba toda esperanza. ¡Dos damas —una princesa y una condesa— presentadas la una a la otra

por un hombre, en Londres! ¡Era un trabajo hercúleo, un verdadero milagro!

Y ahora todo estaba dicho. Una vez franqueado el primer paso, ya no habrían más obstáculos. Del brazo de la condesa de Derby, Susannah podía entrar por doquier, pues llevaba un título de princesa y estar en primera fila en todas partes, pues era hermosa entre los más hermosas. Cuando hubo acompañado a las dos damas al palco de la condesa, Río-Santo se despidió.

Susannah se sentó. Inmediatamente los quince o veinte binóculos del gran palco del anfiteatro la enfocaron impetuosamente y se oyeron exclamaciones admirativas de todas clases, añadidas a toda suerte de apuestas: que no tenía ni veinte años —que era italiana, que tenía más pelo que la Briotta— que su pendiente valía dos mil libras, etcétera.

Lantures-Luces hubiera querido también apostar algo, pero había perdido sus impertinentes. Exclamó:

—No puedo ver a esta *lady*, de lo contrario, apostaría todo lo que quisieran. ¡Brian, vive Dios!, querido, decidme vuestra opinión sobre la cabellera de esta hermosa desconocida… ¡Ved!

Brian de Lancester estaba en la sombra, en el fondo del palco.

—¿Alguien de vosotros ha visto a mi hermano? —preguntó, en lugar de contestar a la pregunta de Lantures-Luces.

Los dandies respondieron negativamente y uno de ellos añadió:

—¿Queréis pagarle su renta esta noche, Lancester?

—Para eso he venido, caballeros.

Se levantó y se inclinó hacia delante.

—¡Qué admirable mujer! —dijo al ver a Susannah—. Adiós, señores, voy en busca de milord, mi hermano.

—¡Pobre conde! —prosiguió el *dandy*, cuando Brian hubo salido— ¡sabéis, señores que si estuviese en el lugar de lord de White Manor, este diablo de Brian me volvería loco!

Susannah y la condesa se habían quedado solas las dos. Por parte de Ophelia, existían, ciertamente, muchos motivos desfavorables contra esta mujer que le había sido impuesta tan bruscamente, que Río-Santo había conocido y que tenía tanto interés en servir; pero la condesa se sintió irremisiblemente y desde el primer momento, atraída hacia Susannah; simpatizaron tácitamente antes de haber cambiado otras palabras más que las oficiales banalidades de una presentación. Después, cuando se hablaron, las dos pensaron, al mismo tiempo, que llegarían a quererse.

Hablaron, pues, sin preocuparse de la atención que el teatro entero prestaba a la recién llegada y sin preocuparse de las exclamaciones diversas que salían del «palco infernal», como le llamaba el pequeño francés Lantures-Luces, cuando Brian se inclinó en la barandilla del palco para mirar a Susannah. La hermosa muchacha le vio y se detuvo en mitad de una frase empezada. La condesa casi tuvo también su parte del choque, tan violento y súbito fue; se dio cuenta de la palidez de Susannah y, siguiendo la mirada de ésta, vio a Brian que salía del palco infernal.

«¡Le ama!», pensó.

Pues ésta es la primera, la única sospecha que se presenta en la mente de una mujer. Por otra parte, puede decirse y afirmarse que esta sospecha no hizo más que doblar, de repente, su simpatía, por lo mismo que ponía a Río-Santo fuera de causa.

Sussannah esperaba ver entrar a Brian de Lancester en el palco. Fue, pues, con penosa extrañeza que le vio sentarse al lado de *lady* Campbell. Bajó la cabeza y se puso triste.

—Ahora vendrá —dijo una voz en su oído.

Susannah se volvió. No había nadie detrás de ella, pero la gran pantalla que cerraba el palco vecino osciló y Susannah creyó percibir, por la obertura que producía a intervalos iguales el balanceo de la pantalla, el insignificante perfil del ciego Tyrrel. Se inclinó para poder ver mejor, pero la pantalla cesó de balancearse.

Mientras tanto, el buen capitán Paddy O'Chrane, en lugar de comprar las naranjas prometidas a la coloradota y demasiado crédula tabernera de «Las Armas de la Corona», salió del teatro, atravesó Bow Street y se detuvo en la esquina de Before Lane.

—¡Un hombre hábil! —murmuró— ¡al diablo si es fácil encontrarlo a esta hora en los alrededores de Covent Garde! ¡Pero un hombre seguro ya es otra cosa! ¡Parece que no pueda llevar ninguna noche a *mistress* Burnett al teatro sin que surjan complicaciones, o que el diablo me lleve!

El capitán no terminó su discurso. Sin duda debió poner término a sus irresoluciones, puesto que cogió por Before Lane a grandes zancadas y empujó con el pie la puerta cochambrosa de «The Pipe and Pot» y entró. El *cabaret* de Peg Witch tenía un aspecto mucho más animado que antes. Madge, impasible, fumaba, bebía y no decía nada. Mich tenía los codos apoyados encima de la mesa. No llevaba nada en la cabeza. En su sien

aparecía una tumefacción sanguinolenta y de cuando en cuando una gota de sangre descolorida corría por sus cabellos empapados de sudor, cayendo encima de su hombro.

En un rincón. Loo, embrutecida por la borrachera, bailaba y canturreaba una canción sorda y con ritmo monótono. Nadie le hacía caso. La pobre niña, agotada por este esfuerzo insensato, jadeaba y sudaba a mares. Su pecho hundido resoplaba. Dos manchas rojas brillaban en sus mejillas lívidas. De cuando en cuando, se acercaba a la mesa y pedía bebida.

En otro rincón, Bob Lantem, sentado en una mesa ante un pequeño trozo de queso rancio, terminaba una frugal cena, que regaba con cerveza ligera.

La entrada de un personaje importante como era el capitán Paddy O'Chrane, no pudo dejar de hacer sensación. Solamente Mich no se movió de su sitio.

—Buenas noches, Peg, fea arpía —dijo el capitán—, buenas noches vieja amiga. Sírveme un vaso de ron, Assy; eres más sucia que una toalla de quince días, ¡corazón mío!

Dio unos cuantos pasos y pronto se encontró entre Snail y Bob. Sus irresoluciones volvieron de nuevo. ¿A cuál de los dos escogería?

—Buenas noches, capitán —dijo Snail.

—Mi buen señor O'Chrane —dijo, respetuosamente Bob— tengo el honor de saludaros.

—¡Vaya!, me inclino por ese maldito reptil de Snail, ¡pobre tesoro! —murmuró Paddy— ¡ese odioso bandido de Bob es un estimable muchacho, pero me da miedo!

—¿Tendremos el honor de beber con vos, capitán? —preguntó Snail.

—¡A vuestra salud!, señor O'Chrane —dijo, detrás, Bob Lantem, tomando un sorbo de su cerveza.

—¡Bien!, facineroso pestilente, bien, Bob, querido compañero, no tengo necesidad de decirte todo lo que te deseo. ¡Ahora, Snail, joven amigo, por el infierno!, hablemos en serio, si es posible.

Snail se echó a reír.

—¿Lo oyes, mi hermosa Madge? —exclamó—. ¿Loo, le oyes? ¡Hablar en serio un día de paga, una noche de juerga! ¡Vamos, por Dios, capitán!

—Snail, no te arrepentirás.

—¿No sabéis, capitán, que ha habido una refriega en el *spirit-shop*[19] de Bow Street?

—¿Y a mí qué me importa, benjamín de Satanás?

—¡Ah!, ¿qué os importa? Mirad la sien de Mich, mi cuñado. Mich y Turnbull han discutido y se han pegado como honrados seres vivientes, ¡para que lo sepáis! Mich y Tom se han dado cita aquí esta noche. ¡Habrá follón y no me muevo yo de aquí, aunque se tratase de la barba de mi hermosa Madge!

—¡Pero, aborto maldito! —exclamó el capitán indignado— hijo querido…

—¡Oíd, capitán! —interrumpió Snail, cambiando de idea, de pronto— Mich es un buen muchacho, aunque pega demasiado a menudo a la pobre Loo… ¿si voy con vos, daréis a Mich la plaza que tenía Saunie, el ladrador?

—Todo lo que quieras, hijo maldito.

—¿Oyes, Mich?, procura no dejarte machacar esta noche, cuñado. ¡Vamos, capitán!

Paddy se apresuró a coger la buena disposición de Snail y los dos salieron a la callejuela.

Bob se levantó lentamente y les siguió.

19. Mientras cantan

El capitán Paddy atrajo a Snail hacia una entrada obscura de las que abundan a todo lo largo de Before Lane. Antes de abrir la boca, tomó la precaución de iluminar minuciosamente sus alrededores. No vio a nadie.

—Querido hijo —dijo con voz grave y dogmática— aunque se puede afirmar que en ti la perversidad se ha adelantado a la edad, y aunque tienes un alma negra como el más negro agujero de esta calle maldita, no te has hecho cargo nunca, hasta ahora, de ninguna misión importante. ¡Maullar no es ningún oficio, qué diablo! —añadió Paddy, cuya elocuencia le llevaba hacia sus fórmulas acostumbradas—; no puedes, pequeño, maullar toda la vida. ¡Has de hacerte un porvenir, una posición, o que el diablo me lleve! Pues yo decía…, ¡que me aplaste un rayo!…, decía. ¿Quieres ganarte diez guineas?

Snail no contestó.

Desde hacía un segundo, estaba muy ocupado siguiendo los movimientos de un bulto obscuro, que no podía distinguirse bien y que iba rozando la pared de las casas, por el lado de «The Pipe and Pot». Aquel bulto avanzaba lentamente, pero con un movimiento seguido, hacia la entrada en donde tenía lugar la importante entrevista de Snail y el capitán Paddy.

—¡Bueno, caracol del infierno! —prosiguió éste último—, ¿qué me contestas?

—¡Es Bob! —murmuró Snail haciendo una señal—. ¡Será curioso ese diablo de Bob! Nos ha seguido. Está ahí…

—¿Dónde? —preguntó Paddy, estremeciéndose.

Snail señaló con el dedo el bulto obscuro que seguía avanzando.

—¿Es Bob, pues? —murmuró el capitán—. Hablemos bajo… y deja que se acerque el amigo: le debo algo. ¿Decíamos, pues, que tienes ganas, pequeño Snail, de ganarte diez guineas?

—Preferiría que fuesen quince, capitán.

—¡Bueno, quince guineas, joven sanguijuela! No voy a regatear. Tu trabajo es sencillo y fácil. Irás a casa de un trapero y comprarás un traje completo de *gentleman*. Vestirás tus secos huesos con él; entrarás en el teatro e irás a sentarte en el salón de descanso. ¿Has comprendido?

—Comprendido… Bob está a treinta pasos.

El capitán se arrinconó más en el ángulo donde se escondía.

—Deja que se acerque, hijo mío. En el salón de descanso, esperarás a que un *gentleman* vaya a tocarte la mano, así.

Le tocó los dedos de cierta manera.

—Pero —dijo Snail— ¿cómo va a reconocerme ese *gentleman*?

—¿No te lo he dicho? —exclamó Paddy—, me estoy haciendo viejo o que el diablo me lleve, semilla de patíbulo, ¡querido hijo! Te pondrás en el frac un cinta amarilla.

—Está bien… Bob está solamente a veinte pasos.

—Deja que se acerque más, hijo. Este *gentleman* te dirá lo que has de hacer y le obedecerás. Toma, aquí tienes cinco guineas para tu traje de caballero y cinco guineas, diabólico chico, para darte ánimos. Después tendrás el resto.

—Bien capitán… Bob está a diez pasos.

—¡Ah!, sólo está a diez pasos…, ¡querido muchacho! —murmuró el capitán.

Y, cambiando el tono, de pronto, añadió de manera a que se le oyera de un cabo a otro de Before Lane:

—Esa es la verdad, Snail, ¡vive Dios!, ¡pequeño facineroso! Son los más finos los más engañados. Ahí tienes, por ejemplo, a ese bribón abyecto de Bob, nuestro buen compañero. ¡Pues bien, Snail, hijo mío, peligrosa tiña, a Bob se le engaña, le engaña indignamente esa Templanza, por la cual el pobre diablo está loco!

Bob se detuvo en seco. Snail reía por lo bajo. El capitán agarró vigorosamente el puño de su bastón.

—Que Dios me condene —prosiguió— ¡si no es esto una lástima! ¡Bob es un montón de basura ambulante, pero, por el infierno!, es un honorable compadre, después de todo. Y cuando pienso que su mujer le abandona por ese bellaco de Tom Turnbull…

—¡Turnbull! —gruñó con rabia, Bob.

—¡Alguien ha hablado! —gritó Paddy que se lanzó fuera de su escondite—, ¡han hablado, sangre y muerte!, ¡condenación! ¿Quién ha hablado? ¡Aquí hay un hombre! ¡Escuchando!

El capitán enarboló su bastón con las dos manos y golpeó con todas sus fuerzas la espalda de Bob. Éste huyó, gritando. Snail se moría de risa.

—¡Esto le enseñará a robarme mis corbatas! —murmuró Paddy, triunfante.

Pero su venganza había ido más lejos de lo que él creía. Bob no sentía los golpes de bastón; era en su corazón donde se sentía herido. Antes de regresar a «The Pipe and Pot», se apoyó, vacilante, en la muralla y apretó convulsivamente su pecho.

—¡Templanza! —dijo—; ¡ah! ¡Templanza!..., ¡y Turnbull!

Cuando regresó a la «public house», fue a sentarse cerca de Mich.

El capitán Paddy, contento por el éxito de su comedia, dejó a Snail y regresó al teatro de Covent Garden. La representación seguía su curso. El segundo acto de «Freyschutz» estaba a punto de terminarse, sin ningún tropiezo. Hacia la mitad del acto, Brian de Lancester salió del palco de *lady* Campbell. El corazón de Susannah latió fuertemente. Esperó, contando cada uno de los pasos que podía hacer Brian en el pasillo circular. Sentía que llegaba.

—¡Aquí está! —dijo la voz misteriosa al oído de Susannah—, ¡sed feliz, pero prudente!

Se abrió la puerta. Brian de Lancester entró. Saludó respetuosamente a *lady* Ophelia e hizo presentarse a la princesa de Longueville. Mientras hablaba con la condesa, Susannah le contemplaba ávidamente, no de reojo y disimulando, como tienen por costumbre hacer las jóvenes, sino con la cabeza erguida y sin preocuparse de ocultar la poderosa atracción que la llevaba hacia él. Brian quizá se diera cuenta de ello, pero hizo como si no lo hubiera apercibido.

—¿No estabais ayer en el baile de Trevor House? —preguntó la condesa.

—No, *milady* —contestó Brian—; a pesar de toda la atracción de un gran baile dado fuera de la temporada, tuve que dedicarme a mis ocupaciones y vender durante toda la velada encendedores fosfóricos a la puerta de milord, mi hermano.

Esto fue dicho en un tono sencillo y muy seriamente. La condesa no pudo evitar sonreír.

—¡Pobre conde! —dijo—, ¡sois implacable con él, milord! Pero, no debéis haber vendido encendedores toda la noche, ¿creo yo?

—No, señora; hasta las once, solamente. A las once, ocurrió un pequeño incidente, que tendría sumo placer en contar a Vuestra Señoría.

Estaba tranquilamente sentado en el primer peldaño de la escalera del palacio, anunciando mis fósforos a toda voz, cuando el intendente de mi hermano, un miserable llamado Paterson, *milady*, desde lo alto de la escalinata me dio la orden de marchar. Yo, naturalmente, le pregunté si quería comprarme un encendedor de dos peniques. Por toda contestación, el bribón lanzó sobre mí a un criado que me gratificó con una docena de bastonazos.

—¿Es cierto, milord? —exclamó la condesa.

Susannah enrojeció.

—Tal como tengo el honor de afirmarlo a Vuestra Señoría —prosiguió el señor de Lancester—, ¡unos bastonazos!

—¿Y, qué hicistéis?

—No soy rico, *milady*, desgraciadamente. Saqué mi cartera y solamente pude dar al groom un miserable billete de cinco libras.

—¡Cinco libras por unos bastonazos!

—Hubiera dado gustoso cien guineas, si mis medios me lo hubiesen permitido. ¿Sabéis?, milord, mi hermano ha debido pasar una terrible noche. Estaban presentes unos cuantos buenos amigos míos, los cuales me han servido de testigos y he presentado una denuncia ante el juez. ¡Habrá pleito y escándalo, *milady*! ¡Un hermano apaleado por el lacayo de su hermano! Quiero que mi abogado haga llorar, con lágrimas amargas, a todo el auditorio. ¿Hay motivo, no es cierto? Pero quisiera saber, por favor, *milady*, si no habéis visto al conde de White Manor en el teatro.

Brian de Lancester se levantó, al pronunciar estas últimas palabras; su mirada refulgía; había en toda su persona una grave energía que contrastaba fuertemente con la apariencia frívola de sus palabras.

La puerta del palco se abrió. Entró un visitante. Brian, que había saludado a la condesa y hecho un paso hacia la puerta, cambió de idea, de pronto y fue a sentarse, sin cumplidos, cerca de Susannah. Ahora la condesa estaba conversando con el recién llegado.

Brian dejó pasar unos segundos antes de hablar. Cubría a Susannah con una mirada fija. La pobre muchacha estaba temblando bajo esta mirada que avasallaba su vigorosa naturaleza y la domaba.

—Sois muy hermosa, señora —dijo, finalmente, Brian con voz grave y triste—. Hubiera hecho mejor no viéndoos.

Se detuvo y tomó la mano de Susannah, la cual no intentó retirarla.

—Yo no temo al ridículo —prosiguió— si me han engañado para burlarse luego, poco me importa. ¿Me han dicho que me amáis, señora?

—Es cierto —respondió Susanah.

Brian de Lancester quedó como abrumado por esta respuesta inesperada. Sus ojos, involuntariamente, se bajaron. Cuando los volvió a levantar, dos lágrimas resbalaban, lentamente, por las mejillas pálidas de la hermosa muchacha.

Brian de Lancester se emocionó grandemente y la capa de frialdad con la que se envolvía de costumbre, desapareció como por parte de magia.

—¡Me amáis! —repitió con voz alterada—, ¡ay!, ¿señora, me conocéis, tan sólo? ¿Qué sabéis de mi vida alocada? Yo no os amo, señora, no quiero amaros…, ¡sería una crueldad!

Susannah le miró y una sonrisa iluminó sus ojos en los cuales sus lágrimas se iban secando.

Me amaréis —dijo ella—; ¡oh!, ¡sí, me amaréis!…, lo siento… lo sé…

Brian no contestó inmediatamente; se complació un instante en la contemplación de aquella admirable criatura que con sólo una palabra podría hacerla suya; bebió a largos tragos la pasión que salía de los ojos medio entornados de Susannah y quedó vencido.

—Sí, os amaré —dijo finalmente en voz baja y profunda—; os daré todo lo que soy capaz de dar, señora. Muchas personas cuerdas me creen loco e incluso yo mismo, a veces, no sé qué pensar… ¡Esperad!

Brian pronunció esta palabra con tono seco. Su vista, que hacía un momento se recreaba, apasionada, en el bello rostro de Susannah, lanzó hacia el fondo de la sala un relámpago lleno de amargura y de cólera. Acababa de apercibir, en uno de los palcos del fondo, la cara somnolienta de su hermano el conde de White Manor.

—Señora —prosiguió— ¡si dentro de diez minutos todavía me amáis, yo os prometo amaros toda mi vida!

Se levantó y salió precipitadamente, dejando aturdida a Susannah.

Brian de Lancester bajó las escaleras de cuatro en cuatro y sólo se detuvo en la calle.

—Johnny —gritó.

El «cab» que lo había traído estaba estacionado a poca distancia. Un hombre bajó de él.

—¡Mi caja y mi chaqueta, Johnny! —continuó Brian, el cual se desvistió de su elegante frac negro.

Johnny sacó del coche una chaqueta de tabernero y un delantal blanco como llevan la gente de servicio en los salones de descanso de los teatros.

Brian de Lancester se puso la chaqueta, se ciñó el delantal, tomó bajo el brazo una caja plana y cuadrada que le tendía Johnny, y volvió a subir, siempre corriendo, las escaleras de Covent Garden.

20. Un eccentric man

Brian de Lancester, hijo menor del difunto Hugh de Lancester, conde de White Manor, habíase encontrado muy pronto en una situación falsa, casi intolerable, como es, en Inglaterra, la situación de los hijos menores de la nobleza. Educado en el seno de una opulencia casi real, se encontró, de repente, a la muerte de su padre, reducido a una porción mezquina.

Su hermano, gracias a las leyes rigurosas de la herencia noble, heredaba, al mismo tiempo que la dignidad de Par, las nueve décimas partes del patrimonio.

Hasta entonces, Brian había llevado una vida sin ninguna preocupación, muy atolondrada. Continuó viviendo ociosamente, pero ya no despreocupado. Una cólera sorda le invadía.

Los dos hermanos nunca se habían querido y, desde la muerte del difunto conde, Brian, que se consideraba como injustamente expoliado, guardaba contra su hermano mayor, un rencor sordo. Juró que sostendría contra su hermano una lucha a muerte. Y cumplió su palabra. Las armas que eligió fueron muy extrañas, pero las manejó terriblemente y golpeó sin descanso, de manera que la herida se formó y una vez hecha, se mantuvo sangrienta sin poderla cicatrizar jamás.

Fue la guerra maravillosa del débil contra el fuerte, en la cual, uno de los combatientes, armado con un alfiler, pinchaba, pinchaba sin cesar, a un adversario invenciblemente reducido a la inercia. El conde sufrió de esplín y se convirtió en el hombre más desgraciado de los Tres Reinos. Brian, implacable, golpeó todavía más, buscó los defectos de aquella sensibilidad que él mismo había entumecido, tanteó, empujó e hizo como si quiera introducir hasta el corazón, el aguijón que pinchaba, ya en vano, la epidermis.

Cuanto más punzantes y raros eran los dardos que Brian lanzaba en esta especie de duelo, más y mejor aplaudía el mundo elegante. Este desafío prolongado les parecía a todos los expertos una «eccentricity» de

primer orden. Se festejaba a Brian, se lo disputaban; a buen seguro hubiera sido el «león», de no haber existido el marqués de Río-Santo.

El telón bajó por segunda vez cuando Brian de Lancester entró en la sala, disfrazado de mozo de taberna. Había abierto su caja y la llevaba suspendida a su cuello con una cinta. Primeramente dio la vuelta por toda la platea.

—Caballeros —decía— comprad, por favor, mis pastillas y ofreced bombones a vuestras damas. Es una moda de Francia. En París, no pueden pasar toda una representación sin chupar algún bombón.

Cuando Brian llegó delante del palco infernal, estallaron vibrantes bravos y ruidosos aplausos. Todos quisieron comprar pastillas y la caja del «eccentric» se hubiera vaciado en un momento, si él no la hubiese cerrado, diciendo:

—¡Basta ya, caballeros, basta ya!; tiene que haber para los de allá arriba.

Al pronunciar estas últimas palabras, levantó los ojos en dirección al palco en donde el conde de White Manor seguía, inmóvil, desde el comienzo de la representación.

Brian subió a las galerías y paseó, de palco en palco, su caja y sus pastillas. En todas partes le acogían con grandes carcajadas. Las damas encontraban la salida muy graciosa. Cuando terminaba de pasar, se veían a los espectadores de los palcos asomarse y seguirle con una curiosa y animadora mirada. De manera que cuando llegó ante el palco del conde de White Manor, cuatro o cinco binóculos se encontraban enfocados sobre los dos hermanos.

La gente esperaba la escena con alegre impaciencia. En verdad, este entreacto, perjudicaba mucho a la obra y la obra maestra de Weber quedaba mal frente a esta heroica salida de tono.

Brian de Lancester acababa de detenerse frente al palco del conde de White Manor. Permaneció unos instantes inmóvil creyendo que su sola presencia atraería la atención de su hermano; pero se equivocaba por completo. El lord, sumergido en una especie de triste somnolencia, estaba medio de espaldas al teatro y miraba fijamente, absorto, la pared de su palco que le venía enfrente. Brian, cansado de esperar en vano, levantó su caja y golpeó suavemente la barandilla del palco. El conde de White Manor volvió los ojos con impaciencia. Cuando su mirada recayó sobre Brian, tembló de la cabeza a los pies. Toda la sala entera guardaba silencio.

—Milord, hermano mío —dijo Brian con voz clara y grave, que retumbó hasta el más alejado rincón del palco más separado—, ¡comprad una caja de pastillas al hijo de vuestro padre, para que él pueda comprarse pan!

El lord de White Manor parecía como si lo hubiese alcanzado un rayo.

—¡Y bien!, ¿milord, hermano mío? —dijo el implacable Brian.

El conde abrió la boca. El silencio se restableció como por encanto. Pero se oyó la voz chillona del vizconde de Lantures-Luces que decía:

—¡Os aseguro, bajo juramento, queridos, que daría de buena gana tres napoleones por tener mis impertinentes!

El conde lanzó a su hermano una mirada de odio y, haciendo un último esfuerzo, corrió la cortina de su palco. Había desaparecido de la vista.

En aquel mismo momento, en las galerías superiores y en la platea empezó un ruido infernal. Una nueva multitud se precipitó turbulentamente sobre los espectadores que estaban ya instalados. Se oyeron tacos, hubo peleas; se tomaron por asalto todos los asientos desocupados e incluso una parte de los que estaban ocupados. Eran las nueve y media; era la hora de la «entrada a mitad de precio»: privilegio muy caro al populacho de Londres, y del cual abusa de una manera groseramente descarada.

Gracias a este tumulto, Brian pudo escaparse, Johnny le cogió la caja de bombones y le entregó su traje elegante.

21. El palco negro

Snail hizo las cosas a conciencia. Gastó sus cinco guineas en casa de un trapero de Long Acre y salió trajeado como un *gentleman* de pies a cabeza. No le faltaba nada: ni los escarpines de charol, ni las medias de seda, ni los guantes blancos. Antes de entrar en el teatro, volvió a Before Lane y escondió sus ropas, de las cuales había hecho un paquete, en la entrada misma en la cual tuvo lugar su entrevista con el buen capitán Paddy O'Chrane.

Fue hacia el final del segundo acto del «Freyschutz» que Snail entró en el salón de descanso y se puso a pasear arriba y abajo, dilatando tanto como podía su escuchimizado pecho, marcando el talle y chupando un mondadientes de pluma que había comprado para completar su atavío de *gentleman*. Llevaba en su pecho una cinta de satén de color amarillo, la cual no se parecía a ninguna condecoración conocida. Desesperado, se acercó al mostrador y pidió un vaso de cerveza. Un hombre le puso un dedo en el pecho, justo encima del flamante lazo de satén amarillo.

—Seguidme —le dijo en voz baja.

—¡Cómo!, ¡seguidme! —replicó Snail, enderezando su baja estatura— ¿me parece que sois un bromista, no?

El recién llegado lo miró un instante y sonrió.

—¡Vaya decidido picaruelo! —murmuró.

De repente, tomando su mano, hizo con el índice una cruz en su palma, añadiendo:

—*«Gentleman of the night»!*

—¡Vaya, por fin! —dijo Snail, con importancia— ¡ahora habláis como es debido! Pero debéis saber, milord, que, estando encargado, como lo estoy, de una misión de gran confianza, no puedo escuchar al primer llegado que me diga: ¡«Seguidme»!

Los dos salieron del salón de descanso en el momento en que la multitud salía por todas las puertas de la sala, después de haber caído el telón. Con grandes dificultades llegaron a abrirse paso en los pasillos, de

repente, llenos, y se detuvieron a dos pasos del palco en donde se encontraban la condesa Ophelia y la princesa de Longueville. El hombre dio tres dobles golpes a la puerta del palco vecino. Se abrió la puerta, y Snail, atropelladamente empujado por los hombros, se encontró, de pronto, en una completa obscuridad.

Un profundo silencio reinó durante un minuto. Snail oía solamente el ruido de varias respiraciones contenidas. Tuvo un estremecimiento de miedo.

—Siento que tiemblas, hijo «de la familia» —dijo una voz sorda y contrahecha—. ¡Si eres un cobarde, vete!

—Dios me condene, milord —respondió Snail— ¡soy un hombre! Pero, me gusta ver claro. ¿Qué hay que hacer, en definitiva?

—Callarse.

En el mismo instante, Snail sintió que le cogían por el brazo. Le llevaron a la parte delantera del palco. Una mano tocó la pantalla, en medio de la cual apareció, inmediatamente, un punto luminoso.

—Pon el ojo ante este agujero —le dijeron.

Snail obedeció. Su vista, acostumbrada, ya, a la oscuridad del palco, se deslumbró por las luces que despedía la gran lámpara y las que subían de la batería del escenario. El hombre que había hablado pareció comprender esto y esperó irnos segundos antes de volver a tomar la palabra.

—Mira frente a ti; en el primer palco, el proscenio —dijo luego—. ¿Qué ves?

—¡Veo a una *lady*, pardiez!, con un traje de satén y oropeles que brillan como un ascua.

—¿Ves la mano de la dama?

—Veo una.

—¿Cuál?

—La mano izquierda, que está apoyada en la barandilla del palco. ¡Ah!, ¡por san Jorge!, ¡qué hermosas sortijas! ¡Qué contenta estaría mi Madge si tuviera dos o tres así!

—En el dedo anular de esta mano, seguramente debes ver una sortija que brilla más que las otras…

—Ya lo creo, milord, ya lo creo. ¡Parece un pedacito de sol!

—¡Quita de ahí!

Taparon el agujero. Snail volvió a quedar sumido en una noche profunda.

—La mano izquierda y el dedo anular —se le repitió, apretándole fuertemente el brazo—. ¿Lo recordarás?

—Sí, milord.

—Ahora, acércate.

Le empujaron hacia el lado derecho del palco. Se levantó imperceptiblemente la pantalla y un vivo rayo iluminó el palco; pero dos manos cogieron la cabeza de Snail, el cual no pudo volverse para ver quienes eran sus compañeros.

—¡Mira! —le dijeron otra vez, pero ahora muy bajito— ¿qué es lo que ves?

—Veo los hombros de una mujer. ¡Que Satanás me lleve, milord, si no son unos hermosos hombros!

—¡Cállate! ¿No puedes ver su cara?

—No, milord.

—Espera.

Siguieron sujetándole la cabeza, inmóvil, hasta que Snail, por fin, dijo:

—Ya la veo, milord. Veo su cara. Ah, pero…, ¡yo he visto esto en alguna parte!

—¡Silencio!

La pantalla, de nuevo, volvió a cerrarse. La obscuridad fue completa. Soltaron la cabeza de Snail, el cual se sacudió como un perrito.

—¿En dónde diablos he visto yo a esta hermosa *lady*? —se preguntaba. Luego, de repente, le vino un recuerdo y dijo—: ¡Qué bobo soy! Es que se parece a Susannah, la chica de «Las Armas de la Corona».

—Vas a salir —dijo en aquel instante, la voz—. Vuélvete hacia la puerta y no mires detrás de ti.

La puerta se abrió; empujaron a Snail fuera, del mismo modo que lo habían empujado hacia dentro. Se encontró en el pasillo, al lado del mismo hombre que se le había acercado en el salón de descanso. El desconocido le tomó por la mano y le habló durante diez minutos, aproximadamente, repitiéndole varias veces las mismas frases. Después, Snail y su compañero dieron la vuelta a la sala por el pasadizo de servicio y se dirigieron hacia el lado ocupado por *lady* Jane.

Un hombre que salió sin ruido del palco misterioso, les siguió a una distancia de unos veinte pasos. Era Tyrrel, el Ciego. Dejaba en el palco a cuatro *gentlemen*, los cuales, con un ojo aplicado a cuatro agujeros practicados en la pantalla, iguales al que había servido de mirilla a Snail, miraban, ávidamente, el palco de S.A.R., el duque de York.

Era, aproximadamente, en el mismo momento en que Brian de Lancester acaparaba la atención de todo el teatro. Unos minutos después, tal como ya lo hemos dicho, la entrada a mitad de precio tuvo lugar. Snail y su compañero se encontraban, entonces, a la derecha del escenario, detrás del palco en el cual estaba, sola, *lady* Jane.

—¡Cuidado! —dijo muy bajo, el guía de Snail.

Después, casi inmediatamente, en el mismo momento en que el tumulto alcanzaba su apogeo, añadió:

—¡Al trabajo!

Y desapareció. Tyrrel el Ciego, tomó su lugar. Snail llamó, decidido, a la puerta del palco del duque de York. En la mano sostenía un papel.

—*Milady* —dijo, saludando respetuosamente— milord el duque me envía a Vuestra Señoría y me encarga que le remita este mensaje.

Tendió la carta. *Lady* Jane avanzó una mano para cogerla. Pero en el instante en que sus dedos tocaban el papel, Snail los cogió violentamente y con una sangre fría inaudita, hizo un esfuerzo para arrancarle el anillo que llevaba en el dedo anular. Había visto bien; había escuchado bien; no se equivocó. *Lady* Jane, aterrada por este extraño ataque, al principio no encontró ni voz para dar un grito. Cuando su garganta, dio finalmente paso a un quejido, Snail, vencedor, salía del palco y se escabullía con la sortija.

Lady Jane, desesperada, se lanzó en su persecución, pero, en el mismo umbral del palco, topó con Tyrrel el Ciego, o mejor dicho, con el infortunado *sir* Edmund Makensie.

—¡Dejadme pasar, señor! —exclamó—. ¡Al ladrón!

El pobre ciego, en verdad hizo lo mejor que pudo para darle paso, pero la fatalidad se puso por medio. Ocurrió entre *lady* Lane y él como entre esos transeúntes demasiado corteses que, encontrándose en una acera, se ponen los dos, al mismo tiempo, a un lado, luego, juntos, al otro y así sucesivamente, de manera que se cierran el paso durante media hora. Cada vez que *lady* B… se precipitaba a la derecha, *sir* Edmund la imitaba; cada vez que se echaba a la izquierda encontraba a ese hombre, digno de lástima, en verdad, a su paso.

—No es mía —gritaba, jadeante, como una loca—; su Alteza real me la ha prestado…, ¡me la ha confiado! ¡Es un diamante de la corona, Dios mío!, ¡un diamante que vale veinte mil libras! ¡Socorro!

Finalmente, encontró suficiente vigor dentro de su desesperación para coger los dos brazos de *sir* Edmund Makensie y lo empujó hacia

dentro del palco. Luego echó a correr, completamente atribulada, por los pasillos.

Mientras tanto, Snail, aprovechándose de su ventaja, había dado tranquilamente la vuelta a la sala y nadie pensaba, todavía, en perseguirle. Entró en el palco de la condesa Ophelia, el cual estaba abierto… La condesa, inclinada fuera de la barandilla, intentaba ver lo que ocurría frente a ella, que era de donde venían los gritos de *lady* Jane B… Susannah, por el contrario, miraba, pensativa, el sitio que acababa de dejar Brian en el fondo de la sala, debajo del palco del conde de White Manor. Snail tocó con el dedo la piel satinada de su hombro y pronunció por lo bajo:

—*Gentlewoman*[20] *of the night*.

La hermosa joven se sobresaltó y se volvió.

—¡Perdón, señora! —dijo Snail, sonriendo— poned esto entre vuestros senos. Es un depósito confiado por Sus Señorías.

Susannah tomó lo que le tendía Snail y éste desapareció por la pequeña puerta del fondo que da al escenario.

Pronto hubo gran trastorno en toda la sala. Se trataba de un diamante de la corona, decían, imprudentemente confiado a *lady* Jane, una joya que valía medio millón. Toda la policía que había dentro y fuera del teatro se puso en movimiento, pero fue en vano. Luego, una inspiración repentina se le ocurrió al comisario. Se tocó Ja frente y exclamó:

—¡Ya lo tengo!

La pobre *lady* Jane tuvo un rayo de esperanza. El comisario, alargando el paso, se dirigió, seguido de un batallón de policemen, hacia el palco misterioso, donde Snail recibió las instrucciones. Puso en fila a los agentes, la mitad a la derecha, la mitad a la izquierda.

—¡Son gente decidida! —dijo— ¡aguantad! ¿Estáis preparados?

—Sí, señor —contestaron los agentes que apretaron la fila, de manera a no dejar pasar entre ellos[1] ni un ratón.

—¡Atención! —dijo el comisario.

Al mismo tiempo abrió el palco. Los agentes sostenían en alto su porra de plomo dispuestos a dejarla caer sobre el primero que se presentase. Unos rayos de luz inundaron el palco: estaba vacío.

22. La sortija

—Es el día de los robos —exclamó el pequeño francés Lantures-Luces, haciendo irrupción en el palco de *lady* Campbell—. Me permitís, *milady*…, ¿*miss*, queréis permitirme?… ¡No podría encontrarse en todo Londres, y hablo muy en serio, un abanico más bonito!

—¿Han cogido al ladrón, vizconde? —preguntó *lady* Campbell.

—¿El ladrón, señora? ¿Por favor, habláis de mi ladrón o del de *lady* Jane, de mis impertinentes o de su anillo? Aunque esto no es la peor noticia del día, hablo en serio, y conozco una que les concierne… ¡Ah!, ¡aquí está el querido marqués!… ¿Qué tal, querido, cómo estáis?

—Caballero, me intranquilizáis —dijo *lady* Campbell— ¿de qué noticia estáis hablando?

—Ya la sabéis, quizá, ya que este querido marqués… ¿No? Pues bien, tendré el honor de comunicárosla. Se trata del pobre Frank… Frank Perceval, señora.

Cuando el vizconde de Lantures-Luces pronunció, en el palco de *lady* Campbell el nombre de Frank Perceval, el pequeño francés debió asombrarse del efecto que produjo: Río-Santo se estremeció como un león en reposo se estremecería al sentir el aguijón de una avispa atravesando su dura piel; *lady* Campbell perdió su sonrisa y frunció el ceño; *miss* Trevor levantó vivamente su cabeza y volvió hacia el vizconde unos ojos interrogadores. Lantures-Luces no estaba muy acostumbrado a tales éxitos. Se detuvo para hacerse desear.

—Y bien, caballero —dijo *miss* Mary—. ¿Qué pasó?

Río-Santo abandonó el lugar que ocupaba detrás de la joven y se deslizó al lado de Lantures-Luces, el cual prosiguió:

—El pobre Frank se ha batido en duelo.

—¡En duelo! —repitió Mary, jadeante.

—Ha sido herido…

—Ligeramente, señor, ¿no es verdad? —interrumpió *lady* Campbell, con una señal de cabeza que pedía imperiosamente una contestación afirmativa.

—Os pido perdón —respondió Lantures-Luces— gravemente, señora… muy gravemente.

—¡Frank!, ¡herido! —murmuró débilmente Mary, que puso su mano en su pálida frente y cerró los ojos.

—En cuanto al nombre de su adversario… —prosiguió Lantures-Luces.

De repente se detuvo: el marqués acababa de apretarle fuertemente el brazo.

—Bien, querido, ya comprendo —dijo—; ignoro el nombre de quien ha herido al pobre Frank.

Lady Campbell y Río-Santo intercambiaron una mirada; de una parte, era una pregunta; de la otra, una confesión. *Miss* Trevor deslizó su mano a lo largo del cuerpo y abrió los ojos.

—No se ha dicho que Frank Perceval está herido —murmuró—, gravemente herido… ¡Dios mío!

Lady Campbell quiso tomarle la mano, pero Mary vaciló en su sillón y cayó de lado, sin conocimiento. Lantures-Luces se retiró para ir a contar el incidente a los dandies del palco infernal.

—Pobre niña —dijo *lady* Campbell, poniendo su frasco de sales bajo la nariz descolorida de su sobrina—. ¡Ah!, milord, ¿qué habéis hecho?

—¡Me había insultado, señora y es mi rival!

—¡Rival desgraciado, caballero!, ya que este desvanecimiento demuestra únicamente que Mary se acuerda del compañero de su juventud. ¡Por favor, pedid mi coche, milord!

Río-Santo besó la mano de *lady* Campbell y se dirigió con paso rápido hacia la entrada del teatro.

—¡Es necesario que mañana todo haya acabado! —murmuró—. A toda costa yo seré el marido de *miss* Trevor.

Susannah y la condesa de Derby volvían a encontrarse solas en el palco de esta última. Las visitas se habían terminado. La condesa, buena y previsora, habló de Brian, y Susannah oyó, feliz, cada una de sus palabras. Cuando Ophelia calló, Susannah le dio las gracias ingenuamente, descubriendo de esta manera su secreto y divulgando con una palabra su

amor, como si no supiera que, en la alta sociedad, el amor es una cosa que hay que ocultar. La condesa le tomó la mano, sonriendo.

—Quisiera ser vuestra amiga —dijo Susannah.

—Y yo la vuestra, señora —respondió Ophelia—. Cuando seáis feliz como esta noche, venid a mí; el ver vuestra felicidad, me consolará; cuando sufráis, venid también, venid sobre todo: se sufre menos cuando se sufre en compañía.

Susannah la miró extrañada.

—Vos, tan brillante, tan hermosa —murmuró—. ¿Por qué habláis de sufrimiento?

—Que Dios os guarde, señora —dijo Ophelia, intentando sonreír— a vos, que sois más brillante y más bella, de saber que, contra ciertos sufrimientos, la nobleza y la belleza resultan completamente impotentes para protegernos.

Susannah apretó suavemente la mano de la condesa entre las suyas.

—Yo solamente he amado a vos y a él —pensó en voz alta—; las que tienen una hermana son dichosas.

Se separaron bajo el peristilo del teatro, después del espectáculo.

—¡El coche de la princesa de Longueville! —gritó un lacayo con brillante librea.

Susannah casi había olvidado su noble nombre. La condesa le dijo adiós para subir, también, en su carruaje. Susannah no metió en el suyo. Apenas hubo entrado, que una mano de hombre cerró la portezuela.

—Princesa —dijo la voz de Tyrrel el Ciego, que estaba sentado a su lado— estamos muy lejos de ayer noche y del Támesis, ¿no es verdad? Entregadme el objeto que os han confiado.

Susannah sacó de entre sus senos, sin contestar, la sortija y la tendió al ciego, quien la tomó.

—Está bien —dijo— mañana tendréis trabajo, señora. Tendréis que cuidar a un enfermo y poner un beso en la frente de un hombre que no es el Honorable Brian. Pero también es un Honorable y un Perceval vale tanto como un Lancester…

23. La noche de dos jóvenes

Hacia esta misma hora, el conde de White Manor entraba en su palacio. Bajó de su carroza sin decir ni una palabra, subió lentamente la escalera de su casa y se encerró en su biblioteca. Estaba más pálido que un muerto, y sus ojos tenían aquella mirada vaga de los hombres a los que amenaza la demencia.

Después de haber pasado diez minutos en un estado de inmovilidad completa, lord de White Manor se levantó. Su cara, momentos antes tan pálida, era, ahora, de un rojo apoplético. Tiró del cordón de la campanilla de forma tan violenta, que lo rompió, quedándosele en la mano.

—¡Paterson! ¡Gilbert Paterson!, ¡bribón de Gilbert Paterson! —dijo al criado que acudió—, ¡que venga aquí al instante!

«Brian ha hecho de las suyas», pensó el criado, precipitándose hacia el apartamento del intendente.

Precisamente éste se sentía tranquilo y con la conciencia completamente ligera. Por la tarde se había dedicado a procurar el bienestar de su amo. No había perdido el tiempo; se había presentado en casa de *mistress* Mac-Nab bajo cualquier pretexto, y había visto a Anna Mac-Farlane. Había quedado deslumbrado por su belleza. Esto era asunto de milord.

Paterson bajó apresuradamente y se presentó delante de milord, con la sonrisa en los labios.

—Milord —empezó diciendo— tengo la satisfacción…

El desgraciado no terminó. Un puñetazo, un puñetazo de lord le alcanzó en pleno estómago y lo mandó al otro lado de la habitación.

Gilbert Paterson se levantó asombrado.

—¡Vete! —dijo el conde—; ¡tú eres el causante de todo lo que ocurre, miserable! ¿Quién te dio permiso, bellaco, para hacer apalear al hermano del conde? ¡Ahora se venga! ¡Se venga en mí!

El conde dejóse caer en el sillón.

—Pero, milord… —quiso hablar, en tono servil, Paterson.

—¡Cállate, por el cielo, criado traidor! —exclamó lord de White Manor —. ¡Vete en el acto! Mañana, te llevarás lo que es tuyo y lo que me has robado. ¡Pero ya no dormirás bajo mi techo!

El conde apoyó la cabeza en sus manos.

Gilbert Paterson no se atrevió a resistir esta orden tan perentoria. Apenas tuvo tiempo de ponerse un abrigo y salió precipitadamente del hotel. Hacía un frío húmedo y el tiempo era brumoso. Paterson iba al azar por las calles, absorto por el reciente recuerdo de su contratiempo y sin poder atender a otra cosa.

—¡Despedido! —murmuraba— despedido en el momento en que estaba trabajando para él. ¿Pero, se cree que un hombre de negocios puede salir de esta manera de una casa, con unos millares de libras en su cartera? Necesitaba cinco años todavía para llegar a hacerme una fortuna. ¡Son cinco años que me robáis, milord!, ¡cinco años que valen, por lo menos, diez mil libras! ¡En conciencia, no puedo haceros el regalo de esta cantidad!

Siguió andando a lo largo de Holborn, luego enfiló Cheapside. Finalmente entró en Cornhill. La carrera que acababa de efectuar era larga. Sin pensarlo y obedeciendo, instintivamente, a una imperiosa necesidad de descansar, se sentó en un poyo que protegía la esquina formada por la casa cuadrada en Finch Lane y Cornhill. Allí, prosiguió sus reflexiones.

Al otro lado de Cornhill, frente a la tienda del joyero Falkstone, en el segundo piso de la pequeña casa, nueva y blanca, se veía brillar una luz a través de unos diáfanos visillos de muselina. Esta casa era la de *mistress* Mac-Nab, y la luz brillaba en la habitación común de las dos hijas de Angus Mac-Farlane.

Era cerca de medianoche. Clary dormía. Respiraba de una manera desigual, y a veces se escapaba de su boca entreabierta, un quejido. Anna estaba sentada en la cama. Había hecho su aseo nocturno, hacía ya algún rato. Y, sin embargo, todavía no había soplado su vela para encender su lamparilla de noche. Estaba velando. Su oído se agudizaba ávidamente al menor ruido de la calle.

Es que, desde por la mañana, Stephen Mac-Nab no había comparecido por casa de su madre. Miraba de cuando en cuando a su hermana Clary. Clary seguía durmiendo. Mientras dormía, pronunciaba palabras indistintas y cuando la pálida luz de la vela caía sobre su rostro, se veían gotitas de sudor, que se iban secando, en su ardiente frente.

—¡Pobre hermana! —pensaba Anna—. ¡Cuántas noches que está sufriendo de este modo!… No regresará nunca más. ¡Dios mío, haced que vuelva!

Un golpe seco y vivamente redoblado, retumbó en la puerta de la calle. La puerta de la escalera, ya estaba abierta de antemano. Anna, temblando de frío y avergonzada por su diligencia, se inclinó en la baranda para oír y para ver. *Mistress* Mac-Nab salió a la escalera. También ella velaba. Recibió a Stephen en el momento en que una criada abría la puerta de la calle, y le colmó de caricias y de preguntas.

Stephen entró en la habitación de su madre. Todo lo que pudo oír Anna fue el nombre de Frank Perceval, pronunciado con dolorosa emoción por Stephen y algunas exclamaciones de sorpresa de *mistress* Mac-Nab.

La entrevista duró poco. Pronto Stephen reapareció en la escalera, pero, en lugar de subir hacia su habitación, según su costumbre, se dirigió hacia la puerta de la calle.

«¿Dónde va?», se preguntó Anna.

La puerta de la calle volvió a cerrarse. Anna entró en su dormitorio, del cual cerró la puerta con cuidado. Gary seguía durmiendo. En el momento en que Anna ponía el pie en su cama, su hermana agitóse violentamente en su sueño.

—¡Stephen! ¡Oh! ¡Stephen! —murmuró Gary—. ¡Salvadme!

Anna se cubrió el rostro con las manos y abundantes lágrimas rodaron a través de sus dedos.

—¡Ella también! —murmuró.

Luego, Anna despertó a su hermana con un beso. Gary, espantada, sentóse en la cama y echó los brazos en tomo al cuello de Anna, la cual esforzábase en sonreír.

—Eres tú —dijo—. ¡Oh!, ¡gracias! Estaba soñando… Un sueño terrible…

Se interrumpió y añadió, sonriendo:

—Terrible y dulce a la vez. Estaba aquí. Me llevaba…

—¿Quién? —preguntó Anna, cuyas cejas se juntaron—. ¿Stephen?

Gary sacudió la cabeza.

—No —respondió—. Stephen me protegía contra él.

—¿Contra quién? —preguntó Anna.

Gary la miró y la expresión de su bello rostro cambió súbitamente. Atrajo a su hermana sobre su pecho y cubrió sus mejillas de besos.

—He adivinado tu secreto —prosiguió—; ¡le amas. Tanto mejor!, la última carta de nuestro padre anunciaba su llegada para muy pronto. Pronto le veremos, pues; a lo mejor mañana. Ya le hablaré, Anna; serás feliz.

—¿Así, pues, tú no le amas? —preguntó Anna, quien lloraba y sonreía al mismo tiempo.

—¿Yo? No amo a nadie, Anna —replicó vivamente Clary.

Las dos hermanas se abrazaron y Anna se acostó.

Mientras, Gilbert Paterson había tenido tiempo de reflexionar, pero no encontró ninguna solución y permanecía en su poyo, helado, de mal humor y no sabiendo qué hacer.

Fue el ruido de la puerta que cerró Stephen, que le sacó, finalmente y de manera brusca, de su triste preocupación.

Se levantó y sacudió sus miembros entumecidos por el relente nocturno.

«¿Qué diablos hago yo aquí? —se dijo—. No puedo, de todos modos pasar la noche en la calle… ¡A ver!».

Orientóse y reconoció Cornhill. Luego sus ojos, que levantó por casualidad, vieron el número de la casa, primero, y después la luz que brillaba en el segundo piso de la casa de *mistress* Mac-Nab. La vista de esta casa disipó, de pronto, las tinieblas de su cerebro. Se golpeó la frente y sonrió alegremente.

—¡Pardiez! —dijo—. ¡Aquí está lo mío! Lo intentaré mañana. ¿En cuanto a los medios que deberé emplear, conozco varios, pero, por qué exponerme yo mismo? Tengo bastante dinero para que se expongan otros en mi lugar.

Enfiló inmediatamente por Cheapside y detuvo un coche de punto delante de Saint-Paul.

—¿A dónde vamos, milord? —preguntó el cochero.

Gilbert Paterson quedó por unos momentos indeciso.

—Before Lane —dijo, finalmente. Luego añadió para sí: «¡Ya será mucho si, entre los clientes de Peggy, no encuentro lo que busco!».

24. El tap

Jamás, jamás se había visto a Bob Lantem ocuparse de una manera tan activa por una cosa que no le concernía en absoluto. Los bastonazos del buen capitán Paddy O'Chrane parecían haberle comunicado un vigor extraordinario y, cuando Snail, de regreso de su expedición, llegó a «The Pipe and Pot», Bob estaba trabajando con los pies y con las manos limpiando el *tap*, lleno de escombros, para dar satisfacción, según decía, a su amigo, el honrado Mich, el cual seguía con los codos encima de la mesa y la cabeza entre sus manos. El cardenal de Mich había ido en aumento y podía verse, sanguinolento, bajo los mechones húmedos de sus espesos cabellos rojos.

Bob interrumpía de vez en cuando su trabajo, para ir a sentarse cerca de Mich.

—Bebe algo, muchacho —le decía—, pero no bebas demasiado. Te las tienes que ver con un vigoroso pícaro. Afortunadamente, Mich, honrado Mich, Tom Turnbull es un bruto que pega a ciegas, y si te has dejado tocar en la sién, amigo, es que habías bebido demasiado.

—Tom no vendrá —respondió Mich, expresando, involuntariamente su deseo—, ¡es un cobarde!

—Es un cobarde, Mich, un verdadero cobarde, pero vendrá. ¡Oh!, iré a buscarle si no viene, ¡diablos!, ¡lo haré por interés hacia ti, Mich, querido amigo!

Snail iba ya vestido con su traje acostumbrado y llevaba debajo del brazo el traje alquilado, en un paquete. Fue a sentarse a su sitio, frente a Mich y al lado de Madge. Madge no se había movido. Su pipa, caliente y húmeda, seguía entre sus labios. Ni el tabaco, ni la ginebra, ni el ron, no habían producido ningún efecto en ella. Por el contrario, la pobre pequeña Loo, deshecha por la embriaguez y el cansancio, se había desplomado en mitad de su baile extravagante. Podía vérsela tendida en el suelo, en el mismo rincón donde bailaba hacía poco. Estaba durmiendo.

—¡Eh! —exclamó Snail—, ¡todo el mundo duerme, aquí! Hermosa Madge, no me dices ni tan sólo buenas noches; Mich, mi cuñado, parece un buey al que llevan al matadero; y Loo… ¿Dónde diablos está Loo, dime, mi hermosa Madge?

Madge señaló con la mano, silenciosamente, hacia el rincón donde estaba tendida la pobre muchacha.

—Eres un buen pillo, Mich —dijo Snail— por dejar en ese estado a tu mujer. ¿Qué necesita, Loo?, ¡un poco de ginebra, pardiez!, y se espabilará como tú y como yo.

Dio la vuelta a la mesa y se acercó a su hermana.

Madge pasó el vaso lleno de ginebra a Snail, quien lo aproximó a los labios de Loo. Esta lo bebió de un trago. Abrió los ojos, se levantó y se echó a reír.

—¡Tabaco! —exclamó—. ¡He echado un buen sueñecito, pardiez! ¿Quién quiere bailar conmigo?

—¡Cuidado, Mich, muchacho! —dijo Bob, que fue a sentarse cerca de él—, oigo ruido en la calle. Son ellos.

Mich se enderezó y pareció escuchar atentamente.

—¡Ahí están! ¡Ahí están! —gritó Snail—. ¡Mich, por Dios! ¡Levántate!, ¡levántate como un buen muchacho! Me parece que tienes miedo.

—No, Snail, no; no tiene miedo. Mich es un valiente. ¿No es verdad, Mich?

Era Bob quien hablaba.

—Mi buena *mistress* Witch —dijo en voz baja—, ¿habéis puesto a calentar lo que os he dicho?

—He puesto una medida de ron, señor Bob; dos medidas de ginebra; un cuarto de pinta de aguardiente de Francia, media onza de canela, un puñado de clavo; tres pellizcos de pimienta y un vaso de jerez.

—¡Eso es, buena mujer! ¿Está caliente?

—Hirviendo, señor Bob. Voy a servírselo.

Peg Witch desapareció un instante y regresó casi en seguida con un bol humeante, cuyo fuerte vapor la hacía toser por el camino.

—¡Vamos, Mich!, un vaso de grog, ¡hijo mío! —gritó alegremente Bob —; esto te dará ánimos, muchacho. ¡No te hacen falta, ya lo sé, pardiez!, pero nunca se tienen de más.

Bob sirvió una ronda de la mezcla. Mich se bebió su vaso de un trago; Madge lo imitó; Snail hizo una mueca y tiró el grog que declaró detestable.

—Lo que ocurre —dijo Madge, aprovechando el momento en que había sacado la pipa de su boca para beber—, lo que ocurre es que no es lo bastante fuerte.

—¡Otro vaso, Mich! —dijo Bob.

Mich se bebió un segundo vaso.

Cuando lo terminaba, un violento puntapié abrió la puerta en forma brutal.

Snail se lanzó hacia los recién llegados. Eran Tom Turnbull, Charlie el gordo, Mitchell y dos o tres marineros nocturnos del buen capitán Paddy O'Chrane. Todos estaban borrachos; Turnbull lo estaba un poco más que los otros. Bob dio un fuerte apretón de manos a Tom Turnbull.

—Vamos, vamos, viejo Tom —dijo— Mich es un buen muchacho y va a ser compañero nuestro. ¿No se podría arreglar esto?

Tom, a pesar de su borrachera, miró a Bob con aire sospechoso.

—Puesto que tú estás en el ajo —dijo en tono sombrío—, habrá una cabeza rota esta noche… a lo mejor dos… ¿quieres?

—Quiero tranquilizaros a los dos, compañero —dijo Bob, en tono meloso.

—Quieres ponernos el diablo en el cuerpo, está bien. Tengo a los míos; ¡vete, tú!

Bob se fue hacia Mich. Éste ya no era el mismo hombre. Su torso robusto se mantenía erguido y había una llamarada salvaje en su mirada. El grog infernal de Bob surtía su efecto.

—Muchacho —dijo este último— ¡ese diablo de Tom no quiere entrar en razones!

—¿Qué Tom? —preguntó Mich, cuyo espeso cerebro se encontraba nublado, al mismo tiempo que su sangre se calentaba.

Bob tocó el cardenal que tenía encima de la oreja.

—¡El que te ha hecho esto, pardiez! —dijo—. ¡El bribón de Tom Turnbull!

Al oír este nombre, Mich se estremeció convulsivamente y dio un terrible puñetazo encima de la mesa, tan violento que hizo saltar los vasos y las jarras.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —gritó—. ¡Voy a matarle!

«¡Ojalá!», pensó Bob.

Un instante después, el «tap» presentaba el aspecto de un campo de batalla. Todos los clientes de «The Pipe and Pot» estaban alrededor del círculo formado gracias a los cuidados de Bob Lantem. Detrás de los

hombres se veían, subidas a los bancos que ya se habían preparado, a Peg Witch, Assy la Pelirroja y Loo, la Tísica, la cual seguía cantando con voz ronca y monótona.

Mich y Turnbull se habían puesto frente a frente; Turnbull, asistido por Charlie, y Mich por Bob Lantem, su nuevo amigo. Snail y Mitchell eran los encargados, uno de la vulneraria (es decir, salvia en infusión con aguardiente) y el otro de un bote de pomada contra los golpes. Estos dos bálsamos formaban parte de la farmacopea de Peg Witch, cuyo tugurio era frecuentemente el teatro de espectáculos como el presente. Los dos campeones empezaron a estudiarse con la vista, mientras Bob y Charlie discutían las condiciones de la lucha.

En aquel momento, llamaron débilmente a la puerta de la calle, que Peg acababa de cerrar.

—No abras, Peg —gritó Mitchell—. ¡O te estrangulo! ¡Es la policía!

La tabernera acudió a la puerta y puso su oído en las tablas mal ajustadas de la puerta.

—Abrid, Peggy, querida —dijo una voz desde el exterior—. ¡Soy un viejo amigo que vengo a veros y os aseguro que no os arrepentiréis de su visita!

—¡Que Dios me perdone! —murmuró Peg— es la voz de Gilbert Paterson, al cual no he visto desde hace diez años y que es, según dicen, el hombre de confianza del rico conde de White Manor. ¡Señor!, ¡es el último hombre a quien he amado!

Desatrancó la puerta y el intendente del conde entró. Estaba arropado con una amplio abrigo. Su sombrero caía encima de sus ojos.

—Buenas noches, Peg —dijo cambiando de pronto el tono de voz—; buenas noches.

—¡Santo Dios! ¡Gilbert, cómo habéis engordado, y envejecido, y con el pelo canoso! ¡Mi hombre!

—¡Bien, Peg! ¿Hay lucha en tu casa? Esperaré a que la batalla haya terminado.

Paterson que tenía aspecto preocupado y muy abatido, se sentó, solo, en un reservado. Peg volvió a subir a su banco.

Volvieron a llamar a la puerta por segunda vez.

—¡Peg!, ¡condenada! —dijo una voz brusca desde la calle—; abre o prendo fuego a tu guarida.

Sin duda, Peg reconoció la voz, pues se apresuró a desatrancar la puerta. Un hombre de estatura superior a la corriente y de musculatura

hercúlea entró; iba, como Paterson, cubierto con un amplio abrigo, cuyo capuchón le servía de sombrero.

—¿Está Bob aquí? —preguntó.

—Están peleándose —respondió Peg.

—¡Está bien!

El recién llegado se dirigió hacia el *tap*.

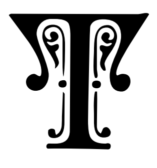
—¡Hasta la muerte! —aullaba Mich en aquel momento—; ¡quiero matar o que me maten!, ¡mil diablos!

—¡Dos mil diablos!, muchacho, dices bien —contestó el hombre del capuchón, el cual, separando a la multitud a derecha y a izquierda, se adelantó entre los dos combatientes—; ¡la muerte! Los dos valéis la pena; y por anticipado, compro por dos guineas el cuerpo del vencido. ¿Os interesa el negocio?

Dicho esto, echó hacia atrás su capuchón.

—¡Bishop! ¡Bishop, el *burker*! —murmuró toda la concurrencia con un estremecimiento de temor.

25. Barro y sangre

homas Bishop, el *burker*[21] era un hombre joven todavía. Parecía tener fuerza suficiente para batir a Turnbull y a Mich juntos.

Su cara, corta y oronda, parecía la de un bulldog. Dio una mirada a toda la concurrencia e hizo una señal con la cabeza a Bob Lantem.

La llegada de este terrible personaje hizo nacer cierto malestar en los preparativos del combate. El «baile» perdía algo de su alegría. Turnbull y Mich parecían tener ganas de aplazar el *match*. Pero esto no era la idea de Bob. Puso su boca en el oído de Mich.

—Conozco un truco, muchacho —murmuró— un truco para matar al mismo diablo; en el cuarto ataque, ¡por mi honor!, te lo enseñaré.

—¡Bien! —dijo Bishop el «burker», echando dos guineas al suelo entre los campeones—. ¡Empezad, bellacos! ¡Rápido!, pues, tengo necesidad de Bob.

—Señor Bob —dijo Peg Witch, que logró abrirse paso— hay en el salón de conversación un caballero que quiere hablaros. Se trata de una bonita suma.

—¡Un *gentleman*! ¡Y a esta hora! —exclamó Bob—. ¡Una bonita suma! Peggy, buena mujer, decidle que espere, pronto habremos terminado. ¡Vamos Mich, en guardia, hijo mío!, ¡devuélvele en el ojo lo que te ha hecho en la sién!

Tom se puso en guardia. Bishop el «burke», sentado en primera fila de la «galería» delante de los demás espectadores, tenía en su mano un vaso de ron y con la otra sostenía su reloj. El arte de boxear es menos conocido en Londres de lo que se cree en el continente. Sin embargo, debe decirse que el *ring* ha descendido, hasta cierto punto, en las costumbres populares. Además, el «londonner» de pura cepa, es pura justicia que hay que hacerle, posee, infusa, la ciencia del puñetazo. En sus luchas, la gente del pueblo y los vagabundos imitan, lo mejor que pueden, las reglas oficiales implantadas por los gladiadores de profesión.

—Voy a controlar —dijo Bishop—; un minuto por golpe, es suficiente. ¡Adelante!

—¡Adelante! —repitieron Bob y Charlie.

Los dos campeones se tantearon durante un segundo. Mich pegó el primero.

Una vez el hielo roto, los golpes fueron sucediéndose como granizo.

—¡Bien Tom! Pega, Mich, cuñado —gritaba Snail en el colmo del entusiasmo—. ¡Ginebra, bruja Peg, para esos valientes muchachos! ¡Ven, Loo, ven a dar de beber a tu hombre!

En verdad, había motivo para entusiasmarse y alegrarse. Mich acababa de romper la nariz a Tom Turnbull con un monstruoso puñetazo. Turnbull, por su parte, y para no ser menos, le había martilleado el ojo derecho de forma terrible. ¡Empezaban a calentarse; se habían acercado más y los golpes llovían que daba gusto!

—*Draw!* —pronunció Bishop el *burke*.

Los dos combatientes fueron separados por segunda vez. Snail saltaba de alegría. Era menester la terrible presencia del «burder» para contener un poco los estallidos de su entusiasmo.

—¡Loo! ¡Peg! —gritó—. ¡Un poco de ron para el gran Tom y para mi cuñado Mich, que pronto veremos abatido!

Loo se acercó al oír la voz de Snail. Se acercó, vacilante, y miró a Mich con ojos estúpidos.

—¿Le matará del todo? —preguntó.

—¡Sí, Loo, sí, vive Dios! ¡Ya verás, hermana!

—Entonces —dijo Loo—, me voy a beber su ron.

—¡Adelante! —dijo el «burker».

Tom y Mich, furiosos por el dolor, se atacaron nuevamente, rechinando los dientes. Este asalto fue de corta duración. Cuando separaron a los dos contendientes, ofrecían un aspecto horroroso. Mich, cogiendo con las dos manos la cabeza de Tom, arrancó con sus uñas la piel del cráneo, que caía, ahora, sobre sus ojos como una venda sangrienta. Tom plantó un puñetazo formidable en el ojo izquierdo de Mich y la tumefacción, activada por la violencia desesperada del golpe, se hizo instantáneamente.

Les aplicaron vulneraria y les embadurnaron con pomada.

—¡No veo! —mugió Turnbull, añadiendo un terrible taco.

—¡Estoy ciego! —aulló Mich, cuya rabia alcanzaba el delirio.

Los dos decían verdad.

—¡Adelante! —dijo Bishop.

Tom y Mich se quedaron inmóviles.

—Arrancadme lo que tengo en el ojo —dijo Mich, cuyo rostro sin ojos expresaba, sin embargo, un horrible y brutal furor—. ¡Arrancádmelo, para que pueda matar a Tom, en nombre del diablo!

—¡Levantad eso que me cuelga de la frente! ¡Maldito infierno! —gritó Turnbull a su vez—; ¡quiero aplastarlo, molerlo, por Satanás!, ¡desollarlo, comérmelo!

—¡Está bien!, ¡está bien! —dijo paternalmente Bob Lantem—. ¡Aquí tenemos a dos honrados amigos! ¿Señor Bishop, tenéis vuestro estuche?, dad un golpe de lanceta a esa ampolla que tapa el ojo del pobre Mich, no será nada… ¿Dónde está Loo? Una aguja, *mistress* Peg, e hilo. Loo, guapa, cose esa frente del pobre Turnbull.

—¡Eso! ¡Eso! —vociferó el incorregible Snail—; un buen zurcido en el cuero de Tom Turnbull. ¡Oh!, ¡con toda seguridad, jamás se ha visto nada igual!

Loo cogió la aguja y el hilo de manos de Peg, la cual temblaba al dárselos, tanto esta escena era de naturaleza para aterrorizar las almas más insensibles. Loo se puso delante de Turnbull, levantó el trozo sangriento con mano firme, e hizo, según la expresión de Snail, un verdadero «zurcido». Ni un solo músculo de la muchacha se inmutó durante la operación. Tom aullaba y renegaba como un condenado, pero ella no le hacía caso. Cuando terminó, cortó el hilo y pidió bebida.

Durante esta escena, Bishop, que era medio cirujano, abrió el ojo de Mich. Los dos campeones se arrastraron el uno hacia el otro. Sólo la rabia les mantenía en pie. ¡Era horroroso!

Turnbull se presentó, como de costumbre, con los puños hacia adelante. Mich no se puso en guardia y recibió sin pestañear un diluvio de golpes, luego, sin apresurarse, cogió a Turnbull por los cabellos, lo echó hacia adelante y le golpeó la cabeza contra su rodilla levantada. Turnbull, aturdido, vaciló así que Mich le soltó; pero todo no había terminado todavía, y la lección de Bob era aún más completa que todo esto.

Mientras Tom recobraba nuevamente el equilibrio con penas y trabajos, Mich se lanzó con todas sus fuerzas y metió su cabeza en mitad del pecho del desgraciado Tom, que crujió sordamente.

Una oleada de sangre inundó en el mismo instante, el suelo. Turnbull cayó como una masa inerte. Mich, completamente agotado, cayó en el suelo, a su lado.

Media hora después, un silencio profundo reinaba en Before Lane. Las planchas podridas y mal ajustadas que servían de puerta de «The Pipe and Pot», solamente dejaban pasar una luz triste y dudosa. En el interior todos los diferentes ruidos habían acabado.

Bishop estaba solo en la habitación de entrada. Bob se había deslizado a la sala de conversación.

—Vuestro Honor —dijo a Paterson, al cual no le veía el rostro—. ¿Tenéis algo que mandarme?

—He pedido a Peg Witch que me proporcionase un pícaro sin miedo y sin escrúpulos —empezó Paterson—, ¡eh!, ¡pero, eres tú, Bob… en verdad, Peg ha escogido bien!

—¡Vamos, Bob!, aquí digo, ¡bellaco! —gritó Bishop.

—Que me perdone Vuestro Honor —dijo Bob Lanter—; parece que me conocéis. Vuelvo en seguida. Al otro lado hay un individuo que es muy caprichoso. No se le puede impacientar, Vuestro Honor.

—Bob, pícaro —gritó Bishop—, ¡aquí!

Bob se apresuró a ir.

—Esperaré —dijo el intendente del conde de White Manor.

—Aquí estoy, mi buen señor Bishop —dijo Bob—; allí hay un gentilhombre que me espera, pero, como de costumbre, quiero daros la preferencia.

—Naturalmente —dijo Bishop—. ¡Este «gentilhombre» que frecuenta el tugurio de esa bruja de Peg, debe ser un individuo muy virtuoso! Vete a cerrar la puerta, Bob, no quiero que pueda oír lo que voy a decirte.

Bob obedeció.

—Lo que voy a decirte —prosiguió el «burker», con una especie de embarazo—; ¡al diablo si lo dijera a otro! No he hecho nunca una cosa igual. Pero tú no tienes ni corazón, ni alma, Bob, y para ti, la cuestión es que paguen bien…

—¿Pagarán bien, señor Bishop? —interrumpió Bob, cuyos ojos se animaron—. ¿Cuánto pagarán?

—Se trata de secuestrar a una joven, viva, para las experiencias del doctor… No tienes necesidad de saber el nombre del doctor.

—¿Cuánto pagarán? —repitió Bob.

—Una joven de dieciocho años, veinte a lo más, diecisiete, al menos: de buena constitución, alta, sin defecto, como se dice. ¡Una hermosa joven, vaya! ¡Dios me condene!

—Ya lo haré —dijo Bob—; ¿cuánto pagarán?

—¡Yo no podría entregar una pobre muchacha, viva, a ese vampiro del doctor Moore!

—¡Ah! ¿Es el doctor Moore? —dijo Bob—; ¿cuánto pagará?

—Cien libras.

—¡Hecho!, señor Bishop; ¡tóquela!

El «burker» retrocedió un paso con asco.

—Pues no la toquéis, si no queréis —dijo Bob—. Mañana por la noche, la muchacha estará en vuestra casa, señor Bishop.

—¡Que Dios te confunda! —dijo el «burker», saliendo.

—¡Cien libras! —gruñó Bob, cuando se quedó solo—. ¡No se ganan muy a menudo de golpe! ¡Le entregaré la pequeña limosnera de Temple Church, pardiez! ¡Es una ganga para mí, esta muchacha! Pero ¿cómo atraerla? ¡Bah!, sé que es la hija de mi antiguo amo, el laird Angus Mac-Farlane: ¡Se pueden hacer muchas cosas sabiendo esto! ¡Ahora, al otro!

Bob abrió la puerta del salón.

—¿Estamos solos? —preguntó el intendente.

—¡Sí, Vuestro Honor!, el *gentleman* con el cual estaba hablando hace un momento en el mostrador, se ha ido a sus asuntos.

El intendente se quitó el abrigo.

—¡Señor Paterson! —dijo Bob—; ¿qué hay de nuevo?

—Demasiadas cosas —contestó Paterson, suspirando—. ¿Sabes la pequeña *miss* de Cornhill?

—¿Anna Mac-Farlane?, ya sé, Vuestro Honor. Hablaba de ella hace un instante con el *gentleman*.

—¡Es una hurí! —exclamó el intendente—. La he visto. ¡Qué ojos! ¡Qué cutis! ¡Qué boca!

—¡Ah! ¡Vuestro Honor! ¡La verdad es que no se encuentran como ésta, en cada esquina! ¿Su Señoría ha picado el anzuelo?

—Su Señoría ni me ha escuchado. Su Señoría me ha tratado de bribón. ¡Su Señoría me ha despedido!

—Entonces —dijo Bob dejando de sonreír—, ¿ya no sois el intendente de milord?

Paterson comprendió.

—Tengo unos ahorros —replicó— no temas. Hace quince años que me ocupo de los negocios de White Manor.

—Está bien —murmuró Bob, el cual se inclinó humildemente—. ¿Y qué queréis de mí Vuestro Honor?

—Estoy seguro de que la pequeña encantaría a milord así que la viera. La necesito.

—Es muy difícil —dijo Bob rascándose la oreja.

—¡La necesito, te digo! No salgo de la casa de milord hasta mañana por la tarde…

—¿Qué os pensáis? ¡Veinticuatro horas!

—No regatearé. ¡Si me la traes mañana por la tarde, recibirás doscientas libras!

—¡Doscientas libras! —repitió Bob con un temblor voluptuoso.

—Si no aceptas, dilo; me dirigiré a otro.

—Cincuenta libras de arras, Vuestro Honor, y, palabra de Bob, la pequeña estará en vuestra casa antes de las diez de la noche.

Paterson sacó su cartera y sacó cinco billetes de diez libras que puso en la mano de Bob, luego, salió.

Un instante después, Bob bajaba por Before Lane en dirección de Bow Street. Andaba, confiado, por aquel obscuro mal pasaje, por donde un hombre honrado no hubiera dado un paso sin temblar. Mientras andaba, iba pensando profundamente.

—¡Diablo! ¡Diablo! —se decía— es un verdadero compromiso: ¡Cien libras de Bishop, doscientas libras del intendente; eso está bien! Pero la pequeña no puede servir de «experimento» al doctor Moore y de juguete al conde, al mismo tiempo.

Y, no obstante, lo he prometido a Bishop; y también lo he prometido a esa sanguijuela del intendente Paterson. ¡Diablo! ¡Diablo!

De repente se detuvo y se frotó alegremente las manos, una contra otra.

—¡Qué tonto soy! —exclamó—. ¡Si son dos! La pequeña limosnera para milord; su hermana al doctor Moore. Los dos estarán contentos y yo habré cumplido mi compromiso como un honrado y fiel muchacho. ¡Esta familia es una bendición!

26. Una extraña aventura

Lady Jane B… no durmió aquella noche. Al día siguiente, al despertarse, recibió dos cartas al mismo tiempo. He aquí el contenido de la primera:

«Señora,

»Os envío veinte mil libras en billetes del Banco de Inglaterra. Sé que esta misma mañana, tendréis ocasión de cambiarlos por el diamante; os ruego, pues, que pongáis todos los medios a vuestro alcance, para que así sea.

»S. M., mi real hermano, no sabría perdonar ciertas debilidades. Prefiero perder oro que no su estimación.

»Esto, querida lady, representa para vos una desgracia, pero no una falta. Creedme siempre y más que nunca, vuestro sumiso servidor.

FREDERICK».

Esta carta era de S.A.R. Frederick de Brunswick, duque de York y de Albany, conde de Ulster, obispo de Osnaburg.

Lady Jane B…, bella mujer de treinta años o pocos más, dobló esta primera carta exhalando un gran suspiro y abrió la segunda, que contenía estas palabras:

«Milady,

»Según el carácter honorable de S.A.R., su posición particular y la gestión que hemos intentado cerca de él, estamos persuadidos en creer que recibiréis, esta misma mañana, veinte mil libras en billetes del Banco de Inglaterra.

»Poned esta suma, si os place, en un coche que está estacionado en este mismo momento, delante de la verja de vuestra casa, y ordenad que os conduzca, sola, delante de Saint-Paul.

»Si os retrasáis de una hora, el diamante tomará el camino de Brighton, y nos será muy difícil, milady, volverlo de nuevo desde Francia, por muy apasionado que sea nuestro deseo de ser agradables a Vuestra Señoría».

No había firma.

Lady Jane B… se puso a pasear por la habitación, a grandes pasos.

—¡Qué hacer! —murmuró, excitada—. ¿Cómo fiarse de gente de esta calaña? ¿Quién sabe si las veinte mil libras del príncipe no correrán la misma suerte que el anillo? Pero la carta de S.A.R. es positiva: espera de mí esta gestión: así es que debe tener alguna razón para tener confianza… y, si tardo, ¡todo puede perderse!

Llamó y se hizo vestir rápidamente.

—¿No han traído nada con esta carta? —preguntó.

—Sí, *milady*. He puesto sobre el tocador de *milady* un pequeño cofre de jacaranda.

—¡Dadme!

Betty trajo el cofrecito. *Lady* Jane lo abrió y lo encontró lleno de billetes de banco; volvió a cerrarlo con llave.

—Llevad esto al coche —dijo.

—¿Al coche, *milady*?

Lady Jane golpeó el suelo con el pie, colérica:

—El que está parado delante de la verja. ¡Aprisa!

Cuando Betty hubo salido, *lady* Jane B… echó encima de sus hombros un chal de cachemira y se lanzó detrás de la criada. Subió al coche y cerró la puerta ante las narices de Betty. El cochero dio un latigazo a los caballos y cogió el trote sin preguntar dónde había de ir.

El coche se detuvo en Church Yard, a la izquierda de la basílica de Saint-Paul. No lejos de allí había un elegante carruaje, con las portezuelas cerradas, en las cuales estaba grabado el escudo con las armas de Longueville. Una mujeruela, envuelta en una capa de satén acolchado y bordeada de piel, bajó, hizo tres reverencias dirigidas a *lady* Jane y dijo con acento italiano, completamente extravagante:

—Sono la servanta humilisima de Vostra Altezza y si la Vostra Altezza me lo permette, arribará mi audaccia a tomar plazza cerca de su persona ilustrísima…

Lady Jane B…, dio una mirada extraña a aquella caricatura viviente, que subió con presteza al estribo del fiacre y se sentó, no sin antes hacer mil reverencias.

—*Io sono* —dijo— *la contessa Cantacuzena*, viuda de un primo hermano de *Sua Santitá Nostro Padre* de Roma. *La Vostra eccellentissima eminenzia* puede *avere* en mí *tutta* confianza y creer que el *mio cuore* siente una ternura verdaderamente maternal hacia ella.

—¿A dónde me llevan? —preguntó *lady* Jane.

—*Signora*… —respondió la mujerzuela.

Sacó de su manguito una mano blanca, friolera y desecada y tocó un cordón que hizo caer delante del cristal de la portezuela una cortina de lana roja, impenetrable a la vista. Por instinto, *lady* Jane B… volvió la vista hacia la otra portezuela. Pero los dedos ágiles de la mujer lo habían previsto, y una segunda cortina de lana, tan opaca como la primera, interceptó la visión por aquel otro lado.

Lady Jane B… se desplomó, aterrada, al fondo del fiacre. Luego, sintiéndose valiente debido al exceso de miedo, se incorporó y quiso levantar una de las cortinas. Los dedos de la mujerzuela, fríos y duros como el marfil, se incrustaron en la carne rolliza de su brazo.

—Pero ¡en nombre del cielo! —exclamó *lady* Jane—, ¿a dónde van a llevarme?

—¡*Signora sí! ¡Credo que Vostra Altezza ha parlato!* Hubiera debido decirle en seguida que Dios me ha quitado el uso de mis orejas.

—¡Sorda! —murmuró *lady* Jane, que perdió ya toda esperanza de sobornarla o de obtener contestación.

—¡*Signora sí!* —prosiguió la mujer—, *si la vostra eccellenza* desea bajar, no la retengo. Pero *Vostra Altezza* se marchará con las manos vacías.

La mujer no dijo nada más. *Lady* B… oía con una especie de desesperación todos los ruidos exteriores, aquella vida común de la cual no había apreciado todas las ventajas y que ahora hubiera pagado a cualquier precio. El recorrido duró mucho tiempo. Poco a poco el ruido fue disminuyendo, hasta que cesó completamente. Las ruedas ya no corrían por encima del empedrado, se deslizaban por sobre un barro viscoso y tenaz.

Casi inmediatamente, el coche se detuvo y se abrió la portezuela.

—*Vostra Altezza* puede mirar tanto como quiera, ahora —dijo la mujer con sonrisa amable—, que se digne esperarme un minuto.

El cochero presentó su brazo; la condesa Cantacuzena bajó y se fue dando saltitos hacia la próxima casa. Era una casa muy rara. No había puerta. Nada anunciaba que pudiera penetrarse en ella de otra manera

sino escalándola, y aún así sería una escalada muy problemática, pues todas las ventanas, cerradas con sólidos postigos, presentaban una fortaleza de madera inexpugnable.

Lady Jane, presurosa de aprovechar el permiso que le habían dado, se había asomado por la ventanilla y había echado un ávido vistazo a su alrededor. No reconoció nada.

La condesa de Cantacuzena se entregaba a unas maniobras muy raras. Intentaba, levantándose de puntillas, alcanzar un pequeño agujero que había en el postigo de una de las ventanas de la planta baja y sus esfuerzos resultaban vanos. Finalmente, llamó al cochero, el cual, cogiéndola en brazo, la subió hasta el agujero deseado. Acercó su boca al agujero y emitió un grito.

—*Who's there?*. (¿Quién vive?) —gruñó una fuerte voz detrás del postigo.

—*Gentlewoman of the night!* —respondió la mujer.

—*Well!* —le contestaron desde el interior—. *Take care!*. (¡Tened cuidado!).

El cochero y la mujer se apartaron. Esta precaución no era superflua. Los dos postigos se abrieron, efectivamente, de manera brusca y el alféizar de la ventana, que era de madera pintada imitando piedra, bajóse en aquel instante como el estribo de un coche, y presentó un ancho y cómodo paso.

27. El «Purgatorio»

Lady Jane bajó y como dudaba en entrar en aquellas tinieblas tan densas, que reinaban más allá de la puerta improvisada, la mujer hizo una reverencia muy ceremoniosa y dijo:

—Que Vuestra Altezza pase la primera y me permita hacerle los honores: sono de la casa.

Lady Jane, sobreponiéndose a sus terrores, pasó la puerta. La anciana mujer la siguió de cerca; inmediatamente un gran estrépito de tablas caídas las unas sobre las otras de manera violenta, se hizo oír detrás de ellas. *Lady* Jane se volvió. La puerta había desaparecido; la pared había vuelto a aparecer. Por todas partes, a la derecha, tanto como a la izquierda, delante y detrás, reinaba una opaca y absoluta oscuridad.

—¡A la izquierda! Andad hacia la izquierda, *milady* —dijo la gruesa voz que había contestado detrás de las ventanas al santo y seña de la condesa de Cantacuzena—; ¡si dais un paso a la derecha, no respondo de vuestro pescuezo, diablo!

—¿Qué? ¿Vuestra Altezza se ha convertido en estatua? —preguntó desde lejos la mujer.

—¿Dónde estáis, señora? ¿Dónde estáis? —exclamó, desesperada *lady* Jane.

Aturdida, hizo unos cuantos pasos al azar; un brazo robusto la cogió de repente, en la sombra.

—¡Se iba allí!, ¡a fe mía!, ¡iba derecho al agujero! —dijo la gruesa voz con una risa brutal—. ¡Cuándo os digo que vayáis hacia la izquierda, debéis hacerlo, si no queréis dar un pequeño salto de cuarenta pies! ¡Vamos, a la izquierda, voto a Dios!

Lady Jane marchó en aquella dirección, mecánicamente y a unos diez o doce pasos más adelante, oyó abrirse una puerta. En el mismo momento, se dejó ver una luz rojiza y un eco disonante, compuesto por mil ruidos confusos, llegó hasta sus oídos.

La puerta que daba paso a todo esto, luz y ruido, abríase por encima de una pequeña escalera de tres peldaños. La mujer se encontraba de pie en el más alto de los peldaños.

—Que Vuestra Eccellenza no se extrañe de nada —le dijo—; vamos a atravesar un lugar que no es de los más agradables de ver, pero será solamente cuestión de un instante; además, me comprometo a hacer respetar a Vuestra Ilustre Altezza.

Lady Jane subió los tres peldaños y pasó la puerta. Apenas se encontró en el estrecho pasillo que seguía, que los ruidos se hicieron más fuertes.

El lugar donde acababa de entrar *lady* Jane B… era una gran sala cuadrada, sin muebles de ninguna clase. Alrededor de la misma, pegando a las murallas, había una especie de pajaza sucia, desmenuzada, triturada, puede decirse, por un uso demasiado prolongado, y cuyos restos se mezclaban, aquí y allá, con la gran cantidad de polvo que cubría todo el suelo. Encima de esta pajaza se encontraba, tendida, una muchedumbre miserable, entre la cual estaban representados todos los sexos y todas las edades.

Todos, hombres, mujeres y niños, se revolcaban en una gran confusión, gritando, blasfemando, gimiendo, cantando, lamentándose o lanzando, entre el tumulto general, unos roncos aullidos de la más lúgubre alegría.

En un rincón, una docena de hornillos estaban encendidos y de ellos emanaba el desagradable vapor de la hulla, que, después de haber saturado la sala en todos sentidos, se escapaba por una abertura cuadrada que había en el techo. El olor de la hulla se mezclaba al olor grasiento de un gran número de pedazos de buey que se estaban asando. Luego se mezclaban hasta lo infinito, innumerables olores: cerveza, ginebra, ron.

Cuando entró *lady* Jane, fue un terrible desbarajuste que se armó en toda la sala. Una docena de mujeres, casi desnudas, se lanzaron hacia ella, gritando, y la rodearon formando un corro verdaderamente satánico. Los hombres gritaban obscenidades. Los niños se agarraban, con sus manos sucias, a la seda brillante de su traje o estiraban, implacablemente, su rico cachemir.

—¡Amigos míos!, ¡amigos míos! —decía la mujerzuela—, ¡se os castigará por vuestro descaro!

Un inmenso coro de carcajadas contestó a estas palabras vanas. Pero en el momento en que el tumulto alcanzó su más alto grado, y en el cual la

mujerzuela fue incapaz de proteger a su compañera, surgió una voz que parecía salir de una de las murallas de la sala.

—¡Silencio!, ¡montón de basura!, ¡silencio, queridos muchachos! —dijo aquella voz que retumbaba en la sala como el sonido de un órgano—, ¡por el diablo!, ¡si no os calláis, os juro que esta noche la ginebra irá muy escasa!

Esta amenaza surgió un efecto mágico. Los hombres se callaron y las mujeres volvieron a sus pajazas. Todavía la voz retumbaba a lo largo de las paredes de la sala que ya el silencio se había restablecido por completo.

Lady Jane instintivamente dirigió sus ojos hacia el lugar de la muralla donde la voz parecía salir y pudo ver la trompa vacía de un ancho conducto acústico. La mujerzuela se enderezó con aire de gran triunfo.

—¡Yo sapeva que les haría callar! —dijo.

La mujer introdujo su cabeza tocada con encajes y puntillas por la boca de metal del conducto acústico:

—¡Oigan! —gritó.

—¡Decid! —le respondieron.

—¡Bien! —respondió la mujer—, soy yo, la condesa de Cantacuzena que quisiera hablar con alguien de ahí.

—¿Con quién?

—Con cualquier *gentleman*, pues viene conmigo una *lady* y Sus Señorías no deben dejarse ver.

Transcurrió un minuto, aproximadamente, que le pareció un siglo a la pobre *lady* Jane. Al cabo de este tiempo, una pequeña puerta, situada inmediatamente debajo del conducto acústico, dio la vuelta y un criado con librea apareció en el umbral. La condesa de Cantacuzena tomó a *lady* Jane por el brazo y la hizo entrar a un pasillo que tres puertas, situadas a pocos pies una de otra, y sólidamente forradas de hierro, separaban de la infernal cloaca que acababa de dejar. La tercera puerta, abierta, dejaba pasar la luz del exterior.

Lady Jane pasóse la mano por la frente y, estremeciéndose, de repente, de la cabeza a los pies, recordando todo lo que acababa de sentir, murmuró: «¡Oh!, ¡es horrible!, ¡horrible!»[22]. Al final del pasillo había una ancha escalera. La mujerzuela subió con presteza los peldaños, seguida por *lady* Jane, y las dos se hallaron, seguidamente, en una antesala, donde se encontraban dos criados con librea.

—Anunciad a Su Eccellenza, la *signora* Jane B… —dijo la mujer— y su humilissima servanta, la contessa de Cantacuzena, baronessa di Famagosta in Cipria, *signora* del Arcipelaga ed altri luoghi… Presto, ¡anunciad!

El criado entreabrió la puerta y empezó, lo mejor que supo, a anunciar toda la retahila de nombres.

—¡Cállate, Trim, ignorante, cállate!, ¡honrado muchacho que eres, diablo! —interrumpió una voz que tenía evidente relación con el terrible órgano que el conducto acústico había vomitado en el «Purgatorio»—, ¿no puedes hacer pasar a esa picara de Maudlin sin tantos cumplidos, en nombre de Satanás?

—¡Este hombre es de una brutalidad inaguantable! —murmuró la mujerzuela—, ¡que la vostra Altezza se tome la molestia de entrar!

Lady Jane viose introducida en un salón bastante grande, amueblado con cierto lujo. En medio del salón, había una mesa redonda, recubierta con un chal de las Indias, a modo de tapete, y encima de la cual había unos registros y papeles. Alrededor de la mesa, colocados con todo orden, había lujosos y confortables sillones. Solamente había un personaje en esta habitación. Este personaje, vestido con un frac azul, con botones negros, pantalón de gamuza, medias de filoseda y calzado con amplios zapatos sin limpiar, medía seis pies de alto por cinco pulgadas de anchura. Era, ni más ni menos, nuestro digno y bonachón amigo, el capitán Paddy O'Chrane, irlandés y amante feliz de la bella tabernera de «Las Armas de la Corona».

—Buenos días, Maudlin —dijo, dirigiéndose a la pequeña mujer—, buenos días, picara saltimbanqui, querida amiga. ¡*Milady*, os presento mis respetos, vive Dios!… Es decir… ¡Perdonadme, señora, o que el diablo me lleve!

El buen capitán ofreció un sillón, inclinando, justo por la mitad, su tiesa y larga espalda.

—Sentaos, mi querida *lady* —prosiguió—, Dios me condene, sentaos. He tratado, ¡o que Satanás me lleve!, más duquesas y condesas que las que podrían caber en este salón, y, por lo tanto, sé perfectamente cómo se han de tratar. Sentaos también, Maudlin, redomada zorra, si os place… ¡Bien! Ahora, ¡vive Dios, que el trueno me aplaste!, hablemos de negocios. ¿Qué queréis las dos?

28. Al acecho

Lady Jane se sentó. La condesa Cantacuzena tomó la palabra.

—Señor O'Chrane —dijo con la boca medio cerrada—, es una cosa muy sencilla y preparada ya de antemano entre Sus Señorías y yo. Vuestro papel, señor O'Chrane, ha de limitarse, solamente, a contar billetes de banco.

—¡Vamos a ver, *milady*, por el infierno! —lanzó el buen capitán Paddy O'Chrane, a *lady* Jane—, hablemos los dos como un par de buenos amigos. ¿Venís a buscar un pañuelo… o una baratija… o bien una sortija?

—¡Una baratija de medio millón! —murmuró la mujerzuela.

—¡No hablo con vos, Maudlin, maldita charlatana! ¡Venís a buscar, *milady*, rayos y truenos, una sortija que os han prestado, pardiez, para ir al teatro de Covent Garden! El pequeño bribón que hizo el golpe, es un chico miserable, digno de toda nuestra estimación, a fe mía. Respecto a la sortija, la tengo en mi bolsillo, o que el diablo haga bailar mi alma como una peonza de seis peniques, por toda la eternidad.

Lady Jane B… tendió el cofrecito de jacaranda al capitán.

—Aquí está el rescate, señor —dijo con voz tímida.

—¡Lo veis, Maudlin —exclamó el capitán—, aquí está una verdadera *lady* que me saluda al hablar, condenada saltimbanqui! Gracias, *milady*, gracias, ¡qué diablo!, querida señora. ¿Cuánto hay en este cofre, por favor?

—Veinte mil libras, caballero.

—¡Mirad, Maudlin, esta *lady* me llama caballero, por el infierno, tan a menudo como es necesario! Siempre hay ventajas, ¡o que Satanás me condene!, en conversar con personas de alta alcurnia.

El capitán abrió el cofre, puso encima de su delgada y curvada nariz un par de anteojos que sacó de un viejo estuche de cuero y empezó a contar minuciosamente los billetes.

—Cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta —gruñó el capitán—, cincuenta y cinco, sesenta… *Milady*, aquí hay un billete que no me parece

ser de buena ley.

En aquel momento, un tumulto atroz subió del «Purgatorio».

—¡En nombre del cielo, caballero! —dijo *lady* Jane, espantada por los terribles clamores que salían del conducto, en un torrente de vibraciones de la sala—, ¿qué ocurre?

—¡No es nada, *milady*, nada en absoluto, que el diablo me lleve! ¡Dos picaros que se están degollando allá abajo, probablemente! No hagáis caso, os lo ruego.

—¿No podríais evitarlo, caballero?

—En efecto, *milady*, ¡a fe mía!, por poco que ese ruido os moleste; pero mirad si no tenéis otro billete de banco en vuestro portamonedas.

Paddy se levantó, dejó sus anteojos encima de la mesa, apartó sin grandes cortesías a la condesa de Cantacuzena, que se encontraba en su paso, y puso la boca en el conducto.

—¡Os vais a callar de una vez, escoria de Newgate! —gritó—. ¡Me vienen ganas de poneros a media ración durante ocho días!

No se oyó nada más.

—¿Han matado a alguien? —preguntó el capitán.

—Jack y Billy —contestó una voz desde el «Purgatorio»...

—¡Dos! —gruñó Paddy—; ¡que los lleve el diablo!

Regresó hacia la mesa en donde *lady* Jane, temblorosa y llena de temores por este fúnebre incidente, le tendía silenciosamente un billete de banco que acababa de sacar de su portamonedas. El capitán prosiguió sus sumas, erguido, tieso, grave y con los anteojos encima de su nariz. Cuando hubo mirado, y dado diez vueltas al último billete, se quitó las gafas y puso los billetes en el cofre.

—¡Veinte mil! —gruñó—, ¡están todos, a fe mía!, ese aborto de Snail merece sus buenas diez libras. ¡*Milady*, aquí está vuestra sortija! ¡Hasta más ver, Vuestra Señoría! ¡Adiós, Maudlin, aventurera deslenguada, amiga mía!

Fue la mujer quien tomó el brillante. Salió con *lady* Jane.

Lady Jane, irnos minutos después, se encontró sentada en la banqueta del fiacre, cuyas cortinas rojas seguían corridas.

El coche anduvo durante una hora, aproximadamente. Por fin se detuvo; las dos cortinas rojas se descorrieron. Se encontraban delante del palacio de *lady* Jane, la cual permanecía inmóvil y parecía no ver nada. La condesa Cantacuzena se tomó la libertad de tomarle la mano, que oprimió suavemente y dijo:

—Aquí está el diamante de Vuestra Altezza muy ilustre.

Lady Jane dejó caer sobre el anillo una mirada vaga. Pero en el momento en que lo vio, volvióle, de repente, la memoria. Lo cogió con avidez irrazonada, saltó a la calle sin ayuda del cochero, el cual le tendía la mano y subió precipitadamente las escaleras de su casa, cuya puerta empezó a golpear sin cesar, hasta que se le abrió. Antes de entrar, echó una mirada detrás de ella, mirada llena de indescriptible terror.

—*Addio, Vuestra Eccellenza, addio!* —dijo amablemente la condesa Cantacuzena.

Luego añadió, dirigiéndose al cochero:

—¡Wimpole Street, Joe, al galope!, ¡ya llevamos retraso!

Joe dio unos latigazos a sus caballos: el fiacre saltó convulsivamente por el empedrado, salpicando hasta muy lejos a los peatones que marchaban por las aceras, y se detuvo, finalmente, delante del número 8 de Wimpole Street.

—Que preparen el carruaje —dijo la mujerzuela al criado que le abrió —. ¿Dónde está mi sobrina?

—La princesa está en su gabinete con un *gentleman* —contestó la camarera francesa.

—¡Ah!… ¿y milord?

—Milord está arriba, señora duquesa; acabo de acompañarle.

La contessa Cantacuzena, que no era otra que la pequeña duquesa de Gêvres, lo que no le impedía ser, también, Maudlin, tal como la llamaba el buen capitán Paddy O'Chrane, subió al piso habitado por su sobrina, la viuda del difunto y añorado príncipe Philippe de Longueville. Allá, en lugar de entrar por la puerta principal del apartamento, tomó una especie de portillo lateral que se abría en la misma escalera y que daba acceso a un gabinete oscuro. Frente a la puerta de este gabinete, se veía únicamente una luz dudosa, producida por algunos agujeros hechos en el cristal ennegrecido de un tragaluz. La pequeña francesa puso el ojo delante de uno de aquellos agujeros y vio, a tres pasos de ella, en la habitación contigua, a Brian y a la princesa, sentados, uno cerca del otro, en un sofá.

—¡Esto es lo mejor! —murmuró.

—¡Chitón! —dijo una voz en la oscuridad.

—¡Ah!, ¿estáis ahí, milord? ¿Qué dicen los tórtolos?

—Se miran —respondió milord.

Milord decía verdad. Susannah y Brian se miraban. Hacía ya algún tiempo que Brian estaba allí y apenas si habían cambiado unas pocas palabras.

Brian ya no era el hombre del día antes, distraído, ocupado por una idea fija y dispuesto a representar, delante de una sala llena, la comedia audaz de su venganza. Estaba serio y como recogido.

Susannah era una mujer a la que había que tomar en serio, una de aquellas mujeres que invaden toda nuestra vida y ocupan tanto espacio en nuestro corazón, que todas las demás cosas importantes se borran y se olvidan. Ella también miraba a Brian como si temiese perder una partícula de la felicidad que le daba su presencia.

—¿Me habéis visto ayer —dijo finalmente Brian—, me habéis comprendido y queréis seguir amándome?

—¡Claro que lo quiero! —murmuró Susannah—, ¡qué bueno es Dios que no os ha hecho un asesino!

Sus manos se encontraron. Brian puso la de Susannah encima de su corazón.

—Rey o mendigo, santo o criminal, os amaría igual, Brian —dijo ella —, si no me amaseis, moriría.

—Os amo, ¡oh!, ¡cómo os amo, señora! —exclamó Brian con una impetuosidad que hacía gran contraste con su sangre fría acostumbrada —. De ahora en adelante sólo puedo decir lo que vos: ¡he de amaros! ¡Yo no lo quería!, mi vida no es de aquellas en que el amor tiene un sitio cómodo y fácil. Soy pobre, y lo poco que tengo me viene de una fuente que yo ignoro. Estoy comprometido en una lucha loca que me matará algún día y en la cual la victoria será sin ninguna alegría, señora… soy, en fin, todo aquello que no son aquellos a quienes se ama y que aman…

—¿No sois, pues, noble y hermoso, Brian, el más noble y el más hermoso?

Lancester sonrió con tristeza.

—¡Seremos desgraciados, Susannah —dijo Brian—, y será una angustia terrible veros desgraciada! Pero ahora, esta angustia me parece preferible a la de no veros nunca más. Escuchad, ya sabéis cuál es mi vida y con qué armas, aprovechando la loca simpatía de las gentes, ataco a mi enemigo, que resulta ser mi hermano. Sólo me queda deciros mi secreto… mi único secreto.

Tyrrel y la pequeña francesa aguzaron, ávidamente, el oído.

29. Comedia

—Estoy arruinado —prosiguió Brian de Lancester—, tan arruinado, señora, que mis recursos personales son casi iguales a los del mendigo más pobre. Y, sin embargo, vivo como mis pares viven; despliego, incluso, cierto lujo. ¿De dónde creéis, señora, que saco mis medios de vida?

—No sé —respondió Susannah, la cual hubiera querido volver a las palabras de amor.

—Únicamente vos lo sabréis. Una mano misteriosa, señora, me remite cada mes una periódica limosna.

—¡Esto era su gran secreto! —gruñó Tyrrel—, ya tenía yo, ¡pardiez!, mis razones para saber algo.

—¡Escuchad, milord! —dijo la curiosa mujerzuela.

—Cada mes —prosiguió Brian—, por diversos medios y siempre ocultos, recibo cien libras esterlinas.

—¡Y son cien libras esterlinas perdidas, honorable loco! —siguió gruñendo Tyrrel—; pero el amo lo quiere y yo sólo puedo lavarme las manos.

—Esta donación es periódica —prosiguió Brian—; me llegan puntualmente. No me han faltado jamás. La primera entrega tuvo lugar el mismo día en el cual mi ruina habiéndose consumado, me pregunté, por primera vez, qué iba a hacer en este mundo.

—¿Habéis estado, también, cerca de la muerte? —murmuró Susannah, cuyos grandes ojos estaban húmedos.

Brian murmuró:

—Os he confiado mi secreto. ¡Guardadlo, incluso respecto a mí! ¿Os podéis imaginar lo que es para un gentilhombre, señora, recibir una limosna?

—No —dijo Susannah, que bajó los ojos tímidamente, bajo la mirada orgullosa de Brian—. ¿Os he ofendido? Ayer me sentía muy fuerte; hoy, Brian, podríais matarme con una sola palabra.

—Ya lo veis, señora —repuso Brian después de un silencio, pasándose la mano por su frente en donde habían gotas de sudor—, seremos desgraciados.

—¡No! ¡Oíd! —exclamó, de repente Susannah, cuyo hermoso rostro se iluminó—. Ya no tendréis necesidad de recibir nada. ¡Soy poderosa, lo había olvidado! ¡Brian, soy rica! Me habéis confiado vuestro secreto, quiero confiaros el mío: ¡Oíd!, ¡oíd!

—¡Aprisa, señora! —murmuró Tyrrel empujando a la francesa—, ¡no debe pronunciar ni una palabra más!

Al mismo tiempo, cogió con las dos manos una silla y la golpeó violentamente contra el *parquet*. La silla se rompió; Susannah, espantada por el ruido que hizo, se levantó, así como también Brian. El encanto ya se había roto.

—¡Qué ocurre, señora! —preguntó Brian de Lancester.

Antes que Susannah pudiera contestar, la señora duquesa viuda de Gêvres entró, sonriente, y saludando.

—Querida niña —dijo—, el carruaje aguarda.

Susannah dio una mirada de disgusto a Brian, el cual se inclinó y despidióse.

—Ya sabéis lo que esperan de vos, hermosa mía —prosiguió la viuda, una vez que Brian se hubo marchado—. ¡Es muy sencillo, menos que nada! Pero si por casualidad os negaseis, hija mía, perderíais la benevolencia de vuestros protectores y el honorable Brian…

—¿Qué tiene que ver con esto, señora? —interrumpió con tono orgulloso Susannah.

—No nos enfademos, amor mío; y el honorable Brian, decía yo, perdería sus cien libras esterlinas.

—¿Qué? —exclamó Susannah, palideciendo—. ¡Vos estáis enterada de esto!

—¡Es terrible, hermosa, todo lo que yo sé! —dijo la mujerzuela en un tono mitad serio, mitad jocoso.

Echó un chal encima de los hombros de Susannah, y la empujó hacia la reja, delante de la cual estaba parado el brillante carruaje con las armas de Longueville. Subieron las dos. Los nobles caballos tomaron el galope y no se detuvieron hasta Castle Street, delante de Dudley House, domicilio de Frank Perceval.

La señora duquesa de Gêvres sacó la cabeza por la ventanilla.

—Poned los caballos del lado de Regent’s Street —dijo al cochero—. Hermosa mía —prosiguió, dirigiéndose a Susannah—, la gente a la cual estamos esperando vendrán dentro de diez minutos, quizás, o quizá dentro de dos horas: pero vendrán. Paciencia.

Habían pasado muchas cosas en aquella mañana. El marqués de Río-Santo, desde por la mañana, no había abandonado Trevor House. Había habido gran consejo entre él y *lady* Campbell. Naturalmente, era un momento de crisis. Había tocado la hora del asalto. Querían conquistar la plaza, a la fuerza. El marqués había señalado este día para sus esponsales con *miss* Mary Trevor. Había que celebrarlos, por cualquier medio y a pesar de todos los obstáculos.

El principal obstáculo era *lord* James Trevor.

Este excelente y leal caballero había recibido durante la mañana una carta que no comunicó a nadie y, después de haberla leído, se había puesto de un humor detestable.

—¡Pobre Mary! —murmuró, recorriendo las avenidas de su pequeño parque—; ¡jamás hubiera creído esto de ese bribón de Frank! Pero, en el fondo, ¿qué significa una carta anónima? ¡Menos que nada, pardiez!, ¡menos que nada!

Sin embargo *lord* Trevor estaba preocupado.

Lady Campbell se acercó a él y no tardó en pronunciar la palabra «matrimonio», la cual, en su mente, era, en aquel momento, la palabra más importante.

—¡No me habléis de ese miserable Frank, *milady*! —exclamó lord Trevor que pensaba que matrimonio y Frank no podían ir uno sin el otro, tratándose de su hija—; que me muera si no creo que su conducta es la más incorrecta que pueda existir. ¡Sí, incorrecta y sin ninguna excusa, *milady*!

—¿Qué queréis decir, hermano mío?

—¿Vais a salir en defensa suya, no es cierto? Pues no quiero oír nada, *milady*. ¡Me siento ofendido, positivamente ofendido!

—¡Pero si no le defiendo, milord!

—¡Ah!, ¡menos mal! Entonces, ¿por qué queréis hablarme de matrimonio, *milady*?

Lady Campbell vaciló un momento. La transición era candente y *lady* Campbell conocía demasiado la bondad de su hermano para fiarse de este

rencor momentáneo.

—Milord —contestó ella con aire misterioso—, es un gran secreto.

—No me gustan mucho los secretos, *milady*.

—El marqués de Río-Santo quiere pedir la mano de vuestra hija, milord.

—Perfectamente, *milady*. Le niego la mano de mi hija al marqués de Río-Santo.

—¿Y si consultaseis a vuestra hija?

—¿Para qué? —preguntó el anciano, cuyas cejas se fruncieron.

—En fin, milord —exclamó *lady* Campbell—, ¿qué diríais si mi sobrina amase al marqués de Río-Santo?

Lor Trevor retrocedió un paso.

—¡Vuestra sobrina, señora! —contestó—, ¡imposible!

—Pues así es, milord.

—¡Entonces, hablaré con Río-Santo, señora! ¡Ya sabéis, pues, lo que haré!

Lord Trevor era uno de esos buenos y leales caracteres, uno de esos caracteres «tallados de una piedra». Una cosa solamente hubiese podido determinarlo a que olvidase a Frank, y esta cosa hubiera sido el olvido del mismo Frank. Pero desde que oyó atacar a Frank, dejó él de atacarle.

No obstante, *lady* Campbell fue hacia el marqués de Río-Santo para darle cuenta del mal resultado de su embajada.

—Así, pues, únicamente me queda retirarme, señora —dijo—; he hecho todo lo que un hombre galante podía hacer.

—Pero, marqués —exclamó *lady* Campbell—, no hay que desesperar. Mi hermano llegará a reconocer su error; y si no es por mí, milord, ¡os ruego un poco de paciencia por Mary, que os ama!

—¡Ah!, ¡si yo tuviera esa seguridad! —suspiró Río-Santo.

—¿Qué haríais, pues, milord?

—¿Lo que haría, señora? —exclamó el marqués, animándose repentinamente—. Pasaría por encima de toda consideración; arrojaría a los pies un vano escrúpulo; os diría…

»Por ella, por ella únicamente, Dios me sea testigo, y no por mí, hablaría —prosiguió el marqués—. ¿No creéis, señora, que sería terrible para *miss* Trevor, compartir con una rival el corazón de su esposo?

—¿Y me lo preguntáis, milord?

—Es que el honorable Frank Perceval tiene una amante, señora.

—Cierto, marqués —balbuceó *lady* Campbell con embarazo—, esto es grave. Pero…

—Perdón, sé lo que pensáis. ¿Cuál es el hombre que no ha tenido en su vida amantes, no es verdad? Yo mismo…

Río-Santo se interrumpió y fijó en *lady* Campbell su mirada grave y triste.

—Señora —prosiguió con voz baja pero firmemente acentuada—, he tenido amantes antes de amar a *miss* Trevor; desde que la amo, no he tenido ninguna. ¡Pero el señor Perceval! Es después de haber amado a Mary, es en el momento en que viene a reclamar una palabra dada… ¡Es en este mismo momento que se ha traído de Francia a otra mujer a la que ama, también!

—¡La ha traído de Francia, marqués!

—Frank Perceval ha llegado anteayer; la princesa de Longueville se ha presentado en público ayer por primera vez.

—¡Es cierto! —dijo *lady* Campbell—, ¿y se trata de esa mujer tan joven, tan admirablemente hermosa que vos me habéis enseñado ayer por la noche?

—Es ella, señora.

—¡Oh! ¡Frank! ¡Frank!… En nombre de mi sobrina, milord, os doy las gracias. Esperad, os lo suplico; ya no tendremos una negativa, la próxima vez.

Lord James Trevor seguía paseándose por las avenidas de su pequeño parque, cuando un criado se presentó jadeante, diciendo que *miss* Mary, encontrándose enferma, deseaba hablar con su padre. Lord Trevor se apresuró a ir hacia la casa. Encontró a su hija, echada en un sillón, con el rostro cubierto con las manos. Sollozaba; las lágrimas se escurrían a través de sus dedos pálidos. *Lady* Campbell, intranquila, arrepentida, quizá, se apresuraba en torno de ella.

—Ved, milord, ved —dijo—; he aquí la obra de ese desgraciado Frank. ¡Lo que ha hecho es indigno, hermano mío! ¡Os participo que tiene una amante!

—Lo sé, señora —respondió fríamente lord James Trevor arrugando los pedazos de la carta anónima recibida por la mañana.

—La pobre niña ya no le ama… —dijo *lady* Campbell.

—¿Quién dice tal cosa? —exclamó Mary, descubriendo su cara de una palidez espantosa.

Ya no lloraba. Sus ojos eran ascuas.

—Padre mío —dijo con voz extraña, porque contrastaba con la dulce y suave voz que se le conocía—, he estado loca durante muchos días… no era yo misma. ¡Ahora, se le calumnia! ¡Ah, es terrible, padre, calumniar a un herido, a un agonizante, quizá!

—¡Agonizante! —repitió lord Trevor—, ¿qué significa todo esto, señora?

—Frank Perceval se ha batido en duelo, milord —respondió *lady* Campbell con embarazo.

Lord Trevor llamó.

—¡Haz que enganchen, inmediatamente! —dijo—. Calmaos, Mary —prosiguió lord Trevor—, ignoraba todo esto. Ahora mismo voy a casa de Perceval.

—¿Y yo, padre?

Lord Trevor miró a su hermana.

—Todo esto me parece muy sospechoso —murmuró entre dientes—. ¡Bien!, Mary, abajo los prejuicios, le veréis también, hija… ¡preparaos!

Mary besó efusivamente la mano de su padre.

Lady Campbell se encogió de hombros y se fue, desanimada, a explicar este nuevo fracaso a Río-Santo, pero el marqués no pareció compartir, esta vez, su disgusto.

—Esperaré el regreso de lord Trevor —dijo en un tono desenvuelto.

En aquel momento se oyeron las ruedas del coche por encima del empedrado. Río-Santo consultó su reloj disimuladamente, y una sonrisa triunfante se dibujó en sus labios.

—La partida se prepara bien —murmuró—, ¿la ganaré?

30. Drama

L*ord* James Trevor y su hija hicieron el camino en silencio. Mary, en un acceso de pasión verdadera, había roto con un solo esfuerzo toda la red de sofismas que se interponían entre ella y su amor.

El carruaje dio la vuelta a la esquina de Regent's Street.

El coche con las armas de Longueville seguía parado delante de Dudley House, y la pequeña duquesa viuda de Gêvres se encontraba en la portezuela.

—¡Vamos, hermosa, vamos! —exclamó, así que vio el carruaje de Trevor—; ¡es el momento!

Abrió ella misma la portezuela y empujó a Susannah.

—¡Subid la escalera, subid aprisa! —prosiguió imperiosamente la francesa—; ¡y llamad! Una vez dentro ya os dirán lo que deberéis hacer allí.

Susannah subió las escaleras. La duquesa de Gêvres hizo una señal al cochero, que dio la vuelta y lanzó los caballos al galope en dirección de Tottenham Court Road.

Mary no había perdido el más pequeño detalle de la escena. Toda su palidez la había invadido. Apretó fuertemente el brazo de su padre, el cual no se había dado cuenta de nada, a no ser un coche que pasó al galope con dos hermosos caballos.

—Milord —dijo, con voz alterada—, aquella mujer…

—¿Qué mujer?

Mary extendió su mano hacia Susannah, la cual, en aquel momento, atravesaba el portal de Dudley House.

—¡Diablo! —murmuró lord James—, ¿aquella mujer, decís? ¡Por mi honor, no la conozco!

—¡Yo sí la conozco! —dijo sordamente Mary.

Todo su cuerpo temblaba con febriles sacudidas. Tenía dificultad en respirar.

—¿Qué esperamos, milord? —preguntó Mary—. Hemos venido para ver a Frank Perceval y ésta es su casa.

Lord Trevor reflexionó durante un minuto.

—Hija mía —prosiguió al cabo de este tiempo con tono afectuoso, pero rotundo y que no admitía ninguna réplica—, he actuado demasiado precipitadamente. Pero, por lo menos, no llevaré mi imprudencia hasta exponer todavía más a una hija de Trevor. Os quedaréis aquí, *miss* Mary. Seré yo quien vea al Honorable Frank Perceval.

—Jamás os he desobedecido, padre mío —replicó Mary, cuya desdicha iba en aumento a cada instante—; me someto a vuestra voluntad. Pero ¡por Dios!, oíd mi ruego; prometed decirme… soy fuerte, ¡padre mío…!, ¡prometed decirme si esa mujer!…

Mary se detuvo y oprimió su corazón con la mano, pues se sentía desfallecer.

—Si esa mujer —prosiguió— tiene el derecho de interponerse entre Frank Perceval y yo.

—Os lo prometo —respondió lord Trevor, después de haber vacilado.

—¡Por el honor de vuestro nombre, padre mío!

—Por el honor de mi nombre.

Hacía aproximadamente media hora que el desgraciado ciego, *sir* Edmund Makensie, se encontraba a la cabecera de Frank Perceval. Stephen Mac-Nab, que había pasado toda la noche anterior y la mayor parte del día al lado de su amigo, aprovechó la presencia del excelente *sir* Edmund para ir a dar noticias en Cornhill. Desde el momento que *sir* Edmund se encontraba allí, no había de temer ninguna inquietud, pues el buen ciego era conocido de Frank desde hacía mucho tiempo, así como de la madre de Frank y de todo el mundo, en suma. ¿En Londres, quién no conocía y amaba al bueno de *sir* Edmund Mackensie?

Frank pasó una noche febril. Ahora dormía. Él viejo Jack tenía algún quehacer en la habitación de la planta baja. Fue él quien abrió la puerta a Susannah.

—¿El Honorable Frank Perceval? —dijo.

—Aquí es, *milady* —respondió Jack—; pero no se le puede ver.

—Está enfermo —prosiguió Susannah, repitiendo, muy a pesar suyo, la lección que le habían hecho aprender—; ya lo sé. Es por eso que vengo.

Stephen Mac-Nab ha creído que era una imprudencia dejar a su amigo solo con un hombre privado de la vista.

—¡El buen señor Stephen! —murmuró el viejo Jack—; piensa en todo. Si me permitiese hacer una suposición, diría a la señora que es quizás una de las primas del señor Stephen… Una de las *misses* Mac-Farlane. ¡Un antiguo y buen nombre de laird escocés, a fe mía! ¡Subid, señora, subid y que Dios os bendiga, al igual que todo aquello que siente interés por Perceval!

Susannah aprovechó el permiso. Al entrar en la habitación del enfermo se encontró cara a cara con Tyrrel el Ciego. Era la primera vez que ella veía su rostro iluminado por la luz del día. Tyrrel fijó en ella sus grandes ojos apagados y tristes.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—La que esperáis —contestó Susannah.

Se oyó el picaporte de la puerta de la calle. Tyrrel llevó a Susannah hacia la cama y la hizo inclinarse sobre el enfermo.

—Un hombre va a entrar —dijo—, un anciano. En el momento en que ponga el pie en la puerta, haréis lo que se os ha ordenado. ¡Ninguna pregunta! —añadió imperiosamente—; habéis firmado un pacto, y hay que cumplirlo.

Lord Trevor iba subiendo las escaleras. Puso el pie en la puerta y vio a Susannah que estaba de espaldas. Se detuvo.

—¡Vamos! —murmuró Tyrrel.

Susannah palideció y no se movió.

—¡Vamos, en nombre del diablo!, ¡mujer! —repitió Tyrrel con voz penetrante, que no se parecía en nada a la voz que empleaba ordinariamente—, ¡la venganza caerá sobre Lancester!

Susannah le miró y estremecióse. Una lágrima de rabia y de dolor surgió, ardiente, de sus ojos. Pero se inclinó y puso un beso en la frente de Frank Perceval.

Lord Trevor dejó escapar una dolorosa exclamación y descendió bruscamente las escaleras.

—Ya podéis retiraros —murmuró Tyrrel al oído de Susannah—. ¡Gracias!

Mientras tanto, Frank se había despertado con un sobresalto en el momento en que los labios de Susannah tocaban su frente. Había visto, como en un sueño, la severa figura de lord Trevor en el marco de la puerta y el encantador rostro de la hermosa joven que se inclinaba hacia

él. Cerró los ojos emitiendo un vago lamento. Al cabo de algunos segundos, volvió a abrir los ojos y no vio más que al buen *sir* Edmund Mackensie, tranquilamente sentado a su cabecera.

—Acabo de tener una visión muy extraña —murmuró—; una mujer. He hecho más que verla… Siento todavía en mi frente el contacto de sus labios helados.

—Querido Frank —dijo el pobre *sir* Edmund suspirando hondamente —; no puedo deciros si habéis soñado o no. He oído andar en la habitación, pero, ya sabéis, mis ojos…

—¡Llamad a Jack, señor! —interrumpió Frank—, ¿decís que habéis oído andar?

Jack acudió en seguida.

—¿Quién ha venido? —preguntó Frank, muy agitado.

—¿No lo sabéis, Vuestro Honor? ¡Me estaba preguntando si no habéis reconocido a lord Trevor, para haberle hecho enfadar tanto!

—¡Lord Trevor! —repitió Frank.

—Acaba de salir, Vuestro Honor, jurando por Dios y por el diablo que no os volverá a ver jamás. Y a la pequeña *miss* también la habéis hecho enfadar. ¡Una hermosa señorita, sin embargo!

—Pero ¿qué señorita?, ¿de quién me estáis hablando? —exclamó Frank, cuya cabeza se perdía en conjeturas.

—¡La prima del señor Stephen, pardiez! *Miss* Anna o *miss* Clary Mac-Farlane. ¡Mirad!, ahí viene, precisamente, el mismo señor Stephen, y nos podrá decir…

En efecto, Stephen acababa de entrar: había dejado a sus primas. No podía ser ni Clary, ni Anna.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Frank—. ¡Ha sido cierto lo que he visto! El padre de Mary estaba aquí. Una mujer se ha inclinado encima de mi frente… ¡Él la ha visto!

Frank no terminó. Cayó pesadamente hacia atrás y perdió el conocimiento.

—Pero ¿quién es, pues, esa mujer?, ¿o ese demonio? —murmuró el viejo Jack, que empezaba a comprender—; ¡*sir* Edmund… es ciego! ¡No ha podido ver nada!

Stephen también empezaba a comprender. ¿Quién era aquella mujer? ¿Quién la había colocado allí? ¿Sería, acaso, el segundo acto de la tragedia de la cual el doctor Moore y su ayudante Rowley habían representado las primeras escenas?

—*Sir* Edmund —dijo, finalmente—. Frank va a volver en sí y tengo necesidad de tener con él una conversación íntima. Perdonad…

—Voy a retirarme, señor Mac-Nab —contestó el ciego—. Vine para hacer un favor —añadió con una tristeza tan auténtica que Stephen se emocionó—, pero hoy, como ocurre muchas veces, caballero, mi presencia ha sido más perjudicial que útil. ¡Que Dios os libre de la cruz con la que yo me veo afligido, señor Mac-Nab!

Stephen le estrechó silenciosamente la mano. *Sir* Edmund salió acompañado por el anciano Jack, el cual le guió hasta la puerta de la calle, con pasos vacilantes. Allí, llamó a un coche de punto.

Cuando Frank volvió en sí, se encontró entre Stephen y *lady* Ophelia, condesa de Derby, la cual quiso retirarse, pero Stephen la retuvo con palabras convincentes. Frank, de momento, no recordó todo lo que había ocurrido.

—Amigo mío —díjole Stephen, tomándole el pulso—, estáis todavía muy débil para poder soportar las emociones que se os preparan y yo, como médico, debería evitároslas. Pero es que estáis amenazado en lo que puede ser la felicidad de vuestra vida y el amigo debe anteponerse al científico. Oídme. Os acaban de dar un golpe cruel…

—Lo recuerdo —dijo Frank con voz lastimera—, ¡oh!, ¿así, pues, no ha sido un sueño?

—No —replicó Stephen con firmeza—. Lo que habéis visto es la realidad. Existe, desde ahora, una barrera entre vos y *miss* Mary Trevor.

—¡Su padre… mi última esperanza! —murmuró Perceval.

—¡Ánimo, amigo mío! Si os hablo de esta manera aún viendo el estado en que os encontráis, ¿no adivináis que tengo un remedio para vuestro mal? Reunid vuestras fuerzas, pues aquí tenéis otra esperanza en el lugar de la que os acaban de arrebatar. La señora condesa de Derby se encuentra aquí, fiel a la cita; os va a hablar…

—¡No, caballero, no! —exclamó *lady* Ophelia, que se sintió débil frente al momento supremo—, ¡no! ¡Este secreto no me pertenece!

—¿Habéis venido, pues, señora —dijo el joven médico—, únicamente para contemplar su agonía?

La condesa, que se había retirado detrás de la cama de Frank, volvió a ponerse a su cabecera.

—Quiero hablar con el Honorable Frank Perceval y no con vos, caballero —dijo a Stephen, orgullosamente, después de un silencio.

Stephen acercó a los labios de Frank una cucharada de cordial, y salió inmediatamente de la habitación.

La condesa de Derby dudó mucho antes de tomar la palabra. Cuando, por fin, abrió la boca, fue para explicar, con frases entrecortadas y con voz apenas inteligible, una historia en la cual el nombre de Río-Santo fue pronunciado frecuentemente. Frank escuchaba, con la boca entreabierta y los ojos dilatados. Revivía a fuerza de atención y el interés potente del relato le devolvía las fuerzas.

—¡Y este hombre es el que quiere casarse con Mary! —exclamó, cuando la condesa hubo terminado.

Ésta tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es un hombre al cual ni vos, ni yo misma, podemos juzgar, milord —dijo la condesa con voz baja—. Lo que acabáis de oír os hace fuerte contra él. Pero no abuséis de ello. Recordad que me habéis dado vuestra palabra… ¡y que le amo!

La condesa pronunció estas últimas palabras con gran esfuerzo; un intenso rubor cubría su frente y Frank sentía temblar convulsivamente su mano. Antes de que él hubiera podido contestar, ella se levantó y salió precipitadamente.

—¡Stephen! ¡Stephen! —gritó Frank, a quien la fiebre sostenía y daba fuerzas—; ¡trae tinta y papel! ¡Llama a Jack. Stephen! ¡Oh!, ¡todo no se ha perdido! ¡Voy a jugar mi última carta, y algo me dice que este hombre no me vencerá esta vez!

Mientras tanto, Frank hacía correr su pluma sobre el papel con una rapidez febril. Cuando hubo terminado, alargó su carta a Jack.

—Para lord Trevor —dijo—; no regreses hasta que no la hayas entregado personalmente, ¿comprendes?

—Comprendo, Vuestro Honor.

—¡Aunque tengas que penetrar en su salón forzando la puerta! —prosiguió Frank.

—No volveré hasta que lord Trevor tenga en sus manos la carta de Vuestro Honor —interrumpió el anciano Jack con sencillez—. Vuestro Honor ordena, eso es todo.

Lord James Trevor subió a su carruaje, furioso. Al principio se había negado obstinadamente a contestar a las preguntas que le hacía su hija;

pero Mary le obligó a cumplir su palabra de gentilhombre, y el anciano, habló.

—¡Lo he visto! —dijo con arrebato—, ¡visto con mis propios ojos, en verdad! ¡Frank os ha olvidado, hija mía!

Mary esperaba ya este golpe, y, sin embargo, se sintió destrozada. Se desplomó contra la pared del carruaje y ya no volvió a pronunciar ni una palabra.

Al bajar del coche, tomó el brazo de su padre y entró con él en el salón. En el salón se encontraban *lady* Campbell y el marqués de Río-Santo. Este último saludó a Mary con aire resignado, digno y doloroso y se inclinó con frialdad delante de lord Trevor.

—*Milord* —dijo *lord* Trevor a Río-Santo con tono brusco y triste—, esta mañana os he negado la mano de mi hija porque la había prometido a otro. Pero éste me ha devuelto la palabra.

—¿Qué os dije, querido marqués? —exclamó *lady* Campbell—. *Milord*, mi hermano, es un viejo soldado, cuyos cumplidos, a veces, tienen unas formas un poco raras, pero, en definitiva, ya podéis ver que os concede la…

—¡Señora! —interrumpió el anciano conde—. *Miss* Trevor es libre. ¡Que elija ella un esposo, y que Dios la haga feliz!

—Entonces, querida niña… —dijo *milady*.

—¡Cuánto le amaba! —murmuró Mary, entre sus lágrimas—. ¡Ah, señora, señora —añadió, poniendo su frente ardiente en la mano de su tía —, convencedme, decidme que ya no le amo!

Lady Campbell se sentía en situación embarazosa. Río-Santo tenía el corazón oprimido.

—¡Mary —dijo en voz baja, inclinándose hacia su oído—, es, pues, cierto!, ¿no me amábais?

Miss Trevor levantó hacia él sus ojos cargados de lágrimas y le tendió la mano, que Río-Santo llevó apasionadamente a sus labios.

—Ya no hay pasado para mí —dijo la joven con una especie de violencia—, quiero amaros, milord; quiero amaros únicamente a vos. ¡Lo quiero!

—¡Por fin! —suspiró *lady* Campbell.

Lord Trevor alargó su mano al marqués, diciéndole:

—Mi hija ha hablado, milord; tenéis mi palabra.

En aquel momento se oyó un tumulto en la habitación contigua; era como el ruido de una disputa y parecía que los criados de lord Trevor

quisieran defender la puerta a algún intruso que pretendía pasar a viva fuerza.

—Dadme la carta —decía un criado—, yo se la remitiré a milord.

—¡Se la entregaré yo mismo en su mano!, ¡vive Dios! —contestó una voz jadeante.

De repente, se abrió violentamente la puerta y el anciano Jack, bañado en sudor y con el traje en desorden, se precipitó en el salón, seguido por los dos criados. Lord Trevor le reconoció inmediatamente y volvió la cabeza.

—Una letra para Vuestra Señoría —dijo el viejo Jack— de parte de Su Honor.

Lord Trevor rechazó la carta.

—Tomadla, milord —exclamó Jack—, ¡tomadla, en nombre de Dios!, ¡mi amo se está muriendo!

—Retiraos —dijo severamente lord Trevor—, yo ya no conozco a Frank Perceval.

—¡Piedad, milord!… —quiso decir, todavía, el fiel Jack.

Lord Trevor cogió la carta y la rompió sin abrirla.

31. La trampa

Durante la mayor parte de la jornada, se había visto merodear en Finch Lane y por las aceras de Comhill, a un hombre vestido con un traje escocés completo: tartán, boina con pluma, rodillas desnudas y borceguíes. Cuando creía que nadie se daba cuenta de él, este escocés dirigía, de pronto, las miradas hacia la casa de la madre de Stephen. Entonces parecía intranquilo.

Hacia las tres de la tarde, Stephen Mac-Nab, aprovechando, como ya hemos dicho, la presencia del desventurado *sir* Edmund Mackensie a la cabecera de la cama de Frank Perceval, fue a visitar a su madre. Al verle llegar, el escocés se adentró hacia Finch Lane.

Cuando Stephen hubo entrado en su casa, el escocés volvió a su sitio. Transcurrió una hora, aproximadamente. Al cabo de este tiempo, la puerta de la casa Mac-Nab se abrió. Stephen salió, llevando del brazo a su madre, a la que acompañaba a casa del reverendo John Butler, para regresar él, después, al lado de Perceval.

Los ojos del escocés se alegraron. Sacudió su cabeza y se frotó en silencio las manos. Esperó a que Stephen y su madre hubiesen desaparecido entre la multitud que llena, incesantemente, las aceras de Cornhill. Cuando ya no les vio, atravesó la calle y dio en el picaporte de la casa de Mac-Nab.

—¿Qué queréis? —preguntó la criada que fue a abrir.

Bob Lantem levantó la boina a medias y exclamó, exagerando el acento gangoso y confuso de los campesinos de la frontera escocesa:

—Me envía Su Honor para hablar un momento con las jóvenes señoritas.

—¿A quién llamáis Su Honor?

—¿Su Honor, Dios me castigue? —prosiguió Bob gritando más y exagerando el gangueo—. ¡Su Honor, el laird, pardiez! ¡El laird Angus Mac-Farlane, del castillo de Crewe!

Sucedió lo que Bob esperaba. Las dos jóvenes, atraídas por las voces, se habían inclinado a la barandilla de la escalera.

—¡Mi padre! —exclamó Clary—, ¡es un enviado de mi padre! ¡Bess, haced subir a ese buen hombre!

—¡Oh! ¡Dios! ¡Dios mío! —dijo Bob con alegre tono de voz en cuanto Bess lo introdujo cerca de las dos jóvenes—. ¡Oh!, ¡cómo han crecido! ¡Effie, mi pobre mujer no las reconocería, a pesar de haber sido la nodriza de las dos!

—¡Effie! —contestó Anna—, ¡la buena Effie, nuestra ama! ¿Sois acaso, el granjero Dundan de Leed, amigo mío?

—¿El marido de nuestra excelente Effie? —añadió Clary cogiéndole la mano.

—Claro que sí, queridas pequeñas —replicó Bob con bondad—. ¡Effie, la gorda Effie, que os cantaba la canción de los pescadores de salmón, a fe mía! ¿Recordáis aún la canción de los pescadores de salmón, queridas pequeñas?

—¡Si la recordamos! —dijo Anna con lágrimas en los ojos—, ¡no hemos olvidado nada, ni la canción, ni a Effie, ni nada de todo lo que hemos amado en nuestra querida Escocia!

Bob se secó los ojos, que, por otra parte, tenía absolutamente secos.

—¿Y vuestra hija Elspeth, Dundan? —preguntó Anna.

—¡Elspeth! —repitió Bob con un admirable gesto de dolor paternal—, ¡pobre hija mía! ¡Hace ya casi seis meses que la lloramos! Pero no he venido aquí para hablaros de mis cosas, no. Sino para deciros que Su Honor os espera…

—¡Mi padre! —interrumpió Clary—. ¿Está en Londres?

—¡Así es! —dijo Bob, bajando la voz, de pronto.

Tomó las manos de las dos jóvenes y las atrajo hacia él, como cuando va a confiarse un gran secreto.

—El laird está aquí —murmuró— por negocios. Se esconde. No puedo deciros el motivo. Pero os espera. Sobre todo, guardad el secreto, pues se trata de su libertad… ¡o de la vida, quizá!

Las dos hermanas exhalaron un grito de horror.

—¡Silencio! —prosiguió Bob—; el ruido atrae a los curiosos. Os decía, pues, que el laird os espera en el hotel del «Rey Jorge», cerca de Temple Garden’s.

—¡De su vida!, decís —exclamó Clary, que al fin recobró el habla—; ¡estáis diciendo que se trata de su vida, Dios mío!

—¡Eh!, ¡eh! —dijo Bob—; ¡quizá voy demasiado lejos; pero sus negocios están muy embrollados, pobre hombre!

Se dirigió hacia la puerta.

—Dentro de diez minutos tendréis un coche a la puerta —prosiguió—, ¡no digáis nada, hijas mías! No es cualquier cosa, ¿sabéis? ¡Ni una palabra a nadie!

Bob abrió la puerta y puso un dedo encima de sus labios con aire solemne; después, cambiando de pronto, de expresión, hizo un signo amistoso dirigido a las dos hermanas y desapareció.

Cuando hubo salido, Anna y Clary se miraron.

—¡Cuánto ha cambiado! —dijo Clary, al cabo de algunos minutos—, ¡yo no le hubiera reconocido!

—No parece tan alto, porque está más grueso —replicó, confiada, Anna—, ¡qué suerte volver a ver a nuestro padre!

—Sí —dijo Clary—, en otro tiempo no tenía esas miradas tan extrañas…

—¡Pobre Elspeth! —interrumpió Anna—, ¡morir tan joven!

—Sí… ¡pobre Elspeth! —pronunció mecánicamente Clary—. ¿Pero crees que este hombre es Duncan de Leed? —añadió, de pronto.

Anna apoyó su encantadora cabecita en el hombro de su hermana, la cual permanecía inmóvil.

—Clary —dijo dulcemente—, nuestro padre nos espera y, recordad, hermana, que ayer me dijisteis que hablaríais con mi padre…

La sonrisa de Anna fue contagiosa. Clary misma dejó de pensar y estar seria. Se volvió hacia su hermana, a la cual besó la frente blanca y pura.

—¡Estoy loca! —murmuró con un ligero suspiro—. ¡Vamos! Y hablaremos de Stephen a nuestro padre, ¿no es verdad? ¡Serás feliz, Anna, muy feliz!

Se habían ya arreglado. Gary cogió unos hermosos guantes de caza que había bordado para su padre; Anna una bolsa para tabaco, adornada con perlas, que había hecho con la misma intención. Luego, las dos salieron en un momento en que la criada, ocupada, no se dio cuenta.

Un cuarto de hora después, el fiacre las dejaba en Temple Lane, delante del albergue del «Rey Jorge».

Míster y *mistress* Gruff dieron la bienvenida a las dos jóvenes como gente perfectamente preparada que esperaba su llegada, cosa que

contribuyó a tranquilizar a Gary, la cual, durante el camino, seguía teniendo sus dudas.

—¿Las hijas del *laird*[23], quizá? —dijo bruscamente el tabernero—; entrad, entrad, señoritas; van a acompañaros a la habitación de vuestro padre.

—Es un padre muy feliz, en verdad —añadió *mistress* Gruff con amabilidad—, quien tiene unas hijas tan encantadoras. Entrad, hermosas jóvenes. Os acompañaré yo misma a la habitación del laird.

Las dos jóvenes siguieron a *mistress* Gruff sin desconfianza. Ésta las introdujo en una habitación bastante grande del primer piso, cuyas ventanas, opacas, daban al Támesis. En medio de esta habitación había una mesa puesta con tres cubiertos.

—Su Honor, vuestro padre, hermosas señoritas —dijo *mistress* Gruff con una sonrisa muy amable—, debiera estar ya aquí. ¡Pero tiene siempre tantas cosas que hacer cuando viene a Londres! No os impacientéis; estoy segura de que estará aquí dentro de diez minutos, a lo más tardar.

—Le esperaremos —dijo Gary.

Mientras Gruff se retiró, saludando. En el salón de la planta baja, encontró a su marido hablando con Bob Lantem. Éste se había quitado, ya, su traje escocés.

—Mi buena señora, os confío a estos dos angelitos: hay que cuidarlos muy bien.

—Cuidamos bien a todo el mundo, aquí —gruñó maese Gruff con grosera intención.

—¡Amigo mío —dijo amablemente *mistress* Gruff—, a callar! En cuanto a esas dos palomitas, señor Bob, tenga confianza en nosotros. ¿Ya tenéis el agua?

Bob tomó de uno de sus bolsillos un pequeño frasco y lo dio a la hostelera.

—Tres gotas, buena señora —murmuró, sonriendo—, ni más, ni menos, ya sabéis.

—Ya lo sé, señor Bob.

—A las tres, estaré bajo el escotillón, con una barca —prosiguió Lanterna—, no vayáis a herirlas cuando las soltéis, maese Gruff. Mi mercancía debe entregarse en buen estado y sin averías.

Segunda parte

La hija del ahorcado

1. La hostería del «Rey Jorge»

Hacía una hora, aproximadamente, que Anna y Clary Mac-Farlane habían llegado a la hostería del «Rey Jorge».

La habitación en donde se encontraban, era grande. Una cama grande, con dosel y cortinas cerradas, formaba, junto con las sillas, la mesa y un secreter de apariencia antiguo, todo el mobiliario del aposento, el cual, merced a esta desnudez, parecía todavía más vasto. La noche era obscura, y una sola vela ahogaba su luz temblorosa entre las tinieblas de este cuarto, cuyo artesonado no tenía ningún reflejo. Clary, muy seria y pensativa, miraba distraída la ventana, en donde aparecían de cuando en cuando los reflejos rápidos de algún paquebote lanzado a toda marcha. Anna, verdaderamente asustada, pero no atreviéndose a lamentarse, tenía la cabeza puesta entre sus manos, y quería hacerse la ilusión de que estaba, todavía, en casa de su tía, bajo la segura protección de su primo Stephen Mac-Nab.

—¡Clary! —dijo, al fin, en voz baja, pero sin descubrir su rostro.

Clary dirigió hacia ella su mirada triste, pero tranquila.

—¿No tienes miedo? —preguntó Anna—. Debe ser muy tarde. Y aquel hombre, ahora que he reflexionado, ¡oh!, ¡tenías razón, Clary!, ¡aquel hombre que nos ha hecho venir aquí, me parece que no es el bueno de Dundan de Leed!

—¡Cómo le reconociste tan bien! —dijo Clary, sonriendo.

—No sé… Quisiera salir de esta casa, Clary.

—¡Y nuestro padre que está al llegar, tontita! ¡Vamos! Tranquilízate. ¿Qué puede temerse a esta hora, en medio de un Londres todavía despierto?

—No sé… —dijo Anna con voz temblorosa—. Tengo miedo… ¡Jamás he tenido tanto miedo!

Cuando terminaba estas palabras, se oyó un ruido en la puerta. Ésta se abrió. *Mistress* Gruff entró, acompañada de su más amable sonrisa y de míster Gruff, cuya cara enfurruñada, parecía envuelta en otra nueva capa

de mal humor. *Mistress* Gruff traía una sopa; míster Gruff llevaba en la mano una jarra de cerveza escocesa.

—Amigo mío —dijo tiernamente *mistress* Gruff, dirigiéndose a su marido—, dejad la jarra y ya os podéis ir.

El hombre obedeció rápidamente.

—Vamos, vamos, mis encantadoras señoritas —prosiguió alegremente la hostelera, una vez que su marido hubo salido—, el laird ahora ya no puede tardar. Mientras lo esperáis, empezad a comer y a beber, creedme.

Clary hizo un gesto negativo.

—¡Cerveza escocesa, hija mía! —exclamó *mistress* Gruff, llenando los vasos de las dos hermanas—; auténtica cerveza de Saint-Dustan, ¡palabra de honor! ¡Hay que bebería, hijitas; esto recuerda el terruño, o soy una mala cristiana!

—Esperaremos a nuestro padre —dijo Clary.

Mistress Gruff acogió estas frías palabras con una sonrisa angelical.

—Hermosa señorita —contestó—, como queráis.

Dicho esto, saludó y bajó la escalera.

—Señor Gruff —exclamó la mujer entrando en la sala baja—, apostaría una buena cantidad a quien me dijera para qué servís en este mundo. ¿Sabéis qué ocurrirá? Estas muchachas no beberán; estarán desveladas como gatos en el mes de enero. ¿Y qué dirá maese Bob que nos ha pagado por anticipado? ¿Tendremos que devolverle sus veinte libras, respondedme?

—¿Devolverle sus veinte libras, *Baby*?

—Os lo pregunto, míster Gruff.

Míster Gruff bajó tímidamente su terrible mirada y no se atrevió a decir ni una palabra más. Su mujer volvió a subir cautelosamente las escaleras que conducían a la habitación ocupada por las jóvenes. Llegada al rellano, aplicó su ojo en la cerradura.

El terror de Anna se había calmado algo, pues la sonrisa amable de la hostelera no había contribuido poco para llegar a este resultado. Por el contrario, una nube de inquietud ensombrecía ahora el bello rostro de Clary; hubiérase dicho que la presencia de la sonriente mujer había turbado su serenidad.

—¿Te has dado cuenta de esta mujer, hermana? ¿Ni encuentras algo raro en su mirada?

—¿Raro? No, en verdad. Por el contrario, encuentro que tiene algo agradable…

—Su sonrisa me ha hecho daño, hermana —dijo Clary en voz baja.

—Pues a mí me ha hecho un gran bien. Pero ¡qué pálida estás! ¿Temes algo, Clary?

La miedosa niña perdió, con estas palabras, toda su alegría y fue a acurrucarse, de nuevo, junto a su hermana. Clary no contestó nada.

—¡Mala! —dijo Anna—; ¡estaba tan tranquila y vuelvo a estar asustada!

Clary la miró con aire indeciso y le tomó las manos, esforzándose en sonreír.

—Nuestro padre va a venir —dijo.

Tomó la mano fría de su hermana y la apretó cariñosamente entre las suyas.

—¡Se creería que estamos en el fondo de una cueva de bandidos! —murmuró—. He querido ver si eras más valiente que antes, Anna. Tranquilízate, estamos aquí tan bien guardadas como en nuestra propia casa. ¡Ah!, ¡cómo se reiría Stephen, perezosita, si te viera temblar de esta manera!

Anna levantó la cabeza y creyó que Clary ya no tenía miedo, y esto le devolvió, de pronto, todo su valor.

—Tienes frío —dijo Clary—; ¿quieres que cenemos, mientras esperamos?

—¿Tienes, pues, hambre, Clary? —preguntó Anna con admiración—; yo todavía tengo como un nudo en el pecho. ¿No podría beber un poco de agua?

Sus pálidas mejillas se animaron y su boquita adoptó un gesto de picardía.

—¿Por qué hablo de agua? —exclamó, cogiendo la copa, en la cual la cerveza de Escocia acababa de perder su espuma espesa—, ¡esto me dará ánimos; Clary, bebamos a la salud de nuestro padre!

Bebió un sorbo. Se oyó un débil ruido en la puerta.

—¡Está buena! —prosiguió Anna—. ¿No te sientes escocesa, Clary? ¡Te ordeno que contestes a mi brindis!

Clary, contenta de distraer a su hermana con estas bromas, tomó la copa que tenía delante y bebió. Ahora se oyó bien claramente el ruido de unos pasos que se alejaban por el pasillo, y que se perdieron pronto a lo largo de las escaleras.

—¡Ya han bebido las queridas palomitas! —exclamó *mistress* Gruff, entrando en la sala baja, donde míster Gruff roncaba cerca del fuego mientras la esperaba—; ¡han bebido las dos, como unas buenas hijas de Escocia!

Míster Gruff se despertó con un sobresalto.

—¿Han bebido, querida?

—Han bebido y ahora esperarán pacientemente la llegada del laird, que está cazando a estas horas el urogallo por los brezos de Teviot Dale.

—Es muy tarde para cazar el urogallo —murmuró míster Gruff.

—¡Pronto o tarde, poco me importa! —exclamó agriamente la hostelera—; lo que sí es cierto es que el laird está a doscientas millas de la hostería del «Rey Jorge», y que…

Mientras *mistress* Gruff hablaba todavía, se abrió bruscamente la puerta y un hombre, envuelto en un «plaid» escocés, entró en la sala baja de la posada. Al entrar, echó hacia atrás los pliegues de su «plaid» abigarrado.

Mistress Gruff no terminó su frase empezada: se desplomó, como atacada por un rayo, sobre el taburete que estaba frente al de su marido.

—¡El laird! —murmuró con terror.

2. Dos ángeles al borde de un precipicio

El hombre que acababa de entrar era, efectivamente, el laird Angus Mac-Farlane, del castillo de Crewe.

Tenía el aspecto triste y terriblemente preocupado. Dos caracteres contradictorios se disputaban, por decirlo así, la expresión de su fisonomía. Primeramente, era una energía innata, cuyo ardor generoso calentaba vivamente, por intervalos, el conjunto de sus rasgos destrozados; pero era, también, un abatimiento triste, algo así como la fatiga que ataca al soldado varias veces abatido.

La llegada del laird en momento semejante, fue un verdadero golpe para la digna pareja. Angus no se dio cuenta de la emoción de ambos. Acercó a la lumbre sus borceguíes empapados de lluvia y tiró encima de la mesa su toca adornada con una rama de tejo.

—Estoy cansado —dijo—, preparad mi habitación.

—¡Vuestra habitación! —repitió Gruff, gruñendo—; ¡al diablo si esperaba veros esta noche, Mac-Farlane… o Vuestro Honor, como se os dice ahora!

—¿Está ocupada mi habitación? —preguntó el laird.

—¿Ocupada? A Dios gracias, Mac-Farlane, hay más de una habitación en el «Rey Jorge».

—¡Amigo mío, callad! —interrumpió amablemente la hostelera, que ya se había repuesto del sobresalto y cuya sonrisa brillaba con nuevo esplendor—. ¡Ah! Vuestro Honor ha querido sorprendernos. ¿Y cómo estáis?, ¿qué noticias se tienen del país, por favor?

Dijo esto con volubilidad y en un tono que quería ser cordial.

—Me siento mal —respondió con frialdad el laird— y no tengo ninguna noticia. ¿No queréis preparar mi habitación?

Míster Gruff iba a hablar, pero su mujer le cerró la boca con un gesto.

—Toda mi casa está a disposición de Vuestro Honor —replicó *mistress* Gruff, a quien nada podía alterar su inalterable amenidad—, voy corriendo y vuelvo, señor Mac-Farlane; es cuestión solamente de un cuarto de hora.

Se levantó y pellizcó con fuerza, al pasar, el brazo de su marido, el cual ahogó un gruñido de dolor.

—Procurad divertirle —le deslizó a su oído— y cuando yo tosa, podéis subir.

Míster Gruff hizo un gesto de obediencia. Angus Mac-Farlane se sentó en el taburete que acababa de dejar la hostelera y se acercó a la lumbre.

—Endiablamente frío, el tiempo, hoy, Mac-Farlane —empezó bruscamente míster Gruff, que tenía interés en obedecer a su soberana y «divertir» al *laird*—. ¿Queréis tomar un poco de *irish snuff*[24], MacFarlane?

Míster Gruff alargó su caja abierta y entonces se dio cuenta de que el laird no le escuchaba. Dio un profundo suspiro de alivio.

—¡Ya se fue! —murmuró, sonriendo pesadamente—; ahora se le podría robar su memo derecha, sin que la izquierda se diese cuenta.

El laird había cruzado sus manos sobre sus rodillas. Tenía la cabeza inclinada hacia delante. Estaba absorto en sus pensamientos y la expresión de su cara era de una tristeza más sombría, aún, que antes.

—¡Mac-Nab! ¡Mac-Nab! —murmuró finalmente con voz ahogada—; ¡pobre hermano! ¡El destino lo ha dicho: mi sangre ha de vengarte… mi sangre ha de castigarle!

Se detuvo y respiró con esfuerzo.

—¡Espero tener bastante valor para poder golpear! —prosiguió muy bajo—. ¿Por qué Dios permite amar a aquellos a quienes deberíamos odiar?

Mientras tanto, la hostelera había subido la escalera a paso de lobo y se puso a observar cerca de la puerta de la habitación ocupada por las dos hermanas. Detrás de aquella puerta sucedía una rara escena que hubiera emocionado al espectador más indiferente. Pero *mistress* Gruff, desde hacía muchísimo tiempo que estaba muy bien acorazada contra la piedad. Sentía mucho no poder comprender las palabras pronunciadas y asistir solamente a una pantomima.

La cerveza vertida por *mistress* Gruff, contenía, en una dosis bastante fuerte, el agua que Bob Lantem le había dado. Esta agua no era otra cosa sino un narcótico poderoso del cual los resurreccionistas guardaban el

secreto, y que servía para hacer dormir a las víctimas de su industria infernal. Apenas las dos hermanas bebieron unos cuantos sorbos de la cerveza escocesa, que los efectos del narcótico empezaron a surtir efecto. Sintieron un bienestar general y, de pronto, como si revivieran. Después, las dos sintieron que el suelo empezaba a ondularse bajo sus pies. Se sentían llevadas por unas lentas y blandas oscilaciones parecidas al vaivén de un buque en un mar tranquilo. Anna cerró los ojos sonriendo. Clary se puso muy pálida, repentinamente e hizo un esfuerzo para recuperar el equilibrio. Una vaga sospecha de la verdad, pasó por su mente.

—¡Hermana!, ¡mi pobre Anna! —murmuró con voz desgarradora.

Anna lo oyó; sus labios se entreabrieron.

—Hace mucho tiempo que le amo —dijo con aquella voz feliz y sostenida de las personas que han sufrido y que, por fin, ven la felicidad —. Ayer creí que tú también le amabas. ¡Oh!, ¡hermana mía, cuánto he llorado!

Clary se apretujó la frente con sus dos manos crispadas.

—¡Padre mío!, ¡padre mío! —gritó con violencia—, ¡por qué no estáis aquí para socorrer a vuestra hija! ¡Oh!, ¡qué me pierda yo. Dios mío, pero que ella se salve!

Al ver a las dos hermanas inmóviles, *mistress* Gruff creyó que todo había terminado y estuvo a punto de levantar el pestillo, pero un movimiento de Anna la detuvo. La más joven de las dos hermanas dio, efectivamente, la vuelta en su sillón y alargó la mano, en el vacío, a un personaje imaginario.

—¡Gracias, padre mío! —dijo—; mi felicidad será vuestra recompensa. ¡Stephen me ama tanto! —añadió con pudor—; y yo… ¡oh!, yo… Mañana es la boda. Callaré hasta mañana.

Anna, empezando a soñar quizás, empezó a cantar su canción escocesa con voz débil y entrecortada. El primer sonido de esta voz amada hizo estremecer a Clary y devolvió un poco de fuerza a su desesperación. Se levantó, con gran extrañeza de *mistress* Gruff, que sólo tuvo el tiempo de dar vuelta a la llave, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Cerrada! —murmuró con frialdad, como si supiera que ocurriría esta circunstancia.

Sus piernas le flaquearon. Atravesó de nuevo la habitación, vacilante, y se acercó a la ventana.

Esta ventana, como casi todas las de Londres, se componía de dos montantes sobrepuestos, destinados a deslizarse, uno encima del otro, de abajo hacia arriba. Clary intentó levantar el montante inferior, pensando, sin duda, en pedir socorro, pero la ventana pesaba enormemente. Clary, después de dos o tres esfuerzos infructuosos, dejó caer sus brazos a lo largo de su cuerpo, inclinando la cabeza.

—Trabaja, mi tórtola —murmuró la buena *mistres* Gruff—, cuanto más trabajes, más pronto te dormirás…

Descendió rápidamente las escaleras y, desde el umbral, hizo una señal a su marido, el cual se le acercó.

—Coged vuestro violín —dijo.

—¡Mi violín, querida! —repitió Gruff, extrañado.

Un prolongado grito se dejó oír en lo alto de la escalera. Míster Gruff comprendió. Cogió un violín, lleno de polvo, al cual faltaba una cuerda, y pasó resina por el arco.

—Me ha parecido oír un grito —dijo Angus Mac-Farlane saliendo de su sombrío ensueño.

—Un poco de paciencia, Vuestro Honor —respondió la hostelera—, dentro de cinco minutos vuestra habitación estará a punto.

En el mismo instante, el arco chirrió sobre las cuerdas del violín y emitió un sonido diabólico. Mac-Farlane sacó de su bolsillo un gorro de tartán y lo hundió hasta sus orejas.

A los últimos estertores de la desgraciada Clary, se mezclaron los sonidos de aquella irrisoria música. Su voz pronto se rompió bajo el esfuerzo creciente de un invencible sueño.

—¡Edward! —murmuró en un último sollozo—, te amaba… ¡Te amo! ¡Oh!, ¡nunca sabrás que muero amándote!

Intentó arrastrarse hasta donde estaba su hermana, la cual, graciosamente extendida en su sillón, dormía con una sonrisa angelical en los labios.

«¡Ahora vendrán —pensó, pues ya no podía hablar—, ahora vendrán! Del sueño pasaremos a la muerte. ¡Pobre hermana!, ¡no tendrá ninguna tumba donde Stephen pueda ir a llorar!».

Se desplomó, paralizada, murmurando el nombre de Edward.

3. La linterna amarilla

M*istress* Gruff dio vuelta a la llave con precaución y empujó la puerta.

Anna y Clary habían resistido durante largo tiempo. *Mistress* Gruff tomó el cuidado de pasar una y otra vez la vela por delante de sus ojos.

Las dos hermanas estaban inmóviles.

Entonces, la amable hostelera hizo desaparecer la sonrisa de encargo que hasta entonces lucía en sus labios.

—¡Veinte libras! —murmuró examinando las dos desgraciadas jóvenes, con ojo experto—, maese Lantem hará un bonito negocio, tanto si las vende muertas, como si las vende vivas… En efecto, son unos bocados sin tacha y más de un lord vaciaría su bolsa en la mano de una honrada mujer que se encargase de…

Mistress Gruff se detuvo. Quizá tuviera la idea de cortar la hierba bajo los pies de Bob y de robarle su «mercancía», pero el recuerdo de Angus Mac-Farlane cambió el curso de sus pensamientos. Salió a la escalera y tosió de la manera afectada que, en todos los países, significa una llamada. El violín de míster Gruff cesó de tocar repentinamente y el cabal hotelero se encontró muy pronto en lo alto de la escalera.

—¿Ya está? —preguntó en voz baja.

—¡Callad! —ordenó *mistress* Gruff, como de costumbre—; ¿qué hace el laird?

—¡No hay cuidado, amiga! El laird está pensando en sus caprichos de montañero. Habla solo y otras tonterías. ¡Oh! —prosiguió míster Gruff deteniéndose delante de las dos hermanas y con una sincera conmiseración—, ¡las dos encantadoras criaturas!

—¡Callad! —gritó agriamente *mistress* Gruff—, ¡sostened la linterna!

Con brazo robusto Gruff levantó el montante de la ventana, que la pobre Clary no había podido ni mover y abrió una linterna que estaba suspendida en la muralla exterior. *Mistress* Gruff le alargó una vela

encendida. La linterna, al encenderse, lanzó en la pared unos reflejos de un color amarillo vivo y brillante.

En el otro lado de la ventana había una segunda linterna que estaba cerrada por un cristal verde.

Esta segunda linterna ya la hemos visto brillar cierta noche de un domingo, en el Támesis, durante la niebla, y sabemos que servía de señal a la escuadrilla del buen capitán Paddy, que venía a cargar los despojos de los desgraciados que formaban el «pequeño negocio» de los esposos Gruff. En cuanto a la linterna amarilla, también era una señal, pero iba dirigida a los especuladores de la muerte. No anunciaba los despojos, sino los cadáveres.

Maese Gruff soltó el montante inferior de la ventana, que se deslizó, chirriando, a lo largo de las ranuras húmedas y volvió a caer ruidosamente.

En aquel momento, sonó un campanillazo.

—Aquí está maese Bob —dijo la mesonera—, ¡al trabajo, inmediatamente!

Los dos se dispusieron a levantar la mesa, que transportaron a un rincón de la habitación y Gruff, cogiendo, por medio de un gancho, una cuerda que se enrollaba a una polea atornillada a una de las vigas del techo, la hizo descender hasta el suelo. Mientras tanto, la hotelera separaba sin grandes cuidados, a las dos hermanas, que seguían abrazadas. Ella ya sabía que ahora no era fácil que se despertasen.

Extendieron dos sábanas en el suelo. Gruff y su mujer envolvieron a Clary y la colocaron en una especie de hamaca, previamente atada a un cabo de la cuerda. Por regla general, esta hamaca no servía nunca para seres vivientes.

Maese Gruff levantó una pesada rampa, cuyos goznes oxidados chirriaron y apareció un agujero.

—*«Who’s there?»* —preguntó en voz baja.

—*Fellow!* —contestó la voz de Bob, desde el fondo del agujero.

La polea empezó a dar vueltas y el bulto blanco que contenía a la pobre Clary desapareció en el agujero.

—¡No tan fuerte! —dijo Bob Lanterna—, ¡no se me vaya a averiar la mercancía, bribón! ¿Cuál es?

—¡Al diablo si lo sé! No he pensado en ponerle una etiqueta en la espalda —contestó Gruff en tono brusco—; la primera que me vino a mano. ¿La aguantáis?

—¡Atención!, ¡cuidado! ¡Es muy frágil el bulto, so bruto! ¡Ya!, ¡ya la cojo a esa querida niña! ¡Venga, la otra!

La cuerda volvió a subir. *Mistress* Gruff, durante esta primera operación había tenido tiempo para amortajar Anna, la cual ya estaba preparada para hacer también el viaje.

Pero en el preciso momento en que los dos esposos la colocaban en la hamaca, un ruido de pisadas se oyó en la puerta y la triste cara del laird Angus Mac-Farlane apareció en el umbral. *Mistress* Gruff, aterrada, soltó su presa; la cabeza de Anna, al no estar sostenida, cayó fuera de la hamaca y al caer separó el pedazo de sábana que la cubría. Sus largos cabellos, sueltos, llegaban hasta el suelo.

El laird había subido las escaleras, no porque tuviese ninguna sospecha, así como tampoco por curiosidad. La pendiente natural de sus pensamientos lo llevaba, frecuentemente, lejos de las cosas de este mundo, tal como sucede a todos los adeptos de aquella superstición endémica que existe en Escocia: la «doble vista». Llegó allí sin haberlo pensado y porque, generalmente, era su habitación.

—¡Fuera! —dijo, al entrar—; quiero estar solo.

Mistress Gruff, a pesar de su aturrullamiento, tuvo la sangre fría de colocarse entre él y Anna.

—Solamente nos queda un bulto para bajar, Vuestro Honor —balbuceó.

El laird se dirigió lentamente hasta el centro de la habitación.

—¡Suelta, desgraciado, suelta! —murmuró *mistress* Gruff, volviéndose a medias hacia su marido, que se había quedado como petrificado.

—Llamaréis a un coche de punto —dijo el laird, cuyas ideas pareció que retomaban a la realidad—, quiero llegarme hasta Comhill para ver a mis hijas.

—¡Qué contentas se pondrán, las pobrecillas! —se atrevió a decir la mesonera, y añadió dirigiéndose a su marido—. ¿Quieres soltar la polea, miserable?

El mesonero había quedado inmovilizado por el estupor. Era, naturalmente, un bribón desesperado; pero la presencia de aquel padre al lado de sus dos hijas sacrificadas, le paralizaba de terror y de temor, a la vez. Mientras tanto, el laird había llegado al centro del aposento y *mistress* Gruff era la única separación que había entre él y su hija, colgada por encima de la rampa abierta.

La habitación estaba iluminada únicamente por una vela, cuya luz, caía, desde lejos, verticalmente, sobre el hermoso rostro de Anna. Un paso más, y el laird se encontraría frente a frente con su hija.

La hostelera, en aquel momento decisivo, agarró la cuerda de la campana y tiró con todas sus fuerzas. El laird, con un movimiento lógico, levantó la cabeza para ver de donde venía aquel mido; en tanto, *mistress* Gruff dio un salto y apagó la vela.

Una completa obscuridad reinó en la habitación, pero un grito ronco del laird demostró que la vela, por muy rápida que fuese la acción de *mistress* Gruff, había brillado demasiado.

En el momento en que se desvanecía el último destello, Angus vio la cara de su hija.

Sintió en el corazón un dolor tan agudo, que le flaquearon las piernas y poco faltó para que se desplomara.

Mistress Gruff, primeramente desconcertada por el grito del laird, recuperó su valor prontamente viendo que éste quedaba inmóvil. Fue hasta la rampa, arrancó la cuerda de las manos de su marido y dejó accionar la polea.

—¡Rayos y truenos! —gruñó Bob, que no había dicho ni una sola palabra durante todo el tiempo, adivinando que algo ocurría en lo alto—. ¡Ese sinvergüenza de Gruff tira esto como si fuera un paquete de trapos viejos!

—¡Rema! —interrumpió la hostelera.

Y la pesada rampa cayó con estrépito.

Este ruido hizo estremecerse a Angus Mac-Farlane y lo devolvió a la realidad.

—¡Mi hija! —exclamó corriendo hacia el lugar donde había visto a Anna—; he visto a mi hija.

—¡Vuestra hija! —repitió la mesonera, intentando reír a carcajadas—. ¡Lo habéis oído, maese Gruff! ¡El laird vio a su hija!

—El laird ha visto a su hija —dijo automáticamente míster Gruff.

Mac-Farlane tanteaba en la obscuridad y solamente encontraba el suelo desnudo.

—¡Luz! —gritó, imperiosamente—; ¡que traigan luz, ahora mismo!

—Con mucho gusto, Vuestro Honor, ahora mismo. ¡No es menester que os enfadéis por eso!

Mistress Gruff volvió a encender la vela con la llama del gas que iluminaba la escalera. El laird echó una mirada ávida a su alrededor y se

oprimió la frente con sus manos.

Mistress Gruff sonrió y dijo melosamente:

—Vuestro Honor se ha quedado dormido al lado de la lumbre, abajo: ¿Habéis tenido una pesadilla?

—¡La he visto! —murmuró Angus desesperado—. ¡Oh! ¡La he visto! ¡Aquí!… ¡Dormida… o muerta!

Se inclinó para señalar el sitio. Un objeto blanco llamó su atención y lo cogió apresuradamente. Era un pañuelo de batista que tenía las iniciales C. M-F., bordadas encima de una rama de tejo. El laird se enderezó en toda su estatura; sus ojos lanzaron llamas y dejó escapar un gemido sordo.

—¡Y Clary, también! —exclamó con voz cavernosa—. ¡Las dos!… ¡Las dos a la vez!

En su rostro había la expresión de una amenaza tan terrible, que la hotelera huyó temblando y cerró la puerta detrás de ella, abandonando a su marido a la gracia de Dios.

Angus avanzó lentamente hacia él, de un manotazo le agarró por el pecho y lo tiró al suelo, como hubiera podido hacerlo con un niño.

—¡Piedad! ¡Piedad! —gritó el hostelero, medio muerto de miedo.

Angus, cuyos dientes estaban apretados hasta casi romperse, dijo, en tres veces, estas palabras:

—¿Las… habéis… matado?

—¡No, Vuestro Honor, no, por mi salud! —exclamó Gruff—; han bebido opio, nada más.

Un profundo suspiro se escapó del pecho del laird.

—Oye —dijo— si mientes, te mataré. ¿Adónde van a llevarlas?

—¡Por el nombre de Dios, lo ignoro! —respondió Gruff.

Angus lo arrastró hasta la ventana, haciendo subir el postigo.

—¿Qué es aquella barca? —preguntó.

Bob se entretuvo porque quiso asegurarse que su mercancía no estaba averiada; su barca estaba a unas cuarenta brazas de la vidriera.

Gruff la señaló con la mano al laird.

—Vuestro Honor, están allí dentro —dijo.

El laird se encaramó en el alféizar de la ventana y se lanzó al Támesis.

4. Un abordaje

La niebla se había levantado. El Támesis, silencioso, agitado por pequeñas olas, de las cuales los destellos de la luna hacían surgir millares de brillantes lentejuelas, extendía su vasta extensión hasta el pie del hotel del «Rey Jorge».

Bob había ya dejado atrás las últimas embarcaciones que estaban ancladas y se encontraba en el espacio libre del centro de la corriente. El laird, por el contrario, nadaba, todavía, por entre el desbarajuste de las barcas amarradas. El laird era un nadador formidable. Cortaba el agua con movimientos regulares y ganaba rápidamente terreno hacia la barca de Bob, el cual, como no desconfiaba de nada, no se apresuraba.

—A fe mía, le atrapará —se decía Gruff— el agua y él se conocen mucho; yo le he visto nadar durante más de una hora, en el Solway, al lado de su caballo, sin aliento… ¡Ah! ¡Maese Bob se las verá negras y digo que le estará muy bien!

—¿Qué es lo que estará bien, bobo de remate? —preguntó una voz agriada detrás de él.

—¿Estáis aquí, querida? —preguntó, desconcertado, el hotelero.

—¡Callad!, o, mejor dicho, ¡responded! ¿El viejo loco se ha echado al agua?

—Se ha echado al agua.

Mistress Gruff le dio una mirada de desconfianza y lo empujó bruscamente para tomar su sitio en la ventana.

—¿Qué es esto? —exclamó—. Veo a un hombre salir de la sombra de aquella gabarra… ¡No mintáis, míster Gruff, o podéis prepararos! ¿Aquel hombre es el laird?

—Sí —dijo el hostelero, a pesar suyo.

—¡Es el laird! —exclamó la mesonera poniéndose lívida de miedo y de rabia—. ¿Y aquella barca que se mueve a veinte brazas de él, es la barca de maese Bob?

—Sí —repitió el hotelero.

—¡Y no le avisáis, desgraciado! —prosiguió *mistress* Gruff, cuyas manos se crisparon como si hubiera querido destrozar la cara de su marido—. ¡La señal, en seguida, la señal!

Maese Gruff se inclinó al exterior de la ventana, apagó el fanal y puso sus dos manos delante de su boca. En el mismo instante, un ladrido formidable, cuyo eco debió atravesar toda la anchura del Támesis, se hizo oír. Maese Gruff volvió a meter las manos en los bolsillos; el ladrido cesó.

En el momento en que retumbó el ladrido, Bob Lantem acababa de sacarse la chaqueta para ponerla debajo de la cabeza de Anna. Aquel sonido conocido, le produjo el efecto de una sacudida eléctrica. Primeramente, se quedó inmóvil; luego, levantando muy despacio la cabeza por encima de la borda, miró alrededor de la barca con sus ojos penetrantes.

—¿Qué quiere decir todo esto? —murmuró—. ¿Es que mi vista me falla ya, para ver a cualquier lancha de la policía, con claro de luna? ¡Vamos!, debe ser un perro auténtico, algún dogo, seguramente, que tiene la voz de ese pícaro de Gruff.

Medio tranquilizado por el examen que acababa de practicar, dirigió la vista, sin embargo, hacia el hotel del «Rey Jorge». El farol amarillo estaba apagado. Bob palideció. No era, pues, un perro quien había ladrado. Se le señalaba un peligro. Se levantó, nuevamente, y su mirada interrogó cada punto de los alrededores de la barca.

—¡Dios me condene! —gruñó verdaderamente preocupado— que me muera si veo tan sólo a una cáscara de nuez en las aguas…

Se interrumpió, inclinó la cabeza hacia adelante y pareció multiplicar la agudeza de su mirada. Acababa de distinguir un objeto obscuro que se movía a unas quince brazas de su barca.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo—. ¿Qué tenemos aquí? ¡Es un hombre, a fe mía! ¡Y un excelente nadador!

El laird nadaba a unas quince brazas, aproximadamente, de la barca y cada movimiento suyo lo acercaba de una manera visible. No sabía que lo habían descubierto; los movimientos de Bob se le escapaban porque la luna, que brillaba encima del puente de Blackfriars, cogía a la barca de espaldas. Bob, por el contrario, veía perfectamente la parte del Támesis en donde nadaba el laird y podía, en cierto modo, calcular exactamente el minuto en que alcanzaría la barca. Pero el centelleo del agua provocado por el pecho de Angus, le impedía distinguir los rasgos de su rostro.

En aquel preciso momento le separaban, todo lo más, unas diez brazas del laird. Éste hizo un movimiento menos prudentemente mesurado que los otros, y su cabeza se elevó por completo por encima del agua. Bob le reconoció.

—¡Toma! ¡Toma! —murmuró sin inmutarse lo más mínimo—. ¿Quién diablos hubiera podido sospechar esto? ¡Hay que jugar fuerte, pues es un robusto mocetón y si fallo mi primer golpe, adiós, mercancía!

Tanteó por encima de su camisa y puso la mano encima del cuchillo que llevaba, pero sin sacarlo y se deslizó hasta los remos para coger uno de ellos. En aquel momento, Clary empezó a quejarse.

—¡Padre mío! —dijo, débilmente, pero sin abrir los ojos.

—¡Presente, preciosa muchacha! —gruñó Bob—. ¡Se diría que lo siente llegar!

El *laird* estaba solamente a tres o cuatro brazas. Al cabo de un minuto, Bob se puso repentinamente de pie; el remo describió una curva rápida; el laird desapareció por debajo del agua y ya no se le •vio más.

Bob colocó tranquilamente el remo en su sitio y se frotaba las manos, mirando el lugar donde el laird había desaparecido. No se veía nada. El agua se había vuelto a cerrar, guardando su presa.

—Se acabó el asunto —se dijo Bob—; prefiero haberlo liquidado con mi remo que no con una cuchillada. En otro tiempo, he comido su pan y he bebido su cerveza…, ¡buena cerveza, viejo Angus! Siempre es muy triste jugar con el cuchillo con un compañero.

En el momento en que Bob acababa de formular esta sentencia, oyó un leve ruido en la proa de la barca, y Bob, lentamente, se volvió, sin preocuparse.

Pero esta indiferencia no fue de muy larga duración. Bob sacó con presteza su cuchillo y se levantó. Acababa de ver una alta forma negra en la parte delantera de la barcaza. Un segundo después, el laird y Bob estaban frente a frente.

Bob tenía su cuchillo; el *laird* tenía en su mano un puñal escocés; los dos eran robustos y las probabilidades de triunfo parecían encontrarse equilibradas entre ambos. La luna acababa de esconderse detrás de una nube. Los dos adversarios permanecieron un segundo en guardia, observándose antes de atacar.

—Vete —dijo, finalmente, el laird con voz contenida—; mi puñal es más largo que tu cuchillo; pero mis dos hijas están con vida: oigo la

respiración de Clary. Vete: hubieras podido matar las; yo no quiero tu muerte.

Bob tuvo ganas de aprovechar la invitación. Pero la cobardía desapareció ante la avaricia. Pensó que las dos hermanas representaban un capital de trescientas libras, y decidió morir tan valientemente como podría hacerlo un hombre de honor.

—No sé nadar —dijo irónicamente.

—¡Vete! —repitió el laird, cuya terrible indignación hacía temblar su voz.

—¡Oídme! —exclamó Bob—, todo puede arreglarse…

En el preciso momento en que pronunciaba estas palabras que parecían anunciar una especie de capitulación, Bob se lanzó sobre el laird con la agilidad de un tigre y dio una cuchillada dirigida al corazón. Pero Angus estaba en guardia y paró el golpe. Una lucha breve, silenciosa y terrible, siguió. Al cabo de un minuto Bob vaciló, herido de una puñalada en la garganta. Angus lo revolcó y le puso una rodilla sobre el pecho.

Bob, al caer, topó con su cabeza el hombro de Clary, la cual medio despierta, se sentó.

El laird levantó el brazo para dar un último golpe. En aquel momento, la luna, saliendo de detrás de la nube que la cubría, iluminó el rostro de Angus.

—¡Padre mío! —gritó Clary.

El laird se volvió instintivamente. Bob Lantem, aprovechando este instante, se levantó de un salto y, sin perder tiempo en buscar su cuchillo que se le había escapado durante la lucha, agarró por el cuello al laird y apretó furiosamente.

Clary escondió su cabeza entre las manos, dando un grito de angustia.

Angus daba unos sordos estertores. Bob, sin dejar la garganta que estrangulaba entre sus dedos de acero, hizo dar violentamente una vuelta a la cabeza y la precipitó contra el banco varias veces. Luego levantó el cuerpo del laird por sobre la borda y, soltando la garganta, le levantó las piernas. El cuerpo se balanceó y cayó, inerte, en el Támesis.

—Esta vez, ya no volverá —murmuró Bob, cogiendo los remos, para alejarse del lugar de combate—. Vamos a ver las pequeñas, ahora.

Anna no se había despertado. Clary ya no dormía, pero estaba tendida, atravesada en la barca, sin sentido.

5. Belgrave Square

Detrás de los nobles jardines del palacio de Buckingham se extiende una plaza vasta y regularmente dibujada, cuyo parque interior no afecta en nada aquella forma redonda u ovalada que choca tan extrañamente en todo el resto de Londres, con los bloques de casas tiradas a cordel en forma cuadrangular. Las edificaciones que rodean este bello tapiz de verdor son todas palacios. Esta plaza lleva el nombre de Belgrave Square.

Don José María Telles de Alarcón, marqués de Río-Santo, ocupaba de todos estos palacios, el más grande y el más opulento. El lujo de esta aristocrática mansión ya era proverbial; las más suntuosas moradas del West End le cedían el lugar y la nobleza inglesa, tan rica, tan vanidosa, tan apasionada por la fama que da en el Reino Unido la exageración de un lujo llevado hasta la locura, inclinaba la frente ante la magnificencia y el boato babilónico desplegado por un extranjero. Era allí donde el marqués de Río-Santo recibía a todo lo que en Londres era lo más eminente, del género que fuese.

Eran, aproximadamente, las ocho de la tarde. No brillaba ninguna luz en los tres grandes salones de Irish House (éste era el nombre que Río-Santo había dado, no se sabía por qué motivo, a su palacio). La puerta de entrada, en el umbral de la cual había siempre dos ujieres con librea de lujo, estaba cerrada. El dueño no se encontraba en el palacio.

En uno de los apartamentos situados en la parte posterior y que iluminaba débilmente una lámpara cubierta por un globo de cristal esmerilado, un joven se hallaba sentado, o, mejor dicho, tumbado, sobre el terciopelo azul de una otomana y jugaba, distraídamente, con el pelo sedoso de un magnífico perro de raza. En el centro de la habitación se encontraba, de pie, el ciego Tyrrel.

—¿Cómo encontráis a «Lovely», *sir* Edmund? —preguntó, de repente, el joven.

«Lovely» era el nombre del perro de raza.

—La pregunta me parece impertinente, *signor* Angelo Bembo —contestó el ciego—. ¿No conocéis mi achaque?

—Es verdad, *sir* Edmund, es verdad —murmuró Bembo, cuyo despreocupado y hermoso rostro expresó un matiz burlón— vuestro achaque ya es conocido. ¡Es la mejor pluma de vuestra ala y estoy seguro de que no la cambiaríais ni por mil libras esterlinas de renta!

—¡Sí, por cierto! —replicó secamente Tyrrel.

—¿En verdad? A propósito, os quedaría siempre el recurso de haceros pasar por sordo. ¡Bájate, «Lovely»! ¡Qué me lleve el diablo si esta muchacha, esta Susannah, que no sé de dónde habéis sacado, no es la criatura más bella que he visto!

—¿Así lo creéis, *signore*?

—No arruguéis el ceño… no tengo ninguna pretensión sobre ella. Desde el momento que tiene alguna relación con vos, se convierte, para mí, en una venerable centenaria. Os quiero mucho a todos, tal como sois, pero no os tengo ningún afecto.

—Es una gran desgracia para nosotros, *signore*.

—¡No os profeso ningún afecto y si no fuese por don José, por quien me dejaría matar mil veces, hace ya mucho tiempo que habría mandado a vuestra asociación a todos los diablos!

—Sería para nosotros una gran pérdida, *signore* —dijo con frialdad, Tyrrel.

—Grande o pequeña, así sería, caballero. Entre vosotros hay una docena de tipos que me exasperan los nervios: el vuestro, en primer lugar, *sir* Edmund. No os enfadéis, os lo ruego. ¡Luego el del doctor Moore, que tiene un aspecto de vampiro, por mi honor! Luego, el de aquel fanfarrón de mayor Borougham. ¡Éste, un verdadero inglés! ¡Finalmente, y para no alargar demasiado la lista, la del pretendido doctor Muller, del cual quisiera ver el certificado de su diploma!

—Pedídselo, *signore*; se dice que corta la bala de una pistola a veinte pasos, con el filo de una navaja.

Angelo se levantó y empujó a «Lovely» con el pie.

—¡Ah! —exclamó— ¡me valoráis con vuestra moneda, señores!, véis a don José, mi amigo, mi maestro, lo confieso con orgullo, solamente bajo el aspecto que él se os muestra, a vosotros, instrumentos todos de sus deseos. Si supieseis…

—¿Qué? —preguntó Tyrrel, acercándose ávidamente.

Angelo se mordió el labio hasta hacerse sangre.

—Quieto, «Lovely» —murmuró ruborizándose—. ¡Maese Tyrrel o *sir* Edmund, no me miréis así; no veréis nada, puesto que sois ciego!

—¿Así pues, el marqués tiene proyectos que nosotros no conocemos? —preguntó sordamente el ciego.

—¿He dicho esto? Don José me quiere, pero yo no soy su confidente. Todo lo que sé es que su corazón es grande, su inteligencia profunda y su voluntad indomable.

El ciego empezó a recorrer el aposento arriba y abajo y pronto pareció quedar absorto en sus reflexiones. El caballero Angelo Bembo le seguía con mirada preocupada.

«¡Qué necesidad tenía yo de hablar con este hombre! —se decía—. ¡Si llego a decir una palabra más, hubiese traicionado un secreto que no me pertenece…, un secreto que adiviné por casualidad y que mi pobre cabeza es demasiado exigua para contenerlo!».

Angelo podía tener irnos veintidós años. Era uno de aquellos muchachos de perfil griego, clásico, que los pintores italianos iban a buscar, antiguamente, más allá de los mares, en las islas mediterráneas, para ponerlos en los lienzos con nombres de dioses o de héroes mitológicos.

Había nacido en Malta, donde sus padres, venecianos de origen, formaron parte de un gran Estado, en otro tiempo. La conquista inglesa había arruinado a su familia, y Angelo, huérfano de padres al salir casi de la infancia, se había encontrado lanzado a la vida, sin fortuna y sin apoyo.

El joven italiano fue presentado a Río-Santo, el cual se interesó por él en gran manera, al oír el relato de las persecuciones que su familia había sufrido por parte de Inglaterra. Angelo, desde entonces, se quedó ya con el marqués y le siguió cuando este último se fue a Londres. Una vez allí se separaron aparentemente. Angelo volvió a tomar, frente a la sociedad, su calidad de joven gentilhombre italiano y su posición independiente. Pero seguía teniendo su entrada privada en el palacio de Belgrave Square. Río-Santo le quería entrañablemente y Angelo correspondía a esta amistad con una dedicación sin límites.

Tyrrel seguía paseándose. Angelo jugaba con «Lovely». De repente, el hermoso perro enderezó sus cuatro patas y dio un alegre ladrido. Río-Santo entró, seguido por el doctor Moore.

Estaba pálido y parecía rendido por el cansancio.

—¡Bien, «Lovely», está bien! —dijo, apartando el perro, que, poco acostumbrado a este trato, se refugió, triste, al pie de la otomana—.

Buenas noches, Angel.

Apretó la mano de Bembo y lo atrajo hacia sí.

—Id a buscar el dinero que hay en el carruaje —dijo en voz baja—; hay diez mil libras esterlinas. Vienen de la casa de Comhill. Las llevaréis a mi caja.

Angelo salió.

—¿Qué hay, *sir* Edmund? —preguntó después, el marqués—; doctor, os ruego que me perdonéis; tomad asiento; perdonad, dentro de un momento estaré con vos.

—Vengo a saber si mi invención ha tenido éxito —respondió el ciego.

—Sois un hombre hábil, *sir* Edmund —replicó fríamente Río-Santo—. Todo ha salido bien y vos habéis ganado, hoy, cien guineas que mi tesorero tiene a vuestra disposición.

—No es todo, milord. Tenía que hablaros de esa joven judía, Susannah.

—¡Susannah! —interrumpió el marqués, pero ahora con dulzura y como si este hombre hubiese cosquilleado agradablemente su oído.

El ciego no pudo contener una sonrisa que hizo desaparecer inmediatamente, como si hubiese adivinado la altanera mirada que le lanzó Río-Santo.

—¡Hablad! —prosiguió el marqués, dejándose caer con cansancio en la otomana.

Tyrrel permaneció de pie y prosiguió:

—Esta joven, milord, es hermosa, como habréis podido ver, y admirablemente a propósito para representar el papel que le será confiado. Pero está enamorada y me temo…

—¿A quién ama? —interrumpió vivamente el marqués.

—A ese loco de Brian de Lancester —respondió Tyrrel.

—Brian es uno de nuestros instrumentos —murmuró el marqués, demasiado bajo para que Tyrrel pudiera oírlo—. Entre los defectos que *milords* y *miladies* dejan como herencia a sus hijos, ha conservado, por lo menos, un noble corazón. Estoy contento de que Susannah ame a Brian de Lancester, *sir* Edmund. ¡Es una criatura adorable!

—Adorable, seguramente, milord, puesto que Vuestra Señoría la juzga así; pero no se parece en nada a las otras mujeres. El temor no tiene ninguna influencia en ella y mucho me temo que algunas indiscreciones…

—¿Le ama mucho, pues?

—Con amor ardiente, milord. Yo diría con un amor sublime, si no detestara las grandes frases que los poetas han convertido en frases ridículas.

—¡Sois muy severo, *sir* Edmund y ese Brian es un hombre feliz!

El ciego reprimió una sonrisa; Río-Santo prosiguió después de algunos segundos de silencio:

—Se acerca el momento en que todos los que me hayan servido tendrán su recompensa hasta mucho más allá de sus esperanzas y a cubierto de toda preocupación. Cuidad de Susannah, pero no la separéis de Brian. Esta joven ha sabido interesarme, *sir* Edmund, no lo olvidéis y obrad en consecuencia.

Terminó de hablar. El ciego se inclinó profundamente y salió. Río-Santo se quedó solo con el doctor Moore.

6. Diplomacia

Después que hubo salido el ciego, el marqués permaneció un rato pensativo. Por dos o tres veces murmuró el nombre de Susannah, como si este nombre hubiese hecho vibrar en su interior alguna cuerda muy amada.

—Son sus ojos —murmuró, al fin—. ¡Pero más orgullosos!, su frente, pero más ancha; es toda su belleza, pero más altanera y más fuerte. Quisiera hacerla feliz en recuerdo de mi pasada felicidad…

Llamó con un gesto al doctor Moore, que había estado apartado durante la conversación que tuvo con Tyrrel.

—¿Cómo habéis encontrado a *miss* Trevor? —preguntó Río-Santo.

—¡Mal, milord, muy mal! —respondió el señor Moore moviendo gravemente la cabeza—. El origen, completamente moral, de su sufrimiento hace difícil el tratamiento, por no decir imposible. Para esto solamente conozco un remedio.

—¿Cuál?

—La felicidad.

Río-Santo bajó la cabeza. Una nube de tristeza ensombreció su frente.

—Doctor —dijo, después de un silencio—, este matrimonio es una necesidad.

—Incontestablemente, milord.

—¿No hay esperanza?

—Milord, anteayer he hecho la prueba de mi remedio que podría ser soberano.

—¿Qué remedio?

—He querido envenenar al Honorable Frank Perceval —respondió el doctor con una increíble sangre fría.

Río-Santo se levantó de un salto de su asiento y su pálida frente enrojeció, vivamente.

—¿Habéis querido?… —empezó, con tono violento.

—Envenenar a Frank Perceval, milord —terminó Moore, sin ninguna emoción.

Río-Santo estaba erguido. Su mirada lanzaba rayos de indignación, luego fijóse, pesada y severamente, en el rostro del doctor.

—Os había encargado una misión de confianza —dijo con tono autoritario—, os había encargado que socorrieseis a Frank Perceval, al cual perdoné la vida, ya lo sabéis, voluntariamente. En lugar de socorrerle, quisisteis asesinarle, sin tan sólo pensar que semejante acto, incluso aparte de su inexcusable infamia, podía atraer sobre mi persona odiosas sospechas. Es un golpe audaz, caballero y que podría hacer que os arrepintierais por él.

—Sabía que era vuestro rival, milord, yo quería…

—La gente que me sirve no han de tener voluntad, caballero.

—¡Eh! ¡Milord! —exclamó el doctor— sois poderoso, ya lo sabemos; pero yo soy lord de la noche, exactamente como Vuestra Señoría.

—¡Como yo! —repitió el marqués con un supremo desdén.

—¡Perdón, milord, exactamente como vos!

El doctor fue irguiendo lentamente su cuerpo y esforzóse en reunir toda su sangre fría para poder levantar los ojos hasta el marqués de Río-Santo.

—Milord —prosiguió— hemos puesto todos, en vos, una confianza ilimitada. Nuestros reglamentos no os comprometen; tenéis unos derechos y no tenéis ningún deber. Pero ya lo habéis dicho hace un momento: «Este matrimonio es una necesidad». Pero este matrimonio se os escapa, ¿lo entendéis? Y no conozco en Londres, en el presente momento, a ningún par de Inglaterra sin heredero varón y que tenga solamente una hija.

El marqués no contestó inmediatamente. Dio una o dos vueltas por el salón y volvió a situarse delante de Moore.

—Si hubieseis conseguido envenenar a Perceval —dijo— os juro que os hubiera hecho ahorcar.

Moore se estremeció de una manera tan visible, que hubiera sido manifiesto para todo observador, que la amenaza no era una vana fanfarronada. Río-Santo volvió a tumbarse con gesto despreocupado en la otomana.

—Pero no lo habéis conseguido —prosiguió— y os perdono.

El reloj tocó las ocho en aquel momento. El marqués prosiguió:

—Me quedan solamente cinco minutos para dedicaros, caballero, y no habéis contestado todavía a mi pregunta.

Moore tuvo un momento de vacilación.

—Nos queda un recurso, milord. Es muy precario, debo confesarlo y quién sabe, por otra parte, si no provocará alguno de los generosos escrúpulos que a veces pueden escandalizarnos, pero ¿es que no tenemos el derecho de combatir?

—¡Explicaos! —dijo Río-Santo.

—Toda enfermedad tiene su antídoto, milord; la naturaleza es sabia: únicamente la ciencia es insuficiente y limitada. Hay que hacer experimentos. Pero, hacer experimentos en *miss* Trevor…

—¡Os guardaréis muy bien! —exclamó vivamente el marqués.

—Me satisface al ver que os adelantáis a mi pensamiento, milord: nos queda el hacer experimentos en otro. Pero aquí, no se trata de un cadáver cortado a trozos que podría iluminar mi ignorancia. He de preguntar a la vida; es necesario que, en una joven de la misma edad de *miss* Mary, yo provoque artificialmente unos fenómenos semejantes a los que constituyen los síntomas de su enfermedad…

—¡Pero esto es horroroso, caballero! —dijo el marqués con repugnancia.

—Sí, milord…, esos síntomas provocados debo combatirlos a tientas, a ciegas…

—¡Pero esto podría constituir un asesinato!

—Sí, milord: hay diez probabilidades contra una que la joven de la cual os hablo, perecerá.

—¡Después de horribles torturas! ¡Después de un largo suplicio!

—¡Sí, milord!

—¿No podéis encontrar otro medio, caballero? —preguntó Río-Santo con gran agitación.

—Si Vuestra Señoría lo desea, lo intentaré; pero el tiempo apremia y cada hora de retraso agrava la situación de milss Trevor.

Río-Santo pasó la mano por su frente, en la cual había gruesas gotas de sudor.

—Vuestra Señoría me había concedido cinco minutos —dijo el doctor Moore—. ¡Los cinco minutos han pasado ya!

—Salvad a Mary —pronunció Río-Santo con voz apenas inteligible—, salvad a Mary, sin sacrificar a la joven.

—Lo intentaré, milord —dijo el doctor Moore.

Río-Santo agitó el cordón de seda de una campanilla. Apareció un criado.

—¿Espera alguien, Toby? —preguntó Río-Santo.

—Un *gentleman* envuelto en un abrigo, milord. Ha entrado por la puerta posterior.

—Introducidlo.

El cortinaje se levantó bruscamente y un hombre de alta estatura, cuyo rostro, en parte, estaba oculto por las pieles de un amplio abrigo, entró en el salón con paso pesado y haciendo sonar, encima de las alfombras, las espuelas de sus botas, admirablemente relucientes.

—¿Cómo está la salud de Vuestra Gracia? —preguntó Río-Santo, haciendo un saludo de corte.

—Bien, bien, milord —respondió el recién llegado, el cual se despojó de su abrigo y descubrió un rostro huesudo, con pómulos exageradamente salientes, mandíbula de caballo y estrecha frente poblada.



Dimitri Nicolaewitsch, príncipe Tolstoi

Su Gracia era un tártaro. ¡Un príncipe tártaro, nada menos! Dimitri Nicolaewitsch, príncipe de Tolstoi, embajador del zar Nicolás, en la corte de Su Majestad Británica Guillermo IV. Dejóse caer en la otomana, al lado del Río-Santo.

—Marqués —dijo— todo esto ya dura demasiado y el emperador, mi señor, empieza a impacientarse.

—Es muy desagradable, milord —respondió Río-Santo amablemente.

El príncipe reprimió un gesto de impaciencia.

—Parece que os tomáis muy filosóficamente el descontento del zar, caballero —dijo—. Cuando Su Majestad Imperial entre en cólera contra uno de sus agentes, este agente puede empezar a temblar y a humillarse…

—No sé temblar, milord —interrumpió Río-Santo sin elevar el tono de su voz— y, además, tengo demasiado poco orgullo para tener ocasión de humillarme jamás. Por otra parte, permitidme que rectifique una expresión que se os ha escapado, sin duda alguna: me habéis clasificado entre los agentes de Su Majestad Imperial.

—¿Y qué sois, si no, caballero?

—Príncipe, sería necesario, quizás, una larguísima historia para poder contestar a esta pregunta, pero yo no tengo tiempo de contárosla, ni vos de escucharla. Me limitaré, pues, a deciros lo que no soy: No soy el agente de vuestro amo, milord.

El ruso dio un violento golpe en la alfombra con su espuela.

—¡Pardiez!, caballero —contestó sin disimular su cólera—. ¡He aquí una audacia con la que no me esperaba! Después de haber puesto sumas enormes en vuestras manos…

—Por las cuales doy las gracias muy sinceramente y del fondo de mi corazón a Vuestra Gracia. Debo deciros que han servido poderosamente a mis proyectos.

—Después de haberme dejado pillar con engañosas promesas…

—¡Ni una palabra más, caballero! —dijo Río-Santo con voz breve y mirada soberana, ante la cual la orgullosa cólera del tártaro cayó como por encanto.

»Perdonad, milord, por haber interrumpido a Vuestra Gracia —prosiguió inmediatamente Río-Santo, en tono de conversación—. Ibais a pronunciar unas palabras que necesitan un castigo positivo, y yo tengo necesidad de no perder la cooperación de Su Majestad Imperial. Haced el favor de comprenderme, milord, y no rompáis, por unos motivos triviales, un pacto que nos es, mutuamente, beneficioso.

—¡Maravilloso! —murmuró Tolstoi— entonces, vamos a tratar de potencia a potencia, según parece, a saber: vos, señor marqués, por cuenta de Su Señoría, y yo, por el emperador, mi señor: ¡Será magnífico!

—Ciertamente, milord —replicó tranquilamente Río-Santo—. Tanto es así que vuestras instrucciones encierran un parágrafo especial que me concierne.

—¿Cómo lo sabéis?

—Permitid. Estas sumas, por las cuales habéis hecho tanto ruido, no completan el contingente del cual sois el encargado de remitirme de parte de Su Majestad Imperial.

—¿Qué quiere decir esto, caballero?

—Que sois mi deudor de unos trescientos mil rublos, caballero.

El príncipe abrió la boca y miró a Río-Santo con ojos muy asombrados.

—De trescientos a trescientos cincuenta mil, aproximadamente, milord —terminó el marqués tranquilamente—; tengo los albaranes en mi caja. Estoy segurísimo de que Vuestra Gracia tendrá el buen gusto de no darme un mentís.

—¡Oh!, no, ¡palabra! —dijo el príncipe lleno de confusión—. Su Majestad, en efecto, me había encargado… ¡Es algo increíble! Podéis estar persuadido de que mi intención… ¿Pero, tenéis, pues, un embajador en San Petersburgo, caballero?

Río-Santo se inclinó graciosamente, en señal de afirmación.

—Como podéis ver, milord —dijo Río-Santo— nosotros tratamos de potencia a potencia, a saber: Vuestra Gracia, conmigo; mi enviado, con vuestro amo. Pero, dejemos ya esto. Quiero que Vuestra Gracia sepa, ya, de una vez, que el oro de Rusia forma solamente una pequeñísima parte de mis recursos. Y si tuviéseis necesidad, milord, para el servicio de vuestro amo, de algunos adelantos… dos o tres millones de francos… el doble… o, incluso, mayores cantidades, os ruego que me consideréis como estando a vuestra disposición.

7. Politica

El príncipe Dimitri Tolstoi, embajador de Rusia, guardó, durante algunos segundos, un silencio embarazoso. Contemplaba, disimuladamente a Río-Santo, como si quisiese adivinar, de repente, el secreto de este hombre, quien, levantando un poco el misterio que le rodeaba, acababa de mostrarse ante él, bajo un aspecto tan raro.

—¿Me será permitido formular una pregunta a Vuestra Señoría? —le preguntó, al fin.

—Por regla general —respondió Río-Santo, sonriendo—. Vuestra Gracia me pregunta sin querer saber si me place o no la pregunta.

El príncipe vaciló un instante, luego, como si esta pregunta hubiese levantado por sí misma sus labios carnosos, preguntó:

—¿Conocéis particularmente al emperador, señor marqués?

—Sí, milord.

—¡Ah! —dijo Tolstoi, cubriéndose con una nueva capa de cortés reserva.

—Nicolás Paulowitsch —prosiguió Río-Santo— me ha hecho el honor de escucharme exponiéndole ciertos planes que, en aquel tiempo, estaban solamente en mi cabeza en estado de vagos proyectos. ¡Fui admitido a su presencia, por la noche, después de la recepción de la corte, y muy a menudo el alba ha venido a poner fin a nuestras entrevistas, querido príncipe!

—¡De veras, señor marqués! —dijo el príncipe encogiéndose en la otomana.

—Sí, muy a menudo —prosiguió Río-Santo, que parecía dejarse llevar por sus recuerdos—. Una vez, después de una extensa conversación, en el curso de la cual me dejé llevar por todo el entusiasmo de mi ardiente religión política, Su Majestad se dignó cogerme de la mano y prendió en mi pecho esta cruz que podéis ver.

El marqués señaló la gran cruz de San Jorge de Rusia, que brillaba entre las insignias del Águila Roja de Prusia y las de la Orden de María-

Teresa de Austria.

El príncipe se irguió en toda su enorme estatura y con todo el rigor de un uniforme de etiqueta.

—Nicolás Paulowitsch —prosiguió, todavía Río-Santo— se acuerda de mí, milord y yo le reservo un lugar respetuoso en el fondo de mi pensamiento. Mi fe política difiere de la suya, tanto como el día difiere de la noche, pero una pasión común amos acerca; yo, el débil particular y él, el poderoso príncipe: los dos nos encontramos dentro del mismo odio. ¡Ah!, ¡sean cuales sean sus equivocaciones respecto del mundo y de la libertad, vuestro emperador tiene una alma robusta, príncipe y una voluntad real!

El marqués se calló. Tolstoi, silencioso, permaneció inmóvil, como todo ruso bien educado frente a su superior. Río-Santo había tomado, a sus ojos, unas proporciones fantásticas y esta mano que había tocado la mano de Nicolás, le parecía que brillaba con unas luces sobrehumanas.

—Perdón, milord —dijo, de repente, Río-Santo, sacudiendo su ensueño—. Nos hemos alejado mucho del motivo de vuestra visita. Habéis venido para pedirme una explicación…

—¡Una explicación a vos, señor marqués!

—¡Vuestra Gracia tiene una memoria palaciega! —replicó Río-Santo, sonriendo—; no hace ni un cuarto de hora que me pedíais cuentas, como agente…

—¡Ruego a Vuestra Señoría que no me confunda más! —dijo el príncipe—. Su Majestad el Emperador, mi augusto amo, no me había dicho nada del hombre al cual tendría el insigne honor de transmitirle los fondos y, en verdad, yo creía…

—¿Qué creíais, milord?

El príncipe se levantó.

—Milord —dijo el príncipe, saludando con rigidez— confieso, con toda franqueza, que el misterio de vuestra conducta me ha intrigado enormemente hasta el presente, no como simple particular, sino como representante del emperador, mi señor. Yo os entregaba sumas que me era permitido mirar como muy considerables; quizá sea natural…

—Muy natural, príncipe y no podíais pensar otra cosa, sino que el dinero de vuestro soberano servía para mantener el lujo casi real con el cual me rodeo…

—No he dicho esto, señor marqués.

—Pero lo habéis pensado. No toquemos más este punto. He de pediros un favor, milord —dijo Río-Santo.

El príncipe levantó sus ojos grises extrañados y volvió a cubrirlos bajo sus espesas cejas.

—Señor marqués, estoy a vuestra disposición.

Río-Santo abrió el cajón de una mesa de laca antigua y tomó un papel que alargó al embajador.

—Tomad conocimiento de este escrito, milord —dijo.

El ruso desplegó el papel y empezó seguidamente la lectura. Río-Santo, durante este tiempo, había sacado de su pecho una cartera y se ocupaba de poner en orden diversos documentos, sin tomarse la molestia de observar en la fisonomía del príncipe los efectos producidos por el escrito que tenía entre las manos. Llegado al final de su lectura, éste dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Es el plan de Napoleón! —murmuró.

Río-Santo cerró su cartera.

—El plan de Napoleón, ampliado y apropiado al estado de paz europea —continuó el ruso, hablando para sí.

—Tuve el honor de ver a Su Majestad el Emperador de los franceses en Santa Helena, el año anterior a su muerte, que todavía lloramos —respondió Río-Santo—; él, también, odiaba con toda su alma, todo lo que yo odio. He tenido ocasión de aprovechar, milord, las enseñanzas de su alta e iluminada palabra. ¿Este proyecto, puede obtener la aprobación de Vuestra Gracia?

—Este proyecto no tiene necesidad de ella, milord —respondió Tolstoi, poniéndose inmediatamente a la reserva.

—Al contrario, milord, y cuento absolutamente con vos para proseguir eficazmente lo que ya está empezado. Cok vos y únicamente con vos, milord, porque vuestra habilidad, suficientemente conocida, por otra parte, os ha situado en el cuerpo diplomático en una posición importante, a la cual puede añadirse la categoría de la potencia que vos representáis. Espero la respuesta de Vuestra Gracia.

Tolstoi contestó, después de algunos segundos de silencio.

—Señor marqués, por mucha simpatía que yo pueda sentir, por razón natural, por un proyecto, cuya realización serviría, debo confesarlo, al más alto grado la política del emperador, mi señor, me veo forzado, si Vuestra Señoría me lo permite, a mantenerme apartado del asunto.

—¿Así, debo deducir que me negáis vuestra colaboración milord? —dijo el marqués.

—Lo siento sinceramente, señor marqués. Si permitís que exprese mi humilde opinión a Vuestra Señoría, le aconsejaría que durmiese encima de este proyecto y que pensase un poco en Napoleón, que murió en Santa Helena por haber querido intentar lo que Vuestra Señoría me propone.

Tolstoi sonrió, saludó y se dirigió por segunda vez hacia la puerta.

—Milord —dijo Río-Santo, sin intentar retenerlo—, veo que me veré obligado a recurrir al emperador, vuestro amo.

—Magnífico, señor marqués; pero hasta allí…

—¿Cuánto tiempo creéis, milord, que pueda tardar en recibir una carta de Su Majestad Imperial? —interrumpió el marqués, en tono despreocupado.

Al decir esto, volvió a abrir su hermosa cartera e introdujo una llave minúscula en la cerradura de uno de sus compartimientos.

—¿Cuánto tiempo? —balbuceó— yo creo…

—Es menester un minuto, milord —prosiguió Río-Santo dirigiendo su mirada altanera hacia el rostro de Tolstoi, que quedó petrificado en el suelo.

Y de su cartera sacó un ancho sobre cerrado y sellado con las armas de los Romanoff, debajo de la corona imperial. Tolstoi, así que vio el sello imperial, inclinó la cabeza y cruzó sus manos encima del pecho, tal como hacen —según dicen— los visires turcos delante del cordón de seda que los estrangulará.

—Leed, milord —dijo Río Santo.

El príncipe abrió el sobre y sacó una hoja de papel, del cual pendía el sello privado del emperador. La hoja de papel estaba en blanco, pero Tolstoi sabía lo que debía de hacer y no tenía deseos de mostrarse recalcitrante. Fue hasta el hogar y acercó el papel a la llama. Al cabo de medio minuto unos caracteres trazados con tinta verdosa, aparecieron sobre la blancura del papel.

Había solamente dos líneas escritas en cifras, y una firma. Tolstoi, a su vez, cogió de su cartera un papel, algo arrugado, gastado por el largo uso y lo extendió encima del mármol de la chimenea, al lado del papel con el sello imperial. El papel arrugado era una clave cifrada. He aquí lo que leyó milord el embajador.

«Nuestra voluntad es que Dimitri Nicolaewitsch Tolstoi, obedezca las instrucciones que pueda darle don José-María Telles de Alarcón, marqués

de Río-Santo».

El príncipe dio vueltas y más vueltas a la misiva, en todos los sentidos; la comparó minuciosamente con la clave cifrada y por fin la entregó al marqués, diciendo:

—Milord, disponed de mí, como queráis.

Una prolongada y grave conferencia tuvo lugar entre el marqués y el embajador. Después, el príncipe Dimitri Tolstoi se retiró por la puerta posterior, que ya le había dado entrada.

Una vez que se hubo quedado solo, Río-Santo se dejó caer, extenuado, en la otomana. Eran las diez de la noche, aproximadamente. Por regla general, pasaba una gran parte de la noche recuperando el tiempo que la sociedad le robaba, pero aquella noche, el cansancio fue más fuerte que su voluntad. Mientras intentaba reflexionar, su cabeza se inclinó encima de los cojines de la otomana y se durmió. Su sueño fue agitado e intranquilo. El reloj, al dar las doce campanadas de la noche, le despertó con sobresalto. Se levantó, pero al primer paso que hizo, su pie tropezó contra el cuerpo de un hombre tendido, sobre la alfombra, sin movimiento. No era ningún malhechor, ya que el robusto y hermoso «Lovely» se había echado a su lado y le lamía el rostro, gimiendo lastimeramente.

Río-Santo se arrodilló. El hombre que se hallaba sobre la alfombra, tenía la cara llena de sangre y sus cabellos mojados, caían, sueltos, a su alrededor. Su traje escocés estaba completamente empapado y manchado de sangre.

Río-Santo dio un grito de sorpresa al ver la cara de aquel hombre. Corrió y cogió una vela, pues no podía creer a sus ojos. La vela le demostró que no se había equivocado.

—¡Angus! ¡Angus! —gritó—. ¡Hermano mío!

El laird no se movió. Río-Santo lo levantó y lo puso encima de la otomana. Los ojos del marqués estaban llenos de lágrimas mientras repetía:

—¡Angus! ¡Angus, hermano mío!

—¡Las dos! ¡Las dos, Dios mío! —dijo el herido en un estertor, con voz desgarradora—. ¡Las dos perdidas!

Dicho esto, sus ojos se cerraron, y cayó, pesadamente, hacia atrás.

8. Soledad

Había transcurrido una semana. Susannah se encontraba sola en el pequeño salón donde la hemos visto ya, conversando con Brian de Lancester. Tenía un libro en la mano y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y es que, desde hacía ocho días, Susannah había dado muchos pasos en la vida. La atmósfera de ignorancia y de triste dolor que la había oprimido durante tanto tiempo, acababa de dejar pasar un rayo de sol. Desde hacía una semana, veía casi cada día a *lady* Ophelia, condesa de Derby y a Brian de Lancester.

Lady Ophelia, menos joven y más experta en las cosas del mundo, representaba el papel de la hermana mayor que substituye a la madre, si es que una madre se puede substituir. Susannah, más ignorante, más fuerte, y dotada de una inteligencia superior, era la alumna que esperaba convertirse en maestra.

Su manera de vestir había seguido, en cierto modo, un cambio análogo al de su ser. Todavía no se parecía en todo a aquellas que nuestras *ladies* comparten fraternalmente con sus doncellas, pero ella ya no afectaba aquella audacia casi teatral que hace sobresalir la belleza, en detrimento del encanto. Sus opulentos cabellos negros caían en bucles a lo largo de sus mejillas, recogidas, solamente en la nuca, con un peine de concha. Un vestido de seda negro, completamente cerrado, ceñía los contornos exquisitos de su pecho. Este porte sencillo, al cual Susannah le daba una suma elegancia, le daba toda la juventud que ocultaba el lujo de sus otros adornos. Ahora se la veían, verdaderamente, una joven. Un algo muy dulce, tierno y soñador se le adivinaba alrededor de su frente.

El libro que tenía medio cerrado entre sus manos, era un volumen de Goldsmith, y con el dedo tendido señalaba la página en donde Primrose llora la huida de su hija.

Susannah todavía no sabía lo suficiente para comprender enteramente la serena poesía que exhala este relato. Este sincero dolor lo

sintió en su corazón. Las lágrimas se asomaron a sus ojos. Susannah cerró el libro.

Por primera vez, acababa de comprender y de envidiar la felicidad de aquellas que tienen una madre. La madre de Susannah la había abandonado en la cuna; había huido lejos de las sonrisas de su hija y no se preocupó nunca, probablemente, ni de sus penas, ni de su amor.

Así, por lo menos, la describía el judío que había sido el padre de Susannah.

A ésta no se le había ocurrido nunca poner en duda esta afirmación, pero ahora, la nueva pendiente de sus ideas la empujaba imperiosamente hacia el perdón y la ternura.

¡Oh!, ¡cómo hubiera ella amado a su madre y qué dulce sonaba a su oído esta palabra! Frunció el ceño y puso su cabeza entre sus manos. Demasiadas veces su padre había acusado a aquella mujer, para que le fuese permitido conservar alguna ilusión. El recuerdo y el pesar mismo, faltaban a la pobre Susannah. ¡No había nada en su pasado, solamente tinieblas, abandono y soledad!

Durante mucho rato su meditación estuvo entre el buen y el mal pensamiento, lo mismo que las piedras de las playas, entre el flujo y el reflujo. Las horas pasaron. Aquel día, Brian tardaba mucho. Generalmente, la hermosa muchacha no tenía necesidad de desear su presencia y nunca se había hecho esperar tanto. El «eccentric man», efectivamente, se dormía a los pies de la princesa de Longueville. Su lucha apasionada contra su hermano o, mejor dicho, contra el derecho de primogenitura, tenía un descanso, ahora. Susannah llenaba su vida.

Susannah hubiera podido hacerle someter bajo el yugo de una de aquellas tiranías femeninas, que no puede compararse con ninguna otra tiranía, pero Susannah se guardaba mucho de hacerlo. Amaba tanto o más que Brian. Ahora sentía y cada día más vivamente, todo lo que eran desdichas bajo los falsos oropeles de su nueva posición. A medida que iba iniciándose en las cosas del gran mundo, comprendía el vacío y los peligros de esta existencia excepcional, que le era impuesta. Se sentía y se sabía esclava. Adivinaba a su alrededor un misterioso espionaje y temblaba pensando que en cualquier momento, un hombre podía venir y hablarle como dueño.

Recordaba la escena que se representó en la cabecera de la cama de Perceval. La voz de su conciencia le decía que ella había sido el

instrumento de una tenebrosa intriga y que aquel beso en la frente de un agonizante seguramente debió hacer derramar muchas lágrimas…

Entonces, su orgullosa naturaleza, súbitamente rebelada, le aconsejaba rechazar aquella oculta tiranía y pisotearla. ¡Pero amaba tanto! ¡Morir! ¡Morir ahora que sabía lo que era la felicidad!

A menudo, cuando Brian estaba a su lado, su boca se abría al mismo tiempo que su corazón: estaba a punto de confesárselo todo a aquel hombre que tenía el derecho de saber. Pero ¿no le habían dicho que el peligro no sería para ella sola y que la espada misteriosa de la asociación amenazaba también la cabeza de Lancester?

Su sufrimiento no debía detenerse aquí. Lancester pidió su mano. Primeramente, se sintió feliz, muy feliz, pues ella no vio en el matrimonio, más que una unión indisoluble, no teniendo término más que con la muerte. Qué podía soñar, pues, de más hermoso. Pero cada día, ya lo hemos dicho, traía su enseñanza. Susannah preguntó; supo que el mundo había puesto alrededor de esta unión unas reglas que no deben quebrantarse y el corazón se le estremeció al pensar en aquello a que ella se debía, lo que, en realidad, representaba, bajo el título que se le había atribuido, de princesa.

Brian le dijo un día:

—No queréis descender hasta mí.

Estas palabras le desgarraron el corazón, pero no tuvo más remedio que callar.

Hoy pensaba en todas estas cosas esperando a Brian que no acababa de llegar. Estaba muy triste. El libro que estaba leyendo se le escapó de las manos.

—¡Quizás no quiera venir más! —murmuró.

Sus hermosos ojos se levantaron hacia el cielo, mientras sus manos se juntaban con fuerza.

La oración lleva en sí esperanza y consuelo. La frente de Susannah recuperó su noble serenidad. Se levantó y paseó sus dedos por el teclado de un magnífico piano que la duquesa viuda de Gêvres hizo colocar en su gabinete. Al principio, los acordes se sucedieron caprichosamente y como por casualidad. Luego, por entre su armoniosa confusión, surgió una melodía. Después, la voz de Susannah, de timbre maravilloso, se unió a la armonía. El aposento quedó impregnado por un encantador concierto.

Cantaba una de aquellas canciones italianas llenas de piedad mística y ardiente plegaria. Al cantar, Susannah olvidó sus tristezas y sinsabores.

Su frente estaba iluminada. Su mirada, sumergida en un éxtasis inspirado, parecía ver a la madona a la cual se dirigían sus plegarias y su canto. Estaba bella como aquellas vírgenes, de rasgos sublimes, que pintaron en los lienzos los pintores romanos.

Hacía un minuto, aproximadamente, que la puerta se había abierto y Brian de Lancester había aparecido en el umbral, con los cabellos alborotados y el rostro cubierto de sudor y las ropas en desorden. A la vista de Susannah, cuyo rostro podía ver a través de un espejo colgado frente a ella, Lancester no pudo evitar un gesto de admiración silenciosa. Luego, en éxtasis, se puso a escuchar.

9. «Ruby»

Las últimas vibraciones de la voz de Susannah fueron apagándose bajo un conjunto de acordes. Luego, el piano enmudeció, a su vez. La hermosa muchacha levantó sus ojos emocionados y encontró, en el espejo, la mirada ardiente de Lancester. Se estremeció y ruborizóse, no de vergüenza, sino de placer. Brian le besó la mano.

Se sentaron uno cerca del otro y permanecieron algunos segundos sin hablar. Susannah se sentía feliz porque veía a Brian. Brian se sentía todavía bajo el influjo de la impresión reciente: admiraba silenciosamente y desde el fondo de su alma.

—Milord —dijo finalmente Susannah—; ¡es la primera vez que venís tan tarde!

—¿Era para mí vuestra plegaria? —preguntó Brian, como si no quisiese contestar a la pregunta de Susannah—, los ángeles deben cantar como vos, Susannah.

Susannah no bajó la vista.

—Cuando rezo, milord —dijo ella—, ¡es siempre por vos! ¿Pero quién os ha retenido lejos de mí? Cuando no estáis a mi lado, me siento triste. Si algún día no llegaseis a venir…

—Si llegase este día, *milady*, es que habría muerto.

Los ojos de Susannah lanzaron destellos de felicidad.

—Gracias —dijo con voz contenida—. Os creo, Brian, y estoy orgullosa de vuestro amor.

Susannah puso su mano en la de Brian y, de repente, le preguntó:

—¿De dónde venís, milord?

Su mirada asustada recorría la figura de Lancester de pies a cabeza con extrañeza y, efectivamente, el aspecto de Brian tenía motivos para sorprender. Sus cabellos alborotados cubrían, en parte, su cara. La frente estaba húmeda de sudor y, con el sudor, se mezclaban algunas gotas de sangre. El paño de su traje negro estaba desgarrado en varios sitios; su corbata, desanudada, se sostenía apenas. Grandes manchas de barro se

veían, en sus botas de charol y podía verse la piel lacerada de sus dedos, a través de sus guantes rotos.

La pregunta de Susannah, que, en el fondo, era completamente lógica, pareció lanzar, de repente, a Brian de Lancester, fuera del círculo sentimental dentro del cual languidecía desde hacía algunos minutos. Entonces Brian se levantó de una manera brusca y se puso delante del espejo.

—Perdón, *milady*, os pido mil perdones —dijo—; por mi honor, os aseguro que no creí haber sido tan maltratado.

—¡Pero, en nombre del cielo! ¿Milord, qué os ha ocurrido? —exclamó Susannah realmente intranquila.

—Una cosa muy grave —respondió Lancester, sonriendo—; lo más grave que pueda ocurrir, *milady*. Acabo de hacerme reo del crimen de alta traición.

Estas palabras no tenían significado alguno para la princesa de Longueville.

—¡De alta traición! —repitió ella.

—Sí, *milady* —continuó Brian, el cual, con un gesto echó hacia atrás su hermosa cabellera rizada—, pero esto no admite ninguna excusa, y os suplico que creáis que si me hubiese visto en un espejo antes de llamar a vuestra puerta…

—Pero, milord —interrumpió la princesa— esto no me da ninguna explicación…

—Es cierto —respondió Brian—. ¿Queréis saber, pues, cómo he podido insultar a su real majestad?

—¡Insultar a su real majestad! —interrumpió otra vez Susannah, para quien estas últimas palabras eran una especie de clave a la primera respuesta de Brian—; ¡pero esto es arrostrar un peligro terrible, milord!

—Sí, *milady*, peligro de muerte —dijo con despreocupación Lancester —; y ya que hablábamos de ello hace un momento, hubiera podido suceder que yo no hubiese vuelto.

Susannah palideció; Lancester prosiguió sonriendo:

—Pero solamente ha muerto mi pobre «Ruby», señora. No habéis conocido a «Ruby». ¡Era un noble animal! El rey del «steeplechase». Esta mañana ha hecho su última carrera, *milady* y no se puede decir que se ha dejado vencer en seguida. «Ruby» ha tenido a distancia a todo un escuadrón de *horse-guards*, ¡palabra!

—¿Y pensáis que todavía hay algo que temer? —preguntó la princesa, que conservaba su palidez.

Brian la llevó al sofá y se sentó cerca de ella.

—Os lo voy a contar todo, señora —dijo en tono acariciador y sin darle importancia—. En principio, y con el fin de dar una excusa a mi aventura, es necesario que sepáis que, desde hace tres días, estoy buscando, en Londres, un objeto que no hay manera de poder encontrar.

—¿Qué clase de objeto, milord?

—Este es mi secreto —contestó en tono grave Lancester— así, pues, que lo estaba buscando y no lo encontraba. ¡Cosa terrible!, ya que necesitaba, de todo punto, este objeto; lo quería. Esta mañana, se me ha ocurrido la idea de que quizá me sería posible pedirlo prestado… o robarlo, si queréis, *milady*, a nuestro gracioso soberano, el rey Guillermo. ¡He hecho ensillar a «Ruby», pobre «Ruby»!, y he salido al galope hacia Windsor Castle. En Windsor, la casualidad se ha presentado, al principio, favorable. El rey no se hallaba en el castillo. Se me han abierto todas las puertas y he podido penetrar en una gran sala completamente llena de objetos parecidos al que yo deseaba. Señora, había cien, había mil de aquellos objetos. Podía elegir; pero por una fatalidad singular, ninguno era, precisamente, el que yo buscaba.

—¿No queréis decirme de qué se trata, milord? —preguntó la princesa con voz acariciadora.

—Es mi secreto —repitió Lancester, pero esta vez, sonriendo—. Viendo que mi búsqueda resultaba vana en Windsor, he vuelto a montar y mi valiente «Ruby» ha reemprendido su carrera. Galopaba como el viento, y, al cabo de una hora, he divisado los quioscos chinos y las pagodas de Kew. En este sitio, se presentaba un obstáculo. El estandarte real flotaba en el castillo: el rey se encontraba en Kew.

A medida que Brian avanzaba en su relato, su voz iba animándose y su fisonomía, tan grave, de ordinario, tomaba una expresión de alegría comunicativa. Susannah seguía el curso de este juego inusitado. Sonreía a la sonrisa de Brian e iba sintiéndose alegre porque él se mostraba alegre.

—Cuando el rey está en el castillo —continuó Lancester— los jardines están cerrados al público. Ponen centinelas en todas las puertas y guardias a pie montan guardia, incesantemente, en todas las terrazas. Sin embargo, señora, yo debía, por todos los medios, llegar al mismo pie del castillo, más allá de los fosos, hasta aquel hermoso césped en donde está instalado el gran invernadero japonés. Era absolutamente necesario.

—¿Pero, por qué, milord, por qué?

—Ya lo sabréis, señora; franquear las barreras, era un simple juego, gracias a mi bravo «Ruby». He logrado, sin tropiezos, llegar hasta el pie de la terraza, de la cual me separaban solamente el foso y el revestimiento. «Ruby» tenía el pie seguro. Bajó al foso; yo me he puesto de pie encima de la silla y, de un salto, me he encontrado encima del césped, a treinta pasos de un centinela.

—¡Brian, esto era jugarse la vida! —dijo Susannah, poniéndose grave.

—Es el único envite, para mí, que pueda dar interés a una partida, señora —respondió Brian, cuya alegría se ocultó, por un momento bajo una nube—. El centinela en cuestión, estaba durmiendo, apoyado sobre su fusil. Después de haber franqueado el foso, avancé con paso silencioso hacia los invernaderos japoneses, con objeto de fingir el aspecto de algún familiar del castillo; pero al dar una vuelta a una avenida, me he encontrado cara a cara con dos damas: eran la princesa viuda María-Luisa-Victoria de Kent y su hija Alejandrina-Victoria. He saludado respetuosamente, como era mi deber, y he seguido adelante. Mientras yo me alejaba, vi a la joven princesa que corría hacia el puesto de los guardias de a pie, seguida por su augusta madre. Esto era un mal síntoma.

—¿Huisteis, milord?

—Continué mi camino hacia los invernaderos, *milady*. Entré. Mi elección fue larga y laboriosa. Cuando salí, las avenidas estaban llenas de guardias. Varios de entre ellos se alinearon para cerrarme el paso. Los arrojé, uno tras otro, al suelo, cosa que no logré sin causar un gran escándalo. Las ventanas del castillo se llenaron de espectadores. De todas partes, los jefes gritaban que me cogieran, a toda costa, vivo o muerto. Antes de llegar al reborde de la terraza, ya había recibido el fuego de dos centinelas…

—¡Es posible! —dijo Susannah, palideciendo—. ¿Y no estáis herido, milord?

—No, señora —respondió alegremente Lancester—; falta esto, desgraciadamente, en la parte dramática de mi aventura. No tengo ni la más pequeña herida de la cual yo pueda vanagloriarme; solamente mi sombrero ha recibido un balazo bastante bien dirigido, de parte de un «chaqueta roja».

Susannah se levantó vivamente y cogió el sombrero, que, en efecto, había sido atravesado de parte a parte, en su centro.

—El resto de mi relato —prosiguió Lancester—, consiste en una sencilla carrera de obstáculos. Desde el reborde de piedra de la terraza, salté a la silla de mi pobre «Ruby», que franqueó el declive del foso y tomó, inmediatamente, el galope. Decididamente, la alerta ya estaba dada. Se me hizo el honor de enviarme dos o tres descargas. Pero «Ruby» corría… ¡Hubierais dicho que era un torbellino! ¡El noble animal había hecho más de treinta millas por la mañana!… «¡Disparad! —gritaban detrás de mí—. ¡Disparad contra el asesino de Su Majestad!». ¡Creían, Dios me perdone, *milady*, que yo había querido asesinar al anciano rey! Los tres *horse-guards* descargaron sus fusiles a través de los barrotes de la verja. Sentí a «Ruby» estremecerse, debajo de mí, pero no se detuvo. Solamente, a cuatro millas de allí, en medio de Regent's Park, cuando yo ya estaba a salvo de toda persecución, el pobre «Ruby» se desplomó, de repente, encima de la arena de una de las avenidas. Yo quise levantarle: estaba muerto. Pero traigo lo que fui a buscar —añadió sacando de su bolsillo una caja con ricas incrustaciones—. Estoy contento, señora.

Susannah no dijo nada, pero se inclinó vivamente para ver, por fin, aquel misterioso objeto por el cual Lancester acababa de arrostrar tan terrible peligro. Éste abrió la caja sonriendo. Encerraba una camelia blanca, veteada de azul.

Susannah puso la mano encima de su corazón y sus ojos se humedecieron.

—¡Oh! ¡Milord! —dijo—. ¿Era para mí?

—¿Y pues, para quién, señora? —contestó Lancester, cuya mirada acariciaba a Susannah, brillante de ternura.

Ella cogió la camelia y tendió su frente, en la cual Lancester puso un beso.

—Fui yo quien os privó de la otra flor, Susannah —murmuró—; la habéis llorado… cada uno de sus matices estaban aquí —y señaló su corazón—; había muchas que se le parecían, pero yo necesitaba encontrar la pareja. Señora, esta flor yo la hubiera cogido en la misma boca de un cañón.

Lancester dijo esto sencillamente y sin énfasis.

Susannah tocó la flor con sus labios.

—No me abandonará jamás, milord —dijo.

La otra flor, aquella que había llorado, era una camelia, blanca, veteada de azul, exactamente igual a la camelia que salió de los invernaderos reales. Susannah la llevaba, marchita y seca, en un pequeño

medallón de oro. Se la había enseñado a Brian un día y éste, por torpeza o por celos, la había restregado entre sus dedos y reducido a polvo.

Susannah sacó de su pecho el medallón de oro y lo abrió para poner en él la flor. Brian le detuvo la mano.

—¡Oh! —dijo con tristeza—. ¿En el lugar de la otra?

—La amaré tanto como la otra, milord.

—Como la otra —repitió lentamente Brian de Lancester—; y algún día, quizá, la enseñaréis a… a otro, *milady*… y éste tomará la flor marchita como yo cogí la otra… ¿No me dijisteis, *milady*, que la otra era un recuerdo?

Susannah se ruborizó y bajó los ojos.

—¡El recuerdo de un hombre! —terminó Lancester, con voz baja.

—De un hombre, sí, milord —respondió Susannah.

Brian soltó su mano y Susannah encerró la flor dentro del medallón.

—¡De un hombre hermoso, noble y audaz! —añadió la princesa con una sonrisa encantadora—. ¡De un hombre al cual yo amaba, milord, ardientemente y con toda mi alma, del único hombre que yo he amado en mi vida!

—Y este hombre, señora —preguntó Brian, con los dientes apretados — era…

—¡Sois vos, milord!

10. Centinela dormido

Detrás del cristal ennegrecido del cuarto obscuro, en donde hemos visto antes al ciego Tyrrel interrumpir bruscamente la primera entrevista de Brian y la princesa, la señora duquesa viuda de Gêvres, confortablemente envuelta en su capa de satén y los pies al abrigo, dentro de la bolsa de pieles, escuchaba y miraba. No había perdido ni una sola palabra del novelesco relato de Brian.

«¡El "eccentric man" se ha convertido en trovador! —se decía—. Si ese bribón de Tyrrel estuviese aquí, podríamos charlar un poco. Pero parece que hay un asunto importantísimo en curso. Ya sabré de qué se trata. Tyrrel tampoco no es tan discreto como para no poder hacerle hablar, con un poco de diplomacia».

A pesar de los goces de su curiosidad satisfecha, y de los pequeños monólogos con la ayuda de los cuales la señora duquesa viuda de Gêvres abreviaba el tiempo de guardia, bostezaba de lo lindo. En realidad, no era culpa suya. Primeramente, empezó a cerrar los ojos, porque, pensó, para oír, solamente son necesarios los oídos… Una vez sus ojos cerrados, siguió todavía durante algunos minutos la conversación de los dos amantes, luego, las palabras empezaron a embrollarse alrededor de sus orejas. Después, soñó que estaba al acecho.

—¿Qué? ¿Era yo, *milady*? —exclamó en un transporte de alegría, Brian—; ¡ese recuerdo del cual yo estaba tan celoso provenía de mí! ¿Pero, es posible? —y se detuvo, de repente, mirando a Susannah con recelo—; acabáis de llegar a Inglaterra y yo no he ido jamás a Francia, señora.

Susannah palideció y su boca se abrió para contestar, pero no pronunció ni una palabra.

Daba vueltas entre sus dedos al medallón de oro, que era de forma antigua, y llevaba en su tapa superior, las señales de unas raspaduras hechas, sin ninguna clase de cuidado, por una mano torpe. Debajo de las raspaduras se veían, todavía, algunos trazos del grabado primitivo, y

Brian, la primera vez que había visto aquel medallón, creyó reconocer el dibujo de un escudo de forma inglesa con dos águilas coronadas por unos soportes.

La turbación de Susannah era tan visible y tan próxima a la desesperación, que Brian no pudo por menos de concebir sospechas. Volvió a ser el hombre de antes, el inglés dueño de sí mismo y flemático.

—Señora —le dijo— os ruego que me perdonéis las indiscretas preguntas que nada me autorizaba a haceros.

—Milord —dijo Susannah, levantándose pálida y altiva— no os burléis más. No merezco vuestras chanzas y no puedo soportarlas por más tiempo. He de deciros que hay un gran peligro que se cierne sobre nuestras cabezas.

—No os comprendo, princesa.

—No soy princesa, milord. ¡Ahora, es preciso que me escuchéis! Si en realidad hubiese sido princesa, rica y poderosa, como vos y el mundo habéis podido creer, hace ya mucho tiempo que mi nobleza y mi fortuna estarían a vuestros pies.

Brian la miraba confuso. La voz de Susannah, contenida hasta entonces, estalló, de repente, sonora y con acento provocador.

—¡Oíd! ¡Oíd! —prosiguió, vehementemente—. ¡Oíd y no me acuséis de las desgracias que van a caer sobre nosotros! No soy princesa, os digo; yo soy un instrumento ciego entre unas manos poderosas. Soy Susannah, la hija de Ismail Spencer, el judío, que fue ahorcado durante el otoño último en Newgate.

Brian retrocedió tres pasos.

—¡Ismail Spencer! —murmuró—. ¡El usurero Ismail!

—¡Ismail el falsario, milord, Ismail el ladrón!

La voz de Susannah desfallecía. Sin embargo, pronunció estas últimas palabras con desafío y arrogancia. Después, paseó a su alrededor su mirada asustada, como si esperara de un momento a otro una catástrofe inevitable.

Se hizo un profundo silencio. Susannah se desplomó, agotada, en su butaca. Brian parecía haberse convertido en estatua de mármol.

—¡Oh, milord! ¡Milord! —gritó la hermosa muchacha lanzándose hacia él— voy a abriros mi alma sin temor de atraer hacia vos la muerte o la desgracia. Me dijeron: «Si hablas, cada palabra tuya caerá sobre la cabeza de Brian de Lancester»… y yo callaba, milord. Yo rechazaba el ofrecimiento de vuestra mano porque creía que no era digna de vos…

—¿No sois digna de mí, Susannah? —preguntó repentinamente Brian, con voz grave y profunda— responded. Dejadme que ahora os pida perdón de rodillas, o que os diga adiós para siempre.

—Milord —pronunció en voz muy baja la bella joven— soy pobre y a mi padre le ahorcaron.

Después que hubo pronunciado estas palabras, levantó 4a cabeza y miró a su juez.

Lancester se apoyó sobre la tapa del piano y oprimió su frente con las manos.

—Susannah —exclamó con pasión, mientras su sangre se precipitaba a sus mejillas— os amo todavía… os amo más, si cabe. ¡Oh!, no me habléis de miserias: también yo soy pobre. No me habléis más de vuestro padre: ¿Qué puede importarme vuestro padre? Vos, solamente a vos quiero conocer. ¿Quién sois? ¿Por qué este falso título? ¿De dónde provienen todos estos adornos, todas estas riquezas que os hacen tan bella? ¿Con qué derecho vivís en estos apartamentos tan suntuosos? ¿Por qué no tenéis necesidad de mi ayuda?

El noble rostro de Susannah decía todo lo que no expresaba su torpe palabra, pero demasiados testimonios la acusaban. Brian tuvo vergüenza de lo que él llamaba su debilidad.

—Señora —dijo con voz forzada, lenta y como si cada palabra pronunciada, le desgarrara el corazón— no se ama de este modo dos veces y jamás daré, como a vos, mi vida a otra mujer. Creer que sois culpable es el más amargo sufrimiento que yo pueda sufrir en este mundo. He tenido dudas, os he hecho preguntas, cuando otro os habría rechazado con desprecio…

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró la hermosa niña, que se sentía desfallecer.

Lancester prosiguió:

—Cuando hubiera bastado solamente una palabra…

—Pero esta palabra, la ignoro en absoluto —interumpió Susannah, cuyos grandes ojos se humedecieron de lágrimas ardientes—. ¡Si he dejado que me llamaran con un nombre que no es el mío, si he aceptado un compromiso tenebroso y cuyo alcance me es, todavía, completamente desconocido, era para poder vivir… y yo quería vivir, Brian, yo, a quien el tentador sorprendió inclinada ya encima de una muerte segura, era por vos!

Brian no comprendía, pero aquella voz, aquellas lágrimas le llegaban al alma y se sentía medio convencido.

—Escuchad —dijo, de pronto, Susannah, cuya mirada húmeda brilló bajo el fuego de una inspiración súbita—; ¡no soy indigna de vos, Brian!

—¿De verdad? ¿Decís verdad? —exclamó éste haciendo un paso hacia Susannah.

Susannah respondió:

—Entre nosotros, hay únicamente la infamia de mi padre. Yo soy como Dios me hizo, y no tenía miedo alguno de morir. ¿Brian, me creéis?

—¡Que si os creo! —exclamó Lancester.

Ella sonrió, pero sus ojos estaban todavía húmedos.

—Oíd —repuso ella—, desde que me amáis, Brian, he tenido ocasión de aprender muchas cosas, pero todavía no sé contestar a todas las preguntas, así como tampoco comprender todas las sospechas.

—¡No habléis más de esta forma! —suplicó Lancester—; ¡olvidad por completo mis sospechas! Hubiera debido caer a vuestros pies cuando me habéis dicho: no soy princesa; hubiera debido agradeceros, de rodillas, la confianza que me habéis demostrado, junto con vuestro amor, y haber desafiado, para contestarme, el peligro (un peligro que vos decís terrible) y que una mano poderosa tiene suspendido encima de vuestra cabeza. Este peligro, tanto si es imaginario, como si es real, os tenía aterrada…

—¡Por vos, Brian, por vos! —interumpió Susannah.

Lancester tomó su mano y sus labios se apoyaron en ella, apasionadamente.

—¡Por mí! —repitió—; ¿me habéis perdonado, señora?

Susannah no le respondió, solamente le miró con mirada en la que brillaba un amor sin límites.

En el pequeño cuarto obscuro, la señora duquesa seguía durmiendo envuelta en su capa acolchada, de satén. Seguía soñando que estaba vigilando y que Brian contaba a Susannah la ingeniosa historia de Robinsón Crusoé, lanzado, por la tempestad, en una isla desierta.

Hacía mucho tiempo que la pequeña francesa no había leído a «Robinsón Crusoé», por este motivo escuchaba con gran interés el relato de sus aventuras.

11. Un beso en sueños

—Había en la casa de mi padre —dijo Susannah—, en Goodman's Fields, un pequeño jardín en el cual crecían doce hermosos árboles, como los que se ven en los parques del rey. En el jardín, únicamente había estos árboles.

»Yo era muy pequeña. Jugaba sola, siempre sola. No salía nunca. En la casa, solamente había mi padre, una presbiteriana, que se llamaba Templanza, y que se emborrachaba de la mañana a la noche y un criado apellidado Roboam. Roboam era mudo.

»A Templanza le habían prohibido que me hablara y mi padre la amenazó un día porque, en su embriaguez, me había dirigido, delante de él, algunas palabras, cuyo sentido no pudo comprender mi joven inteligencia.

»Pero las mismas palabras han quedado grabadas en mi memoria, como menores incidentes de aquella época de mi infancia. Se trataba de un lord cruel y malvado; de un conde que creo que abandonó a su hija y de una pobre mujer que lloraba a su hija al otro lado de la Clyde.

»Templaza no reincidió. Tenía miedo a mi padre. Roboam servía la mesa. Su mudez no era ningún defecto de nacimiento, pues todavía llevaba eh su cara las señales de una bárbara mutilación. Era, por otra parte, un verdadero esclavo. Mi padre le maltrataba.

»Ya conocíais a mi padre, milord. Os he visto, muy a menudo, ir a la casa de Goodman's Fields. Pero fuisteis muchos años después de la época de la cual os hablo. Ismail Spencer era entonces un hombre joven. No puedo recordarlo más que con un sentimiento de terror. No me quería. Pero yo sí le amaba. También sentía afecto hacia Templanza y me daba lástima el pobre mudo Roboam.

»Mi padre se pasaba, algunas veces, tres o cuatro días sin verme. Entonces, me quedaba yo sola con Templanza y Roboam. Roboam esculpía unos pequeños trochos de madera, cuyo destino supe mucho después. Templanza bebía ginebra hasta que se caía, inerte, encima del

parquet. Yo corría bajo los grandes árboles con mi corza. No os he hablado nunca de mi corza, Brian, mi pobre "Corah", que era tan dulce, tan bella y que me quería tanto. ¿De dónde venía aquella encantadora criatura que estaba encerrada en mi prisión? Parecía encontrarse aprisionada entre los muros del jardín, que recorría en todos sentidos, como buscando una salida. Durante toda aquella noche, en lugar de dormir, pensé en cosas que yo no podía comprender…

Susannah se detuvo, pensativa. Brian, que hasta aquel momento la había escuchado con mudo asombro, aprovechó aquel momento de silencio.

—¿No habéis conocido nunca a vuestra madre, Susannah? —le preguntó.

—No —respondió la hermosa muchacha—; mi padre me habló de ella, pero fue para exhortarme a que la odiara, Brian hizo un gesto de sorpresa.

—¿Y qué edad teníais, Susannah, en la época de la cual me habláis?

—No sé. Hace de esto diez años, y yo creo haber cumplido los dieciocho.

Brian se calló. Susannah se recogió un instante, luego su hermoso rostro se iluminó con un reflejo de felicidad y prosiguió, de repente:

—He de explicaros un misterioso acontecimiento, milord, que fue a romper, en aquella época, la monotonía de mi reclusión. Era de noche. Me encontraba en el salón, donde me quedé dormida, con la cabeza encima de la espalda de mi corza «Corah». Cuando me quedaba dormida así, «Corah» permanecía inmóvil durante horas enteras. Aquella vez, empero, hizo un movimiento que hizo levantar mis párpados y vi, medio dormida o despierta, no lo sé a ciencia cierta, una mujer que entraba en el salón, seguida por Templanza. ¡Qué hermosa era aquella mujer, milord, y cuánta bondad había en su dulce rostro! Me quedé con los párpados semicerrados e hice ver que estaba dormida. Templanza y la hermosa dama se detuvieron en el centro del salón. ¿Era yo demasiado niña, no es cierto, milord, para poder inventar todos estos detalles? ¡Vi a aquella mujer; sentí a «Corah» estremecerse: no era, pues, un sueño!

La mirada de Susannah se levantó hacia Brian y le hizo una muda pregunta.

—¡Cómo hubieseis amado a vuestra madre! —murmuró Lancester con emoción.

Susannah prosiguió:

—¡No lo sabéis bien! ¡Oh! ¡Brian, cómo quisiera estar segura de que aquella hermosa dama no fue una visión! Es el único recuerdo feliz que guardo de mi niñez. Me miraba con ojos embelesados. «¡Qué bonita es!», repetía con aire triste y alegre a la vez. Templanza aquella noche no había bebido. «¡Señora, es vuestro retrato!», respondió ésta. La dama hizo un movimiento para retirarse, pero algo debió retenerla y, rechazando los esfuerzos de Templanza que quería llevársela, corrió hacia mí y me abrazó convulsivamente contra su corazón. Deciros lo que yo sentí en aquel instante, sería imposible, milord. Mi alma desfalleció. ¡Oh!, no podía ser ningún sueño, pues, ved Brian, lloro solamente al recordar aquel beso, el único beso que he sentido, dulce, sobre mi frente. Sí, ¡oh!, sí, tenéis razón. ¡Cuánto hubiera amado a mi madre, milord!

—¡Pero era ella! —exclamó Lancester—; era vuestra madre, *milady*; vuestra madre que seguramente debieron alejar de vos, de manera violenta, Susannah juntó sus manos y levantó los ojos al cielo, llenos de pasión.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró—. ¡Haced que sea feliz, muy feliz! ¡Y hacer que antes de morir, pueda yo sentir en mi frente los labios de mi madre!

—¡Mi vida es vuestra, señora! —dijo Lancester, levantándola—. El tiempo que yo dedicaba a mi rencor o a mis locuras, de ahora en adelante os lo dedicaré sin ninguna reserva. Haremos investigaciones. ¡Y si encontrar a vuestra madre es una cosa posible, os juro, *milady*, que la encontraremos!

Susannah se oprimió la frente con sus manos.

—¡No!, ¡no! —murmuró con desesperación súbita—; esto son locas ilusiones, milord. ¡Escuchad! Casi inmediatamente después, la voz amenazadora de mi padre, estalló en la puerta del pasillo. Yo no podía comprender lo que decía porque se dirigía a Templanza, en una lengua que yo desconocía. Luego supe que se trataba de la lengua que hablan en Irlanda occidental. Templanza respondió temblando. Ismail seguía amenazando. Finalmente, la pobre chica empezó a exhalar unos gritos agudos y por entre los gritos, oí la mano de mi padre que caía encima del cuerpo de la mujer, pesadamente.

»Cuando encendieron las velas, vi a Templanza tendida en el suelo, con la cara ensangrentada. Ismail frecuentemente la azotaba de esta manera. Me acerqué a ella para consolarla, pero mi padre me rechazó bruscamente.

»—¿Habéis dormido bien, Suky? —me preguntó.

»—No dormía, señor —contesté—, y he visto…

»—Ya me contaréis vuestro sueño otro día, Suky. Pero no durmáis más en el suelo; las veladas son muy frías y sois la causa por la cual me veo obligado a castigar a Templanza.

»—¿Por mi culpa? —exclamé.

»—Oídme, Sudy —prosiguió Ismail con malvada sonrisa—, cuando tengáis estos sueños, venid a contármelos en seguida. ¿Haréis lo que os digo, Suky?

»—Lo haré, señor.

»—Bien, Suky; sois una buena muchacha. Y, por otra parte, si no lo hicieseis, mataría a vuestra corza.

»Por primera vez miré a Ismail a los ojos y sus cejas fruncidas no me hicieron bajar los míos.

»—Si queréis matar a “Corah”, la defenderé —contesté.

»Me tocó suavemente la mejilla.

»—Suky —dijo—, si defendeis a vuestra corza, os mataré a los dos.

12. «Corah»

—Pasaron los días, luego los meses, luego los años, milord. Yo crecía. Mi padre me decía que me estaba convirtiendo en una muchacha bella. Sin embargo, ningún cambio se operaba en mi vida. Yo seguía siempre confinada en la casa de Goodman's Fields, no teniendo otra relación que Roboam el mudo, Templanza y mi corza. ¡Si supieseis qué bella era «Corah»! ¡Y buena! ¡Cómo comprendía cada palabra que salía de mi boca! ¡Cómo adivinaba mi silencio! Era mi única amiga y mi sola alegría. Una mañana, al bajar al jardín, encontré a mi pobre «Corah» tendida encima del césped. Me arrodillé. Levantó hasta mí sus ojos moribundos y probó de enderezarse para darme su caricia acostumbrada. Volvió a caer, milord, y todo se acabó. «Corah», mi corza, ya no pudo levantarse más…

Brian tomó el pañuelo bordado de la bella muchacha y enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Me quedé todo el día al lado de «Corah», muerta —prosiguió Susannah—. Por la noche, ¡oh!, ¡fue algo terrible! Templanza introdujo a un hombre en et jardín y me dijo: «*Miss* Susannah, aquí está el guapo mendigo Bob que viene a buscar la corza. Subid a vuestro dormitorio, pues, de lo contrario, os encontraréis mal».

»Al día siguiente, me hicieron subir a un coche cerrado, y estuvimos viajando todo el día; al siguiente, me desperté en un gran aposento, donde entraban los rayos del sol naciente. Salté fuera de la cama y miré por la ventana. Delante de mí, tenía un amplio horizonte. Me dejaron en esta casa de campo durante todo el estío. Aquellos ocho meses de libertad, produjeron en mí un efecto extraordinario. En el campo me desarrollé completamente. Mi cuerpo se hizo robusto; mi corazón adquirió fuerzas y mi inteligencia, a pesar de seguir inculta, echó algunas miradas audaces, por encima de las barreras impuestas, sobre aquel mundo que no me estaba permitido conocer.

»Aprendí a montar a caballo. Aprendí a nadar en el lago y el mudo Roboam se maravilló, frecuentemente, de mi habilidad al manejar la escopeta de caza que Ismail había puesto entre mi equipaje.

»Hacia el otoño, llegó una carta de Ismail, mandándome llamar. Subimos una vez más en el coche cerrado, el cual entre en Londres durante la noche. Al volverme a ver, mi padre pareció extrañado:

»—¡Qué grande y hermosa estáis, Susannah! —dijo con verdadera admiración—. Vaya, Susannah, hija mía, ya sois una gran dama y se os deberá tratar en consecuencia. ¿Os gustan los hermosos trajes?

»Me ruboricé de placer ante esta pregunta.

»—Tendréis bellos trajes —prosiguió mi padre, que puso un tono burlón en su voz y en su sonrisa—. Tendréis adornos y encajes. Y, además, hija mía, pronto veréis caras nuevas. ¡Oh!, vais a divertiros como una reina, Susannah.

»La misma noche de aquel día, Templanza estaba ocupada peinando mi cabellera para acostarme. Como de costumbre, la pobre muchacha estaba medio embriagada.

»—*Miss* Susannah —me dijo, de repente, echándose a reír—, tengo el encargo de besaros, de besaros en las dos mejillas, ¡pardiez! ¡*Miss* Susannah! Es mi guapo Bob, quien me enseña a hablar de esta manera. ¿Qué decía yo, *miss* Susannah, por favor? ¡Ah!, sí, decía que me habían encargado que os besara y que pusiera en vuestra garganta esta fruslería que está aquí.

»Antes de que yo tuviese tiempo de contestar, Templanza me dio un ruidoso beso en cada una de mis dos mejillas, y me puso en el cuello un cordón de seda, del cual colgaba el medallón en el que he puesto nuestra flor, Brian.

»—¿Qué es esto y quién os ha encargado…?

»Templanza se detuvo para echar una carcajada.

»—Es un hada —contestó con su basta risa—, un hada que da vueltas por Goodman’s Fields todas las noches y que me da dinero para comprarme ginebra cuando… ¡pardiez!, cuando le da la gana.

13. El medallón

—Me fue completamente imposible el sacarle cualquier otra cosa a Templanza. Me dejó el medallón que había colgado de mi cuello. En el sitio donde ahora hay unas raspaduras confusas, podía verse un pequeño dibujo —Susannah ahora sostenía en su mano el medallón, mientras hacía el relato—, como unas armas, me parece. Debajo del escudo, con un punzón se había añadido una sola palabra, grabada con mano temblorosa. Yo entonces, no sabía leer todavía, pero cada una de las letras quedó fijada en toda su forma en el fondo de mi memoria, y, más tarde, pude evocarlas en mi recuerdo. La palabra escrita debajo del escudo era un nombre, y este nombre era Mary.

—¡Mary! —repitió Brian, Una idea acababa de nacer, de una manera vaga, en su espíritu. Se inclinó sobre el medallón.

—Y ha sido vuestro padre quien ha destruido este nombre, *milady* —preguntó.

—Iba a decíroslo —respondió Susannah.

—¿Pensasteis en vuestra madre, Susannah?

La hermosa muchacha bajó la cabeza.

—Milord —dijo—, yo pensé en una mujer, dulce y buena, que me amaba. No pensé nunca en mi madre, puesto que yo estaba convencida de que mi madre me odiaba. Entre los crueles recuerdos que forman todo mi pasado, el más amargo y el más cruel es éste: Frecuentemente he maldecido a mi madre. Estaba todavía contemplando mi querido medallón, cuando Ismail vino a hacerme su diaria visita de la noche. Procuré esconderlo, pero se dio cuenta del movimiento y me tomó el brazo.

»—¡Oh!, ¡oh! —exclamó—, *miss* Suky, enseñadme esto, hija mía. ¡No puede ser, todavía, una cartita amorosa, creo yo!

»—¡No os lo quedéis! —exclamé—. ¡Os lo ruego, es mío! ¡No os lo quedéis!

»—¿Tanto valor tiene para vos, *miss* Suky? ¡Vamos a ver! Ya os lo devolveré; pero ahora, Susannah, debéis enseñármelo inmediatamente.

»¿Recordáis a Ismail, milord? ¡Era un hombre terrible! Y su voz ¡estallaba sorda, burlona, amenazadora! Desde entonces, he oído una voz parecida. Era la voz de un hombre…

Susannah bajó el tono y se acercó a Brian.

—Era la voz del hombre que hoy es mi amo —terminó Susannah.

La atención de Brian aumentó. Susannah prosiguió.

—Este hombre que se ha dado a conocer bajo el nombre de Tyrrel el Ciego y que *lady* Ophelia llama *sir* Edmund Mackensie.

—¡*Sir* Edmund Mackensie! —exclamó Lancester.

—¿Le conocéis, milord?

—Naturalmente que le conozco, señora. ¿Qué ibais a decirme sobre *sir* Edmund Mackensie?

—Iba a deciros, milord, que su voz hizo una vez un efecto sobre mí extraordinario. Aquella vez, aquella única vez, habló con cólera, con pasión, y su voz parecía la de Ismail.

Susannah se detuvo, temblorosa, y pasaron unos segundos antes de volver a tomar la palabra.

Brian, durante este tiempo, pensaba en *sir* Edmund, del cual, hasta aquel momento, deploró siempre su desgracia, y que se encontraba, según Susannah, a la cabeza de una criminal y misteriosa empresa. No sabía, todavía, cuáles eran los fines y los medios de esta empresa, pero Brian soñaba ya en las medidas que deberían tomarse para arrancar la máscara a aquel hombre, que abusaba de su desgracia y engañaba, tanto más fácilmente al mundo, por cuanto se le tenía más lástima, y que la compasión cierra la puerta a las sospechas.

—Os decía, milord —prosiguió Susannah—, que mi padre me ordenó que le entregara el objeto oculto en mi pecho. No me quedó otro remedio, sino obedecerle. Así que vio la palabra escrita con un punzón, encima de las armas, se le escapó una exclamación de cólera.

»—¡Miserable Templanza! —murmuró—. ¿Quién os ha dado esta joya, *miss* Suky?

»No contesté.

»—Es muy bonito, hija mía —prosiguió—; ¿queréis regalármelo?

»—¡No, oh!, ¡no,[1] señor! —exclamé—; ¡os suplico que me lo devolváis!

»Se sentó a mi lado, dando vueltas al medallón entre sus dedos, como si hubiese querido abrirlo. Yo no había sospechado siquiera que pudiere

estar hueco. Al cabo de irnos minutos, durante los cuales me estuvo hablando de cosas sin importancia, su dedo presionó, por casualidad, un pequeño resorte, y el medallón se abrió. Yo lancé un grito de sorpresa.

»—¡Ah! ¡Ah! Suky —dijo—. ¡No esperabais esto!

»Se acercó a la lumbre y tiró un objeto que había tomado de dentro del medallón. Aquel objeto chisporroteó al tocar el fuego y surgió una pequeña nube. Debió ser un mechón de cabellos.

»Mi padre tomó del medallón un diminuto papel, finísimo, que acompañaba a los cabellos.

»El papel era minúsculo, milord; sin embargo, debía contener sin duda muchas cosas, pues mi padre estuvo mucho rato para descifrarlo. Cuando lo estaba leyendo, murmuraba amargas palabras y encogía los hombros burlonamente.

»—¡Está bien esto! —exclamó, finalmente—; en este miserable papel, ¡pardiez!, hay tema para hacer llorar a todo un batallón de viejas mujeres. Si la persona que os ha escrito todas estas tonterías fuese rica, Suky, creo que podríamos llegar a un arreglo, pues no le costaría casi nada.

»Ismail seguía teniendo en la mano el medallón —prosiguió Susannah —. De repente, sacó de su bolsillo un instrumento parecido al que Roboam se servía para esculpir sus pequeños pedazos de madera, y vino a sentarse a mi lado. Luego, con ayuda de su instrumento, empezó a raspar el escudo.

»—Oh, señor —exclamé, sollozando—, hacéis desaparecer el nombre de la persona que me ama. ¿De qué me servirá aprender a leer?

»—¿Tenéis, pues, mucho interés en saber ese nombre, Susannah? Hija mía, dentro de algún tiempo, contaréis por docenas las personas que os amarán. Os doy mi palabra de que seréis una criatura feliz, Suky. Yo os daré trajes y adornos que eclipsaréis a las más brillantes *ladies*. Seréis el astro, seréis la reina. En torno vuestro se precipitará una multitud compacta de pretendientes. Todos aspirará a vuestro corazón. ¿Me oís, Suky? Bien, os devuelvo vuestra joya, hija mía.

»En efecto, me devolvió el medallón vacío y en el estado que podéis ver. Luego prosiguió, con voz casi solemne:

»—El deber de una mujer es amar, Susannah, amar y entregarse sin reservas, sin lucha, a aquellos que su padre o su dueño, selecciona… aquellos que son ricos, generosos, poderosos. Ya comprenderéis todo esto más tarde, Suky; ya hablaré entonces. ¡Ya os explicaré! ¡Ahora que durmáis feliz!

Brian quedóse como petrificado.

—¡Infamia! ¡Infamia! —murmuró, al fin.

Se levantó y dio algunas vueltas por la habitación. Cuando volvió a acercarse a Susannah, su frente se había serenado ya.

—Señora —dijo en un tono de profunda convicción—. ¡Este hombre, este monstruo! ¡No era vuestro padre!

14. El gabinete de Ismail

Susannah llevóse el medallón a sus labios y lo besó largamente.

—Quiero creeros, milord —dijo— por lo que se refiere al origen misterioso de este medallón. De ahora en adelante me será doblemente querido, ya que hablará de todo lo que amo, de mi madre y de vos: de mi madre, de la cual vos me descubrís su amor; de mi madre, que vos me devolvéis, por decirlo así. ¡Oh!, gracias por ella y por mí, milord. ¡Acabáis de demostrarme que no os amo bastante, aún!

Levantó los ojos hacia Brian, sus hermosos ojos llenos de ternura y de infinita gratitud.

—He llegado, milord, a otro período de mi historia. Mi vida cambió, de repente, sin transición ninguna; ¡no volví a ver nunca más a Templanza! Al día siguiente a la hora de levantarme por la mañana, se presentó una mujer desconocida. Pregunté a la recién llegada, —la cual sonrió— No sabía ni una palabra de inglés. Inmediatamente empezó mi *toilette*. Las ropas que me hizo poner no eran las de la víspera. Era un hermoso traje nuevo, cuyo cinturón de seda aprisionaba estrechamente mi talle, hasta entonces había quedado siempre suelto y libre de toda traba. Peinó y rizó mis cabellos, los cuales, por primera vez, cayeron en bucles a cada lado de mis mejillas.

»Cuando me miré en el espejo, milord, no pude reprimir un grito de alegría. Por primera vez, surgió en mí el sentimiento de mi belleza. No me reconocía. Me ruborizaba, me sentía feliz, orgullosa y avergonzada. Hubiera querido, al mismo tiempo, mostrarme a las miradas y tapar mi rostro.

»Aquel día, desde por la mañana, me introdujeron en una sala del primer piso de la casa de Goodman's Fields, que yo no conocía. Era un grande y magnífico aposento, tapizado de terciopelo rojo y lleno de cuadros raros. Había un piano muy hermoso, una arpa, libros ricamente encuadernados, unos álbumes abiertos encima del piano, de las mesillas, por todas partes. Los cuadros eran de temas mitológicos, tratados en un

sentido voluptuoso; los álbumes… Milord, hace ocho días que he aprendido a ruborizarme y me es imposible deciros lo que había en los álbumes.

Lancester cogió la mano de Susannah y la besó respetuosamente, diciendo:

—¿Me perdonaréis, señora? Desde hace una hora que estáis hablando, he sufrido más que en una semana de martirio. Tenía miedo…, tenía siempre miedo de ver que el vicio hubiera podido atacar, no vuestra alma, sino vuestros sentidos. Tenía miedo de verle entrar en vuestro interior por sorpresa, por medio de las enseñanzas de ese hombre. Pero vuestras últimas palabras han aligerado mi corazón de un peso agobiador. Y doy gracias a Dios, de rodillas, doy gracias desde el fondo de mi alma, por haberos guardado con toda vuestra inocencia en medio de todos estos terribles peligros. ¡Oh! ¡Dios es bueno, señora, y, os aseguro que de ahora en adelante, le serviré sin reservas!

—Permanecí un instante sola en el salón y me miré muchas veces en el espejo. ¡Mi nuevo traje me transtornaba!

»—¡Bravo! ¡*Miss* Suky! ¡Magnífico! —exclamó mi padre, que me sorprendió en el momento en que yo intentaba verme de cuerpo entero por medio de una combinación de dos espejos—. ¡Magnífico, hija mía! ¡Podéis admiraros cuanto gustéis! Dentro de poco, a Dios gracias, espero que habrán muchos lords que os admirarán.

»La vergüenza de haber sido sorprendida así, hizo que el rubor subiera a mi frente.

»—¿Por qué ruborizarse, Suky? —prosiguió mi padre— el primero, el más grande y el único mérito de una mujer, es su belleza; ¿por qué, por qué no ha de estar orgullosa de ella?

»Un personaje con modales obsequiosos, que había entrado detrás de Ismail y estaba cerca de la puerta, sonreía con aire de aprobación. Este hombre era un judío francés que debía enseñarme a hablar su lengua y a bailar según el estilo de París. Al mismo tiempo, yo debía aprender el italiano y el alemán con profesores de estos países, los cuales, reunidos, debían darme, al mismo tiempo, clases de música.

»Al cabo de un año yo hablaba francés y los otros idiomas; empezaba a cantar, acompañándome al piano o al arpa; bailaba, como se baila en los escenarios. En fin, yo era tal como mi padre podía desearme bajo diferentes aspectos. Una noche, después de haber terminado yo mis lecciones, vino hacia mí.

»—*Miss* Suky —me dijo— esta noche yo doy el pan y el vino a mis hermanos; vos les debéis amor y respeto, pues son hombres afectos a mi corazón, hábiles, audaces y capaces de engañar la tonta y malvada ralea que llaman sociedad. Os voy a presentar a ellos. Poneos muy hermosa, *miss* Suky, con el fin de que todos mis hermanos digan que soy un padre feliz.

»En el momento en que me dirigía a mi habitación, que seguía siendo la misma, o sea, al lado del salón, que daba al jardín, mi padre me llamó.

»—¿No os gustaría volver a ver a Roboam? —me preguntó.

»Hacía ya un año que yo no había vuelto a ver al pobre mudo, al que habían alejado de mí, al mismo tiempo que Templanza; tenía tan pocos recuerdos, que cada uno de ellos me era querido. Manifesté mi alegría al pensar que vería a Roboam.

»—Venid, pues —me dijo mi padre, cogiéndome de la mano.

»Me hizo pasar por la otra salida de su gabinete y, en lugar de entrar en el comedor, que era la continuación, abrió una pequeña puerta lateral que había entre las dos. Yo no sospechaba en absoluto la existencia de esta puerta. Atravesamos un pasillo muy estrecho, iluminado por una lámpara, y al cabo de unos diez pasos, nos encontramos al pie de una escalera empinada, cuyo hueco se terminaba con una linterna.

»—¡Subid, Suky, subid! —prosiguió Ismail— allí arriba es donde vive Roboam.

»Una vez llegados al segundo piso, que debía ser el tercero de la casa, puesto que esta misteriosa escalera empezaba en el primero, mi padre llamó suavemente a una puerta muy baja, la cual se abrió casi inmediatamente. Antes de entrar, me miró sonriendo, pero esta vez, debajo de su sarcasmo, había terror.

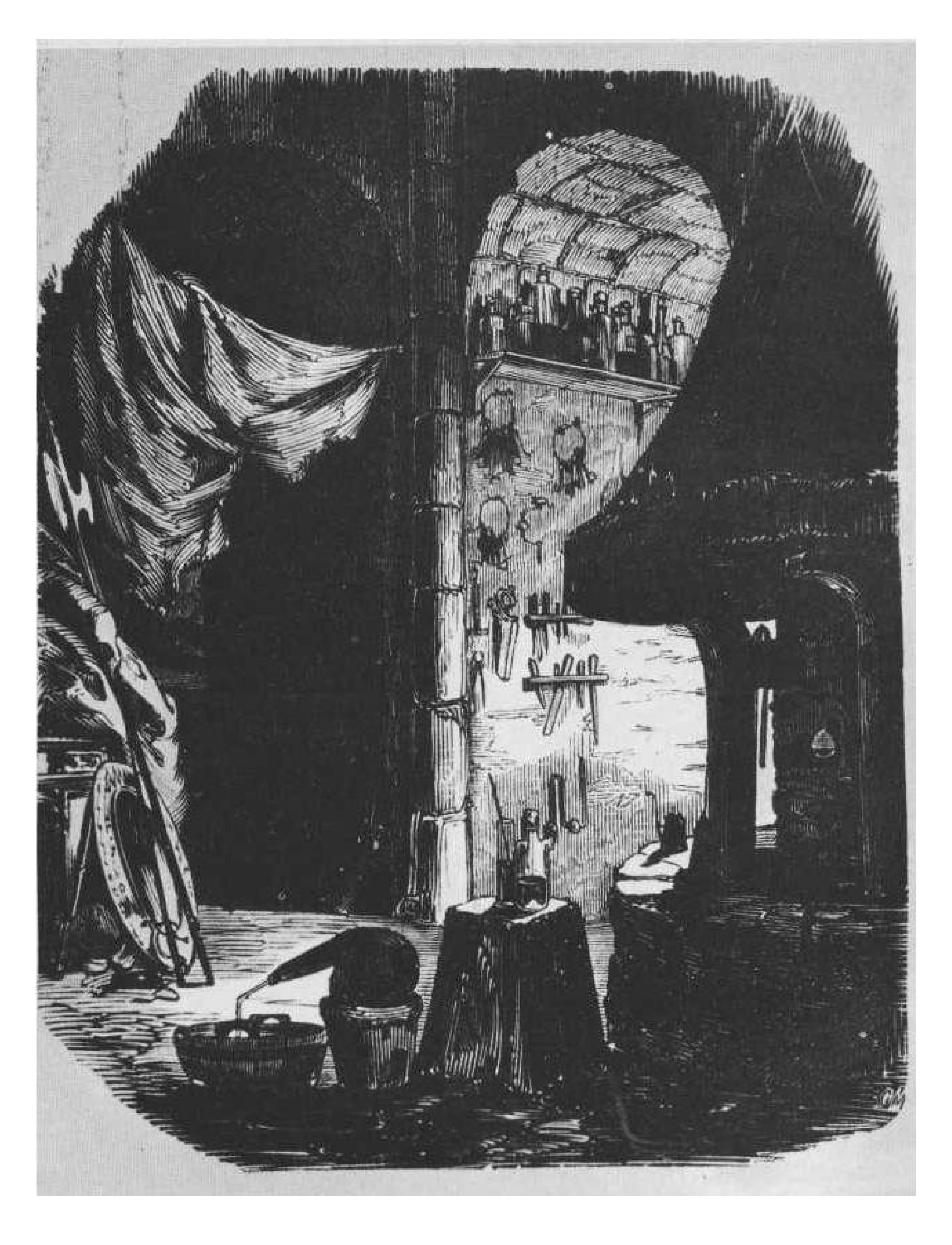
»—*Miss* Suky —me dijo en tono fanfarrón y a la vez, amargo— este es mi gabinete de trabajo. Voy a confiaros un secreto, hija mía: al día siguiente del día en que un hombre penetrase hasta aquí, vuestro padre sería ahorcado.

»—¿Qué es ser ahorcado? —le pregunté.

»Su sonrisa le traicionó y una contracción nerviosa hizo temblar su mandíbula.

»—Es una cosa muy bonita —respondió—; os prometo hacéroslo ver algún día.

15. El gabinete de trabajo



El gabinete de trabajo.

—El cuarto que mi padre llamaba su gabinete de trabajo, era un vasto laboratorio en el cual los objetos más dispares se encontraban mezclados. A la izquierda, al entrar, encima de una gran mesa, pude ver, colocados con cierto orden, un gran número de trajes diversos. Habían trajes militares de diferentes países, un uniforme completo de policeman, trajes de corte y unos capotes de tela cruda como los que llevan la gente del puerto. Al lado de la mesa, encima de un lavabo, estaban colocados toda una serie de frascos de cremas de matices diversos, botes, barbas postizas y una peluca rubia. Más lejos, en un casillero, había una multitud de instrumentos, grandes y pequeños, que después supe que eran herramientas de cerrajería.

»Al fondo del cuarto, y a la derecha de la puerta de entrada, había un armario hecho de planchas, muy parecido a los que se ven en las "public houses". Este armario formaba un pequeño escritorio, en donde estaba el mudo Roboam.

»—Bien, Roboam —le dijo mi padre—. ¿No conoces a *miss* Suky?

»El mudo levantó sus ojos asustados y una dulce sonrisa pasó furtivamente por sus labios.

»—Buen Roboam —le dije—. ¿Por qué ya no te veo?

»Roboam miró a mi padre con expresión temerosa, que demostraba elocuentemente todo el inmenso peso de servidumbre de que éste le abrumaba. Esta mirada fue doble, como toda mirada de esclavo. Yo descubrí en ella una sumisión forzada y, bajo esta sumisión, un odio profundo. He aquí la misión de Roboam, en aquel laboratorio de donde no había salido ni una sola vez durante un año. Alrededor de él, encima de la mesa que llenaba casi completamente el armario, habían pequeños papeles cortados, impresos diferentemente y cubiertos de escritura. Aquí y allá, se veían instrumentos de grabador, tintas de diferentes colores y pequeños trocitos de madera esculpida, de los cuales ya os he hablado».

Roboam falsificaba, para mi padre, efectos bancarios de las principales casas de comercio de Londres.

»O, mejor dicho, intentaba falsificarlos, puesto que la desgraciada criatura no había podido producir, hasta el momento, ninguna imitación suficientemente perfecta, para el gusto de Ismail y Dios sabe cuántas y cuán crueles palizas había recibido el pobre desgraciado después de cada tentativa imperfecta.

»—Vamos a ver, Roboam —dijo mi padre—, ¿habéis adelantado algo en el trabajo?

»Roboam metió la mano en un cajón oculto detrás de su mesa y la retiró llena de billetes que tendió a mi padre. Este se sentó, cogió unos impertinentes y empezó el examen.

»—¡Al diablo si este pícaro deslenguado no es bueno para algo! —dijo —; aquí está la firma de Dawes, Peebles & Sons, de Ludgate-Hill, imitada de mano maestra. ¡Tendrás una buena pinta de sherry, Roboam!

»Roboam recibió los cumplidos sin pestañear. Solamente le embargaba un sentimiento: el temor… Me equivoco, milord. Odiaba y esperaba vengarse.

»Mi padre se metió en el bolsillo el efecto bancario que había examinado y se dirigió hacia la puerta.

»—Adiós, Roboam —le dije al pobre mudo—; ya vendré a verte.

»Acabamos de bajar la escalera. Oí, en aquel momento, un ruido de voces al otro lado de la puerta, y yo me escondí, tímida, detrás de Ismail. Iban llegando los invitados de mi padre, los cuales conversaban mientras le esperaban. Me ordenó que fuera a cambiarme de traje y que me arreglase.

»Cuando entré, un murmullo se elevó entre los invitados. Eran doce y estaban sentados alrededor de la mesa, llena de manjares exquisitos. Raramente he visto, milord, una reunión de rostros cuya apariencia fuese más respetable. Mi padre era el más joven de todos ellos; los otros tenían barbas blancas o canosas, esas hermosas barbas que caen majestuosamente encima del pecho de los sabios de Oriente. Me sentí llena de respeto a la vista de aquella imponente asamblea.

»—Sentaos, Susannah —me dijo mi padre con toda amabilidad—; comed y bebed en compañía de mis hermanos que os quieren.

»Mi temor desapareció. Las voces que yo oía eran graves y suaves. La más rigurosa decencia reinaba en el porte de todos ellos. Hablaban de negocios, de dinero y también, a veces, de las costumbres y los usos de países extranjeros que habían visitado. Unos criados que yo no había visto nunca en casa de mi padre, servían la mesa y el vino, del cual los invitados de mi padre, sin excepción, me pareció que hacían un uso discretísimo.

»Pero cuando los manjares hubieron desaparecido para dar paso a los postres, los criados llenaron la mesa de botellas y jarras, y, a un gesto de Ismail, desaparecieron, cerrando las puertas. Entonces, la escena cambió.

Algunas de aquellas barbas tan respetables que me habían inspirado tanta veneración, cayeron y dejaron al desnudo unos rostros de hombres jóvenes. Al mismo tiempo, todas las fisonomías se transformaron como si una máscara, pegada a cada una de ellas, hubiese sido arrancada repentinamente. Ismail descorchó las botellas; se llenaron los vasos hasta los bordes.

»—¡Bien! —dijo Ismail—; ¿cómo encontráis a Susannah, queridos compadres?

»—Bonita —dijo uno.

»—Encantadora —añadió otro.

»—¿Y qué queréis hacer de ella? —preguntó el comerciante Eliezer.

»—¿No creéis, compadres, que Susannah podría pasar perfectamente, en todos los países, como hija de un lord? Pues bien, compadres —prosiguió Ismail— dentro de poco, tendré necesidad de convertirme en lord y Susannah, mi hija, será una de las piezas de mi disfraz.

»Cada uno me acarició con la mirada.

»—Este es un punto, pero Susannah no se parará ahí. Tengo necesidad de una sirena, compadres, para hacer volver a los jugadores a mi *tophet* de Leicester Square. Un descreído ha montado un “infierno” en Coventry Street, a cien pasos del mío. Los jugadores van al del descreído, porque encuentran allí mujeres y música. En mi casa, compadres, no se gana demasiado frecuentemente, ¿sabéis?

»Unas grandes carcajadas acogieron las últimas palabras de Ismail.

»—Esto hace que Susannah servirá para dos cosas —prosiguió mi padre—. Hay una tercera, que no tengo necesidad de explicárosla con detalles. Gracias a Dios a nuestros miembros de la Cámara Alta les gusta distraerse de cuando en cuando y he de deciros que yo no tengo muchos prejuicios.

Unas gotitas de sudor brillaban entre las cejas fruncidas de Lancester.

—Milord, todos aquellos hombres me miraban con deseo. Mi padre disfrutaba viendo la envidia general y se vanagloriaba de su tesoro.

»—Ya podéis ver —prosiguió mi padre, sonriendo— que Susanah no es para mí ningún objeto de lujo. Y, sin embargo, no os lo he dicho todo. La principal finalidad a la cual yo voy a destinarla, ha de quedar en secreto; pero podéis creerme, lo que no se dice siempre es lo mejor y quizás haya cincuenta mil libras esterlinas debajo de este secreto.

»Los invitados abrieron mucho los ojos. Ismail sacó con indiferencia la cartera de su bolsillo, en la cual había puesto los billetes falsificados

por Roboam.

»—¡Bebamos! —exclamó— y hablemos de otra cosa. ¿Eliezer, hermano mío, queréis negociarme un efecto bancario de Dawes, Peebles & Sons?

»—El dinero es raro —dijo Eliezer, cuya sonrisa desapareció inmediatamente—. ¿A cuánto asciende este efecto, querido hermano Ismael?

»—A cuatrocientas veinticinco libras con nueve chelines, Eliezer. Con mucho gusto os cederé los nueve chelines como comisión.

»—¿De verdad? —murmuró el viejo judío—. La comisión, ya debéis saberlo, es del dos por ciento, que resulta ocho libras con diez chelines y dos peniques y medio.

»—¡Sea! —dijo alegremente Ismail—. Aquí tenéis el efecto en cuestión, endosado por Mac Duff y Staunton de York.

»Eliezer puso en su nariz delgada y puntiaguda, un par de lentes. Los otros invitados, a quienes mi padre les había hecho una señal de inteligencia, bebían, sonreían y miraban a Eliezer de reojo. Este hacía un examen minucioso del billete. Al cabo de dos o tres minutos, devolvió el cheque a mi padre.

»—Bien pensado, hermano Ismail, no tengo dinero —dijo en un tono decidido.

»Mi padre frunció el entrecejo. Los que se reían se pusieron de parte de Eliezer.

»—¡Pero hace un momento estabais dispuesto! —empezó.

»—He cambiado de idea —interrumpió en tono brusco Eliezer.

»—¿Por qué?

»—Porque el billete es falso, compadre.

»Ismail dio un puñetazo encima de la mesa.

»—Es verdad —dijo—; nuestros hermanos saben que no os hubiera aceptado el dinero, Eliezer. Yo ya les había avisado; era solamente una prueba.

»—¡Está bien! —murmuró el viejo judío—; entonces, la prueba es desfavorable y el que ha hecho este billete es un asno. Hay una anilla de más en la firma de Dawes, Peebles & Sons.

»—¡Es cierto! —murmuró mi padre.

»—Hay —continuó Eliezer— un rasgo de pluma tembloroso en la misma firma y Peebles firma, generalmente, con mano decidida y magnífica.

»—¡Es cierto! —gruñó Ismail, cuya cólera iba en aumento.

»—Hay, finalmente —continuó diciendo el viejo judío— una falta de ortografía en el cuerpo de este billete.

»—¡Exactamente! ¡Existe la falta! —gritó mi padre con verdadera rabia—. ¡Ah!, ¡miserable Roboam… voy a matarle!

»Entonces se bebió, uno tras otro, dos grandes vasos de vino, y se volvió hacia mí.

»—Id a buscar a ese bruto de Roboam, *miss* Suky —me dijo.

»Yo temblaba como una hoja, pero no me moví. Hubiera preferido morir que no ir a buscar al desgraciado Roboam en aquel momento. Mi padre repitió la orden con voz de trueno y al ver que yo no obedecía, levantó la mano sobre mí en el paroxismo de la cólera.

—¿Os pegó, *milady*? —interrumpió Brian, que se había puesto pálido y temblaba.

—No, milord. Su mano volvió a caer sin haberme tocado, luego se lanzó como un cohete fuera de la habitación. Un momento después reapareció arrastrando a Roboam por los cabellos.

16. Esclavitud

—La fisonomía de mi padre presentaba un aspecto terrible en el momento en que volvió a aparecer en el umbral de la puerta. Roboam, medio muerto de terror, daba unos quejidos inarticulados.

»El judío Eliezer era cojo y andaba apoyándose en un fuerte bastón de bambú. Este bastón estaba apoyado a la pared, en un ángulo del salón. Mi padre lo agarró. Su cólera llegaba al paroxismo. El pesado bastón emitió un ruido seco al caer pesadamente y con fuerza encima de las espaldas del pobre mudo.

»Yo había cerrado los ojos y estaba como paralizada por el terror. Oía el sordo estertor del pobre Roboam que se había desplomado y el ruido incesante del bastón mortífero sobre la carne. Mientras apaleaba, Ismail se excitaba y decía:

»—¡Ah!, ¡de manera que haces una anilla de más en la firma de Dawes, Peebles & Son, bribón! ¡Miserable! ¡Ah! ¡Bruto infame, haces una P temblorosa al trazar Peebles! ¡Traidor, torpe, asesino, haces faltas de ortografía en el cuerpo del billete! ¿No sabes que me juego el pescuezo, Judas?

»Cuando abrí los ojos, en el lugar, donde Roboam estaba arrodillado hacía un momento, había, ahora, una masa inerte y sangrienta».

Al cabo de un instante, mi padre dio un puntapié a aquella masa.

»—¡Levántate! —dijo.

»La masa se agitó, luego Roboam se puso de pie.

»—Sube arriba —prosiguió mi padre—. ¡Y procura hacerlo mejor o puedes prepararte!

»Roboam bajó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Al llegar allí, se volvió; su mirada ardía.

»El viejo Eliezer movió la cabeza una vez que Roboam hubo desaparecido.

»—Este animal salvaje os estrangulará algún día, hermano Ismail —murmuró.

»Nos fuimos unos días después. No os contaré, milord, lo que me ocurrió en Francia, en Italia y en Oriente. Cuatro años estuvimos en estos diferentes países y les conozco como si hubiera nacido en ellos, especialmente Francia, la dulce Francia, donde me gustaría tanto vivir con vos, ¡milord!

»Lo que hice puede decirse en cuatro palabras, porque durante cuatro años, en estos diversos países, hice siempre las mismas cosas.

»Ayudaba a engañar. Os lo digo con la vergüenza en el corazón. En efecto, una cosa me faltaba por completo, en el edificio de la moral que yo me había construido a tientas y sin socorro de ninguna clase. No tenía idea de la propiedad: el robo no me espantaba lo más mínimo. Hubiese resistido a mi padre y resistido enérgicamente, como lo he hecho en varias ocasiones de mi vida, si se hubiese tratado de causar cualquier daño físico a alguien, pero obtener dinero por medio de un fraude, no me parecía, en absoluto, ninguna cosa condenable, y mi íntima convicción era que cada cual, en este mundo, hace lo mismo y procura para sí.

Susannah inclinó la cabeza y calló. Brian cogió su mano y la acarició suavemente con los labios.

—¡Oh!, levantaos, señora —dijo con voz grave y baja, en donde se percibía un entusiasmo contenido— mirad a quien sea, cara a cara, pues no teméis de poner vuestra hermosa alma al desnudo y no tenéis en vuestra conciencia rincón alguno donde ocultar una parte de vuestros recuerdos. ¿Por qué avergonzarse de los crímenes de los otros, señora? Os digo desde el fondo de mi corazón: ¡Malhaya aquel que viese en vuestra bella vida, materia para reprobación o sospechas! ¡Yo os amo y os admiro!

—Gracias, milord —dijo ella con las lágrimas en los ojos—; ¡quiera Dios permitir que me améis siempre!

»El objetivo constante de mi padre durante todo este largo viaje fue la negociación de los falsos efectos bancarios fabricados por Roboam; tuvo éxito, en parte solamente, pues seguramente ya debisteis oír hablar del revuelo que levantó en la plaza de Londres aquel robo cometido en perjuicio de las primeras casas de la City. Cuando abandonamos Damasco para regresar a Londres, mi padre poseía más de cien mil libras esterlinas.

»Yo ya era una mujer, en aquel tiempo, milord. Unos pensamientos muy serios se forjaban en mi espíritu y una vaga necesidad de amar y de ser amada, hacía languidecer mi ensueño. Ismail me sentía ya con suficiente madurez para la parte más odiosa de sus proyectos: quiso traficar con mi cuerpo y con mi corazón.

17. La sirena

—Mi padre no tuvo tiempo.

»Su primer cuidado, al llegar a Londres, fue volver a instalar en un plan espléndido, su casa de juego de Leicester Square.

»Ya sabéis, milord, el éxito que tiene este “infierno” durante la mayor parte del año. Le llamaban el Club de Oro (“Golden Club”) y su clientela estaba compuesta, exclusivamente, por la más antigua nobleza de los Tres Reinos.

»Pero mi padre no había abandonado por ello su casa de Goodman’s Fields. Se dedicaba a la usura; y su despacho de cambio, instalado en las habitaciones de la planta baja, que me habían servido durante tanto tiempo de domicilio, estaban siempre, durante todo el día, llenas de gente.

»Era poco tiempo después de nuestra llegada a Londres. Yo me paseaba por el jardín, con mi alma entregada a aquellos vagos pensamientos que llenan las cabezas de las jóvenes. Oí un ruido en la antecámara. Erais vos, milord, que acababais de entrar. Una rara casualidad; mi destino, sin duda alguna, me hizo entreabrir curiosamente la puerta del jardín, con objeto de mirar. Os vi y encontré que erais muy hermoso.

»Una vez que hubisteis entrado en el despacho de mi padre, me deslicé a lo largo de la pared de la casa y me puse contra la ventana, en un sitio que podía veros, sin que me viesen. Mi corazón latía con fuerza y yo ignoraba por qué; mis ojos me escocían como cuando uno va a llorar, y, sin embargo, en el fondo de mi alma sentía una nueva alegría completamente desconocida. Cuando volvisteis a pasar el umbral de la puerta y los perdí de vista, tuve frío».

—¿Habéis visto a este *gentleman*, Suky? —me preguntó mi padre.

»—¡Oh!, sí —respondí.

»—Apuesto a que os ha causado miedo. Es un loco que tiene para vivir durante dos años todavía, pero que procura reducir estos dos años a seis meses.

»—¿Cómo se llama, señor?

»—Brian de Lancester.

»Fue en el Park que os encontré por segunda vez. Os reconocí ya desde muy lejos, entre todos aquellos gentilhombres que se paseaban por las avenidas, y mi corazón voló hacia vos. Estabais montado en un hermoso alazán, cuya esbelta estampa excitaba la envidia y la admiración de vuestros rivales…

—«Ruby»… —interrumpió Brian con un suspiro exhalado involuntariamente.

—Ibais montado graciosamente —prosiguió Susannah— dominando vuestro caballo que danzaba coquetamente y batía la arena en un cuádruple choque de su elástico casco. Llevabais en vuestro ojal una camelia, la flor que he guardado durante tanto tiempo, en recuerdo vuestro, milord. De repente se hizo un gran clamor entre la multitud. Una calesa, lanzada a todo galope por cuatro magníficos caballos, acababa de atropellar a una pobre mujer, que yacía, ensangrentada, sin sentido, en el suelo.

»—Mirad, Suky —dijo mi padre—, ¡fijaos bien! Ahí va White Manor que acaba de aplastar a una vieja. Que me lleve el diablo si es capaz de volverse para mirarla.

»—¡Voy a ayudarla a levantarse, señor! —exclamé, dando un latigazo a mi caballo.

»Pero Ismail lo retuvo por las riendas.

»—¡Tonterías! ¡Esto es una tontería! ¿Si la vieja ha muerto, para qué levantarla? Si no ha muerto, siempre saldrá algún tonto para ayudarla.

»El “tonto” fuisteis vos, milord. Os apeasteis y cogisteis en vuestros brazos a la pobre mujer desvanecida.

»—¡Un frasco! ¡Un frasco!, ¡hermosas damas! —gritasteis agitando vuestro pañuelo.

»Se detuvieron diez carruajes y muchas hermosas damas os saludaron con una sonrisa. En lugar de un frasco, cayeron veinte a vuestros pies. Mientras os agachabais para coger uno, se os cayó la flor que llevabais en el ojal. Me precipité, Brian, y antes que mi brazo pudiera darse cuenta de mi acción, la flor ya estaba escondida entre mis senos.

»Ya recordaréis, milord, aquella comida nocturna en la cual Ismail enumeró los diversos servicios que esperaba de mí. Aquella noche dijo que le faltaba una sirena para atraer a los jugadores en su “hell” (su infierno). Esto no era completamente exacto, puesto que los espléndidos salones del Golden Club, estaban siempre llenos de hermosas mujeres, adornadas como reinas; no obstante, estas mujeres no eran suficientes, por lo visto, pues Ismail quiso contar conmigo y hacerme representar mi papel de sirena.

»Había imaginado algo imprevisto y teatral, en relación con las magníficas decoraciones del club. En el salón principal, había hecho poner unas ricas colgaduras, detrás de las cuales hizo instalar mi arpa y mi piano. Delante de las colgaduras, una sólida barandilla interceptaba el paso.

»Cuando entré allí por primera vez, el ruido de las conversaciones vecinas asustó mi timidez.

»Mi padre hizo sentarme delante del piano.

»—No tengáis miedo, Suky —me dijo—; cantad lo mejor que sepáis; nadie puede veros.

»Y decía verdad. Las colgaduras interceptaban completamente las miradas. Deslicé mis dedos por encima del teclado y algunas voces de los jugadores se elevaron al otro lado del cortinaje.

»—Vaya invención, Spencer —decían— haced callar este piano que nos casca los oídos.

»—Seguid, Suky —me dijo mi padre.

»Estuve preludiando durante algunos segundos, después empecé un fragmento de una ópera francesa que había oído cantar a *mademoiselle* Falcon. Me es imposible resistir a la atracción de la música. La pasión me embargó. Entregué, como siempre, toda mi alma al canto.

»—Magnífico, *miss* Suky —me dijo en voz baja mi padre, cuando terminé la última nota.

»En el mismo instante unos frenéticos aplausos estallaron en el salón. Mi padre se frotaba las manos y reía silenciosamente.

»—Milords —dijo, al fin—, no es ni la Malibránn, ni la Patti, ni la Catalani, es la “Sirena”.

»Hubo unos murmullos al otro lado de los cortinajes; mi padre esperaba la continuación con ansiedad.

»—Cien libras, si me dejáis entrar sólo, Ismail —dijo una voz.

»—¡Quinientas libras! —dijo otra.

»—¡Es un negocio! ¡Es un negocio! —murmuró mi padre.

»—¡Mil libras! —se oyó detrás de la cortina.

»—A ningún precio, milords —respondió Ismail—; ¡la Sirena ya no está aquí!

»—¿Pero, volverá?

»—Mañana, milords, la Sirena cantará».

Al día siguiente, los salones del Golden Club eran demasiado pequeños para contener toda la gran cantidad de personas que afluyó a la caída de la noche.

»Yo canté. Derribaron la barandilla para intentar verme. Pero yo ya había marchado. El galope de los caballos de mi padre me llevaban hacia nuestra casa. Este misterio excitó la curiosidad hastiada de los nobles lords. En Londres se habló de mí…

—Mejor dicho, únicamente se habló de vos, señora —interrumpió Brian—; y los periódicos de París nos enviaron muy pronto el eco de vuestra fama, la cual había pasado ya el canal. ¿Pero, decidme, nadie fue admitido a veros?

—Nadie, milord. Nadie puede vanagloriarse de haber visto a la Sirena del Golden Club. Mi padre esperaba y especulaba sobre el efecto de la curiosidad llevada hasta la locura; estaba esperando el paroxismo de la moda para… Milord, él no hacía ningún misterio respecto a sus proyectos, delante de mí.

»Una noche me dijo:

»—Susannah, vais a ser muy feliz. ¡Quiero hacer de vos una *lady*, y entre los lords que os aplauden cada día, quiero que escojáis, hija mía!

18. El Club de Oro

—Mirad, Suky.

»Me dijo mi padre.

»Me di cuenta, entonces, de que se habían practicado unos pequeños agujeros en la cortina. Acercando el ojo a estos agujeros, se veía perfectamente todo lo que ocurría detrás del cortinaje.

»Al otro lado de las colgaduras, había una muchedumbre compacta e impaciente; todas aquellas gentes hablaban a la vez y todos hablaban de mí. Sus miradas se fijaban, tan ardientemente curiosas en los cortinajes, que yo retrocedí, confusa, como si aquellos hombres hubiesen podido verme.

»—No tengáis miedo —dijo mi padre—. Todos esos *“noblemen”*, jóvenes y viejos, están locos por vos.

»—¿Esos gentilhombres me conocen, pues? —pregunté.

»—¡No, Suky, gracias al diablo! Esto sería perder la mitad de vuestro prestigio. Ya podéis ser hermosa, pero la imaginación de toda esta gente encuentra el medio para embelleceros más aún. ¡Oídles, Suky! Ahora se están impacientando ya, y no se puede jugar con la impaciencia de la gente de esta clase. Voy a mostraros aquellos que son más respetables de todos estos lords, y vos elegiréis después.

»—¿Por qué he de elegir, señor? —le pregunté.

»Golpeó con el pie y frunció el entrecejo.

»—¡Ya es hora de que comprendáis, *miss* Susannah! —dijo con voz imperiosa y breve—. ¡Si se trata de un juego, poned término a él, y si, en realidad, no comprendéis, dejad hacer! ¿Comprendido? A todo señor, todo honor. Mirad aquel hombre de cabellos blancos que posee el rostro más venerable de los Tres Reinos. Es nada menos que Su Gracia, el duque de M…, menos célebre que su glorioso homónimo del cual habla la canción, pero más jugador. Una noche perdió, aquí, ochenta mil libras, Suky, y las pagó al día siguiente. ¿Qué me decís?

»Yo guardé silencio.

»—¡No decís nada! ¡Mirad!, aquel quizás encontrará favor ante vos. ¿Se ha visto nunca rostro más honrado y más encendido, enmarcado por unas rubias patillas muy burguesas? ¡Pues bien, hija!, el otro día el conde de Ch… field, que es el nombre de Su Señoría, cazó una zorra por las calles de la City. Ya podéis suponer que desde aquel día, Su Señoría ha sido considerado como un hombre a la moda. Ahora se llevan muchas levitas estilo Ch… field. ¿Os gusta el conde, hija mía?

»—Ni más, ni menos que otro, señor —respondí.

»—¿No? ¡Pasemos, pues! Allí hay un apuesto galán, por el cual ciertas *ladies* enloquecen. Tendré el honor de presentároslo: es el primer marqués de Irlanda, Harry de la Poer Beresford, marqués de Waterford, conde Tyrone, vizconde de Tyrone, barón de la Poer, lord de Curraghmore, etc. ¿Su Señoría os place?

»—No, señor.

»—¡Voto al diablo! ¡*Miss* Suky!, ¿preferís, quizás, aquel Don Juan, de mirada audaz, el coronel Rabicán? Os prevengo, Susannah, ese noble conde mata a todos sus adversarios en desafío, gana en todos los juegos conocidos y hace suyas a las mujeres de todos sus amigos: es un lord de mérito. No lejos de él, se encuentra su acérrimo enemigo, lord William Bagget, al cual tampoco le faltan cualidades. ¡Cuidado!, *miss* Susannah, mirad aquel caballero sentado entre dos damas, que tiene en sus manos descoloridas una tabaquera adornada con brillantes. Es lord Clankildare, el amante adicto de todo el bello sexo esparcido por toda la superficie del globo. Se dice que Su Señoría tiene a su cocinero por rival. Esto es muy inglés. Pensadlo bien, Susannah, podríais hacer de lord Clankildare, todo lo que quisiéreis.

»—No quiero hacer nada, señor —repliqué con rabia.

»—Algún día tendréis ingenio —prosiguió mi padre—. Os presento, para que lo recordéis, al honorable John Tantivy, la crema de los *gentlemen*-riders. Se nutre solamente con espárragos crudos y caldo de pollo, para mantenerse en su peso.

»Mientras tanto, la impaciencia se apoderaba de todos los nobles lords. Había una especie de fiebre al otro lado del cortinaje. Las voces empezaban a elevarse y tenían, ya, un tono airado.

»—¡Diablo! —gruñó mi padre—, será necesario terminar con todo esto. Como podéis suponer, *miss* Suky, yo no hubiera perdido mi tiempo *explicándoos* a Sus Señorías, como se explican las figuras de cera de un museo, si no tuviese mis razones para ello. Aquel sobre quien yo he

puesto los ojos para que le elijáis, no ha llegado todavía; y después iré a tranquilizarles anunciándoles que nuestra Sirena se encuentra, mano a mano, con milord el embajador.

—¿Y este mano a mano tuvo lugar, *milady*? —preguntó Brian, que procuraba parecer tranquilo.

Susannah sonrió dulcemente.

—Veo que también tenéis miedo, milord —dijo—; ¡esperad! Mi padre de pronto, exclamó:

»—¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Mirad!

»Yo miré, milord, y os vi…

—¡A mí! —interrumpió Brian, estupefacto.

—Acabábais de entrar. ¡Yo solamente os vi a vos! ¡Oh! —exclamé—. ¿No me engañáis? ¿Es a él a quien queréis entregarme?

»—A él, Suky, ciertamente. ¿Le conocíais, pues?

»—¡Si le conozco! —exclamé con lágrimas de alegría en los ojos.

»—A fe mía —murmuró mi padre entre dientes—; ¡hay que confesar que las muchachas tienen caprichos bien raros! ¡Qué me lleve el diablo si me hubiese atrevido a esperar que Su Gracia… en fin, no importa!, voy a buscaros a milord el embajador, *miss* Suky.

»Y se dirigió hacia la puerta. Yo me embriagaba mirándoos: me sentía feliz. Antes de salir, Ismail cambió de idea de repente y volvió, precipitadamente, hacia mí.

»—Bien, *miss* Suky —me dijo—, ¡no vayamos a hacer ninguna confusión, ahora! Se trata del príncipe Dimitri Tolstoi. Es aquel hombre de fisonomía un poco… algo… un poco característica. ¿Nos entendemos bien, creo yo?

»Junté las manos con desesperación.

»—¡Ah! —dijo Ismail, frunciendo el entrecejo—. ¿A quién os referíais, pues?

»—Me refería a Brian de Lancester, señor.

»Mi padre estalló en una carcajada seca y estridente.

»—¡El hermano del conde! —exclamó—; ¡esto sí que sería una buena broma! Si Brian tuviese algo… ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!, cuando lo pienso, no puedo por menos de reír. ¡Si no tiene ni un real, *miss* Suky!

—Señora —interumpió Brian—: esas palabras pronunciadas por Ismail referentes a mí, parecen encubrir un sentido oculto. ¿No se ha explicado nunca a este respecto?

—Jamás, milord. Mi padre parecía, en efecto, asociar un significado raro al sentimiento que me llevaba hacia vos. Esto le hacía reír e Ismail no reía jamás, a no ser que una malvada idea le pasase por la mente. Pero vos podéis saber, más que yo, si esta circunstancia oculta también, algún triste misterio.

»—*Miss* Suky —prosiguió mi padre— preparaos para recibir al príncipe Dimitri Tolstoi, embajador de Rusia.

»—¿Qué quiere de mí este hombre? —pregunté con cólera.

»Una sonrisa cínica se dibujó en su boca.

»—Lo que vos queréis del Honorable Brian de Lancester —contestó Ismail.

»—No quiero verle —grité.

»Vuestra presencia me daba ánimos, Brian.

»Ismail me cogió por el brazo y lo apretó de tal manera que sus dedos de acero se incrustaron en mi carne. Sus ojos tomaron una expresión de maldad siniestra, verdaderamente infernal. Acercó su rostro junto al mío.

»—Eres mía —dijo con voz entrecortada por la rabia que iba embargándole—; eres únicamente mía. Soy tu dueño: ¿Podría matarte, me entiendes? ¡Matarte!, ¡pero prefiero venderte!

»Su mirada ardiente me quemaba.

»—¡No resistas más! —prosiguió sacudiendo violentamente mi brazo —, ¡o te aplastaré bajo mis pies, tal como lo hice, delante de ti, con Roboam y te apalearé como le apaleé!

19. Veinte mil rublos

«—Podéis matarme —le dije—, ¡pero no me haréis ceder!

»Se interrumpió, pasó su pañuelo por su boca húmeda y, haciendo un penoso esfuerzo para devolver a su boca su glacial sonrisa acostumbrada, dijo:

»—Soy tan tonto como vos, *miss* Suky —dijo, con tranquilidad fingida —. Oídme, estamos en un error, uno y otro; hablemos razonablemente; os pido una cosa muy sencilla, ¿por qué os negáis?».

—Queréis darme a un hombre —respondí—; y yo quiero entregarme a otro hombre.

»Esta respuesta le hizo montar en una extremada cólera, pero se contuvo.

»—¡Queréis! —repitió—. ¡Esto resulta muy perentorio, *miss* Suky! ¡Olvidáis, quizá, que soy vuestro padre!

»—¿Qué importa, esto? —le repliqué.

»Se mordió violentamente el labio.

»—Es cierto —prosiguió—; esto importa muy poco, naturalmente. Yo quería decir: Olvidáis que soy el más fuerte.

»—No, caballero.

»—¿Entonces, me obedeceréis?

»—¡No!

»Bruscamente se alejó de mí y dio algunas vueltas por el aposento.

»—*Miss* Susannah —me dijo fríamente y con sarcasmo— sois una muchacha virtuosa y yo soy un comerciante honrado. Os he vendido, me han pagado y el comprador espera que se le entregue la mercancía. Dentro de diez minutos, el príncipe estará aquí; dentro de otros diez minutos una buena cerradura os pondrá al abrigo de los inoportunos. Hasta pronto, *miss* Susannah.

»Salió precipitadamente. Me levanté, y atravesé la sala y los pasillos, corriendo. Seguidamente, me encontraba en la calle.

Brian respiró profundamente. Susannah prosiguió.

—Estuve corriendo durante unos segundos, al azar, y me desplomé, deshecha, en la esquina de Leincester Square.

»—¡Ay!, no había pensado que no tenía otro refugio sino la casa de Ismail y que el peligro que hoy pude evitar, reaparecería, mañana, igualmente terrible. Esto lo pensé tan poco, que mi primer impulso, una vez calmada mi opresión y pude ya hacer algún movimiento, fue tomar un coche de punto y hacerme llevar a Goodman's Fields.

—¿Qué decís, señora? —exclamó Brian—, ¿entrasteis en aquella infame guarida?

—Sí, milord. Y no os escandalicéis, por ello. He pasado días de una miseria tan espantosa, que más de cuatro veces, he echado de menos la casa de Ismail.

»Mi padre todavía no había regresado cuando yo llegué a Goodman's Fields. En lugar de ir directamente a mi habitación, subí corriendo al laboratorio de Roboam. Este era el único ser que parecía sentir algún afecto hacia mí. No podía tener, sin embargo, muchas esperanzas en él, puesto que, lo mismo que yo, estaba esclavizado, pero por instinto, fui a unir mi desdicha a su esclavitud.

»El pobre mudo estaba durmiendo. Cuando le desperté, hizo un gesto de viva sorpresa. Con ayuda de sus gestos, que valían casi tanto como palabras, me preguntó; le conté la odiosa conducta de Ismail y mi huida del Golden Club. Inclinó la cabeza y pareció reflexionar.

»Al cabo de algunos minutos, tomó mi mano y la besó, después me condujo a su rincón y me enseñó un hueco en el cual había justo el sitio para mi cuerpo, después golpeó con SU9 dedos él reverso de un plato que había encima de la mesa. Esto quería decir que me ocultaría en su rincón y que compartiría sus comidas conmigo.

»Esto representaba una locura; mi padre al regresar, pronto se daría cuenta de que yo me encontraba en la casa; me buscaría y Roboam sería víctima de su furia. Esto es lo que yo hubiera debido decirme, y lo que debía decirse el pobre Roboam, pues estaba en un estado de abatimiento y de resignación. Pero yo me sentía incapaz de llevar mi cálculo tan lejos, milord. Yo quería escapar a la persecución de mi padre y a la horrible presencia de aquel ruso.

»—Sí —dije— sí, buen Roboam, me esconderé aquí y me quedaré siempre contigo.

»Aquella noche mi padre no regresó a su casa de Goodman's Fields. Hacia las once de la mañana del día siguiente, Roboam y yo oímos el

portazo del dueño retumbar en toda la casa. Me escondí; Roboam se puso delante de su mesa para poder ocultarme. Me ordenó silencio con un gesto enfático y que retrataba plenamente sus inquietudes. Permanecí inmóvil; me aguanté la respiración. Mi padre entró.

»—¡Buen negocio! —gruñó, cerrando la puerta—; el príncipe exige que le devuelva sus veinte mil rublos.

»Sacó un papel del bolsillo y lo desplegó.

»—¡Prepara papel de calcar! —prosiguió Ismail, dirigiéndose a Roboam.

Roboam obedeció. Yo sentía su asiento que temblaba. Mi padre se paseaba arriba y abajo.

»—¡Es algo diabólico! —murmuró—. ¡Esa miserable criatura! ¡Ese Brian de Lancester! ¡Que vuelva a pedirme dinero prestado! ¡Las mujeres lo adivinan todo! ¡Tanto el pudor como el amor!… ¡O a lo mejor es el amor que les enseña el pudor!

»Se acercó a Roboam y echó encima de la mesa el papel que tenía en sus manos.

»—¡Toma! —dijo—; cálcame esta firma. ¡Cuidado con estropear el cheque, señor Silencio!, ¡si haces un disparate, te aseguro que te rompo la crisma!

»Roboam tomó el papel. Se trataba de una obligación del príncipe Dimitri Tolstoi; el precio estipulado por la venta de mi persona, milord, y se dispuso a calcar la firma. Mi padre recomenzó su paseo.

»—¡Y si fuera esto solamente! —decía, excitándose cada vez más—; ¡pero es que lo que ella ha hecho hoy podrá volverlo a hacer!, ¡seguramente volverá a repetirlo, la miserable criatura! ¡Y, por otra parte, si ella no cede, cómo dominar al conde!

»¿Qué podían significar estas extrañas palabras, milord? ¿Vos que conocéis el mundo, Brian, podéis adivinar el secreto de Ismail?

—¿No pronunció el nombre de ese lord? —preguntó Lancester.

—No, le llamaba conde.

»Mi padre tomó el papel que Roboam vacilaba en entregarle y dio un grito de rabia.

»—¡Infame! ¡Bruto maldito! ¡Te dije que tuvieras cuidado! ¡Ah! ¡Esta vez vas a pagarlas caras!

»Mi padre, obligado a devolver el cheque de veinte mil rublos que le había extendido el ruso, quería, por lo menos, guardar una copia de su firma; pero Roboam había perdido su serenidad. En lugar de tomar un

punzón de calcar, se sirvió de una especie de buril que cortó el papel allí donde pasó. De esta manera, ¿cómo podía devolverse al príncipe un papel que llevaba impresas unas pruebas tan evidentes e imborrables de fraude?

»Mi padre se precipitó hacia su arsenal y escogió el más grueso y el más pesado de todos sus látigos de plomo. Sentí como temblaba débilmente el asiento de Roboam. Mi padre se dirigió hacia éste con pasos lentos.

»Cerré los ojos como aquella noche en que Ismail había azotado a Roboam con el bastón de bambú del viejo Eliezer. Al primer golpe, el asiento de Roboam saltó. Dos roncos aullidos hirieron mis oídos; abrí involuntariamente los ojos. Roboam ya no estaba cerca de mí. De un salto había saltado por encima de la mesa que le separaba de mi padre, y se encontraban los dos frente a frente.

»Fue una lucha horrorosa, en la cual, uno de los adversarios, herido, maltrecho, ya, no tenía para defenderse, nada más que sus manos desarmadas, mientras que el otro golpeaba con un mazo, y cada uno de los golpes del mismo, podía ser mortal. Al cabo de un minuto, vi con espanto a Roboam bajar la mano que extendía para detener el golpe. El látigo describió, silbando, en el aire, una curva impetuosa. Yo creí que el combate había terminado.

»Pero no era así. Con un movimiento rápido como el rayo, Roboam había evitado el plomo mortal, y aprovechando el instante en que Ismail volvía a levantar el arma, Roboam se echó sobre su garganta. Mi padre, sofocado, no emitió ni un solo grito. Roboam se vio obligado a sostenerlo, para impedir que cayera como una masa inerte, al suelo.

»Entonces el mudo empezó a reír histéricamente, mostrando sus dientes blancos y agudos, afilados como los dientes de una fiera. Arrastró a mi padre hasta la otra punta del laboratorio, cogió una gruesa cuerda y lo amarró. Cuando Roboam hubo agarrotado a mi padre, corrió hacia la puerta y desapareció, profiriendo un grito de salvaje triunfo.

20. Sobresalto

—Así que Roboam hubo cerrado la puerta a doble llave, mi padre pronunció dulcemente mi nombre. Acababa de darse cuenta de mi presencia. Yo no contesté, porque estaba completamente fulminada.

»—Susannah —repitió Ismail con una inflexión de voz acariciadora.

»Se podían oír, ya, pisadas en la escalera disimulada.

»—Oíd, Suky —dijo entonces Ismail, cambiando el tono de su voz, repentinamente—; se acabó, estoy perdido. ¡Ese miserable se ha vengado como un hombre! Va a venir gente; los jueces… No digáis que soy vuestro padre; os meterían en la cárcel y ya no podríais serme de ninguna utilidad; vos sois buena, Suky, y cuando habréis recuperado vuestras fuerzas, haréis todo lo que esté en vuestra mano para evitar que yo me muera…

»La puerta que se abrió le cortó la palabra.

»Roboam se precipitó en el aposento y le señaló con una rapidez de gestos frenética, así como a todos los objetos sospechosos de los cuales ya os he hablado. Esta rapidez no pudo ser igualada más que con la presteza con la cual, un hombrecillo que le seguía, recorría con su mirada toda la habitación.

»Detrás de él, seguían dos comisarios.

»Los dos comisarios me miraron.

»—Señor Ismail Spencer —dijo el hombrecillo— yo soy Robert Plound, esq., adjunto del comisario de policía de White Chapel. Veo que esta es una oficina muy singular. Habéis tenido mucho cuidado de reunir, aquí, unas pruebas tan convincentes; tan magníficas pruebas, que no hay ninguna necesidad de levantar acta por el momento. Voy a poner, simplemente, los sellos en la puerta del gabinete y a llevaros a la cárcel, señor Spencer. ¿Pero, quién es esta señorita?».

—Debe ser la hija del señor Spencer —dijo Plound—. Vamos a llevarla a la cárcel.

»Los dos policías dieron un paso hacia mí, pero Roboam se lanzó delante de ellos y me cogió en sus brazos.

»—¿Qué? —dijo el pequeño comisario—; ¡este hombre sin lengua pretende oponerse a la justicia del reino!

»Roboam multiplicaba sus gesticulaciones expresivas. Por un sentimiento completamente opuesto al de mi padre, coincidían con éste en la misma idea, y en su pantomima decía que yo era su hija. El comisario y sus dos compañeros no llegaban a comprender nada de todos aquellos gestos.

»Fue entonces que mi padre abrió la boca por primera y última vez durante toda la escena.

»—¿No veis que esta muchacha es su hija? —pronunció, encogiéndose de hombros.

La señora duquesa de Gêvres se despertó sobresaltada. Había obscurecido ya y no se veía absolutamente nada. Se había dormido en plena luz del día: en aquella hora, los dos amantes estaban juntos. ¿Lo estaban, todavía? ¿Qué se habían dicho?

—¡Qué boba soy! —murmuró la pequeña mujer con sincero pesar—. ¡He dormido más de dos horas! Durante todo este tiempo mi querida sobrina ha podido despecharse a gusto y contarle todo lo que no debía saber. ¡Ah!, ¡si ese bribón de Tyrrel lo supiera!

Cuando pronunció estas palabras, una mano agarróle el brazo en la obscuridad y se lo apretó fuertemente.

—¡Estábais ahí, milord! —dijo.

—El bribón de Tyrrel estaba aquí, señora duquesa, tal como lo veis —contestó el ciego.

—Os juro…

—¡Callad! Habéis hecho bien en dormir, Maudlin, si hubiérais estado velando, habríais oído un montón de cosas que probablemente hubieseis comprendido, y entonces, nos hubiéramos visto obligados a reduciros al silencio.

Por regla general, el ciego Tyrrel estaba lejos de mostrarse tan comunicativo. La pequeña francesa encontró, también, que en sus palabras había un tono de alegría mezclado de amargura, cosa que no había notado jamás.

—Sí —prosiguió con una especie de jovialidad sarcástica—; la princesa ha hablado, Maudlin, ha hablado mucho. Y con mucha frecuencia se refería a un hombre al cual conocí de un modo muy particular, en otro tiempo. Entre este hombre y yo, se ha establecido una comparación que podría tener, ¡palabra de honor!, consecuencias muy funestas, si no se pone orden inmediatamente. ¿Qué dijeron antes de que os durmiérais, Maudlin?

La mujer reunió sus recuerdos y explicó la aventura romántica de Brian en los jardines reales del castillo de Kew. Tyrrel el Ciego frotóse las manos.

—¡Ah!, ¿ha sido él? —exclamó—; ¡ha sido ese loco el autor de esa hazaña! ¡No se habla de otra cosa en toda la ciudad!, ¡pardiez! ¡Ah!, ¡ah!, ¡qué feliz casualidad! ¡Esta buena noticia os absuelve totalmente, Maudlin!

El aposento en donde se encontraban Susannah y Lancester se había iluminado, entretanto. Un criado acababa de llevar unas velas.

—Pero oíd —prosiguió Tyrrel—. La princesa continúa su relato y el final de la historia os interesará, sin peligro para mí. Se trata de una ejecución capital. ¿Ya sabéis, la ejecución del judío Spencer? Yo me encontraba allí, Maudlin, lo presencié, pero de tal manera que no pude gozar del espectáculo…, y me gustaría saber qué cara hizo el judío en aquella circunstancia.

21. Old Court

Así que terminó estas palabras, la voz de la hermosa muchacha llegó, claramente, hasta el cuarto obscuro.

—Me quedan muy pocas cosas que explicaros, milord —dijo —. Una mañana vimos llegar a irnos individuos de la justicia que nos llevaron, a Roboam y a mí, a Old Bailey. Nos hicieron besar un libro que yo nunca había visto en la casa de Goodman's Fields —la Biblia— nos hicieron jurar, después que un escribano hubo recitado la fórmula de un juramento.

»El escribano nos hizo un interrogatorio. Roboam contestó negativamente, con signos, a todas las preguntas que le hicieron. Yo, por el contrario, no disfracé en absoluto la verdad. Así, fui yo, milord, quien remató la obra de Roboam.

»El gran tribunal se reunió un martes en la sala baja de Old Bailey, para decidir previamente la cuestión que se planteaba de saber si debía tener lugar o no la prosecución de la acusación intentada contra mi padre.— La deliberación no se prolongó mucho y un veredicto unánime mandó a mi padre ante Old Court. Yo estaba presente cuando la deliberación del gran tribunal; pero cuando ya salía, protegida por Roboam, oí una voz a mi oído que me dijo:

»—¿Cómo estáis, Susannah?

»Me volví. Era Ismail. Su rostro estaba muy pálido, pero sus ojos cansados conservaban su expresión amarga y de implacable ironía.

»—¡Oh! ¡señor! —exclamé.

»—¡Chuuut, Suky! —dijo rápidamente mi padre—. ¿Roboam debe haberse arrepentido de lo que ha hecho, verdad? Y debe ser él quien me envía socorro.

»—Es él, señor.

»—¡Pobre loco! —murmuró.

»Y le dio con el codo a Roboam quien todavía no se había dado cuenta. Creí que Roboam iba a prosternarse delante de él. Mi padre le detuvo con

la mirada y le dijo muy bajo:

»—Haz que el doctor Moore venga a verme a mi calabozo y le dices que me traiga un puñal.

»Llegó el día del proceso definitivo. Por la mañana tomamos el camino de Old Bailey. Me colocaron frente al banco de los jueces, que estaba contra la muralla, tapizada, en aquel lugar, con una tela de color de fuego. En medio de este banco, bajo un dosel de forma cuadrada, se sentaba el magistrado principal, detrás del cual, colgada en el tapiz rojo, había una espada sin vaina. A la derecha de los magistrados y más allá del alguacil, medio dormido, una docena de *gentlemen* conversaban alegremente de sus asuntos. Eran los jurados. A la izquierda se hallaban los abogados. Detrás del banco de éstos se abrió una puerta que dio paso a mi padre. Detrás de mí se encontraba el público, y entre este público reconocí, con asombro, a pesar de estar vestidos con trajes vulgares, a la mayoría de los nobles que frecuentaban el Golden Club.

»Me hicieron sentar en un banquillo, levantar mi velo y besar una Biblia. Después el juez, el "attorney" del rey y los abogados me presentaron a competencia, y alternativamente, me hicieron infinidad de preguntas insidiosamente estudiadas. Yo contesté según la verdad y Roboam sólo fue interrogado por puro formulismo.

El acusador público se levantó e hizo una señal a un ujier, quien retiró un lienzo de sobre una mesa, el cual ocultaba una infinidad de objetos diversos. Eran todos los útiles del laboratorio de Roboam, los objetos del tocador, las falsas llaves, las armas, los punzones, los buriles, las matrices, etc. El acusador preguntó a Ismail si reconocía todos aquellos objetos.

»—Los reconozco, señor —respondió mi padre pasándose un pequeño peine de concha por entre las ondas sedosas de su larga barba negra—; son, podéis creerme, unos excelentes instrumentos, que me han costado muy caros.

»Todo el jurado se echó a reír.

»Mi padre acababa de hacerse un enemigo en la persona del acusador. Este magistrado sostuvo la acusación con una pasión increíble. Cada vez que el "attorney" del rey se detenía para tomar aliento, Ismail movía la cabeza en señal de aprobación. El alguacil roncaba, los jueces bostezaban y el jurado hablaba de opio, de algodón, y de los consolidados; el ujier decía periódicamente:

»—¡Silencio!

»Al terminar, el abogado de la corona requirió del jurado, “por su salvación eterna”, que declarasen culpable al acusado, amenazándoles, en caso contrario, con todas las venganzas celestes. El defensor de mi padre se levantó. Era un hombre joven, fresco y de tez rosada, cuya peluca blanca parecía un disfraz de carnaval.

»—Mi joven *gentleman* —le dijo mi padre— estoy seguro de que vais a hablar para vuestra propia satisfacción. Respecto a mí, puedo prescindir con mucho gusto de vuestro elocuente apoyo.

—¡Oh!, ¡oh! —murmuró el jurado.

»—¡Silencio! —dijo el ujier, que se dormía de pie.

»El defensor no pestañeó. Hizo un gesto de protección dirigido a mi padre y empezó su defensa afirmando por su honor que iba a descubrir la inocencia de su cliente, más clara que la luz del día. Cuando hubo terminado su defensa, un murmullo halagador recorrió por todo el auditorio. Era un debutante. Se le declaró muy brillante. El magistrado que estaba sentado debajo de la espada de la justicia, preguntó a mi padre si no tenía nada que añadir. Mi padre respondió con un saludo caballeresco. El jurado abandonó sus lugares, se agruparon y empezaron una activa conversación. Al cabo de diez minutos, uno de ellos dio una pirueta sobre sus talones y volvió a su sitio. Casi inmediatamente después, otro le imitó; después, le siguió otro, de manera que pronto todo el jurado se encontró, nuevamente, en sus sitios, con las piernas cruzadas y con los ojos aburridos fijos en el techo.

»Unicamente el jefe del jurado se había quedado de pie. A petición del presidente, pronunció el veredicto, con una mano en el bolsillo de su pantalón y la otra en la chorrera. Mi padre fue declarado culpable, por unanimidad.

»Entonces empezaron nuevos debates. El *attorney* del rey y el defensor abrieron unos gruesos libros y se echaron en cara citas latinas, después de lo cual, despertaron al alguacil, quien se frotó los ojos y los jueces deliberaron, a su vez. En el momento en que pronunciaban su sentencia, que era de pena de muerte para mi padre, el ruido alegre de las felicitaciones dirigidas al joven abogado se hizo tan escandaloso, que el ujier se vio obligado, una vez más, a lanzar en la sala su monótono: “¡Silencio!”.

»Mi padre oyó la sentencia sin manifestar la más pequeña emoción. Roboam, por el contrario, emitió un grito sordo y se golpeó el pecho con desesperación. Mi padre le dirigió una mirada de compasión.

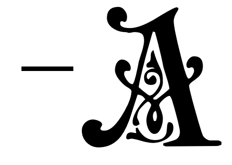
»—¡Pobre loco! —dijo.

»Dos días después, recibí una carta por un “*express*” desconocido. He aquí lo que decía:

»“Una vez os prometí haceros ver lo que es ser ahorcado: venid el jueves a Old Bailey, hija mía, antes de que salga el sol y cumpliré mi promesa”.

»“Que Roboam no deje de venir también y que se fije en todos mis movimientos. Tendré necesidad de él”.

22. The launch into eternity

— las once de la noche del miércoles, víspera del día fijado en la carta de mi padre, Roboam se precipitó en mi habitación y me dio a entender que era ya hora de partir. Me vestí y salimos.

»En el mismo momento en que apercibíamos las negras murallas de Newgate, las doce campanadas de medianoche sonaron en Skinner Street, en el campanario del Santo Sepulcro.

»No había ninguna clase de movimiento en aquella calle ancha y de aspecto lúgubre que es Old Bailey.

»Roboam y yo, nos sentamos encima de una vigueta que se encontraba en medio de la calle, frente a la puerta de la Deuda. Hacia las doce y media, una brigada de obreros, dirigida por unos hombres de la policía, y seguida por tres o cuatro carretas, dio la vuelta a la esquina de Ludgate Hill para entrar en Old Bailey. Esta especie de caravana se detuvo precisamente frente a la puerta de la Deuda. Se nos hizo salir de allí, a Roboam y a mí. La vigueta sobre la cual estábamos sentados era el palo principal de la horca. Los obreros empezaron inmediatamente a descargar las carretas, que contenían vigas, planchas y estacas. Pronto se oyó retumbar en todas direcciones el ruido del martillo. Unos instalaban la tarima móvil del cadalso, otros clavaban las estacas en la tierra y las unían unas a otras con tablones, para formar las barreras destinadas a contener a la muchedumbre.

»Las horas de la noche habían ya pasado y las primeras luces de la aurora, de un triste día de invierno, empezaron a iluminar la escena. Lo que primeramente vi, precisamente frente a mí, fue una masa negra, de forma cuadrada, encima de la cual se extendía el brazo amenazador de la cruz del patíbulo; se trataba de la horca a la cual los obreros habían dado la última mano y que recubría, completamente, un trapo negro. Los obreros desaparecieron; el espacio entre nosotros y el patíbulo quedó

vacío hasta que otra brigada de hombres de la policía, armados con sus porras, fue a ocuparlo alrededor de las siete de la mañana.

»A derecha y a izquierda, y tan lejos como la vista podía abarcar, una muchedumbre inmensa ondulaba, se agitaba, pataleaba, aterida por la niebla glacial de aquella mañana. A medida que iba clareando, podían verse los miles de rostros de aquella formidable multitud, que expresaban un sentimiento común, la impaciencia, la impaciencia cínica y brutal.

»Desde hacía unos pocos minutos habían sonado las siete y media. Se aproximaba el momento. Un profundo silencio se hizo entre la muchedumbre. Ésta fue presa de aquella ansiedad que precede todo espectáculo esperado, ansiedad que se asemeja al recogimiento y que no es sino el paroxismo de la impaciencia. Nadie hablaba en la calle; nadie hablaba en los tejados, en los cuales, pululaba, apretujada, otra multitud casi tan numerosa como la de la calle.

»A las ocho menos cuarto, un carrillón lento y lúgubre se hizo oír del campanario del Santo Sepulcro. Al mismo tiempo, dos hombres vestidos de negro subieron los peldaños del patíbulo y pusieron encima del estrado una larga caja de pino. Las campanas tañían por mi padre, y aquella caja larga, que trajeron los dos hombres vestidos de negro, era su ataúd.

»Corrió un estremecimiento por entre la multitud.

»—¡Por fin!, ¡por fin! —decían.

»Las campanas tañían, fúnebres, desde hacía diez minutos, aproximadamente, cuando se abrió la puerta de la Deuda. Desde esta puerta hasta la plataforma del patíbulo habían instalado una especie de puente levadizo inclinado. Todo el mundo se puso de puntillas. En las ventanas, todas las cabezas se asomaron, hacia el exterior. Todas las miradas coincidieron, vivamente curiosas, más allá de la puerta que se acababa de abrir.

»El primer personaje que apareció fue un ministro, llevando una Biblia en la mano. Detrás iba Ismail. Mi padre estaba muy pálido, milord, pero ninguna turbación aparecía en su fisonomía, que seguía conservando su expresión burlona, amarga y sarcástica. Atravesó el puente levadizo con paso firme y se detuvo en el centro de la plataforma.

»Sus muñecas estaban unidas con unas esposas de hierro y una gruesa cuerda, la cual ataba sus codos por la espalda y hacía todo movimiento de sus brazos completamente imposible. En el saliente de

sus codos atados, había una cuerda enrollada, cuyo extremo, acabado en un nudo escurridizo, lo tenía pasado alrededor de su cuello desnudo.

»—¡Aquí está!, ¡aquí está! —decía la gente alrededor nuestro.

»Mientras tanto, mi padre, después de haber recorrido con los ojos la multitud que cubría Old Bailey del lado de Ludgate Hill, levantó la vista hacia las ventanas en donde se encuadraban mil cabezas ávidas y pareció buscar a alguien. Su vista se detuvo en la esquina de Fleet Lane y me pareció ver que su frente se inclinaba ligeramente haciendo un imperceptible saludo. Inmediatamente volvió la vista hacia la calle y por fin nos vio frente a él.

»Un relámpago de alegría salvaje iluminó sus rasgos pálidos al ver a Roboam, el cual extendió sus brazos hacia él, llorando. Mi padre me hizo, como siempre, un gesto amistoso con la cabeza y sonrió dulcemente al mirarme.

»El ejecutor dijo una palabra en voz alta. Trajeron una escalera que apoyó en el travesaño del patíbulo. Aquella escalera, de la cual subió los peldaños, le servía para fijar en lo alto el extremo de la cuerda que descansaba sobre los codos atados de Ismail. Una vez hecho esto, el ejecutor volvió a bajar y quitaron la escalera. La cuerda colgaba, ahora, del cuello de Ismail y un solo gesto del verdugo, que se había situado cerca del resorte que retenía la trampa en una posición horizontal, sería suficiente para lanzarlo a la eternidad.

»—*"Cheer up!"* (¡Animo!) —gritó en aquel momento una voz grave y tonante, que salió de una ventana, en la esquina de Fleet Lane.

»Todas las miradas se dirigieron hacia aquel lado. Mi padre saludó ligeramente; luego su cabeza se irguió, altiva, y volviéndose hacia nosotros, hizo una llamada a Roboam.

»En un segundo Roboam franqueó de un salto la barrera que estaba delante de nosotros, derribó a los policemen colocados en el paso y saltó a la plataforma, al lado de Ismail, cuyas esposas, limadas de antemano, cedieron a un brusco movimiento.

»El ejecutor, petrificado, miraba a Roboam con ojos estúpidos. Estoy segura de que mi padre, en aquel momento, hubiera podido huir. Pero no era para esto que había llamado a Roboam. En el momento en que éste cogía la cuerda para hacer soltar el nudo escurridizo, Ismail, que acababa de poner su mano en su seno, sacó de él un puñal corto, el puñal que le llevó el doctor Moore y lo clavó furiosamente en el pecho de Roboam. Roboam cayó muerto en el acto, entre mi padre y el verdugo. Ismail se

volvió hacia la ventana de Fleet Lane, blandió el puñal ensangrentado, y gritó, triunfalmente:

»—¡Gracias, milord!

»La multitud había lanzado un grito de horror.

»En aquel momento, tocaron las ocho en el campanario del Santo Sepulcro. El ejecutor apoyó el pie en el resorte. La trampa funcionó, la cuerda tiró y la mitad del cuerpo de Ismail desapareció en el agujero.

En el cuarto obscuro, la pequeña francesa estaba temblando. Tyrrel mismo parecía extremadamente emocionado y, en un momento en el cual su cuerpo vaciló, tambaleándose, como si fuese a caerse, Maudlin sintió caer encima de su mano, de la frente del ciego, una gota de sudor helado.

—¡Sí, así fue! Roboam no merecía la puñalada, pero ese diablo de doctor Moore… ¿Me oís, Maudlin? ¿No sabéis que a veces uno se envenena por los oídos y que mucha gente ha muerto por haber oído demasiado?

—¡Milord…! —balbuceó la pequeña francesa.

—¡Silencio! ¿No ha dicho que la cuerda dio la vuelta, Maudlin? ¡Dio la vuelta lentamente!

Pasó la mano por debajo de su corbata, como si le faltara, de repente, la respiración.

—Una cuerda alrededor del cuello, Maudlin —prosiguió con voz ronca—, ¿podéis figuraros el daño que ello puede hacer?

Maudlin le miraba asombrada.

—¡Qué sé yo! —contestó Maudlin, riendo—, no me han ahorcado nunca, milord, ¿y a vos?

Tyrrel se levantó irguiéndose en toda su estatura.

—¿Yo? —pronunció como alucinado—; ¡oh!, ¡debía ser horroroso ver como daba la vuelta aquel cadáver!

Aquellas palabras extrañas contrastaban tanto con la impasibilidad acostumbrada del ciego, que la pequeña francesa hizo un movimiento de sorpresa. Pero Tyrrel se recuperó inmediatamente y dijo en el tono más natural:

—A fe mía, Maudlin, ese Ismail Spencer volteó como una peonza. Y cada vez que he visto ahorcar a alguien, esa pirueta me ha hecho siempre un efecto infernal. Maudlin, a la próxima ocasión, fijaos en la pirueta.

—Milord —prosiguió Susannah—, el sol estaba por encima de San Pablo. La fúnebre decoración había desaparecido por completo. ¡Me encontraba sola en el mundo, completamente sola! Pasé dos días encerrada en mi habitación. Al cabo de este tiempo, tomé la decisión de buscaros, con objeto de deciros que os amaba. Os estuve buscando durante seis meses, milord; vos os ocultabais porque aquellos que os habían prestado dinero querían encarcelaros.

—¡Es verdad! —murmuró Brian—. ¡Es verdad! La mano misteriosa que llenaba mi bolsa no se había puesto aún entre mis acreedores y yo.

—Vivíais en Clifford Street, Brian —seguía diciendo Susannah—. Durante seis meses fui a Clifford Street. No os encontré jamás. Una noche, en el momento en que entraba en mi habitación, me reclamaron el alquiler. Yo no tenía ni un solo penique. Entonces, me echaron.

»Por primera vez, tuve que preguntarme a dónde iría a buscar un asilo. Al día siguiente tuve hambre, al otro… ¡Oh!, milord, en medio de todas estas miserias hay lugar aquí para un recuerdo emocionante. Por la noche de aquel segundo día, yo andaba agotada, por la acera de Cheapside. En el momento en que me tambaleaba, no viendo a mi alrededor más que un torbellino luminoso y confuso, una mano me cogió por el brazo y me sostuvo.

»—¿Qué tiene esta pobre muchacha? —preguntó en el mismo instante una voz dulce.

»La sorpresa me devolvió la facultad de ver. Pude apercibir a mi alrededor a dos jóvenes *misses* que daban el brazo a un *gentleman* algo mayor que ellas.

»—¡Esta pobre muchacha se está muriendo de hambre! —dijo el *gentleman*, después de haberme examinado detenidamente.

»—¡De hambre! —repitieron, estremeciéndose las dos niñas.

»La mayor me pasó el brazo alrededor de mi cintura; y vi lágrimas en los ojos de la más joven.

»—¡Oh! ¡Stephen! —exclamó esta última—. Hay que llevarla a casa de vuestra madre.

»—Llevarla inmediatamente —añadió la mayor, que me empujaba ya.

»Aquel que ellas llamaban Stephen, las detuvo. Sacó de su bolsillo una bolsa y puso en mi mano dos monedas de oro,»

—¡Esto no es suficiente! —exclamaron, a la vez, las dos jovencitas—. ¡Tomad, tomad, señorita!

»Sus bolsas se vaciaron en el bolsillo de mi vestido y la mayor me dijo:

»—Nuestra casa está ahí, en Comhill.

»El número se me olvidó.

»Más tarde, busqué su casa en Comhill, pero no supe encontrarla. Compré pan. Mientras comía, apoyada contra la reja de San Pablo, un mendigo se me aproximó. Se parecía a aquel odioso Bob, amigo de Templanza. Le di la mitad de mi pan. Me robó el dinero del *gentleman* Stephen y de las dos jovencitas. Fue entonces que la idea de una muerte voluntaria se amparó de mi espíritu por primera vez. Ya sabía, ahora, lo que se sufre antes de morir de hambre y el miedo me empujaba al suicidio. Me dirigí hacia el Támesis.

»En mi camino, en una pequeña calle llamada Water Street, me detuve, cansada, y me senté en la escalera de una “*public-house*”. La dueña me vio y salió para expulsarme; pero tenía necesidad de una criada; encontró que yo era hermosa y las criadas hermosas es algo precioso en una casa como “Las Armas de la Corona”.

Aquí Susannah explicó su vida durante los tres meses pasados en «Las Armas de la Corona». Llegó, entonces, a aquella noche de domingo, en que *mistress* Burnett, exasperada, le dio un bofetón.

—Volví a dirigirme hacia el Támesis, Brian —prosiguió—, y fue entonces cuando encontré al ciego Tyrrel. En aquel tiempo, milord, no noté nada, había como un velo sobre mis ojos; sin embargo, la cara de aquel ciego que iba a veces a la *public-house*, me había chocado un poco. Me parecía que de cuando en cuando sus ojos, privados de luz, se fijaban en mí, preferentemente a todo otro objeto. Pero aquella noche, al borde del Támesis, tuve una alucinación terrible. Mientras este Tyrrel me retenía por el brazo, la luz de una bujía encendida en una casa vecina, pasó rápidamente sobre su rostro, y creí ver…

—Terminad, señora —dijo Lancester.

En su escondite, la duquesa de Gêvres inclinó la cabeza hacia adelante para oír mejor, pero las dos manos del ciego taparon sus orejas y no pudo oír nada.

—¡Creí ver el espectro de mi padre, milord! —dijo Susannah estremeciéndose.

Brian hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Qué extraño! —murmuró—, ¡qué extraño! ¡Oh!, debajo de todo esto debe existir algún tenebroso misterio. ¡Lo descubriré!

Tyrrel retiró sus manos, devolviendo el sentido del oído a la señora duquesa de Gêvres.

Susannah, continuando su relato, explicó su llegada a Wimpole Street, el lujo en el cual se vio envuelta y las amenazas que le habían sido hechas. Habló de la escena representada a la cabecera de Perceval y pronunció incluso el famoso santo y seña: *Gentleman of the night*. Cuando hubo terminado, se volvió hacia Lancester y fijó en él sus grandes ojos negros, cuyos párpados bajó en seguida, mientras decía dulcemente:

—Ya lo sabéis todo, milord; sois vos que debéis decirme, ahora, si todavía soy digna de amaros.

Brian puso apasionadamente sus labios en la mano de Susannah.

—Señora —dijo, doblegando la rodilla—, ¿queréis llevar el nombre de Lancester?

—¿Si yo quiero, milord? —balbuceó Susannah.

—Venid —exclamó Brian—, no os quedéis ni un instante más bajo este techo. La señora condesa de Derby es vuestra amiga; su casa os dará cobijo conveniente hasta el día en que tendré el derecho de protegeros. ¡Venid!

Susannah se levantó, radiante. Se dirigieron hacia la puerta. Pero en el momento en que Lancester ponía la mano en la empuñadura de la puerta, ésta se abrió y apareció Tyrrel el Ciego en el umbral. Detrás de él se hallaban cuatro hombres vigorosos y de apariencia determinada.

—Habéis entrado solo en esta casa, señor de Lancester —dijo el ciego —; ¡saldréis, pues, solo!

Susannah, asustada, se agarraba al brazo de Brian. Éste se soltó. Por un instante, la idea de una lucha le atravesó la mente. Sus ojos lanzaron destellos y pareció que iba a elegir entre sus adversarios al que abatiría primero. Pero cambió de idea y contestó, conteniendo la voz:

—Está bien, *sir* Edmund, saldré solo. Hasta pronto, señora —añadió, inclinándose, rápidamente, al oído de Susannah—, ¡no me esperaréis mucho tiempo, os lo juro!

Pasó rápidamente por delante de Tyrrel y de sus acólitos, bajó las escaleras y se lanzó al exterior. Estuvo ausente como cosa de media hora. Cuando regresó, un oficial de la policía y su escuadra le acompañaban.

El oficial llamó en nombre del rey.

—Que Dios bendiga Su Muy Graciosa Majestad —contestó una voz burlona por una de las ventanas del primer piso.

La ventana volvió a cerrarse. Al cabo de un minuto, la puerta se abrió. La policía hizo irrupción en la casa. Nadie se presentó para hacer resistencia a sus investigaciones. Se escudriñó el edificio desde las bodegas hasta la buhardilla. Ni un criado, ni ningún amo. El número 9 de Wimpole Street era una casa abandonada.

Tercera parte

La gran familia

1. Vela

En el primer piso de la magnífica casa en la que el marqués de Río-Santo vivía en Belgrave Square, se encontraba, además de su apartamento privado, una *suite* de aposentos amueblados con el mismo lujo pródigo y, a la vez, de gusto exquisito, que hacía de Irish House, un conjunto homogéneo y, verdaderamente, maravilloso.

Es en uno de estos aposentos, en el cual ninguno de los nobles amigos de Río-Santo había penetrado jamás, que le encontramos. Únicamente podía verse un solo retrato de mujer, colgado entre dos ventanas, las cortinas de las cuales cedan en anchos pliegues hasta el suelo. Frente al retrato había una cama. Detrás de las cortinas de la cama, se oía la jadeante respiración de un ser humano luchando con la fiebre. Una lámpara, cubierta por una pantalla, estaba encendida, sobre la mesa y su velada luz luchaba contra los primeros rayos del día, que empezaban a dar transparencia a los cortinajes de las ventanas. El marqués de Rio-Santo estaba al pie de la cama sentado en una butaca.

El retrato representaba a una bella y dulce mujer, y aparecía vagamente a las luces contrarias de la agonizante lámpara y del día naciente. Parecía muy joven y llevaba un traje usado por las *misses* de la aristocracia, según la moda del año 1815. Sus cabellos, de un castaño claro, algo indeterminado, se ondulaban, ligeros y casi transparentes, encima de una frente encantadora. Sus ojos, su boca y la sonrisa, eran las de una niña, pero de una niña que soñaba al primer soplo de amor y que va a despertarse mujer. Había delicadeza y raciocinio, al mismo tiempo, en la ingenuidad de su mirada, que prometía una alma, a la vez firme y dulce: todo un conjunto encantador de pureza, de sumisión femenina, de franqueza y de reflexión.

Con toda seguridad, si hubiéramos podido reunir en aquella habitación donde velaba el señor marqués de Río-Santo, a todas las mujeres que tienen un papel en nuestra historia, y que uno de nuestros lectores, introducido en este recinto, hubiese podido compararlas, una y

otra, con el retrato recientemente descrito, podríamos hacer la apuesta, sin temor a perder, de que ninguna de ellas le hubiera parecido tener ninguna semejanza, por ningún concepto, con la mujer del retrato.

Pero es que Susannah no sonreía mucho en ausencia de Brian de Lancester, y suponemos que Brian de Lancester está ausente. Llamémosle. En el momento en que aparece, el encantador rostro de la hermosa muchacha se ilumina, sus ojos se encienden, su frente irradia: se diría que una divina aureola corona su radiante belleza. Y esta aureola es la sonrisa.

Mas, ahora, mirad a Susannah sonriente y comparadla con el retrato. ¿No hay entre estas dos figuras, de caracteres tan diferentes, un parecido impresionante?

Cuando una bocanada de aire hacía subir, de pronto, y brillar con más intensidad, la llama mortecina de la lámpara, la vista podía apreciar, en el fondo de la alcoba, la cara pálida y demacrada de un hombre. Hubiera sido muy difícil distinguir el detalle de sus rasgos, pues, además del obstáculo resultante del medio oscuro en el cual se mostraba vagamente aquel rostro destrozado, una espesa barba lo cubría casi completamente.

El marqués de Río-Santo, sentado en una butaca, en el lado en el cual se abrían las cortinas, contemplaba, con honda preocupación, al enfermo, y parecía preso de una fiebre casi tan intensa como la de éste. Estaba pálido y reducido a un estado completo de agotamiento. Su fisonomía expresaba una amarga tristeza.

En el reloj de una habitación próxima dieron las siete. Río-Santo hizo un esfuerzo para volverse y miró por la ventana.

—¡Una noche más de vela, después de todo un día de ociosidad! —murmuró—; este hombre tiene razón: ¡me matará!

Una convulsión repentina del enfermo hizo agitar bruscamente el cobertor.

—¡Las dos! ¡Las dos! —exclamó con voz cavernosa.

—¡Las dos! —repitió Río-Santo, como si quisiera leer en el rostro del enfermo algún comentario a aquellas palabras—; hace seis días que está repitiendo estas palabras sin cesar. No puedo adivinar cuál es su pensamiento.

Juntó las manos y un abatimiento amarguísimo se retrató en su cara.

—¡Yo, que desde hace quince días no he perdido ni una sola hora, desde hace seis días pierdo el tiempo, en un momento en que cada uno de mis días podría valer un año! ¡Pobre Agnus! ¡Está sufriendo; es el

hermano de ella que a pesar de tantos trastornos no he podido olvidar! Es necesario que le preste mi ayuda, ya que el interés por mi seguridad aleja Cualquier socorro de su lecho de sufrimientos. ¡Oh!, ¡esto que yo hago es preciso; pero daría un año de mi vida por poder tener el derecho de abandonar este aposento durante veinticuatro horas!

Se dejó caer otra vez en la butaca.

—¡Le he visto!, ¡le he visto! —dijo con voz sorda Agnus Mac-Farlane —; he visto su pecho abierto con un agujero redondo y rojo… y la voz de los sueños me ha dicho: ¡La sangre de tus venas ha de matarlo!

Río-Santo miró al enfermo con un vago terror.

—Matarme —repitió lentamente—; sería un castigo horroroso morir por tus propias manos, Mac-Farlane, pero no tendría derecho a quejarme.

Estas palabras fueron seguidas por un prolongado silencio. Río-Santo, con el rostro escondido entre sus manos, parecía absorto en sus tristes pensamientos. El día avanzaba, mientras tanto, y la lámpara vencida perdía, por culpa de la luz exterior, el último brillo de su llama moribunda.

—¡Ensilla a «Billy», mi caballo negro, Duncan de Leed! —dijo de repente, el laird con voz sonora—; ¡debo pasar el río hoy mismo, con objeto de ir a Londres, para matar a Fergus O'Breane, el asesino de mi hermano Mac-Nab!

—Voy a ensillar vuestro caballo «Billy», Mac-Farlane —resignación.

—Voy a ensillar vuestro caballo Billy, Mac-Farlane —respondió—; pero Fergus O'Breane también es vuestro hermano. ¡Y, si lo matáis, lo habréis perdido para siempre!

—¡Río-Santo! —prosiguió Angus, burlonamente—; ¡ahora se hace llamar Río-Santo! ¡Yo ya sé lo que es ese Río-Santo! Es Fergus, el bandido del Teviot Dale, Fergus el asesino, Fergus, al cual no mato, porque mi corazón es cobarde frente a un hombre al cual he amado. Pero recobraré valor para obedecer a la voz de los sueños. ¡Ensilla mi caballo, Duncan de Leed!

Precisamente era el indiscreto delirio de Angus Mac-Farlane que dejaba clavado al marqués a la cabecera de éste. Río-Santono tenía ningún confidente y ningún oído debía escuchar aquellos secretos que divulgaba la fiebre.

Angus, después de haber pronunciado estas últimas palabras, se revolvió en el lecho como para dormir. Río-Santo respiró. Pero casi inmediatamente un temblor convulsivo se amparó de todos sus

miembros, mientras su palidez se volvía lívida. El *laird* acababa de sentarse en la cama. Río-Santo se acercó al lecho y apretó el cinturón de su bata, como preparándose para una lucha desesperada.

2. Agonía

El *laird* rechazó las ropas de su cama.

—¡Están ahí! —gritó desesperadamente—; ¡las dos… en la barca!

Quiso correr hacia la ventana. Un súbito abrazo de Río-Santo le contuvo. Entonces dio un terrible grito; sus ojos se inyectaron de sangre y su aliento quemó el rostro del marqués. Fue una lucha terrible. Angus golpeaba, desgarraba, mordía. Río-Santo, en la imposibilidad de devolver los golpes, recibió horrorosas acometidas. Solamente se oía el estertor del enfermo y la respiración jadeante del marqués de Río-Santo.

En un instante, el lecho estuvo completamente ensangrentado. Angus estaba sentado, con una pierna fuera de la cama y la otra extendida. Había pasado un brazo alrededor del cuello de Río-Santo y lo apretaba con todas sus fuerzas. El marqués comprendía que la pierna del laird, una vez puesto el pie en tierra firme, encontraría un punto de apoyo, y su asalto sería irresistible. Logró tumbar al *laird* encima de la almohada; pero en el momento en que recobraba aliento, Angus se incorporó, cogió con las dos manos su garganta y la apretó dando un grito salvaje de triunfo.

Río-Santo se sintió morir. Con él sus proyectos, vastos y madurados, se desvanecían como locos sueños. Y como no tenía ningún confidente, nada de él, absolutamente nada, no quedaría en este mundo. Era una muerte total, era más que una muerte, era un naufragio en la nada.

Angus se reía y apretaba más fuerte.

El desgraciado creía estrangular al raptor de sus hijas.

Río-Santo sintió subir en su pecho el último suspiro. Luego, en un supremo esfuerzo, su voz ahogada pronunció débilmente un nombre:

—¡Mary! Angus Mac-Farlane se estremeció instantáneamente y soltó la garganta.

—¡Mary! —repitió—. ¿Quién habla de Mary?

Se enderezó. Su vista cayó sobre Río-Santo. Hizo un gesto hacia atrás. Había estado luchando sin ver.

—¡Fergus! —gritó con espanto y con cólera—. ¡Fergus O'Breane! ¡Siempre la imagen de Fergus muerto y muerto por mis propias manos! La voz de los sueños me lo estaba diciendo esta misma noche… la voz de los sueños, que es la voz de mi hermano Mac-Nab, me decía: «¡Es tu sangre, la sangre de tus venas que debe matarle!». ¡Dios mío!, debe ser algo muy terrible matar a ¡un hombre al cual se ha amado… a un hombre al que se ama!

Volvió la cabeza con horror de lo que él creía ser una visión. Al hacer este movimiento, su mirada encontró el retrato.

—¡Mary! —dijo dulcemente—; ya sabía que yo había oído pronunciar el nombre de Mary. No me ve, pero estoy seguro de que pronto vendrá a abrazar a su viejo hermano.

El frío del suelo se hizo sentir en sus pies descalzos, y se dio cuenta de su desnudez. Sus rasgos demacrados reflejaron, de repente, toda la turbación de un niño cogido en falta por un profesor severo. Extendió sus brazos descamados hacia el retrato y sus labios dibujaron una sonrisa.

—Mary, mi buena hermana Mary —dijo, andando de espaldas hacia la cama—, no me riñas; voy a acostarme. ¿Por qué no han ensillado mi caballo negro, Mary? Quería ir a Londres, para ver a mis hijas. Y también… Pero Mary no debe ser esto —prosiguió, bajando la voz—, también para matar a Fergus O'Breane, Fergus, el asesino de mi hermano Mac-Nab.

Mientras hablaba, iba andando. Su pie tropezó con el hombro de Río-Santo, el cual yacía, sin conocimiento, encima de la alfombra. Dio un grito de terror y empezó a temblar. Luego se pasó la mano por su frente bañada de sudor.

—¡Siempre esta visión! —dijo—. ¡Dios lo quiere!

Se desplomó como una masa inerte encima de la cama. Un profundo silencio reinó en el aposento. Angus había quedado dormido. Río-Santo, tendido en el suelo, no daba ninguna señal de vida. El sol rojizo de las mañanas brumosas, a proximidad del Támesis, daba a esta escena una luz extraña.

Unicamente el retrato parecía tener vida.

Al cabo de un minuto, no obstante, el panel se movió lentamente. Detrás del panel entreabierto asomó el pálido rostro del doctor Moore. Estaba más lívido que de costumbre y parecía asustado por la indiscreción audaz que acababa de cometer. En el mismo momento en que asomaba la cabeza por detrás del panel, un ruido de pasos se hizo oír en el exterior, en la parte opuesta a la habitación. El doctor cerró cuidadosamente el panel, manifestando por un movimiento de cabeza muy significativo, el despecho de su curiosidad burlada.

Casi inmediatamente después, el caballero Angelo Bembo se precipitó en la habitación, seguido por el hermoso perro «Lovely». «Lovely» saltó hasta el panel que acababa de cerrarse y ladró ruidosamente; luego, volviendo hacia el cuerpo de su dueño, empezó a dar vueltas dando aullidos lastimeros.

3. Cerca de un cadáver

¿De qué forma llegó el viejo *laird* hasta la morada del marqués de Río-Santo?

Después del furioso ataque de Bob Lantem, que lo había lanzado en medio de la corriente del Támesis, Angus Mac-Farlane se hundió como un plomo, incapaz de hacer ni un solo movimiento para salvarse. Pero aquel momento de atonía fue de corta duración. El instinto del nadador sobresalió antes de que el mismo Angus se diera cuenta de la situación, y unos cuantos movimientos le hicieron volver a la superficie.

El *laird*, pues, empezó a nadar en dirección a la orilla. Había ido a Londres para ver al marqués de Río-Santo, al cual le unían estrechas y secretas relaciones. Hemos de decir acto seguido que sus facultades mentales se encontraban con frecuencia, desde hacía ya varios años, fuera del estado normal. No estaba loco, pero una idea fija dominaba su cerebro y tiranizaba su voluntad.

Ouería ver a Río-Santo porque le amaba y porque una invencible fuerza le empujaba hacia él, para matarle. Era la tercera vez que salía de Escocia, a escondidas de sus hijas y que iba a Londres, desde que había llegado el marqués. Conocía el camino de Belgrave Square, y sabía las entradas de Irish House.

El camino es largo desde Temple Gardens hasta Pimlico. Eran cerca de las once cuando el laird, rendido, puso el pie en Grosvenor Place. No dio la vuelta por el lado de Belgrave Square. Sin darse cuenta de sus movimientos, tomó el camino del «Lane», que lleva el mismo nombre, porque tenía costumbre, así como muchos otros, de entrar por allí en Irish House. En medio de Belgrave Lane, efectivamente, dio la vuelta a la esquina a un pequeño pasaje y se apoyó al lado de una puerta cerrada.

Al cabo de algunos minutos, esta puerta se abrió y dio paso a un hombre de gran estatura, envuelto en un abrigo. Aquel hombre, que salió profiriendo palabras coléricas y que se olvidó de cerrar la puerta, era

nada menos que Su Gracia, el príncipe Dimitri Tolstoi, embajador de Su Majestad el emperador de todas las Rusias.

Angus Mac-Farlane empujó la puerta. Sus ropas, empapadas de agua, le aterían el cuerpo; su cabeza abierta, sangraba. Ya no tenía aliento. Dirigiose, sin embargo, sin equivocarse, a través de todo un laberinto de pasadizos y llegó hasta la planta baja de Irish House, ante la puerta de aquel salón reservado, en el cual había tenido lugar la entrevista del príncipe con el marqués. Entró y fue arrastrándose por encima de la alfombra, hasta los pies de Río-Santo, que había quedado dormido tendido en la otomana. Allí, sus fuerzas le abandonaron y se desplomó murmurando los nombres de Anna y de Clary.

Desde aquel día, pues, tal como ya hemos dicho, Río-Santo se había confinado en una cámara retirada, situada detrás de su gabinete de trabajo. La puerta de esta cámara estaba rigurosamente interceptada. Desde aquel día, también, el caballero Angelo Bembo daba vueltas incesantemente por los alrededores de la habitación donde estaba acostado el laird, Una noche, por fin, unos extraños ruidos llegaron hasta sus oídos. Una voz ronca y monótona se puso a cantar el refrán de una balada popular, escocesa. Luego se hizo un profundo silencio. Más tarde, Bembo creyó oír un doble estertor y unos gemidos que se confundían. Su intranquilidad no conoció límites: apoyó la empuñadura de la puerta y ésta se abrió.

Bembo creyó soñar. Vio a don José debatiéndose con una especie de fantasma, cadáver viviente, cuyos velludos brazos, hacían frenéticos esfuerzos para estrangularlo. El primer impulso del joven italiano fue lanzarse en auxilio del marqués, pero éste oponía a su fantástico adversario una fuerza tan superior, que el resultado de aquella lucha extraña no dejaba lugar a dudas.

Bembo fue, pues, de esta manera, testigo de todas las luchas entre el enfermo y Río-Santo. En los intervalos, veía a éste cuidar al enfermo con la tierna solicitud de un hermano. Su cabeza le daba vueltas. ¿Quién era aquel hombre?

Angelo Bembo no se creía con derecho para ahondar en aquel misterio sin una necesidad imperiosa. Esperaba, pasando sus días y, muy a menudo, sus noches, en los alrededores de aquella puerta cerrada. Pero es menester muy poca cosa para que, en el momento oportuno, todo falle.

El mejor centinela puede quedarse dormido en su puesto durante algunos minutos.

Ahora bien, pocos minutos bastan.

Por unos pocos minutos de vida, Bembo se encontraba, ahora, en presencia del cadáver de un hombre por el cual él hubiese dado su sangre.

4. The Lord’s Corner

Al final del pasillo en el cual el caballero Angelo Bembo pasaba todas las horas de su vida, desde hacía algunos días, había una ventana baja que daba a un pequeño patio, rodeado por un muro. Más allá del patio se encontraba el pasaje que comunicaba con Belgrave Lane. En Belgrave Lane, precisamente enfrente de la ventana baja, se levantaba una casa construida con ladrillos rojos, ennegrecidos por las nieblas de Londres. Esta casa disfrutaba, en el barrio, de muy mala reputación. Se había oído con frecuencia el ruido de orgías nocturnas, y, a veces, de sus estrechas ventanas, se habían escapado gemidos de mujer, que habían caído en los oídos de algún transeúnte retrasado que circulase por la acera de Belgrave.

Desde hacía algunos años ya no se veían abrir los postigos de dicha casa, que las mujeres del barrio de Pimlico llamaban el rincón del lord («The Lord’s corner»). El lord se hacía viejo, sin duda, y sus fantasías eran cada vez menos frecuentes.

El Lord’s Corner estaba, por otra parte, admirablemente situado para el uso que le prestaba la voz pública. No había nada que pudiese dominar sus ventanas, que miraban al biés, por una parte, dando al lado posterior de la Irish House. De ésta, únicamente, hubiera podido partir alguna mirada indiscreta.

Mientras velaba a Río-Santo, el caballero Angelo Bembo, especialmente los primeros días, pasaba, a veces, algunas horas en su habitación, situada en el piso superior. Una mañana, era el tercer día, el sol se había levantado más limpio que de costumbre. Bembo, acodado en el alféizar de su ventana, seguía distraídamente las líneas indefinidas del perfil de la Irish House, de la cual el sol proyectaba la elegante silueta al otro lado del Belgrave Lane. Estaba triste: sus grandes ojos negros, que en las horas de melancolía y de ensueño tenían una dulzura tierna y casi femenina, miraban, sin verlos, los objetos exteriores. De repente, su triste distracción dio paso a una expresión de asombro. El sol, al penetrar en

una de las habitaciones del Lord's Comer, acababa de mostrarle a una joven, dormida, que estaba tendida en un sillón.

¿Quién podía ser la durmiente, sino una de aquellas mujeres cuya vida está dedicada a recrear las noches de los milords de la Cámara Alta, una de aquellas mujeres que Sus Señorías se pasan de mano en mano? El caballero Angelo Bembo volvió la cabeza.

Pero hay ciertos rostros radiantes cuya huella queda obstinadamente en la pupila, como la del sol, aún largo tiempo después que se han cerrado los ojos. Y el caballero Angelo Bembo era muy joven. Una vez más, involuntariamente, su cabeza se volvió y su mirada fue a buscar a la durmiente.

Ésta se despertó sobresaltada. Cuando sus párpados se abrieron, fueron los dulces ojos de Anna Mac-Farlane que brillaron a la luz del sol. Sonrió al despertar, lo mismo que hacen los niños, y puso sus manos delante de sus ojos, pues la herían los rayos, demasiado ardientes, de la luz. Bembo sonrió. No había visto nunca nada tan encantador como aquellas dos manitas, esforzándose en tapar aquel joven y cándido rostro.

Hacía ya dos días que se había despertado una mañana, aquella pobre y dulce niña, en aquella habitación desconocida, de cuyas ventanas no veía absolutamente nada, a no ser el tejado de Irish House y las ramas oscuras de irnos pocos árboles desnudos; hacía dos días que no había visto a Clary, su muy amada hermana, dos días que no había visto a Stephen. La habitación donde ella se encontraba era hermosa, adornada con grandes espejos y hermosos cuadros de marcos dorados. Su cama tenía cortinas de seda, cuyos sedosos reflejos deslumbraban la vista. Sobre los sofás se veían telas riquísimas, y encima del tocador, joyas de alto precio.

Pero la pobre Anna no echaba sobre todas aquellas preciosidades más que unas miradas desoladas. Tenía miedo. Las mujeres que la servían le inspiraban temor, y cuando estas mujeres estaban ausentes, su soledad la asustaba todavía más. Por la noche, no se atrevía a meterse en aquella vasta cama con columnas esculpidas, en la cabecera de la cual había un gran espejo. Se dormía sentada en el sillón donde Bembo acababa de verla.

Al otro día, por la mañana, también, Bembo vio algo muy raro. El día no se había levantado del todo; Anna dormía. Se abrió una puerta del fondo de la habitación y dos hombres entraron. Uno de ellos llevaba un

candelabro, el otro envuelto en un confortable carrik de pieles, seguía con paso indolente.

El primero de los recién llegados avanzó cautelosamente e hizo un gesto de sorpresa al ver a Anna dormida en el sillón. Sin duda debió creerla en la cama, y su cara, mientras se volvía hacia su compañero con una sonrisa obsequiosa, expresaba, más o menos, lo siguiente:

—Está durmiendo; poco importa que sea en un sillón.

El hombre del carrik no se dignó responder, y el otro, que parecía ser como un criado, aunque no llevase librea, levantó el candelabro para hacer caer de lleno la luz sobre el hermoso rostro de Anna dormida.

Bembo no perdía ni un gesto de estos dos hombres, de los cuales uno se llamaba Gilbert Paterson y el otro Godfrey de Lancester, conde de White Manor.

5. Por la ventana

El conde se había detenido, inmóvil, a tres o cuatro pasos de Anna, y paseaba, lentamente, su mirada apagada alrededor de la habitación. Cuando Gilbert Paterson hubo iluminado bastante a la joven, bajó el candelabro y el conde exhaló un hondo suspiro diciendo:

—¡Quisiera que en cada una de estas ventanas hubieran ocho buenos barrotes de hierro!

—Atreveríame a preguntar a Su Señoría… —empezó diciendo Paterson, asombrado.

—Cuatro atravesados y cuatro derechos —prosiguió el lord—, y quisiera, Gilbert, tener aquí, en lugar de esa pequeña boba, al hijo de mi padre, quien, ¡vive Dios!, no saldría de aquí hasta el día de su muerte.

El conde pronunció estas últimas palabras con una energía aterradora. Sus lúgubres ojos se iluminaron para lanzar un rayo siniestro. Paterson movió la cabeza.

—¡Ese diablo de Brian! —gruñó.

El conde estaba pálido y temblaba.

—¡Me moriré, lo siento venir! —prosiguió con voz ahogada—; ¡y él será conde de White Manor!

Brian era su heredero legal. El conde se dirigió hacia la puerta.

—¡Pero, miradla, al menos, milord! —dijo Paterson, desesperado.

El conde fue, automáticamente, hacia donde estaba Anna dormida; se puso el monóculo y contempló un instante la encantadora niña que estaba delante de él. Su monóculo se deslizó desde el pie encantador hasta el talle delicioso, del talle a los senos, de los senos a los cabellos, luego se quitó el monóculo.

—Otro día, maese Gilbert —murmuró con indolencia.

Angelo Bembo estaba más muerto que vivo. Nunca jamás había visto objeto más asqueroso que aquel monóculo; no había lugar a dudas: la encantadora durmiente del Lord’s Corner, estaba allí en contra de su

voluntad; la tenían prisionera; aquella niña debía ser víctima de una maquinación infernal.

Paterson, sin decir palabra, descorrió las cortinas de la cama, y abrió el cobertor. Después se acercó a Anna dormida, e hizo un gesto como si quisiera llevarla en brazos.

Bembo tenía la frente llena de gruesas gotas de sudor helado Pero el conde hizo un gesto y Paterson salió después de haber saludado respetuosamente. El conde, en lugar de dirigirse hacia la joven, se agachó y recogió un papel que acababa de caer de las mismas ropas de la cama.

Bembo se oprimió la frente entre sus manos. Un irresistible impulso lo empujaba hacia aquella casa maldita, donde un crimen infame iba a perpetrarse, pero la idea de abandonar al marqués, aunque sólo fuera unos momentos, le detuvo. El día antes, efectivamente, había creído ver a Río-Santo debilitarse en su última lucha con el enfermo. Volvió hacia la puerta y puso nuevamente su ojo en la cerradura. Esto fue una gran desgracia. Si Bembo, en efecto, se hubiese quedado un instante más en la ventana, no hubiese abandonado la guardia de Río-Santo.

El conde se había sentado cerca de la mesa en la cual estaba el candelabro. Sobre la mesa había el papel caído de la cama, del cual ya no se acordaba. Contemplaba a Anna dormida y la encontraba muy hermosa.

—¡Quisiera que alguien me amase! —pensó en voz alta. Luego prosiguió con amargura—: ¡Alguien que me amase! ¿Quién me ha amado, en mi vida? ¡La única mujer a la cual yo he amado, y la adoraba! ¡Aquella mujer me engañaba! Un día, inclinado sobre la cuna de la criatura a la cual yo llamaba hija mía, pensé que quizás otro… ¡oh!, ¡arrojé a la madre y arrojé a la criatura! ¡Hice bien! ¡Hice bien! ¡Hoy haría lo mismo!

Se calló y una sonrisa cruel crispó sus labios.

—Hace dieciséis años que ocurrió esto —dijo— di la criatura a un hombre despiadado. Habrá puesto un muro de acero entre la madre y la hija. ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor si se ha muerto de pena! ¡Tanto mejor si vive todavía para llorar y sufrir!

El rostro encendido y sanguino de White Manor expresaba una crueldad sin límites. De repente su mirada se hizo más dulce al ver a Anna, que sonreía, soñando.

—¡Vamos! —exclamó sirviéndose un vaso lleno de jerez, que Paterson tuvo cuidado de poner encima de la mesa—. ¡Vamos!, olvidemos el pasado y el presente durante una hora… Esta muchacha es bonita… y, ¡vive Dios! ¡Mi hermano no tendrá poder para arrebatármela!

Volvió a poner ruidosamente el vaso sobre la mesa. Anna se despertó sobresaltada y creyó morir de miedo. Pero el conde ya no podía nada contra ella. Al poner el vaso sobre la mesa, su mirada se fijó en el papel que había caído de entre las ropas de la cama. Lo abrió con indiferencia y púsose más pálido que la cera.

El papel contenía solamente unas palabras escritas con lápiz, que transcribimos aquí:

«Animo, milord, hermano mío; velo por vuestros amores.

BRIAN DE LANCESTER».

Ya sabemos que desde hacía ocho días, Brian, feliz y subyugado, tenía otra cosa que hacer que no atormentar a su hermano; seguramente hacía ya bastante tiempo que el papel estaba allí. Pero no lo entendió de esta manera el conde. ¡Su hermano le inspiraba un terror mortal! Creyó que los criados le traicionaban, que Paterson le traicionaba, que todo el mundo le traicionaba y que estaba rodeado de peligros y de enemigos.

Llamó a Paterson con voz de trueno. Paterson compareció.

—¡Acércate! —dijo el conde, cogiendo por el cuello su botella de jerez.

El frasco era de cristal tallado; podía ser arma peligrosa. Paterson leyó su destino en la mirada sangrienta de su amo. En lugar de avanzar, retrocedió vivamente. En el momento en que atravesaba el umbral, el frasco pasó silbando al lado de su oreja y fue a romperse en mil pedazos a pocas pulgadas de su cabeza, contra el marco de la puerta.

Anna cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, vio al hombre que la había asustado tanto tendido en el suelo, estremeciéndose en débiles convulsiones. Paterson y un criado intentaban levantarlo para llevarlo a su carruaje.

El caballero Angelo Bembo no vio nada de todo esto. Después de haber comprobado que el marqués y su misterioso enfermo descansaban los dos, fue corriendo hasta su apartamento y cogió sus pistolas. Luego bajó a toda marcha la escalera y se lanzó a la calle. Vio la puerta del Lord's Corner abierta. Una carroza sin escudo estaba estacionada delante de la puerta. Dos criados bajaron la escalinata, llevando en sus brazos al hombre del carrik de pieles, el cual no daba ninguna señal de vida.

Una casualidad providencial había hecho inútil la intervención de Bembo. Regresó a su lugar de acecho. Su ausencia había durado solamente algunos minutos. Era suficiente. Río-Santo había sucumbido.

«Por lo menos, su estado es desesperado», se dijo. En aquel momento, «Lovely» se estremeció bruscamente y dio un aullido. Al mismo tiempo. Bembo sintió en el dorso de su mano, un soplo tibio, pero tan débil…

«¡Vive, Dios mío!, ¡vive! —pensó el joven maltés—, pero necesita un socorro urgente. ¿Cómo hacer?».

Bembo, incluso en estos momentos tan críticos, no se atrevía a introducir ningún criado en un lugar donde Río-Santo había prohibido terminantemente la entrada. Cogió a su amigo en sus brazos y salió de la habitación. Una vez fuera, cerró la puerta con doble llave. Llamó a los criados, los cuales acudieron.

—¡Id a buscar a un médico! —exclamó Bembo.

Los criados contestaron:

—El doctor Moore está en el gabinete de milord.

El marqués seguía sin conocimiento y fue transportado a su despacho.

Efectivamente, el doctor Moore se encontraba allí.

A la vista de Río-Santo, que tenía todo el aspecto de un cadáver, el doctor no manifestó ni solicitud, ni sorpresa. Se levantó y tomó la mano del marqués para tomarle el pulso.

—¡Salid! —dijo a los criados que estaban esperando, curiosos y ávidos de saber algo—. *Signore* —dijo, dirigiéndose a Bembo—, me gusta estar a solas con mis enfermos.

—Pero, señor…

—El tiempo apremia… Y no opero nunca si no estoy solo.

—Al menos, decidme si hay esperanza… —exclamó Bembo.

—No os lo diré, *signore*.

Bembo hizo un movimiento de violenta cólera, pero se dirigió hacia la puerta.

—¡*Signore*! —dijo el doctor en el momento en que Bembo iba a salir.

Éste se volvió.

—Os ruego que os llevéis a ese perro —añadió Moore—, me está molestando.

Bembo cogió a «Lovely» por el collar y se lo llevó a pesar de la resistencia del animal, que miraba, alternativamente, a su amo y al médico mientras aullaba lastimeramente. Al oírlo, hubiérase dicho que desconfiaba.

6. El panel

El doctor Moore volvió y se sentó cerca de la otomana en donde yacía Río-Santo sin movimiento. Levantó su mano y al soltarla, cayó inerte, y rebotó por dos veces sobre el elástico cojín. Una sonrisa diabólica, llena de orgullo triunfante, se dibujó en los pálidos labios del doctor.

—¡Marqués —proclamó—, te condeno! Mañana, los lords de la noche se reunirán para elegir a un nuevo jefe. Edward, el padre de la gran familia, ya no será más que un cadáver. Su Honor, como le llaman los soldados de nuestro inmenso ejército, tendrá tres pies de tierra encima de su cuerpo. ¡Y cuánto pesan tres pies de tierra! —añadió riendo sarcásticamente—. ¡Oh!, la casa Edward & C.º no morirá por eso; Su Señoría puede estar tranquilo. Seguirá teniendo su despacho en Cornhill, sus mil almacenes en Londres, y sus inválidos en los Purgatorios de White Chapel y Saint-Gilles. Hubo otro Edward antes que tú, milord, y habrá otro Edward después de ti. Edward es el nombre real, como en tiempo antiguo fue Faraón, en Egipto. Mañana, marqués, seré yo quien me llamaré Edward. ¿Qué os parece?

Puso la mano sobre el corazón de Río-Santo y una arruga ensombreció profundamente su frente.

—¡Diablo! —exclamó—, creí que la estrangulación sería más completa. ¡Tendré que matarle, si quiero que muera!

El doctor sacó de su bolsillo una cartera de piel y cogió una lanceta. Con un golpe de bisturí cortó la manga del batín del marqués y se dispuso a pinchar en la vena.

—¡Con poco sería suficiente! —murmuró.

Pero el instrumento volvió a ocupar su lugar en la cartera y el doctor se sentó, cogiéndose la cabeza entre sus manos.

«¡No sé si salvarle, o perderle! —pensó—. Su mano es robusta. ¿Quién sabe si la mía sabría dirigir las riendas de ese fogoso tronco que arrastra

nuestra fortuna? ¿Y, después de todo, lo principal, no es alcanzar el objetivo?».

—¡Por otra parte, hay su secreto! —dijo Moore, cuya mirada se animó con la llama de un ávido deseo—; si muere, ¿quién me dirá su secreto? Este hombre no busca únicamente lo que nosotros buscamos: aspira a mucho más alto; tan alto, que mi imaginación no puede ni soñar lo que él quiere alcanzar. Y lo alcanzará, a pesar de todo, pues no existe obstáculo que su talón no pueda romper. Quiero saber lo que busca. ¡Por el cielo!, ¡quiero conocer su pensamiento! El secreto de un muerto está demasiado bien guardado; marqués, aplacemos vuestra sentencia.

Llamaron con suavidad a la puerta del despacho.

—¡Por el amor de Dios, doctor, tened piedad de mi angustia —dijo, a través de la puerta, la voz ansiosa del caballero Bembo—, estoy esperando!

—¡Pues, esperad! —respondió secamente Moore.

—¡Decidme una palabra, por favor, una sola palabra!

El doctor, en lugar de contestar, esta vez, se dirigió, sin ruido, hacia la parte del despacho opuesta a la puerta detrás de la cual estaba esperando Bembo, y puso una pequeña llave en la cerradura de un armario.

—Iba a olvidar el motivo de mi visita —murmuró—, ¡será bien el diablo si el señor marqués no puede esperar todavía algunos minutos!

Antes de proseguir, creemos oportuno decir al lector que la inmensa asociación que en Londres lleva el nombre de la «Familia», está constituida, poco más o menos, como la sociedad que ella pone a contribución. La única diferencia es que está mejor constituida. En ella también hay el público, la *gentry* y la nobleza, es decir, el pueblo, los caballeros y el senado: los «hombres», los *gentlemen*, y los *lords*.

Por encima de todos ellos está el «padre», que los «hombres» llaman «Su Honor», o designan con un nombre propio que está sujeto a cambios. En el año 1835, Edward reinaba. La «Familia» hizo bajo su reinado verdaderos progresos. Se robaron los diamantes de la corona, se cometieron robos heroicos.

Era un hombre de una talla muy diferente a la de sus súbditos muy amados. Los lords de la noche, su consejo privado, descubrieron con estupefacción, un buen día, que su jefe no era ningún ladrón.

Hubiera sido una noticia muy rara en la «Familia» si esta revelación hubiera descendido de los lores a los gentilhombres y de los gentilhombres a los vulgares sinvergüenzas del ejército. Pero los milords de la noche tenían una razón para callarse y es que, en definitiva, no sabían nada. Río-Santo era para ellos un problema, eso es todo. Habían descubierto que entre ellos y él había un enorme abismo. Él veía mucho más lejos y mucho más alto; la sórdida ambición de ellos, no era, en absoluto, su ambición. ¿Adónde iba?

Algunos de entre ellos, entre los patricios de la «Familia», se preocupaban muy poco de todo este estado de cosas. Cobraban magníficos dividendos: su finalidad ya estaba alcanzada. Pero había otros, y, entre estos, el doctor Moore y el ciego Tyrrel, que no aceptaban tan gustosamente el hecho consumado. Tyrrel había sido encargado por el marqués de algunas misiones secretas que habían trastornado algo su inteligencia.

Una de estas misiones consistía en remitir cien libras esterlinas, todos los meses, al Honorable Brian de Lancester, el cual, con toda seguridad, no formaba parte de la asociación. Tyrrel se devanaba los sesos para adivinar el motivo de esta munificencia. Pero era en vano, y sería en vano siempre, porque los motivos del marqués estaban completamente separados del círculo de ideas en el cual gravitaba, generalmente, el pensamiento de Tyrrel.

En cuanto al doctor Moore, tenía sus entradas en Irish House; era el médico de Mary Trevor y representaba un poco, entre el marqués y su tenebroso senado, el papel que nuestros ministros desempeñan entre el rey y las cámaras. Era un espíritu sutil, audaz, pero frío en su audacia, paciente, altanero y sabía ocultar su altanería bajo una obediencia, positivo en exceso, experto en trapacerías y capaz de entrar hasta el cuello en el crimen; pero, lo mismo que Tyrrel, buscaba los secretos de Río-Santo en una esfera demasiado mezquina o demasiado baja.

El lector recordará que en el momento en que el caballero Angelo Bembo, de regreso de su expedición caballeresca, abría la puerta para precipitarse en auxilio de Río-Santo, uno de los entrepaños del aposento de Angus Mac-Farlane, que acababa de hacer movimiento y dejado asomar la cara curiosa del doctor Moore, de repente, volvió a cerrarse.

Este panel daba al gabinete del marqués. Al abrirlo, Moore creyó haber descubierto un armario secreto. Lo que vio le impresionó muchísimo y le quedó el deseo de ver más y mejor. Fue en la cerradura de este panel que puso la pequeña llave en el mismo momento en que la voz suplicante del caballero Angelo Bembo reclamaba una palabra de consuelo para calmar su inquietud. Empujó sin ruido el panel. La habitación del laird estaba silenciosa y vacía; no se oía ni tan sólo la respiración de Angus Mac-Farlane, ahogada por las tupidas cortinas de la cama.

Moore echó una última mirada a Río-Santo, que seguía inmóvil, y pasó la puerta.

El primer objeto que le llamó la atención al entrar, fue el retrato colgado entre las dos ventanas. Se pintó en su rostro un asombro extremado. Lo contempló, desde todos los ángulos, cerrando los ojos un instante para abrirlos de nuevo y ver mejor. A medida que iba observando, el resto de duda que se reflejaba en su cara, se iba desvaneciendo gradualmente.

—¡Es ella! —murmuró finalmente—, ¡y, palabra!, estaba hecha para trastornar la cabeza del heredero presunto de un conde… ¡era una criatura encantadora! Pero ¿qué hace aquí, el retrato de la condesa de White Manor?

7. La sangría

El doctor Moore se quedó durante algunos segundos inmóvil delante del retrato.

—¡No lo entiendo! —murmuró, después—. Río-Santo está aquí desde hace un año solamente, y la condesa de White Manor… ¡A fe mía, que no lo entiendo!

Hizo una pirueta sobre sus talones y echó una mirada distraída, al pasar, a la ventana.

—¡Je!, ¡je!, ¡je! —hizo, riendo más francamente que de costumbre—, ¡la casualidad, a veces, tiene cosas graciosas! Si no me equivoco, esto de enfrente es el rincón del lord de White Manor. ¡White Manor era un endiablado seductor, en su tiempo!… ¡Oh!, ¡oh! —añadió, de pronto, deteniéndose a dos pasos de la cama—, ¡aquí hay un hombre!

Acababa de ver la pierna seca y velluda de Angus Mac-Farlane, que salía fuera de las ropas de la cama. Levantó las cortinas. Angus daba la espalda a la luz. Su frente tocaba la muralla. Moore no podía ver su cara. Por un instante, el instinto del médico sobrepúsose a su curiosidad. Cogió el brazo de Angus y le tomó el pulso.

—¡Fiebre cerebral! —murmuró—; congestión inminente. ¿Por qué me han llamado tan tarde?

Esta frase se le escapó, tan grande es la fuerza de la costumbre. La acogió con una sonrisa y puso una rodilla sobre la cama de manera que pudiese apoyar su cabeza, también, en el cabezal. En esta posición, pudo ver, por fin, el rostro de Angus. Su examen duró unos dos o tres segundos.

—¡No conozco a este hombre! —dijo, decepcionado. Luego, cambiando de idea, de pronto, añadió—: ¡Pero sí! Es aquel buen campesino de Escocia que Río-Santo nos trajo una vez al consejo. El laird que tiene nuestro castillo de Crewe. ¿Y por qué diablos Río-Santo lo deja morir aquí, como a un perro?

El laird hizo un movimiento y dio la vuelta con dificultad, en su lecho. Moore puso la mano en su pulso y la dejó durante un minuto.

«¡Una crisis —pensó—, y habrá pasado! ¡Estos miserables escoceses tienen la cabeza tan agrietada que la fiebre pasa a través de las grietas!».

—¡Ensilla mi caballo negro, Duncan de Leed! —exclamó el laird cuya voz se volvió, de repente, retumbante—; ¡me voy a ir a Londres para matarle!

—¿Para matar a quién? —preguntó involuntariamente el doctor.

Angus se había sentado en la cama y miraba al doctor con ojos despavoridos.

—La voz de los sueños no puede mentir —prosiguió lentamente—. Me parece que he visto a Fergus O'Breane esta noche. ¿Por qué no lo he matado?

Sus manos se pusieron en los hombros del doctor.

—¿Te lo he dicho, amigo Duncan? Cuando lo apercibo por la doble vista, veo que tiene en medio del pecho un agujero redondo y rojo. Está sentado encima del césped, al borde de un camino y completamente pálido. Entonces, la voz de los sueños atraviesa la noche y me dice al oído: ¡Es tu sangre, la sangre de tus venas que vengará a Mac-Nab!

—¡Mac-Nab! —repitió el doctor para mí—; conozco este nombre…, ¡ah!, sí… ¡aquel joven pedante que encontré a la cabecera de Perceval! ¡Stephen Mac-Nab!

—¿Quién me ha dicho que ahora se llama Río-Santo? —exclamó, de pronto el laird.

Moore se estremeció al oír el nombre del marqués. Esperó algunos segundos buscando la palabra de todo este enigma. De pronto, sintió la presión de una mano en su brazo y se volvió rápidamente creyendo que sería Bembo. Pero apenas levantó su mirada hacia el hombre cuya mano apretaba su brazo, dio un grito de terror y se tambaleó, pronto a desmayarse. El doctor calculó su situación de un vistazo. Estaba bajo la mano de Río-Santo y lo sabía.

—Acercadme un sillón —dijo Río-Santo.

Moore se apresuró a obedecer. El marqués se dejó caer pesadamente sobre el cojín del sillón y puso su mano delante de los ojos, que, debilitados por las noches de vela, la crisis y la pérdida de sangre, la luz del día hería. Permaneció así durante tres o cuatro minutos. Al cabo de este tiempo, levantó la cabeza. Su pálida frente había recobrado toda su orgullosa serenidad.

—Señor doctor —dijo—, os doy las gracias por haber violado el secreto de este retiro. Gracias a vos, sé, ahora, que este pobre enfermo no

está en peligro de muerte.

Señaló a Angus, dormido en la cama. Moore se inclinó.

—Creo no equivocarme —añadió Río-Santo—. Habéis dicho que su estado no ofrece peligro, ¿verdad?

—Lo he dicho, milord.

—Señor doctor —prosiguió el marqués—, os doy las gracias por haber puesto al desnudo, ante mí, el fondo de vuestra alma, mientras estaba tendido allí, moribundo. Estáis celoso de mí; queréis mi secreto. No me interrumpáis, caballero, no os lo tengo en cuenta. Pero ocurre que vuestros celos son insensatos y mi secreto es de los que un hombre como vos no puede adivinar.

Había en estas últimas palabras un desprecio sin límites. El orgullo de Moore se rebeló sordamente en su interior.

—Señor doctor —prosiguió aún Río-Santo, hablando siempre con aquella voz lenta, que daría frialdad a una alabanza, pero que refuerza la expresión de desprecio— os doy gracias, finalmente, y, sobre todo, por no haberme asesinado.

Moore retrocedió dos pasos. Esta palabra le hizo el efecto de un latigazo en el corazón. Se creyó perdido sin remisión.

Pero Río-Santo prosiguió:

—La muerte me hubiera sido cruel…, ¡muy cruel! Una vez más os digo que no os quiero ningún mal. Poned este cojín debajo de mis pies, señor doctor.

Moore cogió el cojín y lo colocó debajo de los pies del marqués.

—Perdonad, señor doctor —continuó diciendo Río-Santo—, si abuso de vuestra amabilidad. Queréis abrir la puerta de mi despacho y decirle a Ángel… ¡Habéis hablado de una forma muy dura a este pobre muchacho, caballero! Decidle que me habéis salvado la vida. Os perdonará vuestra insolencia. ¿Qué hora es, señor doctor?

—Son las diez, milord.

—El tiempo es oro, pero la fatiga me agobia y necesito, por lo menos, medio día de descanso. Decid a mis gentes, caballero, que enganchen para las cuatro. El caballero Angelo Bembo me acompañará.

El doctor se dirigió hacia la puerta.

—Cuando hayáis hecho lo que os he dicho, señor doctor —siguió diciendo Río-Santo, en el momento en que el doctor se alejaba—, volved aquí. He de haceros unas preguntas.

Moore entró en el despacho y lo atravesó para abrir la puerta exterior.

Cuando regresó a la habitación del laird, Río-Santo le preguntó:

—¿Durante estos últimos seis días, ha ocurrido algo nuevo entre vosotros, señor doctor?

—Se extrañaron de vuestra larga ausencia, ¡milord!, pero vuestros fieles no tuvieron demasiado trabajo para hacer callar a los descontentos. Milord, no sé lo que pensaréis de mí, pero os digo desde el fondo de mi corazón: ¡muy locos son aquellos que intentan combatiros!

Río-Santo miró al doctor con ojos profundos y tranquilos.

—¡Y vos sois un hombre juicioso, señor doctor! —dijo el marqués con sencillez.

—Cada cual, en su vida, tiene sus horas de demencia, milord. Puesto que hablamos de mí, digo que he sido doblemente loco, hace un rato: loco por querer mataros…

—Y loco por no haberlo hecho —interrumpió Río-Santo.

—Sí, milord —respondió el doctor.

Río-Santo se volvió en su sillón.

—Una palabra, todavía —dijo—. Como el azar podría entregarme por segunda vez a vos sin ninguna defensa, quiero confiaros un secreto. Si esta mañana me hubiéseis matado, esta noche hubiéseis dormido sobre la paja de Newgate. Hace mucho tiempo que os conozco, doctor. Entre vos y el cadalso, solamente hay mi voluntad, desde hace dos meses.

Moore estaba temblando, pero quiso dudar.

—Entre el cadalso y yo, milord —dijo queriendo, en vano, poner gallardía en su mirada—, hay un abismo que todo vuestro poder no podría colmar.

—Caballero —contestó Río-Santo con cansancio—, hablar demasiado me fatiga y tengo otras preguntas importantes que haceros. El lord juez tiene un paquete sellado en su posesión, en el cual se encuentra vuestra condena. No os sorprendáis demasiado: tengo de esta manera, más o menos, a todos los lords de la noche, vuestros compadres, en mi poder. ¡Sin esto, caballero, necesitaría mil existencias!

—Pero ¿qué contiene el paquete?

—Podéis escoger entre todas vuestras fechorías, doctor. Aquel paquete contiene la prueba de una de ellas; ¡la prueba irrefutable!

—¿Y por qué el lord juez no lo ha abierto?

—Porque yo no he querido —contestó Río-Santo.

El doctor iba a hablar otra vez, pero él le cerró la boca diciendo:
—Ya basta. Dejemos esto. ¿Qué noticias hay de *miss* Mary Trevor?

8. En casa de Perceval

El doctor Moore tardó un rato antes de contestar a la pregunta de Río-Santo.

—Milord —dijo, finalmente—, no puedo dar ninguna solución concreta a Su Señoría; ayer había empezado un tratamiento que según toda probabilidad, habría salvado a *miss* Mary Trevor, pero, durante el día se ha presentado una crisis, una crisis terrible. Debo hacer pruebas en la «otra», antes de empezar otro nuevo tratamiento a *miss* Trevor, en relación con su nuevo estado y tanto más enérgico, porque la honorable heredera de lord James corre un inminente y grave peligro.

—Pues, ¿qué ha pasado, caballero? —preguntó vivamente el marqués.

—¡Muchas cosas, milord! Frank Perceval está mejor que vos y tan bien como yo. Habéis sido muy generoso, milord.

—Caballero —interrumpió Río-Santo—, os ruego que volváis al asunto, por favor.

Moore había recobrado su dominio.

—Olvidaba que milord tiene sueño —dijo—; he aquí el hecho; el carácter de la enfermedad de *miss* Trevor ha cambiado. Su afección nerviosa llega a unos síntomas tan graves, tan nuevos para mi experiencia, que mis primeros ensayos sobre la otra no me son suficientes desde ahora.

—¿Sobre la otra? —repitió Río-Santo, que oía esta palabra por segunda vez sin comprenderla—. ¿De quién estáis hablando, señor doctor?

—¡De una encantadora joven, palabra milord! —contestó Moore con raro entusiasmo—, ¡de un sujeto vivo de la más rara perfección! ¡Qué juventud!, ¡qué vigor!, ¡delicada y graciosa!, ¡qué belleza de formas, resumiendo, todas las seducciones anatómicas de la mujer! ¡Ah!, sería un placer, que no tendría precio, hacer penetrar el escalpelo en aquellas carnes elásticas y duras. Pero Vuestra Señoría no es médico. Hablo de

aquella joven, milord, que *nosotros* vamos a matar para salvar a *miss* Mary Trevor.

Moore pronunció este «nosotros» con una dureza sarcástica.

Los labios de Río-Santo se estremecieron.

—¿Es joven y hermosa? —murmuró.

—Más hermosa y más joven que *miss* Mary, milord.

—¡Me prometisteis que no la mataríais, caballero! —exclamó de pronto el marqués haciendo pesar su mirada sobre los ojos medio cerrados del doctor Moore.

Pero esta vez el doctor sostuvo valientemente su mirada.

—Milord —dijo con glacial sonrisa—, la joven me ha costado cien libras; bien ha de servirnos para algo.

Río-Santo apartó su sillón y desvió los ojos.

—Después de todo —prosiguió Moore con tono despreocupado—. Vuestra Señoría en esto es mejor juez. Si consideráis que es mejor dejar languidecer y morir a *miss* Trevor…

El marqués se pasó la mano por la frente.

—¡Dios no puede perdonar esto! —dijo con voz profundamente alterada.

Moore se encogió imperceptiblemente de hombros.

—¡Elegir! —prosiguió Río-Santo—. ¡Elegir entre mi pobre Mary y esta joven desconocida! Elegir, cuando la elección representa una sentencia de muerte. Sin duda, era feliz.

Inclinó la cabeza. Su mirada tenía una expresión vaga y reflejaba melancólicos pensamientos.

—¡Estas cosas ocurren en Londres! —murmuró— ¡al salir de Temple Church donde ella elevó su plegaria, tan pura, a Dios, la pobre niña hubiera podido encontrar también alguno de esos emisarios de aquellos horribles tugurios, en los cuales, la miseria vende a la ciencia pedazos de carne humana! ¡Por el nombre de Dios! —exclamó con violencia—, ¿sabéis como voy a vengarme, caballero?

La mirada de Río-Santo llameaba.

—¿Lo oís? —dijo, levantándose enérgicamente, sin guardar ninguna señal de su reciente abatimiento.

Moore tartamudeó. Río-Santo le cogió por el brazo.

—No sé si la amo, caballero —pronunció con una especie de extravío —; pero si fuese ella… ¡Oh!, ¡os aplastaría!

El marqués se dejó caer en su sillón. El brazo de Moore tenía un círculo violáceo en el sitio donde Río-Santo lo apretó.

—Milord —dijo Moore con su implacable mofa—, todo deja creer que mi «sujeto» no tiene absolutamente nada en común con vuestra amante…

—¿Quién os ha dicho que fuese mi amante, caballero? —interrumpió bruscamente el marqués—. La he visto solamente una vez y estaba rezando. Otra vez me ha parecido verla detrás de las cortinas levantadas de su ventana. Esto es todo. ¡Pero daría mi sangre por hacerla feliz!

Moore no pudo contener un gesto de compasión.

—¿Si la quisiéseis ver, milord —preguntó—, para estar bien seguro de ello? Debo decir a Vuestra Señoría que la pequeña está bastante atropellada ya.

Río-Santo volvió la cabeza con repugnancia.

—Muy cambiada, si preferís —prosiguió el doctor—, he debido someterla a un ayuno absoluto y encerrarla en la obscuridad…

—¡Basta ya! —murmuró el marqués, a quien un sudor frío cubría las sienes—, ¡basta ya, caballero! ¡Ah!, ¡tenéis razón, seguramente no debe ser ella! ¡Pero quien sea vuestra víctima, os pido piedad por ella, piedad!

—Milord —dijo Moore, cogiendo el brazo del marqués y tomándole el pulso— no estáis en estado para soportar tales emociones. Mañana, esta noche, o cuando Vuestra Señoría guste, os diré lo que hace referencia a Frank Perceval; en este momento, mi deber es el de retirarme.

Moore salió con precipitación. Apenas hubo atravesado el umbral, que la pesada cabeza del marqués se reclinó en el respaldo de su sillón, quedando dormido profundamente. No esperaremos a que despierte para dar a conocer al lector la continuación del informe del doctor Moore; pero previamente, le llevaremos, retrocediendo algunos días, a la cabecera de Frank Perceval.

Veinte largos capítulos nos separan, ahora, de aquellos acontecimientos, explicados al final de la primera parte de nuestra historia. Ocurría a los dos días, como el lector recordará, del baile de Trevor House; Perceval, herido gravemente, dormitaba bajo la vigilancia del «bueno» de *sir* Edmund Makensie. Susannah, dominada por Tyrrel, besó la frente de Perceval, dormido, en el preciso momento en que lord James Trevor ponía los pies en la habitación. De ahí, pues, el

consentimiento de Mary, engañada, al matrimonio con el marqués de Río-Santo.

Sin embargo, no se habían perdido todas las esperanzas. *Lady* Ophelia había acudido y había hablado. Frank escribió una carta que lord Trevor rompió delante del fiel Jack, cortando, de esta manera, violentamente, toda relación con el pobre Frank. Al tener noticia de ello, Frank cerró los ojos y dio un débil quejido. Stephen Mac-Nab, viéndole devorado por la fiebre y al borde del delirio, no se apartó ni un momento de su lado.

Era medianoche, aproximadamente. Frank, amodorrado, respiraba penosamente y se quejaba débilmente. En una poltrona, en un rincón de la alcoba, el anciano Jack dormía. Detrás de la cama, una lamparilla encendida iluminaba vagamente los objetos. La luz de esta mariposa hacía brillar, o, de pronto, velaba, el noble esmalte del gran escudo de Perceval y el marco dorado del retrato de *miss* Harriet, hermana de Jack, muerta en la flor de la edad, cuyo rostro melancólico y pálido, saliendo, de pronto, de la sombra, semejaba una aparición.

Stephen se había entregado por completo al cuidado de su amigo enfermo, y seguía con atención las diversas fases de la fiebre. Luego, su pensamiento, inconscientemente, se había dirigido de las cosas presentes, a las cosas exteriores. El recuerdo de Clary Mac-Farlane había ocupado por entero su corazón, de donde el peligro en que se encontraba Frank lo había momentáneamente apartado.

Pero, como resultado de sus celos, no podía ver a su prima más que en Temple Church, preocupada en medio de la tranquila devoción de sus compañeras y cubriendo con mirada apasionada al hermoso desconocido, mirada en la que había un amor tan apasionado, que Stephen se hubiese contentado, para sentirse feliz, con una pequeña parte de aquella muda adoración.

Stephen tenía los ojos abiertos; estaba velando, pero en la semi obscuridad en la cual se encontraba, las imágenes que evocaba pasaban delante de sus ojos como un sueño. Clary estaba allí, delante de él. Al lado de Clary se hallaba el bello soñador de Temple Church, del cual Stephen ignoraba el nombre, y que nosotros conocemos bajo el de Edward. Y la escena que tuvo lugar en la iglesia, se iba reproduciendo con minuciosa exactitud; hoy, como entonces, el primer pensamiento de Stephen fue exclamar: «He visto esta cara en alguna parte».

Stephen hubiera podido dibujar, de memoria, al bello soñador de Temple Church, pero ahora le veía con otros ojos. Edward no era

solamente para él un conocido de la víspera. El recuerdo de sus rasgos, tan notables en su viril belleza, provenía de los días de su niñez. Existían dos impresiones que se confundían, excepto un detalle: había algo que Stephen no se daba perfecta cuenta, quince años separaban estas dos impresiones. La más reciente tenía relación con el encuentro de Temple Church. La otra se mezclaba a un drama sangriento, del cual hemos hablado muy superficialmente en el transcurso de este relato, pero que el lector todavía no conoce en sus detalles.

—¡Es él! —se dijo Stephen, por centésima vez, quizá—; ¡seguro que es él! Lo que busco en su cara es…

—¡La cicatriz! —exclamó en aquel momento Perceval, que la fiebre hacía delirar—, ¿no he visto una cicatriz en su frente?

Stephen se levantó sobresaltado. En su mente hubo un rayo de luz.

—¡La cicatriz! —repitió—, ¡oh!, lo recuerdo.

—En su frente encendida —prosiguió Frank— aparecía claramente blanca…

—¡Desde la ceja izquierda hasta lo alto de la frente! —dijo, automáticamente, Stephen.

—Desde la ceja izquierda hasta lo alto de la frente —repitió Perceval.

—¡Frank! —exclamó Stephen—, ¿así, pues, vos le conocéis, también? ¡En nombre del cielo, hablad!

9. El despacho del señor Bishop

Frank Perceval volvió a caer en su postración y siguió durmiendo. Stephen Mac-Nab esperaba impacientemente su despertar para tener la explicación a aquellas palabras escapadas durante su sueño. Pero aquella explicación no debía tener lugar en seguida.

Hacia las siete de la mañana, llamaron violentamente a la puerta de la calle de Dudley House. El viejo Jack fue a abrir y regresó en seguida diciendo que una mujer quería verle. Stephen bajó al salón, en donde encontró a la criada de su madre.

—¿Qué ocurre, Bess? —preguntó.

—Ocurre míster Mac-Nab —contestó la pobre muchacha, de la cual Stephen notó, entonces, la turbación y la pena—. ¡Ah!, ¡lord!, no preguntéis qué ocurre. ¡Venid a casa, mejor! Venid pronto, pues la pobre señora va a volverse loca. ¡Se nos parte el corazón!

De esta forma Stephen se enteró del rapto de sus primas y corrió a Cornhill. Bess tenía razón. La pobre *mistress* Mac-Nab estaba medio loca. Toda la noche había estado esperando, sin acostarse, con la puerta de su casa abierta, el regreso de sus sobrinas que no volverían.

Cuando vio a Stephen, encontró algunas fuerzas y pudo pronunciar, llorando, los nombres de Anna y de Clary. A Stephen, aterrado, en aquel primer momento, su madre le abrazó y murmuró entre sus lágrimas:

—Después de Dios, hijo mío, no tengo otra esperanza más que en vos.

Stephen reaccionó a esta llamada.

—Confiad en Dios, madre mía —respondió—, y contad conmigo.

Hizo indagaciones. *Mistress* Mac-Nab no estaba en casa cuando las dos hermanas fueron raptadas. Betty, que se encontraba sola en aquel momento, temiendo los reproches de sus amos, alteró los hechos y dijo que las dos jóvenes habían huido sin decir nada. Nadie, según ella, había entrado en la casa.

Stephen salió sin saber, a ciencia cierta, a donde ir, pero quiso estar solo, para reflexionar.

El primer pensamiento que le vino a la mente fue que el desconocido de Temple Church era el autor del rapto. ¡El segundo fue una sospecha que inmediatamente rechazó, pues las dos hermanas eran tan puras!, y él conocía todos sus pequeños secretos. En tercer lugar pensó en los de la «Resurrección».

Sus pasos le llevaron a Finsbury Square. Stephen sabía que allí había una guarida de resurreccionistas. Era médico y su9 estudios y las conversaciones con sus jóvenes colegas le habían enseñado el camino de aquellos almacenes de carne humana, que la policía de Londres deja existir mediante ciertas cantidades de dinero y que las buenas gentes llaman «un mal necesario». No ignora que la proximidad del gran cementerio de los no-conformistas, había atraído en los alrededores de Finsbury Square, en Worship Street, al más audaz, al más temible de los traficantes de la muerte.

Pronto se encontró en Worship Street, delante de un gran edificio, cuya fachada era exactamente igual a las otras casas vecinas. En la puerta, encima del botón de la campanilla, había un pequeña placa de cobre donde se podía leer:

DESPACHO DEL SEÑOR BISHOP

Stephen apretó el botón de la campanilla. Su corazón latía con violencia.

Mientras esperaba, un hombre le contemplaba ávidamente desde el otro lado de la calle.

Este hombre, apoyado contra la reja de una casa, iba vestido con el traje que llevan los mendigos de Londres. Debió ser guapo de rostro; por lo menos, sus rasgos correctos y a los que no les faltaba cierta finura, lo proclamaban así. Pero el hambre o la enfermedad, o las dos cosas conjuntamente, habían operado en esos rasgos tales estragos, que su conjunto inspiraba únicamente compasión.

Este hombre se moría de hambre. Miraba a Stephen con singular expresión de avidez. Vaciló. Finalmente, abandonó cautelosamente la verja en la que estaba apoyado y atravesó la calle sin hacer ruido. Llegó al lado de Stephen en el momento en que éste se determinaba, por fin, a apretar el botón de la campanilla.

—¡Vuestro Honor! —dijo estirando cuidadosamente el faldón de la levita de Mac-Nab—, ¡oh! ¡Vuestro Honor! Stephen se volvió rápidamente, avergonzado de verse sorprendido en aquel lugar.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—¡Oh! ¡Vuestro Honor! —contestó el pobre con fuerte acento irlandés— no os enfadéis; quiero solamente deciros que el señor Bishop vende muy caro y que yo os podría proporcionar lo mismo mucho más barato.

Stephen retrocedió involuntariamente.

—¿Os dedicáis a vender cadáveres? —exclamó.

—¿Queréis comprar uno? —preguntó en voz baja el irlandés, en lugar de contestar a la pregunta.

Stephen pensó en seguida en las dos hermanas.

—¿Una joven? —preguntó, con los dientes apretados convulsivamente.

—¡Oh! ¡Vuestro Honor!, yo no soy ningún asesino como el señor Bishop. Y cuando digo que el señor Bishop es un asesino, quizá me equivoque. Sé perfectamente que no debe hablarse mal de la gente rica, pero por lo que a mí se refiere, Vuestro Honor, solamente al verme ya puede verse que no sería capaz de «burkar» a un niño.

Stephen observó mejor al pobre diablo y tuvo compasión de su evidente desdicha.

—¿Desenterráis, pues, los cadáveres que luego vendéis? —le preguntó más amablemente.

—¡Oh!, no Vuestro Honor —respondió el irlandés—; yo soy católico.

—¿Entonces, qué es lo que me proponéis?

—Un cuerpo que ha estado bien constituido en otro tiempo, Vuestro Honor, algo seco, pero sano… cuarenta años, cinco pies y seis pulgadas. Dentro de una hora puede ser vuestro. Si pudiérais esperar ocho días, lo preferiría, pero, da lo mismo.

—¿De dónde lo sacaréis? —preguntó Stephen, asombrado.

—¡Oh!, no os preocupéis, es cosa mía.

—¿Así, no ha muerto, pues?

—No del todo —dijo el irlandés sonriendo con tristeza.

—¿Pensáis matarle?

—No habrá más remedio.

—Pero, desgraciado —dijo Stephen, estremeciéndose—, ¿cuál es este cadáver?

—Si permitís, Vuestra Señoría —replicó el irlandés con fría resolución— este cadáver es el mío.

Al decir estas últimas palabras, el pobre se tambaleó y se sentó en los peldaños de la escalera de Bishop. Stephen lo observó con atención. Este

colmo de la miseria humana le hizo olvidar, por un instante, sus propios sufrimientos.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó sacando su bolsa.

—¡Oh! Vuestro Honor —exclamó alegremente el irlandés— veo que vais a comprarme. Me llamo Donnor d’Ardagh y puedo contaros en dos palabras mi historia. Nosotros, los irlandeses, sabéis, tenemos la pasión de venir a Londres, y Londres nos mata.

Al ver que Stephen le escuchaba, Donnor recobró, por un instante, la volubilidad proverbial de los hijos de la verde Erin, y prosiguió con rapidez:

—¡Oh!, sí, Vuestro Honor, Londres es malo para los irlandeses. Vine aquí hace mucho tiempo y me casé en Saint-Gilles con una hermosa muchacha que me amaba. ¡Éramos pobres, pero los dos éramos fuertes y trabajábamos tanto! Hace dos años, vivíamos tranquilos con cinco hijos, de los cuales, los mayores trabajaban ya. El mayor, Patrick, era guapo y muy robusto; hubiera sido el sostén de nuestra vejez, pues tenía buen corazón; pero el rey tuvo necesidad de marineros. «Aviaron» a Patrick en un barco que no ha regresado jamás. Mi pobre Nell lloró, mientras seguía trabajando. El pan faltó en nuestro «cellar». Georges, mi segundo hijo, un muchacho cariñoso y generoso. ¡Vuestro Honor!, tuvo compasión de su madre enferma y robó una medicina en una botica. Georges fue enviado a Botany Bay. Nell murió.

Donnor ahogó un sollozo y prosiguió jadeante.

—Snail y Loo, a los cuales tuvimos que enviar a las manufacturas durante la enfermedad de Nell, se volvieron lo que se vuelven en esos tugurios envenenados. Snail se ha incorporado, según dicen, en la «gran Familia». ¡Si supierais qué listo y simpático era, Vuestro Honor! ¡Loo se ha convertido en la vergüenza de mi nombre! ¡Loo, mi bonita Loo!, ¡el amor de mi pobre Nell! Tiene solamente trece años, Vuestro Honor: ¡hay que acusar a Londres y no a la pobre niña!

Donnor dobló la cabeza llorando, pero sin cesar de hablar.

—Ahora, Vuestro Honor, solamente me queda una niñita, desnuda, acostada en la ceniza, a la puerta de mi antiguo «cellar». Estoy demasiado débil para poder trabajar y quiero vender mi cuerpo por dos libras y diez chelines.

—Pero, desgraciado —dijo Stephen—, ¿cuándo hayáis muerto, creéis que vuestra hijita sufrirá menos?

—¡Oh! Vuestro Honor, yo pienso en todo —respondió Donnor con sonrisa infantil, una sonrisa que ninguna palabra puede describir la sublime sencillez—. Brien de Cork, el mercero de Bainbridge Street, no pide otra cosa más que adoptar a la pequeña en su casa, si encuentro un par de libras para su ajuar. Me quedarían, aún, diez chelines, de los cuales, cinco los gastaría para hacer poner una cruz en la tumba de Nell. Con los cinco restantes…

Donnor vaciló.

—¡Oh! Vuestro Honor, ya sé que esto no es un pensamiento cristiano… y, si es necesario, podría rebajar los cinco chelines últimos. ¡Pero, hace tanto tiempo que no he bebido ni comido hasta hartarme! ¡Antes de morir, Vuestro Honor, hubiera querido poder sentarme a una mesa, como un hombre, y comer pan y beber cerveza!

Stephen se quedó, durante un momento, sin voz frente a esta suprema expresión de la miseria. Donnor creyó que Stephen encontraba sus pretensiones exageradas.

—Donnor —dijo, al fin— yo soy muy desgraciado, también, han raptado de la casa de mi madre a dos muchachas a las que quiero como si fuesen hermanas mías.

—¡Ah! —dijo el irlandés, echando una ojeada significativa al letrero del señor Bishop.

—Id a comer y a beber —prosiguió Stephen poniéndole un soberano en la mano, junto con su tarjeta— id a comprar vestidos para vuestra hijita y luego venid a verme.

Donnor no se apresuró a demostrar su agradecimiento. Conocía demasiado Londres para esperar algún beneficio, y su mirada se puso sobre Stephen con desconfianza.

—Vuestro Honor —dijo después de un silencio— falta todavía una libra y cinco chelines.

No se puede exigir que un hombre, en la situación de Stephen, se ocupe, por mucho tiempo, de las desgracias de los demás.

—Si podéis serme útil, os pagaré —replicó brevemente, despidiendo al irlandés con un gesto—. Si no podéis serme de ninguna utilidad, iré en socorro vuestro. Id, Donnor, y venid a verme, hoy, en Comhill.

Donnor se alejó, completamente aturdido.

—Voy a hacer algo por la pequeña —se dijo.

Stephen tiró de la campanilla. La puerta se abrió. Un criado con librea roja introdujo a Mac-Nab en un salón bastante hermoso, cuyas paredes

estaban adornadas con multitud de malos grabados, representando escenas de deportes, algunas de combates de boxeo y combates de gallos. Stephen preguntó por el señor Bishop.

—El señor está en su despacho —contestó el criado—. Si el señor quiere darme su nombre, le anunciaré.

Stephen dio su nombre. El criado salió y regresó casi enseguida diciendo:

—El señor os recibe, Stephen subió un piso y se encontró en el despacho del señor Bishop.

Bishop, el «burker», estaba vestido con un batín de seda, cuyos bordados tornasolados despedían unos magníficos reflejos. Encima de su cabeza llevaba una boina escocesa de terciopelo escarlata. Estaba medio echado sobre una otomana de terciopelo, junto a la pared tapizada, igualmente, de terciopelo. Tanto la otomana, como los sillones, el tapizado de la pared y los cortinajes medio corridos de las ventanas, eran igualmente rojos.

Todos estos rojos se reflejaban en la cara del «burker», acostado, y le daban un color apoplético que daba horror de ver. Cerca de él, un gran perro de Escocia, de pelo rojizo, estaba tendido encima de la alfombra. En el cristalino de sus ojos, donde se reflejaba la luz ardiente de este reducto extraño, brillaba una luz verdaderamente diabólica.

Stephen, al entrar en esta habitación, tuvo al principio una especie de deslumbramiento causado por el color insólito que reflejaban todos los objetos. La primera cosa que vio por entre el ardiente caos, fue el inflamado ojo del perro escocés, el cual gruñó sordamente, haciendo centellear sus pupilas. Luego distinguió el contorno de un rostro de bulldog, tocado con una boina de terciopelo. Era el «burker».

—¡Oh! —dijo Bishop sin molestarse—, ¿sois vos el llamado Mac-Nab? No os conozco. ¿Qué queréis?

—Pues yo sí os conozco —contestó Stephen, que había recuperado su sangre fría—. Quiero ver vuestros «sujetos».

—¿Mis «sujetos»? ¡Por Dios! —exclamó Bishop con una carcajada—, yo también soy un «sujeto», un fiel «sujeto» del rey. ¿Dónde creéis que estáis, compañero, para hablarme de «sujetos»? Estáis tan pálido que todo mi terciopelo no basta para colorearos la cara. Supongo que no habéis venido a burlaros de mí, ¿verdad?

—Os repito —contestó Stephen— que vengo para compraros un «sujeto».

—¡Diablo! —gritó Bishop, levantándose de pronto y asiendo a Stephen por el cuello—. ¿Sois, por ventura, algún hombre de la policía, compañero?

10. La cueva

El movimiento de Bishop fue tan rápido que el joven doctor no tuvo tiempo de haberse puesto a la defensiva. ¿Por otra parte, para qué defenderse? La sangre fría y la serenidad eran las únicas armas que podían vencer en este combate inesperado.

—No soy ningún hombre de la policía —contestó Stephen con tranquilidad—; hay otros comerciantes, además de vos, en Londres, míster Bishop, y veo que vuestros modales no son los apropiados para atraer a los clientes.

Bishop le soltó.

—Un hombre de la policía hubiese temblado bajo mi puño —murmuró—. No sois miedoso, joven, y me gustan los hombres así. ¿Pero por qué me venís a hablar de «sujetos»? ¡Yo soy un honrado comerciante de cerveza, de porter, de ginebra, de *whisky*, de todo lo que sirve para beber, vaya! ¿Una vez más os pregunto, qué queréis?

Stephen sacó su cartera y entregó su tarjeta al «burker».

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó éste—. Sois muy imprudente, a pesar de ser hombre de ciencia, joven *gentleman*. Al diablo si no habéis arriesgado vuestros huesos. No se viene a mi oficina de buenas a primeras, como si vendiese guantes de Francia o azúcar cande para los niños. Espero que me perdonaréis, caballero; un agente de la policía se parece mucho a un hombre. ¿Queréis aceptar un grog?

—No, muchas gracias —respondió Stephen.

Bishop frunció sus cejas y se tumbó completamente en la otomana.

—¿No? —prosiguió con tono de mal humor—. No quisiera que me guardaseis rencor, señor Mac-Nab. A fe mía, os ha salido barato, pues más de una vez me ha ocurrido transformar a un espía en un «sujeto» de cinco o seis buenas guineas, en menos que canta un gallo.

Bishop, el «burker», agarró una botella de ginebra que había sobre una mesa al pie de la otomana y se sirvió un gran vaso. El azul pálido de la ginebra enrojeció bajo los mil rayos de fuego que partían de todos los

rincones de la habitación. Cuando el «burker» acercó el licor a sus labios, se hubiera jurado que iba a beber sangre.

—A vuestra salud, señor Mac-Nab —dijo—, ¿qué puedo hacer para servirle?

Stephen se tambaleó y se apoyó en el respaldo de una poltrona.

—¡Oh!, ¡a fe mía! —exclamó Bishop aguantándose la cintura—, ¡me parece que nos mareamos, joven *gentleman*! ¿Si estáis mareado ahora, qué será cuando pongáis los pies en mi gran salón de lujo? Repóngase, señor Mac-Nab. ¡Qué diablos! ¿Habéis venido para algo, no es verdad, caballero?

—He venido para elegir y para comprar —dijo Stephen.

—Eso está muy bien, señor Mac-Nab. ¿Y qué género queréis, si me hacéis el favor de decírmelo?

—La explicación sería muy larga y en términos científicos —contestó Stephen—. Prefiero elegir por mí mismo.

—Esto es hablar bien. ¿Cómo van los ánimos?

—Estoy dispuesto a seguiros.

Bishop guiñó un ojo con aire de superioridad despreciativa, luego se levantó y puso una sólida cuerda de seda en el collar de «Turk», al que amarró sólidamente a una anilla fijada en la pared.

—Esto es una medida de precaución, señor Mac-Nab —murmuró—. Este diablo de «Turk» os estropea un «sujeto» en un abrir y cerrar de ojos. Un brazo está pronto tragado, ¿sabéis?

—¡Vamos, aprisa, por favor! —dijo Stephen.

—Que se haga vuestra voluntad, joven *gentleman*.

Bishop estiró un puño de cristal fijado en el terciopelo de la pared y uno de los paneles se deslizó, dejando al descubierto un hueco obscuro, de donde salió una bocanada de aire húmedo.

—¡Pasad, por favor! —dijo con grosera alegría.

Stephen entró con decisión por el hueco.

—¡Un momento! —exclamó Bishop, agarrándole y haciéndole retroceder— es mejor, creo yo, empujar a un hombre hacia un lado que no dejarlo que se rompa la crisma. Aquí hay un agujero de una veintena de pies de profundidad y una escalera. Voy a pasar primero.

Bishop, andando hacia atrás, puso los pies en la escalera. Stephen le siguió.

—No tengáis miedo —murmuró Bishop mientras bajaba—. Esta es la escalera de la ciencia, ¡pardiez! ¡Está llena del docto polvo de las botas del

Royal College! Mi joven *gentleman*, habéis venido en un buen día. Esta última noche se ha hecho la ronda por los cementerios del este y de Southwark.

Stephen se detuvo.

—¿Solamente tenéis cadáveres exhumados? —preguntó.

—¡Eh!, ¡eh! —dijo Bishop con una asquerosa coquetería mercantil—; no digo ni que sí, ni que no, señor Mac-Nab. ¡Ya veréis! Es algo que vale la pena. Y, no obstante, me atribuyen más méritos de los que merezco. ¡Un gato no puede ser asesinado por la noche en Londres sin que me atribuyan este honor!

El señor Bishop abrió una puerta. La mirada ávida del joven médico penetró, de repente, en una gran sala abovedada, de forma oblonga, iluminada por unas lámparas; alrededor de esta sala se alineaban, inclinadas, unas mesas de mármol. Los muros, encalados, devolvían, más blanca, la pálida luz de las lámparas, sobre unas formas humanas extendidas, contrastando fuertemente con el mármol negro de las mesas. En medio de la sala, un gran pebetero en el cual se quemaba incienso, tamizaba sus finos chorritos de vapor, a través de los mil agujeros de una tapadera de plata.

El contraste entre esta luz tan pálida proyectando sus blancuzcos rayos y el color rojo tan intenso del despacho de Bishop, era tan enorme que parecía estar hecho a propósito.

Apenas se hubo abierto la puerta de la cueva que la palabra expiró en la boca de Bishop. Ya no era el mismo hombre. Se agarró al brazo de Stephen. Su mano estaba helada y temblaba.

—Aquí todo es blanco —murmuró— y arriba todo es rojo. Es para olvidar.

Intentó dibujar una sonrisa y prosiguió, comenzando a proferir una blasfemia:

—Me he olvidado la botella de ginebra y sin ginebra no valgo nada, ¿sabéis?, en medio de todo este rebaño de bribones muertos. Pasemos rápidamente y apresuraos a elegir.

Stephen no se lo hizo repetir. Terminó de dar la vuelta a la cueva antes de que Bishop llegase a mitad de camino. Se entregaba a la felicidad de no haber visto allí nada de lo que temía ver. Bishop se acercó a él, procurando no mirar ni a derecha, ni a izquierda. Cuando llegó a la puerta, cerró apresuradamente. Una vez hecho esto, un hondo suspiro se escapó de su pecho.

—¡Ah!, ¡ah!, señor Mac-Nab —exclamó, sin señales, ya, de su turbación—; ¡esos pájaros están ahí, son míos y los venderé! ¿Cómo habéis encontrado esto? ¿No decís nada? ¡Habéis tenido miedo, vamos!, ¡sed franco!

—No —respondió Stephen.

—Yo tampoco, ¡pardiez! ¡Pero me he olvidado la ginebra!

Al volver al salón rojo, Bishop se apresuró a reparar este olvido y bebió, uno tras otro, dos grandes vasos de *gin*.

—Señor Mac-Nab —dijo, después— no cambiaría mi oficio ni por el de papa. ¿Habéis encontrado algo?

Stephen contestó brevemente que nada de lo que había visto le convenía para sus estudios del momento.

—¡Lástima, señor, lástima! ¡Espero que os habrá gustado mi «exposición»!

Stephen respondió con un signo afirmativo.

—Ya nos arreglaremos otra vez, señor Mac-Nab. ¡He tenido un placer en conoceros!

11. La taberna de Shakespeare

Cuando estuvo de regreso a la casa de Comhill, Stephen, supo que un desconocido le estaba esperando en el salón. Esperaba que sería una buena noticia, pero reconoció a Donnor, durmiendo y se detuvo, decepcionado.

—¿No hay nadie más que vos, aquí? —preguntó.

Donnor se despertó sobresaltado. Vio a Stephen y tembló de pies a cabeza.

—Aquí estoy, Vuestro Honor —dijo, con tranquila tristeza—. He ido a Saint-Gilles. La niña ya tiene ropa y he comprado pan. He hecho mal en comprar pan —añadió suspirando—, pues el pan es bueno y da ganas de vivir.

Donnor se había puesto en pie, se mantenía erguido, con los brazos cruzados, delante de Stephen, el cual, exhausto por el cansancio, se dejó caer en un sillón.

—Está bien —dijo el joven médico, distraídamente—. Ya miraré de emplearos.

—Oídme, Vuestro Honor —dijo resueltamente Donnor—, ¡no perdamos tiempo! Ahora que ya no sufro, siento deseos de vivir. Sólo tengo cuarenta años, después de todo. Acabemos, pues.

El recuerdo de lo que había pasado, le vino, de pronto, a la memoria, a Stephen.

—Tengo necesidad de amigos vivos y no muertos, Donnor —dijo, sonriendo— y procuraré quitaros las ganas de ahorcaros.

—¡Vuestro Honor! ¡Vuestro Honor! —exclamó Donnor— repetidme lo que acabáis de decir, pero más extensamente. ¿Así, pues, no queréis mi pobre cuerpo a cambio de vuestro dinero?

—Seguro que no, amigo mío —contestó amablemente Stephen Mac-Nab.

—Hubiera debido adivinarlo. Ya me lo habíais dicho, ¿verdad?, ¿en Worship Street? ¡Pero yo no me atrevía a comprenderlo, porque he

esperado tantas veces! Pero cuando he visto que vivíais en esta casa, donde las dos jovencitas me han dado tantas veces limosna…

—¿Las conocíais?

—¡Ya lo creo!, ¡por mi salvación eterna! Os hablo de ellas porque me habéis dicho que estáis buscando a dos jovencitas que han raptado… y tengo miedo…

—Son ellas a quienes busco, Donnor.

—¡Ellas! —repitió el irlandés, juntando sus descarnadas manos—, ¡son ellas, pobres ángeles! ¿Y las habéis encontrado, quizá, Vuestro Honor?

Stephen movió la cabeza tristemente.

—¡Oh!, ¡yo las encontraré! —exclamó Donnor, cogiendo el brazo de Mac-Nab—, ¡las encontraré, aunque estén entre las garras de ese demonio de mil cabezas que es la «Familia»!

—Gracias por vuestra ayuda, Donnor —dijo Stephen—, pero ¿qué esperáis?

—La pequeña Loo tiene buen corazón —respondió el irlandés— y Snail es un chico listo. Si la «Familia» tiene algo que ver en el rapto de las dos señoritas, lo sabré. ¡Hasta luego, Vuestro Honor, pronto tendréis noticias mías!

Donnor bajó a toda prisa por la calles de Comhill, en dirección de San Pablo. Se sentía todavía débil, pero su cara había perdido su expresión taciturna. Iba con la frente alta y la mirada segura. Pasó por la izquierda de la iglesia de San Clemente y dio la vuelta a Wych Street, en donde está situada la «spirit shop» de Shakespeare, conocida en todo Londres por ser el lugar de cita de los ladrones de todas clases.

Eran las cuatro de la tarde, poco más o menos. El salón de aquella casa destartalada estaba casi vacío. Sin embargo, dos o tres reservados estaban ocupados, y en uno de ellos, maese Snail, vestido con el famoso traje de *gentleman* que había comprado dos días antes en Harte Street, por orden del buen capitán Paddy O'Chrane, estaba jugando, muy serio, con Tom Turnbull y dos otros hombres de la «Familia», al *whist*. Tom llevaba la frente vendada con un pañuelo, pero por lo demás, no guardaba ninguna señal del terrible combate que había librado en «The Pipe and Pot». El gordo Mich, menos afortunado, o más sensible, estaba en manos de un cirujano.

En otro reservado, frente a un espejo colgado de la pared, la pequeña Loo se estaba arreglando para el paseo nocturno. Había dispuesto sus

abundantes cabellos rubios en grandes bucles y estaba dándose colorete en sus demacradas mejillas. La lívida palidez de la pobre niña se veía a pesar del colorete. Cada vez que levantaba los brazos por encima de su cabeza para arreglar su cabellera, el esfuerzo arrancaba, de su pecho enfermo, un ronquido hondo y sordo. Entonces se detenía y bebía un trago de ginebra.

Mientras la pequeña Loo se estaba arreglando, Snail proseguía su partida de *whist* con sus tres compañeros, los cuales le hacían trampas.

—¡Tres y honores! —dijo, barajando las cartas—. ¡Gana triple, compañero Tom! ¿Quién diría, al verme jugar así, que casi habéis matado a Mich, mi cuñado?

—¡Pobre Mich! —dijo, desde lejos Loo— hace tres días que no me ha pegado.

—¡Bebed, hermanita Loo, y dejadnos jugar tranquilamente a los hombres!

La partida empezó y se terminó. Ya podían hacerle trampas, Snail ganaba siempre.

—¡Honores iguales!, marcad tres puntos solamente, Tom —dijo—. Mi hermosa Madge me ha contado esta noche un cuento de todos los diablos. Me ha dicho que milords de la noche han comprado a Saunders el elefante, el ex gigante del circo de Astley, para cavar un túnel debajo del palacio del rey.

—No es debajo del palacio del rey —replicó Carlie, el obeso marinero — es debajo del almacén de las joyas de la corona, en la Torre.

—¡Buena idea! —exclamó Snail— mi mujer Madge explica cosas muy curiosas sobre esto. Dice que Saunders hace tanto trabajo él sólo como doce hombres.

—¡Doce hombres como tú, caracol charlatán! —gruñó Tom.

—¡Como yo, o como vos, Turnbull; los dos somos unos tíos! En cuanto a ese Saunders, ¿recordáis? ¡El año pasado, en el circo de Astley, levantaba un caballo! Es Paddy, el capitán, ¿sabéis? que es el cornac del elefante. Le pediré que me lo enseñe.

—Debe ser muy bonito —dijo Charlie.

Fue en este momento que la puerta del salón, abierta bruscamente, dio paso a Donnor d’Ardagh.

—¡Toma!, ¡toma! —exclamó Snail, sin desconcertarse—, ¡aquí está el padre! Ya podéis quitaros el sombrero, Tom Turnbull. Hermanita Loo, haced la reverencia, por favor.

12. Donnor

Por el aspecto de Donnor d’Ardagh y por su traje negro hecho jirones, el primer gesto de los bandidos reunidos en el salón, fue echarse a reír, pero el honrado rostro del pobre irlandés tenía algo que imponía respeto.

—¡Ah!, ¡ese es tu padre, Snail! —dijo Tom llevando la mano al sombrero—. ¡Diablo!

El gordo Charlie y el otro jugador hicieron un gesto amistoso con la cabeza.

—Sí, es mi padre —exclamó Snail— mi honrado padre que viene a tomarse una copa con nosotros, ¡pardiez!

Donnor se dejó caer en un banco y con las dos manos intentó secarse el sudor de su frente.

—¿Queréis beber, daddy (papá)? —preguntó Snail—; os presento a estos tres *gentlemen* que son amigos míos y compañeros.

Los tres *gentlemen* hicieron tres saludos apropiados.

—Si mi mujer Madge estuviera aquí —prosiguió Snail, levantándose el cuello con una seriedad grotesca— os la presentaría, daddy.

—Niño —dijo Donnor con una gravedad llena de tristeza— no he venido aquí para ocuparme de ti. ¿Dónde está tu hermana Loo?

—He dicho a Loo que viniera a haceros la reverencia, como tal es su deber. Quizás esté borracha; es lo menos que hace. ¿Pero, dónde diablos se ha metido? —añadió recorriendo con la vista el salón.

Loo había desaparecido.

—¡Vaya!, ¡esto no está bien! —dijo Snail en tono sentencioso—. ¡Qué diablos!, hay que ser bien educado. ¡Loo! ¡Loo!

—Basta, Snail —dijo el irlandés— hablaré contigo solamente…

—¡Nada, *daddy*, nada! Loo es la hermana de un *gentleman* y no debe comportarse como una cualquiera. ¡Loo!

Se oyó toser convulsivamente.

—¡Esta tos es horrible! —dijo Donnor.

—Con ginebra desaparece. ¡Mirad!, veo un trozo de su traje.

Snail corrió y tiró del brazo de Loo, escondida detrás de la puerta de un reservado.

—¡Padre!, ¡oh, padre! —murmuró Loo, llorando.

«En otro tiempo se parecía a Nell —pensó Donnor—. ¡Nell ha hecho bien en morir!».

Loo seguía delante de su padre, inmóvil y con los ojos tapados con sus manos. Donnor le dio un beso en la frente, mientras alzaba los ojos al cielo.

—¡Que Dios tenga piedad de ti, hija mía! —dijo.

—¡Oh!, ¡padre!, os amo —murmuró Loo—, ¡daddy… y lloro cuando pienso en vos!

Donnor hizo un gesto de muda desesperación.

—Me hacéis llorar como un niño —exclamó Snail, el cual, verdaderamente, estaba emocionado sin saber por qué—. Un *gentleman* no debe llorar, ¡qué diablos! ¡Vamos, daddy!, ¡vamos, Loo!, se han terminado las monsergas. ¡Viva la alegría!

Una mirada de su padre le cerró la boca.

—He de hablar con vosotros —dijo cariñosamente Donnor.

—¿Con nosotros? —repitió Snail—. Algún secreto de familia. —Y añadió, dirigiéndose hacia sus compañeros—: ¡Soy el hijo mayor y, por lo tanto, el heredero!

—No os preocupéis, señor Snail —dijo con toda gravedad Tom Turnbull.

Donnor llevó a sus dos hijos al reservado más alejado y se sentó entre los dos. Les preguntó. Snail no sabía nada. Loo no podía saber nada. Snail juró que ya se informaría.

Pasaron tres días; al cabo de estos tres días, Stephen todavía no tenía ningún indicio que pudiera ponerle sobre las huellas de las dos hermanas.

Donnor, mientras tanto, no se desanimaba. Iba, mientras todavía había claridad, espiando y escudriñando. Por la noche iba a dar cuenta a Stephen de los esfuerzos de su jornada, y se acusaba, amargamente, de su impotencia. Donnor pertenecía a Stephen más completamente que si el joven médico hubiese aceptado el fantástico negocio que le propuso frente a la puerta del señor Bishop, en Worship Street.

Stephen luchaba con su tranquila energía y la serenidad de su valor contra el abatimiento que le embargaba. Su madre guardaba cama y

Mac-Nab dividía el tiempo que le dejaba la actividad de sus pesquisas, entre la cabecera de la cama de la anciana señora y la de Frank Perceval.

En la tarde de aquel tercer día, dejó a su madre al anochecer y se encaminó hacia Dudley House, resuelto a intentar descubrir lo que pudiese haber de común entre el sueño de Perceval y sus propios recuerdos.

—Qué amigo mío —exclamó Frank en cuanto le vio—, ¿hay noticias?

—Ninguna —respondió tristemente Stephen.

—¡Pobre Mac-Nab!, cuánto quisiera estar del todo restablecido para ayudaros en vuestras pesquisas. ¿Creéis que me podré levantar mañana?

Stephen le tomó el pulso y lo examinó.

—Quizá —respondió Stephen—; estáis mejor, Perceval; ya no hay ningún peligro de que habléis. Yo tengo que haceros una9 preguntas muy importantes.

—¿Unas preguntas? —repitió Frank, extrañado—; ¿qué podéis preguntarme que necesite un preámbulo tan solemne?

Stephen dibujó una sonrisa.

—¡Dios mío! —dijo— lo que he de preguntaros no tiene nada de solemne. Por el contrario, se trata de una circunstancia fútil y que tiene todo su interés en un recuerdo terrible.

Stephen habló de sus celos, del desconocido de Temple Church y del vago parecido que existía entre este hombre y el asesino de su padre.

—Algo faltaba a esa semejanza, Frank —añadió—; algo que yo no podía recordar… y habéis sido vos quien, soñando, habéis puesto fin a mis incertidumbres.

—¿Cómo ha sido eso? —dijo Frank que había escuchado con suma atención.

—Yo buscaba el signo, un algo que faltaba a aquel hombre para parecerse perfectamente al asesino; y vos habéis pronunciado el nombre de aquel algo que faltaba.

—¡Ah! —dijo Perceval.

—Habéis dicho: la cicatriz…

—¡La cicatriz! —repitió Frank, palideciendo e incorporándose a medias.

—Después, habéis descrito aquella cicatriz.

—¡Ah! —volvió a repetir Perceval, pero, ahora, con viva emoción—, ¿pero, decidme, he pronunciado el nombre del marqués de Río-Santo?

—No —respondió Stephen, el cual, a su vez, se extrañó—, ¿sabéis, pues, lo que quiero decir?

Frank volvió la cabeza hacia el retrato de *miss* Harriet Perceval, que iluminaba confusamente los últimos rayos del día.

—Sí, Stephen, ¡oh, sí! —murmuró— sé lo que queréis decir. ¡Pobre hermana!, ¡este sueño lo tengo a menudo… y es un sueño horrible!

13. En la carretera

Stephen guardó un silencio embarazoso, temiendo haber reavivado crueles recuerdos. No se equivocaba. Su pregunta acababa de abrir, nuevamente, una herida atroz. Frank le tendió la mano y prosiguió:

—Sois mi único amigo, Stephen, ella era joven… bella… ¡y feliz! Acercaos, más cerca todavía, quiero deciros por qué murió mi hermana Harriet.

Se calló y pareció que, por un instante, quedaba absorto con sus recuerdos.

—Es un relato muy extraño —prosiguió— y lleno de aventuras que parecen solamente fruto de la imaginación. ¡Ay!, todo es real, desgraciadamente. A veces, quisiera poder dudar. ¡Pero mi duda se estrella contra el mármol de una tumba!

«Ocurrió hace dos años. Harriet, pedida en matrimonio por Henry Dutton, lord Sherbome, al cual amaba, quiso pasar el final de la temporada cerca de nuestra madre, y salimos para Escocia en los primeros días de julio».

Atravesamos la frontera. Hacía un tiempo magnífico y, cuando entramos en Annan, daban las diez de la noche en el campanario de la vieja iglesia.

»—Vayamos hasta Lochmaben —me dijo Harriet.

»—¡Vayamos hasta Lochmaben! —respondí—; pediremos que nos dé albergue el señor Mac-Farlane, el tío de mi amigo Mac-Nab.

»Los caballos de nuestra silla fueron cambiados y nos pusimos otra vez en camino, conducidos por un postillón escocés. Desde Annan hasta Lochmaben, lo sabéis mejor que yo, Stephen, ya que es vuestro lugar de nacimiento, el camino pasa incesantemente a través de paisajes admirables. Pero nosotros avanzábamos lentamente, porque las buenas carreteras son escasas en los parajes pintorescos. Mi reloj señalaba ya la medianoche y nosotros estábamos todavía a varias leguas de Lochmaben.

Acababa de poner mi reloj en el bolsillo, cuando nuestra silla chocó violentamente contra un objeto que estaba atravesado en la carretera. La silla pudo superar este primer obstáculo, gracias al impulso de los caballos, pero fue para ir a caer pesadamente a una zanja que, veinte pasos más lejos, cortaba el camino en toda su anchura. Ni Harriet, ni yo no nos hicimos daño. El postillón maldijo a los agentes de obras públicas del gobierno, quienes, bajo pretexto de reparar las carreteras, lo que hacen son verdaderas trampas, en donde vienen a caer los pobres viajeros.

»Aquella zanja, Stephen, era, en efecto, una verdadera trampa; pero no había sido hecha por los agentes del gobierno. En cuanto al primer obstáculo, donde había empezado la desventura de nuestro viaje, era simplemente, un tronco de árbol, puesto con intención, atravesado en la carretera. Nos apeamos. Hice sentar sobre el césped a Harriet, asustada, y quise visitar la silla. Según mi opinión, yo creo que hubiera podido proseguir el viaje. Sin embargo, el postillón escocés nos declaró que continuar el camino sería exponer gratuitamente nuestras vidas. Yo no tenía ninguna razón para desconfiar de aquel hombre. Y le creí.

»Las noches son frescas en el otro lado del Solway. Cuando regresé junto a Harriet, empezaba a temblar de frío.

»—¿Dónde pasaremos la noche, Frank? —me preguntó.

»Hice la misma pregunta a nuestro postillón, el cual me contestó: “Hay el castillo del laird, al otro lado de la subida, Vuestro Honor; pero ¡al diablo si Duncan de Leed se molestará a esta hora, de noche, para abrirnos!”.

—¿Tan cerca estábais de Crew? —interrumpió Mac-Nab.

—Estábamos a cosa de una milla, todo lo más, del castillo de vuestro tío, Stephen. Y, si digo una milla, es para decir lo que dijo el postillón, pero yo estoy seguro de que estábamos mucho más cerca que esto.

—Seguid —dijo Stephen—. Por la continuación de vuestro relato, ya adivinaré dónde se detuvo vuestra silla. ¿No conozco, yo, cada pulgada del terreno que hay desde Annan hasta Crew?

Perceval prosiguió:

—¿Y solamente hay el castillo del laird, en los alrededores? —pregunté al postillón.

»En aquel tiempo yo ignoraba que la persona a la cual llamaban el laird, fuese el señor Mac-Farlane.

»—Hay —contestó el postillón— la casa de Randal.

—¡La casa de Randal Graham! —exclamó Stephen.

—¿Conocéis esta casa? —preguntó Frank.

—¡Si conozco esta casa! Allí es donde asesinaron a mi padre… —contestó Stephen.

—¡Allí fue deshonrada mi hermana! —pronunció Perceval con voz profunda y contenida.

Entre los dos jóvenes amigos hubo un momento de silencio doloroso.

—¡Qué extraña coincidencia! —dijo, finalmente, Perceval. Luego añadió, bruscamente, mirando a su amigo—: Stephen, ¿responderíais de vuestro tío Mac-Farlane?

—¡No comprendo! —murmuró el joven médico, extrañado.

—Tenéis fe en él, ya lo veo —prosiguió Frank—. Os ruego que no me preguntéis sobre mi pregunta, antes de terminar mi historia. Yo creo, yo espero, que alguna luz podrá surgir para los dos de esta conversación; pues el asesino de vuestro padre, Stephen, debe ser el verdugo de mi hermana.

—Creo lo mismo, Frank —replicó Stephen.

—La casa de Randal Graham —prosiguió Perceval—, está, ya lo sabéis, separada de la carretera por un espeso bosquecillo de robles, y se eleva entre dos montículos de arbolado, en el límite de las ruinas de la antigua abadía de Santa María de Crewe. Era algo más de medianoche cuando llegamos a la puerta de la casa de Randal. Mi hermana sufría y tenía miedo. Yo mismo, me sentía atormentado por una vaga inquietud. El postillón llamó. Casi inmediatamente oímos ruido en el interior y una voz nos gritó: ¿Quién vive?

»—Vuestro servidor, señor Smith —respondió el postillón—. Es un joven lord y su *lady*, cuya silla se ha roto al llegar sobre el Troudu-Rook.

»—¿Y tú, quién eres? —preguntó la voz.

»—¡Oh!, yo soy el postillón Saunie; Saunie el aullador, señor Smith.

»La puerta se abrió. El señor Smith, personaje cuyo rostro se ocultaba casi por completo debajo de una gran visera de seda verde, nos acogió con un ceremonioso saludo.

»—Señor —le dije— os ruego que aceptéis, en primer lugar, nuestro agradecimiento. Sin vuestra hospitalidad…

»—Joven —interrumpió el señor Smith con un tono de voz gazmoño —, ¿espero que la joven dama os pertenece cristianamente, que es carne de vuestra carne?

»—Esta joven dama es mi hermana —contesté.

»—¡Ah! —dijo el señor Smith, quien, bajo su visera, me pareció que hacía sufrir un minucioso examen a la pobre Harriet—. ¡Maudlin!

»—¿Qué hay? —gritó una voz desde lejos.

»—Haced preparar dos habitaciones separadas —dijo el señor Smith.

»—Caballero —quise objetar— mi hermana está débil y se encuentra enferma; desearía no separarme de ella.

»—El corazón humano, joven —declamó el señor Smith— es un sepulcro blanqueado. La carne es débil… y si no queréis conformaros a las reglas de mi casa, ya podéis ir a pasar la noche al raso.

»El señor Smith saludó muy serio y se retiró. Un momento después, un criado trajo algunas bebidas, a las cuales, Saunie, nuestro postillón, hizo los más grandes honores. Harriet y yo, apenas tocamos los manjares que nos presentaron, luego seguimos el ejemplo de Saunie y nos retiramos a nuestras habitaciones respectivas. Nuestros aposentos eran contiguos y separados solamente por una puerta cerrada, a través de la cual podríamos hablar. Estaba rendido. Me eché, completamente vestido, en mi cama y me dormí casi en seguida. Apenas había cerrado los ojos que un rumor de voces contenidas vino a zumbar a mis oídos.

»—Es muy bonita —decía una voz que supuse sería la del señor Smith, aunque estaba exenta de toda gazmoñería puritana.

»—Sí —contestó otra voz—, ¡pero no es la joven duquesa de…, y al diablo si vale la pena colocar robles a través de la carretera por tan poca cosa!

»—Pero es muy bonita —repitió Smith— y Su Honor está en el castillo.

»—Para Su Honor sólo será un pequeño bocado; además, debía de haber cinco mil libras y joyas en la silla de Sus Gracias, el duque y la duquesa de…, mientras que en la silla de éstos no hemos encontrado absolutamente nada. No se hacen zanjas para una miseria, mayor, ¡qué diablos!

»—¡Eh! Paulus, amigo, el roble y la zanja no se perderán, aunque, después de todo, el roble es muy delgado y la zanja está mal hecha, puesto que la silla de ese tonto está en perfecto estado. Sus Gracias vendrán después.

»—Haré profundizar un poco más la zanja —gruñó Paulus.

»—Voy a ocuparme de la joven dama —dijo Smith—. Su Honor tendrá un postre a su gusto.

»Stephen, yo estaba oyendo todo esto, todo y perfectamente. Ni una palabra se me escapaba. Pero creía soñar. Y, de repente, no oí nada más y me dormí como un tronco, diciéndome:

»¡Cómo son los sueños! ¡Soy capaz de seguir soñando lo mismo!». Y el sueño volvió, Stephen, ¡volvió! o, mejor dicho, el drama horroroso del cual acababa de oír la primera escena y que proseguía cerca de mí. Oí un ruido sordo por el lado de la habitación de Harriet, luego unos gritos ahogados; luego, el silencio.

»El silencio, precisamente, me despertó.

»Todas aquellas cosas que había oído durante mi sueño, volvieron a mi memoria y me llenaron de un terror espantoso. Salté fuera de la cama, me aproximé silenciosamente a la puerta de Harriet y puse mi oído en la cerradura. ¡Nada! ¿Qué esperaba, yo? ¿Es que quería oír algo? Harriet dormía, seguramente. Y, no obstante, aquel silencio me hizo estremecer.

»—Harriet —dije bajito.

»No se oyó nada.

»—¡Harriet! ¡Harriet! —repetí más fuerte.

»Siempre el silencio. Cogí la barra de hierro de la ventana y sirviéndome de ella a modo de palanca, derribé la puerta que me separaba de Harriet. La lima, al penetrar a través de una ventana sin cortinas, inundó el dormitorio con sus rayos. La habitación de mi hermana estaba vacía.

14. Romance

Stephen puso su mano en el brazo de Perceval.

—Conozco esta habitación —dijo—. Es por aquella pequeña puerta, frente a la cama, que vi entrar, una vez, a dos hombres: uno de I09 cuales llevaba una máscara; el otro llevaba en la mano un candelabro. Mi padre dormía en la cama donde durmió, después, vuestra desventurada hermana.

Stephen temblaba mientras pronunciaba estas palabras. Frank y él estaban el uno frente al otro, pálidos los dos y ambos bajo los efectos de la misma impresión profunda y dolorosa.

—Me contaron una vez el asesinato del señor Mac-Nab, Stephen —dijo Perceval—, pero me lo contaron de una manera vaga. Vos me daréis más detalles. Probablemente, para estos dos crímenes, cometidos en el mismo lugar, hay un solo culpable. Y os quiero bastante para querer compartir vuestra venganza.

—Sois el único hombre en el mundo, Frank —respondió Stephen, apretándole la mano—, con quien yo consienta poner en común mi odio. ¿Qué hicistes después de la desaparición de vuestra hermana Harriet?

—Me quedé un momento como abrumado. Al cabo de un tiempo, me lancé como un desesperado en el espacio obscuro que se encontraba más allá de la puerta abierta. En otro momento, con toda seguridad, me hubiera matado, pues la puerta daba a una escalera de granito.

—¡Ah! —exclamó Stephen, como si hubiera esperado otro desenlace.

Y añadió acto seguido:

—Esto es muy extraño, Perceval. Detrás de la puerta que me decís, yo no he visto nunca otra cosa, más que una pared de piedra.

—Os digo lo que me ocurrió, Stephen… y no es la primera vez, por otra parte, que me hablan de esta pared de piedra. La escalera tocaba, literalmente, el umbral.

—Entre la pared que yo he visto con mis propios ojos —repuso Mac-Nab—, una pared llena de musgo y que parece tan vieja como el

mundo mismo, entre la pared, digo y el umbral, había sitio para dos hombres. Y creo que fue allí donde se escondieron los asesinos de mi padre.

—Dios sabe que no me equivoco —replicó Perceval—. Lanzado de esta forma sobre una pendiente muy fuerte y tocando apenas con los pies, tropezando con algunos peldaños, al azar, fui a caer encima de la tierra húmeda de un subterráneo. Me levanté sin ninguna herida. La obscuridad total me envolvía. Por un instante, tuve la idea de volver a subir los peldaños. Aquel subterráneo, con toda seguridad, no debía tener ninguna salida.

»Pero en el momento en que ponía el pie sobre el primer escalón, vi un espectáculo muy raro, que mi mente se negó, al principio, a creer en su realidad.

»A una distancia enorme, que empequeñecía los objetos hasta el punto de prestar a un hombre el tamaño de una muñeca, acababa de percibir un vivo resplandor y, en torno a este resplandor, se veían con toda perfección y vivamente iluminados, cuatro o cinco personajes que andaban, llevando en medio de ellos un objeto de color blanco».

—¡Mi hermana!, ¡mi pobre hermana! —exclamé.

»Debía alcanzarles a toda costa. Lo repentino de la aparición, a tal distancia, demostraba que el camino que se debía seguir, no era directo. No había otra manera de explicar este hecho. Me encontraba en unas galerías subterráneas, cuya extensión era extraordinaria. ¡Pero qué importaba esto! Empecé a correr, con los brazos extendidos con el fin de no romperme la cabeza contra algún saliente de las paredes desconocidas del subterráneo. El suelo de la galería hacía pendiente. Mi marcha era rápida. En poco tiempo me di cuenta de que los hombres que andaban delante de mí crecían sensiblemente a mi vista. Mi ánimo se multiplicó. Pero a medida que yo avanzaba, un ruido lejano y que, al principio, había sido solamente un sordo murmullo, llegaba mucho más fuerte a mis oídos: era el ruido de una cascada, que caía desde una altura considerable.

—¡El torrente de Blackflood! —murmuró Stephen.

—¿Creí que no conocíais esas galerías, Mac-Nab? —dijo Perceval, mirando fijamente a su amigo.

Stephen le tendió la mano.

—No conozco los subterráneos de los cuales estáis hablando —prosiguió—; pero, admitiendo su existencia, y no dudo en absoluto de lo

que me estáis contando, Perceval, si están atravesados por una corriente de agua, debe ser, necesariamente, el torrente de Blackflood, el cual desaparece, bruscamente, en efecto, debajo de la roca de Traqhair, al sur de las ruinas de Santa María de Crewe.

—Muy pronto —continuó Frank— sentí en mi rostro un aire húmedo. El ruido de la cascada se hacía más fuerte. Di unos pasos más y vi una extensión blanca cortar la obscuridad. Evidentemente, este lago y esta cascada eran la causa del rodeo que habían tomado la gente que yo perseguía, rodeo que me había ocultado, al principio, la luz de sus antorchas. Yo no tenía tiempo para ir de derecha a izquierda y me sumergí en el torrente. El torrente me arrastró, al principio con una fuerza irresistible; pero después de una docena de brazadas me encontré en unas aguas más tranquilas. Llegué a la otra orilla y proseguí mi carrera.

»Aquí el suelo subía, como bajaba por el otro lado. Yo seguía corriendo con todas mis fuerzas. El grupo se hacía cada vez más visible; me iba aproximando… De repente, el grupo se detuvo. Yo me encontraba lo suficientemente cerca para poder distinguir frente a él una puerta que había en el muro del subterráneo. Esta puerta se abrió. Las antorchas desaparecieron.

»Este golpe, que no debía sorprenderme, me dejó abatido. Me encontraba en una especie de plazoleta, cuyos callejones se iluminaban vagamente con la claridad que bajaba del agujero. Eran cinco o seis galerías semejantes a las que acababa de dejar. De la misma anchura y, probablemente, de la misma longitud. ¡Se podría permanecer días y más días, allí, si la muerte no se atravesaba por el camino, en aquel tenebroso laberinto! Desde abajo, y a esta distancia, el agujero me parecía estar recubierto por un encaje. Seguramente debe haber alguna reja de hierro en su orificio y, sin duda, Stephen, vos debéis conocerlo.

Mac-Nab titubeó.

—Hay —dijo, finalmente— el *Gredy-Hole* (el agujero voraz), en el cual un antiguo *laird* de Crewe hizo, según la crónica, echar veinte mil carretadas de tierra sin poderlo rellenar. Yo mismo he dejado caer, a menudo, gruesas piedras sin oír nunca el ruido de su caída.

—¿Y dónde está situado este orificio? —preguntó Perceval.

—A cincuenta pasos adelante de la escalinata de Crewe —contestó el joven médico.

—De manera que yo estaba debajo del patio del castillo de vuestro tío —repuso, lentamente, Perceval— de manera que el espacio comprendido más allá de la puerta, debe estar debajo del mismo castillo.

—Así lo creo —murmuró Stephen—, ¿qué hay, pues, más allá de aquella puerta?

—Hace tiempo que hubiera querido confiaros esta lúgubre historia, amigo mío —prosiguió Frank, en lugar de contestar a Stephen— si no tuviese en el fondo de mi corazón una sospecha terrible y que acaba de confirmar, fatalmente, desde hace una hora, cada una de vuestras palabras. No me interrumpáis. Tengo la intención de no ocultaros nada.

»Empujé la puerta, que se abrió por sí sola y se volvió a cerrar inmediatamente. Un ruido confuso de cantos y de risas hirió mis oídos.

»Tanteando en la obscuridad, encontré otra puerta, la cual cedió, del mismo modo que la primera. Un grito de estupefacción se escapó de mi pecho y cerré los ojos, deslumbrados por la luz de miles de bujías, cuyos reflejos se repetían en las facetas de innumerables cristales.

15. Orgía

—El lugar en que me encontraba, introducido de improviso —prosiguió Frank Perceval—, era una vasta sala abovedada, cuya espléndida iluminación me hirió, especialmente a causa de la oscuridad profunda en la que me debatía hacía un momento.

»En el lugar en que se encuentra, por regla general, el altar mayor en una iglesia, se elevaba un estrado, en el cual, unos músicos vestidos con trajes abigarrados, componían toda una orquesta.

»En el centro había una amplia mesa llena de botellas y de manjares refinados, alrededor de la cual estaban sentados cuarenta o cincuenta frailes, cubiertos con el hábito austero de san Francisco. Todos llevaban largas barbas que ocultaban las tres cuartas partes de su rostro.

»Al lado de cada uno de estos falsos frailes, había una mujer bella y magníficamente adornada, con los senos desnudos y la cabellera llena de diamantes o de flores. Estos hombres y estas mujeres bebían y reían locamente. La antigua capilla se llenaba de los ruidos insensatos de la orgía. Eran carcajadas sin fin, besos ruidosos, cantos y blasfemias.

»Yo no vi todo esto inmediatamente. Mi primera mirada sólo vio las luces. Mientras tenía los ojos cerrados para sustraerme al resplandor hiriente de todas aquellas luces que centelleaban delante de mí, me sentí coger por dos robustos brazos, que me redujeron a la más completa inmovilidad.

»Un momento después me arrojaban, sólidamente atado, sobre un montón de cojines que había junto a la pared de la capilla. Y la orgía prosiguió.

»Mientras tanto, mi vista recorría del uno al otro de aquellos bandidos disfrazados de religiosos. Había hecho, aproximadamente, la mitad del recorrido de la mesa, cuando la detuve sobre un personaje cuyo empaque y superioridad evidente cautivaron inmediatamente mi atención. Aquel hombre parecía el rey de aquel pueblo tenebroso, el abad

de aquel sacrílego monasterio. No he visto jamás un hombre tan hermoso.

»A pesar del descaro de la orgía, todos los comensales testimoniaban a aquel hombre un respeto extraordinario. Cada uno se inclinaba al hablarle y la asamblea entera se levantaba para brindar a su salud. Hacia él se dirigían las más dulces sonrisas de todas aquellas bellas mujeres, y aquellas sonrisas, convergían hacia un punto único, teniendo todas un algo de temor y de adoración. Llamaban a este hombre "Su Honor".

»Cerca de este hombre, en el mismo asiento y enlazada en sus brazos, estaba una mujer cuyo vestido contrastaba enormemente con los trajes de las demás mujeres. En su larga cabellera suelta no había ni perlas, ni diamantes, ni flores. En sus blancos hombros no se ajustaba ningún corpiño de seda, ni de terciopelo. Vestía una bata adornada con un plisado de gasa. Parecía que hubiese saltado de la cama, a toda prisa, para ir a sentarse a la fiesta y presidir la orgía.

»Yo no podía ver su cara. Su cabeza se apoyaba encima del hombro de Su Honor, el cual levantaba, de cuando en cuando, una copa de cristal tallado, hasta sus labios. Y aquella mujer bebía a largos tragos.

»Mi corazón sintió una punzada aguda. Mi sangre se quedó helada en mis venas, agarrotada por un terror indecible. En aquella bacante medio desnuda, que mojaba sus labios en la copa de un bandido y se abandonaba a sus públicas caricias, creí reconocer a mi hermana…

—¡Oh! —dijo Stephen, con reproche.

—¡Oh, sí…! Mi turbación fue grande y mi angustia también. Cerré los ojos para volverlos a abrir en seguida, para mirar y mirar. ¡Sí, eran sus hermosos cabellos rubios. Dios mío!, y la graciosa curva de sus hombros. Pero ¡y aquel salto de cama!, ¿mi hermana habría sido arrebatada mientras dormía?

—¡Ah! ¡Frank! —interrumpió Stephen.

—¡Gracias… gracias, Mac-Nab! —dijo, penosamente, Perceval, apretando la mano de su amigo—, sois generoso y os tengo en gran estima. ¡Oh!, vos defenderíais a Harriet contra cualquiera que se atreviese a acusarla de haber puesto su frente de virgen en el hombro de un bandido, ¿no es verdad?

—Pero estáis delirando, amigo mío —exclamó Stephen—. Por mi honor os digo que la defendería, yo, que la he conocido. Pero ¿dónde está la boca cobarde que podría acusarla?

Frank jadeaba; sus ojos se extraviaban.

—La boca que se abriría para acusarla, Stephen —dijo bajando la voz, con tranquilidad pasmosa—, volvería a cerrarse para siempre… ¡pues únicamente yo tengo el derecho de acusar a la hija de Perceval…!

Stephen, atónito, guardó silencio. Frank prosiguió:

—Todo el resto desapareció para mí. Entre toda aquella muchedumbre yo sólo veía a la joven y al hombre al que llamaban «Su Honor». El hombre tenía abrazada a la muchacha, le sonreía apasionadamente y la atraía sobre su corazón. La joven respondía a sus caricias. Vos sois médico, Stephen… Decidme, ¿creéis que una pobre niña, violentamente arrancada de su lecho y transportada a través de unos subterráneos inmensos, desconocidos, a la luz rojiza de unas antorchas, en brazos de unos hombres de terrorífico aspecto, pueda perder, repentinamente, la razón y caer presa de la más completa demencia? ¡Respondedme! ¡Lo exijo!

—Sin duda —respondió al fin Stephen—; el terror, la estupefacción… se han visto casos…

Frank le interrumpió con un gesto y se apretó la frente entre sus manos.

—Perdonadme, Mac-Nab —dijo—, este recuerdo me hace delirar. ¿Qué necesidad tengo de la opinión de la ciencia? Ella no conocía en absoluto a aquel hombre. ¡Juro que no lo había visto nunca!

—¿Era, pues, ella? —murmuró Stephen.

Frank dio un salto en su cama.

—¡Ella! ¿Quién? —exclamó—; ¡os referís, acaso, a Harriet Perceval, caballero!

Un rayo de furor brilló en la mirada de Frank y se sentó en la cama frente a Mac-Nab, extrañado. Pero su cólera desapareció tal como vino, y dijo, mientras una lágrima caía lentamente por su pálida mejilla:

—¡Dios mío, la quería tanto!

Y empezó a sollozar.

—¡Os podéis imaginar esto! —continuó con una voz que su llanto hacía casi ininteligible—, ¡era desgarrador! ¡Dios mío, y pude ver aquello sin morir! Ya no era mi hermana, era un ser privado de razón; el terror había destruido su inteligencia; un brebaje pérfido había exaltado sus sentidos. ¡Era una loca…!, ¡una pobre loca! ¡Ponía sus brazos en torno al cuello de su amante! ¡Oh, Stephen, cómo extrañarse de que el despertar la haya matado, después de aquella pesadilla tan horrible!

16. Aquelarre

Después de algunos instantes de silenciosa angustia, Frank continuó.

—Fue en uno de aquellos momentos de silencio que pasaban a través del bullicio de la fiesta. Vi a la joven, de la cual ni el más pequeño movimiento se me escapaba, que levantaba la copa a la altura de sus labios, y casi inmediatamente una voz dulce llegó hasta mí, que decía: «¡Henry, mi querido lord, bebo a vuestra salud!».

»Era la voz de Harriet.

»Di un grito y me debatí, con esfuerzos desesperados, para romper mis ligaduras. Me oyeron a pesar del golpear de copas y el gritar de los brindis. Uno de los comensales se levantó y me azotó la cara, riendo, con su servilleta. Una convulsión de rabia me dio fuerza para romper una de mis ligaduras, y rodé a algunos pasos de los cojines».

—¡Vaya diablo de muchacho! —dijo uno de los frailes—. Me parece que lo mejor será amordazarle.

»Dicho esto, dobló su servilleta y la ató fuertemente, tapándome la boca.

»—Milords y *gentlemen* —dijo en aquel momento uno de los falsos frailes que yo reconocí como Smith, el dueño de la casa de Randal—, estábamos esperando para esta noche una buena ganga, el joven duque de «…» y su *lady*. Pero todo ha resultado perfecto, ya que hemos hecho otra captura, la cual parece ser del gusto de Su Honor.

»Un hurra general acogió estas palabras. Se pronunciaron discursos hechos en una especie de jerga, cuyo sentido me escapaba las más de las veces. Sin embargo, comprendía palabras sueltas y estas palabras me bastaron para convencerme de que me encontraba delante de los miembros más notables de una vasta asociación organizada para el robo y el crimen. Su Honor era el jefe supremo de aquella asociación, cuya sede permanente estaban en Londres, pero que tenía ramificaciones hasta en

el extranjero, siendo los subterráneos de Santa María de Crewe el lugar de refugio, en caso de peligro, así como también, una "casa de placer".

—¿Y no habéis intentado poner a los magistrados sobre las huellas de esta temible banda? —interrumpió Stephen.

—Amigo —contestó Perceval—, sí lo he intentado; pero el señor MacFarlane es juez de paz del condado de Dumfries. Él ha sido el encargado de la encuesta y, por dos veces, se ha echado tierra al asunto.

Stephen guardó un silencio embarazoso.

—Su Honor —prosiguió Frank— vivía en el extranjero desde hacía varios años, y sólo hacía breves apariciones en Inglaterra. Pero este estado de cosas iba a terminar, pues al año siguiente, Su Honor debía regresar para vivir en Londres, con el fin de poner en marcha la ejecución de un gigantesco plan de asaltos y robos. De manera que este hombre, en la actualidad, debe estar aquí —añadió Perceval frunciendo la frente, de pronto.

Stephen siguió escuchando, pero Frank no dio ninguna conclusión a esta brusca salida.

—Me pareció —prosiguió— que algunos oradores hacían alusión, en sus discursos, a ciertos planes combinados de mucho tiempo antes, y se bebió con entusiasmo a la salud de un cierto Saunder el Elefante, el cual debía, él solo, llenar de oro todas las cajas de la compañía. Este nombre de Saunder y el de Fergus, fueron los único que se pronunciaron en mi presencia.

»La comida a la cual yo estaba asistiendo, era la última que debía hacerse en Escocia. Los asociados iban a dispersarse, llevándose las instrucciones que se habían discutido largamente, en aquel tenebroso congreso.

»Su Honor había contestado brevemente y con una singular autoridad de palabras, a los diversos discursos de los oradores. Al final del último discurso, se levantó y saludó a la asamblea.

»—Milords y *gentlemen* —dijo, sonriendo—, hay tiempo para todo. Hemos estado deliberando durante toda la semana, hemos discutido y hemos planeado. ¡Ahora, a divertirse!

»Una tempestad de aplausos retumbó, haciendo temblar las bóvedas, diez veces seculares, de la antigua capilla.

»—¡Fergus! ¡Fergus para siempre! —gritaban con frenesí.

»Al mismo tiempo, a un gesto de Su Honor, la orquesta despertó y la nave se llenó de una brillante armonía. Algunas parejas se levantaron. Un

movimiento de vals sucedió al preludio. Al cabo de cinco minutos, la mitad de los comensales se arremolinaba alrededor de la mesa. Al cabo de cinco minutos más, sólo quedaban en los asientos el jefe y mi pobre hermana.

»Ella sonreía. Su sonrisa me destrozaba el corazón. Su Honor la atrajo, dócil. Poco a poco las parejas se apartaron alrededor de ellos. Los otros bailadores, cansados o queriendo disfrutar del espectáculo, se alinearon formando galería. Muy pronto Harriet y su galán se quedaron solos bailando. La veo, todavía, Stephen, pasar cerca de mí, feliz y contenta. Veo todavía el gracioso balanceo de su cintura, que se abandonaba al brazo de aquel hombre.

»Harriet, no obstante, perdía el aliento. Se apoyó, abandonada, haciendo descansar su pálida frente sobre el hombro de Su Honor, que se detuvo inmediatamente para ponerla, medio desmayada, sobre un amplio diván. Esto era una señal. Un ruido estridente atravesó por toda la bóveda y las mil bujías se apagaron a la vez. La orquesta dejó de tocar.

Las cuerdas que me amarraban, penetraron en mi carne, por el esfuerzo desesperado que hice al intentar socorrer a mi hermana en aquel momento supremo. Me desplomé, aniquilado. Dios tuvo compasión de mí, pues perdí el conocimiento.

«Cuando lo recobré, mis ojos se dirigieron ávidamente hacia el diván. Mi hermana estaba tendida entre cojines y dormitaba. En cuanto al fraile, estaba de pie, con los brazos cruzados sobre su pecho y parecía absorto en profundas meditaciones. La luz de las antorchas que acababan de traer, lo sacó de su ensueño. Su primera mirada fue para mi hermana, a la que contempló durante un instante. Se inclinó y le besó la frente. Luego, despojándose de su hábito de seda, la cubrió, como con un velo».

Hecho esto, gritó con voz retumbante:

»—¡*Gentlemen*! ¡Arriba!

»Los hombres se levantaron; las mujeres desaparecieron como por encanto. En la capilla solamente quedaron los frailes reunidos en círculo alrededor de Su Honor.

»—Milords y *gentlemen* —dijo—, ha llegado el momento de la separación. Estoy satisfecho de vuestras obras. Tengo todavía muchas cosas que hacer en el continente; pero un año me será suficiente. Dentro de un año, volveré. Hasta entonces, tened siempre presentes mis instrucciones; no olvidéis nada y obedeced.

»Los frailes se inclinaron.

»—¿Todo está a punto? —preguntó Su Honor, a uno de los que llevaban una antorcha.

»—Los carruajes están esperando debajo del castillo —contestó éste.

»—¡Vamos, caballeros, buena suerte y hasta más ver!

»Se hizo un movimiento general hacia la puerta; pero en aquel momento, uno de los frailes se dirigió al jefe y señalándome con la mano, dijo:

»—¿Qué se ha de hacer de esto?

»Su Honor puso sobre mí su mirada.

»—¡El hermano de esta pobre muchacha! —murmuró.

»—¿Hay que…? —preguntó el fraile, haciendo un gesto expresivo que terminó su frase.

»—¡De ningún modo, doctor! ¿Por qué un crimen inútil?

»—Inútil, no, milord —respondió el doctor levantando la voz—, ¡este hombre puede perdernos!

»Su Honor reprimió un gesto de cólera.

»—Milords y *gentlemen* —dijo—, nuestro retiro no puede encontrarse. A estas horas, la salida que ha dado entrada a este joven, ya no existe. Amo a esta joven, que es su hermana; que esta noche sea para ella únicamente un recuerdo de amor…

»—¡Por todos los diablos, milord! —exclamó una voz ruda—, ¿ponéis todas estas tonterías por encima de nuestra seguridad…?

»No habéis visto jamás, Stephen, transformación más rápida, ni más terrible que la que se operó en la fisionomía de Su Honor. Sus ojos lanzaron rayos, mientras los músculos de su cara se estremecían violentamente. Su frente enrojeció, de pronto, y en medio del color ardiente de toda su cara se dibujó, limpia y clara, una blanca cicatriz en su frente, como si se hubiera hecho a pincel…

—¿Desde la ceja izquierda hasta el nacimiento del cabello? —preguntó Stephen.

—¡Cierto! —dijo Frank—; ¿recordáis mi sueño?

—¡Recuerdo lo que vi, Perceval! —respondió lentamente Stephen—, ¡recuerdo al asesino de mi padre!

17. Pacto entre dos odios

—Oíd, Frank, oídme a mí, ahora —dijo Stephen—, pues es necesario que, de todo esto, salga una certidumbre. Era yo niño. Mi cama estaba colocada en un rincón de aquella habitación de Randal, donde durmió vuestra desgraciada hermana. En aquella misma cama, mi padre dormía. La puerta por donde vos bajasteis al subterráneo, se abrió. Dos hombres enmascarados entraron.

»Uno de ellos puso sobre la mesa un candelabro que llevaba en la mano y vino a meterme un pañuelo en la boca. Al mismo tiempo se interpuso entre la cama y yo, de manera que no pudiese ver lo que sucedía. Pero no tuvo bastante habilidad y mi mirada se deslizó entre su brazo y su cadera. Y lo vi todo.

»El otro hombre, más alto, tenía en la mano dos puñales; se dirigió directamente hacia la cama de mi padre y lo llamó por su nombre. Mi padre se despertó sobresaltado. A la vista de aquel extranjero, de pie a su cabecera, dio un grito.

»—¡Silencio, Mac-Nab, soy yo! —dijo el enmascarado.

»—¡O'Breane! —murmuró mi padre, inclinando la cabeza—; ¡lo esperaba! ¡Me jugaba la vida… y he perdido!

»—¡Todavía no, Mac-Nab! ¡Levantaos!, ¡he traído dos puñales!

»Mi padre se levantó lentamente. Cuando estuvo de pie, el hombre al que llamaba O'Breane le tendió uno de los puñales. Mi padre lo cogió y se puso en guardia.

»El combate fue silencioso y breve. Mi padre cayó al cabo de algunos segundos. O'Breane se inclinó para atacar. Su máscara se desprendió. Vi su rostro por espacio de un segundo, Frank; vi su frente enrojecida por el ardor de la lucha y en medio de ella una cicatriz blanca exactamente igual a la que habéis descrito.

»—¡El niño os ha visto, milord! —gritó el hombre que me cogía.

»Al mismo tiempo que decía esto, levantó el cuchillo contra mí; pero O'Breane, que había vuelto a colocarse la máscara, le arrancó el arma de

las manos y se inclinó sobre mi cuna.

»—¡Pobre niño! —murmuró con voz dulce y llena de compasión—. Dios sabe que hubiese querido perdonar a tu padre ¡Pero se cruzó en mi camino… y yo no puedo detenerme!

»Abrió la ventana. Su compañero y él saltaron al campo. A mis gritos, se hizo un revuelo en la casa y casi inmediatamente unos soldados llegaron de Dumfries. Habían sido llamados por mi padre. Indiqué la pequeña puerta. La abrieron. Detrás había aquel muro del cual os he hablado; un muro macizo y cuya construcción debe remontarse a varios siglos.

—¡Qué raro! —murmuró Frank—. Pero hay en todo esto algo más raro todavía: vuestra historia no se parece solamente a la mía, sino que se parece también a la de *lady* Ophelia.

—¡Qué! —gritó el joven médico.

—Stephen —interrumpió Perceval—, creo saber el nombre del hombre enmascarado que mató a vuestro padre, y el nombre del bandido que deshonró a mi hermana. ¡Coincidencia extraordinaria!, como si todo entre nosotros dos, debiera ser verosímil: os salvó la vida en la casa de Randal y a mí, me salvó la vida en la capilla. Quizá me la ha salvado una vez más que a vos, pues el lunes último, mi vida estaba entre sus manos.

—¿El lunes último? —repitió Stephen—. ¡Río-Santo! ¡Lo esperaba! Pero yo no le he visto jamás, y no puedo saber… ¡Oh!, ¡he de encontrarle! ¡Pues no sabéis hasta donde el azar ha llevado la paridad de nuestras desdichas! Sabéis únicamente la semblanza de nuestras desgracias pasadas. ¡Pues bien, el presente también nos aproxima!, ¡este hombre que se interpone entre vos y *miss* Trevor, es el mismo que me cierra el corazón de Clary! ¡Quizás ha sido él quien la haya raptado!

Stephen explicó con todo detalle la escena de Temple Church, y, con la descripción que hizo del hermoso soñador, Frank no pudo por menos que reconocer al marqués de Río-Santo.

—Sí —dijo, después de un silencio—, tenéis unos derechos iguales a los míos, y Dios quiere que nos venguemos juntos.

Stephen se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vais? —le preguntó Frank.

—Voy a batirme con el marqués de Río-Santo —contestó el joven médico—, quizá tenga más suerte que vos, de lo contrario, deberéis vengar a un hermano, junto con vuestra hermana.

—¡Deteneos! —gritó Frank—. ¿Queréis aprovecharos de mi herida? ¡Ah!, ¡Stephen! ¡Esta es la primera vez que os encuentro egoísta e injusto!

Echó los cobertores de la cama al suelo y puso los pies encima de la alfombra, con gesto tan rápido, que Stephen no pudo evitarlo.

—Ved, amigo mío —añadió—, ya estoy fuerte, no os haré esperar mucho tiempo. ¡Oh, mi pobre Harriet! —añadió, tendiendo sus brazos hacia el retrato de su hermana—; amabais el honor y erais escocesa. ¡Hasta en presencia de Dios sonreiréis al castigo de este hombre! Lo que pasó después, lo ignoro, pues me administraron un poderoso narcótico. Cuando me desperté, me encontré a la vista del castillo de mi madre. Estábamos en nuestra silla de viaje. Harriet seguía durmiendo. La silla estaba desenganchada y los caballos y el postillón habían desaparecido.

»Mi hermana fue transportada a la casa. Se despertó. Su primera mirada fue para mí.

»—Frank —me dijo—, lo recuerdo todo. Debo morir.

»Desde aquel día, se fue apagando lentamente. Una tarde, nos llamó con un gesto a mi madre y a mí, para que nos acercásemos a su silla de reposo. Nos sentamos a su lado. Puso su mano entre las nuestras y sonrió por primera vez en seis meses. Luego levantó sus grandes ojos azules al cielo. Mi madre se dejó caer de rodillas y se puso a rezar. ¡Stephen, Harriet había muerto!

»Yo no había esperado a aquel momento para hacer gestiones cerca de la justicia, y al día siguiente de mi llegada a Dudley Castle, escribí a vuestro tío Mac-Farlane, en su calidad de magistrado del condado de Dumfries, una carta, explicándole todo con detalles y en la cual toda la parte de nuestra misteriosa aventura que no tenía relación directa con el honor del nombre de Perceval, estaba expuesta claramente. Vuestro tío me contestó con una carta que tengo el derecho de calificar de evasiva, para no calificarla de otra manera más severa, en la cual me decía que se resistía a abrir un sumario por un hecho tan novelesco. Yo insistí en forma perentoria.

»El sumario tuvo lugar. Éste se abrió y se cerró en la casa de Randal Graham, entre los muros de aquel aposento, donde había dormido mi hermana. El acto se cerró inmediatamente, porque, desde las primeras líneas, mi declaración fue juzgada errónea. Efectivamente, la escalera que yo señalaba como habiéndome servido para bajar a los subterráneos, no existía. En su lugar, detrás de la puerta, se levantaba un muro de piedra

de una indiscutible antigüedad. En cuanto a los subterráneos mismos, veinte testigos declararon que jamás oyeron hablar de ellos.

—Yo hubiera hecho como esos testigos, Frank —dijo Stephen.

—Os creo, Mac-Nab. Quizá sea injusto con el señor Mac-Farlane. Pero no tenemos tiempo de aclarar este asunto. ¿Vuestro deseo es batiros contra el marqués de Río-Santo?

—No —contestó Stephen.

Frank tuvo un movimiento de alegría.

—¿Y yo —dijo vivamente— creéis que estoy dispuesto a volver a empezar?

—¡Vos, Perceval! —dijo fríamente Stephen—, ¡no más que yo, no cruzaréis la espada nunca más con este hombre! ¿No adivináis ahora, que aquella escena diabólica, representada a vuestra cabecera para engañar a James Trevor, es una invención de Su Señoría?

—¿Creéis, pues…? —empezó Frank.

—Pienso otra cosa, también —exclamó Stephen—. ¿Seríais capaz de reconocer a aquel fraile al cual llamaban «doctor», en los subterráneos de Crewe?

—No sé… ¿Por qué?

—Mi imaginación corre demasiado —murmuró Stephen, en lugar de contestar— y no puedo creer, después de todo, que el doctor Moore… uno de nuestros primeros cirujanos… se vaya a beber y a bailar con unos bandidos bajo las ruinas de Santa María. ¡Pero la tentativa de asesinato no es por eso menos positiva!

—Me habéis hablado de ello, Stephen; me habéis dicho que habían querido asesinarme, pero el marqués de Río-Santo, que acababa de perdonarme la vida…

—¡Oh!, un gran actor —interrumpió Mac-Nab—; tiene ciertas delicadezas en su juego. El marqués es un gran actor. Dadme vuestra mano. El pulso está bien. ¡Estáis en disposición de empezar esta misma noche la batalla!

—Explicaos, Stephen.

—Voy a llamar a Jack. Son las siete y media. A las ocho, estaremos en Regent Street.

Jack apareció en la puerta.

—Vestid a vuestro amo —le dijo Stephen.

Frank, extrañado, le dejó hacer. Cuando el anciano criado le hubo puesto le abrigo, Stephen dijo:

—Id en busca de un carruaje, Jack.

—¿Me diréis, al fin, qué proyectos tenéis? —preguntó Frank.

Stephen le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—Amigo —dijo con serena firmeza—, es necesario que tengáis una entrevista particular con *miss* Mary Trevor.

—Daría la vida por tenerla, Stephen, pero…

—Escuchadme. *Lady* Ophelia está celosa y ahora mismo vamos a casa de *lady* Ophelia.

18. Curiosidades del corazón

Aquella misma noche había una pequeña recepción en Trevor House. *Lady* Campbell estaba rodeada de toda su corte, en la cual únicamente faltaba el marqués de Río-Santo y el guapo caballero Angelo Bembo.

La pobre Mary estaba muy débil y muy cambiada. Entre ella y su amiga, había un gran contraste. *Miss* Stewart era una galesa de cutis ligeramente moreno, ojos oscuros, rosados labios, un poco grandes, dispuestos siempre a sonreír maliciosamente, cosa que le daba un gran encanto. Toda ella brillaba de alegría, de juventud, de vida y de bondad.

Mary daba lástima, a su lado. Había tanto sufrimiento en su cara pálida, tanta desdicha en su mirada apagada, ¡y sus ojos hundidos guardaban las señales de tantas lágrimas!

Mary Trevor y Diana Stewart se habían separado del círculo principal y sostenían, las dos, una conversación muy diferente a la del resto de la asamblea.

—Mary —decía Diana, que se había puesto seria ante la desdicha de su amiga—; ¿no queréis abrirme vuestro corazón? ¿Por qué estáis tan pálida? ¿Por qué ya no sonreís?

—¿He sonreído alguna vez? —murmuró *miss* Trevor.

Miss Stewart sintió que sus ojos se humedecían.

—Querida Mary —dijo—, no podéis haber olvidado nuestras buenas charlas en el castillo de mi madre, y nuestros paseos por los grandes bosques de Trevor. ¡Qué bellos sueños para nuestro futuro habíamos hecho las dos!

—¡Eran sueños, Diana!

—¡Sueños que pueden trocarse en realidad! —¿No es todo igual como en otro tiempo? Mi primo Frank ha regresado de su viaje…

—No debéis hablarme de Frank —dijo *miss* Trevor frunciendo ligeramente sus delicadas cejas.

—¿Por qué, Mary? ¿Ya no le amáis?

—No.

Mary volvió la cabeza. Cuando miró de nuevo a su amiga, una especie de sonrisa triste contraía su cara.

—¿No lo sabéis? —dijo—. Amo al marqués de Río-Santo.

—¿Vos también? —exclamó *miss* Stewart—. No sabéis cuán feliz soy de veros bromear.

—¡No bromeo, Diana; miento!

Miss Stewart dejó de sonreír.

—¿Mentís? —repitió, sin comprender.

—¡Sufro! —murmuró *miss* Trevor.

Diana pasó su brazo alrededor de la cintura frágil de su compañera.

—¡Se ve demasiado, pobre Mary! —replicó, suspirando—; pero vuestra intención se me escapa. ¡Vuestras palabras no tienen ningún sentido para mí!

—¡Tanto mejor, Diana!, es que sois feliz.

—Lo sería, Mary, si no viera que estáis sufriendo. Por piedad, por vos y por mí, os suplico que me contestéis con toda claridad y franqueza. ¿No amáis, ya, a Frank Perceval?

—Voy a casarme con el marqués de Río-Santo, Diana.

—Me lo habían dicho. Y no quería creerlo. ¡Pobre Frank!

Mary aspiró fuertemente el olor ácido y sutil de su pomo de sales.

—¡Espero que moriré pronto! —dijo.

Miss Stewart dejó caer sus brazos.

—¡Morir! —prosiguió Diana—; ¡oh!, ¡todavía le amáis, Mary! Un corazón como el vuestro no cambia y ama sólo una vez en la vida…

Una luz pasajera iluminó la pálida frente de *miss* Trevor.

—Antes, ¡cuándo Frank debía venir —murmuró Mary— me sentía alegre!, ¡acechaba la marcha lenta de la manecilla del reloj!, ¡tenía prisa por verle, me sentía feliz en su presencia, atenta a sus nobles palabras y celosa de cada una de sus miradas! ¡Pero esto no es amor! Mi tía me lo ha explicado todo con muchos detalles. El amor es un suplicio y lo que yo sentía por Frak era un sentimiento lleno de esperanza y de felicidad. Es al marqués a quien amo.

Estas palabras, que hubieran parecido una broma amarga y desesperada, Mary las pronunció en un tono de triste convicción.

Hubo un instante de silencio entre las dos amigas. La conversación languidecía al otro lado del salón. Mary parecía meditar. Una nube de melancolía más amarga cubrió, de repente, su frente.

—¡Qué hermosa es, Diana —dijo—, la mujer que me ha robado el corazón de Frank Perceval!

—¿Qué decís, Mary? —replicó vivamente *miss* Stewart, como iluminada por un rayo de luz—, ¡han debido calumniar al pobre Frank!

—¡La he visto yo —respondió Mary—, es muy hermosa!

—¿Y qué habéis visto? —exclamó Diana, recobrando toda su petulancia—. Pero ¿quién, en la casa de James Trevor, es el enemigo de Frank Perceval?

—¡Soy yo! —contestó *miss* Trevor, cuya mirada tuvo un fugitivo centelleo de cólera.

—¡Vos, Mary! ¡Cómo queréis que pueda creeros! ¡Sé que sois noble y buena! ¡Oh!, ¡todo esto es muy extraño, Dios mío! Es como si os hubieran echado un maleficio.

—¡Quizá, Diana!, pero ¿qué importa? ¡Estoy segura de que moriré pronto!

Fue en aquel momento que la condesa de Derby, una vez anunciada, entró en el salón de Trevor. Su entrada causó cierta sorpresa entre los que frecuentaban el salón de Trevor House. Cada uno sabía perfectamente en qué términos se encontraban la hermosa visitante y la dueña de la casa. *Lady* Campbell se levantó sonriente y se apresuró a recibir a su antigua amiga, con un verdadero transporte de alegría, lo que dio ocasión a lord John Tantivy para murmurar esta juiciosa reflexión:

—¡En iguales circunstancias, dos yeguas se patearían y he aquí que éstas, se acarician!

La condesa de Derby estaba muy pálida. Sus ojos guardaban huellas de cansancio o de lágrimas. Su mirada era distraída hasta el extravío.

—No veo a *miss* Trevor —dijo, antes de sentarse—. ¿Está enferma?

Mary estaba delante de ella.

—¡Ah! —repuso *lady* Ophelia dándose cuenta—, ¡estáis muy cambiada, Mary!

La besó en la frente, y, con un gesto involuntario, su mano se deslizó en su seno. Pero la retiró vacía y se ruborizó, como si hubiera estado a punto de hacer una mala acción.

—Señora —dijo Lantures-Luces—, ¿no podéis damos noticias de ese querido Frank Perceval?

Lady Ophelia cambió de color.

—¡Frank Perceval! —murmuró—, ¡sigue sufriendo de su herida; sufre mucho, caballero!

Mary apretó el brazo de *miss* Stewart.

El resto de la recepción fue penoso, a pesar de los esfuerzos de *lady* Campbell, que dio pruebas, pero en vano, de admirables recursos de conversación. Naturalmente, la condesa sufría y, cosa singular, se hubiera dicho que su malestar era como una vergüenza o un remordimiento.

Por fin se levantó. Después de haber dado la mano a *lady* Campbell y saludado a lord James, en lugar de dirigirse a la puerta, se dirigió con rapidez hacia Mary, quien emitió un débil grito.

Miss Cecily Kem pretendió, a pesar de los ¡psittttt!! repetidos de *lady* Margaret, que la condesa se sacó de su seno un papel y lo había dejado caer sobre las rodillas de Mary, al besarla. *Lady* Campbell lanzó una desconfiada mirada hacia aquel lado. No vio nada. Es cierto, empero, que la blanca mano de Diana Stewart tuvo la presteza de adelantarse y retirarse inmediatamente.

19. La cita

Frank Perceval se presentó solo en el palacio de la condesa de Derby. Stephen le esperaba en el carruaje.

Hubo necesidad de muchas súplicas para determinar a *lady* Ophelia. Frank estuvo elocuente porque sufría. La condesa vaciló durante mucho tiempo, luego cedió. Se decidió, pues, ella, la condesa de Derby, a cometer una acción que la ley de las conveniencias castiga con pena de muerte.

Frank escribió una carta. La condesa hizo ensillar. La excesiva turbación en que la hemos visto en el momento de remitir el billete el Perceval, ha de condenarla o absolverla.

Al salir de Trevor House, la frente de la condesa estaba bañada de sudor. Se acurrucó, asustada, en un rincón de su carruaje. Sentía un peso en su pecho. Le parecía que todo Londres iba a leer, en su rostro, el crimen de leso decoro que acababa de cometer. Cuando el carruaje se detuvo al pie de la escalinata de Barnwood House, la condesa estaba todavía trastornada.

—¡No hubiera sido capaz de hacerlo —murmuró, temblando—, pero la pobre niña estaba tan pálida y parecía sufrir tanto!

La carta de Frank fijaba, en términos respetuosos, pero firmes, una cita a *miss* Trevor, en casa de *miss* Diana Stewart, prima de Frank Perceval. Mary leyó la carta y se quedó como abstraída.

—¿Creéis que un hombre pueda amar a dos mujeres, Diana? —preguntó, al cabo de un tiempo.

—¿No sabéis, Mary —replicó atolondradamente Diana—, que el señor marqués de Río-Santo, no ama menos de tres o cuatro a la vez?

Una lágrima rodó por la mejilla de *miss* Trevor.

—Frank es así, sin duda —murmuró, dando la carta a *miss* Stewart—. Oíd, Diana, mañana, cuando irá a vuestra casa para verme, decidle que estoy muy contenta…

—¡Pero, Mary! —exclamó Diana—, ¿tendréis el valor de negarle este deseo al pobre Frank, herido, enfermo…?

—¿Sufre tanto como yo? —replicó Mary con voz rota.

—¡Oh! ¡Mary, pobre Mary! —murmuró *miss* Stewart—; ¡por vos misma, no rechacéis el ruego de Frank; venid mañana, aunque sólo sea para decirle un último adiós!

—Si la hubieseis visto, Diana —contestó Mary, encontrando un poco de fuerzas, en un súbito movimiento de celos—. ¡Si supieseis lo bella que es! ¡No, oh, no! ¡No iré!

Al día siguiente, a la hora fijada, Perceval llegó a la cita. Diana tuvo que comunicarle la triste noticia de la negativa de Mary. Pero Frank no tuvo tiempo de manifestar su tristeza. Apenas Diana acababa de hablar, que *miss* Trevor entró sin hacerse anunciar. Iba vestida de blanco, aunque era por la mañana y en el corazón del invierno. Atravesó el salón con su antiguo paso alado y ligero y tendió la mano a Diana y luego a Frank. Después se sentó entre ellos dos, tal como tenía por costumbre hacer, antes del viaje de Perceval.

—Toda la noche he estado soñando con vosotros dos —dijo—. He pensado que mi querida Diana pensaría que soy muy mala y he querido ver a Frank… diría, también, mi querido Frank —añadió con una sonrisa— para asegurarle que Mary Trevor desea su felicidad, siempre.

Pronunció estas palabras con una voz en la cual ninguna emoción se traslucía.

—Parecéis triste, Diana —dijo—; y vos, Frank, os encuentro muy cambiado. Yo no sé si muero, o me vuelvo loca.

Estas palabras cayeron como una losa helada sobre el corazón de Frank e hicieron estremecer a Diana. Mary no se dio cuenta de la dolorosa impresión que producía y sacudió su bonita cabeza con una especie de coquetería infantil.

—Diana —prosiguió, de pronto—, ¿no recordáis? Cuando estábamos, así, los tres juntos, siempre teníais ganas de tocar el piano. Y Frank y yo, entonces, nos quedábamos solos…

Miss Stewart permanecía inmóvil. Mary golpeó su piececito contra la alfombra.

—¿Y bien…? —exclamó.

Diana se levantó, movida por un impulso involuntario y como una autómata se dirigió hacia su piano, abriéndolo. Mary dio su mano a Perceval, quien la contemplaba dolorosamente. Los pasajeros colores que

su reciente impaciencia había puesto en sus mejillas, desaparecieron. Inclinó la cabeza sobre su pecho y no habló más.

Diana pasó maquinalmente los dedos por el teclado. Estos sonidos hicieron a Mary el efecto de una descarga eléctrica. Se estremeció con violencia, levantó bruscamente su cabeza y retiró su mano de las de Perceval.

—¡Oh! —dijo, con un hondo suspiro.

Luego, mirando a Frank como si le viese entonces por primera vez, se alejó de él, diciendo:

—¿Qué hacéis aquí, milord?

—¡Mary! —exclamó Frank—. ¡Mary!, por amor de Dios, no os neguéis a escucharme. ¡Os sigo amando, Mary!, no he amado a nadie más que a vos.

Miss Trevor hizo un visible esfuerzo para guardar la capa de frialdad con la que se envolvía.

—¿Milord —dijo—, por qué queréis justificaros? Es dar demasiada importancia a un pasado que está ya muy lejos de nosotros, y que estamos renegando los dos.

—¡Los dos, Mary! ¡Oh, no…!, ¡yo no, por lo menos! Este pasado será siempre mi más dulce recuerdo. ¡Dios mío!, ¿es, pues, cierto que ya no me queréis?

—Es cierto, milord.

—¿Y podéis decirlo sin emoción, y sin añoranza?

—Sí, milord, y debo hacerlo así, puesto que soy la prometida del marqués de Río-Santo.

20. Confidencia

El nombre del marqués de Río-Santo pronunciado por la boca amada de Mary Trevor, fue como una punzada en el corazón de Frank.

—Señora —dijo—, ya no hablo por mí. Procuraré olvidar, como vos, esos queridos recuerdos de amor que eran mi tesoro más preciado. Ya no hay promesas entre nosotros, pues las que me habíais hecho, os las devuelvo, señora.

Mary escuchaba, vencida ya, en el fondo de su corazón y reteniendo a duras penas sus lágrimas. *Miss* Stewart, sentada al piano, daba libertad a sus dedos encima del teclado.

—Pero, aunque ya no espere nada —prosiguió Perceval—, yo amo todavía y no he hecho nada que pueda hacerme perder el derecho de velar sobre vos y de desviar, si está en mi mano, la terrible desgracia que se cierne sobre vuestra cabeza.

—No os comprendo, milord —balbuceó Mary.

—Habéis sufrido… ¡sufrido horriblemente…!, ¡y estáis sufriendo todavía!

—Es verdad, milord. Desde que ya no os amo, mis días transcurren sin alegría, y mis noches se pasan en un mar de lágrimas. ¿Por qué? No lo sé. Amo al marqués de Río-Santo, el cual también me ama. ¿Debo sentirme desgraciada?

—¡Mary! —repitió Frank contemplándola con las manos juntas y con una indecible piedad—: ¡si le amaseis, no lo diríais; tendríais el escrúpulo de no querer destrozarme el corazón!

—¡Oh, no, milord! —interrumpió Mary, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Es más hermosa que yo!

—¿Vos también la habéis visto? —preguntó Perceval.

—La he visto, milord, y me he convertido en la prometida del marqués de Río-Santo.

Puso la mano en su frente y cerró los ojos.

—¿Así, fue por sorpresa que os prometisteis a él? —exclamó Frank Perceval.

—¿Quién ha dicho esto? —preguntó Mary levantando la cabeza—. ¡Toda mujer puede estar orgullosa del amor del marqués de Río-Santo!

—Señora —dijo Perceval—, no me es dado comprender lo que pasa en el fondo de vuestro corazón. Respecto a mí, puedo deciros que no he dejado ni por un momento de amaros y puedo justificarlo.

—¡Justificaos! —murmuró en voz baja *miss* Trevor.

Frank le cogió la mano y se la besó.

—Son muy crueles los que han cegado vuestro leal corazón, Mary —dijo Frank—; ¡oh!, sí, os he amado siempre… ¡y siempre os amaré!

—Pero ¿y aquella mujer, milord?

—No la conozco. Aquella mujer ha representado, a la cabecera de mi cama, una pérfida e infame comedia… aquella mujer la colocaron allí.

—Pero ¿quién, Frank? ¡Dios mío!, ¿por qué no puedo evitar el creerle? ¿Por quién?

—Por aquel, sin duda alguna, que quiso envenenar mi herida…

—¡Oh! ¡Frank! —murmuró la pobre niña, horrorizada.

—Por el hombre que, él solo en el mundo, tenía interés en mi muerte o en mi desgracia.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —sollozó Mary—, ¡han querido mataros, Frank, mi noble Frank! Y yo os rechazaba…

Mary se interrumpió. Su mirada se hizo fija y triste.

—¡Y ahora soy su prometida! —prosiguió—. ¡Milord, no puedo creeros!

—¡Pobre niña! —murmuró Frank, cuya emoción iba en aumento—. Escuchadme. No he venido aquí ni para reprocharos vuestra conducta, ni para justificar la mía. He venido para deteneros al borde de un precipicio. Hay en Londres una noble mujer que se ha apiadado de vos y de mí. Me ha contado su secreto, con objeto de que os salve. ¿Queréis jurarme de no revelar este secreto, Mary?

—¿En qué me concierne, milord?

—Se refiere al pasado del hombre que os quieren dar por esposo.

—Milord, no puedo oír nada contra el marqués de Río-Santo.

—A pesar de todo, me oiréis, Mary —exclamó Frank—; me oiréis, si os lo ruego…

Pasó su brazo alrededor de la cintura de *miss* Trevor, cuya frente se iluminó.

—¡Es verdad! —pensó en voz alta la pobre niña—. ¡Frank, antes no os amaba tanto!

Echó los dos brazos alrededor del cuello de Perceval con el abandono gracioso de un niño y se puso a mirarle con dulce sonrisa.

—No hay que alegrarse, ni entristecerse, mi querido Frank —añadió —, ved… no tengo más fuerzas. Dios, que es tan bueno, me envía la muerte.

—¡No, no moriréis, Mary! —exclamó Frank—, la felicidad os devolverá la vida. Jurad, Mary, juradme que guardaréis el secreto de *lady* Ophelia.

—Es buena y sufre también —dijo Mary—: ¡lo juro!

Frank la abrazó.

—Mary —prosiguió Frank con voz baja—, ¿sabéis que la condesa estuvo a punto de casarse con el marqués de Río-Santo?

—Sé que le ama —respondió Mary.

—¿Recordáis, quizás, a un extranjero que llegó a Londres al mismo tiempo que el marqués? Le llamaban el caballero de Weber.

—Lo recuerdo, Frank. Al cabo de tres meses partió para la India.

—No, Mary. El caballero se fue más lejos y no regresará jamás de su viaje. El caballero fue asesinado.

Frank sintió que la niña que tenía entre sus brazos se estremecía.

—Era joven —prosiguió Frank—, rico y apuesto caballero. En uno de los bailes de Almack de la última temporada, cayó perdidamente enamorado de la condesa Ophelia, la cual, comprometida ya, en sus relaciones con el marqués, rechazó las pretensiones de este nuevo pretendiente. Weber no se desanimó por ello. Escribió una carta apasionada a la condesa, en la cual le rogaba encarecidamente que no uniera su vida a la de Río-Santo. En aquella carta, se ofrecía para explicarle, de viva voz, con referencia al marqués, unos hechos tan graves, que la condesa no podría por menos de tener en cuenta al decidir su matrimonio. «Si no recibo ninguna contestación, *milady* —decía, alterminar—, iré mañana, a las once de la mañana, a vuestro palacio».

»La condesa no se dignó dar ninguna respuesta, de primer momento. Sin embargo, al llegar la noche, recordó la última frase de la carta y se decidió a contestar, con objeto de evitar la visita del caballero de Weber. Para contestarla, le era necesaria la carta; pero ésta había desaparecido. El señor marqués de Río-Santo era la única persona que había entrado en su tocador…

El corazón de Mary latía con sobresaltos irregulares contra el pecho de Frank. Éste sintió un vago temor y soltó el talle de *miss* Trevor para alejarse y considerarla mejor. Mary estaba muy pálida, eso era todo, pero no parecía sufrir más que de ordinario. Diana Stewart tocaba un vals, cuya discreta armonía se elevaba como una barrera entre su oído y la confidencia de Perceval. Éste prosiguió:

—La condesa pasó una noche intranquila y agitada. Al día siguiente, a las diez de la mañana, el marqués de Río-Santo estaba en casa de ella. *Lady* Ophelia no me ha contado todos los detalles de esta entrevista. Todo lo que sé, es que el señor de Río-Santo llevaba dos espadas debajo de su carrik, y que la condesa, vencido por sus imperiosos ruegos, le dejó solo en el salón, después de haber dado la orden de hacer pasar al señor de Weber.

»Señora, nadie puede saber, a ciencia cierta, lo que pasó entre el marqués y el caballero, pues su entrevista no tuvo testigos. La condesa, que había caído medio muerta sobre un sofá en la habitación contigua, oyó solamente que hablaban en voz baja. El marqués daba órdenes y el caballero parecía defenderse y suplicar. Luego se hizo un silencio, después la condesa oyó el rechinamiento de dos espadas. Al cabo de un minuto, uno de los dos combatientes cayó pesadamente sobre la alfombra. La condesa se apresuró; temía por la vida de Río-Santo. Pero el señor marqués, cuando ella abrió la puerta, estaba de pie, inmóvil, delante del caballero, tendido en el suelo, sin vida. ¿Me estáis oyendo, Mary?

Frank hizo esta brusca pregunta, porque desde hacía unos segundos, todo el cuerpo de *miss* Trevor, tenía un aspecto muy raro. Estaba erguida en su asiento, rígida; su pecho, que se agitaba hacía poco, se le veía inmóvil. Sus ojos, muy abiertos, miraban, sin ver. De esta manera, vestida de blanco, sin movimiento y sin color en sus manos, ni en su cara, desaparecidos aquellos tonos vivos que acusan el movimiento de la sangre en las venas, parecía una encantadora estatua de mármol. No contestó a la pregunta de Frank. Éste, asustado, quiso coger su mano, y la encontró helada. Cuando la soltó, en lugar de caer bruscamente, volvió, cayendo lenta e insensiblemente, a su primera posición.

—¡Mary! ¡Mary! —gritó Frank—, ¿qué os pasa? ¡Contestadme!

Siguió el silencio. Siguió la inmovilidad.

—¡Oh, Diana! —dijo Perceval—, ¡venid, os lo suplico!… ¡Mary ha muerto!

Miss Stewart se quedó sin voz al ver el aspecto de Mary.

—¡Muerta! —murmuró, al fin—; no puede ser, está de pie. ¡Ved!, su espalda no se apoya en ningún sitio. ¡Mary! Por Dios, Frank, ¿qué le habéis hecho?

—Le he dicho lo que es su prometido, Río-Santo —contestó Perceval —. Diana, no son mis palabras lo que la ha destrozado. ¡El golpe viene desde hace mucho más tiempo!

—¡Oíd! —interrumpió Diana—, oigo ruido. ¡No debe entrar nadie!

Corrió para cerrar la puerta, pero era ya demasiado tarde; llegó al umbral para encontrarse, frente a frente, con *lady* Campbell.

—¡Mary y Frank! —exclamó ésta, poniéndose pálida de cólera—; *miss* Stewart, ¿la casa de vuestra madre sirve, pues, para esta clase de citas?

Pasó con la cabeza erguida por delante de Diana y de Frank.

—Venid, hija mía —dijo—; salgamos de esta casa, donde no hubierais debido poner los pies.

Como Mary no contestaba, quiso tomarle la mano, pero al contacto de aquellos dedos marmóreos, dio un gran grito, y cayó, aterrada, sobre un sillón. Frank se le acercó a paso lento.

—Os la había dejado joven, bella y feliz —dijo con una voz en que había lágrimas—. ¡Ahora se está muriendo! ¡Ah!, los hombres no os juzgarán, señora. ¡Que Dios os perdone!

21. Catalepsia

Una vez que Frank hubo salido, *lady* Campbell tomó la mano de *miss* Stewart.

—Querida niña —dijo—, sé que sois muy buena y me perdonaréis el arrebato de hace un momento. ¡Pero, por favor, no me ocultéis nada! ¿Qué ha pasado entre los dos?

—Señora, lo ignoro —contestó Diana—. Pero creo que lo más urgente es ocuparnos, ahora, de Mary.

—Es verdad, hija mía… es verdad, señorita —murmuró *lady* Campbell —; voy a decir que lleven a Mary a Trevor House.

—Creo que sería una imprudencia, señora. En todo caso, es necesaria la opinión de un médico. ¿Hago ir a buscar al médico de mi madre, señora?

—No, querida. Enviad a buscar al señor Moore, 10, Wimpole Street; fue el marqués de Río-Santo quien nos lo recomendó.

Un criado salió inmediatamente hacia Wimpole Street. El doctor Moore vivía en la casa contigua a la de Susannah, princesa de Longueville. Mientras le esperaban, se apresuraron, en tomo de Mary, que estaba como petrificada, sin obtener ningún resultado. Este mal tan raro las llenaba de sorpresa y de temor.

Finalmente, el doctor Moore llegó. Con una sola mirada reconoció el estado de *miss* Trevor. Su impasible cara no expresó ni sorpresa, ni preocupación; pero, para un buen observador, la aceleración súbita de su paso, generalmente muy mesurado, hubiera sido una prueba de la gravedad del caso.

—Caballero —exclamó *lady* Campbell—, decidnos pronto lo que debemos temer y lo que podemos esperar.

El doctor arrastró un sillón frente a Mary, con objeto de poderla observar. Hecho esto, se echó hacia atrás y consideró atentamente a la joven durante un minuto.

—*Milady*, os ruego que hagáis preparar inmediatamente unos sinapismos —dijo sin dejar de mirar a la enferma—; y que traigan una jofaina y agua.

Fue entonces que en los rasgos de la cara del doctor pudo verse una expresión de profunda inteligencia y de curiosidad.

—¡Eso es! —murmuró con satisfacción.

Trajeron la jofaina llena de agua. El doctor sacó su neceser y tomó un bisturí. El brazo rígido de la pobre Mary fue vendado. Su vena abierta dejó caer una sola gota de sangre.

—¡Está bien! —dijo el doctor.

Apenas hubo dejado el brazo de *miss* Trevor, que este brazo, describiendo una curva insensible, volvió a tomar su anterior posición.

Una doncella, en aquel momento, trajo los sinapismos. Moore los aplicó, ardiendo, en los pies delicados y menudos de *miss* Trevor. Después volvió a sentarse y recomenzó, con el monóculo puesto, su observación.

—Haced preparar una cama, por favor, señoras —dijo al cabo de algunos minutos—, una cama dura, sin plumas, ligeramente inclinada. ¡Hacía tiempo que estaba buscando un caso como éste!

Diana y *lady* Campbell se miraron, extrañadas.

—Los médicos son así, querida —se atrevió a decir, tímidamente, *lady* Campbell.

—¡Venid! —exclamó Moore en aquel momento—. Estos sinapismos, que hubieran inflamado la piel de un toro (harina excelente, agua hirviendo), mis dedos guardan las señales; pues bien, ¡ved!

—Sus pies siguen tan blancos como el alabastro, querido señor —dijo *lady* Campbell—, ¿es buen síntoma?

—¡Ya lo creo, *milady*! ¡Es una magnífica catalepsia! «Afección rara, misteriosa, terrible. Que parece llevar a la vida todas las características de la muerte; en la muerte, las principales condiciones de la vida…». ¡Es la primera vez que veo un caso perfecto, en los veinticinco años que ejerzo!

—¡Este hombre está loco, *milady*! —exclamó *miss* Stewart, aterrorizada.

Moore se estremeció y bajó los ojos.

—Señora —dijo dirigiéndose a Diana en tono de severo reproche—, los que nos dedicamos a la ciencia, somos propensos a pensar en voz alta, y como sus pensamientos están por encima del nivel de los demás comunes, se exponen, frecuentemente, a que digan de ellos: «¡Este

hombre está loco!», pero no se inmutan por ello, señora, porque saben despreciar el insulto y perdonar la ignorancia.

Diana, la pobre joven, balbuceó algunas palabras de excusa, mientras *lady* Campbell decía:

—¡Ah!, querida, ¿cómo habéis podido disgustar al señor doctor?

Mary Trevor seguía inmóvil y petrificada. Había algo que asustaba en el aspecto de aquella estatua viviente. Uno de sus brazos colgaba a lo largo de su cuerpo; el otro, levantado a algunas pulgadas de su sillón, lo tenía extendido, aunque el sillón de Perceval, en el cual este brazo se había apoyado, hubiera sido retirado. Tenía la cabeza levantada. Dos doncellas levantaron a Mary y la llevaron a la cama que habían preparado, siguiendo instrucciones del doctor Moore. Éste la acostó personalmente, pensando:

«La joven estaba desde hace ya mucho tiempo en un estado completamente anormal. Sin cesar pasaba por unas alternativas agotadoras, de sobreexcitación y de atonía. En resumen, se le aplicaba, pero con otro sistema, un tratamiento análogo al que estoy aplicando a aquella hermosa niña que Bishop me vendió por cien guineas y sobre la cual estoy haciendo experimentos en Wimpole Street».

Intentó cerrar los párpados de Mary. Cedieron sin demasíada resistencia, bajo la presión de su dedo, pero volvieron a abrirse lentamente.

—Señora —dijo en voz alta—, tendría necesidad de saber de qué naturaleza ha sido el acontecimiento que ha producido el desmayo de *miss* Trevor.

—¿Es sólo un desmayo, doctor?

—La muerte es un desmayo prolongado, señora. Quisiera saber la causa…

—La ignoro, doctor. A menos que *miss* Stewart nos pueda decir algo…

—Lo único que sé es que ha hablado con Frank Perceval.

—¡Aaah! —dijo el doctor, prolongando el monosílabo.

—Ya esta mañana, cuando ha llegado, parecía como ausente y presa de extrañas ideas.

—Perfectamente, señora. Y… ¿había algún motivo para su venida, aquí?

Diana se ruborizó y no dijo nada.

—Señora —prosiguió Moore, autoritariamente—, *miss* Trevor está muy enferma.

—Había recibido una carta de Frank —dijo en voz muy baja Diana.

—¡Ah! ¡El honorable Frank Perceval se ha repuesto muy rápidamente! —dijo el doctor—. Yo tengo algo que ver con este restablecimiento, señoras. Así, pues, ¿no podemos saber lo que ha pasado entre *miss* Trevor y él?

—No, señor —respondió Diana.

Moore la miró fijamente, luego se levantó y saludó en silencio, despidiéndose.

—¡Oh!, ¡no nos dejéis de esta manera, señor! —exclamó *lady* Campbell—, ¡díganos, por lo menos, que hay alguna esperanza!

—*Miss* Trevor no está muerta, señora —contestó fríamente el doctor.

Se puso los guantes con parsimonia y añadió:

—Voy a mandaros a Rowley, mi ayuda farmacéutico, el cual le aplicará una ventosa entre los dos omoplatos. Yo volveré esta noche.

El doctor regresó a Wimpole Street, al galope.

—Decid que baje Rowley —dijo al criado que le abrió la puerta de su casa.

El ayuda-farmacéutico-asesino se presentó casi inmediatamente.

—Bien, Rowley —preguntó el doctor—, ¿y nuestro hermoso pájaro?

—Sigue en la jaula, señor —contestó el bribón, riendo cínicamente—, ¡y al diablo! ¡Si no daría una de sus piernas, para poder correr, a la pata coja, con la otra, si la soltáramos!

—¿Está a dieta?

—Un pedacito de pan de media onza cada dos días.

—¿La habitación está completamente a oscuras?

—¡Cómo boca de lobo!

Moore se encogió de hombros.

—¡Ah! —prosiguió Rowley—. No hay dificultad, está ya bien consumida. Esta mañana la he dejado dormir un buen rato, en lugar de despertarla al cabo de diez minutos, ¡hora militar! Tal como se convino. Cuando ha estado bien dormida, entré para verla. Tiene solamente la piel y los huesos. ¡Y una opresión, señor!, y unos estremecimientos… ¡Ah!, ¡ah!, ¡podemos decir que es trabajo bien hecho!

Rowley sacó su reloj.

—¡Ta, ta, ta, ta, ta! —exclamó—; esta vez ha tenido tiempo de dormir. ¡Trece minutos!, ¡la pillina! ¡Vaya sueñecito! Por este regalo, voy a darle un bocinazo.

El mancebo de botica salió precipitadamente. Un segundo después, se oyó una voz retumbar en el piso superior. Le respondió un débil grito femenino.

22. Tinieblas

Hacía ya cinco días que Clary Mac-Farlane había caído en las manos de Bob Lantem, que la había «cedido» a Bishop, el «burker». Éste la había llevado al doctor Moore. El doctor Moore la tenía, desde entonces, encerrada en su casa de Wimpole Street.

Al principio, ella no se dio exacta cuenta de su situación. Creía dormir, todavía, porque una oscuridad impenetrable la rodeaba. Fue el recuerdo de lo pasado lo que acabó de despertarla.

—¡Padre mío! —murmuró—. He visto a mi padre…

La escena del Támesis le vino a la memoria inmediatamente, aunque de una forma un poco vaga y confusa, es decir, tal como Clary lo había visto durante el corto espacio de tiempo en que su mente recobró sus facultades, entre su sueño letárgico y su desvanecimiento. Una sola cosa sobresalía en el fondo tenebroso de su memoria, y era la pálida cara de Angus Mac-Farlane, iluminada por los rayos de la luna.

El recuerdo de los hechos anteriores fue más vivo y más completo. Recordó la vasta habitación del hotel del «Rey Jorge», a su hermana dormida y la angustia de su propia lucha contra el sueño. Este recuerdo la abatió.

—¡Mi pobre Anna! —dijo, dejando caer la cabeza sobre su pecho—. La habrán matado…

Bruscamente, se calló. Una vaga esperanza acababa de nacer en su pecho.

—¡Anna! —pronunció muy bajo, extendiendo los brazos a derecha y a izquierda—, ¡si estuviera aquí… Anna!

Sus brazos encontraron solamente el vacío y nadie respondió a su llamada.

Al cabo de tres o cuatro pasos, su mano extendida encontró un obstáculo. Era una barrera, de una especie muy singular, que cedía a la presión de su mano, pero que cedía hasta cierto punto solamente, más allá del cual se encontraba una inquebrantable valla. Se hubiera dicho

una muralla acolchada, desde el suelo hasta el techo. Clary cambió de camino. En la nueva dirección, un obstáculo exactamente igual le cerró pronto el paso. A la derecha, a la izquierda, en todos sentidos, la misma barrera.

Se encontraba en una especie de enorme caja, forrada en todos sentidos. ¿Con qué objeto? Clary no se lo preguntó, pero cuando su terror hubo aumentado, su pecho dio un grito desgarrador, que no tuvo eco y murió como un murmullo. Aquellas paredes acolchadas eran una precaución contra los ruidos interiores, y una muralla contra los ruidos del exterior. Gracias a ellos, en aquel reducto terrible, el silencio era tan completo como la noche.

Se calló. Su cerebro fermentaba: tomó impulso y en un momento de delirio, precipitó su cuerpo hacia delante. Quizás era una de aquellas irreflexivas y repentinas tentativas de suicidio, en que la soledad, mala consejera, desliza el pensamiento al oído de la desesperación. Pero la cabeza de Clary botó, sin daño alguno, debido a la capa de lana con la que estaba recubierta la muralla. En aquella extraña prisión, ni tan sólo era posible morir de repente.

Clary, mientras tanto, había caído al suelo, en el cual había buena cantidad de paja. Se quedó un rato sin pensar; fue una tregua. Cuando las nubes de su espíritu se hubieron disipado lentamente, se sintió más tranquila y capaz de rezar. Luego recayó en sus dolorosas angustias. Pasó y volvió a pasar más de veinte veces por las mismas alternativas de cólera, de abatimiento y de esperanza. Rezó; maldijo; lloró… Transcurrieron veinticuatro horas.

Acababa de hacer sus rezos cuando la primera punzada de hambre se hizo sentir, de pronto. A medida que la inanición hacía en ella sus progresos, cambiaban sus ideas; mil pensamientos confusos se movían dentro de su cerebro: pensamientos dolorosos y pensamientos alegres, mezclados entre sí con una vertiginosa rapidez. Al mismo tiempo, su cuerpo debilitado, cobró una sensibilidad exagerada. Tuvo estremecimientos inmotivados, locas ganas de correr, de revolcarse, de bailar…

La pobre niña estaba «consumida», según terrible expresión del ayudante del doctor Moore. Su sistema nervioso empezaba a flaquear debido a los sordos ataques del hambre, de la noche, del silencio. Repentinamente, unas bocanadas de terror indecible la rendían, medio muerta, en el lecho de paja; un instante después, una dulce canción

asomaba a sus labios; después, se callaba, de pronto, asustada por su propia voz. En su noche, a veces, veía fantásticas luces; a lo lejos pasaban rostros extraños, formas lívidas, espectros envueltos en blancas sábanas.

De pronto, la escena cambiaba. Era en un baile: caballeros galantes, mujeres medio desnudas, perfumes, flores, diamantes, sonrisas…

Y pasó otro día. Clary estaba tan débil que no podía moverse de su camastro. La idea de Dios se había desvanecido en su espíritu. Mil pensamientos imposibles desfilaban por su cerebro debilitado. Su hermana, su padre, Stephen, pasaban delante de sus ojos, y pasaban sin verla. Quería llamarlos pero su voz no salía de su garganta.

Después otra imagen se le aparecía en lontananza. Clary, entonces, se apretaba los ojos, cansados de llorar, y unas abundantes lágrimas corrían a través de sus dedos y con voz desfallecida iba murmurando:

—¡Edward! ¡Edward!…

23. Alucinación

Clary, hambrienta, privada de luz, era presa de alucinaciones, después de dos días de dieta y de estar secuestrada. De repente, veíase entre los brazos de Edward, atravesando, a galope de un hermoso caballo, las calles de Londres, acumuladas de gente. La muchedumbre se apartaba, despavorida. El caballo volaba. Edward, firme en su silla, apretaba su brazo alrededor de la cintura frágil de Clary. Sentía la dulce presión de aquel brazo, cuya mano se ponía encima de su corazón. Inclinada hacia atrás, miraba a Edward, como se mira cuando los ojos casi se tocan y que las pupilas chocan en un magnético contacto. Su aliento subía hasta la boca de Edward; le sentía en todo su cuerpo y desfallecía de gozo. Edward también la miraba y le sonreía. Clary veía todo un mundo en aquella sonrisa. Era, a la vez, la de un dueño que desciende hasta amar y la de un caballero que adora y que sirve.

El hermoso caballo seguía corriendo. Sus cuatro cascos saltaban, flexibles, sobre el empedrado. Las oscuras casas de Londres huían como llevadas por un torbellino…

De cuando en cuando el brazo de Edward se alargaba para hacer remontar a Clary en la silla. Entonces ella se sentía más cerca y mejor. Sus ojos húmedos le daban las gracias, mientras Edward se inclinaba, sonriente, y besaba sus cabellos. Esta quimera de felicidad actuaba tan fuertemente sobre sus pobres sentidos, que gruesas gotas de sudor impregnaban sus sienes y su pecho se ahogaba…

Londres iba desapareciendo. Ahora eran unos bellos campos, que reían al sol y desplegaban en todo lo que alcanzaba la vista, vastas riquezas en sus horizontes. ¡Qué bien se está al aire libre, para amar! ¡Cómo el aire de las soledades penetra deliciosamente en un seno lleno de ternura! ¡Qué bello es el amor frente a los esplendores de la naturaleza y cómo ésta se embellece bajo la mirada ardiente y encantada del amor!

Con brazo infatigable, Edward precipitaba la carrera rápida de su hermoso caballo. Los horizontes huían. Los aspectos cambiaban. Unas

veces eran montes, o lagos, o bosques, o bien unas opulentas cosechas, protegidas por techos de paja. A lo lejos, se veía el sombrío perfil de la ciudad, las torres grises de un viejo castillo, la línea azul de un río, paseando sus meandros por los prados. Y sobre todo esto, el sol vertía sus rayos de oro.

De pronto, la carrera tomó fin. El hermoso caballo se detuvo. Clary lo buscó y no le vio más. El sol descendía lentamente, su disco rojizo y se ocultaba detrás de una montaña. Clary estaba sentada sobre el césped. Le parecía reconocer el paisaje de los alrededores. Miró más insistentemente. Sí, era la triste naturaleza de la Escocia meridional. Era su país, y todos los objetos que ella había amado en su infancia, se agrupaban a su alrededor: la casa en que vivía su padre antes de comprar el castillo de Crewe, la granja de Leed, los bosque de Santa María, en medio de los cuales se elevaba, solitaria, la pequeña casa de Randal Graham, el torrente de Blackflood y las ruinas musgosas del viejo convento.

Cerca de ella, igualmente sentado sobre el césped, estaba Edward, mudo como ella, y hablando únicamente con sus ojos hechiceros. Puso su cabeza en el hombro de Edward.

Un estremecimiento doloroso agitó sus miembros; esta vez no eran sus nervios enfermos que la agitaban de tal manera, era el sueño. Acababa de ver, sentada como ella, sobre el césped, al otro lado de Edward, a una mujer. Su corazón tuvo frío y sangró. Aquella mujer, de la que no podía distinguir sus rasgos, la veía como una forma imprecisa, en la oscuridad creciente de la noche. Clary se apretó contra Edward, pero éste no correspondió a su abrazo.

Clary, celosa y herida en su amor sin límites, miró de nuevo a aquella mujer, aquella sombra, su rival. Reconoció en ella a su hermana y pronunció su nombre con desesperación. Anna se volvió, sonriente. Edward miró a la una, y luego a la otra, como si vacilase; después, rechazando a Clary con gesto glacial, se arrodilló a los pies de Anna.

Clary dio un quejido desgarrador y cayó, desplomada, sobre la paja de su prisión.

El silencio más completo reinó en su celda durante una buena media hora. Al cabo de este tiempo, pareció oírse un débil ruido que venía del techo. Al mismo tiempo, un rayo, de forma cónica, atravesó las tinieblas, poniendo, a la luz, los átomos suspendidos en la atmósfera espesa de la prisión. Clary se encontró, de golpe, completamente iluminada. Estaba

tendida en la paja, privada de todo sentimiento. Aquellos dos días de tortura la habían dejado en un estado lamentable. Su noble cana, demacrada por el sufrimiento y por el hambre, conservaba, por otra parte, todavía las señales de la convulsión que la había abatido recientemente.

Un verdugo no hubiera podido contemplar sin sentir piedad, los efectos de aquel bárbaro suplicio, aplicado en una criatura tan hermosa, tan admirable, aún en toda su miseria. Pero el hombre que, desde lo alto, dirigía la linterna, no sintió piedad. No era un verdugo. Era maese Rowley, el ayudante farmacéutico, que estaba al servicio del doctor Moore.

Paseó el foco de su linterna por toda la cara de *miss* Mac-Farlane y una vez examinada, dijo:

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡Después de todo, eso no vale cien guineas! Pero ya que se han pagado, no se deben perder… Creo que la criatura tiene ganas de morir, sin pedirnos permiso. ¡Bah!, ¡ya resucitamos un ahorcado, ahora intentaremos que no nos falle la pequeña!

24. El mancebo de botica

Maese Rowley cerró la ventanilla por donde se había introducido la luz de su linterna, luego, se puso de pie y dejó caer una cortina que ocultó por completo la abertura. Maese Rowley estaba en su casa, en el segundo piso de la casa del doctor Moore. Su aposento, como toda su persona, era asqueroso. Un gran número de frascos de todos los tamaños, la mayoría cubiertos de polvo, le daban un aspecto muy particular.

Allí solamente había un libro, era las *Toxicological Amusements*, del doctor Venon. Este volumen, del cual, a lo mejor, nuestros lectores han oído hablar ya, bajo el título de *Diversiones Toxicológicas*, enseña la manera de envenenar a los gatos, los canarios, los topos, las anguilas y los hombres. Maese Rowley leía un capítulo cada noche antes de acostarse. Esto le hacía dormir tranquilamente. Aquel bribón, seco y descolorido, era un verdadero pozo de farmacia hecho hombre, un verdadero veneno.

Había sido especialmente encargado por Moore de la guarda de Clary Mac-Farlane. El doctor mismo había fijado en dos días la dieta absoluta de la cautiva. Los dos días habían pasado. Rowley atravesó el despacho del doctor y abrió una puerta que se abrió suavemente en sus goznes engrasados. Aquella puerta estaba acolchada por detrás y tocaba casi a una segunda pared, recubierta, también, de lana, la cual daba entrada a la prisión de Clary. Era una habitación muy pequeña que quedaba dentro del apartamento particular del doctor, y preparada, con toda evidencia, para el uso al cual la empleaban desde hacía tres días.

Maese Rowley puso la bujía encima del escabel.

—Buenos días, niña, buenos días —dijo—, vaya hermosos cabellos y, a fe mía, hermosos dientes. Pero ¡cien guineas!… ¿Qué? ¿Nos hemos desmayado? ¡Je!, ¡je!, ¡nuestro aliento no haría dar vueltas a un molino, no! ¡Bien, vamos a respirar algo bueno para ponernos a tono, vaya!

Olió, uno tras otro, con evidente satisfacción, todos los frascos que había traído y por fin encontró uno que, una vez destapado, puso bajo la

nariz de Clary. Era, sin duda alguna, una preparación muy fuerte, pues Clary dio, casi en seguida, un gemido débil y retorció unas pajas que tenía entre los dedos.

—¡Bien, hija mía! —murmuró maese Rowley, que había tenido la precaución de cerrarle los ojos—, ¿queréis comer un bocado?

Clary había vuelto a caer en su inmovilidad.

—Quien calla, otorga —prosiguió el mancebo de botica, amablemente — y, con toda seguridad, debéis tener apetito. Aquí tenéis, hija mía, ahí tenéis pan.

Puso un pedazo de pan en la mano de Clary. Después volvió a poner el frasco debajo de la nariz de la muchacha. Clary se agitó con pequeños estremecimientos y abrió los ojos. Rowley sopló rápidamente la bujía.

—¡Oh, Dios mío! Creí que veía —murmuró la prisionera.

Oyó el ruido de una puerta que se cerraba, y luego todo quedó, nuevamente, silencioso.

«¡Otro sueño!», pensó, dejándose caer, abrumada.

El sueño de Clary fue largo. Al despertarse, se encontró acostada en una cama, encima de la cual había un dosel con unos cortinajes oscuros, de damasco. Estaba en una habitación desconocida, que iluminaba, débilmente, una lámpara con pantalla, puesta sobre un velador muy alejado de la cama. Frente a la cama, había una ventana, cuyos cristales dejaban pasar un oblicuo rayo de luna. Cerca del velador, se encontraba un hombre sentado, que daba la espalda a Clary y hojeaba lentamente un libro de tamaño folio.

Clary puso sus dos manos sobre el pecho, diciendo:

—¡Dios mío! ¡Cómo sufro!

El hombre del libro hizo una señal en el volumen, que era el tomo primero de las *Toxicological amusements*, y se volvió hacia la cama mostrando la cara patibularia de maese Rowley, el mancebo de botica.

—¡Ah!, ¡diablo! —contestó—, ¡hija mía! ¿Sufrimos? Pues bien, ¡llamaremos a un médico… un famoso médico!

—¡Dadme pan! —murmuró Clary.

—¡Ta, ta, ta, ta! —dijo Rowley—, no damos pan, así como así, a nuestros enfermos.

Clary quiso preguntar dónde se encontraba, pero no le salió la voz de su garganta. Rowley había puesto el libro bajo su brazo y se acercó a la cama con la lámpara en la mano. Clary cerró los ojos, que estaban

acostumbrados a la oscuridad. Rowley la contempló durante un momento.

—¡Una joven, es algo muy fuerte! —dijo, con convicción—; ¡excesivamente fuerte!

Los labios de Clary iban perdiendo el color y sus párpados temblaban.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó maese Rowley—, aquí tenemos a la niña que va a darle un ataque. Esto es asunto del doctor.

Dejó la lámpara y salió frotándose las manos.

25. Despertar

El doctor Moore pasó toda aquella noche a la cabecera de la cama de Clary Mac-Farlane. En el momento en que Rowley lo llamó, la pobre criatura era presa de un furioso ataque de nervios. El doctor desplegó todas las delicadezas de su experiencia consumada. No había necesidad de tanto para salvarla. Y Moore no quería salvarla. Hacia la madrugada, volvió a su despacho, donde escribió rápidamente unas notas en un papel. Clary dormía.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Rowley.

—Hay que determinar otros accidentes —contestó el doctor, después de reflexionar—. Esta noche ha sido muy útil; estoy contento. Pero no conozco nada más que un aspecto del mal de *miss* Trevor.

Meditó durante unos minutos y prosiguió:

—Que lleven su cama al cuarto oscuro, Rowley. De ahora en adelante, tendrá continuamente sueño. Dormirá siempre. De cuando en cuando, abriréis el orificio y la despertaréis bruscamente.

Rowley salió. A partir de aquel momento, Clary fue sometida al bárbaro suplicio que los agentes de la República francesa sometieron, según se dice, en la prisión del Temple, al desgraciado hijo de Luis XVI. Presa de un pesado e irresistible sueño, la pobre niña fue periódicamente despertada con sobresalto, por el estrépito de una voz de trueno que gritaba encima de su cabeza. Pues hay que decir que el mancebo de botica, Rowley, hacía las cosas a toda conciencia. Y se servía de un portavoz.

Al cabo de tres días, Clary había llegado, casi, al estado deseado para nuevos experimentos. Pero la enfermedad de *miss* Trevor cambió completamente de aspecto, tal como ya hemos visto. Ante esta enfermedad desconocida, el doctor Moore se detuvo, indeciso. Era incapaz de provocarla en un paciente, lo mismo que era incapaz de combatirla en *miss* Trevor. Por un momento, el doctor dejó de ocuparse

de Clary, que le era inútil, y la dejó al cuidado de maese Rowley, el cual compartió sus ocios entre ella y las *Toxicological amusements*.

Ahora ya sabemos lo que había querido decir el doctor Moore, hablando con el marqués de Río-Santo, en Irish House, de los nuevos síntomas y de una crisis terrible sufrida por missTrevor. Su conversación y los acontecimientos que la precedieron, tenían lugar al día siguiente del día en que Frank Perceval y Mary se encontraron en la casa de *lady* Stewart. Hacía veinticuatro horas que Mary estaba en estado cataléptico.

El doctor Moore, al despedirse del marqués, fue a verla. No se había operado ningún cambio en el estado de *miss* Trevor, desde su última visita. Diana Stewart y *lady* Campbell, que no se separaban de ella, estaban desesperadas. El doctor, según su costumbre, no contestó a sus preguntas, y salió recetando cualquier remedio anodino, del cual él tampoco esperaba ningún efecto. Al entrar en su casa de Wimpole Street, llamó a Rowley, como cada día, y, como cada día, también, preguntó por Clary.

—A fe mía —contestó Rowley— hay que machacar el hierro mientras está caliente y observar la naturaleza viva, mientras hay vida. La vida se va, milord; si queréis machacar el hierro, os tenéis que dar prisa, pues se está enfriando.

—¿Hay algún nuevo síntoma?

—Cierto, señor, hay un nuevo síntoma… y mañana habrá otro. ¡Mañana estará muerta!

—¿Pero todavía vive? —dijo Moore.

—Está sin sentido. Estaba haciéndola volver en sí, cuando me habéis llamado. Voy allá.

El doctor le cogió por el brazo en el momento en que se retiraba.

—Deja —dijo en voz baja— y prepara la pila voltaica… ¡la grande!

Rowley le miró, extrañado. Luego se fue, murmurando:

—¡Ta, ta, ta, ta! ¡Cuántos cuidados! ¡Se podrá decir que a la pequeña se la ha tratado con toda ceremonia!

Entretanto, la hora a la cual el marqués de Río-Santo había ordenado que se le llamara, acababa de sonar. El caballero Angelo Bembo se había encargado de despertarle y para ello tuvo que entrar hasta el aposento

del laird, en donde Rio-Santo había quedado dormido. Éste seguía sentado en el sillón donde le dejamos. Al primer contacto de Bembo, abrió los ojos, pero los volvió a cerrar inmediatamente.

—¡Ya! —dijo con lasitud— Angelo, este sueño me ha destrozado.

—Debéis tomaros unas cuantas horas de verdadero reposo, creedme, milord —dijo Bembo, que contemplaba, con solicitud filial, la cara fatigada del marqués—; ya tendréis tiempo mañana para reemprender vuestra tarea.

Río-Santo levantó los ojos, le miró y sonrió con tristeza.

—¡Mi tarea! —contestó amablemente—. Tenéis la vista tan certera como una mujer celosa, Angelo. Lo sabéis todo, aunque no preguntéis nada. Mientras vuestra presencia es inútil, no se os ve jamás, pero a la hora del peligro, siempre estáis presente.

—¡Milord! —dijo tristemente Bembo—, ¡pero abandoné mi puesto!

—Ya sé que desde hace muchas horas estáis de centinela. ¡Tenéis un noble y tierno corazón, Angelo! Cuando pienso en vuestros desvelos, creo que Dios me protege y me reserva la victoria.

Bembo estaba ruborizado de orgullo. Sus ojos tenían algo de caballeresco entusiasmo, que excita en el alma fiel de un soldado, la alabanza de un soberano muy amado.

—Es que Dios os ama, Bembo —prosiguió el marqués, cuya sonrisa se nubló de melancolía—; ¡quisiera, y daría toda mi sangre, tener mi espada de combate tan pura como la vuestra, amigo mío!, ¡entonces sería realmente fuerte!

Angelo guardaba respetuoso silencio. Río-Santo continuó con voz tranquila y profunda:

—¡Pero, a pesar de todo, soy fuerte! ¿Y qué importa, después de todo, si la obra es santa, la mano que la ejecuta? ¡Ah!, yo no merezco las grandes alegrías del triunfo, ya sé: que yo muera, Dios mío, ¡oh!, ¡que muera! —prosiguió—. ¡Morir!, ¡sí, quiero morir, con tal de que el peso de mi cadáver acabe de aplastar a una Inglaterra vencida, y que mi alma, al salir de este mundo, salude con entusiasmo el reino naciente de Irlanda, mi patria!

Bembo dio un grito de sorpresa.

—¡Irlanda, vuestra patria! —dijo—. ¡*Signore*, *signore*!, ¡ya sabía yo que vuestra guerra contra Inglaterra era una guerra legítima!

Río-Santo frunció el ceño, bajó los párpados y pareció estar absorto en hondas meditaciones.

—Angelo —dijo luego tan suavemente que la inflexión de su voz casi transformaba el verdadero sentido de sus palabras—, si otro que no fueseis vos, conociera la mitad de lo que vos sabéis, podéis estar seguro de que le mataría.

—¡Gracias —murmuró Angelo—, gracias, milord! ¡Ojalá me améis bastante para darme mi parte de peligro!

Los ojos del joven italiano centelleaban. Río-Santo contestó, sonriendo:

—Estaréis en primera línea, Angelo, pero no hemos llegado todavía a eso. He pensado que quizá querráis hacerme compañía, hoy.

Angelo se inclinó.

—Decid a Ereb que venga —continuó el marqués—. Estoy muy débil, todavía, pero hay que recuperar el tiempo perdido.

Cuando Angelo hubo salido, el marqués logró ponerse de pie y anduvo, vacilante, hacia la cama, cuyas cortinas corridas, ocultaban a Angus Mac-Farlane. El laird dormía profundamente.

—¡Pobre hermano —murmuró Río-Santo—, él también sufre, porque me ha querido mucho!

Ereb era aquel negrito que hemos visto sirviendo de pupitre al hermoso Edward, en el salón de la casa cuadrada de Comhill. Río-Santo, al entrar en su despacho, lo encontró inmóvil.

—¡Dame de beber! —dijo.

Ereb abrió una caja de la que sacó un vaso de cristal y una botella. Puso agua en el vaso y mezcló dos gotas de la botella. El agua se cubrió de burbujas y se volvió de color de oro. El marqués de Río-Santo bebió un sorbo.

—Está bien —dijo—. Que mi criado me prepare mi traje.

Se sentó y apuró la bebida. Cuando se levantó había fuego en su mirada y sangre bajo la piel de sus mejillas. Su elegante silueta se irguió naturalmente. Con paso firme se dirigió a su cuarto de aseo… Cuando, algunos minutos más tarde, salió, vestido con aquella noble elegancia que le daba el aspecto de un semi-dios, ¡era el marqués de Río-Santo!

El caballero Bembo le presentó la mano para ayudarle a subir al estribo de su carruaje, delante del cual piafaban cuatro magníficos caballos. Río-Santo le miró sonriendo. Bembo, que todavía no se había fijado en él, retrocedió, impresionado, pues vio, con admiración, que aquel cuerpo extenuado de hacía unos momentos, estaba, ahora, lleno de fuerza exuberante y de poderío indomable.

Río-Santo, de un salto, subió a su carruaje. El suelo resonó y se llenó de chispas; después, el coche se deslizó, gracioso y ligero, a ras del suelo, alrededor de los árboles desnudos de la plaza, para entrar, al galope, en la ancha avenida de Grosvenor Place.

26. Dos mujeres esclavas

El carruaje del señor marqués de Río-Santo se detuvo delante de Bamwood House.

—Angelo —dijo el marqués antes de apearse—, haced pasear el coche por las calles, con objeto de que no se vea estacionado en la puerta de *lady* Ophelia.

La condesa de Derby se encontraba sola frente a una lumbre agonizante. Estaba sufriendo y se arrepentía. Su gestión de la víspera estaba ahora juzgada. Había querido poner un obstáculo entre Mary Trevor y Río-Santo, porque éste le había dicho una vez que si recibía una negativa por parte de Mary, la devolvería, feliz, a sus pies.

Esto es lo que dijo. ¿Pero Río-Santo podía recibir alguna negativa?

Cuando su doncella anunció al marqués de Río-Santo, todos sus sombríos pensamientos se disiparon. Se levantó consolada, y dio un paso hacia la puerta. Pero sólo hizo un paso.

Río-Santo entró y sintió que la mano que levantaba para llevarla a sus labios, temblaba. Frunció la frente ligeramente. Levantó la cabeza y vio una lágrima por entre las pestañas de Ophelia. Ya supo lo que quería saber. Volvió a coger la mano de la condesa y depositó con frialdad un beso, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Oh! —exclamó Ophelia, cuyas lágrimas contenidas, prorrumpieron por sus mejillas—; ¡no me dejéis así!

Río-Santo se detuvo. Su mirada estaba llena de ternura y de piedad.

—Estáis arrepentida, ¿no es cierto? —dijo—. ¡Oh!, lo creo, señora, ahora quisierais rescatar, a toda costa, vuestra imprudencia…

—¿Estáis enterado de todo? —murmuró la condesa.

—Lo temía todo, señora, pero no sabía nada. Vos os acabáis de traicionar.

Se calló; luego prosiguió con gran calma:

—¡Es una gran desgracia, señora!

—¡Oh! —exclamó la condesa, desesperada—. ¿El peligro está, pues cerca…? ¿Y vuestra vida…?

—¡Mi vida! —interrumpió Río-Santo, sonriendo tristemente—; no se trata de mi vida, señora. Pero ¿no era bastante con el caballero de Weber?

La condesa sintió que sus lágrimas se secaban en sus mejillas ardientes.

—¡Oh, milord! —murmuró—. ¡Temo comprenderos!

—¡Me comprendéis, *milady*!

Ophelia cayó de rodillas.

—¡Piedad, don José!, ¡piedad para él! —dijo.

Río-Santo la cogió de la mano y se sentó a su lado.

—¡Ophelia! —murmuró—; os amo tanto como antes…, más todavía y no quiero que se pueda decir que habéis plegado la rodilla delante de mí, en vano. Sentaos delante de vuestro escritorio y tomad una pluma para escribir al Honorable Frank Perceval.

La condesa obedeció inmediatamente. Río-Santo fue a apoyarse al respaldo del sillón donde ella estaba sentada y continuó:

—Escribid al Honorable Frank Perceval diciéndole que le esperaréis mañana por la noche en vuestro carruaje, delante del teatro de Saint-James, en la esquina de Duke Street. Mañana, por la noche, a las nueve.

Ophelia escribió.

—¿Así, mañana he de ir frente al teatro de Saint-James? —preguntó.

—Vuestro carruaje, *milady*, pero no vos. Seré yo quien recibiré a Frank Perceval.

Ophelia se volvió vivamente y dirigió al marqués de Río-Santo una mirada intranquila.

—Os doy mi palabra de gentilhombre —terminó el marqués, contestando a aquella mirada— que la vida de Perceval será respetada. Poned la dirección, pues el tiempo apremia.

Lady Ophelia vacilaba aún. Recordaba al caballero Weber. Mientras ella vacilaba, Río-Santo miró el reloj y tomó su sombrero de sobre un mueble.

—Señora —dijo, inclinándose—, parece que queréis reflexionar; está bien, reflexionad, pues. Mañana ya me haréis saber vuestra voluntad. Pero ya os he dicho el único medio para salvar la vida del Honorable Frank Perceval.

Dicho esto, salió. Al dirigirse hacia el coche, se dijo: «¡La carta será enviada!».

Luego, dirigiéndose al cochero, añadió en voz alta:

—¡Comhill, almacén Falkstone!

El carruaje se puso en movimiento.

—Angelo —dijo Río-Santo, con emoción en la voz—, me hablabais de un peligro… pues este peligro ya ha llegado.

—¡Tanto mejor, milord! —exclamó Bembo.

El marqués movió lentamente la cabeza.

—¡Ah! —dijo—, ¡si no hubiese perdido esos seis días! Pero quizás otros han trabajado por mí. Ahora lo sabré. Mi correo me espera en el despacho. ¡Angelo, no confiéis jamás vuestro secreto a una mujer! Una palabra va a precipitar el desenlace. Débil o fuerte, tendré que luchar.

—¡Estaré a vuestro lado, milord!

—La suerte está echada —murmuró—; ¡que Dios salve a Irlanda!

—¡Que Dios salve a Irlanda! —repitió Bembo.

El marqués se estremeció al oír esta voz extranjera que reproducía su pensamiento. Su mirada brilló y cubrió a Bembo, el cual bajó la vista ante este extraordinario fulgor.

El carruaje se detuvo a la esquina de Finch Lane y de Comhill. Río-Santo prosiguió con voz breve y desenfadada:

—Así, pues, Angelo, os habéis convertido en mi ayudante de campo. No os he dicho nada, pero os he dejado adivinar; esto es, también, confianza.

—Milord, estoy a vuestra disposición.

—No esperaréis mucho tiempo. Os encargo que reunáis, en primer lugar, en la sala de White Chapel, a todos los lords de la Noche, esta misma noche. Iré allí dentro de dos horas. Debo encontrarles a todos reunidos.

—Les encontraréis, milord.

—Es necesario que a la misma hora, también, tenga informes fidedignos sobre el estado del túnel de Prince's Street. Tendremos necesidad de montañas de oro, Bembo.

—Tendréis informes precisos dentro de dos horas.

—¡Hasta pronto, pues! —dijo Río-Santo que saltó fuera del coche y dio vuelta a la esquina de Finch Lane para llegar a la pequeña callejuela fangosa, en donde estaba la entrada de los almacenes Edward & C.º. El carruaje continuó estacionado delante de la tienda del joyero Falkstone. Bembo salió por la otra portezuela y subió a un coche de punto.

Ereb, el negrito, que había bajado del asiento posterior del coche al mismo tiempo que Río-Santo ponía el pie en el suelo, sacó de su pecho una llave que abrió la puerta de los almacenes de Edward & C.º.

—Ve a tocar el gong del salón del centro —dijo Río-Santo, al entrar.

—¿Cuántos golpes?

—Uno solo.

No había terminado de resonar el gong, que una de las seis puertas se abrió, dando paso a Fanny Bertram.

Cuando entró en el «salón del centro», llevaba en la mano un cofrecito trabajado, donde sus iniciales se entrelazaban, en todos los lados, con las del marqués de Río-Santo, formando caprichosos arabescos.

—¡Dadme, Fanny! —exclamó el marqués, cogiendo vivamente el cofre —; ¿hay muchas cartas?

—Una gran cantidad —contestó la criolla, sentándose junto al marqués.

—¿Y la llave?

—Dejadme abrir, Edward, vuestra mano está temblando.

En efecto, la mano de Río-Santo temblaba. Así que Fanny dio vuelta a la llave, levantó rápidamente la tapa y hundió su mirada en el interior.

Había unas veinte cartas. De un vistazo, entre estas veinte cartas, Río-Santo descubrió un pliegue de papel rústico, que llevaba el matasellos de los correos de Irlanda.

Dejó escapar un grito de alegría y rompió el sobre.

27. The great agitator

Río-Santo era el único en el mundo para conocer a Fanny Bertram, la cual no se conocía a sí misma. Era la mujer que le convenía como confidente, en el sentido de que representaba perfectamente el papel de un arca muy bien organizada, arca cuya llave tenía Río-Santo. Ella era el centro donde iban a parar, de casi todos los puntos del globo, los radios de su enorme correspondencia.

Únicamente a ella iban dirigidas todas aquellas cartas, repletas de sucesos y de altas intrigas, la más insignificante de las cuales, hubiera sido rea de diez penas de muerte.

Entretanto, Río-Santo devoraba la carta de Irlanda. A medida que iba leyendo, su mirada se iba haciendo más brillante y su frente irradiaba alegría.

—¡Diez mil! —exclamó, al fin, con gran entusiasmo—, ¡diez mil valientes y nobles corazones!

Fanny que le estaba contemplando con admiración, como si mirara un cuadro animado, se estremeció al oír aquella exclamación inesperada.

—¿Vais a declarar la guerra a alguien, milord? —preguntó sonriendo.

Fanny estaba muy lejos de pensar que decía verdad.

Río-Santo no respondió. Una nueva idea acababa de pasar por su cerebro. Su frente se ensombreció, de pronto.

—¡Pero esta carta está fechada hace diez días! —murmuró— esos hombres ya han debido llegar…

—Esta carta ha llegado a mis manos el mismo día que os entregué diez mil libras —dijo la criolla.

—Debe de haber otra.

Río-Santo vació el cofrecillo. Dos cartas llamaron, también, su atención. Una de Londres, fechada del mismo día y cuya dirección había sido escrita por la misma mano que la primera carta abierta; la otra llevaba el sello de Irlanda. El contenido de ésta última no reveló ninguna curiosidad en el espíritu de Río-Santo. Abrió la de Londres. Esta carta era

como un corolario de la primera, que anunciaba la salida de diez mil irlandeses encaminándose hacia Londres, en pequeños pelotones y por diversos caminos; avisaba al marqués la llegada de este pequeño ejército. Río-Santo, a aquellas horas, tenía diez mil soldados intrépidos y hambrientos, fogosos y dispuestos a todo. Se sentó en su sillón y Fanny Bertram oyó que decía:

—¡Oh!, ¡estos seis días perdidos!

Pasó revista al resto de las cartas. Las había de todas clases, y muchas estaban escritas en lenguajes que los sabios de la Royal Society hubieran tenido mucho trabajo en descifrar. Río-Santo leyó de un tirón todas aquellas misivas, y en cada una de ellas encontró alguna noticia satisfactoria referente a sus deseos. Todo se sucedía a su gusto aquel día. De cada punto del globo le enviaban un arma contra su poderoso enemigo.

Río-Santo se levantó y puso todas las cartas en un paquete. Sus dedos temblaban a su contacto. Sentía que, entre sus manos, eran como un puñado de pólvora, cuyo choque bastaría para hacer derrumbar todo un imperio.

Algunos minutos después, el señor marqués de Río-Santo se hacía anunciar en el salón de Su Gracia el príncipe Dimitri Tolstoi, embajador de Rusia.

El ruso estaba terminando su aseo. Se iba hacia la corte. Su uniforme de mariscal de campo, relucía de oro y de diamantes. A la vista de Río-Santo, dio la orden de hacer retirar su carruaje.

—Señor marqués —dijo— el honor de vuestra visita, me da una satisfacción sin límites. Espero que vamos a hablar largo y tendido.

—Efectivamente, vamos a hablar extensamente, *milord* —respondió Río Santo.

El príncipe condujo a su huésped hasta el espléndido «confidente», o sofá de dos plazas, que abría sus brazos de terciopelo cerca de la chimenea. Río-Santo se sentó y el príncipe hizo lo mismo.

—Señor marqués —dijo éste último— nuestro asunto va viento en popa. He seguido en todo punto las instrucciones de Vuestra Señoría y no me extrañaría mucho de que, dentro de tres meses…

—Príncipe —interrumpió amablemente Río-Santo— con ayuda o sin ayuda de Vuestra Gracia, todo habrá terminado dentro de tres días.

28. Tártaro

El príncipe Dimitri Tolstoi miró a Río-Santo con extrañeza.

—Milord —dijo después de un silencio— estoy a vuestra completa disposición, pero Vuestra Señoría no puede ignorar la lentitud de las negociaciones diplomáticas…

—Príncipe —interrumpió Río-Santo— necesito un adelanto. Vuestra Gracia no creerá que una promesa política pueda negociarse como un efecto comercial, ¿verdad?

—Si Vuestra Señoría quisiese explicarse más claramente…

—Voy a explicarme. Entre cómplices, debe de haber franqueza.

Tolstoi contuvo un gesto de violenta protesta.

—Cómplice… o colaborador, milord. He aquí el hecho: quisiera que esta medida, a la cual Vuestra Gracia piensa poder llevar, dentro de dos o tres meses, a los señores embajadores de todas las potencias, sea el tema principal de las conversaciones, mañana, en el Royal Exchange.

—¡Qué estáis diciendo, caballero! —exclamó el príncipe—. ¡Un proyecto de esta índole, llevado a la Bolsa!

—¡Eso quisiera, milord!

—Pero Vuestra Señoría no piensa en el peligro de comprometer el nombre del emperador.

—Sí; el nombre del emperador debe ser pronunciado. La cosa me parece absolutamente indispensable.

—¿Creéis, pues, que Nicolás pueda consentir esta imprudente gestión que me estáis proponiendo? —exclamó Tolstoi.

—No, milord, no, con toda seguridad —respondió el marqués con frialdad— no puedo pensar eso.

El ruso se levantó y retiró su asiento con violencia.

—Entonces —dijo, dando rienda suelta a su furor—, ¡entonces, señor, vuestra proposición es un ultraje manifiesto!

—¡Alto, príncipe! —repuso gravemente Río-Santo—. Vuestra fiel devoción, está libre de toda sospecha. Jamás Su Majestad ha tenido más

adicto, más seguro, ni más irreprochable servidor que Vuestra Gracia.

La cólera de Tolstoi desapareció una vez más, y una especie de terror instintivo se pintó en su mirada.

—Milord —dijo, volviéndose a sentar—, acepto las explicaciones de Vuestra Señoría.

—¿Y Vuestra Gracia está de acuerdo conmigo sobre el objeto de mi visita?

Tolstoi interrogó, con rápida mirada, la fisionomía del marqués de Río-Santo.

—Milord —respondió—, la carta de Su Majestad que tenéis en vuestras manos…

—Es explícita, pensad en ello, príncipe.

—¡Pero no lo bastante para autorizar una traición, milord!

Río-Santo sonrió involuntariamente, al contestar:

—Comprendo que Vuestra Gracia tenga horror al pensar en una traición, porque creo saber que la traición no tuvo éxito, en otro tiempo.

Tolstoi se puso lívido de rabia.

—¿Quién os ha dicho esto? —preguntó con voz ahogada.

—Es una anécdota, milord —respondió Río-Santo, oponiendo a la brutal vivacidad de Tolstoi, el exceso de una cortesía ceremoniosamente exagerada—. Tendré sumo placer contándola a Vuestra Gracia. Era, si la memoria no me falla, en el año 1823; yo me encontraba en San Petersburgo, bajo el nombre de Policeni…

—¡Policeni! —repitió Tolstoi.

—He tenido, en varias ocasiones, diversos nombres. En aquella época había un joven gentilhombre bastante introducido en la corte, el conde Dimitri Spraunskow, el cual, por una causa o por otra, fue acusado de alta traición…

—Pero fue juzgado, milord —interrumpió Tolstoi con gran agitación —, juzgado y absuelto de aquella calumniosa acusación…

—Absuelto por falta de pruebas, milord.

—La calumnia siempre está falta de pruebas, caballero. ¡Y por san Nicolás!, el conde Spraunskow, convertido en el príncipe Tolstoi, no por eso lleva la cabeza menos alta, por haber sido falsamente acusado en otro tiempo.

—Cada cual lleva la cabeza como quiere, milord. Yo decía pues, que Vuestra Gracia fue absuelto por falta de pruebas.

—¿A qué conclusión queréis llegar? —preguntó, altaneramente, Tolstoi.

—Si Vuestra Gracia me lo permite, pretendo proseguir mi anécdota. Al mismo tiempo, el conde Spraunskow tenía por amante a una hermosa italiana, llamada la *signora* Palianti…

—Es cierto —murmuró el ruso.

—No sé, exactamente, como ocurrió. Pero según parece, que la *signora* Palianti, fuese o no fuese del complot, poseía las escrituras (los estados de cuentas), los libros por partida doble, de la conspiración. Pues en Rusia todavía están así: es la niñez del arte. ¡Oh!, ¡milord!, ¡no sería ahora!, apuesto cualquier cosa que el príncipe Dimitri Tolstoi cometería tamaña distracción.

—¡Caballero!

—El conde Spraunskow, queriendo reparar esta ligereza por una torpeza, escribió a Laura…

—¿Pero, habéis sido su amante, caballero? —exclamó Tolstoi, furioso.

—¡Pardiez!, milord —respondió Río-Santo—, ¡esto es lo de menos, y Vuestra Gracia no puede exigir que yo lo recuerde!

—¡Infamia! —rugió Tolstoi—; ¡mientras yo estaba cautivo!

—No creo haber dicho —interumpió Río-Santo— que la *signora* hubiese esperado el arresto de Vuestra Gracia.

Terminó su frase con un ligero saludo, acompañado de una bondadosa sonrisa, prosiguiendo:

—La carta del conde Spraunskow no fue exclusivamente para la *signora*: de sus manos, pasó a las mías.

—¿Y la leisteis, caballero?

—Tuve esta indiscreción, milord.

Tolstoi dejó escapar una blasfemia y se puso a pasear por el salón a grandes zancadas.

—Señor marqués —dijo con tono que quería ser despreocupado— no sé a qué juego estamos jugando esta noche; pero, por lo demás, ¿qué me importa todo esto? ¡Supongo que no pensaréis que esté celoso, todavía, de la *signora* Palianti, y, en cuanto a la carta, os da derecho a considerarme como culpable, eso es todo!

—Permitid, milord —repuso Río-Santo, cuya voz se hizo grave—. Vuestra Gracia está en un error: si esto fuese todo, mi anécdota estaría desprovista de gracia.

—¿Qué hay más? —murmuró el príncipe.

—Hay que, desde tiempo inmemorial, y que yo pueda recordar, siempre he tenido una manía. Os la recomiendo, milord, pues me ha dado siempre buenos resultados. Esta manía consiste en querer, en toda ocasión, penetrar hasta el fondo de cualquier secreto, sin saber, de momento, para qué me podrá servir el conocimiento adquirido.

Tolstoi sentía que Río-Santo había descubierto en él un punto vulnerable, y no sabía dónde podía parar el golpe. Río-Santo prosiguió con voz breve.

—No quiero haceros sufrir más, milord. Después de haber leído vuestra carta, tuve el capricho de dar una ojeada a aquellas pruebas que confiásteis a la Palianti. La *signora*, de momento, se negó, pero luego cedió. Tuve entre mis manos aquellas famosas pruebas que me hicieron saber que estabais afiliado a las sociedades secretas de Alemania. ¡Pardiez!, milord; en Rusia, jugabais con todo el rigor de las reglas al terrible juego de las conspiraciones. Nada faltaba en vuestra lista. Se hubiera dicho el legajo de Catilina. ¡Arengas, conjuras escritas con sangre, hasta la clásica lista de los conjurados!...

—¿Y qué hizo de todos esos papelotes Vuestra Señoría? —preguntó Tolstoi, que respiraba con dificultad.

—Los devolví a la *signora*, milord. ¡Oh!, ¡sí, Dios mío, se los devolví, milord!

—¿Todos?

—Casi todos.

Tolstoi retrocedió como si hubiera recibido un puñetazo en pleno pecho.

—Sólo me reservé uno —prosiguió Río-Santo, con su indefectible cortesía—; me guardé el más pequeño de todos, solamente tres líneas escritas y firmadas con sangre.

—¡El juramento! —balbuceó Tolstoi, abrumado.

—¡Precisamente, milord! El papelote en el cual jurabais clavar vuestro puñal en el pecho de Su Majestad... ¡La Joven Alemania no se anda en chiquitas!

El pobre tártaro se desplomó en un sillón.

—Milord —continuó el marqués— yo no podía pensar entonces que el conde Spraunskow se convertiría en la flor de los diplomáticos europeos. Fue la fuerza de la costumbre que me empujó a hacer lo que hice. Sembré al azar. Ha llegado la hora de la cosecha.

Tolstoi no contestó en seguida. Al cabo de algunos minutos, hizo correr su sillón y se acercó a Río-Santo, diciendo en voz baja:

—¿Tenéis este escrito, señor marqués?

—Estas cosas se conservan, milord.

La mirada de Tolstoi, de repente, brilló bajo la profunda espesura de sus cejas; pareció medir a Río-Santo y considerar las posibilidades que tendría una lucha desesperada. Río-Santo, que comprendió perfectamente la mirada del conde, se quedó inmóvil.

—¿Lo tenéis encima, milord? —preguntó el príncipe.

—De ninguna manera.

Los dientes de Tolstoi se clavaron en sus gruesos labios. Su mirada se apagó.

—De ninguna manera —repitió Río-Santo, sonriendo—. ¿Cómo podéis creer una cosa así? Yo no sé de ninguna cartera lo suficientemente grande para poder contener todos esos pequeños talismanes que estoy coleccionando durante toda mi vida. Vuestro juramento está en su sitio.

—¿Dónde? —preguntó el príncipe sin esperanza de obtener ninguna respuesta.

—En San Petersburgo, milord.

Tolstoi dirigió a Río-Santo una mirada llena de odio envenenado.

—¡Señor marqués —dijo, apretándole convulsivamente la mano—, que Dios os guarde de estar nunca bajo mi poder, como yo lo estoy del vuestro! ¡Ordenad!, ¡obedeceré!

29. Tienda de refrescos

El marqués de Río-Santo dejó su actitud perezosa y cambiando de tono, dijo:

—No os costará ningún trabajo obedecer, milord. El rumor de lo vedado puesto sobre los productos ingleses, se esparcirá por sí solo en la Bolsa. Yo me encargo de ello. Vuestro papel se limitará, cuando algún alcista asustado vaya a pedir informes a vuestro hotel, a negarlo torpemente… a contestar de manera que vuestras negaciones equivalgan a una confesión.

—¡Me basta, ya! —dijo el príncipe—. Estaréis satisfecho.

—El movimiento de baja será rápido y violento, tanto más porque otros rumores irán a juntarse a esta noticia fatal.

—¡Ah! —dijo el príncipe, al cual la curiosidad diplomática acuciaba.

—Sí, milord. El gobierno ha recibido hoy mismo y estas últimas semanas, paquetes de comunicaciones abrumadoras.

Río-Santo sacó su fajo de correspondencia y lo recorrió, al mismo tiempo que decía:

—Tres establecimientos de la Compañía han sido saqueados por los afganos.

—¡Una tontería! —dijo el príncipe.

—¡Permitidme! El Sindhy entero ha tomado las armas empujado por unos agentes misteriosos que se cree que han llegado de Europa.

—¡Ah! —dijo Tolstoi.

—El Alto Canadá está en plena revuelta, y las tropas del rey han sufrido pérdidas en dos asaltos.

—¡Oh!, ¡oh!, ¿de dónde viene esta revuelta?

—De los agitadores…, de gente llegada de Europa…

—¡Ah! —dijo por tercera vez Tolstoi, cuya mirada se hizo a la vez temerosa y respetuosa.

—El emperador del Celeste Imperio —prosiguió Río-Santo— acaba de prohibir el comercio de opio en todas sus costas, bajo pena de muerte.

—¡Bravo! —exclamó involuntariamente el ruso—, ¿y quién diablos ha dado a ese brujo tan excelente idea?

—¡Unos oficiosos!, milord; gentes llegadas de Europa.

—¡Sois un gran político, milord! —murmuró Tolstoi.

—Otra cosa. Los Estados Unidos están levantando pretensiones a propósito del Oregón; hablan de guerra y lo dicen en voz muy alta.

—Y también sois vos…

—Milord, Vuestra Gracia me atribuye todo esto. Se dice, sin embargo, que la gente vino de Europa…

El ruso mostró sus largos dientes en una franca y fuerte carcajada.

—¡Señor marqués —interrumpió—, toda esa gente llegada de Europa tienen todo el aspecto, creo yo, de ser vuestros viajantes políticos, enviados allí para sembrar el azar!

—¡A lo que parece, la frase es de vuestro agrado, milord!, pero esto no es todo. En Irlanda se ha formado un numeroso partido que, dejando atrás a Daniel O'Connel, pretende sacudirse el yugo y entregar sus mal conocidos derechos a las posibilidades de una batalla.

—Esperaba este último golpe —dijo Tolstoi.

Río-Santo puso sus cartas en el bolsillo.

—Me olvidaba de comunicar a Vuestra Gracia —añadió— que el crédito de la Compañía está notablemente quebrantado por la huida simultánea de una buena parte de sus contables en la India, donde ha surgido una especie de epidemia repentina de bancarrotas.

—¡Oh!, ¡oh!… —gritó el príncipe, frotándose las manos—, ¡esto es el colmo!

—No milord. El colmo, es la pequeña operación financiera en la cual queréis ayudarme. La baja de mañana, o de pasado mañana, pues me falta una última información que debe fijar la fecha, tendrá todos los aspectos de un desastre; no os será difícil creerlo, milord, cuando sepáis que tengo para mí portadores para un millón y medio de libras. Pero, la Tesorería no tiene en caja más allá de un millón de libras esterlinas…

—Hay el banco —dijo el príncipe.

—Milord, a la hora de que os estoy hablando, el Banco pagará solamente a nosotros.

—¿Cómo es eso? —dijo Tolstoi extrañado.

Río-Santo se levantó.

—Milord —replicó, saludando para despedirse— mañana tendré el honor de haceros llegar noticias mías.

Tolstoi acompañó a su visitante hasta el último peldaño de la escalinata. Siguió con la vista el coche y en aquella mirada ya había desaparecido completamente el odio.

Al llegar a la esquina, el carruaje de Río-Santo se detuvo.

El cochero bajó de su asiento y tomó, a pie, el camino de Irish House. Ereb subió en su lugar y, sin preguntar a dónde debían dirigirse, lanzó los cuatro caballos al galope.

Entretanto, el caballero Angelo Bembo había ya realizado una parte de su cometido y convocado a los lords de la Noche. Hecho esto, se dirigió hacia Prince's Street (Bank). En el ángulo formado por esta calle y la de Poultry, frente a la desembocadura de Comhill, había un pequeño entresuelo, limpio y pintado de nuevo. Fue frente a esta casa que Bembo se detuvo.

Todo allí respiraba un aspecto honrado, serio y tranquilo. Era la morada de un quaker o de uno de aquellos presbiterianos de vieja cepa, que almuerzan con un fragmento del evangelio. Se hacía solamente lo más preciso para ir sosteniendo la carne y no entregar el espíritu a las sugerencias del demonio de la ociosidad; era un minúsculo comercio de refrescos.

Bembo tenía prisa. Entró precipitadamente en el salón de conversación, en donde míster Smith leía en voz alta y nasal, un capítulo de la Biblia.

—¿Qué queréis? —preguntó éste último interrumpiendo su lectura, pero sin levantar los ojos protegidos por una enorme visera de seda verde.

—Mayor —contestó Bembo— me envía míster Edward, para saber en qué punto se encuentran los trabajos.

—Hablad más bajo, *signore*. ¿Los trabajos? Dios ha bendecido nuestros esfuerzos y estamos, ya, muy cerca del final.

—Milord desea una respuesta más concreta —dijo el caballero Angelo Bembo.

—Milord será satisfecho, *signore*.

Jedediah tiró fuertemente el cordón de una campanilla cuyo sonido no se oyó. Al cabo de un minuto, se oyó un paso pesado, golpeando, a intervalos dignos y contados, los escalones de una escalera que daba al sótano.

—¡Vamos, muchacho, vamos! —gritó míster Jedediah Smith.

—¡Rayos y truenos, qué diablos! —contestó una voz honrada y vigorosamente timbrada—, ¡aquí estoy!

—Os he llamado para que contestéis a este *gentleman*.

Paddy se volvió hacia Bembo.

—¿Y qué quiere este honorable *gentleman*? —preguntó.

Bembo le repitió, en pocas palabras, la pregunta que había hecho a míster Smith, y éste añadió:

—Este *gentleman* viene de parte de Su Honor.

—¡Que el diablo se acueste conmigo! —gritó Paddy, quitándose respetuosamente el sombrero—. El túnel está ya casi horadado, señor, ya que Su Honor quiere saberlo, y si la brújula no miente, ya sólo nos faltan tres pies, todo lo más, para desembocar, como unos buenos chicos, en los sótanos de la Banca. Ya era hora, ¡pardiez!, pues esa pobre criatura de Saunder, ¡estúpido bribón!, ya sólo vuela con una ala. Hace ya nueve meses que hace de topo, debajo tierra, y desde este tiempo ha comido más «ruina azul», que no se necesitaría para destruir a diez cristianos. Pero, ahora caigo, ya que venís de parte de Su Honor, la consigna no vale para vos, y si tenéis el capricho de visitar el agujero…

Bembo no pudo reprimir el primer movimiento de curiosidad.

—Mi informe, a milord, será más detallado —dijo—. Acepto vuestra oferta, caballero.

30. Saunder el elefante

Había en el circo de Astley, un *clown* llamado Saunder Mass, o Saunder el Elefante, que era la admiración de todos los «cokneys» de Londres, por su vigor extraordinario.

Este Saunder era originario de Namur y se llamaba Alexandre, simplemente. Era un hombre de una estatura colosal, un gigante linfático, pesado, estúpido, una imitación belga de Goliath. En la primavera del año 1834, año que precede la época en que transcurre nuestra historia, Saunder desapareció. Pero desapareció tan completamente, que nadie hubiera podido indicar su paradero. Esto dio tema a muchas conjeturas. Se habló de ello en Southwark y al otro lado del río. El Támesis corrió durante tres días dos hileras de mirones, hablando solamente de Saunder.

Saunder, el Elefante, mientras se ocupaban de él, mataba el tiempo, muy agradablemente, en compañía del capitán Paddy, juergueando de la mañana a la noche, en la casa de la esquina del Prince's Street, que acababa de abrirse como tienda de refrescos. Al cabo de tres días, el prolongado festín al cual Saunder el Elefante había sido invitado, diose por terminado. El capitán le puso en las manos una ganzúa y varios instrumentos de acero y allí mismo, en aquel sótano de donde salió la enorme humanidad de Paddy, Saunder, el Elefante, empezó su trabajo.

Para comprender bien la enormidad de la empresa, en la cual se empleaba, únicamente, a un hombre, ha de saberse que no se trataba solamente de horadar un sencillo túnel en el que pudiera pasar un ser humano a gatas. A los milords de la Noche les hacía falta una galería en la cual se pudiera andar y correr. Una vez horadados los cimientos de la casa, el trabajo empezó a marchar un poco más rápidamente, pues Saunders ya había tomado el hábito. Cada vez que su azada sin mango, que manejaba con las dos manos, se hundía en el suelo, un gran pedazo de tierra se desprendía y caía. Por la noche, irnos carros llegaban a la puerta de la tienda de refrescos y se llevaban los escombros, encerrados

en pequeños toneles fáciles de manejar, que Paddy subía, él mismo, del fondo del agujero.

Saunder no salía jamás, como es natural; la primera condición de una empresa de este género, es el secreto absoluto. Dormía, por regla general, ocho horas seguidas, después de lo cual, trabajaba sin hacerse de rogar, durante cuatro horas. Era ya una costumbre que había tomado. Desde entonces, el gigante iba regulado como un reloj. Una vez la tarea terminada, echaba un sueño. Con toda seguridad, esta vida no era tan laboriosa como la que llevaba antiguamente, en el circo de Astley y, sin embargo, a la larga, le fue fatal. El abuso excesivo que Saunders hacía de licores fuertes, contribuyó, por su parte, a minar su atlética constitución. En resumen, ocho meses después de haber empezado a abrir la zanja, el gigante, según la expresión del capitán Paddy, «volaba sólo con una ala».

Mientras tanto, el trabajo iba adelantando, no rápidamente, pero seguido, y nadie en Londres había tenido soplo de esta hazaña extraordinaria. El éxito no parecía, en absoluto, dudoso. Unas cuantas toneladas más de tierra extraídas, y un ancho camino se abría desde la esquina de Prince’s Street, hasta los sótanos de la Banca. Era un amplio túnel de forma cilíndrica, apuntalado, a cortos intervalos, por unos cercos de hierro, y agujereado, en ciertos sitios, a más que cuarenta pies por debajo de la superficie de la calle.

El día en que Paddy acompañó al caballero Angelo Bembo a la galería subterránea, estaba ya casi terminado. La brújula había indicado la dirección exacta que debía seguirse, y Paddy, señalando un plano interior del Banco, había visto, desde hacía quince días, aproximadamente, la necesidad de hacer subir la galería.

—No se oye trabajar —dijo Bembo— seguramente vuestro hombre está durmiendo o descansando.

—¡Mi hombre! —repitió Paddy—, ¡palabra de honor, no! Hace más ruido durmiendo que trabajando… que Dios me condene, ¡milord!, ¡y Dios me condenará!, ya debéis empezar a oír su música.

Bembo prestó oído y percibió el sonido grave y sordo de un ronquido alejado.

—Es su manera de quejarse —prosiguió el capitán— se ve que esto le divierte. ¡Tened!, ahí está su cama y su botella.

Paddy señalaba una hendidura practicada en la pared de la galería, en la cual había una verdadera y buena cama. En cuanto a la «botella», era una jarra de gres que podía contener sus buenas seis pintas. Al cabo de

unos pasos, empezaron a subir por una pendiente bastante rápida, y pronto el capitán, deteniéndose de pronto, se arrimó contra la muralla.

—Si Vuestra Señoría, ¡por el infierno!, quiere molestarse en mirar —dijo—, podrá ver a Saunder el Elefante, el mayor pícaro que hay en los Tres Reinos, y el más grande también, ¡que Dios nos condene!

Bembo levantó los ojos y vio frente a él, en efecto, a un coloso que, lamentándose y gimiendo, elevaba y luego bajaba sus brazos. No había oído los pasos de los visitantes y seguía en su tarea. La tierra que hacía desprender, a grandes fragmentos, a cada esfuerzo, caía en un cajón dispuesto delante de él y, de cuando en cuando, vaciaba el cajón lleno en uno de aquellos toneles que ya hemos mencionado. A pocos pasos detrás de él, encima de una mesa, había un reloj, una brújula, una plomada y algunos instrumentos de cálculo. Era el lugar del capitán Paddy O'Chrane.

—¿Qué, milord? ¡Cómo encontráis a mi pequeño Saunder, voto al infierno! —dijo el capitán.

—¡Inconcebible! —murmuró Bembo—; sin ruido, sin chocar, va horadando…

—Como si fuese un pudín, ¡condenado!, ¿verdad? —interrumpió el capitán—. Yo le he enseñado, milord.

En el momento en que Paddy acababa de decir estas palabras, el pequeño reloj se puso a dar las once; el Elefante soltó la herramienta, al mismo tiempo que lanzaba un gran suspiro de satisfacción.

—Vete a dormir —dijo Paddy—, ¡miserable esponja!, ¡querido compañero! ¡Duerme bien y que el diablo te lleve!

Saunder pasó como pudo entre Bembo y la muralla. Un instante después, roncaba como un cíclope.

—Pero esto no me dice en qué punto está el trabajo —dijo el caballero Bembo.

—¡Rayos y centellas! —dijo el capitán señalando un pedazo de papel grasiento lleno de números mal dispuestos— claro que por lo que se refiere a los números, ¡qué diablo!, no soy ningún águila. Estamos debajo de los sótanos, milord, a diez pasos de la fortuna.

Como Bembo no tenía manera de comprobar esta aserción, y el tiempo apremiaba, volvió sobre sus pasos, seguido por el capitán quien, cortésmente, le acompañó hasta la calle y le deseó, cordialmente, el fuego eterno.

Bembo volvió a subir en su «cab» y se hizo llevar, a toda prisa, a White Chapel Road. Llegado a la esquina de Osborn Street, pagó al cochero y se

apeó para proseguir su camino, a pie, hasta Bakers Row. Una vez llegado allí, llamó a la puerta de una vasta mansión, que se abrió en seguida. Detrás de la puerta se hallaban dos hombres, sin armas aparentes, pero cuyo vigoroso aspecto decía suficientemente que, una vez la puerta abierta, quedaba, todavía, otra barrera para franquear.

—¿Por quién preguntáis, *gentleman*? —dijo uno de ellos.

—El consejo de la «Familia» —contestó Bembo.

—¿Quién sois?

—Lord de la noche.

—Vuestra Señoría ha llegado con retraso —dijo el otro portero, o centinela—. Milords están reunidos desde hace una hora.

Bembo subió rápidamente una gran escalera bien iluminada y fue introducido en aquel espacioso salón en el que *lady* Jane B., al salir de la cueva empestada del «purgatorio», había cambiado las veinte mil libras de su real protector, contra el diamante de la corona.

Alrededor de la amplia mesa, cubierta con un tapete verde, que ocupaba el centro del salón, una veintena de hombres estaban sentados. En medio de la mesa, en un sillón más elevado, parecido a aquel trono en el cual se sentaba en la capilla subterránea de Santa María de Crewe el fraile con hábito de seda, se hallaba sentado el señor marqués de Río-Santo.

31. El caballero Angelo Bembo

No era solamente el trono que tenía semejanza con el asiento del jefe de los frailes falsos de Santa María, había, entre esta grave reunión de hoy y la asamblea de los bandidos del subterráneo escocés, otros pimíos de comparación.

Si a Frank Perceval, le hubiesen hecho entrar, repentinamente, en aquel salón brillantemente iluminado, sin duda alguna, hubiese reconocido a más de una fisionomía, y, entre aquellas voces, más de una le hubiese hecho estremecer.

A la derecha del marqués de Río-Santo se encontraba el doctor Moore, a quien se le consideraba, generalmente, como a su confidente y amigo. Después del doctor Moore, había un *gentleman*, de apariencia militar, que hablaba con voz muy alta en la discusión y a veces, pretendía, pero en vano, plantar cara al marqués. Era *sir* George Montalt, tan célebre por sus nobles maneras, como por sus innumerables deudas. George se había hecho ladrón después de haber sido burlado. Esta es una historia muy antigua.

Después venía el banquero Fauntlevy, del cual, poco después, todo Londres iba a ocuparse de él y reunir en torno a su cadalso, las más bellas flores de nuestros salones elegantes. Fauntlevy era el amigo íntimo de uno de los hermanos del rey. Era un guapo joven de rubia cabellera, con sonrisa femenina, con la cintura elegantemente ceñida dentro de un frac negro de corte impecable. Era tan fastuoso como *sir* George, y su casa de Pimlico avergonzaba al palacio de Saint-James. El expediente de su proceso contenía catorce mil falsificaciones. El hermano del rey solicitó gracia y fue a visitarle en la prisión.

Más allá del elegante banquero, estaba sentado un personaje completamente salpicado de tabaco, cuya boca olía fuertemente a ron de las Antillas. Este personaje, aparte la debilidad que tenía de apropiarse los bienes del prójimo, era un muy santo hombre. Desde hacía algunos meses se hablaba de él como presunto sucesor a la vacante promovida

por el difunto deán de Westminster. Este reverendo respondía al nombre de Peter Boddlesie. En aquel tiempo solamente poseía un mísero beneficio de doscientas libras, y sus superiores, con los cuales tenía trato, cobraban miles de guineas por mes. Bien tenía que encontrar, pues, un medio, el reverendo Boddlesie, para aumentar, honradamente, su prebenda.

Después del reverendo encontramos a un Honorable, John Peatón, que, en ocasiones, tenía un pequeño papel, cuando la «Familia» tenía necesidad de un nobleman para representar un comparsa en alguna intriga; pero era un pobre actor. Por el contrario, castigaba a un caballo más que un palafrenero y podía zamparse veinticuatro docenas de ostras, mientras estuviesen acompañadas de seis botellas de oporto.

Si el Honorable John era completamente inútil, por el contrario, su vecino resultaba indispensable a la sociedad. Este vecino, un hombre de unos cuarenta años, mirando a la gente de reojo y dotado, desde la barbilla hasta la coronilla, de una cara de «observador», era nada menos que S. Boyne, esq., intendente de la policía metropolitana. Gracias a él y a uno de los subcomisarios de la City, que tenía la sede un poco más abajo, la «Familia» vivía en paz, o casi en paz, con la policía.

Sentado al lado del magistrado, estaba arrellenado en su sillón un lord. Un verdadero lord, llevando corona de vizconde encima de su escudo normando. ¡Qué queréis! Se puede tener un nombre caballeresco y una magnífica fortuna, pero se tiene el espíritu débil, por no decir vicioso. Uno mira a su alrededor; en todo lo que abarca la vista, sólo se ven lords sumergidos hasta el cuello en una orgía sin fin. Se es lord: se tiene el derecho de hacer como los lords. Uno entra de lleno en su vida. El oro corre a raudales, después, el oro se acaba y falta. ¿Qué debe uno hacer?

A su izquierda, un *gentleman*, sonrosado y pulcro, con una nariz fina y blanca y hermosos lentes de oro. Este *gentleman* era el personaje importante de la sesión, porque su calidad de sub-cajero central de la Banca lo ponía en situación de poder proporcionar todos los informes necesarios para el gran acto de expoliación que estaba meditando la «Familia». Se llamaba *sir* William Marlew. Después de él venían varios empleados del gobierno y un juez.

Al otro lado de la mesa se hallaba la parte verdaderamente militante del consejo de la «Familia». Estos que acabamos de enumerar, con excepción del doctor Moore, pagaban más por su posición, que no por sus

actos, los otros eran verdaderos bandidos, actuando, combinando y sirviendo de cabeza a los cien mil brazos de la asociación.

Allí encontramos al pobre ciego, *sir* Edmund Makensie; míster Smith, despojado de su visera verde y de su aspecto gazmoño, que no hubiese cuadrado con su título belicoso de mayor Borougham; *sir* Paulus Waterfield, el doctor Müller, en la persona del cual nuestros lectores habrían reconocido al joyero Falkstone y dos o tres otros, audaces e inteligentes bribones que, como el señor Jedediah Smith y el doctor Müller, venían en línea directa de Botany Bay.

Cuando Bembo fue introducido en la sala, tenía la palabra William Marlew, sub-cajero central de la Banca.

—Afirmo —declamaba con gravedad— y creo poder, por mi situación, hablar respecto a este asunto, con cierta autoridad… ¡Más todavía!, puedo asegurar que los sótanos de nuestra administración no han contenido jamás tanto oro, acuñado o no. Actualmente, la Banca no tiene menos de veinticinco millones de libras esterlinas en sus bodegas.

—¡Veinticinco millones de esterlinas! —repitió el ciego Tyrrel, brillándole los ojos.

—¿Y qué parte tendremos cada uno de nosotros? —preguntó el reverendo Boddlesie, futuro deán de Westminster, muy contento.

—Es una cuestión de aritmética, caballero —contestó el cajero—; una simple división…

—*Sir* William —interrumpió Río-Santo— sírvase decirnos cual es la suma, en billetes al portador, que pueden contener los cofres de la Banca.

—Esto me parece que no tiene interés, milord, puesto que los billetes pronto no representarán más que unos valores ausentes. Sin embargo, para satisfacer a Vuestra Señoría, contestaré: el doble de los valores en oro.

—Está bien, señor —contestó Río-Santo.

Bembo acababa de llegar junto a él para darle cuenta de su informe.

—Milords —prosiguió casi en seguida Río-Santo— vuestra justa impaciencia será satisfecha. En la noche de pasado mañana, nos introduciremos en la Banca.

La seriedad de la asamblea desapareció ante este sensacional anuncio, y un alegre, ¡hurrah!, hizo retumbar los artesonados de la sala.

—Deben tomarse algunas medidas —continuó Río-Santo— para las cuales, creo que el consejo me dará plenos poderes.

—¡Naturalmente! ¡Naturalmente! —respondieron de todas partes.

—*Sir* William tendrá la bondad de presentarse en el lugar —continuó Río-Santo— para señalar exactamente el plan de los sótanos y dar a nuestros hombres todas las indicaciones necesarias. *Sir* William indicará, además, los depósitos de billetes, aunque, según parece, él desprecia este botín.

—Una vez el Banco arruinado… —empezó el cajero.

—Es cierto, caballero, pero haréis lo que yo os pida. Respecto a las medidas y a las precauciones que deben tomarse, esto corresponde a los señores de la policía. Yo me reservo, por otra parte, de poner en pie la proclama y el levantamiento en masa de la «Familia» para promover alborotos en diferentes puntos y ocupar, de esta manera, la fuerza armada. No os extrañéis, pues, milords, si todos nuestros hombres se convocan a la vez.

El doctor Moore, que todavía no había pronunciado ni una sola palabra, echó una mirada penetrante y furtiva al marqués. El ciego y él cambiaron una imperceptible señal de inteligencia.

Si Moore y Tyrrel sospechaban que el señor marqués de Río-Santo se guardaba para sí una buena parte de sus ideas, no se equivocaban lo más mínimo. El pillaje de la Banca era nada más que un accesorio de su proyecto, un detalle de su plan. Aquellos billetes al portador, que el rosado y rubio cajero menospreciaba, adquirían para Río-Santo un valor incalculable, por esta misma circunstancia que, entre sus manos, se convertían en un arma y determinaba, repentinamente, la bancarrota del primer establecimiento financiero de Inglaterra.

En cuanto a la reunión de todos los hombres de la «Familia», era otro asunto. Se trataba de un motín, efectivamente, pero no era para proteger el pillaje de la Banca. El alboroto tenía otro alcance y otro resultado.

Los lords de la Noche se despidieron.

El marqués de Río-Santo volvió a subir a su carruaje con el caballero Angelo Bembo.

En el momento en que su coche se detenía en Belgrave Square, cogió la mano de Bembo y se la apretó fuertemente.

—Angelo —dijo—, se aproxima la hora. Tendré necesidad de toda vuestra dedicación. Si hay alguien en el mundo a quien améis, pensad en esta persona esta noche y mañana, pues después de este término me pertenecéis.

Cuando Río-Santo se hubo separado de él, Bembo fue a acodarse al alféizar de la ventana baja, situada frente al «Lord's córner». Anna seguía en la habitación donde ya la hemos visto. Sus ojos enrojecidos debieron haber llorado mucho. Hasta en el suelo que la había sorprendido, conservaba una actitud de espanto. Bembo la contempló durante largo rato, en silencio.

—¡Si hay alguien en el mundo a quien yo ame! —murmuró finalmente—. ¡Oh!, sí, es un amor de ayer, que tendré que olvidar mañana. ¡Pero la amo… la amo como no he amado nunca todavía y como ya no amaré nunca más!

Era una de aquellas raras noches en que el invierno de Londres se viste con un manto de escarcha de los países polares. La helada centelleaba en las ramas marchitas de los árboles que ocultaban la fachada posterior de Irish House. La calle estaba desierta bajo la ventana.

—¡Solamente tengo esta noche —se dijo Bembo— y esta noche ya está bastante avanzada!

Unos minutos después, la pequeña puerta por donde el príncipe Dimitri Tolstoi había sido introducido en Irish House, se abrió sin ruido y el caballero Bembo atravesó la calle. Ningún ruido turbaba el silencio absoluto de la noche. Bembo calculó con la vista la distancia que le separaba de la ventana donde quemaba la bujía de Anna, y procuró lanzar al balcón una escalera de seda que llevaba consigo. Pero no logró su deseo. Afortunadamente, era ágil. Su puñal, clavado entre los ladrillos, le sirvió de peldaño y, en parte gracias a esta ayuda y en parte gracias a los salientes de la fachada, logró llegar hasta el balcón.

Una vez en el balcón, ató fuertemente su escalera a los barrotes de hierro, ya que, después de subir, sería necesario bajar y, probablemente, bajar dos personas. Anna Mac-Farlane se despertó sobresaltada. El puño de Bembo, envuelto con un pañuelo, acababa de romper uno de los cristales de la ventana. El aire fresco del exterior hizo irrupción en el aposento, al mismo tiempo que Bembo, y la llama de la vela, con el aire, se inclinó, iluminando únicamente los objetos de manera muy vaga. Anna, que al principio hizo un movimiento para huir, corrió y se echó, dando un grito de alegría, en los brazos de Bembo, estupefacto.

—¡Stephen!, ¡querido Stephen! —exclamó—. ¡Dios os envía en socorro mío!

Un doloroso estremecimiento recorrió todos los miembros de Bembo.

—¡He rezado tanto! —prosiguió Anna—. ¡Mi Stephen!, ¡ya sabía que la salvación me vendría de vos!

La llama de la vela se reanimó. Entonces Anna descubrió su error. Se desprendió, asustada, y cayó de rodillas, al mismo tiempo que decía:

—¡Os lo ruego! ¡Tened piedad de mí!

En efecto, Bembo tuvo piedad.

—No temáis —dijo, tan dulcemente, que Anna se sintió reanimada—; ¡no tengáis miedo de mí, señora; mi presencia no debe causaros terror!

—¿Cómo estáis aquí, caballero? —preguntó.

—Señora —dijo—, he venido para salvaros.

Y sobreponiéndose a un instintivo escrúpulo, añadió, procurando sonreír:

—¿No lo adivináis? Vengo de su parte.

—¡De su parte! —exclamó *miss* Mac-Farlane, cuyo rostro expresó, de repente, una confianza ilimitada.

—De parte de Stephen —murmuró bajito el caballero Bembo.

Anna saltó de alegría. Bembo sufría cruelmente; pero tuvo la fuerza de mantener hasta el final su estratagema.

—¡Venid! —murmuró—. Stephen os espera.

Cogió en brazos a la joven, que no opuso resistencia alguna, y empezó a bajar la escalera de seda con suma precaución. A mitad del camino de la ventana al suelo, a Bembo le pareció oír detrás de él, en la casa del señor marqués de Río-Santo, el ruido de una ventana que se abría. Siguió bajando. Unos peldaños más y sintió a Anna estremecerse en sus brazos.

—¡Mirad!, ¡mirad!... —dijo, aterrorizada—; ¡un fantasma por entre las ramas de estos árboles!

Bembo intentó, inútilmente, volverse. Anna seguía mirando el fantasma, que bajaba también a lo largo de uno de los troncos de los árboles de detrás de la Irish House. Una vez llegado al nivel del muro del patio, se agarró a él y quedó un momento como indeciso. Era un hombre medio desnudo, del qual podían verse los miembros esqueléticos, a los rayos de la luna. Anna moría de miedo.

Por fin Bembo puso el pie en el último peldaño de la escalera. En aquel mismo instante se oyó el ruido de la caída de un cuerpo sobre la calle. Era el fantasma que acababa de saltar. De manera que nuestros dos fugitivos y aquel hombre tocaron el suelo al mismo tiempo, encontrándose frente a frente.

Bembo vaciló. El hombre se apoyó, agotado, en la pared que acababa de saltar y una voz temblorosa se elevó en el silencio de la noche. Esta voz cantaba:

El *laird* de Killarvan
Tenía dos hijas
Jamás vio galán
De tan gentiles
En Glen Girvan…

—¡Mi padre! —exclamó Anna desprendiéndose de los brazos de Bembo—, ¡es la voz de mi padre!

Angus, pues era él, dio un paso hacia su hija, de la que había reconocido la voz; pero, casi inmediatamente, preso de un misterioso terror, retrocedió, tambaleándose.

—¡Siempre las sombras de las muertas! —murmuró con infinita tristeza.

Y como Anna quisiera poner sus brazos alrededor de su cuello, la tiró con violencia al suelo y huyó corriendo, al tiempo que decía:

—¡Las dos!, ¡las dos!

Bembo lo perdió de vista a la esquina de Belgrave Square. Cogió a Anna, desmayada, y se la llevó.

Al día siguiente, el señor marqués de Río-Santo encontró vacía la cama del laird. Le fue imposible confiar a nadie sus inquietudes, pues, en todo el día, el caballero Angelo Bembo no se dejó ver por Irish House alcance y otro resultado.

32. Ángel de la guarda

Hasta aquí, nuestros personajes no han perdido de vista la cúpula majestuosa de San Pablo, de Londres; hasta aquí, nuestra historia ha girado en el reducido ciclo de una semana. Hemos vuelto a coger, uno a uno, todos nuestros personajes, puestos de lado, en la segunda parte de este relato, en el cual la atención del lector estuvo fija, casi exclusivamente, en Susannah y Brian de Lancester; hemos seguido cada uno de ellos en sus esfuerzos, buenos o malos, en sus sentimientos, en sus aventuras, y el curso natural de estas diversas acciones, convergiendo al mismo fin, nos traslada a aquel día en el cual Brian de Lancester hizo reventar a «Ruby», su hermoso caballo, y arrostró el fuego de los *horse-guards* para ofrecer una flor a los pies de Susannah.

Fue la víspera de este día, efectivamente, que el marqués de Río-Santo estuvo en peligro de muerte por el abrazo furioso de Mac-Farlane; fue aquel mismo día, hacia las tres de la madrugada, que el caballero Bembo raptó a la más joven de las hijas de Mac-Farlane de su prisión del «rincón del lord».

Entre el doctor Moore y el ciego Tyrrel había un lazo muy estrecho. Este último había recibido del doctor uno de aquellos favores que no tienen precio y le guardaba cierto agradecimiento. Por otra parte el interés de ambos les acercaba: los dos querían compartir la sucesión del marqués de Río-Santo. Los dos vivían en Wimpole Street: Tyrrel, en el número 9; Moore, en el número 10. Sus casas eran contiguas. Sus casas, además, se comunicaban, interiormente, por un pasadizo secreto, que nada hacía sospechar y que utilizaban en sus relaciones habituales, de tal manera que nunca se les veía entrar el uno en casa del otro.

Fue por este pasadizo que la casa número 9 fue evacuada, mientras Brian de Lancester iba a buscar un escuadrón de policías.

Moore estaba ausente y no había comparecido por su casa en todo el día. La casa había quedado al cuidado de Rowley. El pasadizo que unía las dos casas contiguas, daba, a través de un pequeño pasillo, tomado del

cuarto-prisión, al mismo despacho del doctor. Fue allí donde entraron los fugitivos del número 9. Susannah no intentó siquiera oponer resistencia, porque ignoraba que la hiciesen pasar de una casa a otra.

Apenas hubieron entrado en el despacho del doctor, Tyrrel cogió por su cuenta a la señora duquesa viuda de Gêvres y le dijo:

—Id a White Chapel Road, Maudlin, y avisad que mi casa está en manos de la policía.

La señora duquesa de Gêvres echó un vistazo a Susannah.

—¿Y la dejaremos sola, aquí? —preguntó.

—Con vuelta doble de llave, Maudlin —dijo el ciego, dirigiéndose precipitadamente hacia la puerta—, sobre todo, daos prisa. Yo voy a ocuparme del enamorado. Es necesario que éste haya cerrado el pico antes de mañana por la mañana.

La francesa se acercó a Susannah, que se había sentado algo apartada.

—Querida mía —le dijo—, habéis sido muy imprudente; pero a todo pecado, perdón. Voy a hacer algo en favor vuestro y de él, con el fin de que no ocurra nada malo.

Antes de salir, cambió de idea.

—Pero… ¡Oh!, si no habéis comido, ¡querida mía! —prosiguió—, ¡y estaré largo tiempo ausente!

—¡No tengo hambre! —contestó Susannah.

—¡Dios mío…!, ¡ya conozco esto, querida…!, la pena… la desesperación… no se tiene hambre. Pero siempre se puede picar un poco de pollo.

La señora duquesa de Gêvres, que parecía encontrarse como en su propia casa, en casa del doctor Moore, salió y reapareció pronto, seguida por un criado que llevaba una bandeja. Aquella bandeja contenía una cena completa. El criado la puso encima de una mesa, luego la mujercita se retiró definitivamente, diciendo:

—¡Buen provecho, corazón!

La llave dio dos vueltas en la cerradura, por la parte de fuera. Susannah estaba sola. Había puesto la cabeza entre sus manos y hacía esfuerzos para desembrollar el caos de tumultuosos pensamientos que llenaban su cerebro. La primera idea que le vino fue un temor punzante. Recordó las amenazas que tenían siempre por objeto Lancester. Al cabo de algunos minutos, gruesas lágrimas rodaron por su rostro.

—¡Dios mío!, ¡le he matado! —murmuró con abatimiento.

Un débil gemido se hizo oír detrás de ella, como un eco de su lamento desesperado. Susannah tomó la vela y empujó vivamente la puerta a la cual se arrimaba su asiento. La cama en la cual yacía Clary desfallecida, estaba a diez pasos de allí. Susannah, extrañada, bajó su mirada hasta la paciente. Apenas su mirada, llena de conmiseración, distinguió los rasgos de Clary, la fisonomía de la hermosa joven expresó una emoción extraordinaria. Sus ojos se humedecieron, luego, se dejó caer de rodillas. Clary abrió sus párpados doloridos, porque acababa de sentir un beso en la mano.

—¡Vos!, ¡sois vos! —murmuró Susannah—, ¡vos a quien estoy buscando desde hace tanto tiempo!

Una muda extrañeza se retrató en el rostro de *miss* Mac-Farlane.

—¿No me recordáis? —prosiguió Susannah—; un favor que se hace no deja ninguna señal en las almas generosas. ¡Pero el favor que se recibe! ¡Oh!, ¡yo sí lo recuerdo! y desde que he aprendido a rezar, he rezado por vos y por aquel otro ángel que se os parece y que, seguramente, es vuestra hermana… por Clary, la noble joven y por Anna, la dulce niña.

—¿Quién sois, pues, señora? —preguntó Clary.

—No conocéis mi nombre y no me lo preguntasteis, Clary, aquel día en que vuestro brazo sostuvo mi cuerpo desfallecido en la acera de Comhill, aquel día en que socorristeis a la pobre muchacha desconocida que se moría de hambre.

—¡De hambre! —repitió Clary, apretándose dolorosamente el pecho —. ¡Oh!, ¡yo también me muero de hambre!

Susannah salió corriendo de la habitación y regresó inmediatamente llevando la bandeja con la cena preparada para ella. Sus ojos llenos de lágrimas, reían de felicidad. Se volvió a poner de rodillas sobre la alfombra y ayudó a la pobre enferma a incorporarse. Mientras esta última comía con fruición, la hermosa joven le sonreía y ponía en sus pálidas manos fraternales besos.

Clary se reanimaba, alentada por esta ternura.

Luego, presa de un involuntario y súbito terror, añadió, temblando:

—¡Pero, señora, no podréis quedaros siempre cerca de mí, y cuando ya no estéis, volverán a hacerme morir de hambre!

Susannah, instintivamente, se irguió, como si quisiera interponerse entre Clary y el peligro.

—Yo os defenderé —dijo—; ¡soy fuerte como un hombre! ¡Que vengan!

Susannah se interrumpió porque vio palidecer a Clary, y que cerraba los ojos con temor. Antes de que hubiera podido girarse para ver qué era la causa de aquel terror tan repentino, una voz seca y áspera dijo, cerca de ella:

—¿Qué significa esto, caballero?

El doctor Moore y Rowley acababan de entrar.

—*Sir* Edmund ha pasado por la pequeña puerta y ha traído esto… esa *lady*… con él.

Las cejas del doctor Moore se fruncieron violentamente.

—Éste no es el sitio para esta *lady*, caballero —dijo duramente—, retiraos y decidle que os siga.

—Caballero, no saldré de aquí —dijo Susannah, con voz baja y tranquila.

El doctor se adelantó hasta la cama.

—Señora —dijo, haciendo un esfuerzo para reprimir su cólera—, ignoro y desprecio las pueriles fórmulas de lo que llaman galantería. Sin embargo, como preveo un enojoso desenlace a todo esto, y, queriéndolo evitar, me descubro ante vos, señora —se quitó el sombrero con la mano —; me inclino como un estúpido y apuraré todas mis reservas de cortesía, diciéndoos: «Señora, os ruego, os suplico, que os retiréis inmediatamente».

Para que el lector se haga cargo de la situación, bastará decirle que el doctor acababa de dejar en aquel instante la cabecera de *miss* Trevor y que llegaba, a toda prisa, para intentar, en la persona de Clary, la terrible experiencia aplazada hasta entonces.

Susannah volvió la cabeza hacia Clary.

—¡Oh!, ¡no me abandonéis! —dijo la pobre niña, que creyó ver un titubeo en aquel movimiento.

—¿Abandonaros? —exclamó Susannah, rodeándola con sus brazos—. ¡Clary!, ¡no conozco ninguna fuerza capaz de separarme de vos!

El doctor dejó escapar una sorda exclamación.

—¡Señora! —dijo con voz temblorosa—; ¡no me conocéis! ¡Y no sabéis qué crimen habéis cometido al penetrar en este aposento!

—Sé que han intentado hacer perecer a esta niña —respondió Susannah, sin inmutarse— y quiero, desde ahora, velar por ella.

La puerta volvió a abrirse. Esta vez, fue Tyrrel el Ciego quien entró. En lugar de avanzar hasta el centro de la habitación, se quedó en el umbral, inmóvil y helado. El doctor se estremeció visiblemente cuando oyó la contestación de Susannah.

—¡Ah!, ¡sabéis esto, señora! —murmuró con amenazadora voz—; pues bien, yo puedo olvidar que vos lo sabéis… quizás pueda perdonaros el que lo sepáis, ¡pero salid!, ¡por vuestra vida, salid!

—No saldré —repitió la hermosa joven— y tendréis que empezar por matarme, si queréis la vida de esta niña.

El doctor metió las manos en sus bolsillos; su rostro, de ordinario pálido, estaba rojo hasta la frente, siendo espantoso su aspecto.

—¡Fuera de aquí! —dijo a Rowley, en una explosión de rabia—; ¡esta mujer lo ha querido!

Tyrrel el Ciego, se había decidido, finalmente, a entrar en escena. En el momento en que Moore, enloquecido por uno de aquellos paroxismos de terror que acometen, especialmente, a los hombres cuya pasión se esconde bajo una máscara de hielo, se precipitaba hacia Susannah, que permanecía impávida, el brazo robusto de Tyrrel lo detuvo en seco. El doctor intentó desasirse. Fue en vano.

—¡Qué! —gritó, exhausto por esta lucha de un momento—, ¡te atreves a violentarme, tú!

—Mi opinión es que no se debe matar a esta mujer, doctor —respondió tranquilamente Tyrrel.

—¡Y si yo lo quiero!

—Me cuidaré de impedirlo.

Clary estaba más muerta que viva. Susannah, que la cólera de Moore no había podido hacerla temblar, miraba ahora a Tyrrel con ojos temerosos e inquietos. Éste prosiguió, sin perder su flema:

—Doctor, hay varias razones. La primera, es que esta mujer es mi hija.

Susannah sintió un imperceptible choque y se puso muy pálida. Moore retrocedió, anonadado.

—¡Ah!, ¡ah!, *miss* Suky —prosiguió Tyrrel, cubriéndola con aquella mirada penetrante, profunda y triste, de la cual la hermosa muchacha habló tantas veces a Brian de Lancester—, ¿no me reconocéis?

—Os reconozco, señor —pronunció en voz baja Susannah— y, sin embargo…

—Sin embargo, no significa nada, *miss* Suky, tratándose de un sabio como el doctor. Me vistéis ahorcar, ¿no es verdad? ¿Quién sabe?, a lo mejor veréis ahorcarme otra vez. Doctor —añadió Tyrrel, volviéndose hacia Moore, cuya cólera se dejó engañar por esta revelación y que seguía mirando a las dos jóvenes con un titubeo de mal augurio—; cuando digo: es mi hija…, ¿me oís bien? Cuando yo me llamaba Ismail Spencer, la llamaban Susannah Spencer, esto es todo… y no es precisamente éste el motivo por el cual me he interpuesto entre vosotros dos.

—¿Por cuál motivo, pues? —preguntó Moore.

—El señor marqués de Río-Santo me ha ordenado que vele por ella.

—¡Ah! —dijo el doctor, bajando la cabeza—, ¡su vida podría ser mi condena!

Tyrrel se inclinó gravemente.

—¿Quién se encargará de reducirla al silencio? —preguntó el doctor —. ¿Seréis, vos, Ismail?

Tyrrel dio una furtiva mirada a Susannah, la cual desvió los ojos.

—¡Pues bien!, sí —contestó, adoptando, de pronto, la bondad en su papel de *sir* Edmund— yo me encargaré de ello, doctor.

Cuarta parte

El marqués de Rio-Santo

1. El asesino de la princesa

Era, aproximadamente, la hora en que el Honorable Brian de Lancester, de regreso ante el número 9 de Wimpole Street con un pequeño pelotón de hombres de la policía, reconocía que su corta ausencia había bastado para que evacuasen la casa. La noche era espléndida. La humedad de todo el día, impresa en el suelo de las calles por un glacial viento del norte, hacía de cada calle un resplandeciente espejo, sobre el cual los transeúntes resbalaban, tropezaban y caían.

En los alrededores de Portland Place, hacia la mitad de la calle de Devonshire, se encontraba, a pesar del frío intenso, una muchedumbre bastante considerable, agrupada frente a una puerta abierta.

Esto ocurría delante de la puerta del señor Timothy Overflow, editor del periódico *The Moon* (La Luna), diario de la tarde.

La muchedumbre reunida en la calle era un tropel de periodistas y vendedores de periódicos.

Por regla general, el diario *The Moon* hacía su aparición en el silencio más completo, pero aquel día había una noticia, una gran noticia. ¡Desde hacía mucho tiempo no había despertado una curiosidad igual! No se trataba de una invención vulgar, era historia pura. Había en juego uno de los miembros de la familia real. Se había cometido un crimen —o por lo menos había intentado—, en la terraza del castillo de Kew. ¡Y, contra quién, Dios mío!, ¡contra una graciosa y dulce criatura, llamada a la sucesión del trono, la esperanza de los Tres Reinos, la princesa Victoria, hija de S.A.R. el duque de Kent, y sobrina de Su Majestad!

Mientras el tropel de vendedores de periódicos se agitaba, un hombre tomaba la delantera sobre sus colegas y se puso a vender los periódicos al público. Se le veía deslizarse por entre la gente, dando al primer llegado y a mitad de precio, los preciosos ejemplares que se disputaban con tanta energía. Parecía presuroso, sobre todo, en vender. Una vez la venta terminada, su mano vaciaba el dinero recibido en un enorme bolsillo, abierto en la delantera de su levita hecha jirones, y desaparecía.

Cuando el paquete de diarios que llevaba debajo del brazo se había agotado, hurgaba en sus bolsillos, a derecha y a izquierda, que llenaban su viejo levitón y sacaba siempre un nuevo paquete.

—¿Qué deseáis, excelente caballero? —decía—; ¿qué queréis, hermosa señora? ¿Un *Standard*? Aquí está. ¿Un *Evening Post*?, tened. ¿Un *Moon*?, buen periódico, *gentleman*, ¡tened!, ¡tened!, ¡tened!

—¡Por aquí, vendedor de mentiras, Satanás y sus cuernos! —gritó el capitán O'Chrane, en el momento en que el andrajoso vendedor pasaba junto a él.

—Aquí está, *gentleman*.

—¡Por Barrabás! —prosiguió Paddy atónito—, ¡pero si es esa serpiente de Bob, buen muchacho, que se ha hecho vendedor!, ¡o que Dios me castigue!

Bob le tendió un *Mail* y recibió un chelín, con orden de devolverle ocho peniques. Metió la mano en su bolsillo.

—¿Y desde cuándo, vil gusano, Bob, por el infierno? ¡Querido compañero!… —empezó diciendo Paddy.

Pero Bob estaba ya lejos. En un periquete había vendido un *Moon* y un *Standard*. Los felices poseedores de los diarios tan codiciados se dirigieron hacia una farola para saciar, a grandes tragos, su curiosidad. Pero apenas la luz cayó sobre los diarios comprados, una múltiple exclamación de desencanto se hizo oír.

—¡Dios me condene! —dijo el capitán a su acompañante.

—¡Ah!, ¡maldición! —exclamó una voz melosa.

El *Standard* era un número de hacía ocho días. El «Moon» era de hacía un mes y el *Evening Mail* del buen capitán daba exacta cuenta de la batalla de Waterloo.

El dependiente apergaminado del señor Timothy Overflow, era un «eccentric man». Detestaba a los vendedores de periódicos. Subió a su habitación, situada encima de la tienda y abrió la ventana, teniendo en la mano un ejemplar del último número de *The Moon*.

Poco después, una voz monótona se oyó en la calle, haciendo callar tanto los gritos de los vendedores callejeros, como los comadreos de la muchedumbre. Decía lo siguiente:

«Verdaderos detalles sobre el horrible asesinato intentado sobre la augusta persona de S.A.R. la princesa Alejandrina-Victoria de Kent, muy amada sobrina de Su Majestad el rey Guillermo, nuestro gracioso soberano».

—¡Vaya! —gritó uno de los vendedores— supongo que no vais a leer todo el artículo en voz alta, señor Switch.

—¿Por qué no? —contestaron diez voces simultáneamente.

—¿Sí, por qué no?, ¡por Satanás, mil rayos y truenos! —dijo, desde lejos el capitán—. ¡Oíd a ese triste pájaro, encaramado allá arriba!, ¡ya nos dirá algo!

El hombre apergaminado prosiguió:

«Esta mañana a las once horas y treinta y cinco minutos, un extranjero de gran estatura, montado sobre un fuerte caballo alazán, se introdujo en el "*pleasure-ground*" de Kew, a pesar de que el estandarte real estaba izado en la torre. Los guardias de a pie, encargados de la vigilancia en la terraza, no se han dado cuenta hasta que se encontraba cerca del gran invernadero japonés. Según otras versiones, ha sido la misma princesa que lo ha descubierto en el momento en que le apuntaba el cañón de una pistola completamente cargada, Al ver la peligrosa arma, la joven princesa dio un gran grito de terror… Y se fue corriendo, en dirección al palacio, pidiendo socorro…».

—¡Pero, señor Switch, esto es una infamia! —gritaron los vendedores —. Vos nos habéis vendido los periódicos. No tenéis derecho a darles publicidad.

—¡No compraremos nunca más ni un solo ejemplar de la «Luna», señor Switch!

—Y la «Luna» se verá obligada a acostarse, ¡señor Switch!

Pero el señor Switch proseguía:

—«… pidiendo socorro. El extranjero de elevada estatura pareció querer retroceder. Se dirigió a toda velocidad hacia el glacis, al pie del cual había dejado su caballo…».

Los vendedores de periódicos, indignados, habían desalojado la plaza.

—¡Bueno! —gritó la muchedumbre—; ¿y después?, ¿qué hizo el extranjero de elevada estatura?

—¡Triple blasfemia! —añadió el capitán—; ¿qué hizo, caballero?, ¡por todos los diablos!…

El hombre apergaminado cerró delicadamente la ventana y se marchó.

En el momento en que la multitud expresaba su cólera con un concierto de maldiciones, un «cab» desembocó de Wimpole Street. El pasajero que lo ocupaba no sospechaba que era el héroe de aquel

pequeño drama y la multitud estaba muy lejos de pensar que el «extranjero de elevada estatura» se encontraba allí.

El «cab» dio la vuelta a Portland Place y se detuvo delante de la mansión de White Manor. Brian se apeó y subió la escalinata, de la cual, el látigo de los criados lo había expulsado un día, obedeciendo las órdenes de su hermano. Cogió el picaporte y golpeó con fuerza.

El criado que le abrió la puerta retrocedió espantado, al ver su aspecto, como si hubiese visto al diablo en persona.

—Avisad al conde de White Manor —dijo Brian con una tranquilidad imperiosa—. Decidle que el señor de Lancester ruega a Su Señoría un instante de audiencia.

2. Derecho de primogenitura

Hacía mucho tiempo que Brian de Lancester no había puesto los pies en la mansión de sus antepasados. Sentía en el corazón una turbación grave y desconocida. Una voz, muda desde hacía muchos años, parecía señalarle la larga hilera de austeros retratos de familia, que ocupaban los entrepaños, mostrando, alternativamente, los orgullosos rostros de sus abuelos y los rasgos dignos, altaneros o dulces, de sus difuntas abuelas.

Se abrió una puerta lateral. El lord de White Manor apareció, apoyado en el brazo de su intendente, Gilbert Paterson. Entre el conde y su hermano había una gran diferencia de edad. El vigoroso temperamento de Brian y los excesos de White Manor, habían agrandado, aún más, esta diferencia, hasta el punto de trocarla en impresionante contraste.

Al acercarse el conde, su hermano, Brian se levantó inclinándose ceremoniosamente. El conde le devolvió su saludo, procurando reflejar en su cara una expresión de cordial amabilidad. Una vez más, entre estos dos hombres, los papeles estaban cambiados. El temor lo sentía el poderoso y la seguridad la sentía el débil.

En el corazón de Lancester había piedad. El rostro del conde llevaba reflejados los vestigios de su último ataque que le hizo caer al suelo, la noche anterior, en la habitación del «lord's córner», donde estaba Anna Mac-Farlane. Brian pudo comprobar, no sin dolor, el funesto cambio que se había operado en su hermano. La voz de la sangre habló. Por un instante tuvo la intención de tenderle sus brazos.

White Manor odiaba a Brian con toda su alma. Cualquiera que conozca los más vulgares secretos del corazón humano, podrá comprender la inmensidad de este odio. Brian le había atacado; Brian le había vencido y Brian era su heredero.

White Manor fue el primero que rompió el silencio.

—¿Qué queréis de mí, hermano? —preguntó con voz melosa, que desmentía rotundamente la expresión de su cara—; ¿habéis venido a ver

con vuestros propios ojos los progresos del lento suplicio a que me estáis sometiendo? Estoy muy enfermo, Brian; esta noticia debe llenaros de satisfacción.

—Milord —contestó Lancester— me aflige veros enfermo, en cuanto a la acusación que me hacéis de que yo soy el causante de vuestro mal, estoy persuadido de que Vuestra Señoría me atribuye un poder que yo no tengo…

White Manor hizo una señal a Gilbert para que le acercase un sillón.

—Tomad asiento —dijo a Brian—. Y yo os pido, para mí, el permiso de sentarme, también. Ahora, como no tenemos por costumbre vemos con frecuencia, os voy a rogar, una vez más, que me digáis el motivo de vuestra visita.

—He venido para hablar con Vuestra Señoría, pero sin testigos —respondió Lancester, sentándose.

White Manor vaciló visiblemente. Su mirada parecía que comparaba la fuerza de su hermano con su propia endeblez. Un terror manifiesto se retrató en sus rasgos ajados.

—Hermano mío —dijo— Gilbert Paterson no se separa nunca de mí.

—Milord, sois el dueño en vuestra casa —le interrumpió Lancester con frialdad—. Pero el asunto que me trae es grave para mí y también para vos. La presencia de este criado me molesta.

El conde pareció reflexionar durante un minuto, luego se levantó sin ayuda y dirigiose a la puerta, diciendo:

—Seguidme, Gilbert. Brian, vuelvo en seguida y estaremos solos.

Unos segundos después, efectivamente, el conde reapareció, pero, en lugar de sentarse frente a Brian, tomó asiento cerca de la mesa que ocupaba el centro del salón y, sobre el rico tapete que la cubría colocó, ostensiblemente, un par de pistolas.

—Esto os demostrará —dijo, en el tono breve y despreocupado de la gente que ya ha tomado una decisión— esto os demostrará, pues, que vamos a hablar seria y francamente. Os escucho.

Brian sonrió con lástima.

—¡Ah!, milord —dijo—. Querer combatirme con pistolas, ¡a mí! ¿No comprendéis la suerte que sería para mí haber sido asesinado por Vuestra Señoría?

—No, caballero, no lo comprendo —contestó el conde con tono brusco.

—Por mi honor, en verdad os digo que esto sería mucho mejor que no colgarme a vuestras ventanas. Milord, tendréis necesidad de otras armas para sostener la lucha, si os negáis a aceptar la paz que vengo a ofreceros.

—¿Qué? —exclamó el conde en un movimiento de esperanza—. ¿Pondríais fin a vuestra implacable persecución, Brian?

—Así es, milord, hermano mío —contestó éste, bajando hasta White Manor su mirada indiferente y altiva— estoy cansado de combatir de este modo a un hermano, cansado de abatir a un enemigo que no sabe defenderse, cansado, en fin, de atraer el desprecio de la sociedad sobre un hombre que lleva el nombre de mi padre.

—¡Ah! —dijo con desconfianza White Manor, a quien la reflexión devolvía sus dudas—; ¡tenéis una manera muy ruda de proponer la tregua, caballero!

—Es que me parece que habéis alcanzado los últimos límites de la miseria humana, milord. No soy ningún verdugo y tengo la satisfacción hoy, de poner fin a vuestras torturas.

White Manor estaba de color púrpura. La cólera le embargaba y el conde hizo un esfuerzo para reprimirla.

—De manera que hoy me insultáis por la fuerza de la costumbre y por última vez —repuso White Manor, después de un silencio.

—Estáis en un error, milord —contestó Lancester—; no insulto a Vuestra Señoría. Unicamente pongo al desnudo las tristes miserias a las cuales os veo reducido.

—En una palabra, hacéis como esos comerciantes que desprecian una mercancía para comprarla a bajo precio.

—No es exactamente eso. El comercio no me parece ser ningún objeto de comparación conveniente. Yo desestimo, milord, para tener un precio más alto.

—¿Es, pues, un negocio sucio el que queréis proponerme?

—Es una capitulación, milord. Vuestros antepasados y los míos sacaban rescate de sus prisioneros de guerra.

—No bromeemos más, caballero, por favor —dijo el conde— me siento muy desgraciado, es cierto, por vuestros actos; pero vos, que habláis tan alto, sois más desgraciado que yo, sois un miserable y, ¡vive Dios!, os comportáis como un hombre juicioso viniendo a mí y ofreciéndome hacer las paces, como vos decís, y encontrar, de este modo, los medios para acabar con esa triste vida de hambre y de deudas que

lleváis desde hace ya bastante tiempo. Pero sería mejor, para vos, si fueseis más prudente y os presentaseis suplicando, en lugar de amenazar.

—Milord, hay algo de verdad en todo lo que decís, pero hay muchos errores —replicó Brian—. ¡Soy pobre y no lo niego, pero el tiempo de las deudas pasó ya! No tengo crédito.

—¡Y, sin embargo, vais tirando!

—Con gran descontento de Vuestra Señoría, es verdad. Pero no vivo de prestado: me dan limosna.

—¿Qué? —gritó White Manor, saltando en su sillón—, ¿habréis llevado la locura hasta este extremo? ¿Habéis olvidado el nombre que lleváis, hasta el punto de mendigar?

—Milord —interrumpió Brian—, ¿no encontráis, como yo, que sobran ya las palabras y que hay que ir a los hechos? Por una razón o por otra, vengo a ofreceros la paz; ¿aceptáis?

—Según el precio que queráis por ella.

—¿El precio? —preguntó Brian.

Brian vaciló. Evidentemente, esta pregunta le cogió desprevenido.

—¿Qué necesitáis, caballero? —preguntó el conde.

—Milord —contestó al fin Brian con voz lenta y grave— no sé, exactamente, lo que necesito, pero necesito mucho. Necesito la facultad de meter mano en la caja de Vuestra Señoría por la cantidad de… lo que me venga en gana, ¡milord!

3. ¡Piedad, hermano mío!

El conde, por un momento, se quedó atónito; miró a su hermano a la cara: las facciones de Brian, serenas y resueltas, daban un alcance absolutamente serio a su proposición.

—¡Pero es toda mi fortuna que me pedís, caballero! —exclamó el conde—; es imposible pretender a esto.

—Milord —respondió Brian—; podría ser que me contentase con la cuarta parte, o con la mitad… no lo sé, exactamente.

White Manor seguía con tensión y fatiga aquel raro discurso. Esperaba una conclusión, un ataque directo, y procuraba estar preparado para recibir el golpe. Pero Brian cambió bruscamente de tema.

—Me han contado hoy —prosiguió— un caso extraño y emocionante. Por un momento creí encontrar una singular comparación entre las aventuras de una pobre muchacha abandonada y ciertas nociones que yo tengo respecto a la vida privada de Vuestra Señoría. ¡No lo quiera Dios! —añadió, ahora, con emoción—, pero por un momento he sospechado… ¿Godfrey, tenéis algún retrato de la señora condesa de White Manor?

—¿Por qué esta pregunta? —preguntó el conde, turbado.

—Es una pregunta de loco, milord —contestó Lancester, sonriendo—; pero desde hace ocho días parece que vuelvo a la infancia. Hay una novela en mi cabeza… Porque esta muchacha fue confiada a manos de un miserable…

—¿Qué muchacha? —preguntó, involuntariamente White Manor.

Brian miró a su hermano cara a cara y contestó con tono glacial:

—Una muchacha que estoy buscando, milord y que Vuestra Señoría me ayudará a encontrar.

—Caballero —contestó el conde con mal humor—, ¿cuándo juzgaréis oportuno hablarme de otro modo que no sea en parábolas?

—Os ruego me perdonéis, milord —replicó Lancester inclinándose—. Vamos al caso, ya que Vuestra Señoría lo desea así. Necesito un

documento debidamente autorizado, que me permita retirar dinero a discreción, de vuestra caja.

White Manor intentó bromear.

—Caballero —dijo—, ¿qué pretendéis hacer con mi fortuna?

—Es para esta joven, milord —contestó Brian, con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Y creéis que me voy a desapropiar por una desconocida?

—Cuento con ello, positivamente, milord.

White Manor se removió en su sillón. Desconocía el fondo del pensamiento de Brian y se encontraba en la posición de un hombre que, con las manos atadas frente a un enemigo implacable, veía darle vueltas a su alrededor y sonreír y bailar como hacen los salvajes en torno a la hoguera de sus prisioneros. Brian podría llevar su audacia hasta la locura, pero había reflexión en sus temeridades, y, por repentinas que fuesen sus calaveradas, siempre eran precedidas de un cálculo rápido y profundo.

—Milord —prosiguió Brian con aquella sencillez de las personas acostumbradas a prescindir del ridículo—; estoy enamorado, enamorado como sólo ocurre una vez en la vida, enamorado hasta el punto de sacrificarlo todo a mi amor: ¡todo, milord, hasta a lo que era la finalidad de mi vida!

El tono de White Manor, hipócritamente contenido hasta entonces, cambió de pronto:

—¡Y venís a imponerme unas insolentes condiciones! —dijo con cólera— venís aquí, con la amenaza en la boca, como un salteador de caminos, para decirme: «¡Dame o golpeo!». ¡Y vos amáis tanto! ¡No sabéis que hubiera dado gustoso mil guineas a quien me hubiese traído la noticia! ¡Cuándo se ama tanto, caballero, se tiene miedo de morir!

Dicho esto, empezó a armar, ruidosamente, las dos pistolas.

Brian hizo un gesto de desprecio.

—Milord —dijo— discutir en este tono, no es propio de *gentlemen*. ¿Queréis, sí o no, firmar la autorización que pido a Vuestra Señoría?

—¡No, mil veces, no! —exclamó el conde—. Os echo de mi casa, caballero. Y, haciendo uso del derecho de todo inglés cuyo domicilio ha sido violado por un espía o por un ladrón, os amenazo, si no salís en el acto, con echaros, muerto, a la calle.

—Y yo os desafío a que ejecutéis vuestra amenaza —dijo Lancester, cruzándose de brazos y dirigiéndose lentamente hacia su hermano, mirándole fría y fijamente.

El conde levantó sus dos pistolas a la vez. Brian estaba solamente a tres pasos del conde. La cara apoplética de White Manor expresaba un feroz deseo de matar, empujado por el miedo.

—¡No deis un paso más! —gritó con voz ahogada.

Brian dio los tres pasos y su mano se apoyó, pesadamente, sobre el hombro de su hermano, el cual cayó, abrumado, vencido, en su sillón.

—Vais a ver, milord —dijo— si tengo miedo de morir.

Cogió, de las manos de su hermano, que no opuso resistencia ninguna, las dos pistolas, y las tiró, a lo lejos, sobre la alfombra.

—Milord —prosiguió Brian—; os habéis equivocado. Este amor del cual habéis acogido tan alegremente la noticia, era la desgracia mayor que podíais temer. Solo, hubiese continuado combatiendo en vuestra persona, un principio injusto y odioso, pero no me hubiese precipitado. Hoy, seré intratable. No puede haber en mí ni piedad, ni tregua, hacia Vuestra Señoría. Quiero ser rico. ¡Lo exijo!

Después de estas palabras, se hizo un silencio. Brian había pronunciado esto en un tono tan lleno de autoridad, que el conde bajó la cabeza.

—¿No tengo derecho, milord? —prosiguió Lancester al cabo de unos segundos—. Milord, somos hijos de un mismo padre. ¡Habéis disfrutado durante un tiempo, vos solo, de la fortuna común, ahora me toca a mí disfrutarla también!

—La ley está de mi parte —balbuceó el conde, presa de terrible miedo.

—Milord, entre nosotros dos, las leyes no tienen nada que ver. Somos dos hermanos. Uno de nosotros está gastado por el vicio; los excesos de todo género han paralizado su cuerpo y su espíritu; es un ser miserable, sin fe, sin corazón, maldecido por su pasado, soportando con blasfemias los restos de una vida a cargo de los otros, como de sí mismo; éste es un par de Inglaterra. El otro es joven, fuerte, sometido a todas pruebas, sin reproche; pero no había sitio nada más que para un solo comensal en el banquete de los privilegiados políticos. ¿Con qué derecho podría rebelarse o tan solo quejarse? La ley le acecha; la ley lo rechazará, destrozado, a la nada, si intenta levantarse; la ley ahogará sus gritos si osa abrir la boca. La ley tendrá razón, la ley tiene siempre razón, puesto que es la más fuerte, pero yo no conozco ninguna ley que prohíba a un inglés abrir una ventana y que se rompa la cabeza contra las piedras de la calle…

El conde miró a su hermano con aire idiotizado. Éste se dirigió hacia la ventana.

—Milord —prosiguió— detrás de esta ventana hay una multitud, ¿comprendéis?

En efecto, se oía un gran barullo en Portland Place. Un tropel de gente se apretujada por las aceras, hablando de la gran noticia del día, o sea, del asesinato, o intento de asesinato en Kew, sobre la persona de S.A.R. la princesa Alejandrina Victoria de Kent. Lancester puso la mano en la empuñadura de la ventana.

—Es una multitud ávida y curiosa, milord —dijo—. No hubiéramos podido escoger un público más numeroso para nuestra última comedia.

—¡En nombre del cielo!, ¿qué pretendéis hacer? —preguntó el conde.

—Ya os lo he dicho: la necesito rica y feliz. Por otra parte, lo que no sabéis es que esta joven, a la que amo hasta la idolatría, me la han raptado hace una hora. Vuestro oro, mi oro, Godfrey, pues desde hace quince años os habéis comido vuestra parte del patrimonio de Lancester; mi oro, pues, me hubiera servido, en primer lugar, para salvarla, y después, para crearle aquí, en la tierra, un paraíso. Vos me lo negáis, pues voy a vengarla.

Brian dio vuelta a la empuñadura. La ventana se abrió dejando entrar por la abertura el clamor de la muchedumbre, que inundó el salón de White Manor. El conde se levantó, fuera de sí. Brian se subió al alféizar de la ventana.

—¡Qué multitud tan compacta! —murmuró—. Estoy seguro de que hay más de mil personas reunidas. Entre estas mil personas, no hay ni una sola que ignore nuestra enemistad. He hecho todo lo que he podido para hacernos célebres, vos y yo, Godfrey.

—¡Ya me habéis anunciado el desenlace de esta comedia! —dijo White Manor, en tono provocativo.

—Os ruego que me excuséis, milord —respondió Lancester—; estoy buscando un claro para romperme la crisma y no veo ninguno.

El conde se encogió de hombros.

—Tomaos el tiempo necesario, Brian —dijo volviéndose a sentar.

—Muchas gracias. Como os decía antes, Vuestra Señoría, el hecho de verme caer muerto en la acera de Portland Place no extrañará a nadie de toda esta gente: ya nos conocen.

—¿Quién, pues, podría acusarme de un crimen? —dijo desdeñosamente White Manor.

—Todo el mundo, milord, pues el grito de angustia de un moribundo es una cosa que no se pone en duda…

—¡Misericordia! —exclamó el conde que comprendió, de pronto, y se quedó como herido por un rayo—; ¡esto es una infame perfidia, Brian!

—¿No teníais, hace un momento, el firme propósito de hacerme saltar la tapa de los sesos? Esto no es ninguna mentira. Yo no pondré ningún epíteto ofensivo al noble nombre de Vuestra Señoría; yo… pero la multitud no se aparta a menudo, milord; hay que aprovechar el momento. Ya oiréis, como todo el mundo, la palabra que quiero pronunciar.

Brian hizo un movimiento como para lanzarse.

—¡Deteneos! —gritó White Manor—; ¿qué palabra?…

—Gritaré: ¡Piedad, hermano mío!

White Manor cayó de rodillas. Gruesas gotas de sudor le empapaban las sienes.

—Piedad —pronunció en un ronco estertor—; ¡soy yo que os suplico piedad!

4. Un aparecido

White Manor estaba vencido. Brian volvió a cerrar la ventana con tanta tranquilidad como cuando la abrió y tendió la mano al conde para ayudarle a levantarse. Los dos se dirigieron hacia la mesa, en donde White Manor se sentó y trazó su firma convulsivamente al final de una hoja en blanco.

—Tened, caballero —dijo con voz apagada— desde ahora estoy en vuestras manos; ¿estáis satisfecho?

—Milord —contestó Brian—, preferiría que Vuestra Señoría escribiese sobre la firma, una obligación en debida forma.

White Manor volvió a coger la hoja con mano temblorosa y se puso a escribir. Mientras hacía esto, una de las puertas del salón se abrió sin ruido y Paterson atravesó el aposento, teniendo cuidado de dar un rodeo para evitar el sillón en el cual estaba sentado Lancester. Llegó junto a su amo antes de que éste se diera cuenta y puso sobre la mesa, frente a sus ojos, un papel en el que había escrito, con lápiz, un nombre. El conde, así que hubo leído aquel nombre, rechazó violentamente su sillón hacia atrás y miró, aterrado, a su alrededor.

—¿Los muertos vuelven, pues? —murmuró horrorizado—, ¿o es que mi cabeza desvaría?

—El *gentleman* que ha escrito su nombre en el papel desea hablaros inmediatamente, Vuestra Señoría —dijo Gilbert Paterson.

—¿Está vivo? —balbuceó White Manor, sin darse cuenta de lo que decía.

Paterson creyó haber entendido mal y repitió su mensaje. La agitación de White Manor alcanzaba el colmo.

—¡He de verle! —dijo, al fin, levantándose—; he de verle inmediatamente. ¡Oh!, ¡que Dios tenga piedad de mí! Mi cerebro se turba. Yo vi morir a este hombre… Brian, perdonadme. Este documento, tal como está, os bastaría para tenerme bajo vuestros pies como un esclavo.

Pero regresaré en seguida. Por mi alma, yo también, me romperé la crisma, ¡pero será verdad!

Brian se quedó solo. Esperó un cuarto de hora, esperó media hora. La paciencia no es, precisamente, la cualidad de Lancester. Para matar el tiempo se acercó a la mesa con objeto de leer el documento empezado. Su mirada recayó, por casualidad, sobre el papel que trajo Gilbert Paterson, y lo leyó; estaba escrito con todas sus letras y decía Ismail Spencer.

Su estupefacción y su azoramiento fueron casi tan grandes como los de su hermano. Todas aquellas vagas sospechas que se despertaron en él por el relato de Susannah, vinieron, de pronto, a su espíritu. Vio al conde mezclado al drama tenebroso de Goodman's Fields; quiso correr para descubrir algo de la entrevista que se estaba celebrando cerca de él. Pero era demasiado tarde, ya. El conde reapareció en aquel momento, sonriente y con expresión casi de contento.

—Perdonad que os haya hecho esperar, hermano mío —manifestó—. Estoy a vuestra disposición.

He aquí lo que había ocurrido. El conde, al salir del salón donde dejó a Brian, tenía la cabeza que le daba vueltas. Entró en el gabinete donde estaba Spencer, con mirada fija y sombría. Tyrrel se puso a reír, al verle.

—Bien, White Manor —dijo—, ¡me parece que no esperábais esta visita!

—¡En realidad, sois vos, Spencer! —murmuró automáticamente el lord.

—En persona.

White Manor le miró de pies a cabeza con ojos temerosos.

—¡Oh!, podéis mirarme todo lo que gustéis, milord —prosiguió Tyrrel, ensanchando su amplio pecho—, soy realmente yo, Ismail Spencer, vuestro fiel servidor, quien, gracias sean dadas al dios de Jacob, goza de una salud inmejorable y se encuentra perfectamente.

—Pero… —empezó diciendo el lord.

—¡Es lo que todo el mundo me dice! —interrumpió Tyrrel, llevando un sillón hacia el conde—; pero… pero… pero… Desde que me ahorcaron, me he convertido en una especie de animal curioso. Milord, en mi caso no hay nada que extrañar, sin embargo. El doctor Moore fue a verme, en mi prisión, y me practicó en la garganta una pequeña incisión, cuyas paredes sostuvo por medio del canuto de una pluma. Esto tiene un nombre muy

raro, se llama: faringotomía, creo. Cuando la cuerda apretó mi cuello, respiré por debajo de la cuerda, gracias a la incisión. Pero esto no es nada, milord, y el doctor hizo más que esto. Os aseguro que es un hombre muy hábil. La incisión, evitaba, pues, la congestión cerebral. Moore me dijo: «Sería necesario que en el momento crítico, tuvieseis una gran alegría, una enérgica sensación de gozo, pero esto, oídme bien, en el mismo momento y no diez minutos antes». Esto resultaba muy difícil, ¿sabéis? En la misma tarima del cadalso, frente al ataúd abierto que está esperando vuestro cadáver, no se puede…

Tyrrel sonreía, pero estaba pálido.

—¡Pues, bien! —prosiguió con cinismo—, a fuerza de buscar, encontramos un medio, Moore y yo, de burlarnos de la horca y de tener un intenso goce, incluso con la cuerda en el cuello. En el mundo existía un pobre miserable que yo había tratado siempre como un esclavo y que a última hora, acabó por traicionarme. Se llamaba Roboam, milord, y últimamente estaba amargamente arrepentido del mal que me había causado. Yo estaba seguro de que, a una llamada mía, atropellaría todo obstáculo para acercarse a mí. El doctor me había dado un puñal. En el momento supremo, llamé a Roboam, que corrió hacia mí y entonces, yo lo maté.

El conde hizo un gesto de horror.

—Esta sensación restableció la circulación de mi sangre —prosiguió Tyrrel—. La trampilla dio la vuelta; y yo fui ahorcado en el momento oportuno. Después de todo, aquel pobre diablo de Roboam me fue muy útil, como podéis ver.

—¿Y qué ha sido de ella? —preguntó en voz baja el conde, con una especie de timidez.

—¡Ella! ¡Ah!, milord, la historia sería muy larga y nos llevaría muy lejos —contestó.

—¿Vive todavía? —interrumpió el conde—; ¡una palabra, solamente una palabra!

—Murió… —empezó Tyrrel.

El conde dio un suspiro equívoco, que se podía tomar perfectamente como un suspiro de desahogo.

—A menos que no viva todavía —terminó Tyrrel, riendo—. Hablemos razonablemente. En verdad, White Manor, ya no sois sino la sombra de lo que fuisteis.

—Sufro mucho —dijo el conde en tono sombrío.

—Ya se ve, milord; y quisiera apostar algo a que ese diablo de Brian…

—¡Brian! —repitió el conde cuya cara se crispó—; ¡está aquí!, ¡me está esperando! ¡Ah! ¡Ismail, Ismail…!, ¡acabas de pronunciar el nombre de mi verdugo!

Tyrrel se frotó las manos.

—¡Ah, está aquí! —murmuró.

—Tú ya conoces los tristes secretos de mi vida, Ismail —prosiguió el lord, inclinando la cabeza sobre su pecho con desesperación—; por otra parte, ¿qué me importa hablar? Tyrrel, este hombre me ha vencido, me ha arruinado…

—¿Arrumado? —preguntó Tyrrel afinando el oído.

—¡Me acaba de hacer firmar un documento infame! —exclamó White Manor, con tono lastimero y casi lloroso—; ¡un documento que me despoja de todo y le hace mi heredero en vida mía!

Tyrrel respiró.

—¡Pardiez, milord! —murmuró—, ¿daríais gracias a Dios, no es verdad, si vuestro hermano muriese esta misma noche de muerte repentina?

White Manor se tapó el rostro con las manos.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —dijo por tres veces, con los dientes apretados por la rabia que no podía reprimir—; ¡es un demonio de astucia, Ismail! Me ha atado de manos. ¡Tengo miedo de su muerte, que echaría sobre mi cabeza una acusación de asesinato!

—¡Bah! —repuso Tyrrel—; ¡seguramente preferiríais, quizá, que Dios dejase vivir su cuerpo y que se volviera loco!

—¡Loco! ¡Brian, loco! —exclamó el conde levantando las manos furiosamente—; ¡oh!, daría la mitad de los días que me quedan de vida, si…

—¡Esto son palabras, White Manor! —interrumpió el judío—; hay que hablar claro y mejor y decir en buen inglés: ¡Daría tantas libras esterlinas!

—¡La mitad de mi fortuna, Spencer!

—¡Tonterías! ¡Fijad una cantidad!

—Daría… ¡Pero soy yo quien está loco de escucharos, Ismail! He de volver junto a Brian. ¡Si debéis decirme algo, decídmelo rápidamente, Spencer!

—Tengo que deciros, milord, que os pido pura y simplemente cuatro mil libras esterlinas, en billetes, y al contado.

—¿Para qué?

—Para pagar la locura del Honorable Brian de Lancester.

El conde de Whitei Manor se encogió de hombros demostrando impaciencia.

—Milord —dijo el judío—, esto no es ningún juego de niños. Haced traer los billetes y me explicaré.

La gravedad con que hablaba Tyrrel causó cierta impresión en el lord, White Manor agitó una campanilla. Paterson compareció y recibió la orden de traer la cartera de su amo.

—Milord —dijo Ismail, cuando volvió a quedarse solo con el conde y poniendo las manos encima de los billetes esparcidos delante de él—, un hombre gozando de la plenitud de sus facultades puede ser encerrado como loco. Este punto de partida es provechoso y vale, él solo, las cuatro mil libras.

La frente de White Manor se había serenado.

—Es verdad, pero será necesario cierto tiempo.

—Se necesita tiempo para todo, milord, más o menos; tenemos necesidad de una hora.

—¿Creéis?

—Lo creo desde la puesta de sol y yo hago más que pensar, yo actúo, milord. A la hora en que os estoy hablando, el Honorable Brian de Lancester está ya camino de Bedlam…

—¡Pero si está en mi salón! —interrumpió White Manor.

Una sonrisa de compasión burlona se dibujó en los labios de Tyrrel.

—Quizás el salón de Vuestra Señoría —murmuró—, sea una etapa en el camino hacia Bedlam. Yo sigo manteniendo lo que os he dicho. Milord, os pido que me escuchéis: esta mañana un maniático se ha introducido en el castillo real de Kew y ha disparado —según dicen— un tiro de pistola a la joven princesa Victoria.

—Ya he oído hablar de ello —respondió el conde—; y creo adivinar a dónde queréis ir a parar. Pero ¿cómo poder establecer que haya sido Brian?

—El Honorable Brian se ha encargado de esto él solito, milord —interrumpió Tyrrel—, pues ha sido él quien ha entrado, realmente, esta mañana en el castillo de Kew.

—¿Y ha disparado contra la princesa?

—¡No ha disparado contra la princesa! pero ha maltratado a los guardias, ha escalado los muros de la terraza y todo esto para asaltar el

gran invernadero japonés y coger una camelia blanca veteada de azul.

—¿Y estáis seguro de que ha sido él? —dijo el conde, con una viva esperanza que había galvanizado su inercia.

—Absolutamente seguro, milord.

White Manor se levantó vivamente.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó—, ¡denunciarlo, pedir su arresto!

—Sentaos —dijo Tyrrel—. Vuestra Señoría ha hecho ya todo lo que debía de hacer y, a su demanda, doce hombres de la policía están esperando a la puerta de este palacio.

—¡A mi demanda! —balbuceó el conde, extrañado.

—Esto es un detalle, milord —prosiguió el judío—; el tiempo apremiaba y yo ignoraba si Vuestra Señoría estaba tan maravillosamente dispuesto. En la duda, he tomado mis medidas. Ya sabéis, White Manor, que yo puedo imitar, con cierta precisión, toda clase de escritos. He escrito en nombre vuestro al comisario de la policía metropolitana; le he comunicado, con todo el dolor conveniente, que mi muy amado hermano, el Honorable Brian de Lancester estaba loco y que su locura acababa de poner en peligro a una persona real. En consecuencia, y para evitar innumerables desgracias, les he pedido ayuda.

—¡Admirable! —exclamó el conde, precipitándose y cogiendo la mano de Tyrrel que apretó entre las suyas con verdadero transporte—. ¡Oh!, ¡esta vez le tengo y, lo mismo que él, no tendré piedad! ¡Spencer, amigo mío, mi salvador!, ¡doblaré la cantidad!, ¡la triplicaré!

—Doy gracias a Vuestra Señoría y empiezo a poner en mi bolsillo la cantidad ajustada, esperando el doble y el triple —dijo Tyrrel—. Ahora, id a terminar el documento del cual me habéis hablado. Podéis desposesionaros de todo sin temor, milord, no debéis tener miedo de un huésped de Bedlam, y más, un huésped incomunicado, pues yo ya me he arreglado para que sea tratado como loco de importancia.

5. En Bedlam

Delante de la escalinata, un intendente de la policía y un médico estaban esperando en un coche cerrado. Tyrrel echó un vistazo satisfactorio a todos los preparativos. Sin embargo, había una cosa que le preocupaba y era la intensa muchedumbre que llenaba completamente la Portland Place. Lo importante de su plan era que Bedlam fuese para Brian de Lancester una verdadera tumba, pero para ello era menester que su arresto se hiciese sin ruido.

Tyrrel dio algunos pasos por la acera y su mirada atenta recorrió en todos los sentidos la multitud ruidosa y turbulenta. Se dio cuenta muy pronto, que, por encima de un cuello tejido de crin, aparecía la, honrada cara del buen capitán Paddy O'Chrane, el cual sobrepasaba cosa de medio pie todas las cabezas corrientes que estaban allí. Tyrrel se fue directamente hacia él y le deslizó unas cuantas palabras en su oído.

—¡Trueno del cielo! —gruñó Paddy con un evidente mal humor—; ¡quiero ser un eructo de Belcebú, si es posible tener un instante de descanso!

Tyrrel se había alejado sin esperar la respuesta.

—¡Maldición! —refunfuñó Paddy—, ¡no veo a ninguno de los nuestros, demonios!

—¡Truenos del cielo! ¡Miseria!, ¡que Dios nos condene sin piedad! —dijo por debajo de él una voz agria e infantil—. ¡Buenos días, capitán O'Chrane!, ¡o que el diablo me lleve!

La mano de Paddy bajó y agarró un endeble hombro perteneciente al *gentleman* Snail.

—¡Bien!, ¡bien!, ¡bien, capitán! —exclamó Snail—; ¡es así como se saluda a un hombre decente, que un rayo me parta!

—El rayo pasaría a tu lado sin verte, Snail, miserable «scamp», amiguito —replicó el capitán—; ¡estoy encantado de verte y encontrarte precisamente aquí, bajo mi mano, maldición! ¡Oyeme!

Snail se empinó y Paddy se agachó. Este doble movimiento les puso al mismo nivel, aproximadamente.

—Es una nueva prueba de confianza que vamos a darte, horrible inmundicia, hijo mío —prosiguió el capitán, dando importancia al asunto —. Parece que los milords necesitan que la calle se limpie.

—¿Por qué? —preguntó Snail.

—¡Quinientas blasfemias!, maldito caracol, hijo amado, asqueroso bribón, que el cólera me purgue si no me dan ganas de tirarte las orejas hasta sangrar. Se trata de alejar de aquí a todos estos estúpidos papanatas y a sus comadres, y para eso no veo otra cosa que hacer correr le rumor de que acaban de arrestar a ese pícaro del cual hablan los periódicos de la tarde.

—¿El asesino de la princesa?

—¡Precisamente, microbio de infamia! En medio de la muchedumbre debe de haber gente de la «Familia». ¡Llámales, gato del diablo!

Snail se perdió por entre la muchedumbre. Un instante después se oyeron algunos maullidos terribles. Hubo un movimiento en el tumulto. Se vieron algunos hombres correr en diversos sentidos, luego se oyeron maullidos en diferentes lugares, a la vez.

—¡En Hay Market! ¡Están acordonando la casa del asesino en Hay Market!

Tres minutos después, pareció que un viento huracanado hubiese barrido Portland Place, llevándose por delante a *cokneys* obesos y a demacradas comadres, al mismo tiempo.

Mientras tanto, el conde de White Manor había vuelto al salón en donde estaba esperándole Brian de Lancester. Brian acababa de leer el nombre escrito en el papel que entró el intendente Paterson y aún estaba bajo el efecto de la impresión. A las primeras palabras de su hermano contestó bruscamente:

—Acabáis de ver a Ismail Spencer, *milord*.

El conde se desconcertó.

—¡Yo! —tartamudeó—; ¡yo… pero el hombre que decís murió hace ya un año!

Lancester tomó el papel de sobre la mesa y se lo alargó a White Manor.

—Es cierto —murmuró este último, después de un silencio y lleno de embarazo—; acabo de ver al judío Ismail Spencer.

—¿Me será permitido preguntar a Vuestra Señoría —dijo Brian— de qué clase son las relaciones que tenéis con este hombre?

—¡Esto no lo permito a nadie, caballero! —replicó el conde—, o mejor dicho… ya que éste es vuestro gusto de hacerme inclinar esta tarde, a todos vuestros caprichos, consiento en deciros que me interesé por un desgraciado al que el azar le sustrajo a las consecuencias ordinarias de un castigo supremo.

—¡No me digáis nada más, milord! —interrumpió Brian con severa frialdad—. Para dar fe a las palabras de Vuestra Señoría tendría que olvidar el movimiento de estupor que habéis tenido a la vista del nombre escrito en este papel.

El conde se mordió los labios.

—¡Eh!, ¡caballero! —gritó, llevado por un movimiento de ira—, ¡podéis preguntárselo a él en persona, pues no tardaréis mucho tiempo en ver a Ismail Spencer!

Se detuvo un instante y prosiguió:

—Y esto será muy sencillo, Brian, pues está esperando en la calle.

—¿Qué es lo que espera, milord? —dijo Brian de Lancester con desconfianza.

—Está esperando que terminemos nuestra entrevista para volver a verme.

Brian se levantó rápidamente.

—Milord —dijo—, haced el favor de terminar inmediatamente este documento. No sabéis la prisa que tengo para encontrarme frente a frente con este Ismail Spencer.

El conde no se hizo rogar. En dos trazos de pluma terminó el contrato.

—Hermano mío —dijo fingiendo resignación—; quizás hayáis abusado de vuestra ventaja, pero, entre nosotros, puedo deciros que Dios nos juzgará.

—Así sea, milord —contestó Lancester, saludando. Después de lo cual, salió.

El conde dio un profundo suspiro y se fue hacia la ventana, haciendo dar vuelta a la empuñadura. Se inclinó y miró por debajo de él. En aquel preciso momento la puerta exterior se abría y Brian bajaba la escalinata. Al final de ella se encontraba Tyrrel el Ciego. Brian le reconoció en el acto.

Reconoció también como policías a los hombres que acordonaban la casa de su hermano.

—¡Venís a punto! —dijo con voz alta—. Caballeros, os requiero para que detengáis a este hombre.

Al decir esto, cogió a Tyrrel por el pescuezo. El intendente de la policía y el médico sacaron la cabeza por la ventanilla del coche.

—¡Ya veis! —dijo Tyrrel—, no os he engañado. Cumplid con vuestro deber.

—¡Un momento! —dijo el intendente—. Caballero —dijo, dirigiéndose a Brian—, ¿por qué razón pedís el arresto de *sir* Edmund Makensie?

—¡Veremos qué contesta! —murmuró el médico.

—Supongo, caballero —dijo Brian—, que tenéis derecho a hacerme esta pregunta.

—¡Diablo! —gruñó el médico—, ¡no parece que esté muy loco!

—Soy magistrado, caballero —dijo el intendente de la policía.

—En este caso —contestó Lancester—, os haré saber, caballero, que este hombre al cual dais el nombre de *sir* Edmund Makensie, no es otra cosa sino un infame da la más baja ralea, que forma parte de una banda de ladrones…

—¡Lo veis! —dijo Tyrrel.

—¡Está loco! —dijo el médico.

Los policías se acercaron y fueron cerrando el círculo en torno a Brian.

—¿Tenéis pruebas de lo que decís, caballero? —preguntó el magistrado.

—Vuestro deber, señor, es detener a este hombre —contestó Lancester con serenidad—. Las pruebas ya las buscará la justicia del reino y no los empleados de la policía.

—¡Diablo!, ¡diablo! —refunfuñó el médico—; después de todo, puede ser que no esté loco.

—Además —prosiguió Brian—, este hombre se encuentra bajo el peso de la ley, pues, por astucia, o por casualidad, ha escapado a la sanción de la justicia humana. ¡Este hombre fue ahorcado!

Una carcajada de Tyrrel, a la que pronto se añadieron otras de los policías, interrumpió bruscamente a Lancester.

—¡Decididamente, está loco! —sentenció el médico.

—¡Loco de atar, para desgracia de nuestra casa! —gritó, desde su ventana, el conde de White Manor.

—¡Cumplid con vuestro deber! —dijo el magistrado, echándose hacia atrás, en el coche.

Todos los policías se precipitaron; pero la voz de White Manor reveló a Brian la trampa en que había caído. Éste, soltando el cuello de Tyrrel, remontó las escaleras del palacio.

Brian de Lancester era un terrible adversario. Los primeros policías que subieron para detenerlo fueron lanzados escaleras abajo. Otros subieron y cayeron, a su vez, con la cara ensangrentada y el estómago dolorido. Cada vez que el puño de Brian se lanzaba y cada vez que su brazo musculado se tendía con la flexibilidad de un resorte metálico, un hombre caía violentamente sobre la acera y no se levantaba. Las filas de los asaltantes disminuían y su ardor se hacía menor. Tyrrel se veía obligado a empujarles por fuerza y el médico repetía, siguiendo el combate con mucho interés:

—¡Diablo!, ¡diablo!, ¡qué bien administra los golpes, el valiente! ¡En definitiva, no me extrañaría que no estuviese loco!

Quedaban solamente cinco policías en pie al final de las escaleras y ninguno de ellos se atrevía a atacar a Brian. Tyrrel echaba espuma de rabia. White Manor temblaba. Brian se abotonó el frac. Era evidente que todos pensaron que iba a lanzarse hacia adelante y hacer un hueco. Los policías válidos que quedaban, se apartaron a cada lado de la escalinata y no se preocupaban de parar el choque. Tyrrel se puso, resueltamente, en su lugar.

—Milord, hermano mío —exclamó en aquel momento Lancester, volviéndose hacia la ventana—, la trampa estaba tendida muy hábilmente. ¡No os ha salido bien, pero no es por culpa vuestra, y os juro por mi honor que no podréis acusarme de ingratitud! ¡Paso! —gritó Lancester, que empezó a bajar lentamente las escaleras, siempre en guardia y conteniendo con la mirada a los policías aterrorizados—. ¡Paso, Ismail Spencer, u os mato!

Tyrrel no se movió. En aquel momento se abrió cautelosamente la puerta de la casa de White Manor. Un hombre se deslizó, arrastrándose por la pared de las escaleras. En el momento en que Lancester llegaba frente a Tyrrel y retrocedía para pegar, aquel hombre le cogió por las piernas y le hizo caer. Los policías se precipitaron sobre él y Brian fue amarrado fuertemente en un abrir y cerrar de ojos.

El hombre que se había arrastrado a lo largo de las escaleras, se puso en pie y mostró, a la luz de las farolas, la cara insolente y vil del intendente Gilbert Paterson.

El cautivo, sólidamente atado, fue subido al coche, entre el magistrado y el médico, el cual, según las últimas reflexiones que hizo, lo declaró debidamente atacado de locura.

—¡A Bedlam! —dijo el magistrado.

Una voz extraña bajó desde la ventana en donde había estado White Manor y repitió entre las convulsiones de una risa demencial:

—¡A Bedlam! ¡A Bedlam!

El coche salió al galope.

Tyrrel y Paterson entraron juntos en casa del lord y penetraron en el salón. White Manor, con la mirada extraviada, el rostro escarlata y preso de frenéticas convulsiones, repetía incesantemente estas palabras:

—¡A Bedlam! ¡A Bedlam!

Tyrrel y Paterson se instalaron cada uno en sendos sillones y se pusieron a observarlo curiosamente.

—En defecto de Brian de Lancester, ¿quién debe suceder al título de White Manor, por favor, señor intendente?

—El Honorable Algernon Murray de Inverney Castle, primo hermano de Su Señoría —contestó Paterson.

—Pues bien, señor intendente —prosiguió Tyrrel—, a cambio del excelente favor que acabáis de hacerme, os voy a dar un buen consejo. Id a hacer un poco la corte al Honorable Algernon Murray de Inverney Castle, pues Brian de Lancester no saldrá nunca más de Bedlam, y el conde de White Manor entrará allí, mañana.

—¿Creéis que está completamente loco? —preguntó el intendente.

El conde, antes de que Tyrrel pudiese contestar, dio una última y ronca carcajada; después, cayó, exhausto, sobre la alfombra, repitiendo sin cesar:

—¡A Bedlam! ¡A Bedlam! ¡A Bedlam!

6. Familia irlandesa

En el año 1815, veinte años antes a la época en la cual transcurre nuestra historia, había en Londres, en el barrio de Saint-Gilles, una pobre familia compuesta de cuatro miembros: dos hijos, el padre y la madre.

El padre respondía al nombre de Cristián O'Breane. Era un gentilhombre irlandés, cuya familia había tenido, en otro tiempo, una posición opulenta en la provincia de Connaught. Sus bienes, como los de tantos otros, habían pasado a manos de un lord protestante, del cual, en los últimos tiempos, Cristián O'Breane había sido el colono. Viviendo de poco y trabajando mucho, hasta entonces había podido subvenir a las necesidades de su familia y dado a su hijo un poco de educación, porque, además de los beneficios de su explotación, poseía, también, un pequeño pedazo de tierra, resto de la fortuna de sus antepasados.

Un día, el intendente del lord tuvo el capricho de discutirle al señor O'Breane, el pequeño pedazo de tierra, que era todo su patrimonio. Se hizo un proceso. En Irlanda, sería equivocado decir que la justicia tiene dos pesos y dos medidas; no tiene ni pesos, ni medidas, o, mejor dicho, su balanza, invariablemente inclinada hacia el lado de Inglaterra, deja vacío, siempre, el plato que mira a Irlanda. El señor O'Breane fue arrojado violentamente de la tierra que alimentaba a sus hijos.

Cristián O'Breane se fue a Londres y se estableció, con su mujer y sus hijos, en el centro de la parroquia de Saint-Gilles.

Saint-Gilles no tiene su pareja en el mundo entero. Es, y que nos perdonen la expresión, una especie de falansterio completo de la miseria y del vicio, estos dos elementos del crimen.

En el año 1815, lo mismo que hoy, Saint-Gilles era, por excelencia, el barrio de los desgraciados. No hay necesidad, pues, de añadir que con este único título mereció el sobrenombre de «Pequeña Irlanda»; pero este sobrenombre, que no tiene nada de metafórico, le viene, en realidad, por el gran número de irlandeses que pueblan sus fétidas bodegas. El

señor O'Breane ocupaba una pequeña casita de apariencia algo menos destartalada que las demás, y sus pequeños ahorros le bastaban para asegurarle, durante mucho tiempo, una especie de opulencia relativa. Era un hombre de constitución endeble y de carácter ardiente. Había puesto en su estancia en Londres todas sus esperanzas de salvación. Al cabo de un mes, ya había visto todo lo que podía esperar y desde entonces le embargó un abatimiento profundo. Solamente una cosa podía hacerle vibrar y era el recuerdo de Irlanda y la esperanza de volver a pasar algún día el canal de San Jorge.

La señora O'Breane, mujer dulce y laboriosa, sólo veía por los ojos de su marido. En el mundo, únicamente amaba a él y a sus hijos y no tenía más voluntad que la suya. Su hija Elisabeth, alegre, vivaracha, reidora, con la cabeza a pájaros, era la alegría del señor O'Breane, cuya sombría frente únicamente se serenaba con las risas de la bonita Betsy. Betsy tenía dieciséis años.

El último miembro de la familia era un muchacho de dieciocho años, idolatrado por la señora O'Breane, pero que el cabeza de familia no tenía en gran estima. No puede decirse, tampoco, que Cristián no amase a su hijo, pues se había ocupado asiduamente de su educación, pero el niño tenía un carácter algo extraño, y las audacias repentinas asustaban al honrado irlandés.

El hijo de Cristián O'Breane se llamaba Fergus. En todo Londres no se hubiera encontrado una cabeza más artísticamente hermosa, sobre un cuerpo perfectamente armonioso. Tenía más que esto, también. Un porvenir de un vigor extraordinario se adivinaba bajo la gracia perfecta de sus miembros. Los rizos sueltos y libres de sus abundantes cabellos ocultaban una frente noble, llena de voluntad, de fuerza y de juicio.

El clima de Londres, que pesaba de una manera tan grande sobre el señor y la señora O'Breane, parecía, por el contrario, haber dado una nueva vida a sus hijos. Betsy trabajaba junto a su ventana mientras había luz, cantando muy alegremente y, al caer la tarde, iba a llevar su trabajo a la explotación de modas de High Holborn. Nunca se le había visto más contenta. En cuanto a Fergus, también trabajaba con ardor, leía en sus horas de descanso con gran fruición y al segundo mes de su estancia en Inglaterra ganaba ya algún dinero. A decir verdad, él era el único sostén de la familia. Por eso, la única esperanza de la honrada pareja era, con ayuda de Fergus, reunir la suma necesaria para regresar a Irlanda.

Pero el dinero llegaba muy lentamente. El señor O'Breane, a la larga, le entró una gran añoranza y la señora O'Breane, por una misteriosa afinidad, se sintió languidecer también. Hacía más de veinte años que tanto sus alegrías, como sus tristezas, eran las de su marido. Fergus, que había comprendido inmediatamente, y con una inteligencia muy por encima de la normal, en su edad, los motivos y el alcance de aquella lúgubre tristeza que pesaba sobre la casa paterna, multiplicó su brío. Su padre, por aquella época, tuvo una vaga percepción de su valor, y entrevió el tesoro de fuerza, de valor y de bondad que encerraba el corazón de su hijo. Pero no hizo nada más que entreverlo. Su carácter había tomado un cariz huraño y vindicativo. En otro tiempo, cuando hablaba de Inglaterra, era con la amargura irlandesa y el odio natural del oprimido. Pero ahora, su rencor contra Inglaterra se le escapaba en lamentos elocuentes, cuya energía desesperada iba derecha al corazón de Fergus. Fergus escuchaba silenciosamente. A veces, palidecía de pronto, y en su mirada, generalmente, tan dulce, se reflejaba un brillo poco común.

Betsy seguía estando alegre en medio de toda esta tristeza. Cada día adelantaba de algunos minutos la hora de entregar su trabajo. Desde hacía varias semanas parecía haber descubierto la coquetería. Cada tarde, antes de salir, consultaba más de una vez el pequeño espejo colgado en la pared de la habitación común.

Una vez, Fergus llegó, terminado su trabajo, y no encontró a su hermana en la casa. Fergus amaba con pasión a Betsy. Esperaron. Betsy no llegaba. Betsy ya no llegaría nunca más.

En la pobre casita, fue una noche de desesperación y de lágrimas. La señora O'Breane ahogaba sus sollozos; Cristián, cuya fiebre exaltaba su cólera, se prodigaba lanzando inventivas locas, acusando a Inglaterra de la pérdida de su hija. Se aproximaba la mañana. Betsy estaba perdida. Fergus guardaba silencio. Estaba sentado, aparte, pálido, con los cejas fruncidas, respirando apenas. Cuando clareó el día, abrazó a su madre y dio un apretón de manos a su padre.

—Voy a buscar a Betsy —dijo.

Estuvo fuera todo el día. Por la noche, regresó solo, cansado, exhausto y haciendo esfuerzos para sostenerse. No le preguntaron nada. La señora O'Breane juntó sus manos, pobre madre, y cayó de rodillas. Cristián se sentó en la cama. Desde el día anterior, su fiebre había hecho progresos terribles. Tenía todos los síntomas de una muerte próxima en su cara desencajada y lívida.

—¡Me lo han robado todo! —exclamó con voz ronca y temblorosa, tanto de fiebre, como de odio—; ¡todo!, ¡mi pan y mi hija!

Fergus se había sentado en el mismo sitio apartado de la víspera y, como el día anterior, guardaba sombrío silencio.

—¡Los ingleses!, ¡los ingleses! —exclamó Cristián, cuya voz se iba haciendo cavernosa—, ¡expoliadores, ladrones, asesinos!

Su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada. Una convulsión sacudió la cama. Luego, se oyó una voz que parecía salir de una tumba y que hizo estremecer a Fergus.

—Hijo mío —decía esta voz—, tu padre se está muriendo; tu hermana está deshonrada. ¡Adelante!, ¡guerra a Inglaterra!

Fergus se levantó instintivamente obedeciendo a esta extraña orden. Se hizo un profundo silencio.

Luego estallaron unos sollozos desgarradores. La señora O'Breane, medio loca, intentaba, en vano, recalentar las manos de su marido. Éste había muerto.

Fergus se arrodilló y se puso a rezar.

La señora O'Breane cesó pronto de llorar. Una serenidad extraordinaria iluminó su rostro. Levantó las ropas de la cama y se acostó junto a Cristián. Hacía veinte años que vivía la vida de aquel hombre, su primero, su único amor. Al cabo de una hora, Fergus, que seguía arrodillado, escondiendo entre sus manos su cabeza ardiente, se estremeció, de nuevo.

—¡Hijo mío querido! —decía la señora O'Breane con una voz tan débil, que llegaba a los oídos de Fergus como si fuese un murmullo—, tu padre ha muerto, tu hermana está deshonrada. Voy a rezar por tu hermana y voy a juntarme con tu padre. ¡Adiós!

Fergus dio un grito desgarrador y se desplomó, abrumado por aquel triple dolor. El silencio reinó, un silencio mortal, que nada vino a turbar.

7. Primer amor

Clareaba ya el día cuando Fergus O'Breane despertó de su prolongado desvanecimiento. Un inmenso dolor oprimía su alma, que desfalleció un instante bajo aquel terrible choque. Pero Fergus poseía una energía todavía ignorada, cuyo resorte accionó instintivamente contra aquel primero y terrible ataque. Se extrañó de encontrarse aún con valor frente a aquella terrible desgracia. Volvió a arrodillarse e intentó rezar, pero una voz mística sonó en sus oídos y murmuró las últimas palabras de su padre moribundo:

—¡Adelante!, ¡guerra a Inglaterra!

Se levantó de un salto y sus ojos despidieron destellos. Ya no era la cólera de un niño: era el odio de un hombre. Fergus dibujó lentamente, de la frente al pecho y de un hombro a otro, el signo de la cruz católico.

—Padre mío —murmuró con la cabeza alta y la mano extendida—, juro que os obedeceré.

Nada de su pensamiento, extravagante o no, traslució al exterior. Su existencia transcurrió exactamente igual a la de todos los jóvenes que viven de su trabajo; llegó, como todas las otras, a una fase amorosa que se convirtió en una novela. Pero esta novela fue el primer capítulo de una historia muy seria.

Fergus no había amado jamás. Hasta entonces sus costumbres habían sido austeras, lo mismo que su pensamiento. No había sitio para el amor en medio de sus preocupaciones.

Una tarde de primavera, en el momento en que daba la vuelta a la esquina de Short Gardens, un cabriolet de forma anticuada, tirado por un grueso caballo de tiro, fue a topar contra la acera y perdió una de sus ruedas. El caballo, asustado, se detuvo un instante, y luego, se lanzó de nuevo. Un grito de mujer salió del cabriolet medio derribado. Fergus no esperó a que pidieran auxilio. Su primer movimiento ya lo había llevado a la cabeza del caballo, cuyo arranque detuvo bruscamente debido al esfuerzo de su mano robusta.

En el instante en que el caballo se acuartillaba y ensangrentaba el bocado con la espuma de su boca, un hombre saltó de la acera y tendió sus brazos al interior del cabriolet.

—No os asustéis, Mary —dijo con emoción—. Venid, venid, querida hermana, pues este chico no podrá detener por mucho tiempo el caballo.

Aquella a quien llamaban Mary, no respondió. El caballo, entretanto, como si hubiese comprendido el desprecio que su amo hacía del «chico» que lo retenía, estiró las patas e intentó dar un salto hacia adelante. Pero la mano de Fergus parecía que era de hierro y el animal, dominado, curvó la cabeza y se quedó inmóvil.

La puerta de la casa que forma esquina con Short Cardens, se abrió y un criado se apresuró a tomar el relevo de Fergus. Éste se ajustó el traje tranquilamente y reemprendió su camino.

—¡A fe mía, mi joven caballero —exclamó el dueño del cabriolet—, esto no es comportarse correctamente! ¡Ya veis que mi pequeña Mary ha quedado sin conocimiento y yo no puedo correr tras de vos para daros las gracias!

—Caballero, no vale la pena —respondió desde lejos Fergus.

—¡Oh!, ¡oh!, ¿es así, pues? ¡Vaya! Vosotros los ingleses hacéis las cosas así, pues no diré nada más; pero hubiese querido dar la mano al hombre que ha salvado a Mary.

En estas palabras había dos cosas que fueron directas al corazón de Fergus. Primeramente, una franqueza cordial, y en segundo lugar, un fuerte acento escocés. Fergus, por nada del mundo hubiese querido dar la mano a un inglés. Volvió sobre sus pasos y sonrió por primera vez después de la muerte de sus padres, viendo al dueño del cabriolet abrir sus brazos y sintiéndose abrazado calurosamente.

—*Gentleman* —prosiguió el escocés—, ahora que ya os tengo, que me muera si nos separamos sin haber bebido juntos un vaso de vino de Francia, a la salud de quien bien os parezca. Ayudadme, por favor, a sacar de ahí a mi hermanita.

Hubiera sido un cargo de conciencia negarse a ello. Fue sosteniendo a medias los pasos vacilantes de Mary, que entró por primera vez bajo un techo extranjero desde la muerte de su padre. La joven fue colocada en un sofá en la sala de estar. El escocés la besó tiernamente en la frente y se volvió hacia Fergus, al cual dio la mano.

—Caballero —dijo—, nosotros, buenos chicos del Teviot Dale, no sabemos hacer grandes frases. Soy el hijo del granjero de Leed; me llamo

Angus Mac-Farlane; chocadla, amigo, y si hoy, mañana o más tarde tenéis necesidad de un amigo… ¡Duncan, traed vino y vasos y decid a Mac-Nab que baje!

Angus Mac-Farlane no se parecía en nada, entonces, al retrato que hemos hecho de él en el curso de esta historia. Era un guapo mozo de unos treinta años, de cara audaz, franca y alegre. Había hecho llamar a Mac-Nab, su cuñado, que vivía en Londres con él desde hacía unas cuantas semanas, con objeto de hacer honor a su huésped. El señor Mac-Nab se había casado con la hermana de Angus. Podía tener la misma edad que su cuñado. Era un hombre de aspecto inteligente y distinguido, pero frío. Sus maneras contrastaban con las de Angus, que eran abiertas y alegres. Ejercía las funciones de abogado, pleiteando en el palacio de justicia de Glasgow.

En cuanto a Mary Mac-Farlane, por poco que el lector recuerde de cierto retrato colgado entre dos ventanas en aquella habitación de Irish House, que conocemos bajo el nombre de «la habitación del laird», no tendremos ninguna necesidad de describirla nuevamente, únicamente que Mary era todavía más bonita que su retrato. Iba a cumplir los dieciséis años. Fergus hacía un cuarto de hora que estaba allí y aún no se había dado cuenta de ella. El señor Mac-Nab acababa de entrar y después del relato de Angus, dirigió al joven extranjero un cortés agradecimiento. Todo parecía que había terminado. Fergus iba a despedirse, después de haber complacido a Angus, brindando, cuando Mary se levantó del sofá donde su hermano la había colocado. Fergus se detuvo, como si una invisible mano lo hubiese clavado en el suelo. Mary tomó un vaso de la bandeja y vertió un poco de vino.

—He de tomar una determinación, yo también —dijo suavemente—; bebo a la salud de aquellos a quienes amáis.

Fergus se puso pálido.

—¡Señora!, ¡señora! —murmuró con una voz que su dolor, repentinamente recordado, hacía temblorosa—; aquellos que yo amaba están muertos… no amaré nunca más… es decir, no sé… quizá… ¡Bebo a vuestra salud, señora!

Había cogido de la bandeja un vaso que vació de un solo trago. Mary se ruborizó. Mac-Farlane se echó a reír.

Fergus miró a Mary y se retiró precipitadamente.

Fergus amaba. Una sola mirada había encendido sus sentidos y su corazón.

Al día siguiente, por la mañana, Angus Mac-Farlane fue a visitarle. Entre ellos la intimidad fue cosa rápida. El amor siguió el mismo camino. Mary, ingenua y sencilla niña, no podía resistir por mucho tiempo a aquel hermoso Fergus, que tenía en cierto modo infusa la ciencia de la seducción. Mary amó tal como era amada, es decir, sin reservas.

La casa de Mac-Farlane se convirtió pronto en la de Fergus. Fergus supo todos los secretos del leal escocés y los motivos de su presencia en Londres. Entre los secreto de él, Fergus confió, únicamente, su amor.

Así pasaron varias semanas. Mac-Nab guardaba siempre, respecto a O'Breane, su ceremoniosa y fría cortesía. Excepto Fergus, no había más que un extranjero que fuese admitido a ver a *miss* Mac-Farlane. Era un joven nobleman, llamado Godfrey de Lancester, que esperaba la muerte de su padre para convertirse en conde de White Manor.

8. Desafío inglés

Angus MacFarlane y su cuñado Mac-Nab estaban en Londres para defender uno de aquellos inextricables procesos que la confusión de las leyes inglesas levanta constantemente y que la curia juzga mediocremente, con ayuda de razones múltiples y muy diversas, entre las cuales hay que citar, primeramente, la equidad, luego la casualidad, después los favores y las recomendaciones.

En el proceso de Angus Mac-Farlane, o mejor dicho, de su padre, el granjero de Leed, se trataba de una vasta extensión de terrenos disputada por uno de los jueces de paz del condado de Dumfries. El señor Mac-Farlane, cuya familia había sido siempre poseedora de estas tierras, que eran casi toda su fortuna, no quería ceder, sin discutirlo. El juez de paz era rico y estaba bien apoyado; Angus y Mac-Nab fueron enviados a Londres con objeto de poder seguir activamente los intereses de la familia.

Angus creía que debía hacerse únicamente una cosa: presentarse delante del juez y deducir sus pretensiones; pero Mac-Nab, abogado y acostumbrado a los tortuosos procedimientos de los embrollos escoceses, quiso tomar la precaución de un apoyo y emprender la lucha de una manera más igual. Antiguas amistades de la familia le dieron entrada en la mansión del viejo conde de White Manor, el cual era un digno caballero. Mac-Nab le hizo tocar palpablemente lo justo de su causa, y el conde tomó el asunto bajo su alta protección. Era lo menos que podía aceptarse, a cambio del honor de tener la visita, de vez en cuando, del hijo mayor de Su Señoría.

El Honorable Godfrey tenía, entonces, de treinta a treinta y cinco años. Su cara, bastante hermosa, pero enrojecida por el abuso de licores, tanto como por los efectos de un temperamento sanguino en exceso, ofrecía las características peculiares del tipo sajón, reproducido con una brutal energía. Angus estaba seguro de que el Honorable Godfrey estaba

enamorado de su hermana Mary. Mac-Nab pretendía lo contrario. Fergus tenía las simpatías de Angus y el amor de Mary.

Las cosas no podían permanecer durante mucho tiempo en esta forma sin que se hablase de matrimonio. Mac-Nab, así que tuvo conocimiento de las pretensiones del joven irlandés, se opuso con todas sus fuerzas, pero Mary, llorando, echó sus bonitos brazos alrededor del cuello de su hermano, el cual juró que la boda sería un hecho. Fergus y Mary se prometieron.

Entre Fergus y Godfrey existía una antipatía natural, recíproca. Se encontraban muy a menudo en la casa de Angus, pero O'Breane tenía la costumbre de ceder el sitio y se retiraba inmediatamente después de la llegada del heredero del lord. Por este medio, toda violencia había sido evitada hasta entonces. Al día siguiente del día en que el casamiento se había concertado, la familia Mac-Farlane debía marchar hacia Escocia, en donde la llamaba la prosecución del proceso; Fergus se encontraba solo en la sala de estar, esperando a Mac-Farlane.

Antes de que éste llegase, entró el Honorable Godfrey de Lancester, cuyo rostro agitado anunciaba una violenta cólera próxima a estallar. Fergus, siguiendo su costumbre, tomó su sombrero y se dirigió a la puerta en silencio.

—¡Dios me condene! —murmuró brutalmente Godfrey—, ¡ese rústico tiene el buen sentido, por lo menos, de tomar la puerta por sí mismo!

Fergus se detuvo y miró a la cara al señor de Lancester, el cual se dejó caer en un sofá y cruzó las piernas, con despreocupación ostentosa.

—¿Os referís a mí, caballero? —preguntó Fergus.

—Podría muy bien ser, joven —replicó Godfrey.

El rostro de Fergus enrojeció, pero no por ello perdió su serenidad.

—Caballero —dijo, de la misma manera como comenzó la conversación—, me parece que sería mejor continuarla en la calle.

—¡Adelante! —dijo Godfrey, levantándose y sonriendo—. Os sigo.

Fergus pasó primero y el señor de Lancester le siguió, en efecto, abrochándose rápidamente las solapas de su levita. Cuando llegaron a la calle, Fergus quiso tomar la palabra.

—Más lejos —dijo el señor de Lancester, dando la vuelta a la esquina de Short Gardens y entrando en Belton Street.

Fergus le siguió. Godfrey bajó de la acera y se plantó en mitad de la calle. En aquella época era, todavía, un hombre muy robusto, y la postura que tomó, muy conocida en Londres, donde el pugilato es una ciencia

tanto popular como aristocrática, hizo resaltar aún más, las vigorosas proporciones de su torso. En la calle solamente había raros transeúntes que andaban apresurados.

—Vamos, caballero —dijo Godfrey con tono provocativo—, si os apetece continuar aquí nuestra conversación, estoy a vuestras órdenes.

—Me apetece, señor —replicó Fergus, adelantándose—, pediros cuenta de vuestra brutal insolencia.

—Bien, jovencito. Sé que amáis a *miss* Mac-Farlane. Y me han dicho que vais a casaros con ella.

—Es cierto —contestó Fergus.

—¡No será así! ¡Antes, jovencito, os romperé las costillas!

—¡Caballero! —exclamó O'Breane—, mi paciencia ha llegado a su límite y voy a haceros arrepentir…

No pudo terminar, porque un puñetazo del nobleman le alcanzó en pleno pecho y lo tiró violentamente hacia atrás.

Fergus se levantó, atontado y furioso. Sin calcular su ataque y sin tomar ninguna precaución, tampoco, se abalanzó. El brazo de Godfrey, levantado a la altura de sus ojos, se desplegó. Por segunda vez Fergus rodó por el suelo, donde permaneció irnos segundos, inmóvil y como anonadado. No es necesario decir que nadie se movió para socorrerle. Pero los espectadores iban en aumento y llenaban, ya, toda la calle.

El golpe había sido bueno. A pesar de ello, Fergus se volvió a levantar. Su cara estaba lívida y, en medio de aquella palidez, sus ojos despedían destellos sombríos. Esta vez no se abalanzó al encuentro de su adversario; fue midiéndole con la vista y avanzó con pasos lentos, los brazos colgando, el cuerpo y la cara completamente descubiertos. Un estremecimiento de curiosidad recorrió por toda la asistencia.

La mirada de Godfrey se hizo atenta, fijándose de un modo insistente en el punto en que el pecho cede y se ahueca juntándose con el estómago. Fergus seguía avanzando lentamente. Godfrey golpeó con toda su fuerza. Uno de sus puños atacó el pecho de Fergus, dando un sonido cavernoso, terrible, y el otro puño alcanzó el nacimiento de la frente, haciendo surgir finos hilillos de sangre.

Con estupefacción general, la concurrencia vio que Fergus no cayó por este doble ataque. No vaciló tampoco; así como tampoco retrocedió. El choque atacó la carne, pero como si hubiera topado contra una columna de hierro. La concurrencia, cuyo ávido interés había llegado al

colmo, dejó escapar un sordo murmullo, al verle de pie, firme, y erguido, con una estrella sangrienta en medio de su frente pálida.

Godfrey mismo estaba tan seguro de haberle matado, que no se preocupó de poner sus brazos en posición de defensa. Entonces las dos manos de Fergus, como dos tenazas de acero, se cerraron sobre sus brazos, dislocándolos.

Fergus pareció que crecía en su rabia. Sus rasgos tomaron una fuerza salvaje e implacable. Torció los brazos de Godfrey hacia atrás y los soltó repentinamente para poner los suyos alrededor de los riñones del *nobleman* aterrorizado, el cual sintió que perdía terreno. Los espectadores vieron contraerse con un gesto horrible los rasgos del señor de Lancester y oyeron un sordo crujido. Fergus, entonces, soltó su presa y Godfrey se desplomó en el suelo, sin sentidos.

Esto ocurría a pleno sol, delante de mil testigos.

Un mes después, Fergus O'Breane comparecía delante del tribunal de justicia, acusado de tentativa de asesinato con premeditación y emboscada, contra la persona del Honorable Godfrey de Lancester, heredero presunto del condado de White Manor. Fergus, desde aquel momento, estuvo prisionero, porque no pudo dar fianza.

Godfrey de White Manor estuvo a punto de sucumbir como resultado del terrible abrazo de Fergus. Pertenecía a una familia poderosa y estaba ávido de venganza. En torno a su lecho de enfermo, se formó un conciliábulo: se combinaron los hechos; se urdió una trama, en la cual Fergus, solo y también enfermo en su prisión, a pesar de estar seguro de su inocencia, no podía escapar. Hubiera sido para él un consuelo muy grande tener noticias de Mary y de Angus. Pero no se extrañó demasiado por su silencio. La familia de Mac-Farlane debía encontrarse en Escocia; sin duda Angus y Mary ignoraban su desdicha.

Cuando Fergus compareció delante del tribunal reunido en Old Bailey, tuvo solamente un voto a su favor. Fue enviado a la audiencia. Este primer golpe le sorprendió dolorosamente; pero esto eran, solamente, los preliminares. Había sido tan brutalmente atacado, el caso de legítima defensa era tan manifiesto y tantos testigos habían asistido a la lucha, que una condena le parecía una cosa completamente imposible.

En la vista de la causa, una multitud de hombres, sobornados, declararon que Fergus había atacado al hijo del lord traidoramente, a mano armada. Fergus creía estar soñando. Se movía en su banquillo y

gritaba: «¡Mentira!». Pero los testigos iban sucediéndose sin parar y todos declaraban lo mismo.

Un último testigo fue a dar el golpe de gracia al acusado. El hombre que lo dio era una especie de mendigo, de unos veinte años de edad, cuyo aspecto era repugnante.

—¡Oh, Vuestras Señorías! —dijo antes de empezar el interrogatorio —, mis buenos lords, juro sobre el evangelio y sobre todo lo que queráis que voy a decir la verdad. ¡Dios tenga piedad de mí a la hora de mi muerte! Sus Honores me condenaron ayer a ser deportado por una triste docena de pañuelos que encontraron en mis bolsillos. ¡Pero yo no me quejo, mis buenos lores! La vida es terriblemente cara en Londres. ¡Conozco perfectamente a Fergus O'Breane, el bribón! Oh, Vuestras Señorías, ¿se puede tener el alma tan negra para atreverse a asesinar al hijo de un lord? ¡De un lord que tiene millones de libras esterlinas! ¡Ya le conozco, ya lo creo! ¡Vivía en Saint-Gilles con su bandido de padre! ¡Con su madre y su hermana, una pordiosera que lord Fitz-Allan, que Dios bendiga a Su Señoría, ha hecho de ella una hermosa señora con diamantes y cachemires!

Fergus dejó escapar un sordo gemido.

—Frecuentemente —prosiguió el testigo—, sabiendo que yo era un pobre muchacho, me propuso llenar mi sombrero de coronas si quería dar una puñalada al hijo del lord.

—¡Por mi vida —exclamó Fergus—, yo no he hablado nunca con este desgraciado!

—¡Oh, Vuestras Señorías! —continuó el testigo—, tan cierto como que mi nombre es Bob Lantem… Hace ya mucho tiempo que quería dar este golpe y buscaba el momento oportuno, lo juro sobre la Biblia, queridos señores Lores.

El tribunal declaró a Fergus culpable, por unanimidad. La sentencia que le condenó a ser deportado, fue considerada como un acto de clemencia; pues, manifiestamente, merecía ser ahorcado. Fergus salió de la audiencia, preso de un sentimiento de estupor. De retomo a su prisión, una fiebre violenta se apoderó de su cuerpo. Perdió el sentido de su desgracia. Cuando despertó de aquel largo sueño de su inteligencia, habían transcurrido, ya, varias semanas desde su condena. Se encontraba en la rada de Weymouth, en el pontón del «Cumberland», prisión flotante destinada a los deportados que tenían que embarcarse rumbo a Australia.

9. Los pontones

Fergus se hallaba tendido en un camastro estrecho e inclinado, en una gallería baja de techo y llena de camas parecidas a la suya. A cierta distancia unos de otros, se hallaban unos centinelas, con traje de marinero, que llevaban un gran cuchillo desnudo en la mano. La cama de Fergus estaba situada cerca de una cañonera, pero daba la espalda a la luz y no podía, en aquel primer momento de lucidez, tener ninguna idea del lugar en que se encontraba. La primera persona que vio a su cabecera, le hizo dudar de la realidad de todo lo que veía. Aquella cara era la del odioso mendigo, cuyo falso testimonio había determinado su condena. Fergus escondió el rostro entre sus manos y murmuró con cansancio:

—Habré perdido la razón…

—¡Oh, no!, ¡bello señor! —contestó la voz de Bob—, tenéis solamente una fiebrecilla de poca importancia, con algo de delirio que os ha durado cosa de un mes a seis semanas. Eso es todo.

Fergus volvió a abrir los ojos y no pudo reprimir un gesto de repugnancia al ver el grasiento rostro de Bob Lantem que le sonreía a pocas pulgadas del suyo. Bob vio el movimiento, lo comprendió, pero no se enfadó por ello.

—Me hago cargo —prosiguió—, hermoso joven, me hago cargo de ello. Mi cara os repugna a causa de toda esa historia de Old Court.

—¡Old Court! —repitió maquinalmente Fergus.

Luego, su memoria se iluminó de pronto y dijo con repentina violencia:

—¡Eres tú, miserable! ¡Ahora recuerdo!

Intentó echarse de la cama; pero Bob, que se había levantado tranquilamente, lo retuvo sin dificultad.

—¡Aquí!, ¡aquí!, ¡a descansar! Hace quince días que os estoy cuidando y Dios sabe de qué manera observo las órdenes del joven doctor Moore, el cirujano auxiliar del pontón.

—¡Estamos en un pontón! —exclamó Fergus.

—¡En el más hermoso pontón de la rada, señor O'Breane! ¡No hay que guárdame rencor; la vida está tan terriblemente cara! ¡El hijo del lord me hizo dar una libra!

—¡Y por una libra, desgraciado…!

—Yo no mentía del todo. Conocí muy bien en Saint-Gilles al señor Cristián O'Breane, digno hombre, y a la señora O'Breane, una santa mujer, y a la pequeña señorita y también a vos, mi hermoso joven. Todos me habían dado limosna cuando yo fingía ser un epiléptico, en el suelo de Bainbridge Street. ¿Apuesto cualquier cosa a que todavía recordáis a aquel epiléptico?

Fergus se encontraba muy débil. Su reciente cólera acababa de dejarle completamente abatido. Apenas oía a Bob. Bob Lantem cogió su brazo y lo apretó para despertar su atención.

—Mi guapo señor —prosiguió—, cuando puedo hacer un favor sin que me cueste nada, gustoso ayudo a mi prójimo. Estáis en el «Cumberland», a dos leguas de la costa y dentro de pocos días os embarcarán en el «Bay-Ship[25]». Una vez allí, no existe medio de escaparse; pero mientras permanezcamos en la rada, se pueden encontrar recursos. ¿Me oís bien?

Fergus hizo con la cabeza una señal afirmativa. En aquel mismo instante, se oyó un mido de pasos y de voces en el piso superior.

—¡Ya están de vuelta! —continuó Bob—. Mi guardia ha terminado y me queda poco tiempo para daros instrucciones. Vuestros compañeros de dormitorio tienen ganas de volver a ver el país y temen marearse. Han hecho un agujero, ahí, detrás de vuestro camastro. Les molestaréis si no formáis asociación con ellos, y cuando se les molesta, ya sabéis…

Bob terminó la frase con una pantomima muy expresiva.

—Para evitar toda molestia de esta clase —prosiguió—, lo mejor es que os hagáis pasar por un iniciado; esto no es difícil, no nos conocemos los unos a los otros. Cuando sepan que habéis vuelto en sí, recordad bien lo que voy a deciros, os dirán *Gentleman of the night!*, para ver si sois de los buenos. Responded sin titubeos: *«Family's son»*, y podréis dormir sobre vuestras dos orejas.

Una escalera que comunicaba el entrepuente con el puente, se puso a oscilar bajo el peso de numerosos condenados que empezaron a bajar por la escotilla. Los guardias, que, en ausencia de los condenados, se habían agrupado y estaban charlando, volvieron a tomar,

precipitadamente, sus lugares. El que se colocó más cerca de la cama de Fergus era un enorme muchacho, enorme en altura, por lo menos, cuyos brazos y piernas, salían, huesudos y secos, de sus ropas, visiblemente demasiado cortas. Aquel gran hombretón, tenía un rostro honesto y llevaba retratado en su cara la apariencia de una completa tranquilidad de espíritu.

Caía la noche. Los condenados se acostaron. Unos minutos después, el comandante, seguido de un oficial y de un médico, hicieron la ronda. El médico era el señor Moore, joven «physician», de gran porvenir. Tal como le hemos visto después de veinte años, tal era entonces. La única diferencia consistía en que tenía una abundante cabellera.

La ronda se detuvo delante de la cama de Fergus y el señor Moore le tomó el pulso.

—¿No ha dicho nada? —preguntó a Bob.

—No, no ha dicho nada, Vuestro Honor —respondió Bob con aspecto inocente.

Moore hizo una señal al muchacho larguirucho, vestido con un traje demasiado pequeño, para que se acercase.

—¿Habéis oído hablar a este hombre? —preguntó Moore.

—¡Este hombre, trueno del cielo! —contestó el buen Paddy O'Chrane, que entonces estaba en plena flor de su juventud—; no me gusta escuchar, ¡o que un rayo me parta!, ha dicho lo que pueden decir los bribones, esos pobres diablos.

—Este hombre ha debido de hablar —prosiguió Moore—. La crisis de esta mañana ha sido su salvación.

El oficial que acompañaba al comandante, había comprobado, con un martillo, las paredes del pontón entre litera y litera. Se había podido observar que el señor Moore se situó, desde un principio, a la cabecera de la cama de Fergus y permaneció allí durante todo el tiempo de su visita, ocultando, de esta forma, la porción de pared situada entre la cama del enfermo y la de su vecino de la derecha. La ronda se alejó y el oficial no tocó la madera del pontón en aquel sitio. Se oyó resonar el martillo periódicamente, después la ronda subió al puente y se restableció el silencio.

Todo esto duró, aproximadamente, media hora. El vasto dormitorio estaba iluminado por algunas mariposas, cuya insuficiente claridad dejaba a todos los objetos en una semipenumbra. Los guardias, en número de cuatro, se paseaban lentamente dentro de la circunscripción

fijada para su vigilancia. Fergus no dormía. Descansaba, teniendo conciencia de todo lo que ocurría a su alrededor. Al cabo de algunos minutos, oyó un imperceptible zumbido de hierros bajo los cobertores de la cama de su vecino de la derecha, hombre vigoroso y de aspecto decidido. Aquel ruido no tenía nada de extraordinario en un lugar donde más de cincuenta cautivos dormían con sus grilletes en los pies y en las manos; sin embargo, este ruido fue a parar a la oreja de otro que no era Fergus, pues se oyó exclamar con mal humor al largo marinero Paddy:

—¡Jack, hijo de Satán, triste escoria de Newgate, amigo mío, que me ahorquen si no eres el bribón más escandaloso que conozco! ¡Si no terminas de una vez, tendrás veinticinco zurriagazos o que me cuelguen, como lo serás tú algún día, compañero!

Paddy O'Chrane pronunció estas palabras en voz alta. Reforzó sus últimas palabras con un gesto que bien podía ser una amenaza, pero que tuvo por resultado hacer caer sobre la cama de Jack un objeto que brilló, a las luces temblorosas de las mariposas. Jack cogió rápidamente el objeto y se deslizó al suelo. Sus grilletes se quedaron entre las ropas de su cama. Paddy reemprendió su tranquilo paseo.

Fergus no se movía. Durante una hora, más o menos, a partir de aquel momento, oyó detrás de él, a pocas pulgadas de su oído, el chirriar sordo de una sierra manipulada con infinitas precauciones. Al cabo de este tiempo, el pito del contramaestre retumbó en el puente superior. Jack volvió rápidamente a su cama y se metió debajo de sus sábanas. El objeto brillante que había llamado la atención de Fergus brilló nuevamente encima de la lana gris de la manta. El seco y largo brazo de Paddy se estiró y el objeto desapareció. En el mismo momento, cuatro marineros bajaron por la escotilla. Iban a relevar a los centinelas.

Al día siguiente las cosas sucedieron exactamente igual que el día anterior. El joven doctor Moore sirvió una vez más de pantalla en la pared del pontón, situada a la derecha de la cama de Fergus, durante la visita del comandante, y el martillo del oficial cumplió con su deber por todas partes, excepto allí. Cuando llegó la noche, el marinero de guardia, colocado en el lugar ocupado la víspera por Paddy O'Chrane, demostró que veía tan poco como este último, pues el vecino de la izquierda de Fergus pudo ejecutar una maniobra exactamente igual a la realizada por Jack Oliver. Pasó, arrastrándose, debajo de la litera de O'Breane, que fingía dormir profundamente, y durante más de una hora, el sordo

chirriar de la sierra se hizo oír a pocas pulgadas de su oído. Esto duró varias semanas.

Todas las noches, por tumo alterno, Jack y el vecino de la izquierda, que se llamaba Randal Graham, se relevaban, bajo los ojos del guardia, para adelantar el trabajo de agujerear la pared del pontón. Aquel Randal Graham era un personaje bastante notable y chocaba fuertemente en medio de toda aquella multitud de bribones estúpidos o infames, que llenaban el pontón, desde la cala hasta la batería alta.

Randal era un montañero de Escocia de unos treinta años. Fergus se fijó en este cautivo en circunstancias muy comunes en los pontones, a bordo del «Bay-Ship» y hasta en la Nueva Gales del Sur: queremos decir el castigo de los latigazos, infligido a los presionistas de S. M.. Por regla general cuando se inflige este castigo, el paciente da gritos y se desespera, bajo el látigo, en terribles convulsiones. Randal se estiró boca abajo y ofreció sus riñones al verdugo.

El verdugo empezó su trabajo. Cada golpe dejaba una señal azulada sobre el piel de Randal, el cual no se movía. La sangre manó muy pronto. Al cincuentavo golpe de látigo que el verdugo dio con una sonrisa de cansancio, los riñones de Randal eran una inmensa llaga. Se levantó, tomó el látigo de manos del verdugo y lo examinó durante unos segundos con mucha atención. Su cara reflejaba una serenidad extraordinaria.

Desde aquel día, Fergus sintió una especie de simpatía hacia aquel hombre: simpatía tácita, tanto como irrazonada. Fergus y Randal no se habían hablado nunca.

Una noche en la que Paddy O'Chrane estaba de centinela y le tocaba el tumo de trabajo a Jack Oliver, éste se puso, como de costumbre, a su tarea, así que el larguirucho marinero hubo tirado encima de la manta el objeto de acero que Fergus había visto brillar en la primera noche de su convalecencia. Pero aquella noche, Jack no trabajó durante mucho rato. Apenas había transcurrido media hora que el ruido sordo de la sierra cesó, de pronto.

—¡Paddy! ¡Randal! ¡Roberts! —gritó Jack, en un momento de loca alegría—. ¡El agujero está ya hecho!

Al día siguiente, a la hora del paseo sobre el puente, el ojo más observador no hubiera podido observar ningún indicio de agitación entre los condenados. No obstante, la evasión estaba decidida y fijada para la noche siguiente. Bob Lantem, que no se había dejado ver en toda la semana, reapareció, de pronto, aquel día.

—¡Oh!, ¡mi guapo joven —dijo a Fergus—, se os ve muy valiente! ¡El señor Moore es un hombre muy hábil!

Hizo como que se iba, pero aprovechando un momento en que nadie le observaba, se acercó a Fergus y le deslizó rápidamente al oído las siguientes palabras:

—Será esta noche. ¡Si no os matan, os salvaréis, y no os matarán si dais el santo y seña!

¡Salvarse! ¡Volver a ver Inglaterra, Mary! ¡Encontrarse, a la vez, frente a su amor y frente al adversario que buscaba su implacable odio! Fergus fue a sentarse contra el empalletado. Todos estos pensamientos daban vueltas en su cerebro, mientras miraba la costa. No se había dado cuenta de que un grupo de deportados se formaba a su alrededor y le separaba de los centinelas situados en el puente. Los que le tenían más acorralado eran, Randal Graham y Jack Oliver; éste ocultaba en su camisa un cuchillo de mesa afilado.

—Aquí está ese guapo mozo que no es muy charlatán —dijo, desde lejos, Tom Bence—. Jack, amigo, mira a ver de qué color son sus palabras.

Fergus levantó los ojos y se estremeció, viéndose cercado. Su primer movimiento fue buscar una salida, pero Randal le tenía ya los brazos cogidos por detrás. Recordó entonces la última recomendación de Bob y tuvo como una vaga idea de aquellas palabras pronunciadas a la cabecera de su cama por el mendigo, el día en que volvió en sí de su delirio, pero aquellas palabras se le escapaban, tanto más, por cuanto hacía esfuerzos por recordarlas. Jack Oliver se plantó delante de él.

—Si haces el menor movimiento, eres muerto —le dijo— poniendo la punta de su cuchillo sobre el corazón de Fergus; ¡si gritas, te mato! Vamos a ver si sabes hablar en buen inglés, *Gentleman of the night*.

Fergus titubeó.

—¡Vamos, Jack! —gritó Tom Bence.

Oliver frunció el entrecejo, pero en aquel momento mismo, Fergus sintió que le apretaban el brazo por atrás y la voz de Randal murmuró unas palabras en su oído.

—*Family's son!* —respondió inmediatamente.

Oliver metió el cuchillo bajo su camisa.

—¡Separaos! ¡Dios nos castigue, escoria de Newgate! —gritó desde lejos el marinero O'Chrane.

Los prisioneros se dispersaron. Únicamente Randal se quedó, apoyado contra la borda, al lado de Fergus. Éste quiso darle las gracias;

porque fue Randal quien le había soplado el santo y seña. Pero apenas O'Breane abrió la boca, que el escocés le miró con indiferencia glacial y volviéndole la espalda se alejó lentamente.

Una vez llegada la noche, la ronda tuvo lugar como de costumbre, y Fergus observó que los centinelas, esta vez, eran los cuatro que se relevaban siempre delante de su litera y tiraban la sierra encima de ja cama de Oliver, o de Graham. Cuando la ronda hubo salido, cuatro deportados saltaron de sus camas y se acercaron a los centinelas, los cuales sacaron de sus propios bolsillos unas fuertes cuerdas, con las que se dejaron amarrar fuertemente.

—¡Rayos y truenos! —murmuraba, mientras le amarraban, el seco y digno marinero Paddy—, ¡que me cuelguen y que Satanás me queme!, ¡si la «Familia» no ha de pagarnos unas buenas rentas por tan magnífico golpe! ¡Aprieta más, Jack, asqueroso pícaro, querido compañero! Y ahora, ¡las de Villadiego, basuras! Hay una canoa que os espera en la baliza.

Los cuatro centinelas se revolcaron por el suelo en todos sentidos, seguramente para llenarse de polvo el uniforme y fingir una lucha desesperada; después empezó la evasión. Se retiró la parte aserrada de la pared del pontón, con infinitas precauciones. Treinta prisioneros estaban ya en el mar y ningún ruido revelador no se había oído. En el entrepuente solamente quedaban unos diez hombres, enfermos o que no sabían nadar, además de Randal y de Fergus.

—¡Vamos! ¡Mil miserias! —dijo O'Chrane—, ¡aprisa!, ¡las cuerdas me rompen las carnes!

Fergus sacó la cabeza por el agujero. Randal le detuvo por detrás.

—¿Dónde vais? —preguntó.

Fergus, extrañado por la pregunta del escocés, se quedó sin contestar.

—Vais a buscar —prosiguió, lentamente, Randal— lo que amáis y lo que odiáis. Conozco vuestra historia, vuestro amor que es el de todo el mundo; vuestros odios que son los de un gran hombre o los de un loco.

—Y, ¿cómo lo sabéis? —preguntó Fergus que no conocía a ningún confidente de su pensamiento.

—En Newgate ya estabais delirando —contestó Randal— y yo era vuestro compañero de celda. Escuchad. Mary Mac-Farlane es la esposa del Honorable Godfrey de Lancester.

Fergus se apoyó, temblando, en su litera.

—¿Es cierto lo que decís? —murmuró.

—¡Es cierto! Soy del país de Mac-Farlane y conozco al noble Angus tanto como vos. Esto, por lo que respecta a vuestro amor. En cuanto a vuestro odio, se necesitan montañas de oro para luchar contra Inglaterra, y en Londres, donde deberéis ocultaros, es la miseria la que os espera.

—Pero ¿no vais a fugaros, vos? —preguntó Fergus.

—No. Necesito oro, yo también. Tengo mi odio, que se parece al vuestro como la razón pueda parecerse a la demencia. Odio Londres. Y quiero ser el hombre más rico de Londres. Es una venganza.

—¿Y dónde pensáis encontrar esta fortuna?

—Allí donde hormiguean los hombres resueltos, desesperados, audaces, ambiciosos.

Fergus bajó la cabeza y se quedó pensativo.

—¡Por el ojo del infierno! —exclamó O'Chrane—; ¡son los dos bribones más estúpidos que conozco! ¡Al agua!, ¡rayos y truenos!, ¡al agua. Satanás y sus cuernos!

Fergus se volvió hacia Randal y le miró fijamente.

—¿Hay muchos hombres como los que decís, en Botany Bay? —preguntó O'Breane.

—Muchos: hombres intrépidos, pacientes, inteligentes, indomables. ¡Hombres que, disciplinados y bien dirigidos por un cerebro elevado, derrumbarían a un imperio!

Fergus dio una última mirada hacia Inglaterra, donde algunas luces brillaban en lontananza y cerró la apertura que había dado paso a sus compañeros.

Randal y él se tendieron en sus literas.

10. Botany Bay

Después de una travesía de cinco meses, durante la cual no habían atracado más que una vez, en la costa del Brasil, el «Bay-Ship» llegó a la vista de Sidney. Desde aquel momento, Fergus y Randal habían proyectado un plan de evasión, cuya ejecución, indefinidamente aplazada, había de tener importantes repercusiones. El cañón de Sidney anunció la entrada en la rada del «Van-Diemen» y el gallardete de llegada se encontraba izado en la punta de South Head. El escampavías del piloto real se acercó pronto al barco y le condujo hasta el centro del puerto. Allí, se cumplimentaron varios requisitos y como resultado, el jefe del puerto tomó en su canoa al capitán y al médico para acompañarlos a la casa del gobierno. Apenas había salido el capitán que cien barcas salieron de la orilla a fuerza de remos y rodearon al «Van-Diemen» en un abrir y cerrar de ojos.

En aquellas barcas, alegremente adornadas, se reía, se cantaba y se gritaba. Era un inmenso clamor de bienvenida.

La llegada del «Bay-Ship» siempre es un motivo de fiesta y de regocijo para la colonia. Los antiguos cómplices se reconocen y se saludan. Se recuerdan mutuamente sus hazañas y hablan de los buenos tiempos de antaño. Pero, además, había una razón, una razón especial para que el «Van-Diemen» fuera recibido tan gloriosamente. Aquel barco, en efecto, llevaba, además de los presidiarios, un cargamento entero de mujeres, que las principales casas de Sidney habían encargado a sus representantes de Londres[26]. Todos tenían prisa por ver las recién llegadas y los marineros tenían dificultades para evitar que los curiosos hiciesen irrupción en el puente.

Se efectuó el desembarco. Los deportados, así que pisaron tierra firme, se pusieron en fila y sufrieron la inspiración del gobernador. Una vez cumplido este requisito, los industriales australianos se acercaron e hicieron su elección, comprometiéndose a salir responsables por todo

preso empleado a su servicio. Los recién llegados que no encontraron fianza, fueron conducidos a la cárcel.

Los industriales de los cuales acabamos de hablar, eran, naturalmente, licenciados de presidio, admitidos en los derechos cívicos de Nueva Gales del Sur, después de haber cumplido su condena, o, incluso antes, por autorización del gobernador; también había algunos que eran simples condenados, «legitimados» por un matrimonio contratado en la colonia.

En Nueva Gales del Sur el matrimonio libera. Se puede ver, pues, por un lado a un incorregible bribón y por el otro a una criatura que ha bebido todas las vergüenzas imaginables. Los dos llevan los grilletes en los pies. Se casan: este solo hecho les purifica. El bribón pasa a ser un *gentleman* honrado y la criatura pasa al estado de una *lady* respetable, y es con toda consideración, que los soldados del gobierno los recogen cuando el aguardiente los tumba, maritalmente, en cualquier callejón de Sidney.

Fergus y Randal, como no encontraron fianza en Sidney, fueron enviados los dos a Paramatta, en donde, colocados en casa del mismo dueño, continuaron proyectando los cimientos de su obra. Al cabo de seis meses, el plan, suficientemente maduro, empezó a recibir un principio de ejecución: Randal se casó.

Había en Paramatta una hilandera que respondía al nombre de Madeleine Le Loup, llamada, «contessa de Cantacuzena». En Londres, donde había elegido su residencia en su primera juventud, había sido durante mucho tiempo, la leona. Su belleza nunca debió ser extraordinaria, pero los dandies de cierta edad guardaban todavía un galante recuerdo de las gracias infinitas de su persona y sostenían que después de la «contessa», no había habido en Londres otra aventurera tan perfecta en todos sentidos. Estaba muy bien formada, con curvas encantadoras, aunque su estatura fuese mucho menor que la corriente, y poseía, según parece, en un grado máximo, la ciencia de atraerse los corazones más fríos y de hacer abrir las bolsas más fuertemente atadas.

En el apogeo de sus triunfos, implicada en el famoso caso de los diamantes de la duquesa de Devonshire, fue convicta de complicidad y arrojada en un pontón.

Esto fue una pérdida para la «Familia», pues Maudlin Wolf, o la contessa de Cantacuzena, era la mujer más hábil que pudiera verse, y el

resultado de los servicios que había prestado a sus opulentos protectores, eran incalculables.

En la época en que Fergus y Randal llegaron a Sidney, Maudlin Wolf era un personaje con el cual había que contar. Estaba unida a todos los descontentos, gozaba de la confianza de todos los más peligrosos miembros deportados de la «Familia» y mantenía relaciones ocultas con aquella parte de la colonia indisciplinada, que siempre estará en guerra contra la autoridad. Esto es lo que se decía; se afirmaba que Maudlin conocía perfectamente el refugio de Smith el Metodista, que había disparado un tiro al gobernador; pretendían, también, que había pasado más de una vez las barreras y tomado el camino de las Montañas Azules para llevar mensajes al matador de bueyes salvajes Waterfield, el más terrible «bushranger» del bosque de los Mirtos. El gobierno recogía todos estos rumores, pero Maudlin se deslizaba por entre sus dedos. Fue con Maudlin Wolf que se casó Randal Graham, primeramente, para ser libre y después para llegar, por su mediación, hasta Smith, Waterfield y algunos otros audaces aventureros.

11. El Rey Lear y la Reina Mab

Había seis hombres reunidos alrededor de una gran lumbre que ocupaba el centro de un pequeño claro, situado en medio de un bosque, formado de árboles raros, con un tronco enorme y escaso follaje. La noche era obscura y sin luna. Delante de las llamas, sobre dos horquillas clavadas en el suelo, un tercer palo, puesto horizontalmente, sostenía un canguro de raza grande, el cual, medio asado ya, enviaba a su alrededor los apetitosos efluvios de su olorcillo sabroso.

En la sombra, aparecía confusamente, cuando un bocanada de aire reanimaba la llama, la silueta achaparrada de una cabaña recubierta de corteza de árbol, en las paredes de la cual se apoyaban dos o tres fusiles de cañón negro, veteados de acero, de cuya fabricación, únicamente Inglaterra poseía el secreto. Los seis hombres estaban colocados en semicírculo. Eran Randal Graham y Fergus O'Brean, llevando cada uno, en torno a su chaqueta de presidiarios, un cinturón cargado de pistolas.

Después de ellos venía un joven de cara tranquila, seria, casi ascética, que daba la vuelta con una mano al asador improvisado, donde iba asándose el canguro, y con la otra acariciaba el lomo, brillante debido a un largo y frecuente uso, de una pequeña Biblia adornada con cierres de metal. Le llamaban el Mayor, o Smith el Metodista. Bajo éste último nombre había sido condenado, por robo en una iglesia, a quince años de deportación.

El hombre que estaba sentado encima de la hierba, al lado del metodista, tenía un hermoso rostro, rodeado por una espesa barba. Se llamaba Waterfield, y había abandonado Sidney para hacer la guerra a los millares de bueyes criados en las *«stations»* del interior.

El quinto personaje era casi un viejo. Su fisonomía, pensativa y ligeramente burlona, tenía alguna relación con la que los litógrafos prestan al diplomático francés señor de Talleyrand-Perigord. Era Ned Braynes, más conocido bajo el nombre de «rey Lear», un pillo redomado, tranquilo, paciente e infatigable. Este nombre de «rey Lear», que hizo

célebre en el calendario de Newgate, le provenía de su antigua profesión de actor.

El sexto y último, en fin, era un negro calvo, llamado, por este motivo, «Absalón». Absalón tenía una nariz terriblemente aplastada, enormes pómulos y media libra de labios. Cuando el señor Smith se olvidaba de dar vuelta al asador, Absalón lo substituía.

Esta escena tenía lugar en el bosque, poco poblado, de Eagle River, a cinco o seis millas al sudeste de Paramatta y a dieciséis millas aproximadamente del puerto de Sidney.

—Mayor, sois un santo —dijo el rey Lear—. Esto todos lo sabemos. Randal, amigo mío, ¡creo que vuestra mujer tarda mucho en llegar! La marea no espera a nadie y debemos hacer dieciséis millas esta misma noche.

—Sin duda —contestó Randal—, pero por la misma razón, Maudlin, pobre mujer, tenía que hacer también dieciséis millas para llegar hasta nosotros.

Hubo un momento de silencio.

—¡Ah! —dijo Ned Braynes—, os conozco desde hace tiempo y tengo confianza en vos. En cuanto a Waterfield, es un buen muchacho y nadie puede negar que el mayor sea un buen cristiano. Henos aquí cinco buenos compañeros, con el corazón en la mano; pues Absalón, príncipe de sangre real del Congo, no está desplazado al lado de gentilhombres de nuestra importancia. Pero ¿quién es el sexto, por favor?

Esto iba dirigido directamente a Fergus, quien no había tomado la palabra aún.

—El sexto es nuestro jefe, rey Lear —contestó Randal.

Los cuatro presidiarios miraron entonces a Fergus con atención y desconfianza. Absalón mismo abrió mucho los ojos para observarlo mejor. Fergus se ruborizó. Su emoción no era sino vergüenza. Fergus sentía que le embargaba el corazón una repugnancia profunda al ver de cerca a aquellos hombres que era necesario hacerlos sus auxiliares.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el rey Lear—. ¡Este hermoso muchacho quiere ser nuestro jefe!

—¿Cuáles son sus méritos? —añadió Waterfield.

—Yo creí —hizo observar Smith, saludando a Fergus como hubiera podido hacerlo un verdadero *gentleman*— que nos consultarían para la elección del jefe.

—Edward Braynes, Paulus Waterfield y vos, mayor Smith —dijo Randal levantándose— estamos tratando un asunto muy serio. Os conozco a todos y conozco a este gentilhombre. Por mi palabra, os aseguro que el mejor de todos nosotros no le llega ni tan sólo al tobillo: esta es mi opinión.

—¡Oh!, ¡oh! —repuso coléricamente Paulus.

—Nadie os prohíbe, Waterfield —replicó Randal—, que continuéis vuestro comercio durante los doce años que os quedan.

—¿Ah, sí? —gritó el matador de bueyes—, ¿y si yo os denunciase?

—Dejad —dijo Fergus pasando por delante de Randal, el cual iba a contestar—. ¿Qué debe hacerse a este hombre para demostrar que yo valgo más que él?

El matador de bueyes saltó sobre sus pies, espumando de rabia.

—Se me ha de demostrar que tu sangre es más roja que la mía, ¡pordiosero de Irlanda! —gritó—. ¡Por el diablo! ¿Crees que no sé hacer otra cosa más que matar bueyes?

Violentamente había sacado de su vaina el largo cuchillo que le servía para despedazar el producto de su caza, y se abalanzó sobre Fergus. En vano Randal quiso parar este ataque pérfido y repentino. Le faltó tiempo y los dos adversarios rodaron juntos por el suelo. Se les vio un momento debatirse confusamente en la sombra. Después, uno de ellos se levantó. Era Fergus O'Breane. En la mano tenía el cuchillo de Paulus.

Los cuatro presidiarios creyeron que Paulus estaba muerto y no intentaron siquiera socorrerle, tanto se sintieron en aquel instante dominados por la orgullosa superioridad de Fergus; pero éste, en lugar de herir, dejó caer el cuchillo y cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Ya ves —dijo con serenidad— que yo valgo más que tú.

Waterfield se levantó, dolorido, recogió su arma y pareció que comparaba mentalmente la elegante delicadeza de las formas de Fergus, con sus propios miembros y con su torso de atleta.

—Es cierto —dijo con rudeza en la que se mezclaba, a partes iguales, la franqueza y el despecho— no hablemos más de ello. *Gentleman*, me habéis perdonado la vida; no la tengo en ningún aprecio, pero es igual; desde ahora podéis contar con Paulus Waterfield.

Apenas estas palabras fueron pronunciadas que una carcajada aguda retumbó. Al mismo tiempo, una forma humana de una extrema pequeñez y de apariencia realmente fantástica, se deslizó entre Smith y el negro, y fue a agacharse cerca de la lumbre.

—¡La reina Mab! —exclamó Edward Braynes.

—¡Maudlin! —dijeron los otros, repentinamente vueltos al motivo de su reunión.

Maudlin se había puesto al otro lado del hogar, de modo que hiciera frente a la reunión. Sus largos cabellos negros, sueltos, por la rapidez de una carrera forzada, caían a su alrededor, hasta el suelo.

—¡Bravo! —dijo, continuando riendo— ¡Paulus!, ¡en el lugar del *gentleman*, yo os hubiera abatido como un buey rabioso que sois! Buenas noches, mi viejo rey Lear; buenas noches, mayor la Biblia, buenas noches, Randal, amado esposo. ¿Queréis noticias? Bien; pero estoy sin aliento y me es imposible pronunciar una sola palabra.

—Así, ¿es esta noche? —interrumpió vivamente Randal.

—Marido, tenéis mucha prisa —replicó Maudlin—. Vuestra carne ya está asada. Comed, creedme. Quién sabe si nunca más comeréis canguro en vuestra vida.

El negro calvo sacó del asador, con rapidez, el canguro asado y lo extendió delante de él sobre un lecho de hojas. Smith soltó la Biblia para clavar su cuchillo en la parte más tierna del filete del animal: abandonó el espíritu por la carne. Los demás le imitaron. Mientras comían, Maudlin se instaló cómodamente sobre la hierba y encontró conveniente explicarles, por fin, su misión. Lo hizo en términos claros y precisos, no olvidando nada, poniéndolo todo en su lugar y demostrando que hubiera sido difícil encontrar a otro mensajero más inteligente.

—¡Maudlin! —exclamó Ned Braynes, cuando ella hubo terminado—. ¡No se puede anunciar una mala noticia de una manera más alegre!

—¡Que el diablo se lleve ese crucero! —dijo Paulus.

—¡Negocio fracasado! —murmuró Randal.

Maudlin había fijado su mirada penetrante en Fergus, el cual parecía soñar profundamente.

—El *gentleman* no ha dicho nada —dijo ella.

Esta salida indirecta hizo estremecer a Fergus.

—¿Queréis obedecerme? —preguntó bruscamente.

—Sí —contestó Randal.

Los otros vacilaron. Maudlin frunció la frente y dio un golpe con el pie.

—Respecto a mí —dijo, finalmente, el matador de bueyes— no me niego, pues tenéis buen corazón y buen brazo.

—Os obedeceré —dijo Smith, a su vez.

—¡Al amparo de Dios! —exclamó Ned Braynes—; os juro fe y acato en mi nombre y en el del digno Absalón.

Se levantaron y Fergus prosiguió:

—Señores, es necesario que estemos al otro lado de la costa antes de que termine la noche.

Seis caballos estaban esperando, pues la expedición había sido preparada de antemano hacía tiempo, y era únicamente el obstáculo imprevisto anunciado por Maudlin que había lanzado cierto titubeo. Unos minutos después, todos estaban montados y Maudlin como los demás. Partieron al galope.

Reinaba todavía la noche cuando llegaron a la vista del mar. El lugar de la orilla donde se detuvo la cabalgata estaba completamente desierto. Los caballos fueron atados a los últimos árboles y la pequeña tropa se dirigió al borde del agua.

—¡La señal! —dijo Fergus.



—¡La señal! —dijo Fergus.

Waterfield se puso en la boca un cuerno de buey e hizo sonar tres notas roncas, regularmente espaciadas, que los ecos del interior se transmitieron uno al otro, y que fueron a morir lejos, en los bosques. En el mismo momento una luz brillante se reflejó en alta mar, iluminando, aquí y allá, las crestas diamantinas de las olas. Fue cuestión de un segundo. Apenas encendida, la luz se apagó.

Los seis presidiarios se acostaron a la orilla y esperaron.

12. Veinte quintales de carne humana

Había en el puerto de Sidney un *bay-ship* que debía salir para Inglaterra. Los seis presidiarios que hemos visto reunidos en los bosques de Eagle River habían hecho el propósito de apoderarse de él. Maudlin, enviada a Sidney para saber si los conjurados de aquella ciudad habían podido procurarse alguna barca y armas, trajo dos noticias en lugar de una. La barca estaba dispuesta y armada, pero en la rada había un crucero de Su Majestad. Era la corbeta *«Ceres»*, de dieciocho cañones. Venía a hacer la recogida de los licenciados.

El teniente Naper, al mando del *«Ceres»*, había enviado a pedir al gobernador cierto nombre de condenados que habían cumplido ya su tiempo y estuviesen dispuestos a ir a Inglaterra. El gobernador se negó a ello, negativa prevista de antemano y el teniente de navío se arregló como pudo. Dos de sus oficiales desembarcaron en Sidney y se enfrentaron con el superintendente de obras públicas. El superintendente recibió una buena suma, primero; éste es el principio de todo buen acuerdo; después de lo cual, prometió treinta marineros determinados.

La forma de enganche había de ser la más sencilla del mundo. Cinco o seis secuaces del superintendente se cuidarían de emborrachar por la noche a los futuros marineros, que serían transportados, borrachos como cubas, hasta la playa. Tres notas tocadas en una trompa, servirían de señal a la corbeta, que pondría inmediatamente su chalupa al agua.

Desde que salieron de Eagle River, Fergus O'Breane estaba silencioso y pensativo. A una legua de la orilla, había hecho unas preguntas a Maudlin, a solas, durante algunos minutos. Al llegar, el matador de bueyes dio la señal. La luz que se había visto procedía del *«Ceres»*.

—¿A qué distancia de la orilla está atracada la corbeta? —preguntó Fergus.

—A tres o cuatro millas, señor —contestó Maudlin.

—¿Y el *bay-ship*?

—Está en el puerto, anclado en el muelle.

—De manera —dijo el rey Lear— que si nos apoderamos del *bay-ship*, la corbeta nos puede hacer naufragar.

—Y nuestra gente —preguntó Fergus a Maudlin—, ¿dónde están?

—A quinientos pasos de aquí, bajo la punta de Cow Hill.

Fergus reflexionó un momento.

—Señores —dijo después— el *bay-ship* es un mísero barco. Entre él y la corbeta, no hay duda ninguna.

Waterfield dio una carcajada; Smith bajó la cabeza; el negro Absalón hizo rodar sus ojos y el rey Lear hizo un gesto de sorpresa. Maudlin se puso a aplaudir, gritando: ¡Bravo!

—Explicaos, O'Breane —dijo Randal, preocupado.

—Mi opinión es que debemos coger la corbeta *«Ceres»* —contestó fríamente Fergus— en lugar de cargarnos con ese *bay-ship* obeso, en el cual estaríamos siempre a merced del primer llegado. Randal, por favor, id a Cow-Hill y traed inmediatamente a nuestros hombres.

Randal obedeció sin chistar.

—Yo, me vuelvo a mis bueyes, señor —dijo Waterfield, levantándose.

—Volved a vuestros bueyes, señor. Una vez en la corbeta, tenemos dieciocho cañones y el mar es nuestro.

Waterfield volvió a sentarse, escuchando atento.

—Uno puede hacerse matar por millones de libras —dijo el rey Lear, después de un silencio—; pero es necesario tener alguna probabilidad. Y encuentro que todo está en contra nuestra. La corbeta debe tener una tripulación de doscientos cincuenta hombres; pide treinta, pues le deben quedar doscientos veinte.

—Si estuviera vacía, no me interesaría —replicó Fergus— ya que no seríamos capaces de maniobrarla.

—¿Estáis de acuerdo con alguien de a bordo?

—Estoy de acuerdo con alguien de a bordo —contestó Fergus, sin vacilar.

El viejo Ned le miró por debajo.

—Después de todo, podría ser —murmuró, finalmente—. Os seguiré a dónde vayáis, señor O'Breane.

La barca donde se encontraban los conjurados llegó casi en seguida, bajo la dirección de Randal Graham. Eran veintiocho y saltaron a la playa.

La mayoría eran hombres altos, vigorosos y de apariencia resuelta y decidida. El viejo Ned, Paulus y Smith el Metodista, se juntaron a ellos inmediatamente. La noche estaba aún muy obscura y, sin embargo, se reconocieron en seguida.

—¡Hola, Tom!, ¡hola Samuel!, ¡buenos días Toby, muchachos! —exclamó el rey Lear—. ¡Pardiez! ¡Vaya honrados compañeros!

Fergus separó a Randal Graham.

—¿Conocéis a todos estos hombres? —dijo.

—Casi a todos —contestó Graham.

—¿Se puede contar con ellos?

—Esto según… si la cosa les gusta…

—Hacedlos poner en círculo —dijo Fergus—. El tiempo apremia. Me parece que oigo el ruido de los remos.

Randal obedeció y Fergus se encontró en el centro de los veintiocho bandidos.

—*Gentlemen* —dijo— os doy cinco minutos para pensarlo. Voy a deciros de qué se trata. El escampavía del destructor anclado en la rada, estará aquí dentro de medio cuarto de hora. Viene a buscar a treinta hombres que le han de entregar aquí mismo, treinta hombres embrutecidos por la borrachera, a los cuales embarcarán como sacos de lana o de cualquier otra cosa. Vosotros sois veintiocho, pero este negro y el señor Waterfield, completarán el número. ¿Estáis dispuestos a pasar a bordo de la corbeta de esta manera?

—¡Qué diablo de idea! —gruñó el matador de bueyes.

—¿Para qué? —preguntaron dos o tres voces.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo el rey Lear—, ¡ya comprendo!, ¡está bien!

—Para evitar el cansancio del abordaje —contestó Fergus—; para llegar de una vez y bien cómodamente sobre el puente de un bonito barco cuyos dieciocho cañones, de esta manera, os volverán la espalda.

Waterfield se golpeó la frente.

—¡A fe mía! —exclamó— me parece que empiezo a comprender, yo también. ¡Vamos, valientes!, ¡tres hurras para nuestro comandante! ¡Este es un golpe que vale la pena!

Fergus detuvo, como pudo, el repentino entusiasmo del matador de bueyes, el cual no tenía necesidad de que le estimularan. Algunas palabras más acabaron de explicar su plan, cuya audacia forzosamente debía seducir a aquellos extraños soldados. A una orden de Fergus, los veintiocho recién llegados, Waterfield y el negro Absalón se tendieron

sobre la arena, en desorden, después de haber ocultado sus armas debajo de sus ropas. Fergus, Randal, el rey Lear y Smith, escondieron igualmente sus armas, pero permanecieron de pie. Maudlin estaba sentada encima de una roca. Ahora se oía perfectamente el ruido de los remos de la chalupa, que ya estaba a cosa de unas cien brazas.

—¡No os mováis! —dijo Fergus en voz baja—, ¡va en ellos nuestra vida!… Aquí, en la lancha y en el barco, recordad que estáis borrachos perdidos, que estáis durmiendo…

—¡Oh! —gritó el de la lancha.

—¡Hola! —contestó el rey Lear.

—¿Quiénes sois?

—¡Dios me condene! ¿Quiénes sois vosotros?

—Midshipman de la corbeta *«Ceres»*.

—Nosotros somos —respondió el viejo Ned— cuatro buenos ingleses y la reina Mab, mi mujer, todos de la casa del señor Cunning, el superintendente, que presenta sus saludos al teniente de navío Naper.

—Y, ¿qué más?

—Y le manda lo que ya sabéis, señor Midshipman.

La chalupa estaba solamente a unas brazas de la costa. Un último y vigoroso golpe de remos la hizo abordar. Pocos instantes después, un bote tomó tierra, a su vez. El midshipman, un oficial y cinco o seis marineros saltaron a la playa.

—Ya no os esperábamos esta noche —dijo el joven oficial.

—Nos hemos retrasado, es verdad —replicó Ned, el cual, dada su edad, hacía el oficio de hombre de confianza del intendente—, pero esos valientes muchachos llevan bien su aguardiente, ¿sabéis, Midshipman?, se han necesitado seis horas de reloj para ponerlos en este estado.

—¿Cuántos hay?

—Unos veinte quintales, caballero, suponiendo que cada uno pese ciento cincuenta libras.

—¡Ay, señor!, ¡están como cubas! —exclamó en aquel momento con admiración, el oficial que acababa de examinarlos de cerca—. Míster Jones —añadió, dirigiéndose al midshipman—, ¡son unos magníficos muchachos, a fe mía!

El joven oficial dijo, dándose importancia:

—Míster Cunning, no se hubiera atrevido a engañar a un oficial del rey. ¡Embarcad!

El oficial cogió a Waterfield por los hombros mientras dos marineros cogían cada una de sus piernas.

—¡Uno! —contó el midshipman.

Waterfield cayó pesadamente al fondo de la chalupa.

—¡Quiero beber! —balbuceó, torpemente, una voz.

Los marineros se echaron a reír.

—¡Dos!, ¡tres!, ¡cuatro!, ¡cinco! —iba contando el midshipman, a medida que los presidiarios iban cayendo en el fondo de la lancha, como si fueran fardos—. ¡Pronto, Sam, muchacho, se va a levantar el día! ¡Seis!, ¡siete!, ocho…, nueve, diez, once, doce… Caballero, espero que subiréis a bordo. El teniente Naper estará encantado de veros.

—Con mucho gusto, caballero, con mucho gusto —contestó Ned— subiremos con mis compañeros y mi mujer, que tiene muchas ganas de ver un buque real.

—¡Diablo!, ¡los cuatro picaros, pase!, pero ¿qué haremos con la mujer?

El midshipman le impuso silencio y continuó contando; sí, allí estaban los treinta.

—Sam —dijo— dad la mano a la dama. Caballeros, subid, por favor. Será un viaje más, Sam, eso es todo —añadió, dirigiéndose al oficial— nos quedaremos con los cuatro bellacos y devolveremos la dama.

Sam dio la mano a Maudlin Wolf, la cual embarcó en la segunda lancha, donde estaban ya los cuatro presuntos servidores del intendente. Las dos embarcaciones se hicieron a la mar inmediatamente. El midshipman, durante todo el viaje, estuvo observando a sus cuatro huéspedes con curiosidad. Especialmente Fergus le llamó la atención.

—Este guapo muchacho, él solo, ya vale los treinta brutos de la chalupa —dijo en voz baja a Sam—; decididamente, el rey tiene necesidad de él.

Amanecía ya. La corbeta ya se veía, dibujándose vagamente en el cielo rosado los trazos negros y perfilados de sus aparejos.

A bordo todo era calma y silencio y fue únicamente cuando las dos embarcaciones entraron en aguas de la corbeta que una voz que bajaba de la cofa preguntó el quien-vive. Un instante después se bordeaban los aparejos. Los veinte quintales de carne humana fueron izados, sucesivamente, sobre el puente, en donde permanecieron tendidos, inertes e incapaces, aparentemente, de hacer ningún movimiento. Después llegó el tumo de los cuatro enviados del señor Cunning, a quienes siguió la reina Mab.

El segundo de a bordo, un viejo lobo de mar, bajo, rechoncho, de aspecto rudo y repelente, asomó su cabeza por la grande escotilla y se hizo traer una linterna para pasar inspección a los recién llegados. Mientras iba inspeccionando, daba, aquí y allá, puntapiés a los fingidos borrachos, al mismo tiempo que les prometía, bajo juramento, que no beberían sino agua en todo el tiempo del crucero.

—Y, ¿qué es esto? —preguntó, señalando a Fergus y a sus compañeros.

—Esto —contestó el rey Lear— son gentes a los que debéis cien libras.

—Bien, bien —gruñó el segundo—; y ¿por qué los habéis traído, señor Jones?

El midshipman, en lugar de contestar, se le acercó y murmuró algunas palabras a su oído.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! —dijo el segundo—, ¡diablos! Id a buscar al comandante, señor Jones.

Sobre el puente había cosa de cuarenta marineros ocupados en diversos quehaceres, la mayoría de los cuales estaban desarmados. Clareaba rápidamente. El viejo Ned tocó el brazo de Fergus.

—¿Qué? —dijo.

Fergus no respondió. Estaba pálido. Un ligero temblor agitaba su labio.

—¿Esperaréis, acaso, a que todo el mundo esté sobre el puente? —preguntó Randal.

Fergus siguió sin decir nada. Algo raro le ocurría. ¿Era miedo? No. Pero debía atacarse a un hombre por sorpresa; matar antes de haber provocado. Su brazo era de plomo. Randal, que no podía comprender, con toda seguridad, este escrúpulo, le apretó violentamente el brazo.

—O'Brean, ¿tenéis miedo? —preguntó.

—No —contestó Fergus buscando, al fin, bajo su levita, la culata de la pistola—, tengo vergüenza.

En aquel momento los oficiales de la corbeta subieron en masa por la escotilla y se dirigieron hacia el grupo formado por Fergus y sus tres compañeros.

—Poned a estos hombres en el fondo de la cala —dijo el teniente Naper, después de haberlos examinado— nuestros látigos harán de ellos unos excelentes marineros.

La sangre subió al rostro de Fergus, quien se irguió y armó su pistola. Iba a luchar y no a asesinar.

—¡Ni un paso más! —dijo al segundo que se dirigía hacia él para obedecer la orden de Naper.

Como todavía el día no se había levantado del todo, el segundo de a bordo no pudo ver que Fergus iba armado. Siguió caminando hacia él, con el sable levantado.

—¡Ah! —exclamó Fergus con una explosión de alegría, como si sus compañeros hubiesen podido comprender su pensamiento—; tienen siempre suficiente perfidia y cobardía en reserva para motivar el ataque y desechar la piedad. ¡Mano a mano, inglés!

El segundo de a bordo de la corbeta *«Ceres»*, cayó, con la frente acribillada por una bala. Pero había visto el gesto de Fergus y tuvo tiempo de atacar. Una raya larga y profunda se dibujó en rojo, en la frente de O'Breane, que iba desde la ceja a la raíz de los cabellos, inundando su cara de sangre. Un grito formidable respondió a la detonación del arma. Era la señal. Los «veinte quintales» de carne humana dieron un salto y se lanzaron como tigres sobre la tripulación.

No se distinguía nada sobre el puente. El día naciente retrocedía ante el humo. Todo se confundía en un movimiento desordenado, incesante, sobre el cual planeaba un concierto de imprecaciones confusas. Smith mataba y cantaba salmos; el rey Lear luchaba como un diablo, declamando fragmentos de Shakespeare y el negro, cuyos ojos despedían rayos como las pupilas de un chacal, se deslizaba, degollando y gritando, por sobre el fragor de la batalla, el retumbante grito de guerra de su raza.

Maudlin Wolf, haciéndose solidaria del entusiasmo general, cogió un cuchillo olvidado cerca de ella, saltó por entre la sangre, profiriendo gritos agudos, blandió un instante su arma demasiado pesada, y desapareció detrás de la nube de humo que envolvía a todos los combatientes.

13. Profusión de tacos

Contando a los oficiales, el número de marineros ingleses atacados sobre el puente del *Ceres*, era el doble, aproximadamente, del de los asaltantes; pero la mitad de ellos no tenían armas. Sin embargo, una vez pasada la primera sorpresa, se defendieron con todo ardor. El teniente Naper gritó a las baterías: «¡Todo el mundo sobre el puente!». Pero este mismo grito dio el aviso a los asaltantes, que eran, en aquel momento, los más fuertes. Aprovechando su primer impulso, rompieron la línea de los marineros del rey y lograron cerrar las escotillas. Esto hizo perder toda esperanza de socorro a los ingleses, que retrocedieron y se formaron en el castillo, al pie del trinquete.

—¡Ríndanse! —gritó Fergus, cuyo valor sereno y brillante contrastaba enormemente con el frenesí de sus compañeros.

Los ingleses contestaron con injurias. Fergus gritó: ¡Adelante!, y se lanzó el primero. Empezó la sarracina, pero no escandalosa como antes. Los dos bandos habían agotado sus municiones. Ahora se luchaba cuerpo a cuerpo y en silencio. El único ruido que se oía era el chirriar del acero contra el acero y la voz aguda de Maudlin Wolf que excitaba a los contendientes. La ventaja era para los asaltantes. Pronto el teniente Naper cayó, herido de muerte por Fergus. Los ingleses que quedaban pronto depusieron las armas.

Entonces se vio algo raro y grotesco: la farsa, después del drama. Un marinero inglés, que no había podido reunirse con sus compañeros, corría por la borda a una velocidad extrema, a la cual ayudaba la longitud inusitada de sus piernas. El negro calvo Absalón le daba caza muy activa, amenazándole con el gran cuchillo con el cual se había descuartizado el canguro. Todo no terminaba aquí. Maudlin Wolf corría con la cabellera al aire. Estos tres personajes estaban tan ocupados, uno en huir y los otros dos en perseguirle, que no se dieron cuenta del cese de las hostilidades. Y, mientras huía, el marinero decía con voz grave, entrecortada por la pérdida de su aliento:

—¡Soy de los vuestros, Dios me condene!, negro estúpido, buen muchacho que debéis ser. Soy un miembro de la «Familia», señora, ¡virago maldita! ¡escuchadme, pedazo de carbón, Satanás y su rabo!

—¡Ya le tenemos! —dijo Maudlin.

El marinero dio algunos pasos todavía y cayó en toda su longitud, murmurando devotamente:

—¡Recomiendo mi alma a Dios, agujero del infierno!, ¡soy hombre muerto, que me condene sin misericordia!

Por suerte para el honrado Paddy O'Chrane, había caído cerca de Randal Graham, quien le reconoció inmediatamente. Randal le protegió contra el negro que se había revelado furioso y no quería soltar presa. Paddy jadeaba y profería millones de blasfemias con voz plañidera y desfallecida.

—Gracias, señor. ¡Al diablo si me acuerdo de vuestro nombre! —dijo dirigiendo a Randal una mirada de cordial agradecimiento—, ¡había tantos bribones en el *«Cumberland»*, triple miseria!, ¡que el diablo, nos lleve a todos!, ¡mirad como pisotean el pabellón de Inglaterra! ¡Ah, los picaros sinvergüenzas, queridos muchachos!

En efecto, Fergus acababa de cortar la driza y los colores de Inglaterra acababan de caer a sus pies. Puso el pie sobre el escudo del Reino Unido, luego, con ayuda de su puñal, separó el tercer cuartel de las armas de Inglaterra, donde el arpa de oro de Irlanda se levanta sobre campo de blao, lo apretó contra su pecho y mojó el resto en la sangre, hasta teñir de rojo toda la bandera.

Hecho esto, izó, él mismo, a la botavara aquel nuevo estandarte en medio de los hurras frenéticos de los vencedores. Ya era de día. Unos treinta marineros ingleses estaban amarrados al trinquete.

Sin embargo, la situación de los vencedores no era nada tranquilizadora. Se habían hechos dueños del puente, pero en las baterías quedaban ciento cincuenta hombres, ciento cincuenta enemigos armados.

—¡Truenos del cielo! —exclamó Paddy—, ¡que Dios nos castigue!, ¿me está permitido hablar?

Fergus hizo un signo afirmativo.

—¡Pues bien!, ¡agujero del infierno! —prosiguió el largo marinero, gesticulando con lentitud—; yo soy Paddy O'Chrane, de Tipperary en Irlanda, al otro lado del canal; ¡lo juro por mi parte de paraíso, cuernos del diablo!

—¡Acércate! —interrumpió Fergus— y procura contestar brevemente. ¿Hay en este buque otros marineros como tú, embarcados a la fuerza?

Paddy O'Chrane dirigió la mirada hacia él y perdió, como por encanto, su prolija seguridad.

—¡Oh!, *gentleman* —tartamudeó— contestaré lo mejor que sabré, a Vuestro Honor. ¡Truenos!, jamás he visto una mirada igual. En la corbeta hay unos cincuenta que bailarían una *giga* con mucho gusto, en torno a vuestra bandera roja. Y, ¡mirad! —añadió, rápidamente volviéndose hacia el trinquete donde estaban amarrados los ingleses— no hay necesidad de ir tan lejos para encontrar alguno, ¡que Dios nos condene a todos!, ¡menos a Vuestro Honor!, aquí está Sam, el jefe de la tripulación que os recomiendo como el más incurable de todos los descreídos, ¡buen muchacho! y Gibby, también, ¡miserias!, y Blunt el Manco, ¡cien mil brujas! ¡Esperad, un momento!

Paddy cogió el altavoz del desgraciado teniente Naper, se lo puso en la boca y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ah!, ¡de la batería! Estamos todos degollados hasta el último, ¡que me ahorquen! ¡Esos bribones furiosos son los dueños del puente desde el cabrestante hasta la bitácora! No podíamos resistir a doscientos picaros el más pequeño de los cuales me pasa toda una cabeza a mí, ¡Satanás y su marmita!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un tono de terror, a la vez tan enfático y tan natural, que el rey Lear aplaudió por instinto, mientras los otros daban carcajadas. Paddy volvió a coger el altavoz:

—Los doscientos bandidos dicen que pegarán fuego al barco si no os rendís inmediatamente, ¡por el nombre de Belcebú! Coger el altavoz, abrid la cañonera y gritad: ¡Cuartel! ¡Dios nos condene!

Paddy se calló. Casi inmediatamente se abrió una cañonera y el altavoz resonó.

—¿Son franceses los que están a bordo? —preguntaron de abajo.

—¡Del diablo! —replicó Paddy—, ¡qué va!, son corsarios como vos y como yo, ¡Satanás y sus garras! ¡Doscientos hermosos chicos, miseria!, ¡son tan terribles que darían envidia al diablo!

—¿Nos perdonan la vida? —preguntaron.

—¡Si os dais prisa, sí! ¡Maldición!

—¡Nos rendimos!; abrid la escotilla —dijo la voz.

Los presidiarios, cuchillo en mano, se pusieron en fila entorno a la escotilla que abrieron, sin acercarse demasiado a la abertura para que los marineros no pudiesen ver, desde abajo, el pequeño número y la clase de arma de que disponían. Sólo se veía a Paddy. Aparecieron los dos primeros ingleses en la escotilla.

—¡*Stop*! —ordenó Paddy. Cuando los dos marineros estuvieron atados, gritó:

—¡Dos más!

Otros dos marineros acudieron a la llamada y sufrieron el mismo trato. Estos hombres llegaban aterrorizados a la abertura. Se les recibía con la palabra: ¡Silencio!, y no tenían ganas de desobedecer viendo sobre su pecho el filo de un cuchillo. Cuando los últimos fueron amarrados, se encontraron en el puente del *Ceres* ciento ochenta marineros vigilados por unos treinta proscritos.

Era paradójico ver la cara asustada de aquellos hombres, vencidos por una burda astucia, de una sencillez pueril… Contaban con despecho a sus vencedores, buscaban, en vano, los mosquetones, las terribles granadas y maldecían al buen Paddy O'Chrane con todas sus fuerzas.

Fergus durante toda esta escena se había mantenido aparte. Cuando los prisioneros estuvieron todos alineados a lo largo de los costados del buque, fue a situarse al pie del gran palo.

—No somos, ya, ciudadanos de ningún país —dijo, señalando con el dedo la roja bandera, que la brisa hacía ondear sus pliegues todavía húmedos—: esta bandera es la señal de la guerra contra todos. Lucharemos por el oro, porque el oro os dará goces a vosotros y a mí armas para otra batalla. Prometo a aquel que se quede junto a mí, hacerle rico o muerto. Ingleses, entre vosotros, ¿hay alguno que quiera compartir nuestra fortuna? ¡Que lo digan!

Hubo unos instantes de vacilación. Sam, el jefe de la tripulación, fue el primero que se movió. Otros le siguieron. Al cabo de un minuto, el grueso de los prisioneros se había dividido en dos.

—¡Preparad la chalupa y la lancha! —dijo Fergus.

Unos ochenta marineros fueron amontonados, con un número suficiente de remeros, y las dos embarcaciones empezaron a remar hacia la punta de Cow Hill.

Cuando regresaron, ya no había cautivos en el *«Ceres»*. Todas las manos estaban libres y trabajaban. Maese Sam tenía el altavoz y ordenaba, como viejo marinero, las maniobras de los preparativos para

hacerse a la vela. El sol estaba todavía muy bajo en el horizonte, cuando la corbeta, cubriendo sus vergas de tela, se inclinó al soplo de la brisa de tierra. Los marineros desembarcados llegaron a Sidney y dieron la insólita noticia. Una muchedumbre inmensa se encontraba en los muelles. En el momento en que el *«Ceres»* aceptó el viento, toda la tripulación, excepto los cañoneros, se reunió al pie del palo de mesana.

La población de Sidney pudo distinguir perfectamente a un hombre de elegante estatura que saludaba, agitando su sombrero, a la roja bandera desplegada al viento. Todos los marineros se descubrieron, a su vez. Unas nubes de humo corrían en torno a los flancos de la corbeta. El eco moribundo de un triple hurra llegó hasta los oídos de la gente de Sidney, el cual fue seguido por una salva de artillería.

Hacia mediodía, desde lo alto de South Head, podía verse, en el horizonte, un punto blanquecino parecido a un puñado de espuma. Era la corbeta *«Ceres»*.

14. En el mar

Desde hacía un año, había en el mar de las Indias un misterioso navío que ningún crucero, nunca, pudo acercarse a él. Bogaba bajo cualquier pabellón. Un pequeño *brick* de Isla-de-Francia, que se había encontrado en sus aguas durante un huracán, había podido leer, en su popa, bajo las esculturas de un escudo borrado, el nombre de *Solapado*.

Era la corbeta *Ceres*, a la cual sus nuevos propietarios habían puesto un disfraz y dado un nombre a su gusto.

Hacía dieciocho meses, más o menos, que Fergus O'Breane había salido, como vencedor, de la rada de Sidney. A bordo ejercía una especie de poder divino y por encima de todo control. Paddy O'Chrane, elevado a segundo de a bordo por su hermosa conducta el día de la lucha en la rada de Sidney, expresaba, a su manera, la admiración de la tripulación.

—¿Veis? Absalón, miserable calvo —decía al negro convertido en su colega y amigo—; ¡podéis decirlo a quien os parezca, reniego de Dios! ¡Su Honor no es ningún marinero, pero, calvo como sois, ya me entiendo yo, que nos condenen a los dos! ¡Es un hombre!

Fergus O'Breane no se había hecho pirata por hacerse pirata. Le barruntaba en su cabeza otra cosa que no un pillaje más o menos abundante, y cada una de sus acciones, durante cuatro años que recorrió los mares, fue una piedra más para el gigantesco edificio del cual él se había hecho arquitecto. Dejando a Randal Graham el mando de la corbeta; hacía largas excursiones en el golfo de Bengala, en los mares de China o de Arabia. De esta manera, inspeccionó pacientemente todas las sucursales de la Compañía.

En China vio lo que apenas se sospechaba en Europa, innumerables buques de la Compañía, cargados de opio, tiraban cargamentos enteros de este veneno en las costas. En las desembocaduras del Indus, comprobó una sorda fermentación entre los pueblos esclavos y adivinó la explosión que produciría la más pequeña chispa en aquellos países.

Abandonando los mares de la India no hizo más que cambiar de escenario para encontrar, a intervalos más alejados, los mismos odios condensados, aún, pero próximos a estallar. En El Cabo, los «boers» holandeses; en América, los dos Canadá, gimiendo bajo una terrible opresión, profiriendo, ya, aquellos gritos de desdicha que pronto encontrarían un eficaz y noble eco en el fondo de un corazón francés. Fergus tuvo tratos con los boers, entre los cuales reclutó su tripulación y pasó más de un mes en los dos Canadá.

Fue al ir desde El Cabo hacia América que tocó Santa Elena.

Los remeros de Fergus le esperaban en el espigón. Había salido por la mañana hacia Longwodd; el sol estaba próximo a ponerse cuando regresó. Mientras volvía al barco, anclado en la bahía, su rostro reflejaba un entusiasmo grave y sus ojos guardaban todavía la expresión recogida de un austero y religioso respeto. Fergus había pasado cuatro horas con el vencido de Waterloo. ¿Qué había pasado entre el oscuro pirata y el hombre que, la víspera, estaba sentado en el primer trono del mundo…?

En una mañana brumosa de finales de noviembre, un hermoso brick comercial se introdujo en el canal de San Jorge, dobló el cabo norte de la isla de Man, y puso proa hacia Escocia. El viento y la marea llevaron rápidamente hacia el Solway, y el sol lucía aún su disco rojo bastante por encima del horizonte, cuando las anclas del brick buscaron un punto de asiento en el fondo del agua, casi frente a Dumfries. Los marineros se alinearon sobre el puente y se descubrieron, para hacer paso a dos hombres que acababan de subir de una de las escotillas. Uno de estos hombres era Fergus, el otro Randal Graham.

La lancha estaba en el agua y les esperaba. Bajaron los dos e inmediatamente seis remeros, al mando de Paddy O'Chrane, empezaron a bogar hacia la orilla. La chalupa tocó tierra. Fergus y Randal saltaron a la playa, a media legua más allá de Dumfries.

—¡Hasta la vista! —dijo Fergus a los marineros—, ¡ya nos volveremos a ver!

Paddy abrió la boca, pero ninguno de los tacos que tenía preparados para las grandes ocasiones no le pareció suficiente para expresar su ternura, por eso se contentó descubriéndose y murmurando:

—¡Señor! ¡Satanás y su mujer!, ¡que Dios os bendiga… que nos condenen a todos!

Fergus hizo un gesto con la mano. Paddy se volvió a poner el sombrero. La lancha se alejó. Nuestros dos viajeros se internaron hacia el

interior del país. Estaban vestidos sencillamente y llevaban sus abrigos debajo del brazo. Durante una hora, aproximadamente, caminaron en silencio, guiados por el perfecto conocimiento que Randal parecía tener del país.

Después de haber seguido las mil sinuosidades de un pequeño sendero que subía tortuosamente desde la playa hasta la cima de un escarpado acantilado, Fergus y Randal se detuvieron. Hasta donde alcanzaba la vista, por el lado de Irlanda, el brick comercial que les había llevado, mostraba sus altas velas enrojecidas por los rayos oblicuos de la puesta del sol. Fergus pasó la mano por su frente. Su mirada expresó cierta melancolía.

—Dentro de un momento, ya no lo veremos —dijo—; ha caído el telón del primer acto de nuestro drama. ¿Cuál será el segundo? Sólo Dios lo sabe. Hace cuatro años que estoy trabajando, Randal.

—Y desde hace dos años sois lo bastante rico, Fergus, para llevar una vida principesca —replicó Graham.

Fergus miró las costas de Inglaterra, y su mirada iba iluminándose sensiblemente, hasta convertirse en un fuego de odio y de amenaza.

—¡Volveré! —murmuró—, ¡algún día pondré el pie sobre tu maldito suelo!, pero no antes de haberte rodeado de enemigos y de trampas. Pacientemente iré abriendo la zanja antes de dar el asalto… ¡qué largo es, Dios mío!, ¡y cómo me tarda en llegar!

Randal dijo:

—El camino es largo hasta llegar a Santa María de Crewe. Si os parece bien, nos pondremos en marcha.

Fergus se volvió rápidamente, dio la espalda al mar y el viaje prosiguió. El día moría rápidamente, alargando desmesuradamente las sombras y dando al paisaje una fisonomía cada vez más triste. Randal parecía reconocer perfectamente el lugar de los mil caminos que se entrecruzaban a cada paso. Fergus le seguía, perdido en medio de sus pensamientos.

—Pero ¿es posible —dijo bruscamente este último— que nadie conozca la existencia de estos subterráneos?

—Unos hombres vivieron mil años antes de descubrir la mina de oro que yacía debajo de sus pies —contestó Randal—. En mi tiempo, puedo aseguraros que estas cuevas inmensas eran completamente desconocidas y si, en lugar de echarme a los montes, me hubiera escondido ahí, los jueces de Glasgow no hubieran tenido le trabajo de mandarme a los

pontones. Estas cuevas tienen dos salidas que pueden desafiar a la más astuta mirada. La primera da al gran salón del castillo de Crewe, ¡noble edificio, a fe mía!, pero que está cayendo en ruinas y que podríais comprar por una miseria. La segunda se abre, o, mejor dicho, se cierra en la misma casa que vivía mi padre y donde seguramente debe vivir todavía. Esta segunda salida está disimulada por un testero que da vuelta alrededor de una viga que sirve de gozne. A la vista de esa vieja pared, Fergus, los *«constables»* reunidos de los Tres Reinos declararían que allí no ha podido existir ningún paso durante muchos siglos.

—Y estos subterráneos, ¿son muy grandes?

—Mi padre se perdió en ellos diez veces, recorriéndolos para buscar el tesoro de los monjes de Santa María. ¡Es tan grande como Saint-James Park!

La noche había caído por completo. Randal se detuvo precisamente en el mismo lugar en que la silla de posta de Frank tropezó contra un tronco de árbol puesto a través del camino.

—Es aquí —dijo—. La casa de mi padre está al otro lado del bosque.

Al aproximarse, un perro dio grandes ladridos.

—¡Oh! —murmuró el escocés—, nuestro viejo «Bill» debe de haber muerto, pues ésta no es la voz de «Bill».

Su voz temblaba ligeramente. Pocos pasos le separaban, solamente, de la casa; los franqueó de un salto y puso la mano en el pestillo de la puerta.

—La puerta está cerrada por dentro —dijo—. ¡Mi padre no cerraba nunca la puerta!

Llamó. Se abrió una ventana.

—¿El anciano Randal Graham? —preguntó el escocés con voz llena de emoción.

—Hace dos años que murió —contestó una voz.

La ventana se cerró y Randal bajó la cabeza.

—Quisiera haberle podido proporcionar riquezas en sus últimos años —murmuró—; estoy, pues, solo en el mundo, Fergus, y estoy más que nunca, a vuestro lado.

Fergus le apretó la mano en silencio.

—Si, O'Breane —repuso Randal—, todos debemos morir… pero hubiera hecho mejor quedándome a su lado. ¡Y es Mac-Nab quien tiene nuestra casa! Le he reconocido. Dicen que es un hombre honrado. Sin

embargo, su ventana se ha cerrado sin que haya sido capaz de ofrecer cobijo a unos viajeros.

—¿Estáis seguro de que era Mac-Nab? —preguntó Fergus.

—Estoy seguro… y lo estaré más, dentro de poco. ¡Vamos, Fergus, adelante!, voy a acompañaros a la granja de Leed, ya que queréis ver a Mac-Farlane; luego volveré a la casa de mi padre.

—¿Mac-Nab os dará hospitalidad?

—¡No tendré necesidad de pedir hospitalidad a Mac-Nab!

Empezó a andar a grandes pasos por entre la espesura llena de ruinas. Fergus le seguía. Al cabo de diez minutos, pasaron a lo largo de la muralla de un parque en medio del cual se elevaba un vasto edificio que Fergus creyó que podría ser el castillo de Crew. Luego, volvieron a bajar la vertiente opuesta de la colina y llegaron a la granja de Leed. Randal la señaló con la mano a Fergus y se volvió corriendo. La puerta de la granja estaba abierta. Fergus entró.

En la sala de estar, alrededor de una mesa servida, había una mujer joven y os encantadoras niñas que estaban cenando. Debajo de la campana de la chimenea se hallaba un hombre, con la cabeza escondida entre sus dos manos. Al ruido que hizo Fergus al entrar, este hombre levantó la cabeza y mostró una cara pálida, en el centro de la cual se movían un par de ojos apagados y como extraviados. Fergus se acercó a la mujer, mientras las dos niñitas se ruborizaban y sonreían con su timidez infantil, y preguntó por el señor Angus Mac-Farlane.

15. Cierto parecido

La joven señora contestó a la pregunta de Fergus señalando a su marido, que se mantenía apartado bajo la chimenea. Fergus le miró durante un rato con atención.

—¿Hay, pues, otra persona que lleve el nombre de Angus Mac-Farlane? —preguntó.

La mujer bajó los ojos con una triste sonrisa. Su marido se adelantó lentamente hacia Fergus.

—Hay solamente un hombre que lleva el nombre que acabáis de pronunciar, señor —dijo con voz ronca—, y éste ya sobra. Los que le conocieron en los días de su felicidad no le reconocen hoy. Mac-Farlane reconoce el rostro de sus amigos, pero no recuerda su nombre. ¿Me queréis decir vuestro nombre?

Fergus pronunció su nombre. Los rasgos marchitos de Angus Mac-Farlane se animaron con una especie de alegría.

—Bien venido seáis, O'Breane —dijo tendiéndole la mano—; ¡mujer, abrazad a vuestro hermano y el mío; niñas, festejad al amigo de vuestro padre!

Mistress Mac-Farlane cogió de la mano a sus dos hijas y las acercó a Fergus.

Clary tendió su frente, ruborizándose; Anna sonrió y se fue corriendo.

—¡Alegrémonos! —dijo el granjero— ¡Amy!, ¿no hay más vino de Francia en la bodega de Leed? ¡Que Duncan vaya a buscar a mi hermano Mac-Nab! ¡Alegrémonos!

El tono de las palabras de Angus contrastaba tanto con sus alegres palabras, que una lágrima saltó de los párpados de Amy, mientras respondía:

—Tendréis vino de Francia, Mac-Farlane, y voy a mandar a Duncan a buscar a nuestro hermano Mac-Nab.

Fergus le detuvo con un gesto.

—Angus —dijo—, ya sabéis que no soy del agrado del señor Mac-Nab.

—Es cierto. ¿Por qué?

—Porque en otro tiempo, Mac-Nab protegía a Godfrey de Lancester.

—¡White Manor! —exclamó el granjero—, ¿por qué se me habla de White Manor? ¡Salid, Amy! ¡Llevaos a las pequeñas! ¡Ah!, Fergus O'Breane, estoy contento de volveros a ver. Hablemos de White Manor.

Mistress Mac-Farlane salió. Fergus se acercó a la lumbre y se sentó al lado de Mac-Farlane.

Angus, durante estos cuatro años, había envejecido como si hubieran transcurrido quince. Fergus le contempló un instante con tristeza:

—Creí encontraros feliz, Mac-Farlane —dijo, después de un silencio.

—Estoy muy contento de veros, hermano —contestó el granjero que parecía haber recobrado algo la serenidad—; lloré lágrimas de cólera cuando supe vuestra desgracia. ¡Mi noble hermano Fergus acusado de asesinato! No supe vuestra acusación hasta que hicieron público el veredicto del tribunal. Y fue por culpa de Mac-Nab, que no os quería. Abracémonos, O'Breane, y decidme que me queréis como antes.

—Soy, como siempre, vuestro hermano, Mac-Farlane, y, en el proyecto que ocupa mi vida, tenéis vuestro lugar y vuestra misión.

Angus pasó la mano por su frente.

—¡Proyectos! —murmuró—. ¡Qué joven sois, Fergus! ¡Mary os quería mucho!

—No me atrevía a hablaros de Mary —murmuró O'Breane.

—¡Tomad vino! —exclamó el granjero—; ¿dónde está el vino de Francia? ¡Bebamos!

Se levantó y puso una botella descorchada en manos de Fergus. Éste puso sus labios en el vaso; Angus lo terminó de un trago y prosiguió:

—Yo también iré pronto a Botany Bay.

—¿Por qué? —preguntó Fergus, extrañado.

—Porque mataré al conde de White Manor.

—Mac-Farlane —dijo Fergus—, explicadme todo lo que haga referencia a la pobre Mary. Adivino una desgracia.

—¡Adivinad diez desgracias, O'Breane! Los bienes de la familia nos han sido arrebatados por un proceso inicuo. Mi padre murió. ¡Cuántas lágrimas no puede verter una mujer, antes de morir!

—Mary, ¿no es condesa de White Manor?

—¡Le mataré! —dijo Angus con una explosión de odio—, sí… Mary es condesa de White Manor… por lo menos lo era…

—¿Ha muerto, pues? —exclamó Fergus.

—Tiene un hijo, hermano mío; no puede morir.

—¡Pero, por el amor de Dios!, ¿qué pasa, pues?

—¡Bebed, Fergus! —dijo Mac-Farlane con una risa convulsiva y amarga—; le mataré. Creo que Mac-Nab obró de buena fe. Creía hacer la felicidad de la pobre Mary… Hace ahora ocho meses que recibí una carta de ella… ya la leeréis, O'Breane. No he amado a nadie en el mundo tanto como a Mary y por eso quería verla convertirse en vuestra esposa. ¡Ah!, ¡hubiese sido un día muy feliz el día de vuestra boda!

Angus se levantó y abrió un armario de donde cogió una cartera. Entre los papeles que había allí, cogió uno y lo desdobló con mano temblorosa.

—¿Todavía la amáis, hermano? —preguntó bruscamente.

—La amaré siempre —contestó Fergus.

Mac-Farlane volvió hacia la chimenea.

—Aquí está su carta… su última carta. Desde entonces, he ido a Londres para verla, pero no la he encontrado.

Fergus tomó la carta que le alargaban y leyó:

«Querido hermano:

»Cuando supe por vuestra última carta que vuestra intención era venir a Londres para consolarme y para protegerme, mi corazón saltó de gozo hacia vos. Vos me queréis, Angus, pero sois el único, en esta tierra, que me ame. Creo que recuperaría un poco la alegría de vivir, viviendo cerca de vosotros, sentirme rodeada de las queridas paredes de la casa de nuestro padre. Pero me está vedado alcanzar esta felicidad.

»La misma noche que recibí vuestra carta, salí de la casa donde vivía desde hacía tres meses. Hermano mío, perdonadme si huyo de vos. Estoy bajo una amenaza terrible… ¡Mi hija querida…!, ¡si supiérais…!

»No os enfadéis conmigo, querido hermano; si me alejo de vos es por mi hija. ¡La venganza de milord ha sido bien cruel! Ya sabéis que después de la escena vergonzosa de Smith Fields me arrebató a mi hija. Pero no lo sabéis todo, Angus. Mi hija está, ahora, entre las manos de un criminal, sin fe, ni corazón, que la cría lejos del mundo.

»Mi hija está prisionera, y su carcelero es un monstruo de cinismo, que se burla sin piedad de mis lágrimas y me hace

víctima de un chantaje periódico para no matar a mi hija. Yo estoy en Londres, viviendo a costas de ese hombre bueno que tuvo piedad de mí cuando, con la soga en el cuello, me llevaron al mercado de Smith Fields. Me quedo en Londres porque estoy más cerca de mi hija, porque de este modo, me parece que velo por ella.

»Me escondo, porque ninguno de los ojos amigos sorprendan mi profunda desdicha. Nadie podría verme y vos menos que ningún otro, mi noble Angus, sin querer intentar socorrerme y vengarme. ¡Vengarme! ¡Oh, no sabéis, Angus! ¡Este monstruo me lo ha dicho… y sería capaz de hacerlo. Dios mío! ¡Al menor intento, la mataría…!».

Al escribir esta última palabra, que resultaba casi invisible, la mano de la condesa de White Manor había temblado violentamente.

Había aún unas pocas líneas más. Fergus continuó.

«Además —decía la pobre mujer—, tengo una esperanza. Este hombre ha puesto al lado de mi hija a un mudo y a una desgraciada criatura, cuyo corazón no es malo. Un día, quizá, llegaré a tener su confianza y entonces me será permitido entrar en la habitación de Suky, de besarla y de tenerla en mis brazos. ¡Oh, cuánta felicidad, cuánta felicidad, hermano mío…!».

Fergus dobló la carta. Había en su rostro una doble expresión, de tierna piedad y de profunda indignación.

—¡Hay que salvarla! —dijo.

Mac-Farlane movió la cabeza y contestó:

—¡Hay que vengarla!

Luego añadió:

—¡O'Breane!, no lo sabéis todo, aún.

—Efectivamente —dijo Fergus—, algunas palabras de la carta de nuestra desgraciada hermana no tienen significado para mí. Habla de la vergonzosa escena de Smith Fields…

Angus estaba más pálido que un muerto.

—¡Ah!, ¿queréis saber qué ocurrió en Smith Fields? ¡Oíd! Hace dos años y medio, los diarios contaron una audaz evasión, efectuada en los calabozos de Botaniy Bay. Vuestro nombre estaba entre los de los

evadidos. Mi hermana quedo encinta. Algún tiempo después, los periódicos anunciaron que los fugitivos de Botany Bay se encontraban en Londres desde hacía mucho tiempo. Por segunda vez vuestro nombre se encontraba entre ellos.

»Corrió un rumor… este rumor recordaba vuestros esponsales con mi hermana y decía… Fergus, por vuestro honor, ¿cuánto tiempo hace que habéis regresado a Inglaterra?

—Doce horas —contestó Fergus.

—No quisiera que vieseis, querido hermano —prosiguió Angus con orgullo—, la expresión de una indigna sospecha… Este rumor decía que la habíais visto. Y White Manor, el miserable, abría ávidamente la oreja a todas esas calumnias.

»Mary dio a luz a una hija. White Manor se hizo llevar la cuna a su apartamento y la consideró durante largo tiempo en silencio. Encontró que la criatura tenía un parecido con vos.

—¡Conmigo! —exclamó Fergus.

—Sí, sí —contestó Mac-Farlane—. Godfrey no puso los pies en el aposento de su mujer mientras ésta permaneció en cama. No volvió a ver a la niña y prohibió que su madre la viese. Al cabo de quince días Mary hizo su primera salida de parida.

»Aquel día, Godfrey de Lancester se dirigió a ver a su mujer. Le seguía su espíritu infernal, un bribón llamado Gilbert Paterson, que llevaba una cuna entre sus brazos. Mary se precipitó hacia la cuna y quiso levantar el velo que la cubría. Godfrey la cogió brutalmente por el brazo y la forzó a detenerse. Gilbert puso la cuna encima de una mesa, en el centro de la habitación.

»—Señora —le dijo White Manor, arrancando el velo de la cuna—, esta criatura, que es vuestra, no es mía.

»Mary le miró, atónita.

»—Esta criatura es el fruto de un crimen —prosiguió Godfrey—; ¡ved, señora, y atreveos a decir que no se le parece!

—¿A quién? —preguntó nuestra pobre hermana.

—A mi asesino, señora, al hombre que vos habéis amado, a Fergus O’Breane.

»—¡A Fergus! —repitió Mary, cuya frente se iluminó.

»Esto fue su condena.

»Godfrey prosiguió:

»—¡Mirad esta criatura, *milady*; miradla bien y durante largo rato, pues ahora la veis por última vez!

»Mary lloró, suplicó, se arrastró a los pies de White Manor.

Éste permanecía inmóvil. Por fin, hizo un gesto. Gilbert se llevó a la niña.

»Mary quedó sin sentido encima del suelo. White Manor la ordenó que se levantara, rudamente. Mary se levantó. La empujó delante de él, de peldaño en peldaño, hasta el final de la escalinata. Allí estaba Gilbert Paterson, que tenía en la mano una cuerda de cáñamo. Se encontraban allí reunidos todos los criados y colonos de White Manor. En la puerta del patio había una silla de posta preparada. Godfrey cogió la cuerda de manos de Paterson y…

Angus se detuvo, de repente, se levantó y dijo:

—¡Oh!, ¡le mataré!, ¡le mataré! ¡Fergus!, ¡por la santa memoria de mi madre!

Mac-Farlane temblaba y jadeaba.

—Y, ¿qué hizo? —preguntó Fergus que temblaba también y cuya frente estaba llena de sudor.

—¡Ah! —exclamó Mac-Farlane con un lamento ahogado—. Mary estaba allí, pálida, sin fuerzas. La empujó con la mano, haciéndola ponerse de rodillas en la piedra de la escalinata. Luego le pasó la cuerda alrededor del cuello, gritando: «¿Quién quiere comprar a esta mujer?».

16. Vender su mujer

Angus Mac-Farlane prosiguió con un movimiento de dolor y de cólera:

—Cuando pronunció estas palabras: «¿Quién quiere comprar a esta mujer?», los criados y colonos no dijeron nada. Mary era adorada por todos. White Manor repitió la pregunta, colérico.

»—¡Es hermosa —añadió—, y os la doy por tres chelines!

»Nadie contestó. Mary, de rodillas, había juntado las manos y permanecía con los ojos bajos. Godfrey golpeó con el pie furiosamente.

»—¡Paso! —exclamó—, ¡voy a llevarla a otro mercado!

»Tiró de la cuerda. Mary se levantó. Los colonos se pusieron a cada lado de las paredes del patio, tristes y silenciosos. Godfrey, con nuestra hermana atada, atravesó las dos hileras de gente y subió a la silla.

»Dos días después, se daba una comida muy suntuosa en Portland Place, en el palacio de los condes de White Manor. Los invitados eran numerosos. Hacia las dos de la tarde, Godfrey se levantó, ebrio, e hizo comparecer a Mary. Mary llevaba un traje blanco, y seguía con la soga en el cuello. Y entre todos aquellos noblemen que estaban reunidos alrededor de la mesa con White Manor, no hubo ningún hombre para romper su copa contra el rostro infame de Godfrey de Lancester.

»Godfrey tomó la cuerda y bajó a la acera. Atravesó las calles de Londres, desde Portland Place, hasta el mercado de corderos de Smith Fields, ¡cuatro millas escocesas!, teniendo a su mujer atada, a su mujer, que se deshacía en lágrimas. La gente se detenía a su paso.

»Cuando llegaron a Smith Fields —prosiguió Mac-Farlane— había multitud de gente en torno a las vallas. Era un viernes, día de mercado de bovinos y de ganado lanar. Godfrey hizo entrar a Mary en uno de los cercados de ovejas, que se encontraba vacío, y gritó por tres veces:

«¡Vendo a esta mujer! ¡La vendo por tres chelines!».

»Los ganaderos sentían lástima, pues Mary, nuestra hermana, era muy bella y ríos de lágrimas corrían por sus pálidas mejillas. De repente,

una voz grave y vibrante atravesó la muchedumbre e hizo saltar el corazón de la pobre Mary.

»—¡Dejadme pasar! —decía esa voz—, voy a comprar por tres chelines a *milady* la condesa de White Manor.

»Un murmullo recorrió todo el mercado de Smith Fields, pues hasta aquel momento nadie conocía los nombres de los protagonistas de aquella escena infame. Godfrey se puso como la púrpura. El sonido de aquella voz le azotó como un latigazo en la cara. Pareció que buscaba a lo lejos, con temor y rabia a aquel que había hablado. Mary no me dijo nunca en sus cartas el nombre de aquel hombre; pero cuando estuve en Londres, la opinión pública me lo dijo. Era el joven Brian de Lancester, hermano del conde.

»Entró en el cercado donde estaba Godfrey y le arrancó de las manos la cuerda que amarraba a Mary. Ésta, no pudiendo resistir más, había perdido el conocimiento. Brian la sostuvo y la levantó con un solo brazo. Con la otra mano, buscó en su bolsillo, de donde sacó un puñado de monedas de cobre que tiró a la cara de Godfrey, diciendo:

«¡Aquí está vuestro pago, *milord*!».

Se hizo un largo silencio entre los dos interlocutores. Fergus parecía meditar. Mac-Farlane seguía el curso de una sombría pesadilla. Fue él quien tomó la palabra:

—¡Vamos! —dijo con forzada alegría—, ¡bebed, hermano Fergus! ¡Estamos aquí para festejar vuestra llegada! ¡Hay gente más desgraciada que nosotros! ¡Tengo una buena mujer que me ama y dos angelitos que me sonríen cuando despierto! ¡Bebo a vuestra salud!

Fergus le cogió la mano en lugar de responder al brindis, y le miró fijamente.

—Hace cuatro años que trabajo solo —dijo con lentitud—, cuatro años que dedico todos mis instantes a la misma idea, sin jamás depositar en un corazón amigo el exceso de las dudas que me asaltan y las esperanzas que me queman. Durante estos cuatro años, he contado con vos, Mac-Farlane. Para darme ánimos, muchas veces me he dicho: llegará el día en que la soledad de mis laboriosas meditaciones se animará, llegará un día en que mi idea saldrá de mí para encontrar eco en el espíritu de mi hermano. Llegará un día en que seremos dos para llevar el pesado fardo que cae sobre mí. Tendré un confidente, otro yo mismo. ¡He alimentado esta esperanza durante cuatro años, Mac-Farlane!

—¡Y habéis hecho bien, O’Breane —exclamó Angus—, pues, por vos, estoy dispuesto a todo!

Fergus movió la cabeza y bajó los ojos.

—¡He hecho mal! —dijo en voz baja—, pues, en lugar del hombre fuerte sobre el cual yo contaba, encuentro un corazón marchito, encorvado, desanimado…

—Y, ¿quién os ha dicho que mi corazón esté marchito, Fergus O’Breane? —preguntó el escocés irguiendo bruscamente su alta estatura.

—Si otro que no fuese vos me lo hubiese afirmado —replicó Fergus— hubiese obligado a este otro, con mi rodilla puesta sobre su pecho, a que confesase que había mentido. Pero ¿qué pensar de un hombre que no tiene otro objetivo en la vida sino matar?, ¿de un hombre que consiente a entregar su sangre a la ley, a cambio de la sangre de un miserable desalmado y sin fe? En nombre de Dios, hermano Angus, vuestro brazo es todavía bastante robusto, pero el corazón…

—¡O’Breane! ¡O’Breane! —interrumpió el escocés con una voz en que la cólera hacía temblorosa—, ¡no digáis ni una palabra más! ¡Por muy endurecido que esté mi corazón, no puedo tolerar oír pacientemente palabras de ultraje!

—¡Esto está bien, hermano Angus! —exclamó O’Breane, separando su brazo que Mac-Farlane le había cogido bruscamente—. ¡Ved!, ¡ya no hay arrugas en vuestra frente! ¡Vuestra mirada ha recobrado el orgullo de antaño! ¡Ved, hermano mío!

Fergus llevó a Angus delante de un espejo. Angus sonrió involuntariamente, pero dijo:

—¡He de matar a ese hombre!

Fergus soltó inmediatamente el brazo del escocés y se dirigió hacia la chimenea, donde había dejado su gorra de viaje y su abrigo.

—Adiós, pues, hermano mío —dijo—; mis horas están contadas y no tengo tiempo de detenerme más.

Angus quedó, por un momento, atontado, luego se precipitó y se interpuso entre la puerta y Fergus.

—¡O’Breane! —exclamó—, ¡tened piedad de mí! ¡He de vengar a mi pobre hermana! ¡No me abandonéis de esta manera! ¡Quedaos, quedaos, por Dios!

—Hermano —dijo O’Breane en tono solemne—, desde hace cuatro años, he estado rodeado de hombres decididos hasta la temeridad, fieles hasta la abnegación. A cada uno de ellos solamente he confiado la parte

de mi secreto necesaria para la ejecución de mis órdenes. Para todos, el total de mis planes es un misterio. Os estaba esperando. Entre todos, yo os había elegido. ¡Yo también me vengo, Mac-Farlane!, ¡yo también me quiero vengar!

Angus se estremeció con estas palabras que halagaban su pasión y escuchó atentamente.

—Vengo a mi hermana deshonrada —prosiguió Fergus, con aquella voz cuyo timbre hacía inclinar todas las voluntades debajo de la suya—. Vengo a mi padre asesinado. Vengo a mi madre, a mi santa madre, la cual, al cerrar los ojos, me dejó solo para llorar todo lo que yo había amado y respetado. Mary se contará entre este número de víctimas cuyo grito despierta mi corazón incesantemente y no le deja punto de reposo. Mary será vengada, lo mismo que mi hermana, como mi padre, mi madre, y vengada al mismo tiempo, pues su verdugo fue el suyo.

—¡Godfrey de Lancester! —exclamó Mac-Farlane atónito.

Fergus sonrió con altanería.

—¡Godfrey de Lancester es sólo un hombre! —dijo.

—¿Y no se trata de un hombre? —preguntó Angus, cuya extrañeza llegaba al colmo.

—Hermano mío —replicó O'Breane—, la respuesta a esta pregunta es, precisamente, mi secreto, y este secreto no es de los que se puedan confiar a cualquier, sino sólo a un cómplice.

—¡Cómplice! —repitió Angus—, ¿es, pues, un crimen?

—Mi secreto —prosiguió Angus— lleva en sí el rayo. El hombre a quien yo lo confiaré, no tendrá, como vos, un puñal destinado al pecho de un par de Inglaterra. Vivirá en paz con la ley; será, si es posible, el mismo instrumento de la ley, que es también un arma, un arma y una máscara.

—No os comprendo —murmuró Angus.

—Y, como erais vos, y únicamente vos —prosiguió Angus—, que yo creía encontrar a este hombre, encerraré dentro de mí este secreto. ¡Adiós!

Mac-Farlane se agarró al traje de Fergus.

—¡Una palabra! ¡Una sola palabra! —dijo Mary. ¿Será vengada?

—Vengada y salvada, quizá —contestó Fergus.

—O'Breane —dijo lentamente el escocés—, delante de vos hay el cómplice que estáis buscando. ¿Se trata de un crimen? Con vos, no me importa ser culpable.

17. Lo que Fergus O'Breane tenía en la cabeza y el corazón

Fergus tendió la mano a Mac-Farlane y se alejó de la puerta, que había estado a punto de franquear.

—Gracias, hermano —dijo—. Lo sabréis todo, ahora: mi historia, mis trabajos (mí «crimen»), que es el asesinato de todo un imperio y la salvación del mundo. Cuando haya hablado, me conoceréis, como me conozco a mí mismo.

Se sentaron los dos cerca de la lumbre, que estaba ya casi apagada.

Cuando O'Breane hubo terminado sus confidencias, Mac-Farlane se levantó.

—Hermano Fergus —dijo—; mi mente no es de talla para comprender todo el alcance de vuestros planes, así como tampoco no es suficiente para captar los detalles de vuestra gran idea. Pero mi corazón adivina aquello que mi espíritu no puede comprender. Os doy las gracias del fondo de mi alma.

Fergus tenía la cabeza inclinada y parecía perderse en una de aquellas meditaciones que ocupaban, tan frecuentemente, su espíritu. Mac-Farlane le observaba, como si hubiese querido descubrir el invisible principio de dominio que emanaba de toda su persona, y doblegaba a su ley las resistencias más obstinadas.

—Vuestro odio no es el mío —dijo después de un silencio—. A mí me hubiera sido imposible concebirlo y apenas si puedo apreciar los goces de una venganza que está por encima de las venganzas humanas. Vuestro enemigo es poderoso; los imperios rivales no se atreven a declararle la guerra y mi juicio se confunde viendo los audaces preliminares de vuestra gran batalla. Pero abrazo vuestro odio y creo en vuestra victoria.

—Los imperios se derrumban —dijo Fergus, cuya mente seguía la pendiente de sus reflexiones—, los pueblos no mueren nunca. La vieja

Inglaterra desaparecerá; la joven Inglaterra —¡Irlanda!— extenderá su cetro sobre Londres regenerado.

—¡Pero esto no es ninguna venganza! —murmuró Mac-Farlane.

—¡Esto es una venganza! —contestó Fergus, cuya frente se frunció—. La venganza, tal como vos la entendéis, Angus, tendrá el paso sobre todo lo demás. Antes de edificar, tendremos que destruir. ¿Y quién sabe si veremos el fruto de nuestra obra? La vida es corta; nuestra labor es pesada; mi sueño sobrepasa el fin. Ahora estamos en la fase destructiva. La obra de destrucción ya está empezando. He tocado ya, una por una, para turbarlas, o para secarlas, todas las fuentes en las cuales el coloso extrae sus principales elementos de existencia. ¡Quizá tengamos que esperar largo tiempo, diez años, quince años!, ¡qué sé yo! Pero la cosecha llegará. Mientras tanto, trabajaremos. Yo haré en Europa lo que ya he hecho más allá del Océano, necesitaré, en primer lugar, conquistar un nombre y unos títulos, un verdadero nombre y verdaderos títulos, pues no quiero arriesgar mi precioso envite en los trances peligrosos que rodean la vida de un caballero de aventuras. Pude lograr ser presentado, hace seis meses, a Su Majestad don Juan de Braganza, emperador del Brasil. Este príncipe vuelve los ojos hacia Europa y estudia, lo sé positivamente, la manera de volver a la heredad de sus padres. Primeramente, iré a su corte; regresaré con él a Portugal; le serviré; él me dará la nobleza. Esto, Mac-Farlane, no creáis que sea una eventualidad, esto será una realidad.

La lumbre estaba completamente apagada. La bujía esparcía en la vasta sala una claridad desigual, iluminando, aquí y allá, las paredes desnudas, el techo ahumado y los muebles seculares. Angus estaba sentado debajo de la gran campana de la chimenea, frente al asiento, vacío, de Fergus. Seguía a este último, con la vista, y sus ojos expresaban una especie de supersticioso respeto. Fergus seguía trazando el cuadro de sus futuros planes.

—Sí, Dios mismo está con vos, hermano mío —murmuró después de un silencio y con una voz de temeroso respeto—. Pero ¿qué parte habéis podido reservar al pobre Mac-Farlane en estos peligros en los cuales el hierro no sale de su vaina? Soy muy poco hábil en los combates que no se hacen con la fuerza del brazo. ¡No debíais recordar lo que soy, cuando vuestro buen corazón tuvo la idea de elegirme por confidente! ¡Fergus, mi cabeza está débil y un vértigo entra, a veces, en mi cerebro algo turbado!

—Yo sabía que el corazón de mi hermano Angus es leal —contestó O'Breane— tanto como su boca es discreta.

—Y para servir vuestros proyectos ¿sólo es necesario una boca discreta y un corazón leal?

Fergus titubeó un instante.

—Un corazón leal, fiel, dispuesto a todo —contestó finalmente.

—Hermano mío —dijo Mac-Farlane poniendo su mano en el pecho—, enseñadme, pues, lo que debo hacer.

—Mac-Farlane —interrumpió Fergus—, vuestra pregunta me ha hecho volver en mí y perder de vista las brillantes líneas del cuadro que os estaba trazando hace un momento. Este cuadro tiene su reverso. Todo ser débil, frente a un poderoso adversario, lo ataca de manera muy diferente que no lo atacaría de frente. Nosotros somos débiles, hemos de luchar en la sombra y nuestros medios, por regla general, son aquellos que el honor humano condena. Ayer, yo era un pirata; mañana, ¿qué seré? ¡Dudo, hermano! Si estuvieseis, como yo, solo en el mundo, sin familia, entonces no vacilaría.

Angus frunció la frente.

—Me habéis pedido un corazón fiel, dispuesto a todo —dijo—, os he dado ese corazón. ¿Por qué volver sobre lo que ya está hecho?

O'Breane le cogió la mano y se la apretó fuertemente.

—Ya no dudo, hermano mío —contestó con lentitud y solemnidad—; oídme. Cuando habré suscitado enemigos, por todas partes, para Inglaterra, será menester que yo penetre en el mismo corazón de su poder y que, por mi propia mano, dé el primer golpe. Para ello necesito entenderme con personas de Londres; las encontraré; pero me hace falta, también, el apoyo de una vasta y culpable asociación, de la cual vos ignoráis la existencia, la cual, dirigida por mí, se convertirá en un arma envenenada. Esta asociación, que lleva por nombre «La Gran Familia», se extiende desde Londres hacia los Tres Reinos y se compone, según se dice, de más de cien mil afiliados. Son ladrones, Mac-Farlane, asesinos, falsificadores. Deberéis haceros miembro de esta asociación.

Angus se estremeció, pero contestó fríamente:

—Lo haré, hermano mío.

—No es todo. Por razones que ya conoceréis más tarde, me interesa que seáis el amo del castillo de Crewe…

—Soy pobre —interrumpió el granjero.

—Yo soy rico —contestó O'Breane—, me interesa, además, que el dueño de Crewe sea un hombre bien considerado en el país, libre de toda sospecha, tanto por su posición… pudiera ser un magistrado…

—Esto no depende de mí, hermano mío.

—Pero la «Gran Familia» podrá hacerlo…

Angus estaba pálido y con los ojos bajos.

—¡Magistrado! —murmuró—, ¡los magistrados prestan juramento… y mi padre era un santo varón!

—¿Debo devolveros vuestra palabra, Mac-Farlane?

—Seré bandido y magistrado, hermano. El viejo Mac-Farlane ya murió… No podrá verme.

—Pensad en ello —prosiguió Fergus, como si hubiera querido quitarle a Angus todo pretexto para que se volviera atrás, más tarde—; aceptáis usa posición a la vez peligrosa y despreciable, según el mundo; estaréis fuera de la ley y, al mismo tiempo, seréis el instrumento de la ley. ¡Y, en todas partes, fiel y «dispuesto a todo»!

Angus se pasó la mano por su frente llena de sudor.

—¿Habéis visto a mis hijas, Fergus? —preguntó con extravío—. Serán muy bonitas y quiero que sean muy puras. No sabrán jamás que su padre es un criminal, ¿verdad?

—¡Quizá! —murmuró Fergus, que empalideció a su vez—. ¡Hermano, oh, hermano! ¡Mi destino me empuja! ¡Perdón si os he tentado! ¡Negaos a ello! ¡Rehusad!

—Mi destino es seguir el vuestro —dijo Mac-Farlane—. Sois un corazón leal, Fergus, y me mostráis con el dedo el abismo. Si cierro los ojos, es por mi propia voluntad. Seré vuestro fiel y leal servidor, «dispuesto a todo».

Fergus bajó la frente, como si deplorara su victoria.

18. Quince años

Hacía más de tres horas que Mac-Farlane y Fergus estaban juntos, Era, aproximadamente, medianoche cuando se separaron. Angus se retiró al interior de la granja, dejando a O'Breane en la sala de estar, donde le habían preparado una cama; después, según su costumbre, entró en la habitación donde dormían sus hijas. Amy Mac-Farlane estaba allí todavía. Se había dormido con la cabeza apoyada en el borde de la cuna y el ruido penoso de su respiración oprimida, ahogaba el soplo regular y tranquilo de las dos niñas que dormían, mejilla contra mejilla, confundiéndose, en la almohada, los rubios bucles de sus cabelleras y las sonrisas de sus labios.

Angus tocó, en un mismo beso, las dos boquitas; luego estiró el brazo para despertar a Amy. Pero su mirada cayó sobre el rostro de la mujer, iluminado vivamente por la lámpara puesta cerca de ella. Amy dormía con un sueño febril. Le llamó la atención un punto ardiente que contrastaba con el resto de la mejilla y el sudor de sus sienes pegaba los mechones de sus cabellos. En Escocia no se puede ignorar la señal de estos síntomas que delatan la fatal consunción. Muchas veces, ya, Angus había notado su respiración jadeante mientras dormía, el color sospechoso de sus pómulos y el frío y amenazador sudor de sus sienes. Entonces le había asaltado un sentimiento de temor y de tristeza. Aquella noche sintió terror y desesperación.

Cuando Fergus se despertó, ya se había levantado el día. Se encontró frente a una gran lumbre, al lado de la cual estaba Randal Graham fumando tranquilamente un cigarro venido directamente de Cuba.

—¿El señor Mac-Nab os negó hospitalidad? —preguntó Fergus, extrañado.

—El señor Mac-Nab —contestó Graham— no me ha negado nada, O'Breane, porque no le he pedido nada. Conozco otros caminos para

entrar en la casa de mi padre que no son ni la puerta, ni la ventana, ¿sabéis?

—¡Tanto mejor! ¿Habéis encontrado aquel subterráneo?…

—Sí. He atravesado el subterráneo de Santa María.

—Y, ¿qué visteis? —preguntó con interés Fergus.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó Randal—; ¡todo está allí! ¡Los hermosos salones para nuestros obreros, un dormitorio a cincuenta pies por debajo de tierra y hasta un curso de agua, el torrente de Blackflood, para hacer trabajar el molino de papel! ¡A fe mía! ¡Nuestros billetes ya están medio fabricados y me apuesto lo que queráis que ni recorriendo toda Escocia, ni Inglaterra, ni Irlanda, no encontraríamos un lugar tan a propósito!

—¡Y las salidas!

—Esto es otro asunto —contestó Randal—, pero prefiero explicaros mi viaje. Cuando anoche os dejé, entré en la cabaña de un viejo compañero de mi padre, Duncan de Leed. Duncan me dio un vaso de cerveza sin reconocerme; yo le cogí, sin que se diera cuenta, una linterna y un encendedor. El parque de Crewe tiene sus muros en ruinas; el castillo no vale mucho más que los muros del parque: se entra allí como en el campo. Llegué al gran salón antes de haber encontrado una puerta cerrada. No me ha costado reconocer el puño disimulado de la puerta que da a la escalera de los subterráneos, pero me ha costado mucho hacerle dar la vuelta. ¡Pardiez!, todo hace creer que desde hace quince años nadie ha tomado este camino para ir a nuestra casa. Después de cierta dificultad, el puño cedió, sin embargo; encendí la linterna y bajé. En el subterráneo me orienté con ayuda de mis recuerdos, avivados por el ruido lejano del torrente de Blackflood, y puse el pie en el primer escalón de la escalera que lleva a la casa de Randal. Por este lado, nuestro secreto no está tan bien guardado. Encontré abierto el entrepaño de la muralla que disimula la entrada por el exterior, y no tuve ninguna dificultad en hacerle dar la vuelta sobre su macizo eje.

»Empujé una puerta. Me encontré en la habitación donde yo quería formular una plegaria por el eterno descanso del viejo Graham. Pero aquella habitación estaba ocupada. Mac-Nab dormía en el mismo lecho de mi padre. En una pequeña cama, dormía un niño. Con toda seguridad, Mac-Nab conocía el subterráneo.

—¿No se le puede alejar? —preguntó Fergus.

—Pensé en otra cosa. Tenía el cuchillo conmigo. Pero, en todo caso, Mac-Nab no tiene por costumbre, seguramente, pasearse por los

subterráneos, y si le apetece acechamos, siempre hay el agujero de Blackfield, el cual, mientras hace girar nuestro molino, podría desembarazarnos, sin ruido, de un testigo demasiado curioso.

—Buscad otro procedimiento, Graham —contestó Fergus O'Breane—; Mac-Nab es hermano de un hombre a quien yo quiero como a un hermano.

—Ya buscaremos, pues. Queda el castillo. No puedo ser propietario en este país donde la casualidad, quizá, haría que me reconociesen. Se tendría que encontrar a un hombre.

—Este hombre ya se ha encontrado —contestó O'Breane.

—¡Ah! —dijo Randal, sonriendo—, ¡parece que vos también habéis trabajado esta noche!

Un mes después de aquella entrevista, Angus Mac-Farlane compraba con gran extrañeza de toda la región, el castillo de Crewe, con sus dependencias. Aquella compra no agotó, por lo visto, sus recursos, pues hizo en el antiguo castillo unas reparaciones muy considerables; trasladó allí el domicilio de su familia, dejando la granja a Duncan, su antiguo criado. Los subterráneos de Santa María se convirtieron, pues, en una fábrica de billetes falsos y, al mismo tiempo, en un lugar de reunión y de asilo para los miembros más notables de la «Familia», que las circunstancias obligaban, por cierto tiempo, a exiliarse de Londres.

Se necesitaron muchos años para llegar a este punto y únicamente Randal, durante todo este intervalo, en su propio nombre, tuvo relaciones con la «Familia» de Londres. Durante todos estos años, Fergus llevó una vida doble. Tan pronto se presentaba en cualquier corte extranjera, donde seguía pacientemente el hilo de sus negociaciones, como reaparecía, de pronto, en Escocia, donde el terror público le atribuía, bajo el nombre de Fergus el Rojo, unas hazañas de bandidaje extraordinarias. La opinión pública se equivocaba.

El primer viaje de Fergus le llevó al Brasil. Era hacia el año 1820 y Su Majestad el emperador estaba a punto de marchar hacia Portugal. Fergus ya se había trabajado, de antemano, esta corte, con relaciones elevadas, una de las primeras, era la de Leopoldina, archiduquesa de Austria, emperatriz del Brasil. Fergus tenía la ciencia infusa de las nobles maneras. La emperatriz le otorgó su augusta protección, y las malas lenguas de la corte tuvieron ocasión de hacer observar que Fergus era el

caballero más hermoso que jamás hubiera pisado el Brasil. Fue, a lo mejor, a causa de esto, pero también por causa de los auténticos favores que hizo a Juan IV, que este príncipe lo elevó, debido a una rápida sucesión de servicios, al más alto rango de la nobleza. En el año 1822, un año después de la restauración de la casa de Braganza, Fergus O'Breane, el huérfano de Saint-Gilles, era Grande de Portugal de primera clase, gran cruz de la orden de Cristo y marqués de Río-Santo en Paraiba. Fergus era, además, sustituido, por rescripto real al nombre y título de una familia extinguida, los Alarcón, de Coimbra.

Cuando abandonó Portugal, regresó a Escocia. Fue durante este viaje que tuvo lugar el asesinato de Mac-Nab. Durante la estancia en Escocia del nuevo marqués de Río-Santo, Mac-Nab descubrió, por casualidad, una parte de los misterios que ocurrían en los subterráneos de Santa María. Advirtió de ello a Angus. Éste se negó a hacer nada y se obstinó en el silencio, diciendo solamente a Mac-Nab: «¡Mac-Nab, tened cuidado!».

Mac-Nab era un hombre valiente; escribió a las autoridades locales. Durante la noche siguiente, Fergus O'Breane en persona se introdujo en la habitación de Mac-Nab. Ya conocemos por qué camino. Había, aparte la denuncia reciente presentada por Mac-Nab, más de una razón de desafío entre él y Fergus. ¿No era él quien introdujo a Godfrey de Lancester en casa de Angus MacFarlane? ¿No fue Mac-Nab la causa primera, aunque indirecta, de la deportación de Fergus y del desgraciado matrimonio de Mary? Mac-Nab se sentía tan profundamente consciente de todos estos hechos, que al ver a Fergus O'Breane, se sintió perdido. Aceptó el combate como una suerte suprema. Las armas estaban a su favor. Era el *«dirk»*, en el manejo del cual los escoceses son de una habilidad proverbial. Al primer choque, cayó, pero O'Breane le dio tiempo para levantarse. Por segunda vez fue abatido y Fergus le dio tiempo, también, para ponerse en guardia, sin haberlo herido. Fue en el tercer asalto que recibió el golpe mortal.

Este asesinato y la muerte de Amy Mac-Farlane, que llegó poco tiempo después, agravaron el humor taciturno del *laird* y le sumergieron en un estado próximo a la demencia. Se complacía en los lúgubres éxtasis de la «doble vista» y empezó a sentir un irresistible e irrazonado deseo de venganza contra O'Breane, asesino de su hermano, ¡contra O'Breane, a quien llamaba verdugo de su mujer!

Pero únicamente le acusaba cuando estaba solo y demasiado lejos para someterse a aquel influjo absoluto que ejercía sobre él Fergus.

Cuando volvía a verle, desaparecía su odio, avergonzado, y se lo reprochaba a sí mismo como una traición. Era una lucha extraña y permanente que se estaba librando en su interior, entre él y un fogoso instinto de venganza, entre una ternura fiel y leal, mezclada de admiración y de respeto.

Fergus proseguía ardientemente su obra. Rusia, Austria, España, Francia le vieron pasar, a su vez, ocupado por un pensamiento único, que ocultaba bajo su capa de Don Juan. Otras veces, atravesaba el mar y recorría las agrestes campiñas irlandesas. Daniel O'Connell un día le escuchaba y admiraba su alteza de miras, al mismo tiempo que reprobaba la forma facciosa de su idea, en el fondo de la cual veía, con espanto, la guerra civil. Así transcurrieron quince años en estos trabajos diversos y cotidianos.

Al cabo de quince años, el cauce estaba preparado para el asalto. Los establecimientos de la India, minados sordamente, se tambaleaban en sus bases; China condenaba a muerte a los comerciantes de opio; los dos Canadá se sublevaban y respondían a la llamada de Papineau; El Cabo se asustaba con las amenazas de los boers holandeses, bajo las armas; las Antillas sufrían y volvían sus ojos del lado de Francia; el Sindhy, finalmente, emitía su grito de guerra, al cual contestaría el grito de muerte de doce mil soldados ingleses. Por otro lado, los Estados Unidos galleaban y presentaban, bajo los pliegues de su manto republicano, la paz o la guerra con una provocadora indiferencia. Por otro lado, también, Europa amenazaba, gemía, pedía revisión de tratados comerciales maquiavélicos, que abren todos los mercados del mundo, sin compensación, a los productos superabundantes producidos por la industria inglesa.

En el interior, en fin, una terrible tormenta roncaba en Irlanda, donde las Molly Maguires empezaban ya a pronunciar en sus mítines nocturnos, el terrible nombre de Fenyan; el País de Gales rechazaba los impuestos, preludiando, de esta manera, la extraña guerra que hicieron más tarde al fisco, las «hijas de Rebecca»; el «castirme[27]», aquella terrible plaga, se constituía, y hasta en la puertas de Londres, la población inquieta de los tejedores de seda de Spitael-Fields, clamaba gritos de odio contra la metrópoli.

Fergus se dirigió hacia Londres. Había llegado el momento de dar el golpe en el corazón, al gran coloso. Cuando entró en la capital británica, no hubieron bastantes fiestas para darle un digno recibimiento. Sólo tuvo

que exhibirse, el brillante lord, para ganar todos los amores, todas las admiraciones, en fin, para convertirse en el ídolo de la gigantesca capital.

19. El fantasma

Antes de continuar el relato donde le hemos dejado, hemos de decir que MacFarlane y Fergus habían hecho toda clase de esfuerzos para encontrar a la condesa de White Manor y a su hija. Un día, dos años antes de la época en que comienza nuestro drama, Mary regresó, por su voluntad, a Escocia. Angus le preguntó; su hermana le contestó: «¡Mi hija ha muerto!».

En cuanto al hombre que la había recogido y protegido, no quiso decir nada y cuando Mac-Farlane le preguntó, finalmente, por qué había elegido a un extraño como apoyo, contestó:

—Porque él me dejaba mi secreto —dijo—. Pero mi hija ha muerto. ¡Su carcelero me lo dijo!

—¿No ha podido engañaros? —preguntó Angus.

—¡Es un hombre muy cruel! Pero no hay hombre cruel para decir a una madre: Tu hija ha muerto, cuando no es verdad.

Mary no quiso ver a nadie, a Fergus menos que a otro. Se confinó en un aposento separado del castillo de Crewe y pasó sus días llorando y rezando. Cuando Mac-Farlane, su hermano, era víctima de los ataques producidos por su enfermedad, Mary le cuidaba con abnegación y dulzura; ella sola podía dominarlo en aquellos momentos funestos, pues Mac-Farlane había conservado hacia ella una ternura sin límites.

Pero entremos, de nuevo, en el relato.

Mientras tenía lugar la entrevista de Brian de Lancester con su hermano mayor, el lord de White Manor, Frank Perceval y Stephen MaoNab se encontraban reunidos en casa de la madre de este último, en la casa de Comhill. Los dos estaban tristes y abatidos. El primer acto de hostilidad intentado por ellos contra Río-Santo, había sido seguido de un resultado tan deplorable, que sus ánimos se debilitaron. Efectivamente, desde entonces, tal como ya sabemos, Mary Trevor, presa de un horrible

mal, tenía ya un pie en la tumba. Esta enfermedad ponía a Río-Santo al abrigo de todo ataque. Frank Perceval, comprometido por el juramento hecho a *lady* Ophelia, no podía tratar más que con Mary, pero Mary era incapaz de comprenderle. Stephen no estaba atado por ningún juramento, pero su incapacidad no era menos cierta. ¿A qué magistrados debía dirigirse? ¿De qué forma podía acusar al marqués de Río-Santo de haber raptado a Anna y a Clary? ¿Quién podría aceptar aquella denuncia que no podía presentar ninguna prueba? ¿Quién sería capaz de creer aquel hecho, del cual el mismo Mac-Nab dudaba?

Stephen Mac-Nab había ido varias veces a Belgrave Square y había intentado ser recibido por el señor marqués de Río-Santo, decidido a emplear todos los medios para arrancarle una explicación. Pero allí el camino se encontraba interceptado ya desde los primeros pasos. La puerta de Irish House estaba rigurosamente defendida; Río-Santo velaba, día y noche a la cabecera de la cama de su hermano Angus Mac-Farlane.

Los dos amigos estaban sentados enfrente uno de otro, cerca de la mesa de trabajo de Stephen.

—He escrito a Lochmaben —decía Stephen—. No sé por qué lo he hecho, Frank, pues esperar es una locura.

—Es una terrible desgracia, Mac-Nab —contestó Frank—, ¿quién hubiera podido esperar una cosa semejante?

—¡Y ni tan sólo un indicio!… ¡Nada!

Frank tenía la cabeza y el corazón llenos del recuerdo de *miss* Trevor. Stephen pensaba en Clary. Ya no se comprendían. Pero así que pronunciaban el detestado nombre del marqués de Río-Santo, por casualidad, entonces, los dos amigos volvían a comprenderse y encontraban todo el impulso de su buena amistad de la infancia. El reloj señalaba las nueve menos cuarto. En un intervalo de silencio un rumor de conversaciones subió de la planta baja hasta ellos. Frank creyó oír su nombre.

—¿No es la voz de Jack? —preguntó.

Stephen se agitó, sobresaltado, y prestó oído.

—Es la voz de Jack —contestó—. ¡Ojalá podáis tener buenas noticias, Frank!

Perceval estaba ya en la escalera desde donde daba órdenes al viejo servidor para subir inmediatamente.

—¿Qué hay de nuevo?

—Dos cartas, Vuestro Honor —contestó el viejo Jack, sin aliento.

Frank abrió la primera y entró en la habitación de Stephen, a donde Jack quiso seguirle, pero, apenas el anciano criado vio los esqueletos que «adornaban» el reducto del joven doctor, retrocedió bruscamente algunos pasos y se quedó, silencioso, en un rincón del rellano. Frank recorrió rápidamente las seis u ocho líneas que contenía la primera carta y su emoción no había disminuido lo más mínimo.

—¿Y después, Jack? —dijo.

La puerta se volvió a cerrar por sí sola, gracias a un sistema de pesa muy corriente en Londres. Jack no prestaba atención, sólo temblaba en su rincón. Un incidente hizo aumentar su terror hasta el máximo grado. Algo horroroso y siniestro, que parecía un ser humano, se deslizó cerca de él, jadeando roncamente. Era un cuerpo largo, seco descamado, con una cabeza erizada. Jack no tuvo ni fuerza para gritar. El fantasma pasó y desapareció por la puerta de la habitación, ocupada, en otro tiempo, por las dos señoritas Mac-Farlane.

—¿Dónde estáis, Jack? —gritó Perceval, abriendo la puerta, esta vez.

La luz de las lámparas que iluminaban la habitación de Stephen, al abrir la puerta, iluminaron, también, el rellano y cayó sobre el lívido rostro del viejo escocés. Perceval le cogió por un brazo.

—¿Has visto a alguien? —le preguntaron.

—¡Oh, sí, Vuestro Honor! —contestó Jack, pensando en el fantasma—; he visto…

—¿Qué ha dicho?

—¡Por mi salvación, no me ha dicho nada, Vuestro Honor! ¡Si me hubiese hablado, hubiera muerto en el acto!

—¡La carta dice algo, sin embargo! —exclamó Frank.

Y desdoblando la carta con rapidez, leyó en voz alta:

«Imposibilitada de abandonar la cabecera de nuestra querida enferma, no tengo tiempo, querido primo, de deciros sobre qué se funda nuestra esperanza. No obstante, quiero haceros partícipe de lo que creemos es una luz, al lado del terrible desánimo hasta la fecha y encargo al portador…».

Jack se detuvo y tendió el oído. Había creído captar, por el lado de la puerta, un ruido raro, parecido a un sordo gemido.

—¡Oigan, oigan! —murmuró—, ¡y si volviera!

Frank y Stephen se miraron.

—¡Ha debido ocurrirle algo extraordinario! —exclamó Stephen Mac-Nab.

—¡Jack, amigo mío —dijo Perceval con tono de súplica—, tranquilizaos, os lo ruego! ¡No sabéis, con toda seguridad, lo que me hace sufrir vuestra lentitud!

El anciano criado juntó sus manos.

—¡Oh! ¡Perceval! ¡Oh! ¡Vuestro Honor! —exclamó—; ¡tened piedad de mí! ¡Después de todo, qué me importa el demonio! —añadió abandonando su aire contrito para echar sobre los esqueletos una mirada provocadora—. ¡Oídme! La doncella de *miss* Stewart me ha dicho al darme el billete: «¡La señorita ha hecho un movimiento!».

—¡Un movimiento! —exclamó Stephen.

Frank le contuvo con un gesto.

—Un movimiento —repitió Jack—, pero tan débil que *miss* Stewart no sabe si es una ilusión de sus ojos. Lo que sí es seguro, es que… ¡Dios tenga piedad de nosotros! —se interrumpió el viejo criado desplomándose en un sillón—, ¡el diablo está detrás de esta puerta!

Un segundo gemido, más plañidero que el primero y más lúgubre acababa de llegar a oídos de Jack y esta vez los dos amigos lo habían oído también. Stephen se levantó, pero ya se había hecho un profundo silencio.

—¡Después! ¿Qué pasó después? —dijo Perceval.

—¿No habéis oído? —murmuró Jack cuyos miembros temblaban—, ¿esta voz es la de un hombre?

—¡Qué pasó después, te pregunto, desgraciado! —gritó Perceval—, ¡te ordeno que hables!

Jack se apretó la frente convulsivamente con sus manos para recordar sus evaporadas ideas y contestó con esfuerzo.

—¿Después, Vuestro Honor? ¡Ya recuerdo! Los ojos de la señorita han cambiado de dirección. ¡Que Dios me proteja! ¡Cuándo se ha visto lo que yo he visto esta noche, es que la muerte debe estar muy próxima! ¡Perdonadme, Vuestro Honor! Como el médico de *miss* Trevor estaba ausente, llamaron a otro doctor, y este doctor ha dicho que un ataque como el que…

Jack no acabó su frase. Un grito agudo acababa de retumbar en la escalera. Frank hizo un gesto de rabia, pues no había nada que le pudiera impresionar en aquel momento, y le fastidiaba el retraso que daba a las explicaciones el pobre Jack. Stephen abrió la puerta de su habitación. Oyó como un ruido de sollozos entrecortados, que salían del apartamento de Anna y de Clary.

Luego una voz llena de lágrimas, una voz de hombre, grave, ahogada, se puso a cantar, con un acento de dolor infinito, una balada familiar a los oídos escoceses del joven doctor.

La balada decía así:

El *laird* de Killarvan
Tenía dos hijas
Jamás tuvo amante
Otras tan gentiles
En Glen-Girvan…

20. El laird

Frank siguió a Stephen. Los dos entraron, con un candelabro en la mano, en el aposento ocupado, hasta hacía poco, por Anna y Clary Mac-Farlane. Vieron a un hombre de pie entre las dos camas. Era el laird Angus medio desnudo, y cuya camisa, hecha jirones, llevaba manchas de sangre que parecían haber sido lavadas recientemente. Todo en él era desorden y sufrimiento. Su palidez era extrema y las lágrimas le caían lentamente por sus descamadas mejillas. A la vista de los dos amigos, cesó de cantar, y, señalando, alternativamente, las dos camas vacías, dijo dirigiéndose a Stephen:

—¡Las dos!

Angus Mac-Farlane estaba, en aquel momento, en plena posesión de sus facultades mentales. Había sido suficiente el choque moral producido por la repentina aparición de Stephen y de Frank, para hacer disipar las últimas brumas que flotaban alrededor de su mente quebrantada. Su fiebre había desaparecido. Mac-Nab estaba sobrecogido y atónito. Perceval no había visto nunca a Angus.

—Decid a vuestra madre que hace más de un año que no he abrazado a mis hijas —dijo el laird serenamente—. Clary debe estar muy hermosa. Anna, ¿se parece todavía a mi pobre Amy, que murió? ¡Vaya, Stephen Mac-Nab!, ¡sobrino mío!, ¡no puedo creer que mis dos hijas sean raptadas, perdidas, como yo creía, cuando os veo aquí, tan tranquilo y descansado en la casa de vuestra madre!

—¡Mi madre sufre, señor —contestó Stephen—, y vuestros reproches la matarían!

—¡Ah!, ¡sufre! —dijo Angus Mac-Farlane, cuya voz se quebró—, ¿sufre tanto como yo? ¿Has visto a mis hijas en el barco…?

Angus pasó el reverso de la mano por su frente; un destello de delirio brilló, nuevamente, en su mirada.

—¿Y —prosiguió, bajando la cabeza— su conciencia no le muerde, día y noche, como a mí y le dice: ¡Esto es un castigo de Dios!?

Stephen se dirigió con rapidez hacia Perceval.

—Amigo —le dijo con voz breve y firme—, no os podéis quedar aquí. Vuestras sospechas, si todavía tenéis algunas, no os dan derecho para oír una confesión que el delirio va a provocar en este anciano. Cualquier cosa que haya hecho (¡aunque hubiera cometido un crimen!) mi casa le será un inviolable asilo.

Un intenso rubor subió al rostro de Frank.

—Os ruego que me perdonéis, Stephen —murmuró—, la turbación que me ha provocado esta carta… y el recuerdo de mi pobre hermana… Pero no pretendo sorprender los secretos de vuestro tío.

Stephen le asió la mano, mientras se dirigían hacia la puerta. Antes de pasar el umbral de la misma, Frank se detuvo y miró fijamente a Mac-Nab.

—Voy a ver por mí mismo —dijo— si la pequeña luz de esperanza que me queda ha crecido o se ha desvanecido. Creedme, Stephen, el secreto de vuestra venganza está entre las manos de este hombre. Protegedle contra todos; pero de sus revelaciones, me corresponde la parte que me pertenece, ¿oís? ¡Lo exijo!

—Por mi honor, Os aseguro que sabréis todo lo que se refiera a *miss* Harriet —respondió Stephen.

Frank salió, llevando en la mano la carta abierta de *miss* Diana Stewart. En cuanto a la segunda carta que le entregó el viejo Jack, Frank la puso, distraídamente, en su bolsillo y no pensó más en ella. Aquella carta, escrita la víspera por *lady* Ophelia, bajo el dictado del señor marqués de Río-Santo, daba cita a Perceval para las nueve, delante del teatro de Saint-James. En aquel momento eran las nueve y media.

Frank cogió un coche y se hizo conducir al hotel de *lady* Stewart, con el fin de saber, por sí mismo, los detalles que no había podido sacar al viejo Jack.

Stephen, por su parte, se volvió hacia donde estaba su tío, al cual encontró sentado a los pies de la cama de Anna.

—Mac-Farlane —dijo—, estáis solo con el hijo de vuestro hermano.

Angus se volvió lentamente hacia él y lo observó durante unos segundos, en silencio.

—Sois un hombre, sobrino mío —murmuró—, por lo menos, tenéis la estatura de un hombre. Nunca os había mirado. Os parecéis a vuestro padre. Pero Mac-Nab, lo juro por su memoria, no hubiera abandonado dos pobres niñas confiadas a su cuidado.

—¡Tío!, ¡tío! —interrumpió Stephen—, ¡el dolor ha hecho que seáis injusto! Amo a Anna como a una verdadera hermana y a Clary más que a mí mismo. Pero, en nombre del cielo, no me hagáis sufrir y decidme qué se ha hecho de ellas.

—¿Lo que se ha hecho de ellas? —repitió el laird, cuyo pálido rostro enrojeció vivamente—, ¿qué fue de vuestro padre, sobrino mío?

Angus mostró la enorme cicatriz que el golpe de remo de Bob había dejado en su frente.

—Dios ha hecho de mí un viejo antes de tiempo —prosiguió—; mis hijas estaban aquí y yo tenía que combatir contra un solo hombre…

—¿Qué hombre? —interrumpió Stephen.

—Quizá le conozca —respondió el laird—; pues conozco más de un asesino, sobrino. Pero la fiebre ha trastornado mi memoria.

Se hizo un silencio. Stephen buscaba el medio de interrogar, sin aumentar el desorden que reinaba en la mente de su tío. Éste volvió a hablar.

—¡Voy a volver a casa de Fergus! —dijo.

«¡Fergus!», repitió para sí Stephen, a quien este nombre le recordó el relato de Perceval y la orgía de los subterráneos del castillo de Crewe.

Entretanto, el laird proseguía:

—Fergus es poderoso y me quiere. Esperaré a matarle a que me haya devuelto a mis hijas… si mis hijas no están muertas todavía… pues he vuelto a ver a Anna esta mañana… y los sueños no me dejan ver nunca sino a aquellos que ya están muertos o que van a morir.

—Y, ¿dónde la visteis? —preguntó Stephen.

—Vi, así, a mi hermano Mac-Nab la noche de su muerte… ¡Mira!, ¡mira!, ¡mira! —dijo por tres veces, mirando con aspecto extraviado en el vacío—, veo a Fergus… Fergus moribundo. ¡Ah!, ¡cuántas veces le he visto yo así!

La fiebre le atenazaba.

—Callad, sobrino —prosiguió el laird en voz baja y apoyándose en la cama de Anna—. Mi hermano es generoso y grande. Ahora recuerdo que ha pasado días y noches a la cabecera de mi cama, era en su casa, ahora lo recuerdo, yo buscaba un cobijo cuando salí del Támesis… la primera vez que casi me ahogué en el Támesis. La segunda vez ha sido ahora. Oye, sobrino, en tanto veo claro en mi mente: los dos pobres ángeles fueron conducidos, no puedo decir de qué manera, a la «Hostería del Rey Jorge», Temple Gardens. Allí vi cómo las arrojaban, como si fueran balas de lana,

a una barca; salté por la ventana; el Támesis estaba frío…, el hombre que las raptaba me venció. Esta mañana he ido otra vez a la hostería del «Rey Jorge» y he preguntado por mis hijas…

Se puso a hablar en voz muy baja.

—Estábamos en la habitación que hay el agujero —prosiguió, como si Stephen hubiese conocido los recovecos del hotel del «Rey Jorge»—, los tres. Gruff se reía, su mujer se reía, Gruff jugaba con su cuchillo para atemorizarme; la infame mujer blandía el atizador de la lumbre.

El *laird* se desabrochó la camisa y descubrió su pecho, lleno de cortes hechos con mano temblorosa; luego enseñó sus cabellos y por entre otras cicatrices, había una herida recién hecha.

El *laird* prosiguió su relato.

—Aquí el cuchillo; allá el atizador. Yo cogí con mi mano izquierda los cabellos de Gruff y con mi mano derecha los cabellos de su mujer y entonces hice chocar las dos cabezas, una contra la otra, de esta manera, sobrino.

Hizo un gesto terriblemente significativo.

—Yo me sentía fuerte —continuó—, las dos cabezas se han roto. ¡El hombre y la mujer no dieron ni un solo grito!

Se interrumpió y pasó la mano por su frente.

—¡Y quiso Dios —continuó en voz baja— que mi sangre no se helara en las venas antes de que les hubiese matado! Esta tarde, cuando me he despertado, la luna entraba ya por la ventana abierta de la habitación de la hostería del «Rey Jorge»; la luna iluminaba, a mi derecha, la cara lívida de maese Gruff, y a mi izquierda, la frente abierta de su mujer.

—¿Les habéis matado?

Angus temblaba. Mac-Nab le estaba escuchando, completamente impresionado por aquel relato tan extraño y guardando una vaga esperanza de oír cualquier revelación inesperada.

—He levantado la trampa por donde Clary y Anna fueron arrojadas en el barco —prosiguió el laird—. Mi cabeza ardía. Vi los brazos de los dos cadáveres cómo se alargaban y me cogían… y caímos los tres en el río. El Támesis brillaba. La luna ponía en él unas lentejuelas que bailaban y me volvían loco.

Después, dejando caer los brazos a lo largo de su cuerpo, y fijando en Stephen sus ojos embrutecidos, añadió bruscamente:

—¿Y después? Pues verás lo que ocurrió. El demonio ha puesto un amplio velo negro sobre la luna y las lentejuelas y la sangre ha

desaparecido de mi vista. Y el agua se ha cerrado sobre mi cabeza. Hubiera querido morir, pero los marineros del Támesis me llevaron a la orilla. ¿Por qué? Porque mi sangre debe matar a Fergus… ¡A mi hermano Fergus, a quien quiero tanto!

—Y, ¿por qué queréis matar a vuestro hermano Fergus, Mac-Farlane? —preguntó Stephen, con dulzura.

—¡Por qué quiero matar a Fergus! —exclamó el laird—. ¿No has visto nunca a tu padre a la hora de las visiones?

—Explicaos, señor —dijo vivamente Stephen, Angus no tuvo en cuenta esta súplica y, siguiendo siempre la pendiente de su mística manía, prosiguió:

—Yo le veo todas las noches. Y sé muy bien que le veré así hasta que haya matado a Fergus O'Breane.

—¡O'Breane! —exclamó Stephen, aprisionando la mano del laird con violencia.

Este nombre era para él toda una revelación; su padre había pronunciado aquel nombre la noche del crimen, era el nombre del hombre enmascarado, portador de dos puñales.

Stephen se arrodilló cerca del laird.

—Y sabéis donde está, ¿verdad? —dijo con ardor contenido—, ¿me diréis dónde se esconde ese O'Breane?

Angus se tendió encima de la alfombra y apoyó su cabeza contra la cama de Anna.

—Estoy cansado —murmuró con voz cargada de sueño.

—¡Mac-Farlane! —dijo Stephen—, ¡una palabra, por piedad, una palabra!

Angus cerró los ojos.

—Es un corazón valiente —dijo como en sueños—, es un espíritu grande y luminoso. ¡Conozco todos sus proyectos… todos! Sus planes son vastos como el mundo. ¿Quién ha pronunciado el nombre de Fergus O'Breane? Es más que un hombre. Es casi un dios. ¡Maldito sea aquel que quiera detenerle en su carrera…!

21. Mac-Nab

Stephen aprovechó el abatimiento profundo en que cayó Angus Mac-Farlane después de sus últimas palabras, para lavar sus llagas y curar las heridas lo mejor que supo.

—Tío —dijo, cuando Angus estuvo en condiciones de oírle—, desde ahora uniremos nuestros esfuerzos para encontrar a mis primas, y estoy seguro de que lo alcanzaremos.

El *laird* movió la cabeza.

—Sufro mucho —murmuró—. Las he visto en la barca y las he visto en sueños… ¡han muerto!

—¡No!, ¡viven, Mac-Farlane! —exclamó Stephen, cogiéndole las manos—; yo también estoy haciendo investigaciones desde hace ocho días, y la acusación que me habéis hecho de una aparente indiferencia, no era justa. He buscado, yo, personalmente y por otros conductos, y si no he encontrado, todavía, su rastro, he podido, al menos, lograr una prueba…

—¿Qué prueba? —interrumpió el laird—. Londres es muy grande, y, ¿quién sabe dónde pueden estar escondidos dos cadáveres?

—He investigado, os digo —replicó Stephen—. Clary, ¿no será un día mi mujer?

Angus miró fijamente al joven médico.

—Sobrino —dijo—, no os conozco. ¿Clary os ama?

—¡Ay, señor! —contestó Stephen—, no hemos llegado todavía a discutir los preliminares de la boda. Pero volvamos al triste tema que, de momento, debe acaparar toda nuestra atención. Vuestras dos hijas viven, hay algo en mi interior que me lo asegura. ¡Yo estoy convencido de ello!

Angus echó sus brazos alrededor del cuello de Stephen.

—¡Gracias! —murmuró con lágrimas en los ojos—. ¡Ojalá sea cierto! ¡Y si decís verdad, que Dios os conceda toda la felicidad que le fue negada al hermano de vuestra madre!

—¡Animo, Mac-Farlane! —prosiguió Stephen, aprovechando aquel momento de emoción—, sé otra cosa, también; sé que existía entre Clary

y un hombre poderoso cierta relación misteriosa…

—¿Y creéis que este hombre ha raptado a mi hija? —dijo serenamente el laird.

—Así creo, señor.

—¿Y Anna?

Stephen se quedó un instante sin respuesta, porque no podía esperar, dado el estado en que se encontraba Mac-Farlane, la inflexible lógica de esta objeción.

—Anna… —balbuceó al fin.

—¿Pensáis, pues —interrumpió bruscamente el *laird*—, que este hombre las ha raptado a las dos?

Stephen titubeó otra vez.

—Así creo, señor —respondió por segunda vez.

Las cejas de Angus se fruncieron.

—¿Y sabéis el nombre de este hombre?

Stephen hizo un signo afirmativo. El laird, que se había levantado, retrocedió un paso y le cubrió con una mirada llena de desprecio.

—Mac-Nab era un abogado —dijo, como hablándose a sí mismo—, pero era un corazón leal. Había dos niñas al cuidado de vuestra madre; estas dos niñas (ya una era vuestra prometida) han sido raptadas. ¿Conocéis el nombre del raptor? Por más que os miro, no veo que tengáis ninguna herida. ¡Sobrino, sois un cobarde!

—Señor —interrumpió Stephen con firmeza—, antes de echar sobre mí, a ciegas, el desprecio y el insulto, debéis oírme. ¡Pues bien!, si hay que decirlo, os diré que yo también he pensado en la espada; he ido a llamar, con la cólera en el corazón, a las puertas del palacio de este hombre. No me dejaron entrar. He esperado, sentado en la piedra de la entrada, y no ha llegado. Le he dirigido cartas desafiándole y no me han sido contestadas.

—¿Es un príncipe, acaso? —murmuró el laird.

—Preferiría que fuese un príncipe —contestó Stephen.

—Pero ¿quién es? —exclamó el laird extrañado—. ¿Cuál es su nombre?

Mac-Nab, antes de contestar, fijó en su tío una mirada penetrante y escrutadora, luego, sin dejar de mirarle, pronunció el nombre del marqués de Río-Santo. La cara de Angus se puso lívida; bajó los ojos; sus labios se movieron convulsivamente sin dejar escapar ningún sonido.

Stephen dio un profundo suspiro. El golpe había calado hondo. Sabía lo que quería saber.

Angus se había sentado, aterrado, sobre la cama de Anna. Repitió dos o tres veces, en voz baja, el nombre de Río-Santo, como si quisiese hacer entrar en su cerebro una idea rebelde. Luego, juntó sus manos sobre sus rodillas e inclinó la cabeza.

—¡No es posible! —murmuró— ¡Fergus deshonrando a las hijas de Mac-Farlane! ¿Por qué creer por más tiempo esta odiosa mentira? ¡Estoy armado para matarle, pero no puedo tolerar que se le calumnie! ¡En nombre de Dios, hijo, si no fueses el hijo de mi hermana, ya te hubiera castigado por haber acusado de una manera tan falsa, delante de mí, a Fergus O'Breane!

—¡Conozco todos los miramientos que debo al asesino de mi padre! —dijo Stephen, amarga y fríamente.

—¡Es cierto! —dijo Angus.

—Y solamente os he hablado —prosiguió Stephen—, del señor marqués de Río-Santo.

—Es verdad —dijo el laird—. Os ruego que me perdonéis, sobrino. Pero, contestadme, ¡os lo suplico, por favor! ¿Qué os hace pensar que el marqués de Río-Santo sea el raptor de mis hijas?

—Lo sé, eso es todo —replicó Stephen.

Angus puso un dedo en su frente y pareció reflexionar profundamente.

—¡Yo os digo que no es posible! —exclamó al cabo de algunos segundos; le conozco… ¡le conozco! ¡Mac-Farlane es el único hombre que él quiere!

—Pero ¿conoce a las hijas de Mac-Farlane? —preguntó Stephen con una sonrisa cruel.

—¡Oh!, ¡es verdad!, ¡es verdad! —dijo Angus, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. Matarle no era nada… ¡pero odiarle!…

—Por mi honor, Mac-Farlane —exclamó Stephen, emocionado—; podéis odiarle, pero no le mataréis. ¡Este cuidado es únicamente a mí a quien concierne!

—Callad, sobrino… le mataré. La voz de los sueños no puede mentir. En cuanto a odiarle, mi corazón está demasiado acostumbrado a amarle… y sin embargo… ¡Oh!, ¡hijas mías!, ¡hijas mías!

Se levantó y empezó a dar grandes zancadas por el aposento.

—¡Ah!, ahora recuerdo —dijo—. ¡Aquel hombre de la barca era de los suyos! Veo su asqueroso rostro; tengo en los labios su nombre maldito. ¡Y el mismo Gruff! El hotel del «Rey Jorge» era una de sus guaridas. ¡Stephen, nos vengaremos!

Dio otra vuelta a la habitación y luego fue a sentarse frente a Mac-Nab. La expresión de su fisonomía había cambiado completamente. A pesar de sus heridas, a pesar del extremado desorden de su barba y de sus cabellos, en su rostro reinaba una serenidad que imponía, pero, era terrible, al mismo tiempo.

—Teníais razón, sobrino —dijo lentamente—; contra el marqués de Río-Santo la espada es un arma irrisoria. Era correcto cuando le amaba. Oídme. Los magistrados que no hubiesen aceptado vuestra acusación, aceptarán la mía, os lo juro; pues la mía hará temblar en su trono a Su Majestad el rey de Inglaterra. ¡Ah!, sé cosas muy importantes, sobrino… ¡cosas con las cuales se puede matar a un hombre como si se tuviera en la mano a un rayo de Dios! ¿Tenéis amigos?

—Tengo uno —respondió Stephen.

—¡Que el cielo os lo conserve, sobrino! ¿Tenéis servidores?

—Si se trata de alguna expedición, puedo procurarme hombres seguros y fieles.

—En efecto, se trata de una expedición —dijo el laird.

—Entonces, seguidme —prosiguió Stephen—. Estos preparativos no pueden hacerse en la casa de mi madre, que está enferma y tiene necesidad de descanso.

Stephen llamó a un coche de punto. Media hora después el tío y el sobrino se apeaban delante de la puerta de Dudley House, la casa de Frank Perceval.

Frank acababa de regresar, con el corazón alegre. Había visto a *miss* Diana Stewart y supo por su boca lo que el viejo Jack no había podido explicarle. Mary revivía. Contra todas las predicciones de la ciencia, el mal misterioso y terrible que la había atacado, parecía ceder poco a poco. El doctor Moore no la había visto desde hacía dos días.

Angus, Stephen y Frank se pasaron casi toda la noche en conciliábulo.

Al día siguiente, unos veinte hombres, entre los cuales estaba Donnor d’Ardagh, entraron en Dudley House, donde recibieron dinero y órdenes. Hacia las cinco de la tarde, aquellos mismos hombres, con armas debajo de sus trajes, fueron a apostarse en Belgrave Square, divididos en pequeños grupos, delante de la fachada de Irish House. Stephen y

Perceval, envueltos en sus abrigos, esperaban en una de las esquinas de la verja del Square.

Angus Mac-Farlane les acababa de dejar para entrar en la rica escalinata del palacio del marqués de Río-Santo.

22. Anna

La casa del caballero Angelo Bembo era bonita y seguramente no se debió a la pesada escuadra de ningún arquitecto inglés. Seguramente era la obra de alguno de aquellos exiliados de Italia, vencidos en el juego de las conspiraciones. Bembo la había elegido instintivamente, como cuando uno se acerca a un amigo largo tiempo alejado. Era un recuerdo de su patria.

Fue en esta casa que Angelo Bembo condujo a Anna Mac-Farlane, después de habérsela llevado del «Lord's Corner». Ésta no había sido, en principio, la intención de Angelo, que quería llevar a la joven a su familia; pero Anna, exhausta por el cansancio, no había podido, sin desmayarse, soportar el choque violento, resultado de su caída contra el empedrado de Belgrave Lane, cuando el *laird*, en su enajenación, la había arrojado lejos de él. Bembo se vio obligado a tomarla en sus brazos y transportarla, así, a su propia casa. Además, ignoraba completamente quién era Anna, dónde vivía, así como desconocía también el nombre de su familia.

Anna dormía. Su boca entreabierta enseñaba dos líneas de blanco esmalte por las cuales pasaba el fresco soplo de su aliento. Sus hermosos cabellos estaban sueltos y se confundían con el terciopelo de los cojines. Bembo se inclinó; sus labios rozaron aquella cabellera ondulada y suave como una caricia. Después se ruborizó y su cara expresó tristeza; se arrodilló como para pedir perdón.

Pasaron las horas. El sol del mediodía fue a llamar a la vidriera de la terraza. Las flores abrieron sus corolas adormiladas y pusieron en la atmósfera sus penetrantes perfumes. Bembo, cuando sintió los efluvios de los mirtos y de los azahares, se estremeció ligeramente; su cara se animó y se dibujó una sonrisa en sus labios. Aquellas flores y sus aromas le hablaban de Italia.

La joven, entumecida por su prolongada fatiga, no se despertó hasta después de la puesta del sol. Cuando abrió los ojos, todo estaba a su

alrededor como antes de dormirse. La lámpara encendida quemaba encima de una mesa y a Bembo no se le veía por ninguna parte. Se levantó, animada, y se sacudió, delante de un espejo, los pliegues arrugados de su vestido. El espejo le mostró a Angelo, sentado detrás de la cama, inmóvil. Ella dio la vuelta.

—No os tengo miedo —dijo dulcemente—, pues sé que sois bueno. En todo el tiempo que he estado durmiendo, os he visto cerca de mí. Erais vos. Yo ya podía cambiar de sueño, estabais siempre a mi lado.

Se detuvo, después de estas palabras, y prosiguió con un matiz de tristeza:

—No me habéis dejado soñar con Stephen.

Bembo la miraba con arrobamiento y emoción.

Anna preguntó:

—¿Está lejos de aquí, Cornhill?

—¿Es a Cornhill donde queréis ir? —dijo Bembo.

—¿No lo sabéis? —murmuró la joven, desconcertada.

Bembo enrojeció y guardó silencio.

—Me dijisteis —continuó *Anna*— que veníais de parte de mi primo Stephen.

—Mentí, señora —contestó Bembo, cuya mirada se hizo suplicante—, no conozco a vuestro primo Stephen.

Abrió Anna los ojos desmesuradamente, pero su bonito rostro expresó únicamente sorpresa, pero no miedo.

—¡No conocéis a Stephen! —dijo—, pero, a mí, ¿me conocéis?

—¡Ni sé cómo os llamáis, señora!

—Me llamo Anna. ¿Lo recordaréis?

—¡Siempre! —dijo Bembo bajando la cabeza.

—Y vos —preguntó la joven—, decidme vuestro nombre para que lo diga a Clary y a Stephen.

—A Stephen, no —dijo Bembo.

Bembo dijo su nombre; la dulce voz de Anna lo repitió varias veces.

—¡No lo olvidaré! —contestó.

Luego Anna se quedó silenciosa. Bembo sufría. Al cabo de un minuto, Anna puso su mano en la del joven caballero.

—Llevadme a mi casa —dijo—, ¿qué importa que hayáis venido de parte de Stephen, o de parte de Dios?

Bembo se levantó prestamente.

—¡Clary os querrá! —dijo Anna, mientras atravesaban el salón para dirigirse a la puerta— ¡Clary y Stephen! Vendréis con frecuencia a vernos a Cornhill, ¿verdad?

Bembo movió la cabeza.

—¡Oh! —exclamó la joven con tristeza—, ¿no queréis verme nunca más? ¡Me habéis salvado, lo veo, porque sois bueno, habéis hecho lo mismo que hubierais hecho con cualquiera!

—Señora —dijo—, hace ya una semana que vivo con vos, que vivo por vos. ¡Os he salvado, porque os amo, pero os veo hoy por última vez!

—¿Me amáis? —repitió *miss* Mac-Farlane con su encantadora sonrisa —, me hacéis feliz al decir que me amáis.

—No me comprendéis —murmuró Bembo.

—Es cierto —dijo Anna—, yo comprendo que se salve a una persona a la cual se ame y a la cual se está viendo sufrir, pero ¿por qué evitarla?

—Para no amarla más —contestó Angelo.

El rostro de Anna tomó una expresión pensativa.

—Me temo que os he comprendido, ahora —dijo mis Mac-Farlane en voz baja.

Los ojos de Anna miraban al suelo. Tendió su mano y repitió con voz muy triste:

—Llevadme a Comhill.

Bembo la hizo subir al coche. De Pimlico hasta Comhill, Anna no pronunció ni una sola palabra; pero más de una vez Bembo creyó oírla suspirar dolorosamente. Cuando llegaron delante de la puerta de *mistress* Mac-Nab, Bembo bajó del coche con objeto de ofrecerle su mano. Anna saltó, decidida, a la acera, luego se detuvo indecisa.

—Adiós, señora —dijo Bembo.

—Adiós —murmuró la joven.

Bembo creyó ver brillar una lágrima en sus ojos, a la luz de las farolas. Vaciló, aún, durante un instante.

—¡Adiós!, ¡adiós! —repitió, precipitadamente.

Levantó el picaporte de la puerta y entró sin volverse. Bembo volvió a subir al coche.

23. El gabinete del doctor

Tyrrel el Ciego y el doctor Moore estaban reunidos en el gabinete de este último. Eran las diez de la mañana, aproximadamente. Moore estaba escribiendo en su escritorio. Tyrrel tomaba el té cerca de la chimenea.

—Doctor —dijo Tyrrel—, no me habéis dado vuestra opinión sobre mi hazaña de este loco de Lancester.

—¡Muy hábil! —contestó Moore distraídamente—, ¿se la teníais jurada a Brian de Lancester?

—Tenía mis razones, doctor. Si Brian no hubiese ido a Godman's Fields, Suky hubiera tenido por amante a Su Gracia el príncipe Dimitri Tolstoi, de donde puede deducirse que yo no hubiese tenido necesidad de falsificar, por veinte mil miserables rublos, la firma de Su Gracia, de manera que no hubiese tenido necesidad, tampoco, de apuñalar al pobre diablo de Roboam, el cual no me hubiese amarrado a mí y no hubiese avisado a la policía: consecuencia lógica que yo no hubiese sido ahorcado. Además de todo esto, tengo también, contra este honorable loco, lo siguiente: Era él quien mantenía, con sus dineros, a la condesa de White Manor en Londres, y si ella le hubiese creído, muy pronto yo hubiera tenido que tomar las de Villadiego. Pero la muy idiota, tenía tal miedo de mí, que jamás, ni Brian, ni nadie, no pudieron arrancarle, ni mi nombre, ni dónde estaba su hija. Yo le había dicho que mataría a su hija.

—¡Ignoraba que Brian hubiese sido el amante de la mujer de su hermano! —interrumpió Moore.

—¡Su amante! —exclamó Tyrrel—. Brian es un loco de la especie caballeresca. Jamás hablaba a la condesa de White Manor, sin el tono con que se habla a una reina.

—¡Basta ya! —interrumpió Moore—, ¡no me interesa!

—Perfectamente. En cuanto a las dos muchachas, me habéis preguntado mi plan: ¡ahí va! Las mandaremos, a las dos juntas, a nuestra casa de recreo de Crewe, con Maudlin y con dos guapos mozos. Dentro de

un año ya estarán educadas, o si no… ¡Siempre tendremos tiempo, doctor!

Moore hizo un signo afirmativo indiferente.

—¡Ah! —dijo Tyrrel—, no me habéis contado los detalles de vuestra entrevista con el señor marqués de Río-Santo.

La frente del doctor se frunció rápidamente, al oír la respuesta de Tyrrel.

—He hecho lo que he podido —contestó.

—Y, ¿qué es lo que habéis podido, doctor?

—¡Nada!

Moore pronunció esta palabra secamente, como si hubiera querido alejar, de repente, este tema. Sin embargo, volvió él a la carga, y añadió, encogiéndose de hombros:

—Después de todo, ¿qué ventajas nos traería la muerte de este hombre?

—¡Bien!, ¡bien! —murmuró Tyrrel—, las uvas están verdes, Doctor —prosiguió en voz alta—, mi opinión ha sido siempre que difícilmente encontraríamos a un jefe tan inteligente como el marqués. Respecto a su secreto, ya lo descubriremos algún día.

En aquel momento, la calva estrecha y brillante de maese Rowley asomó por la puerta. Atravesó sigilosamente el espacio que le separaba de su amo y puso frente a él una carta que llevaba en la mano.

Moore leyó la carta y dejó escapar una sorda exclamación de cólera.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó Tyrrel.

—¡Hay, que la fatalidad me persigue! —gritó Moore—. Ya no soy nadie… ¡ni tan sólo un médico hábil, según parece!

Volvió a coger la carta, que era de *lady* Campbell, y leyó con rápidas sacudidas:

> *«Señor doctor,*
>
> *»Seguramente compartiréis, estoy convencida de ello, la alegría que experimentamos en este momento. Desde hace dos días que nos vemos privados del honor de vuestra visita, han ocurrido cosas muy satisfactorias en Stewart House. El terrible mal que había atacado a mi sobrina, parece que ha empezado a ceder ayer por la mañana. Por ausencia vuestra hicimos venir al doctor Hartwell, médico de cabecera de lady Stewart… El doctor Hartwell vino inmediatamente y empezó una serie de aplicaciones, el éxito de las cuales es rotundo.*

Nuestra querida María está muy animada; Dios ha tenido piedad de nosotros, haciendo de míster Hartwell el instrumento de su misericordia».

—Es decir —gritó Moore—, ¡que ese miserable de Hartwell llegó justo para aprovecharse de los efectos de mi tratamiento…! Hay una posdata…

«P. S. —Ya podéis suponer, señor doctor, que tal como van las cosas, sería completamente inútil que abandonarais vuestros importantes trabajos para visitar a miss Trevor, la cual puede, ahora, prescindir de vuestros cuidados».

Moore rompió la carta furiosamente.

—¡Un despido! —gritó—, ¡un despido en toda forma!

—¿Esta *miss* Trevor es la prometida de Río-Santo? —preguntó Tyrrel el Ciego.

—Sí. ¡Hubiese apostado diez mil libras que estaba completamente perdida! Efectivamente, es su prometida. Esto forma parte de su gran proyecto —de su secreto—. Quiere, por medio de este matrimonio la eventualidad de ser par. ¿Por qué? Esto lo ignoramos.

—Ya lo sabremos, doctor, con tiempo y paciencia.

Moore no contestó, pero Tyrrel pudo oírle murmurar entre sus dientes apretados:

—¡Una catalepsia que termina como una vulgar jaqueca! ¡Hartwell, el miserable! ¡Ahora presumirá de que ha curado una catalepsia!

Se oyó en la habitación contigua un ruido de pasos pesados y la voz grave de nuestro honrado amigo, el capitán Paddy O'Chrane, se oyó en tono impaciente.

Casi al mismo tiempo un violento puntapié abrió, a la vez, las dos hojas de la puerta y Rowley, lanzado con la rapidez de un rayo, fue a caer, estirado, en el centro de la habitación, acompañado, en su caída, por el tomo primero de los *Toxícologilcal Amusements*. El capitán Paddy O'Chrane se agachó para no topar con su sombrero en el marco de la puerta e hizo, muy serio, su entrada.

—¿Qué significa todo este jaleo, caballero? —preguntó Moore, frunciendo las cejas.

—Que Dios nos condene a todos —contestó O'Chrane saludando con el sombrero—, tengo el honor de saludar respetuosamente a Vuestras

Señorías. Respecto al ruido, yo no soy, bajo ningún concepto, hombre de ruido, ¡por Satanás y su mujer, milords!

Rowley seguía en el suelo, inmóvil, estirado y completamente aterrado.

Moore había vuelto la espalda.

—Vamos a ver, capitán —dijo Tyrrel—, vamos al caso, os lo ruego.

—Vamos al caso, milord. Yo acepto tener tratos con vos, que sois un hombre que sabéis vivir, aunque os parezcáis, como una gota de agua a otra gota de agua, a un judío al que vi ahorcar frente a Newgate y que tenía la cara de un bribón redomado, milord. He venido, porque debo hablar a uno de los *lords* de la Noche, pues tengo noticias de la mayor importancia que comunicarle, ¡que el diablo nos lleve!, y que ignoro, como todo el mundo, dónde se encuentra la casa de Su Honor.

Paddy se subió su cuello de crin y alargó su pierna revestida de un forro color de gamuza.

—Y, ¿cuáles son estas noticias? —dijo Moore sin volverse.

—¡Que Dios nos castigue! —contestó O'Chrane—. Jedediah Smith, el pícaro hipócrita, al cual debo respeto como a mi superior, me envía a vosotros con objeto de que me digáis en qué punto nos encontramos referente al agujero de Prince's Street.

—Y, ¿en qué punto estamos? —dijo, vivamente, Moore.

Paddy, en lugar de contestar, se agachó tranquilamente y cogió por el hombro al desgraciado Rowley, que se restregaba contra la alfombra. Paddy lo levantó, le imprimió un movimiento de rotación y le hizo pasar la puerta en un abrir y cerrar de ojos, de tal manera, que Rowley, cuando se pudo detener, aturdido, en medio de la habitación contigua, creyó que las cuatro paredes le daban vueltas.

—Jedediah Smith —dijo lentamente el capitán— os hace saber que el trabajo ya ha terminado, milords.

Moore se levantó y no disimuló su alegría.

—¿Qué? —exclamó—, ¿la galería está ya hecha?

—¡Sí, milords, ya era hora, os lo juro por mi parte de paraíso, o sobre toda otra cosa cualquiera menos problemática, que nos condenen a todos! ¡El pobre muchacho Saunder está medio muerto en esta hora que os estoy hablando!

—¡Querido muchacho! —dijo Móore—, debéis llevar, inmediatamente, esta carta a Belgrave Square, a casa del marqués de Río-Santo.

O'Chrane cogió la carta.

—Llevaré esto donde sea conveniente, ¡truenos celestes! —contestó —, pero ¿dónde diablos Vuestra Señoría ha sacado que yo sea un querido muchacho? He conocido a verdaderos lord, ¡Satanás y su botella!, que me decían siempre, capitán.

Toda la casa del doctor Moore se puso en movimiento para llevar a diversas direcciones cartas parecidas a la que habían dado a Paddy. Rowley mismo fue encargado de llevar a S. Boynes, esq., a toda prisa, una carta, con la recomendación de que debía encontrar, costase lo que costase, a ese honorable funcionario de la policía metropolitana. La señora duquesa de Grèves recibió la misión de ir al Banco, para entregar una carta de Tyrrel a *sir* William Marlew, sub-cajero central de la Banca de Inglaterra.

Una vez que se hubieron quedado solos, Moore y Tyrrel acercaron sus respectivos asientos y empezaron una conversación en voz baja, aunque no había nadie allí para sorprender sus palabras.

Esta conversación fue larga. Cuando se levantaron, Tyrrel dijo, poniendo su mano en el brazo del doctor:

—Pase lo que pase, creedme, dejadle llevar hasta el final, el proyecto. Después, ya veremos.

—Pero ¿y si tiene el deseo, como yo creo —objetó Moore—, de hacer de la «Familia» y de nosotros mismos, los instrumentos de sus proyectos secretos… si todos esos montones de oro fueran solamente para provecho suyo?

—Si todos esos montones de oro fueran solamente para provecho suyo —contestó riendo Tyrrel— tenéis todo lo necesario para hacérselos devolver. Ahora, vayamos rápidamente hacia White Chapel, o llegaremos con retraso.

Salieron juntos. Tyrrel cerró, al salir, todas las puertas a doble llave.

Unos segundos después de su salida, la puerta que iba del gabinete a la habitación donde Clary estaba confinada, y que Tyrrel no cerró porque no tenía ninguna comunicación con el exterior, se abrió suavemente para dar paso a Susannah. La hermosa muchacha atravesó rápidamente el gabinete y apretó el pestillo de la otra puerta por donde Tyrrel y Moore salieron.

Susannah sacudió la cabeza sonriendo.

Después desapareció para regresar inmediatamente acompañada de Clary Mac-Farlane, acompañándola en su vacilante paso, con graciosa

solicitud.

24. La cadena

—Ya estáis caminando solita, querida hermana —le dijo al pasar la puerta del gabinete—. Casi no tengo necesidad de sosteneros. ¿Sabéis, Clary, que somos las dueñas de aquí? Nos han encerrado; pero espero encontrar pronto un camino que no se les ha ocurrido cerrar. Sentaos, hermosa Clary, y descansad.

Miss Mac-Farlane se dejó caer en el sillón de Tyrrel con un suspiro de fatiga.

—Estaba a su lado —murmuró— y era muy feliz, pues me amaba. Anna vino. Él se arrodilló a los pies de Anna. ¡Mi corazón está deshecho!

Su boca se contrajo y sus ojos temblaron como cuando ocurre en el momento de llorar.

—¡Pero quiero a Anna! —prosiguió—. No quiero decirle que me ha matado.

La hermosa muchacha se sentó a su lado y la atrajo sobre su corazón.

—Hacéis bien en quererla, querida hermanita —dijo—, pues es tan buena como vos. ¡Pobre niña! ¡Han torturado vuestra alma, crueles, más aún que vuestro cuerpo! Escuchadme, mi bella Clary, seréis libre. No penséis más en tristes visiones que han atormentado vuestra soledad. Todo eso ha sido una mentira, hermana.

—¡Le he visto! —murmuró *miss* Mac-Farlane, estremeciéndose.

Después añadió con voz sorda:

—Conozco un largo cuento. Nuestra nodriza nos lo contaba, allá en Escocia. La joven se llamaba Blanca y el hijo del laird se llamaba Bertram. Blanca amaba al hijo del laird…

Clary se interrumpió y bajó la vista.

—Y ¿qué pasó? —dijo Susannah, riendo.

—¿Después? —repitió Clary levantando los ojos y fijando su mirada en el vacío—, ¡oh!, todo el mundo sabe lo que pasó. Blanca le amaba tanto que le mató.

La cabeza de Clary se inclinó sobre su pecho. Su mano, que estaba entre las de Susannah, se puso húmeda y helada.

Susannah la recalentó y logró que la joven se reanimara.

—Estamos encerradas por este lado —dijo—, venid, yo conozco otra salida.

Sosteniéndola siempre con una mano, Susannah puso su dedo sobre un botón de cobre que parecía servir para sostener los pliegues de un cortinaje. Se oyó un chirrido debajo de éste y una puerta disimulada que comunicaba con la casa abandonada del número 9 de Wimpole Street, se abrió de par en par.

Media hora después, un fiacre se detenía en Comhill, delante de la casa de *mistress* Mac-Nab. Susannah saltó a la acera y miró la fachada con lágrimas en los ojos.

—¡Oh, cuántas veces la he buscado! —murmuró—. Ahora, ya no olvidaré nunca el camino.

Susannah llamó. Fue Anna quien salió a abrir. La hermosa muchacha la besó en la frente antes que Anna, extrañada, pudiera recuperarse; luego le señaló el coche.

—Vuestra hermana está ahí, Anna —dijo.

—¡Mi hermana! —exclamó la joven precipitándose hacia el coche.

Tyrrel y el doctor Moore, al salir de Wimpole Street, se fueron a White Chapel Road, con objeto de asistir al consejo de los lords de la Noche. La sesión, como ya puede suponerse, estuvo muy concurrida. La noble asamblea estaba febril. Se contaba por millones de libras esterlinas.

Naturalmente, el personaje importante de la sesión era, por supuesto, William Marlew, sub-cajero central del Banco de Inglaterra. Este *gentleman* calculó con sus dedos que se necesitarían mil doscientos hombres y tres noches para vaciar los sótanos del Royal Exchange. Su cálculo fue aceptado como verídico.

Faltaba saber la manera cómo se podrían introducir mil doscientos hombres en el Banco.

Todos se volvieron hacia el jefe. El marqués de Río-Santo estaba en su escaño, en el trono de la presidencia, pero no tomaba parte en la discusión; hablaba muy activamente con *sir* Paulus, con Bembo, Smith, Falkestone y el doctor Muller, que no era otro que nuestro conocido, el escocés Randal Graham. Estos cinco lords eran la camarilla[28] del

marqués, y encontramos, entre ellos, excepto el negro calvo Absalón, que mandaba por entonces una lancha de observación en los mares de China, y el alegre «rey Lear», muerto, lleno de años y de virtudes, algunos años antes, a todos nuestros conjurados del bosque de Eagle River, en Australia.

—Caballeros —dijo Río-Santo—, debo advertiros que, haciendo uso de los poderes que vosotros me conferisteis en otro tiempo, he puesto yo hoy en pie a toda la «Familia». Es necesario que la atención de los agentes del gobierno sea desviada y todo está ya dispuesto en Londres para que un motín formidable estalle a la primera señal.

—Y de los veinticinco millones de libras esterlinas, ¿qué dice Vuestra Señoría? —insinuó el reverendo Peter Boddlesie, que no perdía fácilmente de vista lo positivo.

Esta interrupción no desagradó a nadie.

—¡Oigan!, ¡oigan! —dijo lord Rupert.

—Los veinticinco millones de esterlinas caerán en poder nuestro, señor —contestó Río-Santo—. Aunque el tiempo me apremia, consiento en comunicaros lo que ya he dispuesto a este respecto. Habrá *«rush»* de nuestros hombres al final de Prince's Street y en Lokbury, en Cornhill, en Cheapside y en King William Street, en fin, por todos los alrededores de nuestro túnel. Sin embargo, en Threadneedle Street, quedará un paso abierto al final del cual nuestros furgones, ya enganchados, estarán estacionados. *Sir* William Marlew estará en el interior de la Banca con nuestros guardianes. Debo decir, en este punto, a *sir* William que todo depende de su aplomo y de su rapidez. Tendrá bajo sus órdenes el número de hombres que juzgue necesarios apostar, pero le invito a que no sean más de veinte o treinta, porque la confusión, aquí, es el obstáculo más peligroso.

—¡Veinte o treinta! —exclamó Marlew—. Pensáis, quizá, milord, que veinticinco millones de libras esterlinas, que hacen seiscientos veinticinco millones de dinero francés, y que, convertidos en dólares de la Unión…

—Creo, caballero —interrumpió el marqués—, que nuestro túnel no es tan ancho como Regent Street. Todo retraso es fatal en una empresa como la nuestra. Yo ya he avisado. Vos, sir William, sólo tendréis que ocuparos del interior de la Banca y del transporte de los objetos al orificio interior de nuestra galería.

Río-Santo dejó de dirigirse al sub-cajero central y se volvió hacia la asamblea en general.

—He aquí lo que he decidido —prosiguió—. Para evitar las idas y venidas en un túnel estrecho, donde se tendría que actuar y andar con un orden que no podemos esperar de nuestros hombres, he pensado que se podría establecer una doble cadena que comunicase desde los sótanos del Banco hasta Prince's Street. De esta manera, nuestro botín, pasaría de mano en mano con rapidez y sin interrupción, con los hombres apostados en la galería, y llegará, con más seguridad, a su destino.

—Propongo que se dé un voto de gracias, inmediatamente, al muy noble marqués —dijo el par de Inglaterra.

—Frente al almacén de refrescos —prosiguió Río-Santo—, al final de Prince's Street, se encontrará la cabeza de nuestros furgones, protegida por un tropel de nuestros hombres. Una vez cargado, cada furgón tomará, al galope, por Threadneedle Street, para llegar a Leaden Hall, luego hasta White Chapel Road, donde tenemos también nosotros nuestros sótanos, caballeros.

—Y, ¿quién estará encargado de vigilar el transporte? —preguntó Moore.

—Vos, caballero y *sir* Edmund Makensie —contestó Río-Santo—. Los otros cargos son a la voluntad de los *gentlemen* aquí presentes, salvo los señores de la policía, cuyo papel ya es obligado. Sería de agradecer que cada cual dé su ayuda personal y unánime a los grupos.

—Y milord —volvió a preguntar el doctor—, ¿dónde estará durante este tiempo Vuestra Señoría?

—Allí donde haya más peligro, caballero —replicó Río-Santo.

Se levantó. Los lords de la Noche se separaron, dejando únicamente en el lugar de la reunión a Jedediah Smith, con orden de abrir las puertas del «Purgatorio» a la caía de la noche, con objeto de que la turba reunida allí, hiciese irrupción en las calles y aumentase, en el momento cumbre, el desorden general.

Río-Santo volvió a subir en su coche con Bembo y Randal Graham. Después, en otro coche, iban Falkestone y Paulus Waterfield siguiendo el mismo camino, de manera que los dos carruajes llegaron al mismo tiempo a Belgrave Square. Eran las cuatro de la tarde. Los alrededores de Irish House estaban desiertos.

Cuando el marqués y sus tres compañeros entraron en el salón de Irish House, había dos hombres sentados cerca de la chimenea. Uno de

aquellos dos hombres, cerca del cual se agachaba, confiado y acariciador el hermoso perro *«Lovely»*, era el laird Angus Mac-Farlane. Angus tenía la cabeza inclinada sobre su pecho; no se movió cuando entraron los recién llegados.

El otro, por el contrario, se levantó y saludó gravemente al marqués de Río-Santo. Era un hombre entrado en años, con rostro abierto y pensativo, amplia frente, medio calva, donde la reflexión había producido profundos surcos. Había en él algo de tribuno y algo de apóstol. No se hubiera podido afirmar si aquel enérgico rostro tenía detrás el alma firme y suave de un consejero de paz o el corazón ardiente de un predicador de guerra. Río-Santo fue rápidamente hacia él y le apretó la mano con una mezcla de cordialidad y de respeto.

—Sed bien venido, monseñor —dijo—, os esperaba.

25. Antes de la batalla

El desconocido, saludado por el marqués de Río-Santo con el título de monseñor, respondió a aquella acogida, a la vez respetuosa y cordial, con una cordialidad semejante y con un respeto, por lo menos, igual.

—He visto partir a mis pobres hijos —dijo el anciano, sin soltar la mano del marqués y mirándole fijamente—; no he tenido el valor de retenerles. Vos les llamabais, milord, ¿y no sois, también vos, su padre?

—Son diez mil, ¿no es verdad, monseñor? —preguntó Río-Santo.

—Son diez mil, milord. Tienen esperanza en vos, que les daréis pan. Yo también espero en vos, pero quisiera tener la seguridad de que vuestro valor no os llevará, a vos y a mis pobres hijos de Irlanda, a una guerra desigual, que el mundo condenaría los medios y que el mismo Dios…

—Monseñor, esperad a mañana —interrumpió Río-Santo con cierta emoción en la voz—. Mañana lo sabréis todo.

—¿Y de aquí a mañana, milord? —preguntó el anciano.

Mientras hablaban en voz baja, habían ido alejándose de la chimenea, alrededor de la cual se sentaban, ahora, el resto de los asistentes, a saber: Waterfield, Randal y Bembo en un solo grupo, y Angus separado, siempre sombrío y absorto. Bembo también estaba triste y preocupado. Pasaba distraídamente sus dedos afilados por entre el pelo sedoso del hermoso *«Lovely»* y no prestaba ninguna atención a sus dos compañeros, que cambiaban de vez en cuando algunas palabras.

—*Signore* —dijo, finalmente, Paulus—, se dice que estáis enterado, mucho más que nosotros, de ciertas cosas. ¿Podríais decirnos quién…? ¿Podríais decirnos quién es ese «monseñor» con el cual está hablando el marqués?

Randal tenía los ojos fijos el laird.

—¡Basta ya! —murmuró apretando el brazo de Paulus—. Hola, Mac-Farlane —añadió en voz alta—, ¿quién diablos os ha abierto la cabeza?

Esta pregunta desvió la atención de Waterfield. Bembo se dio cuenta, entonces, de las innumerables heridas que Mac-Farlane tenía en la cabeza y en la cara. Éste cogió el hierro y atizó el fuego.

—Hace ahora quince años que vino una noche en la granja de Leed —murmuró fijando en Randal sus ojos, de mirada extraviada—, fue una noche de desgracia.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se calló.

—Que me muera si no es cierto que ese maniático no lleva algo entre ceja y ceja —dijo Randal en voz baja—. Le conozco. ¡Estoy seguro de que barrunta algo!

—¿Qué puede hacer? —dijo Paulus, levantando los hombros.

Bembo se había levantado y se dirigió hacia una de las ventanas que daban a la plaza de Belgrave. El suelo y los árboles desnudos del Square estaban cubiertos por la nieve. Bembo observó, no sin cierta sorpresa, que sobre este fondo uniformemente blanco había varias formas obscuras, tan pronto inmóviles, tan pronto agitábanse sin moverse de su sitio. Esas formas, por otra parte, no podían distinguirse con claridad, porque no había mucha luz ya y el gas no estaba encendido aún. Bembo no pudo evitar sentir una vaga inquietud en su interior. Dirigió la mirada hacia Río-Santo con el fin de hacerle observar aquellas formas inmóviles. Pero el marqués estaba entregado, por completo, a la conversación con su interlocutor.

—Mañana, monseñor —concluyó Río-Santo—, ya no tendré ningún secreto para Vuestra Grandiosidad.

Acompañó al anciano hasta la puerta exterior de Irish House, y aquellos que se hubiesen encontrado cerca, hubieran visto al marqués besar, en la sombra, la mano que antes había apretado entre las suyas.

Cuando volvió a entrar en el salón, nadie hubiera podido adivinar, bajo la resolución altanera de su mirada brillante, que un soplo de duda acababa de pasar por su alma.

—Hermano Angus —dijo al laird, tendiéndole la mano—, estoy muy contento de encontraros aquí. En esta reunión están reunidos todos aquellos que conocen una parte de mi secreto. ¡A vos, hermano mío, únicamente a vos, os lo confié por completo, hace ya mucho tiempo de esto, Angus!

—Hace quince años —dijo Mac-Farlane con voz sorda.

Al mismo tiempo respondió con un vigor convulsivo al apretón de manos del marqués. Randal Graham ladeó la cabeza con aire de temor y

de duda.

—Oíd, amigos —prosiguió Río-Santo, cuya mirada estaba llena de audacia—; ha llegado la hora de no ocultaros nada. Hace veinte años que declaré, yo solo, la guerra a Inglaterra, en nombre de mi padre difunto y de Irlanda oprimida. Hace veinte años que estoy golpeando sin descanso. Esta noche voy a librar la batalla. Os he elegido como a mis lugartenientes.

—Gracias —dijo Bembo.

Randal y Paulus se aproximaron; el primero se había entregado, con conocimiento de causa, al marqués; el otro, estaba subyugado. En cuanto al laird, cruzó sus brazos encima del pecho y dijo con frialdad:

—Estoy contento de haber venido.

—Todo está dispuesto —prosiguió Río-Santo—. No creáis ir a la lucha domo víctimas propiciatorias; la victoria está asegurada. En el momento en que os estoy hablando, Irlanda en armas está esperando la señal de guerra; el País de Gales, dispuesto a sublevarse, disimula la vasta conspiración de sus campesinos, bajo unas mascaradas grotescas, y está bruñendo sus armas, mientras se le cree ocupado en llenar de caricaturas las nuevas murallas de las barreras de los consumos; Birmingham y los condados fabriles se agitan por los códigos constitucionales del pueblo: allí hay cincuenta mil soldados que están esperando solamente un grito desde Londres para apretar sus filas y ponerse en marcha. En Londres… ¡Ah!, ¡es en Londres que nos sentimos fuertes! Hoy mismo, unos rumores fatales han hecho tambalear la Bolsa. Se tiene miedo; el comercio se embrolla; los capitales, esa sangre de las venas de Inglaterra, cesarán de correr; el coloso quedará paralizado. Y es en este mismo momento en que un ataque, repentino y formidable, va a caer sobre él…

—Y todo esto, eres tú quien lo ha hecho o lo harás, ¿no es verdad, hermano Fergus? —dijo el laird.

—Soy yo, yo solo —contestó Río-Santo, cuya mirada tuvo un destello de orgullo.

—Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? —preguntó Bembo, temblando de impaciencia y de ardor.

—¡Mi hermano Fergus es muy poderoso! —prosiguió el laird, antes de que Río-Santo pudiese contestar—, ¡estoy contento de haber venido!

Río-Santo le cogió las manos y se las apretó entre las suyas. La mano del laird estaba temblando; sus cicatrices enrojecieron hasta parecer que iban a sangrar. Río-Santo continuó:

—Inglaterra tendrá un estertor de agonía, bajo este triple cáncer: ¡los pobres, el cartismo e Irlanda! Pues bien, es sobre este cuerpo agotado que caerán, hoy, nuestros golpes. Contad con nuestro ejército: Spitael Fields ha debido arrojar esta noche en Londres, a sus millares de tejedores, indignados por la baja de los salarios; Saint-Gilles ha abierto sus tugurios y echado a la calle a sus innumerables huéspedes, como una inundación furiosa que ningún dique podría retener; Irlanda nos ha enviado a diez mil soldados que están esperando mis órdenes; la «Familia», en fin, de la cual soy el jefe, la «Familia», cuyos miembros alcanzan un número tan considerable, que no se pueden contar, servirá mis planes sin darse cuenta. ¿Qué os parece, pues, mi ejército?

—¡Yo digo que sois grande, milord! —respondió Bembo.

—¡Es una inmensa combinación! —añadió Randal, con aire pensativo.

El laird levantó lentamente la cabeza.

—¡Sí —murmuró—, mi hermano Fergus es grande! ¡Estoy contento de haber venido!

Río-Santo que había hablado, hasta entonces, con animación y calor, se recogió un instante y prosiguió con voz tranquila.

—Voy a indicaros vuestros puestos de combate: Angelo, os encaminaréis, inmediatamente, hasta la esquina de Saint-James Street, que está, en este momento, congestionado de gente. Hay allí hombres de la Familia en gran número y quinientos irlandeses armados, disimuladamente. Los jefes llevan un pañuelo en torno a su sombrero. Están esperando a su comandante: os daréis a conocer con el santo y seña que es «Erin», después, esperaréis, acercándoos, lo más posible, al palacio de Buckingham, donde se encuentra el rey.

—Y, ¿qué esperaré? —preguntó Bembo.

—Esperaréis un cañonazo que os dará la señal para atacar el palacio de Su Majestad.

—Está bien —dijo Bembo.

—Vos, Paulus —prosiguió el marqués—, os presentaréis en White Hall y os encargaréis, a la vez, del Almirantazgo, de la Tesorería y de los *Horse-guards*[29]. Allí encontraréis a jefes subalternos que os están esperando; no os faltarán hombres.

—¿El santo y seña es el mismo? —dijo Paulus.

—El mismo, así como la señal.

—A fe mía, O'Breane —exclamó el antiguo matador de bueyes—, tanto me importa la verde Irlanda como los antípodas, pero haré todo lo

que me mandéis.

—A vos, Randal —continuó Río-Santo—, os confío las dos Cámaras del Parlamento y especialmente a los ministros, a los que haréis prisioneros. Smith y Falkestone, que ya están avisados, acordonarán las oficinas de la Compañía de las Indias y Somerset House. Los otros establecimientos del Gobierno se las tendrán con nuestros irlandeses y con todo el alboroto.

—¿Y vos, milord? —preguntó.

—Yo —contestó el marqués— os daré la señal con los viejos cañones de la Torre de Londres; ya sé por donde debo introducirme. Hermano Angus, vos me seguiréis por doquier.

—¡Estoy contento! —dijo el *laird*.

Río-Santo miró el reloj que en aquel momento marcaba las ocho, y se levantó.

—Es hora de separarnos, caballeros —prosiguió—. Hasta la vista, Angelo, hijo querido. Hasta la vista, amigo Randal, y vos, mi valiente Waterfield; espero que nos volveremos a encontrar muy pronto.

—¡Ojalá no os equivoquéis, milord! —murmuró Bembo, con emoción.

Apretó la mano que le tendía Río-Santo. Randal y Paulus hicieron lo mismo y los tres salieron por la puerta de atrás, que daba a Belgrave Lane, con objeto de acudir a sus respectivos puestos. Angus y el marqués se quedaron solos. Este último ocultó, debajo de su traje, un rico par de pistolas y deslizó en su pecho un puñal corto, de hoja mate y oscura, historiada en sus tres planos hasta la mitad de su longitud y profundamente acanalada desde aquí hasta la punta. Mientras estaba así ocupado, el *laird*, pálido y tambaleándose, atravesó el salón en dirección a la ventana; al llegar allí, la abrió. Por su frente corrían gruesas gotas de sudor.

—Hermano O'Breane —balbuceó—, os quiero… ¡si supieseis cuánto os quiero!

El *laird* se frotó la cabeza con las dos manos y su voz era sollozante.

—Pero ¿qué tenéis? —dijo el marqués—, ¿vuestra fiebre no ha desaparecido?

—¡Mi fiebre! —repitió Angus, cuyos ojos se extraviaban—, ¡yo no sé por qué os quiero! ¡No salgáis, os lo suplico, no salgáis!

Río-Santo no comprendió. Creyó que aquel terror repentino era debido a los peligros inherentes a la lucha que estaba a punto de emprender. Fue hacia la ventana y quiso tomar la mano del laird. Éste,

presa de una emoción irresistible, se echó en sus brazos llorando. ¿Era la señal convenida? Las sombras oscuras se movieron sobre la nieve.

26. El último paso

El marqués había vuelto al lado de la chimenea y agitó una anilla.

—Haced enganchar inmediatamente —dijo al groom que acudió— mi tilbury y mi mejor caballo.

El criado salió. Unos minutos después, Río-Santo descendía la escalinata de Irish House.

—Subid, Mac-Farlane —dijo Río-Santo.

El laird se quedó inmóvil. A lo largo de la verja del Square hubo un lento y casi imperceptible movimiento entre los hombres que estaban esperando allí desde hacía más de tres horas. Se deslizaron cautelosamente, siguiendo en su totalidad la acera de la verja y pronto se encontraron frente a la escalinata de Irish House.

Río-Santo, que había dado la vuelta al carruaje para hacer una caricia a su yegua favorita, volvió en aquel momento y cogió por el brazo al laird, diciéndole:

—¡Vamos, hermano, vamos!

Mac-Farlane arrancó bruscamente el brazo de la opresión del marqués e hizo un paso hacia atrás.

—¡No, no, no! —dijo por tres veces—. ¡Fergus, tened piedad de mí! Subid la escalinata. ¡Volved! Os lo voy a explicar todo.

Río-Santo vaciló un momento. Pero un incidente de este género no podía detenerle por mucho tiempo. Consultó su reloj y puso el pie en el estribo del tilbury.

—Quedaos o venid, hermano —dijo—, a vuestro gusto; pero debéis decidiros pronto, pues mis minutos están contados.

Angus dio una ojeada y vio las formas oscuras que avanzaban por todos lados, disponiéndose, con una lenta maniobra, a rodear el tilbury. Se precipitó al estribo del coche, después de Río-Santo.

—Pues bien… ¡sí! —dijo—, vayámonos… pero lanzad vuestro caballo al galope…

Río-Santo cogió las riendas y levantando la cabeza para escoger la dirección, se dio cuenta, por primera vez, que había dos o tres hombres en el centro de la calzada. Fue entonces, solamente, que tuvo una vaga idea de sospecha.

—¡Hermano, más rápido!… ¡por Dios! —gritaba Angus, cuya emoción iba en aumento.

El marqués tuvo tiempo de echar un vistazo a su alrededor. Vio a derecha, a izquierda, en la calzada, en las aceras, por todas partes, en fin, a hombres diseminados y que parecían esperar.

—¡Esto es muy raro! —murmuró.

Levantó los ojos hacia Angus y vio en el rostro de éste una terrible angustia.

—Milord —dijo en aquel momento un groom, bajando rápidamente las escaleras—, estos hombres que rodean de lejos a Vuestra Señoría van armados.

—¡Adelante!, —interrumpió Angus—, ¡pasad por sobre sus cuerpos, hermano mío!

Río-Santo midió con la vista el espacio que debía recorrer y los intervalos que dejaban libres aquellos que parecían ser sus enemigos.

—*«¡Clary!»* —dijo dulcemente.

La yegua entiesó sus patas, levantó el cuello y enderezó sus orejas atentas.

—*¡Clary*! —repitió el laird, poniendo su mano sobre su corazón, que desfallecía.

Río-Santo tiró de las riendas y repitió a media voz:

—¡Hop! «¡*Clary*!».

La yegua partió, rápida, rozando la nieve.

—¡*Clary*! ¡*Clary*! —repitió el laird—, ¡ah!, ¡ah!, ¡me olvidaba ya!

Se puso de pie y, arrancando las riendas de manos del marqués, tiró con todas sus fuerzas, hasta tal punto, que hizo retroceder el *tilbury*, lanzado al galope, hasta el pie de la escalinata de Irish House. Los hombres apostados se precipitaron todos a la vez. El coche se vio inmediatamente cercado por todos lados.

—Fergus —dijo Mac-Farlane con voz retumbante—, ¿qué has hecho de Clary?, ¿qué has hecho de Anna?

Estas preguntas eran para Río-Santo un enigma. Su primera idea fue que se hallaba rodeado por gente de la policía y que Smith o cualquier otro le había traicionado. Permanecía sentado, tranquilo en apariencia,

sobre los cojines del *tilbury*, mientras Mac-Farlane, de pie, a su lado, gesticulaba, la boca llena de espuma, y parecía estar preso de un furioso ataque de locura. Dos hombres habían cogido la brida del caballo.

La luz de dos farolas de gas frente a la escalinata de Irish House, caían de lleno sobre Río-Santo. A Stephen no le costó mucho reconocer en él al magnífico extranjero de Temple Church. Pero entre el hombre de Temple Church y el asesino de su padre, había una notable diferencia. Stephen buscaba siempre en aquella noble frente, la cicatriz grabada tan profundamente en sus recuerdos de niño. Y a Frank le ocurría lo mismo. Era el marqués de Río-Santo en persona que se encontraba allí; era el hombre detestado, el feliz rival, el tirano implacable de la pobre Mary, pero ¿era también el verdugo de Harriet?

El señor marqués de Río-Santo no hacía ningún esfuerzo para desasirse. Miraba con aire de tranquila sorpresa a todas aquellas gentes desconocidas, amotinadas en torno a su coche y parecía esperar alguna explicación. Pero es que el rostro del señor marqués de Río-Santo sabía ser una máscara muy discreta. Detrás de aquella serenidad, resultado de un esfuerzo sobrehumano, se escondía una terrible angustia.

Dentro de una hora todas las fuerzas reunidas de la capital de los Tres Reinos, no bastarían, quizá, para reprimir su temible impulso; ahora, unos cuantos hombres eran capaces de cerrarle el paso.

—Caballeros —dijo con una voz que vibró en medio de aquel silencio—, me llamo don José-María Telles de Alarcón, marqués de Río-Santo, Grande de Portugal de primera clase y encargado de una misión diplomática cerca del Gobierno inglés. Si sois unos *gentlemen*, os ruego, después de esta explicación, que yo os debía, que soltéis el cuello de mi caballo y me abráis paso; si sois gente de la policía, os ordeno que os apartéis, dándoos por pagados de toda excusa por este insulto brutal y contrario a cualquier derecho civil.

Pero Frank y Stephen se pusieron uno a la derecha y otro a la izquierda del marqués.

—No hace tanto tiempo —dijo Frank— que el señor de Río-Santo y yo nos vimos de cerca, para que tenga que recordarle mi nombre y mis títulos.

El marqués se inclinó para ver mejor.

—¡El Honorable Frank Perceval! —murmuró.

Frank se elevó sobre la punta de sus pies y pronunció en voz muy baja:

—¡El hermano de Harriet Perceval, milord!

—Y el amante desgraciado de Mary Trevor —añadió irónicamente el marqués—, pero os declaro, milord, que yo no he tenido el honor de conocer a *milady*, vuestra hermana.

—Es cierto —dijo Frank—, la matasteis sin haberla conocido.

En estas palabras había tal acento de odio, que el marqués estuvo a punto de pedir explicaciones, cuando una mano se puso encima de su brazo. Se volvió y se encontró frente a Stephen.

—Yo soy el hijo de Mac-Nab —dijo solamente este último.

Río-Santo se estremeció de pies a cabeza.

—¡Mac-Nab!, ¡mi hermano Mac-Nab! —exclamó el laird—; ¡ojo por ojo! ¡Estoy contento de haber hecho lo que he hecho!

Hubo un corto instante de silencio. El marqués parecía haberse convertido en estatua. ¿Quién podría decir lo que pasaba en el interior de aquel hombre en aquel momento supremo? ¡Había removido el mundo! ¡Y ahora, en el último paso, un pequeño granito de arena lo precipitaba en el abismo!

—Señor —dijo Stephen con frialdad—, haced el favor de apearos, por favor, comprenderéis que toda resistencia sería, desde ahora, verdadera locura y que será mejor para vos, ahorrarnos la triste necesidad de tener que recurrir a la violencia.

Pero el *laird* exclamó:

—¡Fuera los justicieros! ¡Sobrino Mac-Nab! ¡A quien odio, les mato con mi propia mano!

Se abalanzó sobre Río-Santo, agarrándole por la garganta. Durante un instante se estableció una lucha confusa. Mac-Nab y Perceval se abalanzaron, a su vez, para interponerse. En aquel momento, Río-Santo, que acababa de desasirse de las manos agarradas a su garganta, del laird, levantó la cabeza. Una rojez obscura y uniforme, resultado de la opresión de las manos de Angus o de la cólera, había sustituido la palidez mate de la cara del marqués; sus cejas estaban fruncidas y sobre el fondo enrojecido de su frente, una línea blanca, profundamente dibujada, corría desde la ceja izquierda hasta el nacimiento de los cabellos. Frank y Stephen dieron un grito los dos a la vez.

—¡La cicatriz!

Nunca el marqués de Río-Santo fruncía las cejas por poca cosa. Se habían perdido de vista sus movimientos durante un segundo: este

segundo le bastó. El *laird*, violentamente arrojado, fue a caer en los brazos de Stephen y una voz imperiosa gritó:

—¡Soltad las riendas; os va la vida!

Los dos hombres que retenían las riendas no se inmutaron. Se oyeron dos detonaciones.

—¡Ho! «¡*Clary*!» —dijo el marqués.

La yegua, dócil, obedeció, pues el freno se encontraba libre, ya que los dos hombres habían rodado sobre la nieve. El *tilbury* salió disparado como un rayo.

—¡Cien guineas a quien le detenga! —gritó Stephen exasperado, lanzándose en pos de Río-Santo.

Donnor d'Ardagh blandió un largo cuchillo que llevaba en la mano.

—¡Oh, Vuestro Honor! —dijo—. ¡Donnor le detendrá por nada! Están empedrando la entrada de Belgrave Street, y los lords nunca se fijan en estas cosas. Se verá obligado a regresar.

Donnor llegó a la esquina de Belgrave Street en el momento en que el marqués, detenido por el obstáculo indicado, regresaba a gran galope para huir por el otro lado del Square. Se le vio precipitarse con el cuerpo hacia adelante. El tilbury no moderó su marcha. Pero Donnor, se agarró al larguero, dejándose arrastrar, sin soltarse, a pesar de los esfuerzos del marqués. Al cabo de un centenar de pasos, *«Clary»* tropezó.

—¡Hop! ¡Hermosa! —dijo Río-Santo.

«Clary» dio un salto hacia adelante, luego se desplomó, muerta.

Donnor, exhausto, se dejó caer encima de la nieve, dando un gran grito de victoria. Había logrado clavar su cuchillo hasta el mango, en el vientre de la yegua.

—¡Oh, Vuestro Honor! —dijo a Stephen que se precipitó—; ¡no había tenido ocasión de hacer nada para poderos pagar el pan y los vestidos de la niña!

¡Siempre el granito de arena! ¡El más mísero de los irlandeses detenía, aquí, al gigantesco vengador de Irlanda!

27. El peso de un grano de arena

Río-Santo había sido lanzado violentamente al suelo. Se levantó antes de que el grueso de sus adversarios pudiesen cogerle. Tenía en la mano su puñal. Fueron Stephen y Perceval quienes se lanzaron los primeros, sobre él.

—¡Vaya! Los dos a un tiempo —dijo el marqués burlonamente.

Había evitado el choque de Frank y alzaba el puñal sobre Stephen. Pero no descargó el golpe. Un clamor lejano se dejaba oír viniendo de Chapel Street.

—¡Rendios, milord —dijo Stephen—, ya veis que toda resistencia será inútil!

—Ya veo que sois veinte contra uno solo, señores —contestó Río-Santo—. En cualquier otro país, esto sería una cobardía, en Londres, es prudencia. Me rindo al Honorable Frank Perceval.

Mientras hablaba, prestaba oído. El ruido iba en aumento por el lado de Chapel Street. El señor de Río-Santo había tirado al suelo su puñal y estaba, desarmado, entre Stephen y Perceval. Toda la tropa se puso en marcha hacia Chapel Street, con objeto de presentarse en los despachos de la policía de Westminster. La cara del marqués había perdido su expresión provocativa, para tomar una expresión de frialdad. Cada vez que un clamor más fuerte llegaba de Grosvenor Place, por Chapel Street, apretaba el paso, como si hubiera querido adelantar la marcha de sus guardianes. Llegaban a la esquina de Belgrave Square. La fisonomía del marqués se iluminó con una expresión de alegría, pronto disimulada, cuando se vio en Chapel Street, lleno de gritos de la muchedumbre.

—Vamos aprisa —dijo Stephen— porque podríamos encontrar el paso interceptado…

—Se diría un motín… —añadió uno de los hombres que le acompañaban.

Efectivamente, era un motín. Era una de las alas de un ejército inmenso que a aquella hora había soltado por todo Londres sus

innumerables batallones. Eran los habitantes de Saint-Gilles, los ladrones y malhechores de la Familia, junto con los irlandeses que, siguiendo instrucciones recibidas, se precipitaban, atravesando los parques, hasta Buckingham Palace. Una vez al alcance de la multitud, sólo tendría que pronunciar una palabra para que le salvasen.

Pero en su camino había un obstáculo viviente. Angus Mac-Farlane había asistido al consejo secreto que tuvo lugar en el salón de Irish House. Sabía, también, quiénes eran aquellos que lanzaban aquellos gritos, cuyo clamor llegaba hasta el marqués como un presagio de salvación. Angus habló. Stephen y Frank cambiaron inmediatamente la dirección de su camino, y como el marqués se negaba a dar un paso en dirección contraria, le cogieron, a la fuerza, por los brazos y lo arrastraron.

En Belgrave Square, encontraron a unos policemen, que acudieron al oír la doble detonación. Río-Santo fue puesto entre sus manos y llegó al despacho de la policía de Westminster, escoltado por todos los que contribuyeron a su detención.

Entretanto, Londres, la ciudad enemiga de los motines, porque los barullos hacen cerrar las tiendas, se asustaba y se replegaba al fondo de sus oscuras casas. El motín iba aumentando, aumentando… ¿A dónde iba? ¿Con qué objeto se alzaba la multitud? ¿En provecho de quién se hacía la revolución?

Buckingham Palace estaba acordonado. White Hall y sus alrededores, donde están instaladas todas las administraciones públicas, ya estaban tomadas de antemano, pues el número de los asaltantes alejaba toda idea de resistencia. Los miembros de las dos Cámaras del Parlamento, aterrorizados, guardaban silencio para escuchar a toda aquella muchedumbre que se agolpaba a las puertas y cuyo clamor desordenado, hubiese ahogado su hueca elocuencia.

¡Oh!, ¡todo estaba previsto, todo! Los lugartenientes de Río-Santo esperaban: pero el cañón de la Torre estaba mudo.

La señal no llegaba.

Los amotinados tenían los pies hundidos en la nieve derretida. Se les obligaba a permanecer en su sitio. Esta muchedumbre tuvo frío y se aburrió. El aburrimiento mata el motín, lo mismo que el azufre mata a las orugas.

Hacia las diez de la noche, los policemen recorrían las calles de Londres, donde el paso de la multitud había dejado solamente una mayor

cantidad de barro.

En un solo punto, el motín no había cedido y era la esquina de Prince's Street y de Poultry. Sabemos que allí el momento ya estaba fijado. A las once debía empezar el pillaje de la Banca. Pero el laird tuvo tiempo de hacer su denuncia en la comisaría de policía de Westminster. Hacia las diez, por Threadneedle Street, libre ya, desembocó un batallón de guardias a pie, que se instaló, tranquilamente, delante de la puerta de la tienda de refrescos. A medianoche, todo dormía en la ciudad, salvo una docena de albañiles que estaban ocupados en tapiar, a la luz de las antorchas, la puerta de la tienda de refrescos.

El granito de arena lo había derribado todo. Del plan de Fergus O'Breane, ya no quedaba nada.

»Era ya tarde cuando Susannah dejó a Clary Mac-Farlane, a la que acababa de salvar, en la acera de Cornhill, frente a la casa de *mistress* Mac-Nab. Acto seguido se hizo conducir a Regent Street, a casa de la condesa de Derby.

Susannah la encontró acostada en una meridiana, pálida, postrada y con un abatimiento reflejado en su rostro. Al ver a la hermosa joven, Ophelia tuvo una sonrisa casi alegre.

—¡Creí que me habíais abandonado —dijo— y estoy muy contenta de veros!

Susannah le cogió una memo y se la apretó cariñosamente entre las suyas.

—¡Qué pálida estáis!, ¡qué cambiada, querida *lady*! —dijo Susannah—, ¿estáis enferma?

La condesa puso su mano sobre su corazón.

—Sí —contestó—, sufro. Ya os contaré mis penas, Susannah. Pero ¿qué os ha ocurrido?

—Yo… —replicó la bella joven, sonriendo tristemente—, mis penas son un secreto, y este secreto no me pertenece… ¡Para mí será un día muy feliz aquel en que yo podré abriros mi corazón, tal como lo he hecho con Brian de Lancester, con el cual voy a casarme, mi querida *lady*!

La condesa se incorporó en su meridiana y atrajo a Susannah a su lado.

—Vengo a pediros asilo —prosiguió esta última—, pues ya no tengo cobijo.

—¿Qué? —exclamó atolondradamente Ophelia—, ¿es que la duquesa de Gêvres…?

Susannah guardó silencio.

—Perdón —prosiguió la condesa—, os agradezco que hayáis comprendido que mi casa es la vuestra y que yo estoy a vuestra disposición en todo momento.

Besó la condesa de Derby, tiernamente, a la joven.

—Ya conozco toda vuestra bondad, querida *lady* —dijo Susannah, que se ruborizó y se llenaba de turbación—; vengo, pues, a pediros albergue. Además…

—¿Además…? —repitió cariñosamente la condesa.

—Hace dos días que no he visto al señor Brian de Lancester —terminó la muchacha, levantando la cabeza como para protestar por su rubor.

Lady Ophelia se levantó con presteza para coger una campanilla de oro que se encontraba fuera de su alcance.

—Ya veis, Susannah, me habéis curado —dijo alegremente—. Joan —añadió dirigiéndose a su doncella, que se presentó a su llamada—, traedme el recado de escribir.

Joan puso sobre la meridiana un elegante y ligero pupitre de piel. La condesa mojó su pluma en el tintero.

—¡Hay que darle una sorpresa, bonita! —dijo la condesa en voz baja—. No quiero decirle que estáis aquí, y mañana, cuando se presente…

—¡No, oh!, ¡no, Ophelia! —interrumpió Susannah—. Una noche es muy larga y debe creerme rodeada de peligros.

—¡Qué cosas decís, Susannah! ¡Peligros!, pero hay peligros de todas clases… Voy, pues, a decir al señor Lancester que estáis bajo mi protección.

Su pluma recorrió tres o cuatro líneas del papel.

—Joan —dijo, cerrando la carta—, que Tom lleve inmediatamente este billete a Clifford Street, para el Honorable Brian de Lancester y que me traiga la respuesta en seguida. La estoy esperando.

Joan salió. La joven dirigió a su amiga una mirada de agradecimiento. Luego la conversación prosiguió. La condesa se sentía realmente animada. Susannah miraba a cada momento las manecillas del reloj.

Por fin, Joan reapareció en la puerta. Llevaba una carta en la mano.

—Dadme —dijo la condesa.

Susannah estaba pálida de emoción. Joan tendió la carta a su ama, quien la reconoció al instante como siendo la que ella acababa de escribir hacía un rato y que no había sido abierta.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—Si me permite Vuestra Señoría —respondió Joan—, el Honorable Brian de Lancester está ausente de su casa desde hace tres días y, desde entonces, no ha dado ninguna noticia.

28. Lunatic-Asylum

Hacia las dos de la tarde del día siguiente, el señor vizconde de Lantures-Luces se hizo anunciar en casa de la condesa de Derby.

Así que *lady* Ophelia dio la orden de hacer pasar al señor de Lantures-Luces, éste franqueó rápidamente el umbral.

—¡Bella dama!, yo me he dicho: la encantadora condesa se encierra en sus salones de Barnwood House, el gusto de los cuales es cosa proverbial (hablo muy en serio). Su Señoría no ve nada, no oye nada, no sabe nada…

—¿Traéis noticias, vizconde?

—Naturalmente, hermosa dama. Primeramente os diré una cosa que es seguro que os interesará. ¡María Trevor ha vuelto a la vida!

—Esto sí que es una buena noticia, vizconde —dijo Ophelia—. ¡Pobre Mary!, me alegró muchísimo de saber que ya está curada.

—¡Hermosa dama, tenéis un corazón adorable! Pero no se termina aquí la historia. Todo el mundo creía, y yo el primero, que sentía una cierta inclinación muy pronunciada hacia el querido marqués de Río-Santo. ¡Pues bien!, de ningún modo. Ama a Frank Perceval, un joven encantador, señora, pero que no le llega al tobillo al marqués.

—Esto también es una buena noticia —murmuró la condesa.

—Pero no es ésta la gran noticia —prosiguió el vizconde—. Se trata de nuestro querido Brian de Lancester…

Susannah dejó caer sus brazos y se quedó tan inmóvil que se la hubiera podido tomar por una estatua.

—¿Qué ha ocurrido, pues? —preguntó la condesa.

—Podría apostar lo que quisiera, que jamás lo adivinaríais, hermosa dama, pero ahí va el hecho, casi increíble: Brian de Lancester está loco.

Susannah se estremeció, pero guardó silencio.

—¡Imposible, vizconde! —gritó la condesa.

—Lo siento en el alma, *milady*, pero ese pobre Brian ha asaltado a viva fuerza, hace tres días, el invernadero japonés del castillo de Kew…

—¿Por qué, Dios mío?

Susannah respiró y puso su mano sobre su corazón.

—Para robar una camelia, ¡*milady*!

—Y, ¿no ha dado otros síntomas de locura? —dijo Susannah, cuyo rostro resplandecía de felicidad y de orgullo, recordando el relato de Brian.

—Y, ¿qué se ha hecho del Honorable Brian de Lancester, en definitiva? —interrumpió la condesa.

—No sabría deciros, hermosa dama —contestó Lantures-Luces— en qué hospital de lunáticos («lunatic-asylum») el gobierno lo ha hecho encerrar.

Al oír estas palabras, Susannah perdió sus bellos colores.

—¡Encerrado! —dijo—, ¿prisionero?

—Sí, *milady*, respecto a esto, la cosa es positivamente oficial. Pero lo mejor de la historia, es que el mismo White Manor, el hermano mayor de Brian, se ha vuelto loco furioso, también. A veces hay epidemias de estas, en las familias.

Sussannah había inclinado la cabeza sobre su pecho.

—El conde de White Manor ha sido transportado inmediatamente a Denham Park, el «hospital» de locos de los grandes señores. Quizá Brian esté allí, también. Ya procuraré enterarme.

El pequeño francés se levantó. Ya había acabado todo su repertorio de chismes y noticias y se apresuraba para ir a otra parte para hacer otra representación antes de la hora de comer. Cuando hubo marchado, Susannah dijo:

—He de buscarle, Ophelia, estoy segura de que es víctima de alguna pérfida intriga. Aquella camelia era para mí, querida *lady*…, ¿se es loco porque se ama?

—¡Sois feliz, Susannah! —no pudo evitar de decirle la condesa.

—¡Feliz! —repitió Susannah—, ¡oh!, ¡sí, muy feliz de ser amada! ¡Pero no sabéis los enemigos peligrosos y crueles que este amor le ha acarreado! ¡He de ir en su ayuda!

Sussannah, con la idea fija de que no encontraría en Londres a Brian, se fue directamente a Wakefield, en el condado de York. La casa de Wakefield es el «asilo» modelo.

Brian no estaba allí. Se fue entonces al asilo de York; de allí a Hanwell, situado a ocho millas de Londres, en la carretera de Uxbridge.

Ni en Hanwell, como tampoco en York, Susannah no encontró ningún indicio que pudiera guiarla sobre el rastro de Brian; visitó, sin resultado

positivo, todos los demás establecimientos públicos y privados.

Sin embargo, una vez creyó haber llegado al término de su búsqueda. Fue en la opulenta y aristocrática casa de salud, fundada en Denham Park por el señor Benjamín Rotch, antiguo miembro del Parlamento. Cuando Susannah, al llegar, pronunció el nombre de Lancester, le contestaron que, efectivamente, un *gentleman* de este nombre estaba en el castillo desde hacía dos días. Susannah, impaciente, suplicó a los empleados de la casa que le acompañaran a ver a aquel *gentleman*. Le abrieron la verja de un jardín sombrío, donde algunos hombres de aspecto tranquilo y distinguido se paseaban gravemente.

—Esperad, *milady* —le dijeron— el *gentleman* va a venir en seguida con sus guardianes.

Al cabo de algunos minutos, Susannah vio llegar hacia ella a un anciano de aspecto enfermizo y cruel, a la vez, cuyos gestos bruscos y mirada estúpida retrataban su locura evidente. A cada lado se hallaban dos caballeros de aspecto elegante, que sostenían sus pasos y le colmaban de atenciones. El anciano era el hombre que esperaba Susannah; los *gentlemen* eran sus guardianes.

—¿*Milady* desea hablar a milord? —dijo uno de ellos.

—No, caballero, no —contestó Susannah tristemente— yo creí…, ha sido, un error.

Susannah ya saludaba para retirarse, cuando ocurrió algo muy raro. El conde de White Manor habíase estremecido al oír el timbre de su voz.

En el momento en que se inclinaba, escapó, de un salto, a la vigilancia de sus guardianes y cogió el brazo de la joven brutalmente. Los guardianes vacilaron. El caso era peligroso. El menor movimiento podía hacer exaltar el furor del conde y poner la vida de Susannah en peligro. Mientras se deslizaban cautelosamente intentando acercarse al lord, éste inclinó su rostro envilecido sobre la cara de Susannah, mirándola fijamente.

—¡No!, ¡no!, ¡no! —murmuró—, ¡no soy el padre de esta criatura, señora! ¡Gilbert!, trae la cuerda… la cuerda de cáñamo. ¡Esta niña se parece al mendigo irlandés!

Los dos guardianes de White Manor le cogieron en este momento. Cuando sintió sus brazos aprisionados por una fuerza superior, echó una mirada envenenada a la hermosa muchacha, diciendo:

—Querías besar a tu hija, ¿verdad? ¡Oye! ¡Ha muerto!, ¡ha muerto!, ¡ha muerto!

Pronunció estas últimas palabras con una carcajada horrible, se tambaleó entre los brazos de sus guardianes y cayó, fulminado por una crisis de su enfermedad.

Susannah se quedó, como petrificada, por una especie de estupor, en el mismo sitio, incapaz de moverse. Sabía que este hombre estaba loco; sin embargo, su vista y sus palabras le produjeron una impresión que intentaba en vano desechar.

29. El calabozo

Susannah tardó algún tiempo en reponerse del choque que había sufrido en los jardines de Denham Park. Ya había acabado su inspección. Cuando volvió a ver Londres, su ausencia duraba desde hacía tres días. Empezó, sin tardar, nuevas investigaciones. Fue a Saint-Lukes, a Bethnal Green, etc. Finalmente, visitó Bethlam Hospital (Bedlam). Le enseñaron centenares de enfermos, pero le dijeron que nadie podía ser admitido para que visitase a los enajenados incomunicados. Susannah salió de allí convencida de que Brian de Lancester estaba en los calabozos de Bedlam.

Y Susannah no se equivocaba. Lancester fue conducido a Bedlam a petición de su hermano, o, mejor dicho, la petición la firmó Tyrrel. El color político que no dejaron de imprimirle cuando lo arrestaron, y el misterio que continuó prevaleciendo, durante los días siguientes, en el pretendido acto de agresión contra la joven heredera de la corona, fueron causa de la cumplimentación de las instrucciones de White Manor y de Tyrrel. Brian fue considerado como un criminal contra el Estado, al cual no se le puede juzgar, pero que ha de desaparecer, o, por lo menos, ha de caer en el olvido.

Cuando Susannah regresó a Bamwood House, después de cuatro días de ausencia, *lady* Ophelia la abrazó con lágrimas en los ojos.

—He hecho todo lo que he podido, querida Susannah —le dijo—. Tan pronto como me fue posible salir, he hecho investigaciones y por fin, le he encontrado…

—¿Dónde está?

—En Bedlam. Pero lo difícil no era encontrarlo. No me atrevo a decíroslo, querida. El señor de Lantures-Luces no nos había engañado. Se encuentra en Bedlam bajo doble acusación de locura y de atentado contra el Estado…

—Pero —interrumpió Susannah— estoy segura de que no será muy difícil probar…

Susannah se detuvo, desanimada por la mirada de Ophelia.

—Todo se hace según la denuncia del conde de White Manor —dijo ésta última— y el conde es hombre influyente.

—¡Pero el conde está loco! —exclamó Susannah.

—¡Era un falso rumor!

—¡Era un rumor verídico, *milady*! He visto con mis propios ojos al conde de White Manor en Denham Park y la casualidad me ha hecho ser testigo de uno de sus más terribles ataques.

Ophelia apoyó su hermosa cabeza sobre su mano y se quedó pensativa. Susannah la miraba con avidez.

—¡Brian es el heredero del título! —murmuró, finalmente, la condesa.

Ophelia se levantó sin añadir ninguna palabra más y se sentó delante de su escritorio para escribir. Pero apenas había empezado a trazar unas palabras, que rechazó papel y pluma.

—¡No, no!, ¡es necesario que la vea yo misma! —dijo—. Brian es el heredero del título y quizá…

—Por piedad, querida *lady* —interrumpió Susannah—, ¡haced que participe en vuestras esperanzas!

Ophelia le cogió las manos y la besó en la frente, sonriéndole.

—No conocéis todavía suficientemente nuestro mundo para comprenderme, querida niña —replicó con cierto contento—; el heredero de un lord, si éste goza de buena salud, es un personaje sin importancia, pero cuando el lord cae enfermo, se tiene en cuenta su heredero.

Mientras hablaba se puso rápidamente sobre los hombros un elegante echarpe y arregló sus cabellos bajo el sombrero, sin ayuda de su doncella.

—*Lady* Jane B… —prosiguió— me ha negado su apoyo esta mañana, pero Su Señoría no estaba enterada de que el conde de White Manor está loco.

—Y, ¿qué puede hacer una mujer en todo esto, Ophelia?

—Una mujer, ¡querida niña! ¡*Lady* Lane no es una mujer, es un whig! Tiene el oído del lord presidente del consejo de ministros y el corazón de S.A.R. Si logro convencer a *lady* Jane de que el señor de Lancester votará junto con el gabinete, la victoria es nuestra.

Un minuto después, la condesa se sentaba en los mullidos cojines de su carruaje. La pobre Susannah esperaba. ¡Oh!, cuán larga le pareció aquella media hora. A su regreso, Ophelia la encontró con el rostro bañado de lágrimas.

—¡Victoria! —exclamó, abrazándola—. ¡El voto de un lord no es nunca demasiado caro!

Susannah se quedó un instante como aturdida por su felicidad. Después oprimió la mano de *lady* Ophelia contra sus labios, no encontrando palabras para expresar su agradecimiento.

—Ahora sois vos que debéis moveros, Susannah —prosiguió la condesa—. Hay que llevar esta carta al jefe-médico de Bedlam. Es un «ruego» del primer lord del consejo privado. Un ruego de Su Gracia vale algo más que una orden. Representa la libertad del señor Brian de Lancester.

—¡Su libertad! —repitió Susannah, juntando las manos— ¡oh!, ¡dadme, dadme pronto!

Brian de Lancester se encontraba desde hacía tres días en uno de aquellos calabozos enrejados donde se encierra a los locos furiosos, los locos «agitados», como se dice en Bedlam. Estaba completamente lleno de cuerdas. Cada uno de sus miembros quedaba amarrado fuertemente a la parte correspondiente de un mueble macizo y de forma extraña, que tiene por nombre «silla de fuerza» y que, con su peso enorme y su sistema complicado de correas, puede desafiar, sobradamente, las fuerzas de un Hércules.

Brian de Lancester era una naturaleza fuerte y enérgica. Su inquebrantable voluntad le había sostenido durante aquellos tres días de torturas. Pero el esfuerzo que había tenido que hacer para no desfallecer en aquella lucha, podía leerse claramente en su rostro demacrado e intensamente pálido. Susannah le apareció, en el seno de aquella miseria, como una visión radiante. Al principio creyó soñar. Tuvo necesidad, para volverle a la realidad, de oír la voz positivamente terrestre y muy poco angelical, del doctor Bluntdull. El doctor, en efecto, no sabiendo qué hacer, después de haber leído la carta del ministro, acompañó, personalmente, a Susannah a la celda.

—Soy vuestro servidor, milord, vuestro servidor —dijo—, ¡ejem!, ¡esto es muy desagradable! Pero, al fin y al cabo…, ¿verdad?, ¡tres veces veinticuatro horas, no es ningún siglo precisamente!

Cuando Brian abrió los ojos, vio a Susannah arrodillada cerca de él intentando, en vano, deshacer las correas y ligaduras de la silla de fuerza.

—No os molestéis, *milady* —prosiguió el doctor—; ¡ahora se soltarán las correas!

Se deshizo el aparato. Brian se puso de pie. Luego tomó la mano de Susannah, que tenía la orden de libertad, y se la llevó sin añadir una sola palabra.

El carruaje que conducía a Susanah y a Brian corría en dirección al West End. Brian no hacía más que mirar a Susannah en silencio y con ojos arrobados.

—Gracias —dijo, tomando su mano, en la que puso un prolongado beso—, ¡gracias, ángel mío!

—¡Cómo habéis debido sufrir, Brian! —murmuró la hermosa joven— y todo por mi causa…

Lancester frunció la frente.

—Es cierto —replicó en voz baja.

—¿Son ellos los que os han arrojado en aquel calabozo?

—Son ellos…, ellos y milord, mi hermano. Pero ya soy libre y tengo algo importante que deciros, mi Susannah. Hay algo que vuestro noble corazón desea más que nada en el mundo.

—¿Qué? —dijo la joven, palideciendo—, ¡oh!…, sabéis algo…

La muchacha se detuvo y dijo con un hilo de voz:

—¡Mi madre!

Brian levantó la mano y se la puso en la boca. Sonreía y se sentía feliz oyendo aquella palabra que le dejaba ver toda la hermosa alma de Susannah. Pero este goce pasó como un relámpago.

—No me preguntéis —dijo— y decidme la guarida del hombre al cual llamáis Tyrrel el Ciego.

—Oh, milord —exclamó Susannah, temblando—, ¡por el amor de Dios!, ¡no despertéis su cólera!

—Su cólera no puede nada contra mí, *milady* y es absolutamente necesario de que le vea.

Susannah vaciló.

—He de verle —prosiguió Brian precipitadamente.

Esto fue dicho en un tono tan perentorio, que la joven no se atrevió a resistir. Indicó a Brian la casa del doctor Moore. Brian sacó la cabeza por la portezuela y dio la orden al cochero de dirigirse al número 10 de Wimpole Street.

—*Milady*, os ruego que me esperéis aquí —dijo en el momento en que el carruaje se detuvo— vuelvo en seguida. Si yo no volviese…

Se interrumpió y continuó inmediatamente:

—Mirad vuestro reloj. Si dentro de media hora yo no estoy de vuelta, id en seguida a una comisaría de policía, la de High Street, y rogad al juez que vaya a levantar acta de un crimen.

—¡Oh!, ¡milord!, ¡milord!, ¡tened piedad de mí! —exclamó Susannah.

Brian no contestó y bajó a la acera; un instante después, entraba, desarmado, en la casa del doctor. Fue el mancebo de botica Rowley quien le introdujo.

—Decid a maese Tyrrel —ordenó Brian— que un *gentleman* desea hablarle particularmente.

—Maese Tyrrel —repitió Rowley—, maese Tyrrel…, no le conozco.

—¡Tengo prisa, caballero! —dijo Brian—. Cualquiera que sea el nombre bajo el cual se esconde este hombre, Tyrrel, Edmund Makensie o Spencer, quiero…

—Y, ¿qué le queréis, por favor, *gentleman*? —dijo la voz de Tyrrel, que en aquel momento entraba en el umbral.

Brian se volvió. Tyrrel, así que le vio, retrocedió unos pasos y cambió de color.

—Tenemos que pasar unas largas cuentas, maese Ismail —le dijo Lancester.

El judío, con un gesto, hizo desaparecer a Rowley.

—Las cuentas más largas, acaban aclarándose, milord —respondió—, cuando se saben enfocar. ¿Qué me queréis?

—Quiero saber el nombre del padre de Susannah, primero.

—¿Y después?

—¡Primero, este nombre! —dijo autoritariamente Lacester.

—Yo os decía: ¿Y después? —contestó el judío, que empujó, con el pie, un sillón, frente a Brian, en el cual se sentó— porque no me gustaría empezar nuestra entrevista con una negativa. No quiero deciros el nombre del padre de Susannah.

—¡Tened cuidado Ismail!

El judío se encogió de hombros con aire provocativo, como queriendo tantear el terreno y conocer los recursos de su adversario.

—¡Vaya!, milord, ¡os burláis de mí! —dijo—, ¡tened cuidado! Me paso la vida teniendo cuidado. La prudencia es la primera condición del negocio que yo hago. Pero, vos, ¿no habéis pensado en tener cuidado, cuando habéis entrado en esta casa?

—Naturalmente —dijo sencillamente Brian.

Tyrrel esperó irnos segundos, creyendo que Lancester iba a explicarse; pero Lancester guardó silencio, lo que llevó al judío a reflexionar.

—Milord —prosiguió, después de una pausa—, me pedís un secreto que puedo vender.

—No me niego a pagarlo —dijo Brian.

—¡Es que sois muy pobre, milord! —añadió Tyrrel sonriendo—, más pobre de lo que creéis. La mano generosa que se os abría en la sombra para poner cien guineas a vuestra disposición, hoy, resulta ser la mano de un pobre prisionero.

—Sabéis… —exclamó vivamente Lancester.

—Este secreto no está a la venta, milord —interrumpió Tyrrel con gravedad—; así pues —prosiguió— os veis desprovisto como un mendigo. Pero, por otra parte, hay una fortuna de príncipe suspendida encima de vuestra cabeza… suspendida por un cabello. No os toméis la molestia de preguntarme con amenazas, tal como es la intención de Vuestra Señoría: me place explicarme claramente respecto a este punto. White Manor es epiléptico y loco.

—¡Mi hermano milord está loco! —dijo Brian, cuya voz expresaba una sincera tristeza.

Tyrrel se rió de buena gana.

—¡Diríase que vos no habéis hecho lo mejor que habéis sabido para llevarlo a este resultado! —contestó Tyrrel burlonamente.

Brian bajó la cabeza, no por el sarcasmo de aquel miserable, sino por el reproche de su conciencia.

—He venido —dijo— para saber el nombre del padre de Susannah; y lo sabré de grado o por fuerza.

—Hay muchas cosas que me gustaría saber y que no me dicen —replicó fríamente Tyrrel—; por ejemplo: ¿Siento gran curiosidad por saber cuál es el hada poderosa que os ha hecho abrir las puertas de Bedlam?

Lancester se levantó.

—Maese Ismail —dijo procurando guardar su sangre fría—, no se puede ganar dos veces, creedme, la jugada que hicisteis en otro tiempo, en el mismo cadalso.

—Soy de la misma opinión, milord.

—Os doy mi palabra de *nobleman* —continuó Brian—, que si no me decís el nombre del padre de Susannah, me dirigiré a casa del juez, al salir

de aquí, y que…

—Vuestra amenaza peca por su base, milord, ¡pues no es seguro de que yo os deje salir de aquí!

—Entonces, maese Ismail, ya podéis preparar un antídoto contra la soga. He previsto el caso.

Tyrrel, repentinamente, cambió de aspecto, adoptando aquella máscara de hombre afable y bondadoso que le hemos visto al principio de este relato. El brillo de sus ojos se apagó y se hicieron, ahora, tristes, vacíos, como los ojos de un ciego.

—Vuestra Señoría —dijo humildemente— acaba de lograr una fácil victoria contra un pobre hombre. Dignaos sentaros. Estoy completamente a vuestras órdenes y dispuesto a comunicaros lo que deseáis tan ardientemente saber.

Brian se sentó.

Tyrrel le miró un momento con aire sumiso. Luego, sus pupilas se fueron animando gradualmente hasta tomar aquel brillo que hacía temblar, en algún tiempo, a la pobre Susannah. Al mismo tiempo sus delgados labios iniciaban una sonrisa amarga y cruel.

—Vos fuisteis el culpable de que me ahorcaran, milord —dijo con voz breve y estridente, la cual, hiriendo inopinadamente los oídos de Lancester, hizo estremecer sus nervios—. Si no hubiese sido por vos hace ya mucho tiempo que sería millonario. Susannah era mi fortuna; ¡vos me habéis robado a Susannah! Habéis tomado, creo yo, triunfantes precauciones para poneros al abrigo de mi puñal. ¡Vaya, milord!, ¡estaría yo muy loco si os matase según vuestra fantasía! Habéis venido a buscar un nombre; al principio, me he negado a decíroslo, para jugar con vuestra angustia, para burlarme un poco de esta lucha ingenua en que la esperanza se troca en temor. ¡Milord, este nombre, hace ya muchos días que vos lo habéis adivinado!

Brian, pálido como un espectro, tenía la frente llena de gruesas gotas de sudor.

—Por mi honor —balbuceó—, no, no, puedo creerlo…, ¡no!

—Estáis mintiendo, nobleman —replicó Tyrrel con repugnante alegría—, este nombre ni tan sólo tengo necesidad de pronunciarlo. Vuestra conciencia lo grita. No, no os equivocáis. ¡Es su padre, milord, ella es su hija, y vos no seréis jamás su esposo!

Brian dio un quejido ahogado y huyó. Abrió la portezuela del carruaje, pero no subió en él. Susannah, que estaba esperándole, con alegría, dio un

grito de terror cuando vio el rostro de Brian de Lancester tan desencajado.

—*Milady* —murmuró con voz rota—. ¡Susannah…! No puedo acompañaros en este momento. ¡Adiós!

Hizo una señal al cochero, que se había inclinado para preguntar sus órdenes. El carruaje partió. Brian se quedó por un momento clavado en el suelo, inmóvil; luego, se alejó, a derecha y a izquierda, según le empujaban los transeúntes.

Por la noche, Susannah recibió una carta que contenía solamente los siguientes palabras, con la firma de Brian:

»No os veré nunca más, Susannah, porque os amo y soy el hermano de vuestro padre.

Susannah leyó a través de sus lágrimas y cayó, desfallecida, entre los brazos de la condesa.

30. El veredicto

El Tribunal del Middlesex celebraba sesiones desde hacía aproximadamente una semana en Old Bailey. Eran las once de la mañana. Un inmenso gentío se apretujaba en los alrededores del Palacio de Justicia; jamás la curiosidad pública no había manifestado tanta excitación. Los *policemen* tenían dificultad protegiendo las salidas del salón donde deliberaba el tribunal, cuyos lugares reservados se vendían hasta a diez libras.

Hacia las once y cuarto, los constables, acompañados por algunos policemen, hicieron abrir un paso para el coche del acusado. El señor marqués de Río-Santo, tenía en su rostro una expresión de completa indiferencia. Bajó del coche en el portal de Old Bailey. En aquel momento, una mujer vestida de negro levantó su velo y descubrió la cara pálida de *lady* Ophelia, condesa de Derby. Los ojos del marqués se fijaron en ella por casualidad, y cuando se dio cuenta de quien era, la expresión de su cara cambió por completo. Todo lo que en el respeto puede haber de más tierno, de más afectuoso en el agradecimiento, lo reflejó su mirada. Ophelia dejó caer el velo, pero no lo bastante aprisa para ocultar una melancólica sonrisa y unos ojos llenos de lágrimas.

El señor marqués de Río-Santo estaba delante de sus jueces. Se suponía que esta sesión terminaría con los debates y se daría a conocer el veredicto del tribunal.

El principal testigo, Angus Mac-Farlane, del castillo de Crewe, no había comparecido en el proceso. Todas las gestiones que se hicieron con objeto de encontrarle, habían resultado vanas; nadie sabía qué había sido de él. Frank y Mac-Nab estaban allí para substituirle. Cerca de ellos, testigo también, se sentaba Su Gracia, el príncipe Dimitri Tolstoi, embajador de Rusia, cuyo testimonio había derrumbado a Río-Santo, en el curso de los debates.

Fuera, la multitud había disminuido, pero la mayoría de la gente habían abandonado la calle y esperaban, no lejos de allí, en cualquier

public-house de los alrededores, el final del proceso y la salida del condenado, pues la condena no ofrecía la menor duda.

Toda la Familia estaba fuera de sí. Ninguno de sus miembros, excepto el marqués, había sido acusado, porque la denuncia de Mac-Farlane, hecha en el despacho de la policía de Westminster, solamente mencionaba al marqués, aunque prometía revelaciones ulteriores y una lista de los principales lords de la Noche. A partir de aquella misma noche, se había perdido toda traza del *laird*, al cual se suponía había sido asesinado por la Familia.

Pero el marqués ya era suficiente, él solo, para ocupar la atención general. Los hombres de la Familia sabían, ya, quién era aquel jefe misterioso que dirigía en la sombra todos sus movimientos y que reinaba sobre ellos como un monarca absolutista. Cada uno había querido verle, y cada uno lo había visto, y el porte realmente majestuoso de aquel hombre extraño, había causado en todos ellos una profunda impresión.

Mientras el proceso sigue su curso, encontramos a los personajes secundarios de nuestro drama reunidos en el *spirit-shop* de Jack Gibbet, Fleet Lane, a pocos pasos de Old Bailey. Era un garito de la especie de *«The Pipe and Pot»*, Con la diferencia de que aquí había un reservado para los pasantes de los procuradores y otros funcionarios de la justicia, que eran los *gentlemen* del lugar.

En una mesa de aquel reservado, muy cerca de los reserva dos comunes, estaba el capitán Paddy O’Chrane tomando sus seis peniques de ginebra, mezclada con agua fría, sin azúcar y una chispa de limón. Estaba solo. No lejos de él, Snail, Madge, Loo y Mich, cuya cara, en triste estado, guardaba las señales de las caricias de Turnbull, ocupaban el primer palco de la sala común. En el palco siguiente, Bob Lantem y Templanza compartían, maritalmente, una jarra de *porter*. Finalmente, en un rincón alejado, Donnor d’Ardagh tomaba su desayuno. Estaba hundido en el ángulo de su palco y nadie se había dado cuenta de su presencia.

El silencio que reinaba en el *public-house*, no se había alterado, cuando se oyó al exterior un prolongado murmullo. Todos los miembros de la Familia se levantaron como movidos por el mismo resorte y se dirigieron hacia la puerta.

—¡Es el fallo! —decían—, ¡ya han fallado!

—¡Es el veredicto! —repitió Tom Turnbull, que entraba en aquel momento, dando un puntapié a la puerta que poco le faltó para hacerla pedazos.

—¿Y cuál ha sido el fallo, Tom, camarada? —preguntó Paddy O’Chrane, olvidándose de blasfemar.

Los demás miembros de la Familia, en lugar de salir, rodearon inmediatamente a Tom Turnbull. Éste se echó encima de un banco y se quedó un momento pensativo. Su rudo y grosero rostro expresaba una gran emoción.

—Lo conocía solamente de ayer —dijo, finalmente, con brusquedad —, pero si para salvarle, tuviese que dar mi pellejo, lo daría gustoso.

—¿Le han condenado? —balbuceó el capitán, emocionado, también, por primera vez en muchos años.

—¡A muerte! —contestó Turnbull.

31. El despeñadero

Fergus O'Breane, ciudadano inglés, haciéndose llamar don José María Telles de Alarcón, marqués de Río-Santo, Grande de Portugal, etc., había sido declarado culpable en el caso del asesinato del señor James Mac-Nab, esq., abogado del Palacio de Justicia de Glasgow; culpable, también, en el caso de complicidad en un intento de pillaje de la Banca. En cuanto a la acusación de alta traición, el «solicitar» de la corona lo había anulado, de antemano, por orden superior. A los Estados no les gusta comprobar que sea posible conspirar contra ellos.

Fergus O'Brean había declarado que aceptaba la sentencia pronunciada según la decisión del tribunal, declarando, además, haber cometido actos que motivaban este veredicto y que no se arrepentía de haberlos cometido. Se había fijado un breve plazo para su ejecución pública, a la horca, delante de Newgate y todo Londres pensaba asistir a esta ejecución *fashionable*. Pero Fergus O'Breane, aparte otros decires que consideraron audaces, temerarios y subversivos para todos aquellos empelucados de los Tres Reinos, declaró en voz alta y clara, dentro del mismo recinto de Old Bailey, delante de los jueces, *aldermen*, abogados, alguaciles, etc., etc., estupefactos por tanta audacia, que no sería nunca ahorcado.

Esto, naturalmente, fue considerado como una pura fanfarronada, y los nobles salones del West End se prepararon para dar una última prueba de simpatía al LEON, al rey de la moda, presenciando su ejecución.

Eran, más o menos, las diez de la noche, dos días después de la condena del señor marqués de Río-Santo.

Anna y Clary Mac-Farlane estaban acostadas las dos y las dos inmóviles. Pero, mientras Anna dormía profundamente ya, los ojos de Clary estaban abiertos y brillaban con un centelleo febril, fijándose con inquietud en la cama de su hermana, como para convencerse de que estaba dormida.

Después del primer momento de alegría, causado por el regreso inesperado de las dos hermanas, todo volvió a quedar muy triste en la casa de *mistress* Mac-Nab. No tardaron en darse cuenta de que Anna y Clary, aunque de manera diferente, el suceso les afectó. Anna, niña dulce e ingenua antes, tenía ahora un secreto; *mistress* Mac-Nab sorprendía a menudo sus bonitos ojos, en otro tiempo acostumbrados a reír, llenos de lágrimas. En cuanto a Clary, su mente y su corazón parecía que habían sido heridos con un funesto golpe. La pobre niña sufría de un mal desconocido y sus facultades mentales no eran lo que debieran haber sido.

Pasaba largas horas sentada detrás de la cortina de su ventana, mirando constantemente las ventanas de la casa cuadrada, espiando cualquier movimiento de los cortinajes, cualquier señal que le anunciase la presencia de Edward. Pero no veía nada. Y cuando Stephen o *mistress* Mac-Nab iban a buscarla para substraerla a sus tristes ensueños de su soledad, ella les seguía, silenciosa.

Una vez, *mistress* Mac-Nab subió la escalera más rápidamente que de costumbre y le dijo con aquella alegría que las madres saben adoptar cuando hablan con algún hijo que sufre:

—Ven, Clary, ven, hija mía, quiero enseñarte el retrato del famoso marqués de Río-Santo.

Mistress Mac-Nab había comprado a un vendedor ambulante, a la puerta de su casa, una de aquellas litografías, más o menos parecidas, que se venden en Londres a gran tiraje, durante y después de cada proceso sensacional.

Inmediatamente Clary reconoció a Edward.

—Mira, Clary —dijo *mistress* Mac-Nab—, este *gentleman* ha querido matar al rey, a los ministros y a todo el Parlamento. ¿Verdad que tiene cara de criminal, hija?

Clary no contestó.

—¡Es muy guapo! —murmuró su hermana—, ¡no creía que pudiera existir un hombre tan guapo!

Clary sonrió y le apretó cariñosamente la mano. Luego, estremeciéndose, dijo bajito:

—A los que quieren matar al rey, ¿verdad que los matan?

—Sí, sí, pobre hija mía —contestó *mistress* Mac-Nab—. Hoy precisamente, es el día que van a juzgar a ese bribón.

—¿En dónde se juzga? —preguntó Clary.

Hacía tiempo que Clary no había pronunciado tantas palabras. Anna y *mistress* Mac-Nab cambiaron una mirada de esperanza.

—Se juzga en Old Bailey, querida —contestó.

Clary pasó un dedo por su frente.

—Ya sé dónde está Old Bailey —dijo después de un silencio—; y cuando se ha juzgado, ¿dónde meten a los que van a morir?

—En la prisión de Newgate, amor mío.

—Ya sé dónde está Newgate —siguió diciendo Clary—, ¿queréis darme este retrato?

—Este retrato y todo lo que quieras, niña.

Clary cogió la litografía y volvió a subir precipitadamente la escalera de su habitación.

Cuando vino la noche, Clary estaba muy pensativa y adelantó mucho la hora acostumbrada, para meterse en la cama. Rogó a su hermana que hiciese como ella, y Anna, siempre dispuesta a satisfacer los más pequeños caprichos de la enferma, se acostó hacia las nueve. A las diez, ya dormía. Clary aguantaba su respiración y guardaba una perfecta inmovilidad. Al cabo de algunos minutos, levantó las ropas de su cama, con una cautela extraordinaria y salió de la cama. Estaba completamente vestida.

Clary abrió la puerta, bajó la escalera y se encontró sola, a las once y media de la noche, en la acera desierta de Cornhill.

—¡Ya sé dónde está Newgate! —murmuró.

En aquella misma hora, el honrado e incorruptible carcelero Noli Brye, acababa de visitar personalmente el calabozo donde el marqués de Río-Santo esperaba, tendido sobre la paja, la ejecución de la sentencia. Ni que decir tiene que se tomaban, con este noble prisionero unas precauciones tanto más multiplicadas, por cuanto había manifestado en pleno juicio la intención de escapar a la horca. Pero la horca no puede evitarse, una vez se ha pasado el umbral de aquel lúgubre calabozo, llamado la «sala de espera», más que con el suicidio o la evasión. Las autoridades, que se temían lo uno y lo otro, igualmente, habían colocado en el mismo calabozo donde estaba Río-Santo, con grilletes, a un hombre vigoroso y de toda confianza, presentado por el propio intendente de la policía metropolitana, S. Boyne, esq. Éste es el caso en que se puede decir que demasiadas precauciones molestan. El hombre de confianza y hombre robusto, señalado por S. Boyne, esq., no era otro que el escocés Randal Graham.

Pero aquellos que conozcan Newgate saben que una evasión de la «sala de espera», presenta enormes dificultades.

—¿Estáis dispuesto, *milord*? —dijo Randal cuando los pesados pasos del viejo Noli Brye ya no se oyeron.

—Estoy dispuesto —contestó Río-Santo, incorporándose en su pajaza.

Randal se acercó a la ventana que daba a la calle de Newgate y tiró a través de los macizos barrotes de hierro, media corona que cayó sobre el empedrado, emitiendo un argentino sonido. Inmediatamente, de la esquina de Giltspur Street, un agudo maullido se hizo oír.

—Están ahí —dijo Graham—. O'Breane, ha llegado el momento de separarnos. Es cierto que no hubiera hecho por mi padre lo que voy a hacer por vos. Si no nos vemos nunca más, pensad alguna vez en el pobre Randal, O'Breane.

—Pensaré en él como en un amigo querido y fiel —contestó el marqués con emoción—, pero ¿por qué hablar así, Graham? ¡Claro que nos volveremos a ver!

Randal movió la cabeza.

—Conozco el despeñadero —dijo—; es lo mismo que tirarse de lo alto de la torre de Saint-Dunstan a la calle.

—No he visto nunca este despeñadero, tal como le llamáis —murmuró Río-Santo—; ¿hay, pues, peligro de muerte?

—Sí y no, O'Breane. Si se tuvieran alas, uno podría salirse bien de la excursión. Es una escalera de sesenta peldaños, cortados a pico, al final de la cual se levanta el muro de piedra de una casa. Si fuese cosa de arriesgarse de día, uno no tendría valor, pero como está oscuro… ¡Vamos, Fergus, adelante!

—Pero —dijo éste—, ¿quién os obliga a tomar este camino?

—A fe mía, milord —replicó el escocés—, ya debéis suponer que no es por gusto que lo tomaré. Los policías, ¿sabéis?, quieren a Vuestra Señoría como a la niña de sus ojos. Han establecido guardias en todas las salidas. Las hay en Ludgate Hill, en Fleet Lane y al final de Cheapside. Nos queda únicamente un punto abierto y es Skiner Street y el patio del Arbol Verde, que están vigilados por policías al servicio del señor Boyne. Pero, una vez en el patio del Árbol Verde, hay que salir.

Río-Santo puso su frente entre sus manos y reflexionó durante unos segundos. Al cabo de este tiempo, se levantó, dejando encima de la paja sus grilletes limados y dio la mano a Randal.

—Gracias —dijo—. Por mí solo, no aceptaría vuestra abnegación, pero he empezado la lucha y mi derrota haría más hondo el abismo donde sufren mis hermanos.

—¡Adelante! —repitió Randal—, pues yo debo deciros, que tanto me importan vuestros irlandeses como el *sha* de Persia y que si he de dar mi sangre por alguien, es por vos únicamente, O'Breane.

Se desabrochó rápidamente su traje y desató una cuerda de seda que llevaba enrollada alrededor de sus caderas. Hecho esto, arrancó sin ningún esfuerzo dos de los barrotes de la ventana que él mismo había limado la noche antes. Uno de aquellos barrotes, puesto a través de los que quedaban, sirvió para fijar sólidamente la cuerda.

Cuando la cuerda fue amarrada fuertemente, Randal se volvió hacia el marqués y le tendió la mano.

—Hasta más ver —dijo—, ¡aprovechad el momento y acordaos de mí, O'Breane!

Se deslizó inmediatamente por entre los barrotes y se encontró en el suelo en un abrir y cerrar de ojos. El centinela de la puerta de la Deuda oyó el ruido de la caída y gritó: «¿Quién vive?». En lugar de contestar, Randal echó a correr hacia Giltspur Street. En la esquina de esta calle, estaba un caballo preparado. Randal montó en la silla.

—¡Alerta! —gritó el centinela—. ¡El preso se evade!

El efecto de este grito fue mágico. Las piedras de las casas contiguas parecía que se transformaban instantáneamente en policías. Randal dio la vuelta por Skinner Street, no empujando a su caballo más de lo debido para no ser alcanzado y guardándose muy bien de ponerlo al galope. El policeman que estaba de centinela en la entrada del patio del Árbol Verde, dejóse caer al suelo gritando misericordia, como si hubiese recibido un violento choque. Randal pasó, perseguido de cerca por todos los vigilantes apostados alrededor de Newgate. Al llegar al centro del patio, golpeó con sus dos talones el vientre de su caballo. Se le vio, a la luz de la única linterna colgada al final del obscuro pasaje, salir disparado como un rayo y desaparecer hacia lo alto del despeñadero.

Los *policemen* se detuvieron. Oyeron los cascos del caballo cómo golpeaban los primeros peldaños de la escalera. Después se oyó un ruido sordo, y el rodar de un cuerpo lanzado por una pendiente, con violencia. Finalmente, llegó un ruido ahogado, pesado, seguido de un mortal silencio.

Entre los hombres de la policía pasó un estremecimiento de horror. Después de un momento de vacilación, descolgaron la linterna del patio y empezaron a descender por la escalera con precaución. A partir de los primeros peldaños encontraron rastros de sangre. Al final del despeñadero, en una callejuela estrecha y sin nombre que baja hasta la calle, encontraron a una masa informe y sangrienta. El caballo había quedado completamente destrozado. Pero allí solamente había restos del caballo. Los policías buscaron largo rato, pero no descubrieron nada que pudiera parecer una forma humana. Nada, ni tan sólo algún pedazo de sus ropas. Se miraron, decepcionados; después, escudriñaron los callejones próximos, que hay debajo del despeñadero. No pensaron, ni por asomo, buscar en el mismo patio del Arbol Verde, porque, en verdad, era poco probable que el prisionero hubiese vuelto a subir, después de su caída, los sesenta peldaños del despeñadero.

Entretanto, Newgate Street quedaba completamente desierto y en Old Bailey no había más que el centinela de la puerta de la Deuda. Cuando decimos desierto, hablamos solamente en relación con los policías, pues en las proximidades de la cárcel se encontraban varias personas que la huida de Randal no había hecho mover. Eran, en principio, los hombres de la Familia, escondidos en Giltspur Street, y el caballero Bembo, que tenía las riendas de un excelente y vigoroso caballo de silla.

Había, también, una mujer joven vestida de negro que permanecía inmóvil en la esquina de Skinner Street.

En el momento en que Randal había picado espuelas, esta mujer acababa de llegar. Vio el rostro del fugitivo a la luz de las farolas, y murmuró:

—¡No es él!

Después, su mirada alocada, había recorrido las altas murallas negras de la prisión.

—Ya sabía yo que encontraría Newgate —murmuró—, ¡pero, cómo llegar hasta él!

Clary envolvió estrechamente alrededor de sus hombros, su echarpe y bajó un velo sobre su rostro, mientras se estremeció.

En aquel mismo instante el señor marqués de Río-Santo, siguiendo le mismo camino que Randal Graham, se deslizaba por la cuerda de seda y llegaba al suelo sin ningún tropiezo. Inmediatamente después que sus pies tocaron el suelo, se deslizó hacia Giltspur Street.

—¡Hola, *signore*! —dijo una voz desde el hueco de una puerta.

Bembo soltó rápidamente la rienda del caballo y la tendió a Río-Santo.

—¿Quién vive? —gritó el centinela de Old Bailey.

—¡Montad, milord, montad! —dijo Bembo.

Río-Santo abrió los brazos y el joven italiano se echó en ellos, emocionado.

—¿Quién vive? —volvió a gritar el centinela.

Río-Santo montó y dio la vuelta, al paso, a la esquina de Giltspur Street.

Clary levantó su velo y le reconoció. Sin decir una palabra, se precipitó hacia él y se agarró a los pliegues de su abrigo. La esquina interceptaba la luz de gas. El marqués bajó su mirada hacia aquella mujer vestida de negro y creyó reconocer en ella a la condesa.

—¿Sois vos, Ophelia? —preguntó.

—Soy yo —murmuró, bajito Clary.

—¿Queréis decirme adiós?

—Quiero ir a donde vayáis. Quiero seguiros siempre…, ¡siempre!

Río-Santo se inclinó, luego se incorporó, rodeando con su brazo la cintura flexible de la pobre Clary.

Después, en el momento en que el centinela gritaba su último «¡quién vive!», el marqués hundió sus espuelas en el vientre de su caballo, que dio un salto bajo su doble peso y partió como una flecha.

32. La voz de los sueños

El caballo del marqués de Río-Santo galopaba como el viento. El viaje se hacía en silencio; pero Clary, obligada a apretujarse contra Edward, se sentía feliz.

Era su sueño, el hermoso sueño que tuvo durante el cautiverio en casa del doctor Moore.

¿Dónde iba? ¡Ah!, esto le importaba muy poco. Pronto perdieron de vista las casa de Londres. En el primer pueblo camino hacia Escocia, el marqués se apeó del caballo. Una silla de posta le esperaba, preparada según órdenes de Bembo. El marqués subió en ella con Clary.

Fue un extraño viaje. El señor marqués de Río-Santo no tardó en darse cuenta de su error y también del estado en que se encontraba su bonita compañera. Algunas palabras de Clary le descifraron varias cosas, al mismo tiempo que supo su nombre y que era hermana de Anna. El marqués ya había perdonado a Angus. Las hijas de Angus eran las suyas. Durante todo el camino, trató a *miss* Mac-Farlane como un padre hubiese tratado a una hija muy querida.

Río-Santo se dirigía a Santa María de Crewe, en donde debían reunírsele Waterfield, Smith, Falkestone, Bembo y Randal, si Randal era todavía de este mundo.

A pesar del tierno interés que le inspiraba Clary Mac-Farlane, aquella criatura tan bella y tan desgraciada, cuya locura era amarle, Río-Santo, constantemente tenía su espíritu ocupado por los graves intereses que tenía entre manos. Infatigable y no vencido, planeaba nuevos planes de batalla y empezaba, nuevamente, aquella larga e implacable guerra que había declarado a Inglaterra.

Pasaron la frontera de Escocia. Allí se detenían las postas preparadas por la Familia. El marqués se vio obligado a montar, nuevamente, a caballo y a tomar a Clary en la grupa.

Eran los comienzos del mes de marzo. Era uno de aquellos días en que la primavera y el invierno se disputan la atmósfera incierta. Caía, ya, la

noche, precedida por una brisa tibia que deshacía en el cielo las grandes nubes, grises, compactas y atormentadas por misteriosos conflictos de electricidades contrarias. Clary sufría intensamente los efectos de aquella atmósfera anormal. Primero experimentó una excitación general, una oleada de vida y bienestar había corrido por sus venas, invadiéndola; después, la reacción sobrevino; su fino talle se había desplomado bajo el peso de un invencible malestar.

En cierto momento, Río-Santo sintió desfallecer y aflojarse los brazos que le rodeaban. Se volvió. Vio a Clary pálida como una estatua de mármol, con los ojos cerrados. Quedaba, entonces apenas media milla para llegar al castillo de Crewe. Sin embargo, el marqués creyó prudente detener a su caballo y colocar a Clary en el borde del camino. El suelo estaba muy frío. El marqués extendió su abrigo sobre la hierba y quitó la silla de su caballo para hacerle una almohada a Clary, después de haber tenido la precaución de sacar sus pistolas, que tiró encima del césped.

Clary, de momento, se quedó inmóvil. Después abrió los ojos y dio miradas por su alrededor.

Reconocía Escocia y aquellos lugares que había visitado a menudo, le recordaban su infancia; pero también le recordaban otra cosa… el sueño, el sueño doloroso en el que vio Edward entre ella y su hermana Anna.

—Hoy no está aquí —murmuró con una alegría inquieta—, decidme, Edward… No vendrá, ¿verdad?

Río-Santo comprendía que la pobre muchacha era presa de una especie de delirio, pero no sabía de qué le hablaba.

—Estamos solos —respondió—, muy cerca de la casa de vuestro padre, Clary, querida hija.

—¡Mi padre! —repitió *miss* Mac-Farlane—. Sí, sí, Edward… La granja de Leed está al otro lado de la montaña. ¡Allí seremos los dos muy felices!

Clary se calló y prosiguió en seguida:

—¡Esto si mi hermana no viene, como la otra vez!

Estuvo silenciosa durante unos segundos y apoyó su frente ardiente en la mano que el marqués le tendía.

—No, querida niña —contestó, por decir algo Río-Santo—, os prometo que no vendrá.

—Gracias —murmuró Clary—. ¿Podría ella amar tanto como yo?

Esta última palabra expiró en su garganta y fue seguida de un lamento. Todo su cuerpo se estremeció violentamente y sus ojos se

abrieron desmesuradamente, dilatados por un repentino e inexplicable terror.

—¡Piedad!, ¡piedad! —dijo con voz cortada—, miradla… ¡Piedad! No os arrodilléis como la otra vez… No me rechacéis así, ¡Edward! ¡Oh!, ¡sois cruel olvidándome y amándola a ella!

—¡Clary!, ¡querida Clary! —decía el marqués procurando calmarla.

Pero la joven, dominada cada vez más por su desvarío, jadeaba, sollozaba y se removía. El marqués a duras penas podía contener sus convulsiones.

—¿Me rechazáis? —prosiguió Clary con voz lastimera—, le sonreís… la abrazáis contra vuestro corazón… ¡Ah!, ¡cuidado! Fue aquí… fue aquí que Blanca mató a Bertram, el hijo del laird.

Juntó sus manos con desesperación.

—¡Le amaba tanto! —continuó Clary—. ¡Ah!, ¡no tenéis piedad!, ¡vuestros labios rozan los suyos!

Un rayo de furor brilló en sus ojos. Se echó hacia atrás, repentinamente y su mano, por casualidad, encontró el cañón frío de una de las pistolas… Su gesto fue rápido como el pensamiento.

En el silencio de la noche se oyó un disparo. El señor marqués de Río-Santo cayó herido de muerte por la bala en pleno pecho.

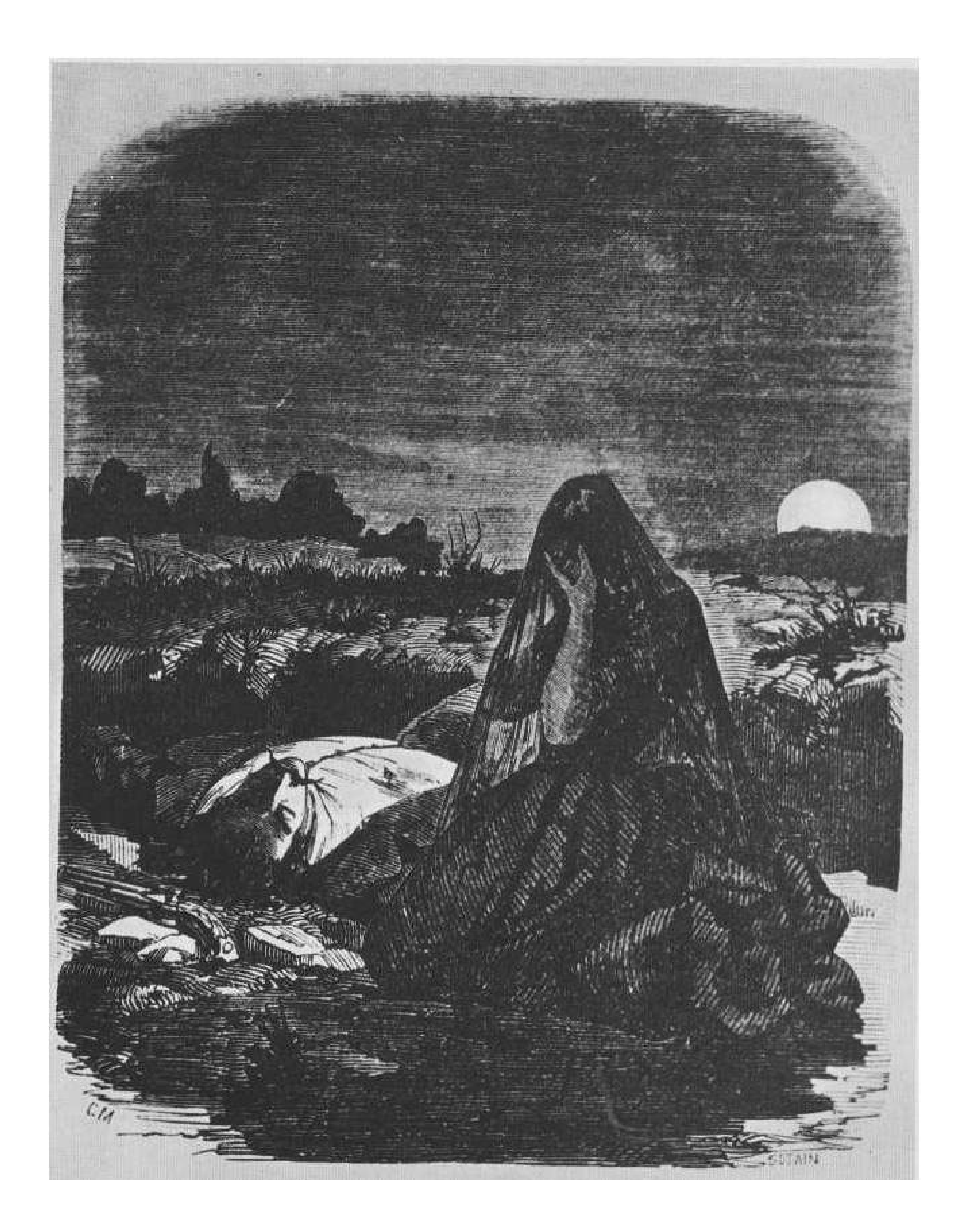
Clary, la pobre insensata, dio un grito de terror y huyó.

La profecía del *laird* viose, así, cumplida: la voz de los sueños había dicho verdad; era según el énfasis del lenguaje bíblico tan utilizado por los escoceses: «La sangre de sus venas, la carne de su carne», que mató a su hermano Fergus.

No había oscurecido del todo, todavía. El señor marqués de Río-Santo, inmóvil, tendido con la cara hacia el cielo, no profería ni una queja. Pero a las últimas y confusas luces del crepúsculo habríase podido leer en sus nobles rasgos la expresión de un dolor amargo e infinito. Se sentía morir y moría vencido.

El único hombre por el cual sintió afecto le había traicionado. Y caía bajo el golpe mortal de la única mujer a la que respetó.

El velo de la noche se hacía cada vez más espeso. Pronto ya no se distinguió aquel cadáver del verdeoscuro del camino. Pero cuando la luna, pasando por encima de los árboles, fue a iluminar la escena, se vio a una mujer arrodillada al lado del cuerpo del señor de Río-Santo.



¡Esta muerte fue tranquila y hermosa…!

Esta mujer estaba orando.

Parecía haber pasado ya los límites de la juventud, y, sin embargo, era muy hermosa todavía. Se parecía al retrato que ya vimos una vez en la habitación del señor marqués de Río-Santo… Y Susannah se le parecía.

Esta mujer era Mary Mac-Farlane, condesa de White Manor, que acababa de reconocer en el cadáver tendido sobre el césped, a Fergus O'Breane, su primero y único amor.

No nos preocuparemos de decir lo que fue de los demás personajes de este relato. Diremos más bien las hipotéticas y misteriosas esperanzas alimentadas por aquellos que timaron a Fergus O'Breane. Lo diremos porque influye en nuestro espíritu un supersticioso poder, y hay momentos en que las circunstancias explicadas de la muerte del señor marqués de Río-Santo, nos dejan una duda muy fuerte, unas veces, y otras, nos dejan incrédulos.

Randal Graham, que se tiró de su caballo antes de llegar al despeñadero de Green Arbour Court, la noche de la evasión, y que está lleno de vida, espera en la casa de su padre. A veces recibe mensajes lejanos de los cuales nadie conoce el origen.

El caballero Bembo, convertido en esposo de Anna Mac-Farlane, no ha podido darle su corazón y ha dicho: «No me pertenezco por completo». Y también espera, como Randal.

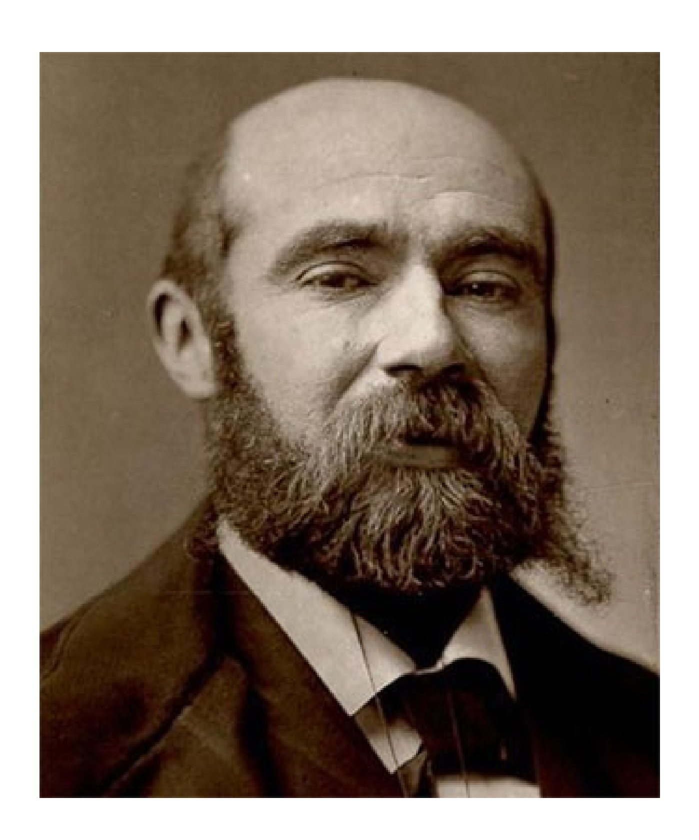
La condesa de Derby, que se había vestido de luto, se ha quitado ya el velo negro. Se la ve, a veces, sonreír. También espera.

¿Qué puede esperar Ophelia, corazón subyugado, casi esclava? ¿Qué pueden esperar Bembo y Randal Graham, cuya fidelidad hacia el marqués era tan completa y tan profunda?

En Connaught hay un proverbio que dice: «¡La miseria de Irlanda matará la riqueza del inglés!».

Quizá, cuando la hora del castigo suene, se verá al combatiente infatigable, erguido, con el pie sobre el pecho de Inglaterra vencida, y enarbolando, bajo las aclamaciones del universo, el estandarte ilustre de Irlanda.

FIN



PAUL HENRI CORENTIN FÉVAL fue un escritor francés, nacido en Rennes el 29 de septiembre de 1816 y fallecido en París el 8 de marzo de 1887. Especialista en la novela de folletines, llegó a competir en popularidad con los grandes folletinistas de su época como Alejandro Dumas y Eugène Sue.

En su juventud estudió leyes, pero pronto dejó de interesarle el derecho, y se marchó a París en 1836. Una vez asentado en París comienza a publicar sus folletines y en 1841 aparece su primera novela, *El club de las focas*, editada por entregas en la *Revue de Paris*. Al año siguiente aparece *Rollan Pie de hierro* y en 1843 se editan otras dos novelas, *Los caballeros del firmamento* y *El Lobo Blanco*, cuyo título hace referencia a la identidad secreta de un héroe albino: el protagonista es uno de los primeros héroes literarios que recurren al cambio de identidad para hacer justicia, convirtiéndose así en un auténtico precursor de *El Zorro* creado por Johnston McCulley y otros superhéroes venideros.

En 1844, aprovechando el éxito obtenido por Eugene Sue con su *Los misterios de París*, publica *Los misterios de Londres*. La novela se convierte en el primer gran éxito de Féval, que lo sitúa para sus contemporáneos a la altura del mencionado Sue y de Alejandro Dumas, padre. Protagonizada por el irlandés Fergus O'Breane en busca de venganza, la novela recuerda en

ciertos aspectos al *Conde de Montecristo* que publicará Dumas al año siguiente.

Tras este éxito, Féval busca dejar la literatura popular para buscar el reconocimiento por parte de un público más culto. Así en 1853 publica una obra satírica *Le tueur de Tigres*, pero como esta no consigue el reconocimiento que esperaba, vuelve al folletín con *La Loba*, una secuela del antes mencionado el *Lobo Blanco*, y en 1856 publica *Los hombres de hierro*.

En 1857, Féval publicará la que será su novela más famosa, *El jorobado* que se publicó en tres partes, *El juramento de Lagardère, Aurora de Nevers, y El Jorobado*. El protagonista no es otro que Henri Lagardère, famoso espadachín y hábil a la hora de disfrazarse cuya identidad secreta da título al libro. La frase, «si tú no vas a Lagardère, Lagardère irá por ti», se hizo famosa en Francia.

El mismo año de *El Jorobado*, Féval regresa a la novela de misterio que tanto éxito le dio con *Los misterios de Londres* y publica *Los compañeros del silencio*. En 1862 y dentro del mismo género publicó *Jean Diable*, donde creaba al primer investigador moderno aparecido dentro de la literatura. El nombre de esta novela le sirvió para bautizar la revista que fundaría al año siguiente, y donde además de él publicarían otros importantes escritores folletinescos como Émile Gaboriau.

En 1863 se embarcó en su proyecto más ambicioso, *Los hábitos negros*, una saga criminal a la que dedicaría los doce años siguientes y en la que además incluiría novelas de misterio y crimen suyas anteriores como *Los misterios de Londres*, *Los compañeros del silencio* y *Jean Diable*, entre otras. La saga quedaría interrumpida por la conversión al catolicismo del autor, que Féval contaría en su autobiografía *Las etapas de una conversión*.

Además fue uno de los iniciadores de la novela gótica, siguiendo los pasos de Anne Radcliffe y precediendo a Bram Stoker y su conde *Drácula*, ya que publicó, entre otras, *La vampira* (1865) y *La ciudad vampiro*.

De 1865 a 1868 y luego de 1874 a 1876, Paul Féval fue presidente de la Sociedad de Autores. También intentó ser miembro de la Academia Francesa presentando su candidatura durante los años de 1873 a 1875, pero la naturaleza de su obra y la de sus ideas políticas le impidieron conseguirlo.

Después de su conversión religiosa escribió también libros de temática religiosa.

Notas

[1] Gusto por lo superfluo, exagerado y extravagante de formas artísticas y literarias pasadas de moda. **<<**

[2] Folletín. Novelas por entregas. **<<**

[3] El *hansom cab* es un tipo de carruaje ligero de dos ruedas y tirado por un solo caballo que fue diseñado y patentado en 1834 por el arquitecto nacido en York, Joseph Hansom. **<<**

[4] Carruaje de alquiler tirado por un caballo. **<<**

[5] María Felicia García Sitches, conocida artísticamente como María Malibrán, fue una cantante de ópera española. Nacimiento: 24 de marzo de 1808, París, Francia. Fallecimiento: 23 de septiembre de 1836, Manchester, Reino Unido **<<**

[6] Adelina Patti fue una soprano italiana, prototipo de la diva de ópera. Considerada la cantante más brillante de su tiempo y la soprano más notable del último cuarto del siglo XIX. Durante sus años de triunfo, entre 1865 y 1890, su reinado en los escenarios fue absoluto. Nacimiento: 19 de febrero de 1843, Madrid. Fallecimiento: 27 de septiembre de 1919, Craig Y Nos Castle, Craig-y-nos, Gales, Reino Unido **<<**

[7] Angelica Catalani (1780 - 12 de junio de 1849) fue una famosa soprano italiana. Se la considera como la primera prima donna de carrera verdaderamente internacional. Nació el 10 de mayo de 1780 en Sinigaglia, Italia. En 1849 dejó Italia huyendo del cólera que azotaba Florencia, sin embargo la enfermedad la alcanzó en París, en donde falleció el 12 de junio de 1849. **<<**

[8] Terrateniente. **<<**

[9] Mostrador de taberna. (N. de la T.) **<<**

[10] Barqueros, bateleros. (N. de la T.) **<<**

[11] *Who’s there?* ¿Quién hay?, en inglés en el original. **<<**

[12] *Fellow*: compañero. **<<**

[13] El término *whig* corresponde al antiguo nombre del Partido Liberal británico. En política, el término *whig* —del gaélico escocés 'cuatrero'— fue una manera despectiva de referirse a los *covenanters* presbiterianos que marcharon desde el suroeste de Escocia sobre Edimburgo en 1648 en lo que se conoció como el Whiggamore Raid, usando los términos *Whiggamore* y *Whig* como apodos despectivos que designaban al Kirk Party (Partido de la Iglesia), facción presbiteriana radical de los *covenanters* escoceses, que efectivamente acabó haciéndose con el poder. **<<**

[14] *Dirk* = daga. (N. de la T.) **<<**

[15] *Public houses* = Tabernas. (N. de la T.) **<<**

[16] *The Pipe and Pot* = La Pipa y el Puchero. (N. de la T.) **<<**

[17] Taberna o establecimiento frecuentado por gente del hampa, ladrones y prostitutas. **<<**

[18] *Eccentric man* = hombre excéntrico. **<<**

[19] Establecimiento donde se sirven bebidas alcohólicas. **<<**

[20] Mujer que pertenece a una clase social alta, o que es amable, educada y honesta. **<<**

[21] En 1829, en Edimburgo, un individuo nombrado Burke, que había sido “resurreccionista” (desenterrador de cadáveres), considerando que esta profesión no bastaba para sus necesidades, imaginó un medio más expeditivo para procurarse “material” que volvía a vender a los cirujanos. Cometía asesinatos, por la noche, en las calles y las autoridades de Edimburgo no lograron echarle mano hasta que la lista de las víctimas era ya muy larga. Fue condenado y ejecutado, pero su abominable negocio encontró imitadores, especialmente en Londres, en donde cirujanos, añadido a la escasez de los sujetos, tuvo que excitar, naturalmente, la avaricia de los asesinos. Como el proceso de Burke tuvo una gran resonancia y que el terror general estaba al máximo, con el nombre de aquel miserable nació un verbo: “*to burke*”, que significa; “matar para vender el cadáver de la víctima a un cirujano”. **<<**

[22] El lugar que acababa de atravesar *lady* Jane era lo que llamaban un "purgatorio" (*A Purgatory*). Los ladrones de Londres, están casi todos afiliados a una sociedad, cuya vasta organización varias veces ya ha sido revelada. Cuando se ven obligados a esconderse y son ladrones de importancia, esta sociedad suministra magníficamente todas sus necesidades; cuando se trata de bribones de ínfima categoría, estafadores vulgares, pequeños bandidos o ladronzuelos, encuentran asilo en las tenebrosas guaridas, en las cuales se amontonan, mezclados, los ladrones enfermos y las familias de los condenados, a los cuales mantiene la sociedad. Estas guaridas, de las cuales no nos hemos atrevido a dar una imagen completa, se llaman en argot, "Purgatorios", y los ladrones que aceptan guarecerse en estos lugares por miedo a la cárcel, dan prueba, a buen seguro, de un gusto detestable. **<<**

[23] Terrateniente. **<<**

[24] Tabaco irlandés. **<<**

[25] Barco que transportaba a los condenados a Nueva Gales del Sur. **<<**

[26] Estos pedidos se hacían según la fórmula comercial. Al recibo de la presente, os serviréis enviarnos cincuenta mujeres de edad *variada*, disfrutando de buena salud, por las cuales pasaréis los gastos a nuestra cuenta, etc. **<<**

[27] Movimiento liberal inglés que propugnaba una Constitución democrática. (N. de la T.) **<<**

[28] En español, en el original. **<<**

[29] Brigada montada de la Guardia Real del Monarca británico, utilizada para las ceremonias. **<<**